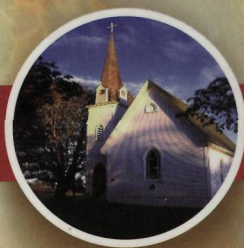


Grandes Autores de la Fe

ÉPOCA MODERNA



Lo mejor de

EDWARD M.

BOUNDS

COMPILADO POR:

ANA MAGDALENA TRONCOSO

Edward M. Bounds (1835-1913) es ampliamente conocido y apreciado por toda la comunidad cristiana como el *gran especialista en la oración*. Sus libros, de los cuales se han vendido cientos de miles de ejemplares en los principales idiomas, son lectura insuperable para lo hora quieta, la meditación cuidadosa y profunda; verdaderos oasis en tiempos de sequía espiritual, voces vivientes de consuelo y esperanza, que siguen hablando años después de que su autor se haya ido de la Tierra.

Este volumen incluye la práctica totalidad de los escritos de este gran siervo de Dios, compilados en dos partes. La primera agrupa las siete obras que versan sobre el tema de la oración: LA REALIDAD DE LA ORACIÓN, EL PROPÓSITO DE LA ORACIÓN, LAS POSIBILIDADES DE LA ORACIÓN, LOS FUNDAMENTOS DE LA ORACIÓN, LA NECESIDAD DE LA ORACIÓN, EL PREDICADOR Y LA ORACIÓN y HOMBRES DE ORACIÓN. La segunda parte recoge los dos libros de Bounds sobre la vida futura: LA REALIDAD DE LA RESURRECCIÓN y LA GLORIA DEL CIELO.

La colección GRANDES AUTORES DE LA FE pone al alcance de los cristianos del siglo XXI, en poco más de 170 volúmenes -uno para cada autor-, lo mejor de la herencia histórica escrita del pensamiento cristiano desde mediados del siglo I hasta mediados del siglo XX.

Presenta los textos clásicos de manera innovadora para que, además de resultar asequibles al lenguaje actual, cumplan tres funciones prácticas:

- 1 Lectura rápida. Dos columnas paralelas al texto completo hacen posible que todos aquellos que no disponen de tiempo suficiente puedan, cuanto menos, conocer al autor, hacerse una idea clara de su línea de pensamiento y leer un resumen de sus mejores frases en pocos minutos.
- 2 Textos completos. El cuerpo central del libro incluye una versión del texto completo de cada autor, en un lenguaje actualizado, pero con absoluta fidelidad al original. Ello da acceso a la lectura seria y a la investigación profunda.
- 3 Índice de conceptos teológicos. Un completo índice temático de conceptos teológicos permite consultar con facilidad lo que cada autor opina sobre las principales cuestiones de la fe.



editorial clie

• CLASIFÍQUESE: 2630 GRANDES AUTORES DE LA FE •
ÉPOCA MODERNA
• CTC 06-36-2630-01 • REF 224337 •

ISBN 84-8267-195-2



ÉPOCA MODERNA



Lo mejor de

EDWARD M.

BOUNDS

ÉPOCA MODERNA



Lo mejor de

EDWARD M.

BOUNDS



COMPILADO POR:

ANA MAGDALENA TRONCOSO

ÍNDICE

Prólogo a la Colección <i>Grandes Autores de la Fe</i>	11
Prólogo a <i>Lo mejor de E. M. Bounds</i>	15
INTRODUCCIÓN: LAS DOS REALIDADES DE EDWARD M. BOUNDS	19
1. Biografía de Edward M. Bounds	19
2. Opiniones acerca de Edward M. Bounds:	
su persona	20
3. Opiniones acerca de Edward M. Bounds:	
sus escritos	22
4. Desarrollo de sus manuscritos	24
 PRIMERA PARTE: LA REALIDAD DE LA ORACIÓN	29
 <i>Introducción Primera Parte: La oración, un privilegio sagrado</i>	31
 I LA REALIDAD DE LA ORACIÓN	37
1 La oración colma la pobreza del hombre con la riqueza de Dios	39
2 La oración, la esencia absoluta	44
3 Dios está íntimamente ligado a la oración	48
4 El Señor Jesucristo, el divino maestro de la oración	55
5 El Señor Jesucristo, el divino maestro de la	
oración (continuación)	60
6 El Señor Jesucristo, un ejemplo de oración	67
7 Incidentes de oración en la vida de nuestro Señor	73
8 Incidentes de oración en la vida de nuestro Señor (continuación)	77
9 El modelo de oración de nuestro Señor	82
10 La oración sacerdotal de nuestro Señor	85
11 La oración del Getsemaní	90
12 El Espíritu Santo y la oración	96
13 El Espíritu Santo, nuestro ayudador en la oración	102
14 Los dos consoladores y los dos abogados	108
15 La oración y la dispensación del Espíritu Santo	111
 II EL PROPÓSITO DE LA ORACIÓN	117
1 Dios modela el mundo a través de la oración ..	119
2 La oración y los propósitos de Dios	122

EX LIBRIS ELTROPICAL

EDITORIAL CLIE

Galvani, 113
08224 TERRASSA (Barcelona)
E-mail: libros@clie.es
Web: <http://www.clie.es>

LO MEJOR DE EDWARD M. BOUNDS

Compilado por: *Ana Magdalena Troncoso*

© 2001 por Editorial CLIE

Depósito Legal: B-47761-01

ISBN: 84-8267-195-2

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,
E.R. nº 2.910 SE- Polígono Industrial Can Trias,
C/Ramon Llull, 20- 08232 VILADECALLE (Barcelona)

Printed in Spain

Clasifiquese: 2630 GRANDES AUTORES DE LA FE CRISTIANA: Época Moderna
C.T.C. 06-36-2630-01

Referencia: 22.43.37

3 Más y mejor oración, el secreto del éxito	127
4 Incidentes de la oración poderosa	133
5 No hay sustituto de la oración	141
6 La universalidad de la oración	146
7 La oración es el remedio para todos los males	151
8 "Pídeme..."	161
9 Dificultades en la vida de oración	166
10 La oración puede hacer todo lo que Dios puede	175
11 Los avivamientos como parte del plan divino	188
12 La oración y las misiones	195
III LAS POSIBILIDADES DE LA ORACIÓN	203
1 La oración y sus promesas	205
2 La oración y sus promesas (continuación)	209
3 El propósito definido de la oración	215
4 La oración, sus posibilidades	222
5 La oración y los asuntos temporales	226
6 La oración, su vasto alcance	231
7 La oración, hechos e historia	235
8 La oración intercesora	240
9 La oración concertada	245
10 La oración y el estudio bíblico	251
11 Oraciones contestadas	254
12 La respuesta a la oración	258
13 La oración contestada	266
14 Los milagros de la oración	269
15 Maravillas de Dios por medio de la oración	275
IV LOS FUNDAMENTOS DE LA ORACIÓN	283
1 La oración abarca al hombre entero	285
2 La oración y la humildad	291
3 La oración y la devoción	296
4 La oración, la alabanza y la gratitud	301
5 La oración y la tribulación	306
6 La oración y la tribulación (continuación)	313
7 La oración y la obra de Dios	318
8 La oración y la consagración	324
9 La oración y las normas religiosas	330
10 La oración nacida de la compasión	335
11 La oración y la divina Providencia	340
12 La oración y la divina Providencia (continuación)	347

V LA NECESIDAD DE LA ORACIÓN	353
1 Oración y fe	355
2 Oración y fe (continuación)	360
3 Oración y confianza	367
4 La oración, la alabanza y la súplica	373
5 Oración y deseo	378
6 Oración y fervor	384
7 Importunidad, una característica de la verdadera oración	387
8 Oración e importunidad	395
9 Oración e importunidad (continuación)	398
10 Oración, carácter y conducta	403
11 Oración y obediencia	409
12 Oración y obediencia (continuación)	416
13 Oración y vigilancia	420
14 La oración y la Palabra de Dios	426
15 La oración y la Palabra de Dios (continuación)	431
VI EL PREDICADOR Y LA ORACIÓN	435
1 El carácter y la predicación	437
2 La casa de Dios	441
3 La predicación de la letra <i>versus</i> la predicación crucificada	445
4: La clave del éxito del verdadero predicador	449
5 La clave del éxito del verdadero predicador (continuación)	452
6 Hombres de oración	456
7 La oración matutina	460
8 El predicador devoto	462
9 El gran ejemplo de David Brainerd	465
10 La mente y el corazón del predicador	469
11 El arte de predicar, una unción de Dios	472
12 La oración intercesora del predicador por su iglesia	477
13 La oración intercesora de la iglesia por su pastor	480
14 La importancia de la devoción personal	483
15 Visión de futuro para los predicadores	486
VII HOMBRES DE ORACIÓN	489
1 Cantos de oración en el Antiguo Testamento	491
2 Abraham, el patriarca de la oración	499

3 Moisés, el poderoso intercesor	502
4 Elías, el profeta que oraba	508
5 Ezequías, el rey que oraba	514
6 Esdras, el reformador que oraba	520
7 Nehemías, el constructor que oraba	523
8 Samuel, el hijo de oración	528
9 Daniel, el cautivo que oraba	533
10 Cantos de oración en el Nuevo Testamento	538
11 Pablo, el maestro de la oración	546
12 Pablo, el maestro de la oración (continuación)	553

SEGUNDA PARTE: LA REALIDAD DE LA VIDA ETERNA	563
--	-----

<i>Introducción Segunda Parte: La vida eterna, nuestra garantía</i>	565
---	-----

I LA REALIDAD DE LA RESURRECCIÓN	569
1 La inmortalidad y la resurrección	571
2 La muerte y la resurrección	574
3 Cristo y la resurrección	578
4 Cristo y la resurrección (continuación)	582
5 Pablo y la resurrección	587
6 El juicio y la resurrección	592
7 La teología y la resurrección	597
8 La teología y la resurrección (continuación)	600
9 La filosofía y la resurrección	608
10 Un sermón de Wesley sobre la resurrección	613
11 La glorificación y la resurrección	625
12 La segunda venida de Cristo y la resurrección	632

II LA GLORIA DEL CIELO	635
1 El Cielo, un hogar	637
2 El Cielo, una ciudad	644
3 El Cielo, una ciudad (continuación)	648
4 El Cielo, un reino	655
5 El Cielo, un paraíso	659
6 El Cielo y la vida eterna	662
7 El Cielo y el Espíritu Santo	668
8 Gracias que hacen apto para el Cielo	671
9 El conocimiento y el Cielo	678
10 La templanza y el Cielo	681
11 El amor y el Cielo	685
12 El deseo y el Cielo	688

13 La tribulación, la paciencia y el Cielo	694
14 La esperanza y el Cielo	701
15 El gozo y el Cielo	706

Índice de Conceptos Teológicos	713
Índice de Citas de Autores	717
Índice Escritural	719
Volúmenes de la Colección GRANDES AUTORES DE LA FE	731

Prólogo a la Colección *GRANDES AUTORES DE LA FE*

A la Iglesia del siglo XXI se le plantea un reto complejo y difícil: compaginar la inmutabilidad de su mensaje, sus raíces históricas y su proyección de futuro con las tendencias contemporáneas, las nuevas tecnologías y el relativismo del pensamiento actual. El hombre postmoderno presenta unas carencias morales y espirituales concretas que a la Iglesia corresponde llenar. No es casualidad que, en los inicios del tercer milenio, uno de los mayores *best-sellers* a nivel mundial, escrito por el filósofo neoyorquino Lou Marinoff, tenga un título tan significativo como *Más Platón y menos Prozac*; esto debería decirnos algo...

Si queremos que nuestro mensaje cristiano impacte en el entorno social del siglo XXI, necesitamos construir un puente entre los dos milenios que la turbulenta historia del pensamiento cristiano abarca. Urge recuperar las raíces históricas de nuestra fe y exponerlas en el entorno actual como garantía de un futuro esperanzador.

“La Iglesia cristiana –afirma el teólogo José Grau en su prólogo al libro *Historia, fe y Dios*– siempre ha fomentado y protegido su herencia histórica; porque ha encontrado en ella su más importante aliado, el apoyo científico a la autenticidad de su mensaje”. Un solo documento del siglo II que haga referencia a los orígenes del cristianismo tiene más valor que cien mil páginas de apologética escritas en el siglo XXI. Un fragmento del Evangelio de Mateo garabateado sobre un pedacito de papiro da más credibilidad a la Escritura que todos los comentarios publicados a lo largo de los últimos cien años. Nuestra herencia histórica es fundamental a la hora de apoyar la credibilidad de la fe que predicamos y demostrar su impacto positivo en la sociedad.

Sucede, sin embargo, –y es muy de lamentar– que en algunos círculos evangélicos parece como si el valioso patrimonio que la Iglesia cristiana tiene en su historia haya quedado en el olvido o incluso sea visto con cierto rechazo. Y con este falso concepto en mente, algunos tienden a prescindir de la herencia histórica común

y, dando un «salto acrobático», se obstinan en querer demostrar un vínculo directo entre su grupo, iglesia o denominación y la Iglesia de los apóstoles...

¡Como si la actividad de Dios en este mundo, la obra del Espíritu Santo, se hubiera paralizado tras la muerte del último apóstol, hubiera permanecido inactiva durante casi dos mil años y regresara ahora con su grupo! Al contrario, el Espíritu de Dios, que obró poderosamente en el nacimiento de la Iglesia, ha continuado haciéndolo desde entonces, ininterrumpidamente, a través de grandes hombres de fe que mantuvieron siempre en alto, encendida y activa, la antorcha de la Luz verdadera.

Quienes deliberadamente hacen caso omiso a todo lo acaecido en la comunidad cristiana a lo largo de casi veinte siglos pasan por alto un hecho lógico y de sentido común: que si la Iglesia parte de Jesucristo como personaje histórico, ha de ser forzosamente, en sí misma, un organismo histórico. *Iglesia e Historia* van, pues, juntas y son inseparables por su propio carácter.

En definitiva, cualquier grupo religioso que se aferra a la idea de que entronca directamente con la Iglesia apostólica y no forma parte de la historia de la Iglesia, en vez de favorecer la imagen de su iglesia en particular ante la sociedad secular, y la imagen de la verdadera Iglesia en general, lo que hace es perjudicarla, pues toda colectividad que pierde sus raíces está en trance de perder su identidad y de ser considerada como una secta.

Nuestro deber como cristianos es, por tanto, asumir nuestra identidad histórica consciente y responsablemente. Sólo en la medida en que seamos capaces de asumir y establecer nuestra identidad histórica común, seremos capaces de progresar en el camino de una mayor unidad y cooperación entre las distintas iglesias, denominaciones y grupos de creyentes. Es preciso evitar la mutua descalificación de unos para con otros que tanto perjudica a la cohesión del Cuerpo de Cristo y el testimonio del Evangelio ante el mundo. Para ello, necesitamos conocer y valorar lo que fueron, hicieron y escribieron nuestros antepasados en la fe; descubrir la riqueza de nuestras fuentes comunes y beber en ellas, tanto en lo que respecta a doctrina cristiana como en el seguimiento práctico de Cristo.

La colección *GRANDES AUTORES DE LA FE* nace como un intento para suplir esta necesidad. Pone al alcance de los cristianos del siglo XXI, en poco más de 170 volúmenes –uno para cada autor–,

lo mejor de la herencia histórica escrita del pensamiento cristiano desde mediados del siglo I hasta mediados del siglo XX.

La tarea no ha sido sencilla. Una de las dificultades que hemos enfrentado al poner en marcha el proyecto es que la mayor parte de las obras escritas por los grandes autores cristianos son obras extensas y densas, poco digeribles en el entorno actual del hombre postmoderno, corto de tiempo, poco dado a la reflexión filosófica y acostumbrado a la asimilación de conocimientos con un mínimo esfuerzo. Conscientes de esta realidad, hemos dispuesto los textos de manera innovadora para que, además de resultar asequibles, cumplan tres funciones prácticas:

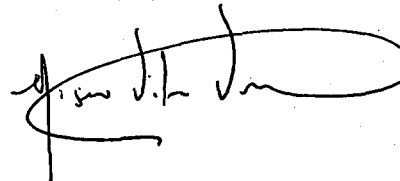
1. Lectura rápida. Dos columnas paralelas al texto completo hacen posible que todos aquellos que no disponen de tiempo suficiente puedan, cuanto menos, conocer al autor, hacerse una idea clara de su línea de pensamiento y leer un resumen de sus mejores frases en pocos minutos.

2. Textos completos. El cuerpo central del libro incluye una versión del texto completo de cada autor, en un lenguaje actualizado, pero con absoluta fidelidad al original. Ello da acceso a la lectura seria y a la investigación profunda.

3. Índice de conceptos teológicos. Un completo índice temático de conceptos teológicos permite consultar con facilidad lo que cada autor opinaba sobre las principales cuestiones de la fe.

Nuestra oración es que el arduo esfuerzo realizado en la recopilación y publicación de estos tesoros de nuestra herencia histórica, teológica y espiritual se transforme, por la acción del Espíritu Santo, en un alimento sólido que contribuya a la madurez del discípulo de Cristo; que la colección *GRANDES AUTORES DE LA FE* constituya un instrumento útil para la formación teológica, la pastoral y el crecimiento de la Iglesia.

Editorial CLIE



ELISEO VILA
Presidente

PRÓLOGO A LO MEJOR DE E. M. BOUNDS

En este volumen, que recoge las mejores obras de Edward M. Bounds, es inevitable que algunas líneas de pensamiento se crucen unas con otras y que los mismos pasajes de la Escritura o ciertos incidentes sean mencionados más de una vez, simplemente porque un solo pasaje puede enseñar más de una verdad. Éste es, precisamente, el caso cuando hablamos del vasto alcance de la oración.

Así, M. Bounds dedicó casi una decena de libros para hablarnos de un mismo tema, que son pozos inagotables para toda una vida de regadío espiritual y en los cuales no se limita a dar exhortaciones en *pro* de la oración, sino que presenta las bases y condiciones de la oración que prevalece con Dios, desde un punto de vista práctico y apoyado por innumerables citas bíblicas y de grandes hombres de oración en la historia de la Iglesia de Cristo, tales como Martín Lutero, Charles Haddon Spurgeon, David Brainerd, John Wesley... Todas ellas de tal significado que, con razón, merecen el lema ilustrativo de cada uno de sus pensamientos.

Nosotros hemos recopilado siete de sus libros en la Primera Parte de este volumen, a la que hemos titulado *La realidad de la oración*. Igualmente hemos hecho con sus dos obras acerca de la resurrección y el Cielo, recopilarlas en la Segunda Parte de este volumen, con el encabezado de *La realidad de la vida eterna* —no nos extrañemos, acaso, pues esta “sed de inmortalidad”, como la llamó Miguel de Unamuno, es uno de los sentimientos que con mayor fuerza invade al hombre desde sus mismos orígenes, restándole paz y sosiego y enfrentándole a un futuro incierto—; y es que ésta es, sin duda, la otra gran constante, la otra gran realidad defendida por este hombre de Dios. De nuevo, aquí también, M. Bounds no parte de suposiciones o especulaciones, sino de la Roca firme de la Palabra de Dios.

Una poderosa razón avala nuestra decisión de unificar dos temas, la oración y la vida eterna, aparentemente distintos, en una sola obra. A saber, el hecho de que los grandes incentivos para la oración se encuentran en las Sagradas Escrituras y de que el Señor cierra sus enseñanzas acerca de la oración con la seguridad y la promesa del Cielo. Esto es, la presencia de nuestro Señor Jesucristo en los Cielos, los preparativos que está haciendo allí para sus santos y la seguridad de que Él volverá para llevarles Consigo constituyen una poderosa ayuda para una vida de

oración. Más aún, estas cosas son la estrella de la mañana de toda oración y el suave perfume de los Cielos que disipa la amargura de nuestros clamores.

Realmente, el espíritu de alguien que se siente peregrino facilita grandemente la oración; mientras que un espíritu atado a la Tierra y satisfecho con este mundo no puede orar, pues en su corazón la llama de los deseos espirituales se ha desvanecido o está a punto de extinguirse. Sólo aquellos que esperan de rodillas en el Señor renuevan sus fuerzas, toman alas como de águilas y vuelan sin fatigarse ni desmayar hacia las nubes...

He aquí el lazo intrínseco que une la oración con la certeza de una resurrección literal y completa y de un hogar en el Cielo para vida eterna: lo uno no puede existir sin lo otro... Y Bounds lo sabía muy bien; su propia vida atestigua de ello, como vemos en una de sus últimas cartas, escrita en su ancianidad y avanzada convalecencia y dirigida a su amigo Homer W. Hodge:

Washington, 1 de julio de 1912:

Estoy pensando más en el Cielo que en Nueva York. Es mucho mejor. Pero, si es la voluntad de Dios, tendré el placer de estar con usted. Dios parece haber abierto el camino. Tendré que esperar en Dios, sea para ir a Nueva York o al Cielo, pues estoy muy débil. Con amor y oración

M. Bounds

Sí, sus sabios consejos sobre la oración y la esperanza de la vida eterna nacieron y fueron forjados en el poderoso yunque de su propia experiencia. Ésta es la razón por la que, a pesar de haber sido pronunciados hace más de un siglo, conservan toda su fuerza y brillo, aventajando incluso a cualquiera que posteriormente se haya atrevido con el profundo estudio de la oración. Porque los pensamientos de M. Bounds tienen una fragancia mística y una enseñanza espiritual innovadora, presentando matices inigualables en cada uno de sus escritos y de sumo interés para el lector ávido de alimentarse con este sustancioso alimento del alma.

Y para que el lector pueda todavía extraer mayor valor nutritivo de su lectura, hemos creado un apartado de Índices al final del volumen: de *Conceptos teológicos*, para que el lector pueda indagar lo que Bounds dijo acerca de algunos de los temas pilares de la Teología, de *Citas de autores*, escogidas por el propio Bounds para encabezar cada uno de los capítulos, y un *Índice escritural*, útil para la consulta de los versículos bíblicos que apoyan los temas defendidos por el autor. De este modo, el

libro que tendrá en sus manos, además de ser una obra de edificación cristiana, se convertirá en una potencial herramienta para preparar estudios bíblicos, reuniones de oración y sermones.

Que Dios bendiga esta obra, homenaje a todo un clásico de la literatura cristiana del siglo XIX y uno de los más grandes hombres de la historia de la Iglesia y, sobre todas las cosas, hecha para honra y gloria de Jesucristo, Señor nuestro.

Que así sea; amén.

LA EDITORIAL

INTRODUCCIÓN

LAS DOS REALIDADES DE EDWARD M. BOUNDS

Biografía de Edward M. Bounds

La Biblia de la familia Bounds muestra que el padre del reverendo Edward M. Bounds, Thomas Jefferson Bounds, nació en Maryland, el 5 de septiembre de 1801. Su madre, Hester Ann Purnell, nació en Maryland. Los dos se casaron el 12 de noviembre de 1823. Llegaron a Kentucky, vivieron allí unos años y luego se mudaron a County Marion, en Missouri. Tuvieron ocho hijos y tres hijas.

Edward M. Bounds nació en Shelbyville, Missouri, el 15 de abril de 1835, y falleció el 24 de agosto de 1913, en Washington, Georgia.

Él y su hermano Charles fueron a California en 1849, atraídos por el descubrimiento del oro. Bounds tenía entonces sólo 14 años. Se dice que él y su hermano fueron los dos únicos muchachos que «cruzaron las praderas y llevaron su religión con ellos».

Edward recibió una educación escolar común en Shelbyville y fue admitido en el colegio de abogados y, posteriormente, se instaló en Hannibal, Missouri; pero sintió tan imperiosamente el impulso de predicar que abandonó la profesión de la ley a la edad de 24 años.

Su primer pastorado fue en Monticello, Missouri. Mientras estaba sirviendo al Señor como pastor en la ciudad de Brunswick, se declaró la guerra y el joven ministro fue hecho prisionero de guerra por no prestar juramento a la movilización del Gobierno Federal. Así, fue enviado a St. Louis y más tarde transferido a Memphis, Tennessee. Finalmente le soltaron, y viajó cerca de cien millas a pie para alistarse en el *Ejército Confederado* (o sea, el ejército del Sur), con el batallón del general Pierce en Mississippi, en calidad de *capellán castrense del Quinto Regimiento de Missouri*, posición que mantuvo casi hasta el final de la

Edward M. Bounds nació en Shelbyville, Missouri, el 15 de abril de 1835, y falleció el 24 de agosto de 1913, en Washington, Georgia. Recibió una educación escolar común en Shelbyville y fue admitido en el colegio de abogados, pero sintió tan imperiosamente el impulso de predicar que abandonó la profesión de la ley a la edad de 24 años.

Después de servir en varias iglesias importantes en St. Louis y otros puntos en el sur, pasó a ser redactor jefe del *St. Louis Christian Advocate*. Era un escritor brillante, un profundo pensador y un infatigable estudioso de la Biblia. La mayor parte de su tiempo la ocupaba en leer, escribir y orar.

guerra, cuando fue detenido de nuevo y enviado como prisionero a Nashville, Tennessee.

Tras la guerra, el reverendo Edward M. Bounds fue pastor de algunas iglesias en Tennessee y Alabama. En 1875, fue asignado a la *Iglesia Metodista San Pablo* de San Luis, y allí sirvió durante cuatro años. En 1876, se casó con Emmie Barnette, en Eufaula, Alabama, quien murió diez años después y con la que tuvo dos niñas. En 1887, se casó con Hattie Barnette, quien le sobrevivió y con la que tuvo cinco hijos: dos varones y tres mujeres.

Después de servir en varias iglesias importantes en St. Louis y otros puntos en el sur, pasó a ser redactor jefe del *St. Louis Christian Advocate*, durante cinco años, y luego redactor del *The Nashville Christian Advocate*, durante cuatro años. Pero su obra principal la realizó en su casa, en Washington, Georgia, levantándose cada día a las 4 de la madrugada y orando hasta las 7 de la mañana. Era un escritor brillante, un profundo pensador y un infatigable estudioso de la Biblia. La mayor parte de su tiempo la ocupaba en leer, escribir y orar.

Durante sus 18 años en esta localidad, sirvió además en varias ocasiones como evangelista, según se le llamaba para predicar. Y sus escritos eran leídos por miles de personas y eran solicitados por las congregaciones de varias denominaciones evangélicas. Edward M. Bounds enseñó la doctrina de la «santificación completa» como una bien definida segunda obra de Gracia.

Opiniones acerca de Edward M. Bounds: su persona

“Un amigo me regaló este librito. Recibí otro ejemplar para las navidades de parte de otro amigo. Bueno... -pensé debe haber algo que realmente valga la pena en este librito, pues de otro modo dos amigos míos no hubieran elegido este regalo. De manera que leí la primera página, hasta que llegué a las palabras: *El hombre anda buscando métodos mejores; Dios está buscando hombres mejores: el hombre es el método de Dios.* Eso fue suficiente, y mis ansias crecieron a medida que lo fui leyendo, hasta llegar a un final que me llenó de gozo celestial” (reverendo A.C. Dixon, 1909).

“El primer contacto que tuvimos con este gran santo fue a finales de la Guerra Civil, cuando vino a nuestra aldea, en Tennessee, con su uniforme militar. Recuerdo cómo mi mente infantil se entusiasmó con su chaqueta gris, abrochada con muchos botones brillantes de latón. Allí se hizo cargo de una pequeña iglesia Metodista. ¡Con qué fervor y emoción nos leía aquellos himnos clásicos, como *La Majestad divina sentada en su trono, Cuán dulce el nombre de Jesús, Cristo está hablando esta noche aquí*, y muchos otros! A veces, cuando mis pies infantiles se acercaban a la puerta de la iglesia pensaba en que quizás nos leería otra vez aquellos maravillosos himnos que nos había leído antes. Siempre nos emocionábamos cuando en su manera angelical nos leía el himno de principio de culto, antes del sermón. Y el sermón, ¿cómo describirlo? Simple, directo, lleno de alma, que parecía tocar invariablemente el corazón del oyente.

La figura de este santo diminuto, con su cara llena de una sonrisa celeste, mientras cantaba y proclamaba alabanzas al Señor, en la humilde reunión de oración de la aldea, es un cuadro dulce y familiar entre los recuerdos de mi niñez. Su talento natural era notable, y grande también su penetración espiritual, maravillosa la forma en que leía el Evangelio o los himnos, grande en su pluma y más aún en su oración poderosa a su Dios y Padre; grande como amigo, consejero, esposo y padre, grande en su fe simple, intrépido en su adherencia a la Verdad de Dios; grande en su humildad, en su sumisión sin quejas, en su intercesión...

A pesar de todo ello, el doctor Bounds vivió sin que muchos se dieran cuenta de que era todas estas cosas. Pero sus obras le seguirán, y creemos que su fama irá creciendo con los años; y aún después de muerto continuará hablando en términos más altos y potentes que durante su vida” (doctor B. F. Haynes, de Nashville, Tennessee, quien se convirtió bajo el ministerio de Edward M. Bounds).

“Para E. M. Bounds, la oración era una realidad tan palpable como lo es para nosotros la respiración. Él tomó el mandamiento *orad sin cesar* de forma tan literal casi como la criatura animada toma la ley del sistema nervioso que controla la respiración” (Claudio L. Chilton, por muchos años ministro de una iglesia Metodista Episcopal y compositor

“Para E. M. Bounds, la oración era una realidad tan palpable como lo es para nosotros la respiración. Él tomó el mandamiento *orad sin cesar* de forma tan literal casi como la criatura animada toma la ley del sistema nervioso que controla la respiración” (Claudio L. Chilton).

“Sus libros son verdaderos oasis en estos tiempos de sequía espiritual. Esconden verdaderos tesoros, surgidos del sufrimiento, esfuerzo y experiencia personal, confirmados por la aprobación divina. Son voces vivientes que siguen hablando, a pesar de que su autor se ha ido de esta Tierra” (Claudio L. Chilton).

notable de música religiosa, además de un ardiente admirador de Edward M. Bounds).

“Edward McKendree Bounds no sólo oraba bien de forma que pudiera escribir bien acerca de la oración; oraba porque tenía sobre sus espaldas las necesidades del mundo. Oró por largos años sobre asuntos tan sencillos que muchos cristianos apenas hubieran dedicado un pensamiento, y por cosas que la fe de los hombres hubiera considerado imposibles. De sus vigiliarias solitarias, de año tras año, se han levantado enseñanzas muy raramente igualadas por los hombres de la historia cristiana moderna. Pudo escribir en forma trascendental sobre la oración, porque él mismo fue trascendental en su práctica” (*ídem*).

“Mientras yo estaba en Atlanta como pastor, en 1905, se me informó de un varón de Dios, un verdadero apóstol en la oración que vivía en Georgia y que podía ayudarnos en la iglesia, para alcanzar grandes beneficios espirituales. Le escribí a Mr. Bounds para que viniera a hablarnos a una convención, durante diez días. Cuando llegó, conocí a uno de los mayores santos que han aparecido en los últimos cien años, un hombre de poca presencia física, bajito, pero un verdadero gigante en el Señor. Habló la primera noche sobre la oración; a nadie le pareció que fuera algo excepcional. Pero al día siguiente, a las 4 de la madrugada, nos quedamos asombrados al oírle en una oración maravillosa; nunca habíamos oído cosa semejante: parecía abarcar el Cielo y la Tierra. Todos sus sermones fueron sobre la oración y el Cielo” (*pastor Homer W. Hodge, primer editor de las obras de Edward M. Bounds, en 1920*).

Opiniones acerca de Edward M. Bounds: sus escritos

“Sus libros son verdaderos oasis en estos tiempos de sequía espiritual. Esconden verdaderos tesoros, surgidos del sufrimiento, esfuerzo y experiencia personal, confirmados por la aprobación divina. Son voces vivientes que siguen hablando, a pesar de que su autor se ha ido de esta Tierra” (Claudio L. Chilton, *por muchos años ministro de una iglesia Metodista Episcopal y compositor notable de música religiosa, además de un ardiente admirador de Edward M. Bounds*).

“He leído recientemente dos libros del reverendo Edward M. Bounds. Las citas clásicas que encabezan los capítulos valen ya en sí lo que cuesta el libro. Bounds dice que la resurrección de Jesucristo fue completa, literal, entera y absoluta; que la resurrección de los cuerpos de los muertos, cualquiera que sea la forma en que se disponga de ellos, enterrados en el mar, o reducidos a cenizas, será precisamente análoga a la resurrección del cuerpo de Jesucristo” (*Obispo W. F. Mallalieu, 1908*).

“Estoy contento de saber que ha aparecido otro libro sobre la oración del doctor Bounds. Cada día estoy más contento de que Dios nos hiciera ver que tenemos que publicar estos libros maravillosos, evitando así que el mundo cristiano se pierda la rica herencia de estos libros. Les felicito por haber sido el instrumento de Dios para llevar a cabo esta alta misión. No he dudado nunca, desde el día en que murió Bounds, que Dios pondría en el corazón de alguien la decisión de publicar estos libros. No creí que Dios permitiera que sus santos se vieran defraudados de esta herencia rica y necesaria. Que el Señor bendiga cada uno de los libros publicados y a cada lector de cada libro del inmortal Bounds” (*doctor B. F. Haynes, de Nashville, Tennessee, quien se convirtió bajo el ministerio de Edward M. Bounds*).

“Bounds era un especialista en la oración y sus obras son para la hora quieta, meditación cuidadosa y profunda, y para todos los que buscan y escudriñan los tesoros de Dios” (*The Sunday School Times*).

“Tuve el gran privilegio de conocer bien al autor (*Edward M. Bounds*), y también de saber que su intención, en todo lo que escribía era para la salvación de sus lectores” (*pastor Homer W. Hodge, primer editor de las obras de Edward M. Bounds, en 1920*).

“Bounds fue un hombre que vivió envuelto en una atmósfera de oración. Él andaba y hablaba con su Dios. La oración era el arma predilecta de su arsenal y su camino hacia el Trono de la Gracia. Cualquiera que lea sus escritos podrá darse cuenta de que Edward McKendree Bounds

“Bounds era un especialista en la oración y sus obras son para la hora quieta, meditación cuidadosa y profunda, y para todos los que buscan y escudriñan los tesoros de Dios” (*The Sunday School Times*).

Este hombre de Dios hablaba con Dios como un hombre habla con su amigo" (*ídem*).

sufrió pobreza, oscuridad, pérdida de prestigio, y su victoria total no fue conocida sino hasta después de su muerte...

"Después de años de estudio a fondo de los escritos que quedan de este gran cristiano, junto con la obra de otros místicos, estoy plenamente persuadido de que a pocos hombres ha sido concedido tanto poder espiritual como a Edward McKendree Bounds. Era, en verdad, una antorcha ardiente de radiante luz" (*ídem*).

Desarrollo de sus manuscritos

Como fruto de la perseverante e intensa experiencia espiritual de Edward McKendree Bounds y de su cotidiano ejercicio en la oración, surgieron maravillosos libros, verdaderos libros de texto. Mientras, este hombre de Dios sufrió pobreza, oscuridad, pérdida de prestigio, y su victoria total no fue conocida sino hasta después de su muerte...

En 1907, salieron a la luz sus dos primeras obras: *El Predicador y la oración* y *La gloria de la Resurrección*. Una de ellas circuló por toda Gran Bretaña. ¡Al fin Dios hizo que se le concediera un préstamo bastante grande para publicar estas dos pequeñas ediciones! Los dos libros fueron escritos, prácticamente, con su sangre y saturados de lágrimas.

El hermano Bounds se llevó la edición de *La gloria de la Resurrección* consigo a su casa, en Washington, Georgia; y allí permaneció guardada durante 12 años. El 21 de diciembre de 1911, tenía todos estos libros en su buhardilla guardados, y no tenía manera de venderlos. En su correspondencia personal se encuentran infinidad de pedidos al pastor Homer W. Hodge—quien conoció a Bounds personalmente en 1905, en Atlanta, cuando Bounds tenía 70 años de edad, y estuvo en contacto con él durante los últimos ocho años de su vida: personalmente, sirviendo mano a mano al Señor en el ministerio de la predicación en reuniones callejeras por Brooklyn y, posteriormente, por correspondencia postal y oración—, para que publicara este producto de su tan privilegiada pluma. Así lo explicó el mismo Homer W. Hodge:

"Cuando estaba en Brooklyn, Nueva York, en 1911, recibí muchas de sus cartas, diciéndome:

Ore por mí para que el Señor me renueve la visión y los nervios y pueda terminar los manuscritos satisfactoriamente.

El 15 de diciembre de 1911, recibí estas palabras:

Estos libros que le envió como un obsequio son mis libros sobre la resurrección y el Cielo. Son las grandes Verdades del Señor y le servirán a usted y a cualquiera que los lea como recordatorio de esta Verdad vital [...] Le envió veinticinco ejemplares. Tienen que circular para ser predicados. Escoja la ocasión y las personas; regáelos en el Nombre de Dios. Me gustaría que Nueva York estuviera llena de ellos.

Estaba dispuesto a enviarme más y más si podía distribuirlos. Su alma anhelante sabía cuál es la gran esperanza del cristiano y estaba intercediendo ante el Señor para que su libro tan precioso pudiera tener lectores para la gloria de Dios. Un año después, el 13 de diciembre de 1912, recibí la siguiente correspondencia:

Ore mucho. Confío en usted y en Chilton. Uno de los dos tendrán que ayudarme en los manuscritos que quiero terminar y publicar. Puedo ir a verle y así podría ayudarme en los ratos libres con la oración y el trabajo. Podríamos estar juntos en tanto que Dios me permita seguir en su gran obra y terminar los libros conjuntamente; y usted podría guardarlos, aunque yo muera, hasta que Dios diga que ha llegado el momento de publicarlos.

El 6 de enero de 1913, me escribió también:

Querido hermano en la fe, paso buenos ratos orando por usted; sea temprano o tarde. Que su mente viva en el espíritu de oración. La idea del Cielo es dulce. Me siento muy débil, pero me esforzaré hasta que llegue el momento en que Dios diga que es la hora del Cielo.

Iba debilitándose y ya estaba cerca de la otra orilla, cuando escribió esta carta, con fecha 21 de abril de 1913:

Dios se encarga de lo nuestro si nosotros tenemos en cuenta lo suyo. Estoy procurando poner en orden mis manuscritos. Estoy muy débil. Quiero vivir para Dios y luego partir y estar con Cristo. Es imposible describir mi deseo de ver, gozar y estar allí. Dios le bendiga.

Su alma anhelante sabía cuál es la gran esperanza del cristiano y estaba intercediendo ante el Señor para que su libro tan precioso pudiera tener lectores para la gloria de Dios.

Los años que siguieron hasta su muerte, en 1913, estuvieron llenos de constante labor, y Bounds partió hacia el Hogar Celestial dejando una vasta colección de manuscritos. Siete años más tarde, empezaron a aparecer los libros del doctor Bounds.

Las cartas siguientes son ya mensajes de un moribundo a una persona a quien amaba. He aquí unas líneas escritas el 10 de mayo de 1913:

Con amor, anhelo y oración; Dios le bendiga y le guarde para la vida eterna. Entre tribulaciones y lágrimas sigo adelante. Estoy débil, pero durmiendo durante el día puedo seguir. Cuando Él disponga yo estoy dispuesto para estar con Cristo.

Unos días después, el 22 de mayo, volvió a escribirme en estos términos:

Llegó su carta. He estado orando temprano y durante el día siempre que he podido. Dios le bendiga hasta la vida eterna. Vaya por los caminos y por las veredas y fuércelos a entrar. Lleve a todos en oración a las puertas del Cielo. Estoy poniendo el libro a punto para enviarlo a Inglaterra. Ore a Dios para que le abra camino para su gloria; en amor y oración ferviente.

Finalmente, recibí una postal con fecha del 26 de junio de 1913:

En simpatía y amor; manténgase firme en la Verdad.

Luego, solamente recibí información a través de su esposa: perdía ya la memoria... Un día llegó un telegrama de ella, comunicándome la llegada de su esposo al Hogar Celestial:

Washington, Georgia, 24 de agosto de 1913

Mi esposo partió esta tarde; entierro mañana tarde.

Hattie Bounds

Los años que siguieron hasta su muerte, en 1913, estuvieron llenos de constante labor, y Bounds partió hacia el Hogar Celestial dejando una vasta colección de manuscritos. Siete años más tarde, empezaron a aparecer los libros del doctor Bounds. La respuesta a sus oraciones para que los manuscritos se conservaran hasta que llegara el momento de su publicación resultó milagrosa y providencial, gracias a la buena preservación en que fueron hallados".

Sí, Dios contestó las oraciones de Edward M. Bounds, aunque varios años más tarde, de la mano del pastor

Homer W. Hodge, quien, con esfuerzo y amor, preparó laboriosamente los manuscritos para la imprenta y los publicó en 1920, dentro de la colección *Obras sobre la Vida Espiritual*, de Edward M. Bounds.

Por su parte, Clie fue la primera en traducir y editar en español las obras de Edward M. Bounds, durante los años 1978 y 1982.

Ahora, inauguramos el 2000 con una nueva edición revisada de todas sus obras, en otro formato y en un solo volumen. La más gloriosa de todas las escrituras espirituales abierta y presentada de modo escritural a los lectores que deseen leer todo lo que Edward M. Bounds escribió. Pues el mundo necesita conocer los pensamientos de todo un Clásico dentro de la literatura evangélica; pero, sobre todo, de un gran hombre de Dios que practicó en su vida lo que tan ardientemente creía y predicaba.

Dios contestó las oraciones de Edward M. Bounds de la mano del pastor Homer W. Hodge, quien, con esfuerzo y amor, preparó laboriosamente los manuscritos para la imprenta y los publicó en 1920. Clie fue la primera en traducir y editar en español las obras de Edward M. Bounds, durante los años 1978 y 1982.

PRIMERA PARTE

LA REALIDAD DE LA ORACIÓN

Introducción Primera Parte

La oración, un privilegio sagrado

Sobre todas las cosas, tengo el ferviente deseo de aprender a orar. Deseamos encontrar la verdad en cuanto a la falta de oración de nuestros días y despertar a aquellos guerreros cristianos. ¿Por qué hoy se dedica tan poco tiempo a la oración cuando el Señor Jesucristo dedicó gran parte de su vida a la intercesión? Atendamos a las palabras de la Escritura: "Por lo cual, puede también salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos" (He. 7:25). Pensamos que el deseo está en el corazón, pero la voluntad es indisciplinada; el motivo está presente, pero los afectos no se han fundido bajo horas de meditación celestial. El intelecto está vivo, vehemente, pero no tanto como para consumirlo buscando al Señor. Y es que el intelecto y las emociones nunca han sido ligados por el bendito sellamiento del Espíritu Santo para morir por la gloria de Dios en los lugares secretos, donde se cierran las puertas y las concupiscencias de la carne quedan crucificadas.

HOMER W. HODGE

La palabra "oración" expresa el más amplio y comprensivo acercamiento a Dios. Da prominencia al elemento de la devoción; es una estrecha relación y auténtica comunión con Él, disfrutar de Dios y tener acceso a Él.

Por su parte, la "súplica" es una forma más estricta e intensa de oración, acompañada por un sentido de necesidad personal, limitada a buscar de una manera urgente una respuesta para la necesidad apremiante; la misma alma de la oración que ruega por alguna cosa muy necesaria que pesa sobre el corazón.

Y la "intercesión" es una ampliación en la oración, un extenderse de sí mismo hacia los demás. Se basa en la confianza e influencia del alma que se acerca a Dios, ili-

La palabra "oración" expresa el más amplio y comprensivo acercamiento a Dios. Da prominencia al elemento de la devoción; es una estrecha relación y auténtica comunión con Él, disfrutar de Dios y tener acceso a Él.

Lo que está claro es que la oración es siempre un acercamiento a Dios, el Padre. En la oración universal, modelo de todas las otras oraciones, las primeras palabras son: "Padre nuestro, que estás en los Cielos".

mitada en su acceso y sus peticiones. Y esta confianza e influencia ha de ser usada en favor de los demás.

Lo que está claro es que la oración es siempre un acercamiento a Dios, el Padre. En la oración universal, modelo de todas las otras oraciones, las primeras palabras son:

"Padre nuestro, que estás en los Cielos" (Mt. 6:9; Lc. 11:2).

Junto a la tumba de Lázaro, el Señor Jesús levantó sus ojos y dijo: "Padre" (Jn. 11:41). En su oración sacerdotal, Jesús "levantó también sus ojos al Cielo y llamó al Padre" (Jn. 17:1). Porque la oración de nuestro Señor era personal, familiar y paternal. Además, era definida, fuerte y poderosa. Leed estas palabras del autor de Hebreos:

"Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente" (He. 5:7).¹

Así, "pedir" y "recibir" para el Señor implicaba una inmediata conexión con Dios. ¡Esto es oración!

"Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada" (Stg. 1:5).

En 1 Juan 5:14 y 15 tenemos la siguiente declaración acerca de la oración:

"Y esta es la confianza que tenemos ante Él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, Él nos oye. Y si sabemos que Él nos oye en cualquier cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho".

Y en Filipenses 4:6 encontramos estas palabras con respecto a la oración:

"Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias".

¿Cuál es, pues, la voluntad de Dios en cuanto a la oración? Primeramente, es su voluntad que nosotros, sus

(1) «¿Cómo puede decirse fue oído, si no fue librado de la cruz?», dice el escéptico. Fue oído porque Dios Padre dio a su Hijo, que en aquellos momentos se hallaba autolimitado por la Kenosis (véase Fil. 2:6-8) y, por eso, era llamado Hijo del Hombre, fortaleza suficiente para decir «sea hecha tu voluntad». ¿Y no es así acaso que somos oídos algunas veces nosotros?

hijos, oremos. El Señor Jesucristo dijo que los hombres debían "orar siempre y no desmayar" (Lc. 18:1).

Asimismo, Pablo escribió al joven Timoteo acerca de las primeras cosas que el pueblo de Dios había de hacer, y en primer término colocó la oración:

"Exhorto, ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres" (1 Ti. 2:1).

En conexión con estas palabras, el mismo apóstol declaró que la voluntad de Dios y la redención y mediación del Señor Jesucristo para la salvación de todos los hombres están involucradas de forma vital en la oración.

Y es que la oración es un complemento que coopera con la voluntad de Dios, cuya soberanía corre paralela en extensión y poder con la expiación del Señor Jesucristo. Él a través del Espíritu Eterno, y por la gracia de Dios, "gusto la muerte por todos" (He. 2:9). Igualmente nosotros, a través del Espíritu Eterno, y por la gracia de Dios, debemos orar por todos los hombres.

Pero, ¿cómo sé yo que estoy orando según la voluntad de Dios? Cada actitud verdadera de oración es en respuesta a la voluntad de Dios. Puede ser enseñada por maestros humanos, pero es aceptable ante Dios porque se hace en obediencia a su voluntad. A saber, si obedezco la guía del Espíritu Santo, que me ordena orar, los detalles y las peticiones de esa oración estarán en armonía con la voluntad de Aquel que desea que yo ore.

Vemos, pues, cómo la oración no es un asunto trivial y sin importancia; no involucra los intereses mezquinos de una persona, sino que la oración verdadera que surge de la voluntad de Dios observa todos los intereses, todo el bienestar del hombre y lo mejor para la gloria de Dios.

Y el Padre está tan interesado en que los hombres oren que Él mismo ha prometido respondernos de forma definida.

La oración, así como la enseñó el Señor Jesús, penetra en todos los ámbitos de la vida. Para el judío el altar era el símbolo y el lugar de la oración; tenía devoción por el altar donde adoraba a Dios. Pero el Señor Jesucristo consagró el altar de la oración, para que todo su pueblo le pueda adorar, y lo puso aparte de la esfera del mundo y de un mero hábito, para ensalzar el espíritu de la oración que actúa en favor de todos los hombres. El espacio ocu-

¿Cómo sé yo que estoy orando según la voluntad de Dios? Cada actitud verdadera de oración es en respuesta a la voluntad de Dios. No es un asunto trivial y sin importancia; no involucra los intereses mezquinos de una persona, sino que la oración verdadera que surge de la voluntad de Dios observa todos los intereses, todo el bienestar del hombre y lo mejor para la gloria de Dios.

La falta de oración significa rebelión, discordia y anarquía. Porque la oración, dentro del gobierno moral, es tan fuerte como la ley de la gravedad en el mundo material, y tan necesaria como ésta para sostener las cosas en su propia esfera de vida.

pado por la oración en el Sermón del Monte demuestra cuánta importancia daba Cristo a este santo ejercicio: el sermón contiene ciento once versículos, de los cuales dieciocho tratan directamente de la oración, y muchos otros en forma indirecta.

Sin embargo, la Escritura nos dice que antes de acercarnos al Señor en oración, los cristianos debemos, de ser posible, estar en paz con todos los hombres, y mayormente con los hermanos, ya que la reconciliación con los hombres es precursora de la reconciliación con Dios:

“Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda” (Mt. 5:23 y 24).

La oración es, por consiguiente, uno de los principios cardinales de la piedad en cada dispensación y para cada hijo de Dios. Y el propósito del Señor es reforzar, recuperar y espiritualizar aquellos deberes que son cardinales e indispensables dentro de la conducta y actitud de cada uno de sus hijos.

De ahí que la falta de oración signifique rebelión, discordia y anarquía. Porque la oración, dentro del gobierno moral, es tan fuerte como la ley de la gravedad en el mundo material, y tan necesaria como ésta para sostener las cosas en su propia esfera de vida.

Las enseñanzas bíblicas en cuanto a la oración nos alientan a aumentar nuestra fe y a asegurarnos de los favores de Dios. Más aún, todo el Canon de la enseñanza bíblica ilustra la gran Verdad de que Dios oye y contesta la oración. En efecto, uno de los grandes propósitos de Dios en su Santo Libro es imprimir en nuestras mentes, en forma indeleble, la gran importancia, valor y absoluta necesidad de acudir a Él por aquellas cosas que necesitamos en tiempo y eternidad. Entonces, Él nos muestra a su propio Hijo, Quien desea nuestro máximo bien, y que nos enseña que Dios es nuestro Padre, completamente capaz de hacer todo por nosotros y darnos lo que necesitamos mucho más generosamente que nuestros padres terrenales.

Debemos, por lo tanto, dedicarnos a la oración; no hacerlo sería abrirle la puerta a Satanás, quien ha sido tan perjudicado a causa de la oración, que está dispuesto a

tender toda clase de trampas y estorbos para impedirla. Sólo siendo cuidadosos y diligentes hasta en los más pequeños detalles podremos protegernos sabiamente contra el Maligno.

El Señor dice que los hombres deben orar siempre. Ésta es la condición eterna que hace avanzar su causa. Su fortaleza, belleza y poder está basada en las oraciones de sus hijos, de las cuales surgirán las bendiciones para el Cuerpo de Cristo, aquí en la Tierra, y para todo el mundo.

Finalmente, más que un deber o una obligación imperativa para todo creyente, la oración es un privilegio sagrado. En otras palabras, no orar constituye perder el goce de tan alto privilegio.

La oración ennoblece el carácter del hombre y hace que su razón resplandezca, otorgándole abundante sabiduría; es la misma escuela de la sabiduría y de la piedad. Su inspiración y melodía provienen del Cielo, pues pertenece al Espíritu, Quien hace surgir en nosotros propósitos santos y elevados.

El ministerio de la oración ha sido, además, la distinción peculiar de todos los santos de Dios. De hecho, éste ha sido el secreto de su poder, la energía y el alma de su obra: el aposento de oración.

No tendría que haber arreglos especiales en la vida o en el espíritu para la hora quieta. El espíritu de la hora de oración debería ser la regla y regir en toda ocasión y momento. Nuestras actividades y trabajo deberían ser ejecutadas en el mismo espíritu que origina nuestra devoción y que hace nuestra hora quieta sagrada. Esto va más allá de “perseverar”. La oración ha de ser incesante, sin interrupción, asidua, sin cese en el deseo o la acción, con la vida siempre en actitud devocional –incluso cuando las rodillas no estén siempre dobladas o los labios no puedan estar repitiendo palabras en voz alta–, pues el espíritu está siempre dispuesto.

Todos estos beneficios, que nos llegan por el Espíritu Santo, se originan y resultan de la oración. No cuando ésta es un proceso esmirriado o la mera ejecución de un deber, sino cuando se convierte en un privilegio ardiente como un incendio y tiene un deseo insaciable, un sentido de necesidad que no puede ser detenido, una decisión que no suelta y que no desmaya hasta que alcanza el sumo bien y la bendición permanente que Dios tiene preparada para nosotros.

La oración ennoblece el carácter del hombre y hace que su razón resplandezca, otorgándole abundante sabiduría; es la misma escuela de la sabiduría y de la piedad. Todos estos beneficios, que nos llegan por el Espíritu Santo, se originan y resultan de la oración.

LIBRO I
LA REALIDAD DE LA ORACIÓN

1

**La oración colma la pobreza del hombre
con la riqueza de Dios**

Durante dos horas estuve luchando, abandonado de Dios y de los hombres en una fría tarde. Cuando por último recordé las palabras de David –“Lávame, y seré más blanco que la nieve”–, me di cuenta de que estaba con Dios, o, mejor dicho, de que Dios estaba conmigo. Y me fui andando a mi casa con el corazón inflamado de amor.

ALEXANDER WHITE, D.D.

La oración
es una
relación
establecida
entre Padre
e hijo.

Tenemos mucho dicho y escrito acerca de los beneficios subjetivos de la oración y de la manera en que se reciben sus resultados. Tales maestros nos enseñan que debe haber un entrenamiento en la oración, en el cual se aprenden la paciencia, la calma y la dependencia a Dios. El contenido bíblico nos asegura que la oración ha de ser una relación establecida entre Padre e hijo. Así, el Padre nos da las cosas que nosotros, sus hijos, necesitamos y pedimos. La mejor oración es, por tanto, aquella que consigue respuesta.

Las posibilidades y la necesidad de la oración están grabadas en los fundamentos eternos del Evangelio. La relación que se establece entre Padre e hijo y el pacto decretado entre ambos tiene en la oración la base de su existencia. La oración es la condición por la cual el Evangelio avanza victorioso y todos los enemigos son vencidos de manera que sea posible tomar posesión de la herencia legítima de los hijos de Dios.

Estas son verdades axiomáticas, aunque puedan parecer muy familiares y conocidas. Pero precisamente estos son los tiempos cuando los axiomas de la Biblia necesitan ser enfatizados y reiterados. La misma atmósfera de nuestro siglo está contaminada con prácticas y teorías fundadas en la falsedad, y las más evidentes verdades y axiomas se están hundiendo por el efecto de ataques invisibles.

Más aún, la tendencia de estos tiempos es la de hacer ostentación en cosas visibles, lo cual debilita la vida y di-

La oración que proviene del corazón no es un hábito, sino un servicio solemne de adoración a Dios.

sipa el espíritu de la oración. Puede haber mucha apariencia de oración y muchas cabezas bajas dentro de las iglesias, pero aun así hay una ausencia total de oración auténtica. La oración es un «trabajo» real y vital. Podrá existir una exhibición y pompa de aparente oración, pero el contenido es hueco y vacío. También pueden exhibirse actitudes, gesticulaciones y verborrea, no oración verdadera.

¿Quién puede acercarse a la presencia de Dios en oración? ¿Quién puede venir ante el gran Dios Hacedor de todo el universo y Padre de nuestro Señor Jesucristo? ¿Quién mantiene en sus manos todo el bien y es poderoso para hacer todas las cosas? ¿Qué pureza de corazón, que limpieza de manos y qué sinceridad se requieren del hombre que desee allegarse a Él!

Es mucho más importante y urgente que los hombres oren a que sean entrenados en la homilética y didáctica de la oración. La oración es algo del corazón, no de colegios o seminarios. Es más que sentimientos y palabras: es la mejor escuela donde aprender a orar y el mejor diccionario para definir el arte y la naturaleza de sí misma.

Otra vez reiteramos: la oración no es un mero hábito, refrescado por medio de la costumbre y la memoria. No es solamente un deber que debe realizarse para desligarse de una obligación y aquietar la conciencia. Tampoco es un mero privilegio, una indulgencia sagrada de la cual sacar ventaja. Es un solemne servicio a Dios, una adoración, un acercamiento al Padre para alguna súplica, la presentación de algún deseo, la expresión de alguna necesidad ante Aquel que suple en abundancia y quien, como nuestro Padre, halla su gran placer y regocijo en conceder las peticiones de sus hijos. La oración es el extenderse de los brazos del hijo hacia la ayuda poderosa del Padre, el clamor que llega a sus oídos y a su corazón, buscando su capacidad y habilidad para contestar y resolver cualquier clase de asunto. Es, asimismo, la búsqueda de los beneficios de Dios, los cuales nos llegan canalizados únicamente a través de la oración.

Orar es elevar un ardiente clamor a Dios por alguna cosa específica, juntamente con la cual vendrán muchos otros dones y gracias. Como portadores de ellos llegarán a nuestra vida la fortaleza, la paz, la quietud y la fe.

Cuando afirmamos que Dios contesta la oración no hacemos más que asimilar el sencillo contenido y espíritu

de la Biblia. Dios nos da las mismas cosas que deseamos; cuando sus hijos piden pan, Él les da pan.

La revelación bíblica no trata con sutilezas filosóficas, sino que declara principios y esfuerza deberes. Lo que ha sido tan bien hecho por los profetas y patriarcas no necesita volver a los diccionarios. Cristo es en sí mismo la mejor ilustración y definición de la oración. Él oró como ningún hombre jamás lo ha hecho. Él colocó la oración sobre una base elevada, con los resultados más grandiosos que se han conocido. Él enseñó a Pablo cómo orar por medio de la revelación de sí mismo, lo cual constituye el primer llamado y la primera lección en cuanto a la oración.

El término «oración» describe el acto de orar; al deber, el espíritu y el servicio al cual llamamos oración. Es la declaración condensada de la adoración. La adoración celestial no tiene el elemento de la oración en una forma tan conspicua. La oración es la esencia y el ingrediente más importante de la adoración, mientras que la alabanza es el elemento inspirador de la adoración celestial; ya que, al igual que el amor, la oración es demasiado etérea y celestial para ser encerrada en una simple definición. Pertenece a los Cielos y al corazón y no solamente a ideas y palabras. No es invención del hombre ni un remedio imaginario para enfermedades imaginarias. Es el acto por el cual el alma toma contacto con Dios. En la oración Dios se dispone a bendecir y ayudar al hombre en cada cosa que éste pueda necesitar.

Sí, la oración llena el vacío del hombre con la plenitud de Dios. Suple la debilidad humana con la fortaleza de Dios, hace desvanecer la pequeñez del hombre con la grandeza del Todopoderoso. La oración es, en definitiva, el plan de Dios para suplir la más grande y continua necesidad del creyente.

Pero, ¿qué es esta oración a la cual los hombres son llamados? No es una mera fórmula ni un juego de niños. Es un trabajo serio y difícil; la labor más importante que los hombres pueden realizar. Pues los eleva fuera de este mundo terreno y los transporta hacia las esferas celestiales. Nunca podremos estar más cerca del Cielo, de Dios y en más profunda simpatía y comunión verdadera con el Señor Jesucristo que cuando oramos.

¿Pueden considerarse, entonces, verdaderamente salvos aquellos hombres que no oran? ¿No es acaso el don,

La oración nace del Cielo y no puede definirse con palabras humanas.

La verdadera oración, como decía Pablo, es aquella que combina distintos tipos de oraciones. Orar es en sí mismo un estado de vigilancia constante para que no caigamos en el peligro de la rutina espiritual.

la inclinación y el hábito de la oración, uno de los elementos o características de la salvación? ¿Es posible estar en afinidad con el Señor Jesucristo y no ser un hombre o una mujer de oración? ¿Será posible tener el Espíritu Santo y no tener el espíritu de oración? ¿Podrá alguien tener el nuevo nacimiento y no ser nacido para orar? ¿No están acaso coordinadas la vida del Espíritu y la vida de oración? Es más, ¿puede alguien tener amor por sus hermanos si su corazón no está verdaderamente entrenado en la escuela de la oración?

Tenemos dos clases de oración que se mencionan en el Nuevo Testamento: la oración y la súplica. La oración es más general, mientras que la súplica es una forma más intensa y especial de oración. Estas dos, oración y súplica, han de ser combinadas en la vida del creyente, de manera que podamos tener devoción en su sentido más amplio y sublime. En las instrucciones de Pablo a Timoteo acerca de la oración tenemos una descripción verbal de la oración en sus diferentes partes o diversas manifestaciones:

“Exhorto, ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres” (1 Ti. 2:1).

Esto es, súplicas, oraciones e intercesiones. Las mismas declaran una amplia diversidad y la necesidad de ir más allá de la simplicidad formal de una sola oración, añadiendo oración tras oración, súplica tras súplica e intercesión sobre intercesión, hasta que la fuerza combinada de las oraciones en su modo más superlativo unan su fuerza acumulativa.

Pablo, en el capítulo seis de su epístola a los efesios, nos enseña a permanecer en oración, puesto que estamos expuestos de continuo a una gran batalla. Y hemos de buscar al Espíritu por medio de nuestras oraciones y súplicas, las cuales a su vez serán cargadas de vitalidad con su energía y fuerza. Velar de continuo nos preparará para esta intensa lucha en oración. También la perseverancia es un elemento esencial para la oración victoriosa.

Pero, sobre todo, sólo aquellos que poseen una visión profunda y verdadera pueden hacer buena administración de la oración. Estos *seres vivientes* se describen en Apocalipsis 4:6 como «llenos de ojos por delante y por detrás». Los ojos sirven para ver. La claridad, intensidad y perfección de la vista radica en ellos. Así sucede en el

área de lo espiritual: la visión y la vigilancia abren la facultad del conocimiento. Es por medio de la oración que los ojos de nuestro corazón son abiertos. Los misterios profundos de la gracia son revelados por medio de la oración. Estos *seres vivientes* estaban “llenos de ojos por delante y por detrás”. La forma más elevada de vida es inteligente, mientras que la ignorancia es degradante, tanto en el reino de lo espiritual como en otras áreas de la vida. Y la oración nos da ojos para poder ver a Dios; es decir, la vida de oración otorga conocimiento externo e interno, pues no puede haber oración inteligente sin conocimiento interior: nuestra condición y necesidades interiores han de ser conocidas.

Sí, es necesario llevar la más elevada norma de vida y de oración, puesto que ésta es la más elevada, eficaz, inteligente y gozosa de todas las vocaciones; una vida radiante que lleva en sí la eternidad. ¡Dejémonos de hábitos fríos y áridos en la oración! ¡Ya no más rutinas ni comportamientos protocolarios! Dispongámonos para una tarea seria, para la principal actividad de los hijos de Dios. Seamos tan devotos y ardientes en la oración, que los Cielos y la Tierra puedan estar perfumados con su bendito aroma, y las naciones en la oscuridad puedan ser bendecidas e iluminadas por nuestras oraciones. Así habrá mayor gozo en los Cielos, la Tierra estará mejor preparada para esperar la llegada del Señor y el infierno se verá despojado de muchas de sus víctimas.

No sólo hay un triste y ruinoso abandono en la oración, sino que además hay una enorme pérdida de tiempo y esfuerzo en el simulacro de oración que se hace, como la oración oficial, la oración protocolar y la que se hace por hábito o costumbre, sin ni siquiera prestarle atención. Los hombres están manifestando una forma exterior mientras que su mente y su corazón están en otra parte.

La declaración de Ana ante la amonestación de Elí y su defensa contra el cargo de hipocresía fue:

“... he derramado mi alma delante de Jehová” (1 S. 1:15).

Y Dios había prometido a su pueblo que “le hallarían cuando le buscaren de todo corazón” (Jer. 29:13). Hagamos también que toda la oración de nuestros días sea medida por estas normas; a saber, derramar el alma ante Dios y buscarle con todo el corazón...

Dios quiere que nuestras oraciones sean inteligentes; esto es, nacidas de un conocimiento interno de lo que Él es.

2

La oración, la esencia absoluta

Dios es nuestro Padre y esto es lo que debemos enseñar a nuestros hijos, a encontrar a su Padre Dios.

Ninguna evidencia puede ser competente o relevante a menos que sea espiritual. Solamente aquello que está por encima de la lógica merece ser oído. El centro de toda respuesta y fuente de sabiduría es la existencia y personalidad de un Dios espiritual y sobrenatural. Sólo el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu. Esto se lleva a cabo en una forma espiritual y sobrenatural, pues no habría otra manera posible de realizarlo.

CLAUDIO L. CHILTON

La ley judía y los profetas conocían algo de Dios como Padre. Aunque no tan completa como la poseemos ahora, ellos tenían una visión de la gran verdad en cuanto a la paternidad de Dios. Y Cristo puso el fundamento de la oración precisamente basándose en este principio capital. La ley de la oración y el derecho a orar descansa sobre esta relación de hijo a Padre. La expresión «Padre nuestro» nos trae a una cercana relación con Dios; a saber, la oración es el derecho, la súplica y el acercamiento por parte del hijo. Es la ley de la oración que mira hacia arriba y eleva nuestros ojos hacia nuestro Padre que está en los Cielos. Así, la oración es un llamado desde el vacío, la bajeza y la necesidad que hay en la Tierra hacia las alturas, la plenitud y la suficiencia de los Cielos. Vuelve los ojos y el corazón hacia el trono de Dios con la confianza y expectativa de los hijos, que somos nosotros. Mencionar su Nombre, alabarle y hablarle íntimamente son hechos y actitudes que también pertenecen a la oración...

En conexión con esto, puede decirse que es necesario enseñar a los niños desde pequeños la necesidad de la oración para su propia salvación. Lamentablemente muchos padres piensan que es suficiente decirles que hay un Cielo y un infierno; y que deben de tratar de evitar este último para ir al primero.

Pero aun así, acaban sin conocer la manera más fácil para llegar a la salvación. La única forma de llegar al Cielo, que es por la ruta de la oración, aquella salida del corazón

que no es fruto del estudio ni de la imaginación, sino de una sencilla fe y confianza de parte del hombre hacia Dios.

En la verdadera oración está involucrada la pobreza de espíritu:

“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mt. 5:3).

Los “pobres” son los mendigos, aquellos que viven rogando y pidiendo, tal y como el pueblo de Dios vivió pidiendo a su Padre. La oración es, pues, la respiración del cristiano.

Con su propio ejemplo, el Señor Jesucristo ilustra también la naturaleza y necesidad de la oración. En varias porciones de la Escritura, Él declara que aquel que está comisionado por Dios en este mundo debe orar y mucho. Él es, además, el mejor ejemplo de la devoción al Padre en la oración. Ya Pedro declaró que Jesús nos dejó ejemplo para que “sigamos sus pisadas” (1 P. 2:21). Por tanto, un hombre verdaderamente lleno del Espíritu Santo tendrá una vida llena de oración. Y a su vez, cuanto más ore, más recibirá del Padre, del Hijo y del Espíritu.

Vemos, por ejemplo, cómo los grandes acontecimientos de la vida del Señor Jesucristo fueron coronados por la oración: en el comienzo de su ministerio, en su bautismo, cuando el Espíritu descendió sobre Él, momentos antes de la transfiguración y en el *jardín del Getsemaní*.

Hay un principio importante de la oración que se halla en algunos de los milagros de Cristo, y es la naturaleza progresiva de la respuesta a la oración... Dios no siempre contesta la oración en forma instantánea, sino que a veces lo hace progresivamente, paso a paso. La Biblia describe algunos casos que ilustran esta importante verdad, tan a menudo tenida en poco. Así, tenemos tres curaciones de ceguera en el ministerio de nuestro Señor, las cuales ilustran la naturaleza de la obra de Dios al contestar las oraciones y muestran la amplísima variedad y omnipotencia en su manera de obrar.

En el primer caso, Cristo se acercó incidentalmente a un hombre ciego en Jerusalén, el cual no pidió ser curado. Hizo lodo, humedeciéndolo con su propia saliva, y lo untó en los ojos del ciego, mandándole luego a que fuera y se lavara en el estanque de Siloé. Los resultados se vieron al fin de esta acción, en el lavado de aquellos ojos. De haber desobedecido y no haberse lavado como el Señor le había

Algunos milagros de Jesús muestran cómo, a veces, las respuestas de Dios a nuestras oraciones no son instantáneas, sino progresivas.

A menudo, Dios emplea métodos diferentes para responder nuestras oraciones, pero los resultados, es decir, sus respuestas, siempre son seguras.

ordenado, los resultados podrían haber sido fatales para su curación (véase Jn. 9:1-41).

En el segundo caso, los que traían al hombre ciego le solicitaron a Cristo que simplemente le tocara. Pero el Señor tomó al hombre de su mano y lo llevó fuera del pueblo y aparte de la gente. Allí solos y en secreto se iba a producir el milagro:

“Llegan a Betsaida. Y le traen un ciego, suplicándole que lo toque. Tomando de la mano al ciego, lo sacó fuera de la aldea; y después de escupirle en los ojos y de poner las manos sobre él, le preguntó: *¿Ves algo?* El alzó los ojos y dijo: *Veo a los hombres, pero los veo como árboles que están andando.* Entonces le puso otra vez las manos sobre los ojos; él miró fijamente y quedó restablecido, y comenzó a ver todas las cosas con claridad” (Mr. 8:22-25).

Como a aquel ciego, muchas veces Cristo tiene que tomarnos y llevarnos aparte del ruido de este mundo, donde pueda tenernos completamente para Él, y allí hablar y tratar con nosotros.

La sumisión y fe de aquel hombre al entregarse a la voluntad del Señor y permitir ser llevado aparte fueron factores prominentes en la cura, así como también la recepción gradual de la vista y la necesidad de un segundo toque para culminar la obra perfecta.

El tercer caso fue el del ciego Bartimeo (Mr. 10:46-52). El factor principal fue la urgencia de aquella fe que se expresaba en desesperados llamados, reprendida por aquellos que seguían a Cristo, y a su vez intensificada y alentada por esta misma oposición. Pero en este caso particular, la cura no fue llevada a cabo con la interposición de ningún agente. No se produjo por medio de un toque, ni por aplicación de lodo, ni por enjuagarse con agua; sólo bastó la palabra del Maestro, y Bartimeo recobró totalmente la vista.

Ahora supongamos que estos tres ciegos se hubieran encontrado, y el primero de ellos narrara las peculiaridades del proceso de su curación –escupir, el barro, el baño en el estanque de Siloé–, como las únicas credenciales de una obra divina. ¡Cuán lejos de la verdad hubieran estado! Ciertamente, hubiera sido un concepto muy estrecho en cuanto al poder y la manifestación del Señor Jesucristo. No los métodos, sino los resultados son la prueba auténtica de la obra divina.

Cada uno de ellos podría decir: “Una cosa sé, que yo era ciego, y ahora veo” (Jn. 9:25). Los resultados fueron resultados conscientes; ellos sabían que era Cristo quien había efectuado la obra, y que la fe fue el instrumento. Pero su fe fue diferente en cada uno; como también lo fue el método usado por Cristo y los varios pasos que les trajeron a esos asombrosos resultados.

¿Cuáles son, pues, las limitaciones de la oración? ¿Cuál es el alcance de sus beneficios y posibilidades? ¿Qué parte o área de los tratos de Dios con el hombre y con su mundo no podrán ser afectados por la oración? ¿Las posibilidades de la oración llegan a cubrir todo el bien temporal y espiritual? Las respuestas a estas preguntas son de una importancia trascendental y están completamente cubiertas por las palabras que el Espíritu Santo nos dejó a través de su siervo, el apóstol Pablo, en Filipenses 4:6:

“Por nada os inquietéis, sino que sean presentadas vuestras peticiones delante de Dios mediante oración y ruego, con acción de gracias”.

También la fe de cada uno es diferente, pero Dios la usa igualmente como instrumento para llegar a un mismo fin.

3

Dios está íntimamente ligado a la oración

Las promesas de Dios aguardan su cumplimiento por medio de nuestras oraciones.

Cristo es nuestro Todo: en Él estamos completos. Él es la respuesta a cada necesidad, el perfecto Salvador. No necesita de ningún ornato para ensalzar su belleza ni de ningún ensalzamiento humano para resaltar su estabilidad o perfeccionar su fuerza. ¿Quién podrá refinar el oro ya refinado, blanquear la nieve, perfumar una rosa o acentuar los colores de una puesta de sol? No se trata de Cristo más filosofía, o de Cristo más dinero, civilización, diplomacia, ciencia u organización. Es Cristo solamente. Él es quien trae salvación. Él es completamente autosuficiente. Es el consuelo, la fortaleza, la sabiduría, la justicia y la santificación de todos los hombres.

CLAUDIO L. CHILTON

Los hombres que pertenecen a Dios están obligados a orar. No tienen la obligación de hacerse ricos, ni de tener éxito en los negocios, pues estas cosas son incidentales y ocasionales. Los éxitos materiales son inmateriales para Dios. Tampoco los hombres son mejores o peores con o sin estas cosas. Las mismas no son fuentes de reputación ni elementos de carácter ante las normas y estimación celestiales. Pero orar, orar verdaderamente es la fuente de toda renovación, las bases para una buena reputación y el elemento de carácter ante la estimación de Dios. Los hombres están obligados a orar, pues la oración es lealtad a Dios. No orar es rechazar a Cristo y abandonar los Cielos. Una vida de oración es la única vida que cuenta en los Cielos...

Y Dios está preocupado en que los hombres oren, ya que éstos, así como todo el mundo, son grandemente beneficiados por medio de la oración. De hecho, Dios lleva a cabo su mejor obra en favor del mundo en su totalidad a través de la oración.

Es más, las promesas de Dios están esperando para ser apropiadas por los hombres y vivificadas por medio de la oración eficaz. Una promesa es como una semilla sin sembrar: tiene el germen de la vida en su interior, pero el

terreno de preparación de la oración es necesario para poder hacer germinar y crecer esa semilla.

Los propósitos de Dios se mueven a lo largo de la senda trazada por la oración para sus gloriosos designios. El aliento de la oración en el hombre procede de Dios. Para aquel que ora, la hora de la oración es sagrada, porque en ella el alma se acerca a la búsqueda del Todopoderoso. En efecto, la oración mide el acercamiento a Dios. Con lo cual, el que no ora no conoce a Dios, porque la morada de Dios está en lo secreto, allí en la cámara íntima de la oración:

“El que habita al abrigo del Altísimo y mora bajo la sombra del Omnipotente, dice a Jehová: *Esperanza mía, y castillo mío*” (Sal. 91:1 y 2).

El que no tiene su intelecto fortalecido, clarificado y elevado por medio de la oración no puede decir que ha estudiado verdaderamente la doctrina de Dios. El Dios Todopoderoso nos ordena orar, espera en la oración para ordenar sus caminos, y se deleita en ella. Esto es, para el Señor la oración es lo que era el incienso dentro del Templo judío: todo lo impregna, envuelve y perfuma.

Las posibilidades de la oración cubren todos los propósitos de Dios a través de Cristo. Dios condiciona todos los dones en todas las dispensaciones a su Hijo en oración.

“Pídeme —dice Dios el Padre a su Hijo, mientras iba hacia la meta de su plan salvador— ... y te daré por herencia las naciones y, como posesión tuya, los confines de la Tierra” (Sal. 2:8).

La respuesta a la oración está asegurada no solamente por las promesas de Dios, sino también por medio de nuestra relación con Él como nuestro Padre:

“Pero tú, cuando ores, entra en tu aposento y, a puerta cerrada, ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo recompensará en público” (Mt. 6:6).

Prestemos también atención a las preciosas palabras: “Pues si vosotros, aun siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los Cielos dará cosas buenas a los que le pidan?” (Mt. 7:11).

Dios nos alienta a orar no sólo por medio de la seguridad de la respuesta, sino además por la generosidad de la promesa y la abundancia del Dador. ¡Qué promesa tan

Las respuestas de Dios son seguras y sus promesas generosas.

Igualmente, los propósitos de Dios para nosotros son elevados. preciosa, que cubre todas las cosas sin calificación, excepción o límite! El desafío de Dios para nosotros es: "Clama a mí, y Yo te responderé y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces" (Jer. 33:3). Esto incluye, como la respuesta a la oración de Salomón, aquello que fue pedido en forma específica; pero a su vez abarca mucho más...

No obstante, para ello, el Dios Omnipotente desea que pidamos sin mezquindad. Él declara que es "Poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos" (Ef. 3:20). Sí, Dios nos asombra dándonos "carta blanca":

"Preguntadme de las cosas por venir, mandadme acerca de mis hijos, y acerca de la obra de mis manos" (Is. 45:11).

En Romanos 8:32, el Espíritu nos dice claramente:

"El que no eximió ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas?"

En definitiva, Dios nos ha dado todas las cosas en oración por medio de su promesa porque ya nos ha dado todo en su Hijo. ¡Asombroso don, su propio Hijo! ¡Los recursos de la oración son tan ilimitados como lo es su propio Hijo bendito!

No hay nada en el Cielo o en la Tierra, en tiempo y eternidad, que el Hijo de Dios no pueda asegurarnos. Por medio de la oración, Dios nos da la vasta y rica herencia, la cual nos pertenece por virtud de su Hijo, y nos invita a "acercarnos confiadamente al trono de la gracia" (He. 4:16).

Aquello que es cierto en cuanto a las promesas de Dios es también verdadero en cuanto a sus propósitos. Podríamos decir que Dios no obra sin la oración. Sus más elevados propósitos están condicionados por la oración. Sus maravillosas promesas de Ezequiel 36 están sujetas a esta calificación y condición:

"Aún seré solicitado por la casa de Israel" (Ez. 36:37).

En el salmo 2 los propósitos de Dios para su Hijo entronado son decretados sobre la oración, como está citado previamente. Aquel decreto, en el cual le promete por herencia las naciones, radica en la oración para obtener su total cumplimiento: "Pídeme" (Sal. 2:8). Para que surjan resultados gloriosos es necesario el poderoso

decreto de Dios y la poderosa oración por parte del hombre.

Asimismo, en el salmo 72, tenemos una visión dentro de las poderosas fuerzas de la oración:

"Vivirá, y se le dará el oro de Saba, y se orará por él continuamente; todo el día se le bendecirá" (Sal. 72:15).

En esta declaración los movimientos de Cristo son puestos en manos de la oración.

Y cuando Cristo, con un corazón triste y comprensivo, miró los campos maduros de la humanidad y vio la gran necesidad de obreros, pronunció las siguientes palabras:

"Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies" (Mt. 9:38).

También, en Efesios 3, Pablo recuerda a los creyentes los propósitos eternos de Dios y la manera como Él estaba doblando sus rodillas para que esos propósitos pudieran llegar a un cumplimiento y para que ellos mismos pudieran ser "llenados hasta toda la plenitud de Dios" (Ef. 3:19).

Del mismo modo, en el libro de Job vemos cómo Dios condicionó sus propósitos para los tres amigos de Job según la oración de éste, y cómo tales propósitos de Dios para con Job fueron llevados a cabo por los mismos medios.

Finalmente, en Apocalipsis 8, la relación y la necesidad de las oraciones para el resultado de los planes y operaciones de Dios en cuanto a la salvación de los hombres se presenta en un rico y expresivo símbolo, donde los ángeles tienen que ver con las oraciones de los santos: los representantes de la Iglesia y de toda la creación ante el Trono de Dios en los Cielos tenían, cada uno, "una cítara y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos" (Ap. 5:8).

Sí, la oración da eficiencia y utilidad a las promesas.

No obstante, hemos dicho anteriormente, y volvemos a repetirlo, que la oración no está basada sola y simplemente sobre una promesa, sino en una relación... El pecador penitente ora sobre una promesa, pero el hijo de Dios ora basándose en su relación de hijo. A saber, el hijo pide y el Padre otorga. La relación existente es la de pedir y responder, de dar y recibir. En otras palabras, el hijo depende del Padre, debe mirarle a Él, pedirle a Él y recibir de Él.

Pero nuestras oraciones no han de basarse en las promesas y en los propósitos de Dios, sino en la relación de hijo a Padre que mantenemos con Él.

Padre,
Hijo y
Espíritu
Santo,
las tres
Personas
intervienen
activamente
en la
oración.

Sabemos cómo funciona esta relación con respecto a los padres terrenales, y cómo en el mismo acto de pedir y recibir la relación paternal es asentada y enriquecida. El padre halla satisfacción y placer en dar algo a un hijo obediente, y el hijo encuentra su bienestar en el amor y las continuas dádivas del padre.

Del mismo modo, la voluntad y propósitos de Dios están sujetos a variaciones cuando intervienen las poderosas fuerzas de la oración. Si el Señor Jesucristo hubiera orado para que Dios el Padre le mandara las doce legiones de ángeles que destruyeran a sus enemigos, el plan de salvación hubiera quedado frustrado o bloqueado.

Así también, las oraciones y ayunos de los ninivitas cambiaron los propósitos de Dios en destruir aquella ciudad malvada, incluso después de que Jonás profetizara que "de ahí a cuarenta días, Nínive sería destruida" (Jon. 3:4).

El Dios Todopoderoso se preocupa por nuestras oraciones. Él es quien las ordena y las inspira. Más aún, el Señor Jesucristo en los Cielos está orando siempre. La oración es su ley y su vida. Por su parte, el Espíritu Santo nos enseña cómo orar. Él ora por nosotros "con gemidos indecibles" (Ro. 8:26). Todo esto nos muestra la tremenda preocupación e interés de Dios en la oración. La oración forma el mismo centro de la voluntad de Dios concerniente a los hombres:

"Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque ésta es la voluntad de Dios para con vosotros, en Cristo Jesús" (1 Ts. 5:16-18).

La oración es la estrella polar alrededor de la cual giran el gozo y la acción de gracias.

El Nombre de Dios es glorificado por medio de la oración y su Reino es establecido con un poder y fuerza conquistadora. Es también por medio de la oración que rogamos al Padre que sea hecha su voluntad y que Satanás sea derrotado. Es por eso que la oración interesa tanto a Dios como al hombre, porque sus beneficios abarcan un área amplia e insospechada. Y es que los recursos de la oración son ilimitados...

Tomemos como ejemplo el registro de la actitud del Cielo contra Saulo de Tarso. Aquella actitud fue cambiada cuando se anunciaron las siguientes palabras: "He aquí, él ora".

Otro ejemplo lo tenemos en Jonás, el cual fue devuelto vivo en tierra seca después de que hubiera orado fervientemente:

"Entonces oró Jonás a Jehová su Dios desde el vientre del pez, y dijo: *Invoqué en mi angustia a Jehová, y Él me oyó; desde el seno del Seol clamé, y oíste mi voz. Me echaste a lo profundo, en medio de los mares, y me rodeó la corriente; todas tus ondas y tus olas pasaron sobre mí. Entonces dije: Soy rechazado de delante de tus ojos; mas todavía miraré hacia tu santo templo. Las aguas me rodearon hasta el alma, rodeóme el abismo; las algas se enredaron a mi cabeza. Descendí a los cimientos de los montes; la tierra echó sus cerrojos sobre mí para siempre; mas tú sacaste mi vida de la sepultura, oh Jehová, Dios mío. Cuando mi alma desfallecía en mí, me acordé de Jehová, y mi oración llegó hasta ti en tu santo templo. Los que siguen vanidades ilusorias abandonan su misericordia. Mas yo te ofreceré sacrificios con voz de alabanza, pagaré lo que prometí. La salvación es de Jehová. Y dio orden Jehová al pez, y vomitó a Jonás en tierra*" (Jon. 2:1-10).

La oración encierra en sí toda la fuerza y potencia de Dios. Puede obtener cualquier cosa de Dios, pues eleva su voz en el Nombre de Cristo, y no hay nada demasiado bueno ni demasiado grande para que Dios no pueda otorgar en ese Nombre. Los hijos de Dios que oran descansan en Él para todas las cosas. La fe del hijo depositada en el Padre se hace evidente por medio de su petición. Es la respuesta a las oraciones la que convence a los hombres no solamente de que hay un Dios, sino de que es un Dios que se preocupa por los hombres y por los asuntos de este mundo. La oración contestada es la credencial de nuestra relación como sus representantes aquí.

Las posibilidades de la oración se encuentran en las promesas ilimitadas, en la voluntad y el poder de Dios para responder y suplir cualquier necesidad de sus hijos. Ningún ser está tan necesitado como el hombre, y nadie como Dios es tan poderoso y amoroso como para llenar esta pobreza y necesidad con su riqueza sin límite.

La oración es también importantísima para la salvación de los impíos, pues "Dios no quiere que ninguno perezca" (2 P. 3:9).

Él ha declarado esta verdad en la muerte de su Hijo, y todo lo que se haga en la Tierra para que los hombres conozcan esa salvación tan grande le complace. La santa y

No hay nada que se resista a una oración hecha en el Nombre de Cristo.

Y es que Jesucristo es el Mediador entre Dios y los hombres; también en nuestras oraciones, para que lleguen al Padre.

sublime inspiración de agradar a Dios debería movernos, pues, aún más para orar por todos los hombres. Esta es la prueba de nuestra devoción y lealtad hacia la voluntad del Creador y Redentor.

El Señor Jesucristo es el Mediador entre Dios y el hombre. Este Hombre Divino murió por todos los hombres. Su vida misma es una intercesión por todos los seres humanos. Tanto en la Tierra como en el Cielo, el Señor Jesucristo intercedió y sigue intercediendo continuamente por los seres humanos. Cuando estuvo en la Tierra vivió, oró y murió por la humanidad; su vida, su muerte y su exaltación en los Cielos claman, sí, por la salvación de los hombres.

¿Habrá alguna tarea más elevada para el discípulo que ésta que consumó su Maestro? ¿Habrá algún negocio o empleo más honorable, más divino, que el de dedicar tiempo para orar por todos los hombres? No hay nada más glorioso que llevar ante su trono los pecados, ataduras y peligros que rodean a la raza humana para que sea liberada de ellos y así todos pasen a la inmortalidad y a la vida eterna.

4

El Señor Jesucristo, el divino maestro de la oración

Estáte seguro de ser cuidadoso con tus deberes secretos; sea lo que sea que hagas, mantenlos siempre activos. El alma que es descuidada en lo que a ello se refiere no podrá ser prosperada. La apostasía casi siempre comienza cuando la oración es descuidada y olvidada. Dedicar bastante tiempo a la comunión secreta con Dios. Ese es el secreto que enriquece al cristiano. Ora solo. Permite que la oración sea la llave que abra tu día por la mañana y el cerrojo que cierre por la noche. La mejor manera de luchar contra el pecado es luchar sobre nuestras rodillas.

PHILIP HENRY

Muchos olvidan que el verdadero deber de todo cristiano es hacer lo que hizo Cristo: orar con devoción.

El Señor Jesucristo fue el divino Maestro de la oración:

“¿Quién de vosotros que tenga un amigo, va a él a medianoche y le dice: *Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío ha venido a mí de viaje, y no tengo qué ponerle delante.* Y aquel, respondiendo desde adentro, le dice: *No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis niños están conmigo en cama; no puedo levantarme, y dártelos?* Os digo que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo, por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite. Y Yo os digo: *Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá*” (Lc. 11:5-9).

Su poder y naturaleza han sido ilustrados por muchos santos y profetas en los tiempos antiguos, pero lamentablemente los maestros modernos de la oración han perdido su inspiración y su vida. Religiosamente muertos, los maestros y líderes espirituales han olvidado lo que significa orar. Hacen mucha oración ostentosa y protocolar en público, pero no saben orar de verdad. Para ellos la oración es casi una práctica perdida. En la multiplicidad de recitar oraciones han perdido el arte de orar.

La historia de los discípulos durante la vida y ministerio terrenal de nuestro Señor no estuvo marcada por su mucha devoción. Ellos estaban encantados por sus palabras, entusiasmados con sus milagros y entretenidos y

También los discípulos, a pesar de estar al lado del Señor, olvidaban su deber de orar, por lo cual se privaban de grandes bendiciones.

preocupados por las esperanzas que un interés egoísta levantaba en torno a la Persona y la misión del Maestro. El abandono de sus deberes más obligatorios era un rasgo notable en sus conductas. Tan evidentes y singulares eran sus formas de conducirse que en más de una ocasión fueron motivo de reprimendas y quejas entre ellos.

“Y los discípulos de Juan y los de los fariseos estaban ayunando; y vinieron y le dijeron: *¿Por qué ayunan los discípulos de Juan y los de los fariseos, pero tus discípulos no ayunan?* Jesús les dijo: *¿Acaso pueden ayunar los invitados a la boda mientras está con ellos el novio? Durante todo el tiempo que tiene con ellos al novio, no pueden ayunar. Pero vendrán días cuando el novio les será quitado, y entonces ayunarán en aquel día*” (Mr. 2:18-20).

En el ejemplo y las enseñanzas del Señor Jesucristo, la oración asume su relación normal con la persona del Padre y el Hijo. El Señor Jesucristo fue esencialmente el maestro de las oraciones por precepto y ejemplo. En la Escritura tenemos muestras de sus oraciones, las cuales, como indicios, nos dicen cuán llena de devoción estaba su vida...

“En los días de su carne —dice la Escritura— ... habiendo ofrecido ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su piedad” (He. 5:7).

Sin embargo, lo más significativo y que nunca debemos olvidar es que Dios puso las fuerzas expansivas de la causa de Cristo en manos de la oración:

“Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la Tierra” (Sal. 2:8).

Ésta fue la frase que dio cuerpo a la proclamación real y a la condición universal cuando el Hijo de Dios fue entronado como el Mediador del mundo y cuando fue enviado en su misión de recibir gracia y poder.

¡Qué sentido más amplio da nuestro Señor a la oración! No tiene limitaciones ni en extensión ni en calificaciones. Las promesas a la oración son como Dios en su magnificencia, amplias y universales. Y en su naturaleza, estas promesas tienen íntima relación con Dios, en su inspiración, creación y resultados. ¿Quién sino Dios podría decir “Y todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis”? (Mt. 21:22). ¿Quién puede ordenar y dirigir a todas las cosas, sino Dios? Ni el hombre, ni las circunstancias, ni la ley de los resultados tienen en sí mismas fuer-

zas tan poderosas que puedan dirigir y mover todas las cosas...

El Señor Jesucristo enseñó también acerca de la importancia de la oración urgiendo a sus discípulos a orar. Cantidad de ejemplos, parábolas e incidentes fueron utilizados por Cristo para reforzar en sus discípulos la necesidad e importancia de la oración. La parábola del fariseo y el publicano, por ejemplo, enfatiza la humildad en la oración, declara sus maravillosos resultados y muestra la vanidad e inutilidad de la oración incorrecta y falsa.

Sus enseñanzas sobre la naturaleza y necesidad de la oración, como están registradas en su vida, son algo que hoy también todo creyente debería estudiar cuidadosamente y atesorar con celo en su corazón. Sí, la relación de la oración con la obra y gobierno de Dios en este mundo está plenamente ilustrada por el Señor Jesucristo, tanto en sus enseñanzas como en su práctica.

Él ocupa un lugar prominente en toda la historia del universo. Está sentado en el trono. La corona de oro es suya y las vestiduras blancas lo envuelven en una belleza y resplandor sin igual. En el ministerio de la oración, Él es justo el ejemplo como el Maestro divino. ¡Qué enfática es la enseñanza de Nuestro Señor cuando afirma que los hombres deberían «orar siempre y no desmayar»! ¡Qué ilustrativa resulta además la parábola de la viuda y el juez injusto! Orar es una necesidad. Además, Dios demanda valor y perseverancia para que los suyos nunca desmayen en la oración:

“¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a Él día y noche?” (Lc. 18:7).

Ésta es una fuerte pregunta y afirmación a la vez. Los hombres deben orar de acuerdo a las enseñanzas de Cristo. No deben cansarse ni debilitarse en la oración. El carácter de Dios nos da la seguridad de que la respuesta vendrá como consecuencia de la oración persistente de aquellos hombres sinceros.

Sin duda, la oración de nuestro Señor tuvo mucho que ver con la revelación hecha a Pedro y la confesión que aquel le hizo: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Jn. 6:69). Y es que la oración afecta poderosamente, e incluso moldea, el círculo de aquellos que nos rodean. Cristo formó y mantuvo a sus discípulos por medio de la

No sólo su ejemplo, también las enseñanzas del Maestro se referían a la necesidad que tienen los hijos de Dios de orar.

Jesucristo enfatiza la necesidad que tienen los hermanos de orar juntos.

oración. Los doce estaban sumamente impresionados por su vida de oración, pues nadie hasta entonces había orado así. ¡Qué diferente era su oración de las oraciones frías, orgullosas y llenas de hipocresía que ellos estaban acostumbrados a oír por las calles, en las sinagogas o en el Templo!

Y sus milagros no son sino también parábolas de la oración. En casi todos ellos, figura la oración, o bien se ilustran algunos rasgos de ella. Así, por ejemplo, la mujer sirofenicia es una ilustración prominente de la habilidad y el éxito de la oración importuna. El caso del ciego Bartimeo tiene puntos de sugestión similares a lo largo de su relato. El caso de Jairo y el centurión ilustra importantes fases de la oración...

Hay aún otro aspecto que destaca repetidamente el Maestro, y es la necesidad de orar juntos con los hermanos, como Iglesia:

“Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la Tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los Cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi Nombre, allí estoy Yo en medio de ellos” (Mt. 18: 19 y 20).

El Señor Jesucristo se refiere a dos que se ponen de acuerdo, y cuyos corazones han sido puestos en perfecta armonía por el Espíritu Santo. Cualquier cosa que pidieren, les será hecha. Cristo había estado hablando acerca de la disciplina en la Iglesia, de cómo las cosas deberían ser mantenidas en unidad y de cómo la unión y la comunión entre los hermanos habría de ser mantenida mediante la restauración del ofensor o bien por medio de su exclusión. Aquellos miembros que han sido fieles a la hermandad de Cristo y que han luchado por su unidad serán los que podrán convenirse con otros en oración unida.

Asimismo, en el *sermón del monte*, Cristo nos presenta principios constitucionales. Allí desaparecen los tipos y las sombras para dar lugar a la ley de la vida espiritual. En esta ley fundamental la oración adquiere una posición prominente: es el más destacado de todos los deberes.

Sí, Cristo pone la oración como una ley espiritual y la necesidad de este santo ejercicio no se basa únicamente en las demandas, incapacidad o impotencia del hombre: es una violación abierta a la ley espiritual; lo cual sólo trae desorden y ruina.

Pero, ¡ajo! Él envía a los hombres a orar en secreto. La oración ha de ser un ejercicio santo, sin vanidad ni orgullo. Debe hacerse en secreto. El orgullo y la publicidad no deben tener nada que ver con la oración, sino que ésta ha de ser privada:

“Pero tú, cuando ores, entra en tu aposento, y a puerta cerrada, ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre que ve en lo secreto, te lo recompensará en público” (Mt. 6:6).

Y es que este santo ejercicio en la vida del creyente no sirve sólo para enriquecer y adornar; muy al contrario y lo más importante, es el material a partir del cual se construye el carácter cristiano. Esto es, la oración es la base del carácter y el vivir cristiano: “Bienaventurados los pobres en espíritu” (Mt. 5:3). Porque aquel que es pobre necesita pedir para recibir, y sólo los que se consideran pobres en espíritu pueden orar para recibir las riquezas del Padre.

Así, la verdadera oración elimina toda autosuficiencia y todo orgullo. Cristo, pues, quita los escombros de las tradiciones judías y da estas enseñanzas:

“Oísteis que fue dicho a los antiguos: *No matarás; y cualquiera que mate será reo de juicio*. Pero Yo os digo que cualquiera que se enoje con su hermano será reo de juicio; y cualquiera que diga a su hermano *imbécil* será responsable ante el Sanedrín; y cualquiera que le diga *insensato* será reo del fuego del infierno. Por tanto, si estás presentando tu ofrenda sobre el altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda” (Mt. 5:21-24).

Aquel que intenta orar a Dios con un espíritu de orgullo, con labios irreverentes o con un corazón lleno de rencor está perdiendo su tiempo, violando la ley de la oración y añadiendo pecado sobre pecado. ¡Cuán rígida y exacta es la ley de Cristo en cuanto a la oración! Se dirige directamente al corazón, el cual debe estar desbordándose de amor. El sacrificio de la oración debe ser sazonado y perfumado con amor, pues el Creador e Inspirador de la ley de la oración es Amor.

Igualmente en sus enseñanzas, el Señor dio relevancia a la oración privada y a la humildad de espíritu de aquel que ora.

5

El Señor Jesucristo, el divino maestro de la oración (continuación)

Los hombres, por naturaleza, son incapaces de orar. Sólo Dios, por medio de Jesucristo, puede enseñarnos cómo. De ahí que los discípulos se lo pidieran al Señor: "Enséñanos a orar".

Lucas nos dice que estando el Señor Jesús orando en cierto lugar, al terminar, uno de sus discípulos le dijo: "Señor, enséñanos a orar". Este discípulo había oído al Señor predicar, pero sin embargo, no le dijo: "Señor, enséñanos a predicar". Él podía aprender a predicar estudiando los métodos del Maestro. Pero había algo acerca de la oración del Señor Jesús que hacía que aquel discípulo se diera cuenta de su incapacidad al respecto y de que no podía aprender solamente por escuchar orar al Maestro. Hay algo profundo acerca de la oración que no puede hallarse superficialmente. Para aprenderlo es necesario ir hasta las profundidades del alma y escalar las alturas de Dios.

A. C. DIXON

No olvidemos que la oración fue una de las grandes verdades que el Señor enseñó e ilustró; una lección grandiosa y muy difícil de aprender para los hombres, pues los tales son por naturaleza adversos a aprender a orar. Ésta es una lección que nadie sino Dios mismo puede enseñar. Consiste en una sublime vocación celestial...

Los discípulos no eran alumnos demasiado brillantes pero se interesaron en la oración después de haber oído al Señor orar y hablar sobre la oración. Y Cristo buscó imprimir en ellos no sólo la profunda necesidad de orar en general, sino la importancia de la oración en sus vidas en cuanto a sus necesidades personales y espirituales. Vinieron momentos cuando ellos sintieron la necesidad de un estudio más profundo y detallado para evitar que su abandono a este respecto se agravara cada vez más. Una de estas horas de profunda convicción fue cuando el Señor estaba orando en cierto lugar, y al verle le dijeron:

"Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos" (Lc. 11:1).

Al sentir orar al Maestro, los discípulos se daban cuenta de su propia ignorancia y deficiencia en la ora-

ción. ¿Quién no ha deseado tener un maestro en este arte divino?

La convicción que estos doce hombres tenían en cuanto a sus propias deficiencias en la oración surgió, pues, al oír orar a su Maestro, quien oraba con sencillez y poder a la vez. Esas oraciones habían estimulado el interés de estos hombres y al mismo tiempo hacían más evidentes sus defectos y deficiencias.

Al enseñar a sus discípulos, el Señor nos enseñó a todos nosotros. Pero nosotros, al igual que ellos, somos tan lentos para oír, que necesitamos varias reiteraciones y repeticiones sobre la misma enseñanza.

Este divino Maestro de la oración enfatiza clara y poderosamente que Dios responde a nuestras oraciones en forma segura y cierta, y que es deber del hijo pedir al Padre, el cual dará con toda generosidad lo que éste le solicita. En las enseñanzas de Cristo, la oración no es un rito o fórmula estéril, sino una petición que demanda una respuesta y busca lo mejor que tiene Dios para darnos. Es una lección en cuanto a conseguir aquello que pedimos o a entrar por aquella puerta a la cual llamamos.

Un notable ejemplo lo constituye el momento en que el Señor baja del *monte de la transfiguración*. Allí, Él encuentra a sus discípulos derrotados, humillados y confundidos en la presencia de sus enemigos... Un padre había traído a su hijo poseído con un demonio para que sus discípulos lo echaran fuera. Y ellos trataron de hacerlo pero no pudieron, a pesar de haber sido comisionados por el Señor para tal tarea...

"Cuando Él entró en casa, sus discípulos le preguntaron aparte: *¿Por qué nosotros no pudimos echarle fuera?* Y les dijo: *Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno*" (Mr. 9:28 y 29).

La fe de ellos no había sido cultivada por medio de la oración. Antes de fracasar en obrar aquel milagro ya habían fracasado en la oración, pues éste era el requisito indispensable para realizar la obra de Dios. Y es que el trabajo que Dios nos encomienda no puede llevarse a cabo sin oración...

En las enseñanzas de Cristo tenemos otra importante declaración:

"Tened fe en Dios. Porque de cierto os digo que cualquiera que dijere a este monte: *Quítate y échate en el mar;*

El Señor enseñó que orar es siempre esperar una respuesta de Dios, no un mero convencimiento.

Hay una relación directa entre la oración y la fe, así como entre la oración y la compasión por las almas perdidas que no tienen pastor.

y no dudare en su corazón, sino que creyere que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho. Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá" (Mr. 11:22-24).

En este pasaje tenemos unidas las posibilidades de la fe y la oración. La higuera había sido maldecida desde las raíces por la Palabra del Señor. La rapidez y el poder de los resultados sorprendieron a los discípulos. El Señor les respondió que si realmente tuviesen fe, sus posibilidades no estarían confinadas sólo a un árbol, sino a las gigantes montañas, las cuales podrían ser movidas hacia el mar. Sí, la oración es lo que libera al gran poder de la fe.

Recordemos también la ocasión cuando el corazón del Señor fue profundamente movido con compasión al ver a las multitudes que no tenían pastor. Fue entonces cuando ordenó a sus discípulos que oraran para que "el Señor de la mies enviara a sus obreros" (Mt. 9:38), enseñándoles claramente que era incumbencia de Dios llamar a quien Él quisiera al ministerio y que, en respuesta a la oración, el Espíritu Santo realizaría esta bendita obra.

La oración es ahora tan necesaria como lo era entonces para asegurar que los obreros vayan a la mies. ¿Podrá afirmarse que la Iglesia de Dios ha aprendido esta lección tan vital e importante? Sólo Dios puede escoger los obreros y enviarlos; y en esta elección, Él no delega su poder ni autoridad a una iglesia, una asociación o a una conferencia. Los campos están blancos, pero sin obreros, porque *los creyentes hemos fallado en la oración. Los campos están sin trabajar porque la oración no ha operado juntamente con Dios.*

En las elevadas enseñanzas de nuestro Señor tenemos la promesa a la oración y la actitud del creyente puestas frente a frente:

"Si permanecéis en Mí, y mis Palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis, que os será hecho" (Jn. 15:7).

He aquí el requisito de una firme actitud de vida como condición para la oración eficaz. No se trata simplemente de una actitud hacia algunos grandes principios o propósitos, sino de una unidad de vida con el Señor Jesucristo. Vivir, permanecer y ser uno con Él, permitiendo que toda su vida fluya a través de nosotros, es precisamente la actitud que encierra en sí la oración y la capacidad

de orar. Él es la fuente que da nacimiento y vida a la oración.

Los santos del Antiguo Testamento sabían que la Escritura decía:

"Porque has engrandecido tu Nombre, y tu Palabra sobre todas las cosas" (Sal. 138:2).

Los santos del Nuevo Testamento debieron aprender cómo exaltar por medio de una perfecta obediencia aquella Palabra que sale de la boca del Señor. Y los creyentes de esta época debemos saber lo que aprendieron los antiguos en el tiempo de Moisés:

"... no sólo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca de Jehová..." (Dt. 8:3).

La vida de Cristo fluyendo a través nuestro y sus Palabras morando en nosotros dan cuerpo y potencia a la oración. Es la Persona de Cristo la que ora *en* y *a* través de mí, según la santa voluntad de Dios; por lo cual, mi voluntad se convierte en la ley y la respuesta.

Nuestro Señor pone la condición de llevar fruto como elemento primordial al frente de nuestra oración:

"No me elegisteis vosotros a mí, sino que Yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca..." (Jn. 15:16).

La esterilidad e infecundidad no pueden orar. El fruto, el producto de la vida, es la condición para la oración, pues una vida capaz de llevar fruto es la fuente de toda oración:

"En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi Nombre, os lo dará" (Jn. 16:23).

"En aquel día no me preguntaréis nada..." ; no se trata de resolver encrucijadas o de revelar misterios. Ésta no ha de ser nuestra actitud ni nuestra ocupación bajo la dispensación del Espíritu, sino orar, y orar mucho. Pues la mucha oración aumenta el gozo del hombre y la gloria de Dios.

Tanto el Padre como el Hijo están comprometidos en dar las cosas que pedimos; pero la condición es "en su Nombre". Esto no significa que debamos usar su Nombre como un talismán, es decir, sin discernimiento. Cuán solemne es la declaración siguiente:

"Muchos me dirán en aquel día: *Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu Nombre, y en tu Nombre echamos fuera demonios, y en tu Nombre hicimos muchos milagros?* Y enton-

Igualmente, existe una relación directa entre la oración y los frutos.

Pero, sobre todo, la oración debe estar unida de forma inviolable a la voluntad de Dios.

ces les declararé: *Nunca os conocí; apartaos de Mí, hacedores de maldad*" (Mt. 7: 22 y 23).

¡Qué vano habrá sido el esfuerzo de estos obreros que argumentan haber trabajado en su Nombre!

Invocar su Nombre significa mucho más que una nomenclatura, habilidad verbal o sentimientos. Es tomar su posición, llevar su propia naturaleza, justicia, verdad, santidad y celo. Significa ser uno con Dios así como Él lo fue, uno en espíritu y uno en propósito. Da también a entender que nuestra oración a través de su Hijo es única y solamente para la gloria de Dios; que permanece en Él, que Cristo ora a través de nosotros, que vive y brilla en nuestro ser y que estamos orando por el Espíritu Santo de acuerdo con la voluntad de Dios.

Aun en la oscuridad del Getsemaní, con el estupor que había envuelto a los discípulos, Cristo les advierte seriamente:

"Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil" (Mr. 14:38).

Cuán necesarias son tales advertencias para despertar todos nuestros poderes, no simplemente frente a las grandes crisis de nuestra vida, sino como los elementos inseparables de una carrera marcada con peligros y amenazas a diestra y siniestra.

Cuando Cristo se acercaba al fin de su misión aquí en la Tierra, próximo a la grande y poderosa dispensación del Espíritu, sus enseñanzas sobre la oración tomaban una forma aún más elevada y enfática. Su conexión con la oración se volvió más íntima y absoluta. Su relación con respecto a la oración fue igual que en lo referente a nuestra salvación: el principio y el fin, el primero y el último. Habrían de hacerse obras muy poderosas por medio de la fe que orara en su Nombre. Al igual que su naturaleza, su Nombre cubre todas las necesidades y abarca todo lo bueno.

"¿No crees que Yo soy en el Padre, y el Padre en Mí? Las Palabras que Yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en Mí, Él hace las obras. Creedme que Yo soy en el Padre, y el Padre en Mí; de otra manera, creedme por las mismas obras. De cierto, de cierto os digo: el que en Mí cree, las obras que Yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque Yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis al Padre en mi Nombre,

lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi Nombre, Yo lo haré» (Jn. 14:10-14).

El Padre, el Hijo y la oración están íntimamente relacionados entre sí. Todas las cosas están en Cristo, y la oración abarca todas las cosas: "Y todo lo que pidieréis al Padre...". Esto es, la llave que abre los grandes depósitos del Cielo está en la oración... El poder para hacer grandes obras radica en la fe que puede asirse de su Nombre por medio de la oración verdadera.

Al fin de su ministerio terrenal, el Señor Jesucristo presenta la oración como medida urgente y preventiva de las muchas maldades y peligros a los que los suyos estaban expuestos. En vista de los temores de la destrucción de Jerusalén, Él encarga a sus discípulos que oren para que la huida no fuese en invierno, ni en sábado (véase Mt. 24:20).

¡Cuántos peligros hay en esta vida que podrían ser evitados por medio de la oración! ¡Cuántas calamidades temporales podrían ser mitigadas o eludidas completamente por la oración! Notad cómo en medio de las terribles influencias a las que estamos expuestos en este mundo, Cristo nos insta a orar sin cesar:

"Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la Tierra. Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre" (Lc. 21:34-36).

En vista de la falta de conocimiento exacto en cuanto al día de la venida de Cristo, así como de nuestro arrebatamiento, el Señor nos dice:

"Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los Cielos, sino sólo mi Padre (...) Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor" (Mt. 24: 36, 42).

Las palabras que pronunció nuestro Señor en su última reunión con los doce discípulos se hallan en el evangelio de Juan (véase Jn. 14-17). Estas palabras son muy solemnes y verdaderas. Los discípulos habían de moverse hacia regiones llenas de peligros aparte de la presencia personal de su Señor y Maestro. Ellos debían aprender que

Y es que Dios Padre y Jesucristo están íntimamente relacionados en la oración. A saber, si permanecemos en Él, el Señor nos enseña y nos muestra cuál es la voluntad de Dios expresada en nuestras palabras cuando oramos.

Finalmente, la oración era un arma sumamente poderosa para cualquier ocasión. Su uso les abriría posibilidades ilimitadas que suplirían la pérdida de su Maestro, por las cuales serían capaces de reclamar todos los recursos de Jesucristo y de Dios el Padre.

Finalmente, la oración nos ayudará a superar los momentos de tribulación, a estar preparados para el advenimiento del Señor y nos hará aptos para el Cielo.

Era el momento cumbre para el Señor; su obra recibiría el clímax y la corona en su muerte y su resurrección. Su gloria y el éxito de su misión, bajo la dirección del Espíritu Santo, iba a ser comisionada a sus apóstoles. Para ellos era una hora sumamente peculiar y llena de pesar, por el hecho de que Jesús se marcharía de su lado. Todo lo demás era oscuro e impalpable...

El Señor les daría sus últimos consejos, oraría por ellos y les hablaría acerca del Cielo y de la vida eterna. Aun siendo hombres fuertes y recios, no podían salir al encuentro de sus obligaciones y deberes del ministerio y la vida apostólica, sin tener siempre presente el hecho, el pensamiento y la esperanza del Cielo. Estas cosas habrían de tenerse siempre a la vista en todo su brillo, fuerza y frescura. El Señor les habló acerca de su conexión espiritual y consciente consigo mismo, de una manera tal que su propia vida habría de fluir en ellos, como la vida de la vid fluye por los pámpanos. Sus vidas y fecundidad en la obra dependían de esta relación.

Cristo les había enseñado muchas y valiosas lecciones sobre este importante tema, y en aquella hora solemne coronó aquellas enseñanzas de manera inmortal. Ellos debían darse cuenta de que tenían recursos ilimitados en las riquezas de Dios y que además podían acercarse a Él todas las veces que fuera necesario y abarcar con sus ruegos cualquier cosa o circunstancia que se presentara en sus vidas. Es así que, después de algunos años, Pablo da a los filipenses estas alentadoras palabras:

“Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas, en gloria, en Cristo Jesús” (Fil. 4:19).

6

El Señor Jesucristo, un ejemplo de oración

Cuando Cristo vio que su hora final se acercaba, se dedicó más que nunca a predicar todo el día y a orar toda la noche; predicando en el Templo aquellas magníficas parábolas y orando hasta la agonía en el jardín del Get-semaní. Dentro de sus oraciones se destacan, entre otras tantas, aquella del huerto en que termina diciendo: “hágase tu voluntad”.

THOMAS GOODWIN

Son más los registros bíblicos que se refieren a las palabras de Jesús que a sus hechos. Y muchas de estas palabras del Señor registradas fueron dichas en momentos de oración.

El registro bíblico sobre la vida de nuestro Señor Jesucristo nos da sólo un vistazo de sus cuantiosas obras y un breve registro de sus muchas palabras. Pero aún en este breve relato de su vida se destaca la importancia y el tiempo que dedicaba a la oración. Aunque la mayoría de las veces se encontraba ocupado y exhausto por las diversas circunstancias y eventualidades a las que tenía que hacer frente, la Escritura nos declara que «levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salía e iba a un lugar desierto, y allí oraba» (Mr. 1:35).

¡Solo, en el desierto y en la oscuridad, con Dios! La oración llenó la vida de nuestro Señor aquí en la Tierra; su vida era un constante torrente de dulce y perfumado incienso elevándose en oración hacia la presencia del Padre. Al ver este ejemplo de nuestro Salvador, concluimos que ser semejantes a Cristo significa vivir como Él vivió...

El Señor Jesucristo estuvo siempre ocupado en sus múltiples tareas y en las demandas de la gente, pero nunca estuvo demasiado ocupado como para no dedicar largas horas a la oración. Él llenaba sus días con la obra que el Padre le había encomendado, mientras que empleaba sus noches para orar a Dios. La fatigosa y extensa labor del día hacía que la noche de oración fuera imprescindible: la noche llena de oración hacía que el día de labor fuera victorioso. Y es que estar demasiado ocupado para orar da lugar al caos del cristianismo.

En algunos casos, la Escritura nos dice sólo que Él oraba. En otros, el registro sagrado nos da las exactas

Esto demuestra hasta qué punto la oración fue algo trascendental en la vida de Jesús: sin duda, lo más importante y gracias a lo cual hizo todas las demás cosas.

palabras que salieron de sus labios y corazón. Jesucristo fue el gran Maestro de la oración. En resumen, las épocas de su vida fueron marcadas por la oración, y todos los detalles menores de su vida fueron inspirados, coloreados e impregnados por este santo ejercicio.

Las mismas palabras que el Señor Jesús pronunciaba en sus oraciones eran palabras sagradas. Por medio de ellas hablaba a Dios, y por ellas Dios se revelaba en la misma oración. Parecería que el Cielo y la Tierra abrieran sus oídos para captar las oraciones de Aquel que fue verdadero Dios y verdadero hombre, quien oró como nunca nadie lo había hecho. Por eso, sus oraciones constituyen nuestra inspiración y santo modelo.

No podemos seguir ningún orden cronológico en la oración del Señor Jesucristo. No sabemos cuáles eran sus pasos de avance en el divino arte de la oración. Él ora cuando le encontramos en las aguas del bautismo, y el Espíritu Santo desciende como paloma sobre Él. Al final de su ministerio aquí en la Tierra, en aquella hora terrible de dolor, vergüenza y sufrimiento, también le encontramos orando en el Espíritu... El bautismo de la Cruz, así como el que tuvo lugar en el río Jordán, fue santificado por la oración. Con el espíritu de oración en su último aliento de vida, Él encomienda su espíritu al Padre. En sus primeros movimientos y acciones, le encontramos enseñando a sus discípulos cómo orar, enfatizando este santo ejercicio como uno de los más importantes y como su primer deber. Bajo la sombra de la Cruz, en medio de aquel tétrico lugar llamado *Getsemaní*, el Señor urge a sus discípulos nuevamente a velar y a orar.

Vemos, pues, cómo los grandes momentos de su vida fueron coronados con oración. Cuáles eran sus hábitos de oración durante su infancia y adolescencia, en su casa y en sus labores como carpintero en Nazaret, no lo sabemos. Dios lo ha mantenido velado, y sería presuntuoso hurgar en aquello que Dios ha escondido; pero sí tenemos la revelación tocante al episodio de su vida que se registra en la Palabra.

Así, encontramos al Señor habiendo dejado su hogar en Nazaret al recibir el llamado de Dios. Él se encuentra en ese momento en un punto de transición, pues ha comenzado a avanzar hacia su obra y cometido. Juan el Bautista y el bautismo del Espíritu Santo son preparatorios

para esa gran obra. Pero este período transitorio de su vida, del cual venimos hablando, estuvo, sobre todo, marcado por los rasgos inconfundibles de la oración:

«Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y orando, el Cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre Él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del Cielo que decía: *Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia*» (Lc. 3:21 y 22).

El descenso y permanencia del Espíritu Santo en toda su plenitud, el abrirse de los Cielos y la voz de Dios reconociendo y aprobando a su Único Hijo son, todos, resultados o respuestas a su oración en aquella ocasión.

El Señor Jesucristo coronó su vida, sus obras y sus enseñanzas con la oración. ¡Cómo el Padre da testimonio de esta preciosa relación con Él glorificándole en su bautismo y en la transfiguración! ¡Qué potencias más poderosas se encuentran en la oración cuando nuestra alma está cargada de inspiración y fervor!

“Padre, glorifica tu Nombre”; la petición encerrada en estas sencillas palabras da la mayor gloria y honra a Dios. Es como una estrella luminosa y refulgente que nos guía a través de la noche más oscura y calma la más cruda de las tempestades.

Si oráramos como Cristo oró y nuestras oraciones fueran contestadas como lo fueron las de Él, su misma vida y carácter quedarían impresos en nuestro ser de forma imborrable. Aun en estos días en que el Señor Jesucristo está en el Cielo, Él está ocupado en la oración. Si ciertamente somos suyos, si le amamos y vivimos por Él y para Él, hemos de aprender cómo fue su vida de oración en la Tierra y cómo lo es hoy en los Cielos.

El Señor Jesucristo amó a todos los hombres, gustó la muerte por todos e intercede por aquellos a quienes compró con su sangre. Preguntémonos, entonces, ¿dónde están los representantes y ejecutores del Señor Jesucristo? En nuestras oraciones deberíamos correr paralelos con el grado de expiación que Él obró. Su sangre expiatoria santifica y llena de eficacia nuestras oraciones. Las intercesiones del pueblo de Dios deben de dar pronta expedición a la obra de Cristo, llevando esa sangre expiatoria hasta los confines más lejanos para ayudar a romper las cadenas del pecado de toda alma que gime. Los cristianos deberíamos tener tanto amor y compasión

Incluso ahora, Cristo está orando por nosotros en el Cielo. ¿Por qué, entonces, nosotros no oramos con la misma intensidad que el Señor?

De hecho, la clave de las enseñanzas del Señor, tanto en sus palabras como en sus hechos, es que la oración ha de ser nuestro primordial deber.

en nuestras oraciones como lo tuvo nuestro divino Maestro y Señor.

Ya hemos dicho que la oración afecta a todas las cosas. Aquel que ora no tiene fronteras, y mientras se enriquece a sí mismo, está a su vez enriqueciendo a otros. El mundo entero puede ser bendecido por sus oraciones. El vivir “quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad” (1 Ti. 2:2) es uno de los más grandes beneficios que el mundo y la sociedad moderna pueden recibir.

La oración de Cristo era real en todo el sentido de la Palabra. Ningún hombre oró como Él. Para nuestro Señor la oración era un deber solemne e imprescindible. Era el secreto de su poder, la ley de su vida, la inspiración de su labor y la fuente de su gozo, comunión y fortaleza.

Para el Señor Jesucristo la oración no ocupaba un lugar secundario, sino que constituía una verdadera necesidad, una preparación para sus serias responsabilidades. Para Él significaba el punto de partida de comunión e intimidad con el Padre durante su ministerio terrenal. Las pruebas presentes, la gloria futura, la historia de su Iglesia y las luchas y peligros por los que habrían de atravesar sus discípulos de todos los tiempos, todo estaba cubierto y modelado por la oración. Sus campañas y grandes victorias fueron precedidas y ganadas por medio de noches enteras de oración; sus milagros y enseñanzas tenían un poder que surgía de esa misma fuente. La oración del Getsemaní le ayudó a enfrentar el Calvario con serenidad y gloria. Y su oración sacerdotal moldeó la historia y aseguró el triunfo de su Iglesia en la Tierra. ¡Qué inspiración para nosotros, los creyentes, es la vida de oración de nuestro Señor Jesucristo!

La dispensación de la Persona del Señor Jesucristo fue una dispensación de oración. Una frase sinóptica de sus enseñanzas y prácticas en cuanto a la oración es aquella que dice:

“También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar” (Lc. 18:1).

Así como los judíos oraban en el nombre de sus patriarcas e invocaban los privilegios garantizados por medio del pacto con Dios, nosotros tenemos un nuevo nombre y un nuevo pacto, más privilegiado y poderoso, puesto que el Hijo de Dios es ensalzado sobre todos los patriarcas por su deidad, gloria y poder. Con respecto a

sus resultados, nuestra oración excede a la de ellos en rango, alcance, gloria y poder.

La fuerza y potencia de la oración, tan claramente demostradas por Cristo, descubren los grandes propósitos de Dios. No sólo revelan al Hijo en la realidad y plenitud de su humanidad, sino que también revelan al Padre.

Cristo oró como Hijo ante la tumba de Lázaro:

“Jesús, alzando los ojos a lo alto dijo: *Padre, gracias te doy por haberme oído*” (Jn. 11:41).

En otras ocasiones también le encontramos dirigiéndose a Dios como a su Padre, asumiendo la sencilla actitud de Hijo. ¡Qué confianza y qué ternura! ¡Qué solicitud y simpatía de parte del Padre! ¡Qué respeto, reverencia y comunión! El Señor Jesucristo se acercaba a Dios dentro de la intimidad de relación de Hijo a Padre. Todo temor y duda quedaba fuera ante esa sublime confianza.

Igualmente, todas estas actitudes han de manifestarse en la hora cuando un hijo de Dios dobla sus rodillas ante su Padre que está en los Cielos. Si pudiéramos como verdaderos hijos, aprenderíamos a vivir como tales, dependiendo únicamente de las gracias de nuestro Padre.

No obstante, la profunda reverencia en esta relación de paternidad debe excluir para siempre toda liviandad y falta de respeto. La hora de la oración es una hora de solemnidad. Alguien ha dicho muy bien: “El adorador que invoca a Dios bajo el Nombre de Padre, y se da cuenta de los beneficios llenos de gracia que derivan de su amor, debe al mismo tiempo recordar y reconocer toda la gloriosa majestad de Dios, la cual nunca queda anulada ni neutralizada por la relación íntima de hijo a Padre. Si la invocación a Dios como Padre no está asociada con el respeto y reverencia ante su Divina Majestad, torcerá y deformará nuestro entendimiento en cuanto al carácter de Dios”.

Los patriarcas y profetas conocían acerca de la doctrina de la Paternidad de Dios. Dice Hebreos 11:13:

“Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la Tierra”.

El Señor Jesús, Hacedor de todas las cosas, Señor de los hombres y los ángeles, coeterno e igual con el Dios Todopoderoso, el mismo “resplandor de su gloria y la

La oración constituye la manifestación de que hemos adquirido un nuevo nombre, el de Cristo, y de que vivimos en un Nuevo Pacto para con nuestro Padre.

Sí, hemos de orar a Dios como Padre nuestro que es; pero esto no implica que podamos acercarnos a Él de cualquier manera, sino que hemos de hacerlo siempre con un santo respeto y temor reverente, reconociendo a Aquel que es Creador de todas las cosas por su voluntad y su Palabra.

imagen misma de su sustancia" llevaba una vida llena de oración. ¡Éste es el misterio de todos los misterios y la maravilla de todas las maravillas!

En una breve pero clara definición, Pablo nos da a entender el hábito de nuestro Señor en oración. Leamos las palabras de Hebreos 5:7:

"Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente".

Sí, Él oraba con "ruegos y súplicas". No se trataba de un esfuerzo formal o artificial, sino real, intenso y personal. Sus lágrimas daban aún más fuerza a su oración; el Hijo de Dios luchaba en su agonía. Su oración no era un hábito frío y formal, sino que toda su alma estaba comprometida en ello y todos sus poderes puestos en juego en ese enorme esfuerzo. Mirémosle y aprendamos a orar fervientemente. Aprendamos cómo ganar las victorias de la oración en medio de la agonía. Una hermosa palabra que se usa en el versículo anterior es "temor". Sólo aparece dos veces en el Nuevo Testamento y significa "temor reverente a Dios"; a saber, un temor sano, nacido del amor, la admiración y la fascinación hacia Aquel que creo el universo sólo con su Palabra...

7

Incidentes de oración en la vida de nuestro Señor

Un cabo de África del Sur fue llamado "Cabo de la Muerte" a causa de las muchas tormentas que tenía y de las vidas que habían sido devoradas allí. Cierta día, en 1789, un osado navegante puso proa dentro de las terribles tormentas que azotaban la zona y encontró un área de completa calma. Entonces lo llamó "Cabo de Buena Esperanza". Así también, existía un cabo que salía de la tierra e iba a perderse en el mar de la eternidad llamado "muerte". Todos tenían miedo de él, pues más tarde o más temprano tendrían que sumergirse en sus oscuras y peligrosas aguas. Pero hace unos dos mil años, un valiente navegante de los cielos, vino y navegó en las temibles aguas de ese cabo y estuvo bajo su poder durante tres días. Emergiendo luego de ellas, encontró la puerta que conducía a un mar sin fin de paz y gozo, al cual nosotros ahora llamamos la "Gran Esperanza".

El Señor vino a la Tierra para denunciar la ingratitud de los hombres hacia Dios.

JOHN W. BAKER

Algunas de las más sublimes alabanzas y oraciones del Señor Jesucristo se encuentran registradas en forma paralela en Mateo y Lucas, con algunos contrastes verbales y cierta diversidad de detalles. En dichos pasajes, el Señor denuncia la ingratitud de los hombres hacia Dios y muestra los resultados destructivos de su indiferencia.

En medio de estos argumentos y reprensiones, los setenta discípulos regresan para dar un informe de su misión. Éstos manifestaron ante el Señor su gran alegría por el éxito que habían tenido. Él también se regocijó, dio gracias y oró una breve pero magnífica oración llena de inspiración y revelación:

"En aquella misma hora, Jesús se regocijó en el Espíritu y dijo: Yo te alabo, oh Padre, Señor del Cielo y de la Tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó. Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; ni quién es el

Y a restaurar
la voluntad
de Dios
en la
Tierra.

Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar" (Lc. 10:21, 22).

El Señor Jesucristo era "la misma imagen de su Sustancia" (del Padre); de manera que el espíritu de oración de Cristo era el hacer la voluntad del Padre. En varias ocasiones había afirmado que su misión en esta Tierra era hacer la voluntad de Aquel que le envió, y no la suya propia. Cuando llegó a su vida la crítica hora del Getsemaní, con el peso y la pena del pecado de toda la humanidad presionando sobre su corazón, Él prorrumpió con este heroico clamor: "... Pero no sea como Yo quiero, sino como Tú" (Mr. 14:36). La voluntad de Dios habría de ser el único medio por donde vendría el alivio y la paz.

Todo aquel que sigue a Cristo como su modelo de oración debe tener la voluntad de Dios como su ley, regla e inspiración. En toda oración, es el hombre quien ora. La vida y carácter fluyen y se manifiestan en el lugar secreto de su oración. Hay una acción y reacción mutua. Ese lugar secreto tiene mucho que ver con la formación del carácter. Es "la oración eficaz del justo la que puede mucho" (Stg. 5:16). Aquellos limpios y puros de corazón son los que pueden invocar libremente el Nombre del Señor. Y Cristo fue el máximo ejemplo de oración porque fue el más Santo de todos los seres que hayan existido: su carácter y espíritu reflejan su vida de oración. Quien ora mejor no es aquel que tiene más fluidez, o una imaginación más brillante, o lo dones más ricos, sino el que está más inundado del espíritu de Cristo.

La frase "Porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos" nos habla de aquellos que son sabios ante sus propios ojos, hábiles en las letras, hombres de cultura, filósofos, escribas, doctores, rabinos. La revelación de Dios y de su voluntad no puede ser entendida por medio de la razón y de la inteligencia humana. Los grandes hombres de mentes brillantes no son los canales ni depositarios de la revelación de Dios. No, el sistema de Dios en la redención y providencia no es revelarse a los sabios, inteligentes y cultos. Pues éstos siguen sus propios métodos de aprendizaje y siempre han malentendido e ignorado los pensamientos y caminos del Señor.

La condición para recibir la revelación de Dios y para atesorar esa verdad proviene, pues, del corazón, y no de la cabeza. Y es que la habilidad para recibir las cosas

espirituales, tal como la Escritura lo explica, es la propia de un niño; a saber, una actitud de docilidad y una naturaleza inocente y sencilla. Éstas son las condiciones en las cuales Dios se revela a sí mismo a los hombres...

El mundo no puede conocer a Dios por medio de la sabiduría, porque Él se revela al corazón y no a la mente. Sólo el corazón puede conocer, sentir, ver a Dios y entender su Palabra. En otras palabras, el ser humano no puede asirse de Dios por medio del pensamiento, sino por los sentimientos. El mundo ha de conocerle por revelación, y no por filosofía. Lo que los hombres necesitan para conocer a Dios no es habilidad mental, sino plasticidad y ductilidad suficiente como para poder recibir la impresión divina. La humanidad no necesita tanto de la luz para ver a Dios como de corazones puros y tiernos para sentirle.

La sabiduría, los grandes talentos y la cultura humana, por buenos que sean, nunca podrán ser los depositarios ni los conservadores de la Verdad -en mayúsculas-revelada por Dios. No olvidemos que el árbol del conocimiento fue la ruina de la fe... No tratemos, pues, de reducir la revelación divina a una hueca filosofía, además de querer medir a Dios por medio de procedimientos humanos que, en su orgullo, han desplazado a Dios y han puesto al hombre dentro de su verdad. La única posición en la cual podemos conocer a Dios se adquiere mediante una actitud mansa, calma, sin clamores ni protestas. Una profunda paz del alma en la que Dios pueda reflejar su voluntad como en un espejo. Sí, ésta es la única actitud que nos permite conocer su revelación.

Nuestro Señor nos enseñó la lección sobre la oración poniéndola en práctica en su propia vida. He aquí una sencilla pero importante declaración:

"Despedida la multitud, subió al monte a orar aparte; y cuando llegó la noche, estaba allí solo" (Mt. 14:23).

Las multitudes habían sido alimentadas y luego despedidas por nuestro Señor. La obra divina de sanidad y enseñanza había culminado por ese día y llegaba el tiempo y la oportunidad para la oración, la más divina de todas las labores y el más importante de todos los ministerios. Aparte de las multitudes ansiosas e inquietas, Jesús se había alejado sólo para hablar con su Padre. Las multitudes le habían dejado extenuado y sus discípulos estaban allá agitándose en el mar; pero en la cima de la montaña,

**Pero esta
voluntad de
Dios no
puede
conocerse
por la
sabiduría
humana,
sino por la
humildad
del corazón
en la
oración.**

Jesús,
como
hombre,
necesitaba
estar a solas
en oración
con su Padre,
dependiendo
constantemente
de Él y siendo
lleno del
poder del
Espíritu
Santo.
Fue así que
pudo realizar
la voluntad
de Dios en
la Tierra.

donde nuestro Señor estaba arrodillado en secreta oración, reinaba la más profunda calma.

En aquel momento, Él debía estar a solas con Dios, pues la tentación acechaba:

“Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de Él y hacerle rey, volvió a retirarse al monte Él solo” (Jn. 6:15).

La gente se había dado un festín con los cinco panes y los dos peces. Satisfechos con la comida y excitados fuera de límite, deseaban hacerle rey. Pero el Maestro huyó de esa tentación y se refugió en lo secreto de la oración. ¡Qué refugio era para Él la oración a solas con su Padre! ¡Qué ejemplo nos ha dejado para que hagamos frente a las tentaciones que el mundo nos ofrece! ¡Qué seguridad hay al estar a solas con Dios cuando el mundo intenta atraparnos y seducirnos!

Las oraciones de nuestro Señor eran proféticas e ilustrativas en cuanto a la verdad de que la vida llena y controlada por el Espíritu Santo debe ser a su vez una vida llena de oración. Como ya hemos dicho, los momentos más críticos y culminantes de su vida y ministerio fueron coronados por la oración. Y esto lo cualificó para los más altos propósitos de Dios. Mediante la oración, el Señor trazaba una línea de constante dependencia con el Padre y el Espíritu Santo venía sobre Él en la plenitud de su poder en el mismo momento en que estaba orando.

De la misma manera, a nosotros también, el Espíritu Santo nos llena de su plenitud y poder, sólo en respuesta a nuestra intensa y ardiente oración. Asimismo, la voz atestiguando la autenticidad del Señor Jesús como Hijo, que vino desde el Cielo cuando Él oraba, testimonía ahora acerca de nuestra relación como hijos que es asegurada, de forma clara e indudable, por medio de nuestras oraciones. Sin embargo, cuando se debilita o se corta nuestro testimonio de oración, el testimonio de nuestra relación como hijos de Dios se vuelve deslucido y apagado... ¡Qué gran equivocación! ¡Qué pérdida de bendición!

Incidentes de oración en la vida de nuestro Señor (continuación)

El pecado es algo tan terrible que ha llevado hasta la muerte al mismo Hijo de Dios. El Señor Jesucristo ya había visto sus consecuencias anteriormente. Presenció la caída de los ángeles en el Cielo; sus ojos habían sido testigos de la muerte y sus horrores. Pero lo que más horrorizó a nuestro Señor no era la misma muerte, sino el pecado. La presencia del pecado en el mundo era algo que quemaba en su corazón con un fuego imposible de ser apagado.

ALEXANDER WHITE, D.D.

Jesús
necesitaba
de las
oraciones
para vencer
las
tentaciones
que el
diablo
le ponía
en el
camino.

Hemos visto cómo Cristo tuvo que huir de la multitud luego del milagro de la multiplicación de los panes y los peces, pues la gente le buscaba para hacerle rey. La oración fue su escape y refugio contra esta fuerte tentación mundana. Después de aquella noche de oración, volvió con calma, fortaleza y poder para realizar aquel otro notable milagro de caminar sobre el mar. No obstante, aquellos panes y peces habían sido también santificados por la oración de Jesús, antes de ser servidos a la multitud: “Y tomando los cinco panes y los dos pescados, levantando los ojos al Cielo, los bendijo, y los partió, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante de la gente” (Lc. 9:16). Esto nos muestra que la oración debería santificar nuestro pan cotidiano y multiplicar la semilla por nosotros plantada.

De la revelación e inspiración de una hora de oración de nuestro Señor surge aquella proclamación alentadora para todas las almas cargadas e inquietas de la Tierra:

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mt. 11:28-30).

Ante la tumba de Lázaro, y como condición y acto preparatorio de hacerle volver a la vida, nuestro Señor invoca a su Padre que está en los Cielos:

Los milagros de Jesús nos muestran su victoria sobre el pecado y son una promesa de que nosotros también seremos liberados de sus garras.

«Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo Alto, dijo: *Padre, gracias te doy por haberme oído*» (Jn. 11:41).

¡Cuánta confianza había en aquella mirada de Cristo a los Cielos! El mismo elevar de sus ojos llevaba todo su Ser a los lugares celestiales, apartándole por un momento de este mundo y dirigiendo hacia su causa la atención y ayuda del Padre. Cuando el Hijo de Dios miró hacia arriba estando de pie ante aquella tumba, todos los poderes del Cielo se dispusieron a ponerse en movimiento. ¡Oh, si hubiera creyentes capaces de elevar la mirada de fe del Señor Jesucristo! Como Él fue, así deberíamos ser nosotros, sus seguidores; tan perfectos en la fe, tan capaces en la oración, que pudiésemos elevar nuestros ojos al Cielo y decir con Él: «Padre, gracias te doy por haberme oído».

Cuando el Señor tocó la lengua de aquel hombre sordo que tenía un impedimento en el habla, también dirigió su mirada a los Cielos. Mucho se pareció esta actitud del Señor a su gemir en el Espíritu frente a la tumba de Lázaro. He aquí el gemido y la visión del Hijo de Dios sobre la ruina que, como triste herencia de la humanidad, había producido el pecado...

Hay un hecho que todos los hijos de Dios deberíamos recordar en nuestras mente y guardar en nuestros corazones: los que hemos recibido las primicias del Espíritu gemimos dentro de nosotros mismos a causa del pecado y la muerte y anhelamos que llegue el día en que el Señor nos librerá para siempre de la presencia del pecado.

Otro hermoso e instructivo incidente en la vida de oración del Señor tiene que ver con los niños que le eran traídos:

“Y le presentaban niños para que los tocara; y los discípulos reprendían a los que los presentaban. Viéndolos Jesús, se indignó, y les dijo: *Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el Reino de Dios. De cierto os digo, que el que no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en él.* Y tomándolos en los brazos, poniendo las manos sobre ellos, los bendecía” (Mr. 10:13-16).

Ésta fue una de las pocas veces cuando la ignorancia y falta de visión espiritual provocaron su disgusto e indignación. Los puntos de vista mundanos influían en los discípulos. Su temperamento y palabras al reprender a aquellos que traían a sus niños estaban totalmente fuera de

lugar y los mismos principios que el Señor había venido a ilustrar y propagar estaban siendo violados... Pero Cristo recibió gustoso a los pequeños, sabiendo que los mayores debían hacerse “como niños” para poder ser recibidos por Él. Y es que la oración ayuda grandemente a nuestros pequeños...

Puesto que el Señor está ahora en los Cielos, los niños de nuestra época han de ser traídos ante Él por medio de la oración. Han de ser puestos delante de Él cuando apenas son bebés; su bendición desciende sobre estos pequeños en respuesta a las oraciones de aquellos que los traen. Los padres y madres han de orar por sus hijitos con perseverancia e importunidad, buscando la bendición de Dios sobre su crianza y desarrollo y, al mismo tiempo, pidiendo sabiduría para educarles en los caminos de Dios. Las manos santas y la oración tienen mucho que ver con el cuidado y educación de esas vidas y la formación de sus personalidades y caracteres en rectitud y justicia. ¡Cuánta benignidad, sencillez, amabilidad, mansedumbre y condescendencia hay en esta actitud del divino Maestro!

Fue precisamente en un momento de oración de la vida del Señor cuando Pedro hizo la siguiente declaración con respecto a su Persona:

“Aconteció que mientras Jesús oraba aparte, estaban con Él los discípulos; y les preguntó, diciendo: *¿Quién dice la gente que soy Yo?*” (Lc. 9:18).

“Respondiendo Simón Pedro, dijo: *Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.* Entonces le respondió Jesús: *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los Cielos. Y Yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella*” (Mt. 16:16-19).

Después de haber hecho grandes promesas a sus discípulos, el Señor les habló de la ocasión cuando se sentarían a su mesa en el Reino y sobre tronos juzgando a las doce tribus de Israel. Entonces pronunció aquellas palabras de advertencia dirigidas a Simón Pedro, anunciándole que había orado especialmente por él:

“Dijo también el Señor: *Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero Yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos*” (Lc. 22: 31 y 32).

Jesús siempre acogió con alegría a los niños que se acercaban a Él. Hoy también quiere que los padres traigan a sus niños ante Él en oración, para que pueda interceder por ellos y reciban las bendiciones de Dios.

Jesús, cuando estuvo en la Tierra, intercedió por sus discípulos. Sus oraciones fueron el reflejo de su propio carácter: Santo. De ahí que fueran tan poderosas y eficaces.

¡Afortunado Pedro, por tener al mismísimo Hijo de Dios para interceder por él! Sí, Pedro requirió la oración del Señor en forma especial debido a los grandes peligros a que estaría expuesto. Asimismo, nosotros debemos orar por aquellos impulsivos, los que por su propio carácter y actitudes se exponen a los peligros y a las tentaciones más grandes.

El hombre y la oración son inseparables. Los elementos constituyentes del hombre son los mismos que los de su oración. El mismo ser fluye a través de ella. Solamente el valeroso Elías podía orar como lo hacía, porque sólo pueden surgir oraciones santas de un hombre santo. Esto es, nunca podemos hacer lo bueno sin ser buenos... Primero es lo que somos, luego, lo que hacemos. Nuestro carácter da forma y color a nuestros hechos.

Por tanto, la oración de Cristo no puede estar separada de su carácter. Si Él oró mejor que nadie en este mundo es porque fue y es mejor que cualquier ser humano o angélico que haya existido.

La transfiguración marcó otra época en la vida del Maestro, la cual fue preeminentemente una época de oración. Lucas nos da un ilustrativo relato de ese suceso:

“Aconteció, como ocho días después de estas palabras, que tomó a Pedro, a Juan y a Jacobo, y subió al monte a orar. Y entre tanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente. Y he aquí dos varones que hablaban con Él, los cuales eran Moisés y Elías; quienes aparecieron rodeados de gloria, y hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén” (Lc. 9:28-31).

La selección de los discípulos fue hecha según su práctica de oración. Había muy pocos con las características apropiadas para dicha función y aun estos tres favorecidos lograron sostenerse con mucha dificultad en aquella larga noche de oración. Sabemos que el Señor fue a lo alto de aquella montaña con el propósito primordial de orar, y no para ser transfigurado. Pero sucedió que cuando Él estaba orando, su figura cambió y resplandeció de una manera nunca vista. No hay nada como la oración para producir estos cambios y hacer descender la gloria del Cielo. Pedro llamó a ese lugar el *monte santo*, y ciertamente fue santificado por medio de la oración.

Recopilemos, por tres veces la voz de Dios dio testimonio de la presencia y persona de su Hijo, el Señor Jesucristo: en su bautismo, en la transfiguración, habiendo estado orando en ambas ocasiones, y, finalmente, cuando se acercaba al fin de su ministerio terrenal... Allí el Señor estaba penetrando en el oscuro misterio de su última agonía. Las sombras eran profundas y el sacrificio del Calvario se acercaba. En medio de ese hondo sufrimiento, su espíritu afligido prorrumpió en oración:

“Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu Nombre. Entonces vino una voz del Cielo: *Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez.* Y la multitud que estaba allí, y había oído la voz, decía que había sido un trueno. Otros decían: *Un ángel le ha hablado.* Respondió Jesús y dijo: *No ha venido esta vez por causa mía, sino por causa de vosotros*” (Jn. 12:27-30).

Vemos, pues, cómo por medio de la oración, el Señor hizo que aun esta hora funesta fuera iluminada.

¡Cuánta sincronía con sus enseñanzas tiene también aquella oración en la cruz por sus enemigos! De sus labios sólo salieron palabras de misericordia y perdón:

“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc. 23:34).

Jesús estaba disculpando a sus asesinos y orando por aquellos que se estaban burlando de él mientras que se estaban burlando de Él en ese momento de dolor y horror; ¡Qué asombroso amor, generosidad y compasión manifestó el Salvador!

Contemplemos, finalmente, otra de las oraciones de Jesús pronunciadas desde la cruz:

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mt. 27:46).

Cristo lo había soportado todo, pero el hecho de que su Padre escondiera de Él su rostro significó un tormento más allá de lo imaginable. Entonces, cuando realmente se acercó el fin, le oímos nuevamente hablando y dirigiéndose a su Padre:

“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc. 23:46).

Y habiendo dicho esto, dice la Escritura que “expiró”.

En sus oraciones, el Señor también intercedía por sus enemigos. Sólo cuando se vio separado del Padre en la cruz, Jesús oró por sí mismo, y aun esta oración nació de un carácter sumiso y conforme a la voluntad de Dios.

9

El modelo de oración de nuestro Señor

El primer pensamiento que debiera llenar nuestra mente en nuestros momentos de oración es que Dios es nuestro Padre.

¡Qué satisfacción es aprender de Dios mismo todos los secretos de la oración! En nuestros días no estamos considerando suficientemente el valor de la oración: el respeto y atención que requiere, la preferencia que debe dársele, su plenitud y perfección, su uso frecuente y el espíritu que ha de inspirarnos a orar. ¡Señor, enséñanos a orar!

ADAM CLARKE

El Señor Jesucristo nos dio un modelo de oración, en lo que comúnmente se conoce como el *Padrenuestro* (véase Mt. 6:9-13; Lc. 11:2-4). En este modelo, tenemos una ley para seguir, una fórmula básica, cuyo bosquejo, aunque completo, tiene muchos lugares en blanco, que han de ser llenados con nuestras necesidades y convicciones.

Cristo pone las palabras en nuestros labios, palabras que deben ser pronunciadas por aquellos que viven vidas santas ante Dios. Las palabras pertenecen a la vida de oración. Las oraciones sin palabras son como los seres humanos sin ímpetu. Éstos pueden ser puros y elevados, pero demasiado etéreos e impalpables para los conflictos, necesidades y usos terrenales. Nuestros espíritus deben estar revestidos de carne y sangre, y de igual manera, nuestras oraciones han de estar envueltas en palabras para darles propósito, poder y definición.

He aquí las palabras del Maestro:

“Padre nuestro, que estás en los Cielos...”

Ninguna lección sobre la oración estaría completa sin esta frase. Y es que la Paternidad de Dios da forma, valor y confianza a todas nuestras oraciones. Jesús nos enseña también que glorificar el Nombre de Dios es la primera y más grandiosa de todas las oraciones. Es más, el deseo por la gloriosa venida y establecimiento del Reino de Dios sigue en valor y secuencia a la actitud de querer glorificar su Nombre. Por ello, los discípulos de Cristo en la escuela de la oración han de ser diligentemente instruidos para glorificar el Nombre de Dios, para trabajar en favor de su

Reino y para hacer su voluntad, con gozo y alegría, así como se hace en los Cielos.

La oración compromete, pues, los más altos intereses espirituales y asegura la más elevada gloria a Dios: su Paternidad, su santo Nombre, su Reino y su Voluntad están involucrados en ella. Sin la oración, estos valores pierden brillo y magnificencia.

Esta lección del *Padrenuestro* tiene en su forma y contenido semejanzas con las secciones de oración del *sermón del monte*; a saber, que ambas se refieren a la importunidad. Esto es, la oración importuna es una poderosísima herramienta que establece la voluntad del Señor en la Tierra, como lo es en el Cielo, y santifica nuestro diario vivir.

El perdón de nuestros pecados ha de ser conseguido, asimismo, por medio de la oración importuna; al igual que el espíritu perdonador hacia esos que han pecado contra nosotros, que involucra el amor hacia nuestros enemigos y el perdón de sus ofensas, cualesquiera que éstas sean.

Además, la oración importuna nos hace vigilantes con respecto a las tentaciones; su práctica nos guarda de ellas y nos ayuda resistirlas cuando llegan.

Todas estas cosas han sido estipuladas en esta ley concerniente a la oración, pero además el Señor ha añadido muchas más expresiones y comentarios al respecto...

Así, en particular, en la oración del *Padrenuestro* Jesús enseñó a sus discípulos a orar con palabras tan sencillas y claras como las que una madre emplearía para instruir a sus hijos.

¡Qué marcado contraste existe entre la *oración sacerdotal* (véase Jn. 17:1-26) y el *Padrenuestro*! El *Padrenuestro* lo aprendemos en nuestras primeras etapas de crecimiento y puede ser usado en todos los pasos de avance por la vida cristiana. Mientras que la *oración sacerdotal* tiene su oficio relacionado con nuestro sacerdocio real como intercesores ante Dios. Ambos ejemplos de oración acentúan nuestra unidad y lealtad a Dios y glorifican su Nombre.

No obstante, la aparentemente sencilla composición del *Padrenuestro* encierra los principales fundamentos de una verdadera oración. Nadie jamás ha podido imitar una oración tan sencilla en sus peticiones pero tan comprensiva en todos sus detalles. El pensador más minucioso y el místico más elevado encontrarán su propio lenguaje en estas simples palabras de solaz y ayuda. Y esta oración

A Él nos dirigimos, no con fines egoístas, sino, sobre todo, para glorificar su Nombre y su voluntad.

La oración del *Padrenuestro* es, en esencia, la oración perfecta que cubre todas las necesidades de los hombres y todos los tipos de oraciones.

tiene para nosotros el mismo significado que para aquellos a quienes fue dada por primera vez. Es, dicho en otras palabras, el "ABC" de la oración para todo principiante y el más elevado modelo para aquellos más avanzados en la vida cristiana. Pues así como el alfabeto que se aprende en los primeros años da forma y color a todos los estudios y perfeccionamientos posteriores, el *Padrenuestro* es una oración básica sobre la cual el creyente puede ampliar sus súplicas y alabanzas.

Es, esencialmente, una oración personal, que alcanza todas nuestras necesidades, cubre todos nuestros pecados y eleva nuestras intercesiones por los demás...

10

La oración sacerdotal de nuestro Señor

Nuestra santificación no depende del cambio de nuestras obras, sino de hacer para la causa de Dios lo que haríamos por nosotros mismos. El tiempo que ocupan mis negocios no me desvía de mis oraciones. La oración no es sino un verdadero sentido de la presencia de Dios.

HERMANO LAWRENCE

Cristo, nuestro gran Intercesor, pide que nosotros también hagamos oraciones intercesoras por nuestros semejantes.

Ahora consideraremos la *oración sacerdotal* de nuestro Señor, que se encuentra registrada en Juan 17:1-26. El Señor Jesús terminó su vida aquí en la Tierra con una inigualable calma, confianza y sublimidad:

"Yo te he glorificado en la Tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese" (Jn. 17:4).

Los anales de la historia de este mundo no tienen nada comparable a esto en su serenidad y excelsitud. ¡Que nosotros podamos llegar al fin de nuestros días de la misma manera, en suprema lealtad a Cristo!

El obedecer al Padre y permanecer en Él pertenecen al Hijo... Pero también a nosotros, como colaboradores con Cristo en su divina tarea de intercesión. ¡Cuán tiernamente oró Él por sus discípulos!

"Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son" (Jn. 17:9).

¡Qué modelo de oración para el pueblo de Dios! El pueblo del Señor constituye la causa, la Iglesia y el Reino de Dios. Oremos por todos los creyentes, por su unidad, su santificación y su glorificación. ¡Cómo sufría el Señor a causa de las divisiones y contiendas entre los suyos! La unidad de su pueblo era la gran carga en aquella notable *oración sacerdotal*:

"Para que todos sean uno, como Tú, oh Padre, en mí, y Yo en ti, que también ellos sean uno en Nosotros; para que el mundo crea que Tú me enviaste" (Jn. 17:21).

Primeramente, en esta oración el Señor Jesús ora por sí mismo; no en tono de súplica ni en debilidad como en el Getsemaní, sino en vigor y fortaleza. Su petición es que

Las pocas veces que Jesús oró por sí mismo fue para poder glorificar a Dios en su vida y ejemplo. Asimismo, si es que pedimos por nosotros mismos, que sea para que la bendición recibida redunde en la gloria de Dios.

pueda ser glorificado y que su gloria pueda también otorgar gloria al Padre. Su sublime lealtad y fidelidad a Dios constituyen la misma esencia de la oración. Del mismo modo, nuestra lealtad a Dios nos da acceso y confianza a Él en nuestra intercesión. Esta oración de Juan 17 está llena de profundas y grandes verdades, así como de hondas y ricas experiencias:

“Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Jn. 17:3).

“... Y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo es mío; y he sido glorificado en ellos” (Jn. 17:10).

“He manifestado tu Nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu Palabra” (Jn. 17:6).

“Ahora pues, Padre, glorifícame Tú para contigo, con aquella gloria que tuve contigo antes de que el mundo fuese” (Jn. 17:5).

Detengámonos unos momentos y preguntémosnos: ¿tenemos vida eterna? ¿Conocemos a Dios en forma consciente, experimental y personal? ¿Conocemos al Señor Jesucristo como una Persona y como nuestro Salvador personal? ¿Es glorificado Cristo en nosotros? ¿Dan nuestras vidas un testimonio de su Deidad? ¿Somos seres opacos o transparentes, capaces de reflejar su luz pura y diáfana?

Una vez más preguntémosnos: ¿Estamos realmente buscando la gloria de Dios como Cristo la buscó?

“... glorifícame tú para contigo”, fueron sus palabras. ¿Estimamos la presencia y la posesión de Dios como nuestra más excelente gloria y nuestro supremo bien? Esto es la vida eterna.

¡Cuán cercano está Él de su pueblo! Su corazón se centraliza en ellos en esta hora de santa comunión con el Padre...

“He manifestado tu Nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu Palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado, proceden de ti; porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que Tú me enviaste. Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son, y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos” (Jn. 17:6-10).

El Señor oró por el cuidado de sus discípulos, pues no sólo habrían de ser escogidos, sino también guardados por la cuidadosa mirada del Padre, en santidad, por el poder de su Nombre. Estos discípulos no habrían de ser quitados del mundo, sino guardados del mal; de ese mal monstruoso que es el *yo* y de ese “presente siglo malo”.

No sólo tenían necesidad de ser guardados del pecado y de Satanás, sino también de la mundanalidad, de la cual Cristo estaba completamente libre y apartado. Como consecuencia, el mundo les odiaría y les perseguiría por seguir los pasos de su Maestro y Señor:

“Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco Yo soy del mundo” (Jn. 17:14).

¡Qué declaración más solemne y profunda! ¡Cuán honda, radical y eterna era la separación de nuestro Señor Jesucristo con respecto al mundo! El mundo aborrece a sus seguidores así como le aborreció a Él. ¿Se cumplen en nosotros estas palabras?

“Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes Yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece” (Jn. 15:18 y 19).

Cristo ruega también que su pueblo sea guardado de todo pecado, tanto en lo concreto como en lo abstracto, y de toda forma de maldad existente en este mundo. Pide además que no solamente puedan ser preparados para ir al Cielo, sino también para vivir sobre esta Tierra, en los más ricos privilegios, en sus deberes, en sus penas, pruebas, consolaciones y triunfos:

“No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal” (Jn. 17:15).

Su deseo es que puedan ser guardados de la maldad más grande del mundo, que es el pecado, y de sus funestas consecuencias. Y este deseo es proyectado hacia nosotros, ya que, al fin y al cabo, también somos sus discípulos y su pueblo escogido...

En su oración, Jesús nos coloca, pues, en los brazos de su Padre, para que podamos morar al abrigo de su sombra protectora. El cayado del Padre nos da seguridad, refugio, fortaleza y guía.

Cristo oró para que nosotros fuéramos guardados del mundo y del pecado.

Pero, sobre todo, Cristo oró para que fuéramos santificados.

Notemos, asimismo, que el Señor, en este ruego, se pone como ejemplo del aislamiento del mundo que está pidiendo para sus discípulos. Él les envía al mundo así como Él mismo fue enviado por su Padre, y espera que cumplan la misión a la cual fueron encomendados, guardándose y purificándose de todo pecado. Es más, estuvo dispuesto a ir hasta la muerte para que ellos pudieran dedicar sus vidas a Dios. En definitiva, Él oró por una verdadera, total y real santificación, la cual abarca al alma, al cuerpo y a la mente, ahora y por la eternidad:

“Santifícalos en tu Verdad; tu Palabra es Verdad” (Jn. 17:17).

Esta oración del Señor abrió el camino para la total santificación de los suyos. En consecuencia, todos los pasos ascendentes hacia esa posición de entera y total santificación son pasos de oración... “Orad sin cesar” es el prelude imperativo a:

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts. 5:23).

La oración es, en efecto, el continuo interludio y doxología de esta rica gracia en el corazón.

Finalmente, solamente podemos cumplir nuestras responsabilidades y nuestra elevada misión cuando marchamos adelante santificados como Cristo nuestro Señor. Él nos envía al mundo así como su Padre le envió y espera que seamos como Él fue, que hagamos lo que Él hizo y que glorifiquemos al Padre como Él lo glorificó. ¡Cuántos deseos tenía el Señor de tenernos con Él en los Cielos!

“Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde Yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado, porque me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Jn. 17:24).

¿Qué respuesta dan nuestros corazones a este amor tan intenso? ¿Estamos nosotros tan deseosos de ir al Cielo como está Él de tenernos a su lado?

Otro aspecto que cargaba su alma era el de la unidad entre los suyos... Notad cómo se dirige al Padre y reclama su atención en cuanto a este asunto:

“Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y Yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado,

guárdalos en tu Nombre, para que sean uno, así como Nosotros” (Jn. 17:11).

“Yo en ellos, y Tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que Tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a Mí me has amado” (Jn. 17:23).

Sin embargo, ¡qué historia tan vergonzosa y qué anales tan sangrientos tiene la historia de la Iglesia, debido a esta falta de unidad y amor! Cristo miraba hacia el futuro y su alma sufría a causa de estas divisiones y guerras fratricidas. La unidad de su pueblo habría de ser la herencia prometida de la gloria de Dios. Las divisiones y contiendas provienen del diablo y conducen al caos y la destrucción. La unidad entre los cristianos habría de ser la credencial de la divina misión de Cristo en la Tierra.

Preguntémonos, entonces, con toda sinceridad: ¿estamos orando por esta unidad así como lo hizo nuestro Señor Jesucristo? ¿Buscamos la paz, el bienestar, la gloria y el poder de la causa de Dios como se encuentra en la unidad de los hermanos?

Cristo llega al fin de su vida y ministerio terrenal con una calma y confianza inigualables:

“Yo te he glorificado en la Tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese” (Jn. 17:4).

Los anales de la historia del mundo no tienen nada comparable a esa serenidad y sublimidad. Que cada uno de nosotros, sus seguidores, podamos llegar a nuestro fin en suprema lealtad a Cristo.

Finalmente, Cristo oró por la unidad de su pueblo, que es la Iglesia.

11

La oración del Getsemaní

La oración del Getsemaní fue la oración más amarga de Cristo en el momento más terrible de su vida, cuando Satanás se cernió sobre él con todo su poder.

¡La copa amarga! Nuestro Señor no utilizó demasiadas palabras, pero hizo uso de los mismos términos una y otra vez. "Hágase tu voluntad" y "esta copa" fueron las palabras que constituyeron el centro de su oración; primero sobre sus pies, luego sobre sus rodillas y, entonces, sobre su rostro... "Señor, enséñanos a orar".

ALEXANDER WHITE, D.D.

Y llegamos al Getsemaní... ¡Qué contraste! La *oración sacerdotal* ha sido de alcance universal e intensos sentimientos hacia su Iglesia. Allí reinaba una perfecta calma. Las peticiones del Intercesor y Abogado Real eran edictos judiciales llenos de autoridad. Pero, ¡qué cambio ahora! En el Getsemaní parece como si el Señor hubiera entrado a otra región, a otro ambiente diferente. Su *oración sacerdotal*, tan exquisita en su fluidez, era como el sol brillante que avanza triunfante hacia el cenit; la *oración del Getsemaní* se asemeja al mismo sol declinando hacia el oeste, para sumergirse en un océano de nubes y tormentas, eclipsado con terror y oscuridad por todas partes.

Pero la *oración del Getsemaní* es excepcional desde todo punto de vista... El tremendo peso del pecado del mundo está sobre el Señor, quien ha alcanzado el punto más bajo de su depresión. La copa amarga se acerca a sus labios. La debilidad, la pena más honda y la más atroz de las agonías están sobre Él. La carne se debilita y estremece. El infierno está de jubileo y sus enemigos se unen en ese macabro carnaval.

Allí estaba Satanás, con todo su poder y oscuridad desplegados. Era la hora cuando todas las fuerzas del maligno se reunían para un conflicto final. El Señor había dicho:

"... porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en Mí" (Jn. 14:30).

El conflicto sobre el dominio del mundo estaba ahora ante Él. El Espíritu le había guiado a la lucha y a la tentación en el desierto; pero su Consolador, Guía e Inspira-

dor que le había acompañado a través de toda su vida parecía ahora estar ausente:

"Y tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y comenzó a entristecerse y a angustiarse. Y les dijo: *Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad*" (Mr. 14:33 y 34).

Era la hora más negra, cuando los pecados de todo el mundo, con toda su mancha y culpa, caían sobre su alma inmaculada.

Y ni siquiera sus amigos podían acompañarle en las profundidades abismales de esta hora tenebrosa. Los suyos se habían dormido. El Padre había escondido su rostro de Él, y su voz, que otras veces se había manifestado para aprobarle, ahora guardaba silencio. El Espíritu Santo, que había estado con Él en las horas más críticas de su vida, parecía haber desaparecido de la escena.

Cristo debía beber la amarga copa en total soledad, soportar la ira del Padre sobre los pecados del mundo y luchar contra los poderes de Satanás. Lucas describe la escena de la siguiente manera:

"Y saliendo, se fue, como solía, al monte de los Olivos; y sus discípulos también le siguieron. Cuando llegó a aquel lugar, les dijo: *Orad, que no entréis en tentación*. Y Él se apartó de ellos a distancia como de un tiro de piedra; y puesto de rodillas oró; diciendo: *Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*. Y se le apareció un ángel del Cielo para fortalecerle. Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra. Cuando se levantó de la oración, y vino a sus discípulos, los halló durmiendo a causa de la tristeza; y les dijo: *¿Por qué dormís? Levantaos, y orad para que no entréis en tentación*" (Lc. 22:39-46).

La oración de agonía en el Getsemaní corona el Calvario con gloria. Las oraciones ofrecidas por Cristo en la cruz son la unión perfecta de la debilidad y la fortaleza; la más profunda agonía y desolación, acompañadas de una dulce calma y una divina confianza y sumisión.

Ningún profeta, gobernador o rey tuvo un ministerio de oración con una variedad tan maravillosa como el Señor Jesucristo. Sus oraciones fueron el incienso más puro, avivados con la gloria de Dios y consumidos por su santa voluntad. Pero en esta oración, encontramos aquello que

En la oración del Getsemaní Cristo se vio solo, sin amigos, separado del Padre y sin el poder del Espíritu Santo sobre Él.

Aun entonces, oró conforme a la voluntad de Dios y no a la suya.

no hallamos en ninguna otra oración del Señor: "Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya". ¡Qué diferencia con la *oración sacerdotal* de Juan 17! En sus últimas instrucciones acerca de la oración, el Señor pone nuestra voluntad como medida y condición para la oración:

"Si permanecéis en Mí, y mis Palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis, que os será hecho" (Jn. 15:7).

Su oración es, empero, ahora era diferente. Pues la presión que se le ejercía era tan pesada, la copa tan amarga, la carga tan extraña e intolerable, que su carne prorrumpió en un clamor pidiendo alivio.

No obstante, debemos considerar que Cristo oró no en rebelión contra la voluntad de Dios, sino en conformidad a aquella voluntad: "... si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como Tú".

Y es que el Señor Jesucristo siempre oró en conformidad con la voluntad de Dios, aun en esta ocasión en que buscaba alivio para su tenaz tormento. Sí, Él estaba en perfecta unidad con los planes y la voluntad de Dios: orar de acuerdo a la voluntad de Dios era su vida y su ley.

Esta conformidad, o el vivir en perfecta unidad con el Padre, es mucho más elevada y divina que vivir simplemente en una sumisión a Dios. Pues una simple sumisión puede ser simulada, inducida por las condiciones, o forzada, no gozosa, sino quejumbrosa. Y cuando la ocasión o calamidad desaparece, la voluntad retorna a sus viejos caminos y a su propio *yo*. Pero orar en conformidad –juntamente con Dios– es una manera más divina de orar que la simple sumisión. En su mejor estado, la sumisión es la «no rebelión», lo cual es bueno, pero no es lo mejor. La forma más poderosa de oración es positiva, agresiva, poderosa y creativa. Puede moldear y cambiar las cosas y hacer que ocurra lo que deseamos. "Conformidad" significa, entonces, "permanecer perfecto y completo en toda la voluntad de Dios". Quiere decir deleitarse en la voluntad de Dios y apresurarse con entusiasmo y ardor para llevar a cabo sus planes. En otras palabras, la conformidad a la voluntad divina involucra sumisión, paciencia, amor; pero la sumisión en sí misma no incluye conformidad: podemos ser sumisos, pero no estar conformados a la voluntad del Padre; podemos aceptar ciertos resultados

contra los cuales nos hemos rebelado primeramente, y acabar resignándonos.

Repetimos, la conformidad implica ser uno con Dios, tanto en los resultados como en el proceso. Mientras que la sumisión puede estar de acuerdo con Dios solamente en el final.

El Señor Jesucristo tenía, sin duda, conformidad absoluta y perfecta con la voluntad de Dios, y por medio de ella oraba a su Padre.

Por eso, aunque, agobiado por su enorme pena y terribles sufrimientos, pidió que –si era posible– pasara de Él la amarga copa, su sumisión fue leal y confiada, así como su conformidad constante y perfecta. Porque la conformidad es la única y verdadera sumisión, la más leal y la más completa.

Sí, la *oración del Getsemaní* tiene lecciones inigualadas de humildad, de intensa agonía, de oscuro temor y clamor por alivio; pero en medio de todo, se destaca una notable sumisión a Dios, acompañada con una unidad de propósito para su gloria.

Satanás tiene también preparada para cada uno de nosotros una hora llena del poder de las tinieblas y oscuridad, de terror y tenebrosas tormentas... Entonces, podremos orar contra la voluntad de Dios, como lo hizo Moisés, para entrar en la Tierra Prometida; o como lo hizo Pablo, cuando oró por el aguijón en su carne... Tal vez, como David, por su pequeño hijo, o como Ezequías, quien pidió ser librado de la muerte. Podemos incluso pasar orando toda la noche, como lo hizo el Señor Jesús; pero nunca deberemos olvidar, sin embargo, que la nuestra debe ser una oración de sumisión.

Así, cuando la pena y la noche de desolación del Getsemaní caiga con todo su peso sobre nosotros, nos someteremos pacientemente, si así es necesario, tomando la copa de la mano de nuestro Padre sin temblor, duda, ni temor... "No sea como Yo quiero, sino como Tú", estas serán las palabras que pronunciarán nuestros corazones. Confiando en que, en los pensamientos y planes de Dios, incomprendibles y misteriosos para nosotros, esa copa tendrá en medio de su contenido amargo el oro de la perfección.

Muchas veces esa es la forma en que nuestro carácter es refinado. El propio Señor fue hecho perfecto no por la oración, sino por medio de los padecimientos:

Igualmente, Satanás tiene preparada para cada uno de nosotros una hora terrible, de amarga tribulación.

Cuando eso ocurra, sepamos que el sufrimiento es usado en forma beneficiosa por Dios para llevarnos a la perfección. No obstante, que esto no nos haga confundir la sumisión con la resignación del débil que no espera que su situación mejore.

“Porque convenía a Aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al Autor de la salvación de ellos” (He. 2:10).

Esto es, la copa no podía pasar porque el sufrimiento debía dar lugar al fruto de la perfección. Sí, somos perfeccionados a través de muchas horas de oscuridad, de luchas con los poderes del infierno y conflictos con el príncipe de este mundo.

Y alzar nuestro clamor y derramar nuestras lágrimas contra estos procesos dolorosos es algo muy natural: no se constituye en un pecado, siempre que haya conformidad con la respuesta a la oración, con la voluntad de Dios y una perfecta devoción a su gloria.

Es más, si nuestros corazones son sinceros para con Dios, podemos apelar a Él y buscar alivio para estos procesos dolorosos. Dios permite la llama ardiente que nos purifica y responde a nuestro clamor, no sacándonos fuera de ella, sino enviando a más de un ángel para fortalecerlos.

No obstante, aun con todo lo dicho, la oración de sumisión no debe ser usada como sustituto de la poderosa oración de fe, ni para apagar o cortar la oración importuna. Lo cual daría como resultado una oración débil y sentimental. Los creyentes estamos siempre prontos para excusar nuestra falta de fe y fervor, con una visión errada de lo que es la sumisión. A menudo acabamos de orar donde deberíamos de haber comenzado. Abandonamos la oración cuando Dios está esperando que continuemos con nuestras peticiones. Si los obstáculos nos estorban, o sucumbimos ante las dificultades, decimos que esa es una actitud de “sumisión” a la voluntad de Dios. Un mundo de fe mezquina, de holgazanería espiritual y de frialdad en la oración se ampara bajo el pío nombre de “oración sumisa”.

Por otro lado, desear llevar a cabo los planes de Dios es la esencia e inspiración de la oración del cristiano. Y es tras este propósito que podemos orar cuando permanecemos en Él y sus palabras permanecen en nosotros. Entonces pediremos lo que queramos, y nos será hecho; nuestra voluntad se une con la de Dios, y su voluntad se hace nuestra. Ambas voluntades se hacen una, sin un solo punto de discordia:

“Y esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, Él nos oye. Y si sabemos que Él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho” (1 Jn. 5:15).

Cuánta autonegación, sujeción y lealtad hacia Dios y qué deferencia hacia las Escrituras del Antiguo Testamento hay en la declaración de nuestro Señor:

“¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que Él no me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?” (Mt. 26:53 y 54).

No, el creyente confía en que Dios le hará salir de la hora amarga hacia la luz de la esperanza.

12

El Espíritu Santo y la oración

Al igual que Cristo no comenzó su misión en la Tierra hasta ser ungido por el Espíritu Santo, nosotros no estaremos preparados para trabajar en la obra de Dios hasta ser revestidos del poder del Espíritu.

Durante el gran avivamiento galés, un ministro del Evangelio cobró mucha fama por llevar varias almas a Dios por medio de un sermón. En esa ocasión, cientos de personas fueron convertidas. Lejos de allí, en un valle, las noticias llegaron hasta otro hermano, el cual quedó intrigado y deseoso de saber el secreto de este predicador. Caminó muchos kilómetros hasta la pobre vivienda de dicho ministro de Dios y, al llegar, la primera cosa que dijo fue: "Hermano, ¿de dónde sacó ese sermón?" Entonces fue conducido hasta una habitación pobremente amueblada, y el ministro le señaló una alfombra cerca de la ventana, desde donde se veían las montañas, y le dijo: "Hermano, he aquí el lugar de donde saqué mi sermón. Tenía en mi corazón una pesada carga por las almas. Una noche me arrodillé allí, y clamé por poder como nunca antes. Las horas pasaron hasta que llegó la medianoche, pero la respuesta todavía no había venido. Continué orando hasta que comenzó el amanecer con sus hermosos tintes dorados y rojizos. Entonces el sermón vino, y los hombres cayeron convictos bajo la influencia del Espíritu Santo".

G. H. MORGAN

El Evangelio sin el Espíritu Santo sería vano e inútil. El don del Espíritu Santo era vital para la obra expiatoria del Señor. El Señor Jesucristo no comenzó su ministerio terrenal hasta que fue ungido por el Espíritu Santo. Del mismo modo, necesitamos la unción del Espíritu para hacer efectiva la obra expiatoria del Hijo de Dios. Así como la unción del Espíritu Santo en el bautismo del Señor Jesús marcó una etapa en su vida, también la venida del Espíritu en el Pentecostés ha marcado una gran etapa en la obra de la redención, haciendo efectiva la labor de la Iglesia de Cristo. Y es que el Espíritu Santo no es solamente la lámpara brillante de la dispensación cristiana: es el Maestro, Guía y Divino Ayudador...

Así como el piloto toma su posición en el timón para guiar el barco, el Espíritu Santo mora y toma su puesto en el corazón del creyente para guiarle y darle poder en todos sus esfuerzos. Sin duda, el Espíritu Santo ejecuta el Evangelio a través del hombre por medio de su presencia y control del espíritu humano. En la ejecución de la obra expiatoria del Señor Jesucristo, tanto en su operación general, como en su aplicación personal, el Espíritu Santo es el Agente absoluto, eficiente e indispensable.

Repetimos, el Evangelio no puede llevarse a cabo si no es por mediación e influencia del Espíritu Santo. Sólo Él tiene la autoridad real para hacer esta obra. El intelecto no puede llevarla a cabo, ni tampoco la elocuencia ni la sabiduría humana. Los maravillosos hechos de la vida de Cristo narrados por corazones donde no mora el Espíritu de Dios serían completamente estériles y sin resultados.

Observemos cómo nadie se atrevió a moverse de Jerusalén para proclamar el mensaje por las calles hasta que el Espíritu Santo descendió en el Pentecostés. Juan no pudo pronunciar ni una palabra, a pesar de ser el discípulo amado y de tener su mente llena con los maravillosos hechos y palabras del Maestro. Hubo de esperar hasta el descenso del Espíritu Santo.

Esta venida del Espíritu Santo es dependiente de la oración, pues solamente ella puede acompañarse con su autoridad y demandas. Aun Cristo estaba sujeto a esta ley de la oración. Él dijo:

"Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá" (Mt. 7:7).

A sus desconsolados discípulos les dijo:

"Y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre" (Jn. 14:16).

Esta ley de la oración con respecto al Espíritu Santo regía tanto para el Maestro como para los discípulos.

Y, sin embargo, de muchos de nosotros sólo puede decirse:

"Pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís" (Stg. 4:3).

El Espíritu Santo es el Espíritu de toda gracia y también de cada gracia en particular. La pureza, el poder, la santidad, la fe, el gozo, son otorgados y perfeccionados por Él. ¿Deseamos crecer y fructificar en los dones espi-

Y es que el Espíritu Santo es quien guía la obra de la Redención.

El Espíritu Santo es un don que Jesús entregó a los hombres tras su partida, y por medio del cual podemos llegar al conocimiento del Hijo y del Padre.

rituales? Entonces debemos buscar al Espíritu por medio de la oración.

Todos los creyentes necesitamos el Espíritu Santo. La medida de su manifestación en nosotros estará regulada por el fervor de fe y oración con que lo busquemos. Nuestra capacidad de vivir, trabajar y orar para el Señor será dependiente de la medida de la manifestación del Espíritu que more y obre en nosotros.

Los hijos de Dios le necesitan para vivir una vida plena y abundante. Pero esa vida comienza y va creciendo a medida que el creyente ora buscando al Espíritu:

“Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los Cielos dará buenas cosas a los que se lo pidan?” (Mt. 7:11).

Y el mundo necesita del Espíritu Santo para ser convicto de pecado, de justicia y de juicio, de forma tal que los hombres lleguen a sentirse pecadores y culpables ante Dios.

Sí, el don del Espíritu Santo es uno de los beneficios que fluye hacia nosotros desde la gloriosa presencia de Cristo, quien está sentado a la diestra de Dios. Este precioso don, junto con todos los otros dones del Señor entronado, nos es asegurado por medio de la oración. Tanto por una declaración explícita, como por medio de sus principios generales y constantes intimaciones, la Escritura nos enseña que el don del Espíritu Santo está conectado y condicionado a la oración. Es cierto que, así como Dios está en el mundo, también lo está el Espíritu Santo.

De hecho, cuando era buscado e invocado, Él operaba en el mundo, aun antes del Pentecostés. La verdad es que, si nosotros no podemos orar por el Espíritu Santo, tampoco podemos orar pidiendo ninguna cosa buena, pues Él es la suma de todo lo bueno. Así como buscamos más de Dios el Padre y de Cristo, hemos de buscar más de los dones, poder y gracia del Espíritu.

Cristo establece que la doctrina de la recepción del Espíritu Santo está condicionada a la oración, y lo ilustra con su propio ejemplo, pues Él mismo estaba orando cuando el Espíritu Santo descendió sobre Él en su bautismo. La Iglesia apostólica en acción ilustra la misma gran verdad. Unos pocos días después del Pentecostés, los discípulos estaban orando fervientemente:

“Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la Palabra de Dios” (Hch. 4:31).

Este incidente destruye cualquier teoría que niegue que la oración es la condición para buscar y recibir al Espíritu después del Pentecostés, y confirma el punto de vista de que aquella “lluvia temprana” vino como resultado de una larga lucha en oración. Por tanto, confirma que los más preciosos dones de Dios están condicionados a pedir, buscar, llamar, y orar importunamente.

La misma verdad se destaca de manera muy prominente en el avivamiento de Felipe en Samaria. Aunque llenos de gozo por haber creído en Cristo y haber sido recibidos en el seno de la Iglesia por medio del bautismo, no recibieron al Espíritu Santo hasta que Pedro y Juan fueron allí y oraron por ellos y con ellos. La oración de Pablo fue, también, la prueba de Dios para Ananías, de que aquel estaba en un estado propicio para recibir al Espíritu Santo.

Pero el Espíritu Santo no es sólo nuestro Maestro, Inspirador y Revelador en la oración, sino que el poder de nuestra oración es medido por el poder del Espíritu obrando en nosotros de acuerdo a la buena voluntad de Dios. En Efesios 3, después de la maravillosa oración de Pablo por la Iglesia, éste parece mostrarse aprensivo de que los efesios pudieran pensar que, dada su forma de pedir, hubiera podido ir más allá de la misma capacidad de Dios para responder. De forma que cierra su oración por ellos, diciendo que Dios es “poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros” (Ef. 3:20).

Y es que el poder de la oración que se proyecta hacia afuera es el mismo poder de Dios en nosotros. De ahí que la falta de oración produzca la ausencia de la obra del Espíritu en nuestro ser. Esto es, el secreto de la falta de operación del Espíritu en todo su poder radica en las oraciones débiles o en la falta total de las mismas.

Además, la capacidad de Dios para responder y obrar a través de nuestras oraciones se mide por la energía divina que Dios ha puesto en nosotros por medio de su Espíritu. Así lo expresa Santiago:

Por consiguiente, si es que queremos llegar hasta el Hijo y el Padre, debemos buscar primeramente al Espíritu Santo por medio de la oración.

El Espíritu Santo nos llena del poder de Dios y nos capacita de dones, no para que seamos hijos de Dios, sino porque ya somos hijos de Dios.

“La oración eficaz del justo puede mucho” (Stg. 5:16). La oración nacida en el corazón por medio de la energía todopoderosa del Espíritu Santo obra poderosamente, tal y como sucedió en el caso de Elías. ¿Deseamos orar eficiente y poderosamente? El Espíritu Santo, pues, debe obrar eficiente y poderosamente en nosotros. Pablo dice: «Para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de Él, la cual actúa poderosamente en mí» (Col. 1:29).

Toda aquella obra para la causa de Cristo que no surja de la obra del Espíritu en nosotros es en vano. Nuestras oraciones y actividades son débiles y carentes de resultados, porque Él no ha hecho en nosotros una poderosa obra de Dios. ¿Desea usted orar para conseguir resultados en su labor para Cristo? Busque apropiarse de las potentes obras del Espíritu en su propio espíritu. He aquí la lección inicial en cuanto a la oración, la cual el Espíritu Santo ampliaría hasta su plenitud total en el Pentecostés.

Igualmente, es digno de notar que en Juan 14:16, donde el Señor se compromete en orar al Padre para que envíe otro Consolador, no leemos una oración pidiendo que el Espíritu Santo nos haga hijos de Dios por medio de la regeneración, sino una petición cuyo propósito principal es que toda la gracia y el poder del Espíritu venga a nosotros a consecuencia de ser hijos de Dios... Su obra de hacernos hijos de Dios y su Persona morando *con* y *en* nosotros como creyentes son diferentes etapas del mismo Espíritu en relación a nosotros. En esta última obra, sus dones y obras son mayores y su misma presencia, aún más importante que éstos; porque sus dones son dispensaciones de su presencia. Lo más importante, pues, es que el Espíritu Santo nos pone dentro del Cuerpo de Cristo por medio de su obra y nos mantiene dentro de ese Cuerpo por medio de su Presencia y su Persona. En el Sermón del Monte, tenemos esta promesa definida:

“Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los Cielos dará buenas cosas a los que se lo pidan?” (Mt. 7:11).

En Lucas las «buenas cosas» son sustituidas por “el Espíritu Santo” (Lc. 11:13). Así, todo lo bueno está comprendido en el Espíritu Santo: Él es la suma y el clímax de todo lo bueno.

¡Cuán complejas y confusas son las nociones humanas acerca de obtener el don del Espíritu Santo como Consolador, Santificador y Aquel que nos llena de poder! ¡Y cuán simples son, sin embargo, las instrucciones de nuestro Señor: “Pedid”. Sí, pedid con insistencia y sin desmayar; que nuestro Padre celestial contestará nuestra oración con el Espíritu Santo, que es el don más grande de Dios y la necesidad más urgente de todo hijo de Dios; incluido su Hijo Unigénito, siendo hombre.

Orad y perseverad en oración. Esperad y continuad orando fervientemente con una fe que crezca en esperanza. Esperad y orad, he aquí la llave que abre cada castillo de la desesperación y que hace fluir de los Cielos los tesoros de Dios. Es la sencillez del hijo que pide a su Padre, el cual está dispuesto a dar con liberalidad y gozo mucho más que los padres terrenales. “Pedid, buscad y llamad” (Mt. 7:7), en estas palabras dadas por Cristo, tenemos la repetición de los pasos avanzados en la insistencia y el esfuerzo. Y Él mismo nos muestra que si nos entregamos a la oración y perseveramos en ella, la respuesta vendrá en forma inevitable y segura. Las mismas estrellas dejarían de brillar antes de que se negara la respuesta a aquel hijo de Dios que sabe pedir, buscar, y llamar:

“... Y al que llame, se le abrirá” (Mt. 7:8).

Nada puede ser más determinante que esta declaración, la cual nos asegura la respuesta de parte de nuestro Padre.

Pero para recibir todo esto, especialmente su presencia directa en nosotros, es necesario que seamos perseverantes en nuestras oraciones.

13

El Espíritu Santo, nuestro ayudador en la oración

Cristo vino para revelarnos al Padre y el Espíritu Santo fue enviado para guiarnos al Hijo y, así, poder conocer al Padre a través del Hijo.

Si queremos orar debidamente, debemos orar en el Espíritu. No oiréis como si fuera una tarea que debiera ser llevada a cabo en vuestra fuerza natural, pues es una obra de Dios, el Espíritu Santo en vosotros, con el cual habéis de ser cooperadores...

ARZOBISPO TRENCH

Una de las revelaciones del Nuevo Testamento en cuanto al Espíritu Santo es aquella que nos declara que Él es nuestro ayudador en la oración. En el siguiente incidente de la vida de nuestro Señor tenemos una estrecha conexión entre la obra del Espíritu Santo y la oración:

“En aquella misma hora, Jesús se regocijó en el Espíritu, y dijo: *Yo te alabo, oh Padre, Señor del Cielo y de la Tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó*” (Lc. 10:21).

En este versículo tenemos interesantes revelaciones de lo que Dios significa para nosotros. Sólo el corazón del Hijo puede conocer y revelar al Padre. Es solamente por medio de la oración que todas las cosas nos son dadas por el Padre a través del Hijo. Y es también mediante la oración que el Padre se da a sí mismo a nosotros, lo cual es mucho más valioso que cualquiera de sus dádivas.

La Escritura nos dice: «En aquella misma hora Jesús se regocijó en el Espíritu». Esto deja establecida una gran verdad frecuentemente desconocida o ignorada, y es que el Señor Jesucristo fue guiado por el Espíritu Santo, y que su gozo y sus oraciones, al igual que su obra y vida, estaban bajo la inspiración y la guía del Espíritu. Veamos este pasaje:

“Y de igual manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues que hemos de pedir como conviene, no lo sabemos; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles” (Ro. 8:26).

Este texto es de una importancia vital: la paciencia, la esperanza y el saber esperar nos ayudan en nuestra

oración. Pero la más grande y divina ayuda es el Espíritu Santo mismo. Él pide por nosotros, que estamos confusos e ignorantes con respecto a muchas cosas, especialmente en lo que se refiere a la vida espiritual. Hay en nosotros una imperiosa obligación y necesidad de orar, pero no siempre sentimos dicha obligación ni tampoco tenemos la capacidad de cumplirla. El Espíritu Santo nos ayuda en nuestra debilidad, nos da sabiduría en nuestra ignorancia y cambia nuestra flaqueza en fortaleza. Además, Él ruega por nosotros y en nosotros. Él incentiva, ilumina e inspira nuestras oraciones; eleva nuestros motivos e inspira nuestras palabras y nuestros sentimientos. Él obra poderosamente en nosotros de manera que podamos orar llenos de poder y nos capacita para orar siempre de acuerdo a la voluntad de Dios.

En 1 Juan 5:14 y 15 tenemos estas palabras:

“Y esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, Él nos oye. Y si sabemos que Él nos oye en cualquier cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho”.

Lo que hace que podamos acercarnos confiada y libremente a Dios es estar orando de acuerdo a su voluntad; lo cual no significa “sumisión”, sino “conformidad”. “Conforme a”, significa “en acuerdo”. Esto es, tenemos libertad y confianza en nuestro acercamiento a Dios cuando estamos orando conforme a su voluntad. Dios tiene registrada su voluntad general en su Palabra, pero esta labor especial de orar es para que la llevemos a cabo nosotros. Sus cosas están preparadas y dispuestas para todo aquel que espera en Él. Pero, ¿cómo podemos saber la voluntad de Dios al orar? ¿Cuáles son las cosas por las cuales el Señor desea que oremos? El Espíritu Santo se encargará de revelarnos esta verdad; de nuevo, el mismo texto es esclarecedor:

“Y de igual manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues que hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos” (Ro. 8: 26 y 27).

Combinemos este texto con aquellas palabras de Pablo en 1 Corintios 2:9-16...

La oración,
pues,
es guiada
por el
Espíritu
Santo para
llevarnos
al Hijo,
y del Hijo
al Padre.

El Espíritu Santo nos enseña a orar conforme a la voluntad de Dios.

“Antes bien, como está escrito: *Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que aman.* Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque, ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio, el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. Porque, ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo”.

Notad estas palabras:

“Pero Dios nos la reveló a nosotros por el Espíritu” (1 Co. 2:10).

Dios busca en el corazón donde mora el Espíritu y conoce la mente del Espíritu. El Espíritu que mora en nuestros corazones busca los profundos propósitos y la voluntad de Dios para nosotros, y revela esos propósitos y esa voluntad de Dios, “para que sepamos lo que Dios nos ha concedido” (1 Co. 2:12).

El Espíritu de Dios mora tan profunda y completamente en nuestros espíritus, y tal es su iluminación y revelación, que podemos pedir con santa libertad las cosas que Él nos señala como la voluntad de Dios. Entonces, “sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho”.

El hombre natural ora, pero lo hace de acuerdo a su propia voluntad, deseos y caprichos. Si tiene intensos deseos, éstos provienen de la carne, y no del Espíritu. Pero cuando el Espíritu ora a través de nosotros, acomoda nuestra oración a la voluntad de Dios, y nosotros damos expresión a sus gemidos indecibles. Al tener la mente de Cristo, los creyentes oramos como Él oraría. Sus pensamientos, propósitos y deseos son los nuestros...

Es, entonces, nuestra oración constante la que dará lugar a que el Espíritu Santo haga su poderosa obra en nosotros y, al mismo tiempo, Él también nos ayudará en nuestros esfuerzos en la oración.

Podemos orar por muchas inspiraciones y de muchas maneras que no necesariamente provienen de Dios. Hay muchas oraciones “estereotipadas” en su manera y motivo. Muchas otras son fogosas y vehementes, pero esa vehemencia proviene solamente de la carne. Muchas oraciones son hechas por hábito y mero formalismo. El hábito de orar es una buena costumbre y debería formarse a muy temprana edad y de una manera firme y sólida; pero el orar meramente por hábito es destrozamiento la genuina vida de oración. El hábito debería formar una parte de la oración, pero la oración en sí tendrá que ser firme, profunda y pura para que de esta forma fluya libre y sinceramente. Ana multiplicó, amplió y enriqueció su oración:

“... he derramado mi alma delante de Jehová” (1 S. 1:15).

Nuestro divino ejemplo en la oración es el mismo Hijo de Dios, y el Espíritu Santo es nuestro divino Ayudador. Él nos urge a orar y nos ayuda a hacerlo. La oración para ser aceptable debe ser iniciada y llevada a cabo por su presencia e inspiración. Somos aconsejados por la Palabra y se nos requiere que “oremos en todo tiempo con toda oración y súplica, en el Espíritu” (Ef. 6:18).

“Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos” (Ro. 8:27).

Y es que somos tan ignorantes en este asunto de la oración, y la mayoría de los maestros son tan incapaces de impartir lecciones que penetren en nuestro corazón y entendimiento, que el Espíritu Santo debe instruirnos en este “arte divino”. Orar con todo nuestro corazón y toda nuestra fuerza, con la razón y la voluntad es el logro más elevado e importante de la batalla cristiana en esta Tierra. Si ningún hombre puede decir que Jesús es el Cristo, sino por el Espíritu, con mucha más razón nadie podrá orar si no es por medio de la ayuda del Espíritu Santo. Nuestra madre nos ha enseñado muchas y hermosas oraciones, pero dichas oraciones, aunque llenas de amor maternal, no son lo suficientemente fuertes para hacer

El Espíritu Santo nos enseña a orar con devoción.

También el
Espíritu
Santo nos
enseña a
hacer
oraciones
en favor de
nuestro
prójimo.

frente a las fuertes batallas y las tormentas de la vida cristiana.

Tenemos, además, la ventaja de que el Espíritu Santo no es como los maestros terrenales, que enseñan su lección y se van. Él se queda para ayudarnos a poner en práctica la lección que nos ha enseñado. Nosotros oramos, no por los preceptos y lecciones que Él nos enseñó, sino por Él mismo.

Tampoco ejercemos este santo ejercicio por la verdad que el Espíritu revela en nosotros, sino por su presencia permanente en nuestro interior. Él pone los deseos en nuestro corazón, alimentándolos e inflamándolos con su propia llama. Nosotros no hacemos más que dar expresión y voz a sus gemidos indecibles. Nuestras oraciones son tomadas por Él, quien las santifica y llena de energía por medio de su intercesión. Oramos por medio de Él, a través de Él y en Él.

Y cuando el Espíritu Santo nos ayuda en nuestras oraciones, siempre oramos de acuerdo a la voluntad de Dios, pues ésta es la única forma en que Él ora a través de nosotros. Así, si nuestras oraciones no están de acuerdo con la voluntad de Dios, acabarán muriendo frente a la presencia del Espíritu Santo, ya que Éste no da energía ni ayuda a tal clase de oraciones.

Pablo dice que hemos de orar "con toda oración y súplica en el Espíritu" (Ef. 6:18). Pero antes que todo y sobre todo, nuestra oración debe ser elevada en el Nombre de Cristo; lo cual incluye el poder de su sangre, la energía de su intercesión y la plenitud del Señor Jesucristo entronado:

"... para que todo lo que pidieréis al Padre en mi Nombre, Él os lo dé" (Jn. 15:16).

El Espíritu Santo nos enseña e ilustra también sobre lo que es la intercesión. Nosotros debemos de orar en el Espíritu. Él es quien despliega la Palabra ante nosotros, y nos capacita para el gran oficio de intercesores en este mundo, en armonía con las grandes intercesiones del Señor Jesucristo.

La Escritura nos recuerda que el Espíritu Santo nos ayuda en nuestras debilidades y que, puesto que la intercesión es una obra tan divina y de una naturaleza tan elevada, el Espíritu nos enseña cómo efectuarla debidamente. ¡Cuán profundamente siente el Espíritu el pecado

del mundo y cuánta consideración muestra hacia la humanidad perdida! Él nos inspira a interceder por las almas en oscuridad, por los oprimidos, los que llevan pesada carga y los afligidos. Sí, el Espíritu Santo nos ayuda de muchas maneras. ¡Cuán intensas deberían ser las intercesiones de los santos que suplican en el espíritu! ¡Y qué vanas, engañosas e ineficaces son las oraciones sin el Espíritu!

Es decir,
oraciones
intercesoras...

14

**Los dos consoladores
y los dos abogados**

Tenemos dos
ayudadores
en la oración
que son
Intercesores
nuestros:
Cristo y
el Espíritu
Santo.

Si se nos preguntase de quién es Consolador el Espíritu Santo, nosotros responderíamos: "Nuestro". Pero la respuesta no sería tan rápida si se nos preguntara de quién es Abogado. El Espíritu es el Abogado de Cristo, no el nuestro. Él toma el lugar de Cristo, la causa de Él; es su Nombre el que vindica y su Reino el que administra...

SAMUEL CHADWICK

El hecho de que el hombre tenga dos Consoladores, Abogados y Ayudadores divinos declara la afluencia de las provisiones de Dios en el Evangelio y también el firme propósito de Dios en ejecutar su obra de salvación con eficacia. Muchas son las debilidades y necesidades del hombre en este peregrinaje hacia los Cielos; por lo cual el Señor debe salir a nuestro encuentro con su multiforme sabiduría.

La afluencia de la provisión divina de dos Intercesores para ejecutar el plan de salvación encuentra su contraparte en la naturaleza ilimitada de la promesa en cuanto a la oración, la cual comprende todas las cosas, ya sean grandes o pequeñas:

"Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá" (Mr. 11:24).

Tenemos todas las cosas en Cristo, en el Espíritu Santo y en la oración. ¡Cuánta riqueza poseemos en el plan y los propósitos de Dios al tener estos dos Intercesores! El uno, ascendido a los Cielos y entronado allí para interceder en nuestro beneficio; el otro, su Representante en la Tierra, para obrar en nosotros y hacer intercesión a nuestro favor. El primero fue una Persona humana. El otro, el Espíritu Santo, es también una Persona, pero sin haber sido revestido de carne ni haber estado sujeto a limitaciones humanas. El primer Intercesor, Cristo, fue transitorio y local. El otro intercesor no está limitado al tiempo ni al espacio; no trata con lo material, lo sensible, lo carnal, sino que entra en forma personal dentro del misterioso domi-

nio del espíritu, para emancipar ese oscuro reino y hacerlo libre y hermoso. El primer Intercesor dejó lugar para que el segundo pudiera entrenarnos dentro de los profundos misterios de Dios; para que todo lo histórico y físico pudiera ser transmutado en el oro puro de lo espiritual. El primer Intercesor nos dio una figura de lo que nosotros deberíamos ser. El segundo Intercesor calcó esta perfecta imagen en nuestros corazones... Cristo, al igual que David, reunió el material para construir el templo y el Espíritu Santo formó el glorioso templo de Dios a partir de este material.

Las posibilidades de la oración son, pues, las posibilidades de estos dos Intercesores divinos. ¿Dónde están entonces las limitaciones cuando el Espíritu Santo intercede por nosotros con gemidos indecibles, cuando nos ayuda a orar de acuerdo a la voluntad de Dios y a pedir las cosas en la misma manera en que Dios desea que las pidamos? ¿Cuán ilimitadas son las posibilidades de la oración cuando somos llenos de la plenitud de Dios!

Si la intercesión de Moisés salvó a Israel a través de su maravillosa historia y destino, ¿qué no será lo que podrá asegurarnos nuestro Intercesor, quien es mucho más grande que Moisés? Todo lo que Dios tiene está abierto para Cristo a través de la oración y todo lo que es de Cristo es, de la misma manera, nuestro, a través de ese santo ejercicio. Si tenemos a ambos Intercesores cubriendo todo el Reino del bien, del poder, la pureza y la gloria, ya sea en el Cielo o en la Tierra, ¿por qué es que buscamos conocer a Cristo en su carne como los discípulos le conocieron? ¿Por qué es que la poderosa labor de estos dos Intercesores todopoderosos nos encuentra tan vacíos del fruto Celestial, tan bajos de nivel espiritual en nuestra vida y tan pobres en nuestra conformación a la imagen de Cristo? ¿No es porque nuestras oraciones pidiendo la plenitud del Espíritu Santo son escasas y débiles?

El Cristo de los Cielos sólo puede venir a nosotros en la plenitud de su belleza y poder cuando hemos recibido la plenitud del Espíritu Santo. Si vivimos una vida de oración, respirando constantemente su espíritu, y orando siempre en el Espíritu Santo, el Cristo de los Cielos vendrá a ser nuestro en una forma más íntima, en un amor más profundo y en una comunión más estrecha de lo que fue para sus discípulos en los días de su carne.

Cristo nos
dio ejemplo
con su vida
y el Espíritu
Santo
inculca ese
ejemplo
dentro de
nuestros
corazones.

El Espíritu Santo aquí en la Tierra es quien nos hace conocer al Padre y al Hijo, hasta que lleguemos al Cielo y podamos verlos cara a cara, en su plenitud.

Cuando lleguemos al Cielo, entonces podremos conocer plenamente a nuestro Señor; pero mientras estemos en su obra y ministerio aquí en la Tierra, podemos conocer, mediante el Espíritu, a Cristo y al Padre mucho mejor de lo que les hubiésemos conocido en los días en que Jesús andaba físicamente por esta Tierra. Así que para aquellos hijos obedientes que están llenos del Espíritu, tanto el Padre como el Hijo vendrán y harán morada en ellos. ¡Asombrosa unidad y armonía forjada por el poder del Espíritu Santo!

Sí, por medio del Espíritu Santo conocemos el amor de Dios que sobrepuja todo entendimiento. Más aún, Dios nos dará mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, de acuerdo al poder del Espíritu Santo que obra en nosotros.

Recordemos que la presencia y el poder del Espíritu Santo hizo más que compensar a los discípulos por la pérdida de Cristo; su ida al Padre había llenado sus corazones de pena. La soledad y el temor se habían apoderado de sus corazones, pero Él les reconfortó diciéndoles que el Espíritu Santo les haría pronto olvidar toda esa tristeza, llenándolos de gozo sin par:

“De cierto, de cierto, os digo, que vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará; pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo” (Jn. 16:20).

15

La oración y la dispensación del Espíritu Santo

Entre los partos, existía la costumbre de que nadie diera comida a sus hijos por la mañana hasta que viera el sudor en sus rostros. Encontrarás que es la táctica de Dios el no dar a sus hijos los privilegios de sus delicias y riquezas hasta que comiencen a sudar en la búsqueda tras ellos.

RICHARD BAXTER

La dispensación del Espíritu Santo fue introducida por medio de la oración:

“Y entrados, subieron al aposento alto, donde moraban Pedro y Jacobo, Juan, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Jacobo hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas hermano de Jacobo. Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María, la madre de Jesús, y con sus hermanos” (Hch. 1:13 y 14).

Ésta fue la actitud que asumieron los discípulos después de que el Señor Jesús hubo ascendido a los Cielos. Aquella reunión de oración se introdujo en la dispensación del Espíritu Santo, a la cual los profetas habían visto en visión. Y esta dispensación, la cual tenía la comisión de propagar el Evangelio, fue una dispensación claramente marcada por la oración.

Los apóstoles conocían bien los privilegios de la oración y estaban muy conscientes de todo aquello que pudiera estorbarles en la oración y el ministerio de la Palabra. El orar ocupaba el primer lugar en sus vidas. La Palabra misma depende de la oración para que pueda correr libremente y ser glorificada. Por eso, los grandes predicadores de entre los apóstoles eran primeramente grandes hombres de oración. La oración da entrada, cuerpo y peso a la Palabra. Los sermones concebidos y saturados por medio de la oración son sermones llenos de poder. Hay mensajes que están llenos de bellos pensamientos, salpicados con brillantes gemas de genio y buen gusto, agradables y populares, pero si no tienen su origen y nacimiento en la oración, son vacíos e inútiles para el uso que Dios desea darles.

La dispensación del Espíritu Santo, como respuesta a las oraciones de los apóstoles, vino para capacitarles en el ministerio de la Palabra y del Evangelio.

La oración, pues, es el requisito principal para que el Evangelio pueda ser transmitido con éxito. De ahí que, en su importancia, debiéramos pedir importunamente ser llenos del Espíritu Santo.

El Señor de la cosecha envía a sus obreros, perfectos en cantidad y calidad, en respuesta a la oración. No se necesita tener visión profética para declarar con toda seguridad que si la Iglesia hubiera hecho uso de la oración en la forma debida, la luz del Evangelio hubiera dado ya varias veces la vuelta al mundo.

Y es que el Evangelio de Dios depende más de la oración que de cualquier otra cosa para su éxito en este mundo. Una iglesia que ore «sin cesar» será una iglesia rica y fuerte, aunque pueda padecer pobreza en otros aspectos. En cambio, una Iglesia que no cultive este santo ejercicio, aunque muy rica financieramente, será débil y pobre dentro de su mismo seno. Sólo aquellos corazones que oran pueden construir el Reino de Dios y solamente las manos que oran pueden poner la corona sobre la cabeza del Salvador.

El Espíritu Santo es el Sustituto divino señalado por el Señor Jesús en su forma personal y humana. ¡Cuánto significa Él para nosotros! ¡Cuánto cuidado deberíamos tener y cuántos anhelos de ser llenados por Él, vivir en Él, andar en Él y ser totalmente guiados por Él! ¡Cómo deberíamos sanar y conservar esa brillante llama de fuego consumidor y tener cuidado de no permitir que se apague! ¡Qué tiernos y sensibles deberíamos ser para no contristar su naturaleza amorosa y sensible! ¡Cuán atentos y obedientes para nunca resistir sus impulsos divinos, escuchar su voz y hacer siempre su santa voluntad! ¡Cómo podrá lograrse todo esto si no es por medio de la oración persistente y constante?

La viuda importuna tenía una gran causa para ganar contra el abandono, la desesperación y la injusticia, pero ella consiguió la victoria por medio de la oración importuna. Tenemos este gran tesoro para preservar y acrecentar, pero también tenemos una Persona divina para ayudarnos en todo. Sólo seremos capaces de salir al encuentro de nuestros deberes por medio de la abundante oración. Sí, la oración es el único elemento en el cual el Espíritu Santo puede vivir y obrar. Es la cadena de oro que hace el eslabón entre Él y su Obra en nosotros.

Todo depende de tener la plenitud del Consolador y saber mantenerla y preservarla. En la época de los discípulos, el Pentecostés vino como consecuencia de la oración y se mantuvo porque ellos se dieron de continuo a

este santo ejercicio. La oración persistente y fervorosa es, pues, el precio que tenemos que pagar para conseguir un "Pentecostés" en nuestros días. En el espíritu de la oración es donde tenemos la absoluta seguridad de poder y la pureza pentecostal.

Pero no sólo la operación múltiple del Espíritu Santo en nosotros y por nosotros debe enseñarnos la necesidad de orar para buscar más de su Persona, sino que su condición junto con nuestra oración asume otra actitud, y ésta es la de una dependencia mutua, la de acción y reacción. Cuanto más oramos, más nos ayuda. Sin embargo, no sólo hemos de orar y esperar para recibir su plenitud, sino que después de ello, hemos de continuar siendo derramados sobre nosotros. Pablo oraba por los efesios de esta manera:

"Para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu" (Ef. 3:16).

También hemos de recordar que el apóstol oró "para que habitase Cristo por la fe en nuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, fuéramos plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seamos llenos de toda la plenitud de Dios" (Ef. 3:17-19).

En esta maravillosa oración por aquellos cristianos, Pablo busca las profundidades e ilimitados propósitos y beneficios del plan de Dios por medio de la presencia y obra del Espíritu Santo. Sólo la oración importuna e invencible puede asegurarnos estos resultados llenos de gracia. Epafras era uno de los cristianos que daba su debido lugar e importancia a la oración:

"Os saluda Epafras, el cual es uno de vosotros, siervo de Cristo, siempre rogando encarecidamente por vosotros en sus oraciones, para que estéis firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere" (Col. 4:12).

La Palabra de Dios da una poderosa provisión para aquellos espíritus gozosos en los cuales el Espíritu mora. Es por eso que nuestro Señor nos dice en Juan 7:38:

"El que cree en Mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva".

Es, de hecho, el Espíritu Santo el primero que nos señala la necesidad que tenemos de orar pidiendo la plenitud de su presencia en nosotros. Luego, nosotros pedimos en nuestras oraciones ser llenos de su poder, y así recíprocamente.

El Espíritu Santo es también el encargado de que nos apropiemos de las promesas de Dios y las hagamos nuestras.

Esta promesa está conectada con el morar y el fluir del Espíritu Santo en nosotros, quien fructifica y da vida constantemente como un santo río de aguas salutíferas.

¡Cuánto necesita Dios, la Iglesia y toda la humanidad de este torrente de aguas vivas! Pero, ¡cuán pobre es nuestro caudal de riqueza espiritual! ¡Cuánto necesita Dios, el mundo y la Iglesia del poderoso fluir espiritual! Más bendito que el largo Nilo, más profundo y caudaloso que el Amazonas... Y, sin embargo, ¡cuán débil y pobre es nuestro caudal en el espíritu!

Necesitamos el gran poder de Dios que pueda silenciar al enemigo, fortalecer a los santos débiles y llenarnos de las victorias del Señor.

¡Oh, si la Iglesia pudiera esparcir por doquier el testimonio del poder del Espíritu!

Nosotros, el mundo de nuestra época y nuestra Iglesia necesitan del poder de Dios, el único poder capaz de silenciar al enemigo, de fortalecer a los santos más débiles, y de otorgar las más esplendorosas victorias.

Una mirada a algunas otras promesas divinas en cuanto a este tema vital nos hará ver cuán urgentemente estas promesas necesitan ser proyectadas dentro de la vida práctica:

“El que quiera hacer la voluntad de Dios conocerá si la doctrina es de Dios, o si Yo hablo por mi propia cuenta” (Jn. 7:17).

Sí, necesitamos una fe plenamente consciente, formada por el Espíritu, el cual da testimonio de que somos hijos de Dios:

“Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo” (Jn. 9:25).

Necesitamos hombres y mujeres que, en estos días de desorientación, puedan verificar con sus vidas las promesas de Cristo con una conciencia viva y despierta. Lamentablemente, hoy día abundan en nuestras iglesias personas que tienen una esperanza apenas palpable, tangible y estable. Ciertamente, en estos días hay una gran necesidad dentro de la Iglesia moderna de que los cristianos estén seguros de la bendita experiencia de que han nacido de nuevo en la Presencia del Espíritu Santo, teniendo la firme seguridad de que sus pecados son perdonados y de que son adoptados dentro de la familia de Dios.

Pero, sobre todo, hay una necesidad adicional a esta conciencia del perdón de los pecados, y es la de la recepción de la plenitud del Espíritu, purificando nuestros corazones por la fe, perfeccionándolos en amor, venciendo al mundo y derramando un divino poder interior capaz de vencer todo pecado, interno o externo, y de dar valor para la realización de toda obra y servicio en la Iglesia y en el mundo.

Y es que en estos tiempos hay un temible agnosticismo que prevalece dentro de la Iglesia... Es de temer que una vasta mayoría de nuestros hermanos estén ahora en esta escuela de agnosticismo espiritual; y lo peor de todo es que se conformen con su posición. La Palabra de Dios no apoya en ninguna manera una experiencia religiosa tibia y vaga. Al contrario, nos llama definitivamente al campo del conocimiento y corona nuestra religión con la corona del «yo sé». Esto es, nos hace pasar de la oscuridad del pecado y la duda a la luz maravillosa, donde podemos ver y conocer claramente nuestra relación con Dios.

*“Las cosas desconocidas a los débiles sentidos invisibles,
por vedarlo su deslumbradora luz,
delatan su mismo origen de modo incontrovertible;
proceden de las alturas, do reina en gloria Jesús”.*

Podemos añadir dos cosas al concluir esta parte de nuestro estudio: primero, que esta clase de religión pura y bíblica viene directamente a través del oficio del Espíritu Santo en su trato personal con cada alma; y en segundo lugar, que el Espíritu Santo, en todos sus oficios pertenecientes a la vida espiritual y a la experiencia religiosa, nos es asegurado por la oración ferviente, definida y constante.

Finalmente, el Espíritu Santo es quien hace que vivamos una religión pura y no tibia.

LIBRO II
EL PROPÓSITO DE LA ORACIÓN

Dios modela el mundo a través de la oración

Debemos darnos a Dios en lo que concierne a las cosas espirituales y a las materiales, y buscar nuestra propia satisfacción solamente en el cumplimiento de su voluntad; ya sea que Él nos guíe por medio del sufrimiento, o por la consolación, pues tanto lo uno como lo otro será igual para el alma verdaderamente resignada. La oración no es ni más ni menos que un permanente sentido de la presencia de Dios.

HERMANO LAWRENCE

Las oraciones sobreviven a las vidas de aquellos que las dijeron; sobreviven a una generación, a una edad y a un mundo.

Cuanta más oración haya en el mundo, mejor será éste, y las fuerzas contra el mal que rodean la Tierra serán más potentes y eficaces. La oración, en una de sus múltiples facetas, ejerce un poder antiséptico y preventivo. Purifica el ambiente, destruyendo el mal tan contagioso. No es algo dudoso y sin importancia. No es una voz apagada y débil, en medio del tumulto del gran universo, que apenas pueda ser escuchada; sino que es una voz potente que va directamente al oído de Dios (porque el oído de Dios está siempre abierto a las oraciones santas y a las cosas santas). Sí, Dios moldea a este mundo mediante la oración.

Las oraciones son imperecederas. Los labios que las pronunciaron pueden quedar silenciados por la muerte, el corazón de donde brotaron puede haber dejado de latir; pero las oraciones viven ante Dios, cuyo corazón está puesto en ellas. Y es que las oraciones sobreviven a las vidas de aquellos que las dijeron; sobreviven a una generación, a una edad y a un mundo.

El hombre más inmortal es, pues, aquel que ha hecho las mejores oraciones y que ha tenido una vida de oración más intensa. Gracias a ello, cualquier persona puede orar mejor a causa de las oraciones del pasado y vivir más santamente por la misma causa. Porque aquel que ora de verdad está haciendo el favor más grande a la generación venidera...

Y los hombres deben orar y orar por el avance de la causa de Dios; ya que la oración mueve el potente brazo de Dios en el mundo.

En efecto, las oraciones de los santos fortalecen a la generación naciente contra las olas devastadoras del pecado y la maldad. Desdichada la generación que encuentra sus incensarios vacíos del rico incienso de la oración –cuyos padres han estado demasiado ocupados o demasiado descreídos para orar–, pues su herencia está plagada de peligros y funestas consecuencias. Dichosos, por contra, todos aquellos cuyos padres y madres les han legado la herencia y el patrimonio de la oración.

Las oraciones de los santos de Dios son el capital consolidado en el Cielo por medio del cual Cristo lleva a cabo su gran tarea sobre la Tierra. Los grandes movimientos espirituales de la Tierra son el resultado de esas oraciones. La Tierra cambia, los ángeles se mueven más rápida y poderosamente y el plan de acción de Dios se modela a medida que las oraciones son más numerosas y más eficientes.

Es bien cierto que los mayores éxitos para la causa de Dios son creados y llevados a cabo por medio de la oración. El día en que se manifieste el gran poder de Dios, angélico de actividad y poder, será cuando la Iglesia de Dios posea una tremenda y poderosa herencia de fe y oración. Los días de las grandes conquistas para el Señor son aquellos en que los santos se dedican a orar con poder. Pues cuando la casa de Dios en la Tierra es una casa de oración, la casa de Dios en los Cielos está ocupada en sus planes y movimientos; entonces, los ejércitos espirituales destinados a la Tierra son revestidos con armaduras de triunfo y victoria y sus enemigos son completamente derrotados.

Así, Dios condiciona la misma vida y prosperidad de su causa a la oración. Esta condición fue impuesta como base de la causa de Dios en esta Tierra. “Pídeme” es la condición que Dios pone en el mismo avance y triunfo de su causa.

Y los hombres deben orar y orar por el avance de la causa de Dios; ya que la oración mueve el potente brazo de Dios en el mundo. Para un hombre que ora, Dios se manifiesta como una fortaleza; para una iglesia que ora, Dios se manifiesta como un poder glorioso.

El salmo 2 es la descripción divina del establecimiento de la causa de Dios a través de Jesucristo:

“Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: *Mi Hijo eres Tú; Yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la Tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás*” (Sal. 2:7-9).

Dios declara allí el entronamiento de su Hijo. Las naciones están encendidas con amargo odio contra su causa; pero la Escritura dice que el Padre se ríe de estos hombres.

“Pídeme” es la condición impuesta a un pueblo obediente y con fuerza de voluntad. Amparados en esta promesa, hombres y mujeres de la antigüedad rendían sus vidas a Dios. Oraban, y el Padre contestaba sus oraciones y la causa de Dios se mantenía viva en el mundo por medio de la llama constante de sus oraciones.

La oración es una condición de carácter único para movilizar el Reino del Hijo:

“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá” (Mt. 7:7).

El más fuerte en el Reino de Dios es el que más golpea las puertas de los Cielos. El secreto del éxito en el Reino de Cristo radica, por consiguiente, en la habilidad de orar.

Esto es, el que puede empuñar el poder de la oración, ése es el más fuerte.

En definitiva, la lección más importante que podemos aprender es cómo orar. Pues la oración es la llave maestra de la vida más santificada, y del más santo ministerio. El que está más entrenado en la oración es el que puede hacer más para Dios. Así fue cómo Jesucristo ejerció su ministerio...

El más fuerte en el Reino de Dios es el que más golpea las puertas de los Cielos. El secreto del éxito en el Reino de Cristo radica, por consiguiente, en la habilidad de orar.

2

La oración y los propósitos de Dios

Las posibilidades y la necesidad de la oración, su poder y resultados se manifiestan en detener y cambiar los propósitos de Dios y en poner en acción el impacto de su poder.

La potencia de la oración ha superado a la fuerza y poder del fuego; ha cerrado bocas de leones, trastocado reinos, extinguido guerras, expulsado demonios, roto las cadenas de la muerte, ensanchado las puertas de los Cielos, curado enfermedades, repelido fraudes, rescatado ciudades de la destrucción, detenido al sol en su sitio y parado el poder del trueno. La oración es una armadura poderosa, un tesoro inconmensurable, una mina que nunca se agota, un Cielo en el cual no existen nubes, ni se oye el sonido de la tormenta. Es la raíz, la fuente, la madre de un millar de bendiciones.

CRYSOSTOMO

Las posibilidades y la necesidad de la oración, su poder y resultados se manifiestan en detener y cambiar los propósitos de Dios y en poner en acción el impacto de su poder. Observemos el caso de Abimelec, cuyo enamoramiento de Sara había afligido a Abraham y traído un castigo a la casa del soberano de Egipto:

“Entonces Abraham oró a Dios; y Dios sano a Abimelec y a su mujer, y a sus siervas, y tuvieron hijos. Porque Jehová había cerrado completamente toda matriz de la casa de Abimelec, a causa de Sara, mujer de Abraham” (Gn. 20:17 y 18).

Igualmente, los consoladores molestos y equivocados de Job se habían comportado de forma tal en sus controversias con éste, que la ira de Dios se encendió contra ellos:

“Mi siervo Job orará por vosotros –dijo Dios–, porque de cierto a él atenderé” (Job 42:8).

Y dice la Escritura que “quitó Jehová la aflicción de Job, cuan o hubo orado por sus amigos” (Job 42:10).

También, Jonás estaba en una horrible situación cuando “Jehová hizo levantar un gran viento en el mar y hubo una tempestad tan grande que se pensó que se partiría la nave”. Entonces, las suertes fueron echadas y “cayó sobre Jonás”, el cual fue tirado al mar; pero “Jehová tenía preparado un gran pez que tragase a Jonás [...]

Entonces oró Jonás a Jehová su Dios desde el vientre del pez [...] Y mandó Jehová al pez, y vomitó a Jonás en tierra” (Jon. 1:17; 2:1, 10).

Así, vemos cómo cuando el profeta desobediente elevó su voz en oración, Dios le escuchó y le liberó.

Faraón era un creyente firme en cuanto a las posibilidades de la oración y su capacidad para dar alivio, pues, tambaleándose bajo las maldiciones de Dios, rogó a Moisés que intercediera por él. Cuatro veces fue presentada esta petición a Moisés, y cuatro veces la oración hizo cesar las calamidades y las plagas en la tierra de Egipto.

Otro ejemplo lo observamos en el caso de blasfemia e idolatría que cometió el pueblo de Israel cuando obligó a Aarón a hacer un becerro de oro y todos le adoraron. Esto constituyó, sin duda, un pecado criminal a los ojos de Dios; hasta tal punto que declaró que destruiría a todos ellos:

“Déjame que los destruya, y borre su nombre de debajo del cielo, y Yo te pondré sobre una nación fuerte y mucho más numerosa que ellos” (Dt. 9:14).

Pero Moisés oró, y se mantuvo orando durante cuarenta días, con ayuno incluido; no sólo por todo el pueblo de Israel, sino también por su propio hermano Aarón, quien se había comportado como un cobarde y miserable.

Asimismo, en cuarenta días Nínive sería destruida. Ese era el propósito de Dios; pero Nínive oró, se cubrió con cenizas y silicio y desde su terrible condición clamó al Dios Todopoderoso...

“Y vio Dios lo que hicieron, que se convirtieron de su mal camino; y se arrepintió del mal que había dicho que les haría, y no lo hizo” (Jon. 3:10).

También trágico fue el mensaje que Dios envió a Ezequías:

“Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás” (Is. 38:1).

Pero Ezequías volvió su rostro a la pared y oró al Señor diciendo:

“Te ruego, oh Jehová, te ruego que hagas memoria de que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y que he hecho las cosas que te agradan” (Is. 38:3).

Y Ezequías lloró con amargura. Dios entonces le dijo a Isaías:

“Vuelve, y di a Ezequías, príncipe de mi pueblo: Así dice Jehová, el Dios de David tu padre: Yo he oído tu oración,

Estos hombres sabían que Dios oía y contestaba; que su oído está siempre abierto y atento a la voz de sus hijos, y que el poder de hacer lo que le habían pedido estaba unido a su voluntad de hacerlo.

Las épocas
marcadas por
grandes hijos
de Dios,
como Moisés,
Esdras,
Daniel,
Elías, Ana
y Samuel,
hoy no
vuelven a
repetirse;
más bien,
el círculo
parece
cerrarse.
No hay
supervivientes,
ninguno que
haya sido
capaz de
imitar su
devoción
a Dios;
nadie en
preservar
el papel de
los escogidos.

y he visto tus lágrimas; he aquí que Yo te sano; al tercer día subirás a la casa de Jehová. Y añadiré a tus días quince años” (Is. 38:5).

Estos hombres sabían que Dios oía y contestaba; que su oído está siempre abierto y atento a la voz de sus hijos, y que el poder de hacer lo que le habían pedido estaba unido a su voluntad de hacerlo.

Así también, todo es posible para los hombres y las mujeres que hoy se arrepienten, se arrodillan, oran y saben cómo hacerlo. La oración, ciertamente abre la puerta a los inconmensurables tesoros de los Cielos, y no hay cosa buena que nuestro Padre retenga en su mano. La oración introduce a aquellos que la practican dentro de un mundo de privilegio y hace descender la fortaleza y el bienestar de los Cielos en las manos de los seres humanos. ¡Cuán rico y maravilloso poder han tenido aquellos que aprendieron el secreto del acercamiento victorioso a Dios!

Sin embargo, y por extraño que parezca, a pesar de que contemplamos estas maravillas de las cuales los antiguos fueron testigos, existe hoy día una absoluta negligencia con respecto a la oración. La confianza y el refugio en Dios, que tantas veces había sembrado pánico y terror en los corazones de los enemigos, ha perdido actualmente su fuerza. La gente apóstata y reincidente se ha alejado del hábito de la oración, si es que alguna vez oraron en verdad. Lo que impera es la oración fría y sin vida del fariseo, sin un verdadero acercamiento a Dios.

Y debido a este método formal de orar, la adoración se ha convertido en una parodia de su propósito real. Las épocas marcadas por grandes hijos de Dios, como Moisés, Esdras, Daniel, Elías, Ana y Samuel, hoy no vuelven a repetirse; más bien, el círculo parece cerrarse. No hay supervivientes, ninguno que haya sido capaz de imitar su devoción a Dios; nadie en preservar el papel de los escogidos.

¿Ha sido, pues, en vano el ofrecimiento divino? Vuelven sus rostros a dioses paganos, buscando respuestas que nunca vendrán. Así se hundén en un estado lastimoso, donde han perdido su objetivo en la vida, dado que los lazos con el Altísimo han sido rotos. ¿Y cómo les ha ocurrido esto? Sencillamente, porque su tiempo de oración ha sido olvidado y ya no saben cómo orar.

¡Qué contraste con los logros que iluminaron las páginas de las Santas Escrituras! El poder dado a través de Elías y Eliseo en contestación a la oración alcanzó su eficacia hasta en la misma tumba. En ambos casos un joven fue levantado de la muerte y el poder del hambre fue deshecho. Y es que «la oración eficaz del justo puede mucho...» (Stg. 5:16).

Elías, por ejemplo, era un hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras. Él oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la Tierra durante tres años y seis meses. Otra vez oró, y el Cielo dio lluvia y la tierra produjo su fruto.

¡Cuán amplia es la provisión de la gracia al orar! Estos hombres oraron maravillosamente. ¿Por qué, entonces, la oración no ha salvado el tiempo presente de caer en el resquebrajamiento moral y en la muerte? ¿No ha sido acaso porque perdimos el fuego sin el cual la oración degenera en un hábito débil e ineficaz? Preparar el incienso lleva tiempo y cuidado; o lo que es lo mismo: la oración no es trabajo para ociosos. Cuando todas las gracias sazonadas del cuerpo que ora han sido refinadas y mezcladas mediante el trabajo y el palpitar constante, el fuego está listo para liberar el incienso y hacer que su fragancia se eleve al trono de Dios. El fuego que consume crea el espíritu y la vida del incienso. Mientras que, sin fuego, la oración no tiene valor; viene a ser como especia sin perfume, putrefacta.

La oración casual e inconstante nunca puede ser envuelta en este fuego divino. El hombre que ora de veras se sostiene firme dependiendo de Dios con el propósito de no dejarle ir hasta que venga la bendición: “Orad sin cesar”, aconsejó el gran apóstol. “Puedes hacer algo más, además de orar, después de que hayas ya orado —decía el Dr. Adoniram Judson Gordon—, pero no puedes hacer otra cosa que orar hasta que hayas orado”. Así, la historia de los logros y éxitos de cada gran cristiano es la historia de la oración contestada.

“El mejor y más grande talento que Dios da a cualquier hombre o mujer en este mundo es el talento de orar... —escribió Alexander White—. Y el mejor logro que cualquier hombre o mujer traerá de vuelta a Dios, cuando Él venga para examinar las cuentas de la vida en el fin del

Así,
la historia
de los logros
y éxitos de
cada gran
cristiano es
la historia
de la oración
contestada.

mundo será una vida de oración. Los mejores siervos que han hecho las mejores inversiones han sido aquellos que han ido tras la búsqueda de nuevos métodos o formas para orar de manera fructífera y activa, hasta haber llegado a orar sin cesar y conseguido nuevas metas y nuevas riquezas”.

Martín Lutero fue en una ocasión interrogado sobre cuáles eran sus planes para el día siguiente, a lo que contestó:

“Trabajar, trabajar desde temprano hasta tarde. De hecho, tengo tanto que hacer que voy a dedicar las tres primeras horas del día en oración”.

Oliver Cromwell era otro hombre de Dios que pasó mucho tiempo sobre sus rodillas. En una ocasión estaba mirando las estatuas de hombres famosos, cuando se volvió a un amigo y dijo:

“Haz la mía de rodillas, puesto que así pienso entrar en la gloria”.

3

Más y mejor oración, el secreto del éxito

Mi credo me guía a creer que la oración es eficaz, y seguramente no está perdido el día que se emplea en orar y pedir a Dios que encamine todas las cosas que tratamos. Todavía predomina el pensamiento de que cuando un hombre está orando no está haciendo nada, y este sentimiento hace que menoscabemos la importancia de la oración, a veces practicándola apresuradamente y otras veces abandonando o descuidándola del todo. ¿No estamos acaso descansando demasiado en la carne en nuestros días? ¿No pueden hacerse ahora las maravillas del pasado? ¿No están acaso los ojos del Señor recorriendo la Tierra para mostrarse poderoso con aquellos que están dispuestos a poner su confianza en Él? ¡Oh, que el Señor me dé una fe más práctica en Él! ¿Dónde está el Dios de Elías? Está esperando para que un Elías clame a Él.

JAMES GILMOUR DE MONGOLIA

El acceso del hombre hacia Dios hace todo posible y convierte su empobrecimiento en su riqueza. Todas las cosas son tuyas por medio de la oración: el bien y la gloria, todas las cosas, son de Cristo.

El gran secreto para una victoria segura es más y mejor tiempo dedicado a la oración. Más tiempo empleado en orar, más preparación para encontrarse con Dios, para tener comunión con Él a través de Jesucristo; esto contiene en sí el secreto de toda vida de éxito: a saber, nuestra relación filial con nuestro Padre Dios...

“Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la Tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás” (Sal. 2: 8 y 9).

Los hombres deben estar orando continuamente. “Mi casa es casa de oración” (Lc. 19:46), dijo Jesús. Debemos prepararnos para orar, para ser como Cristo; para orar como el Señor. El acceso del hombre hacia Dios hace todo posible y convierte su empobrecimiento en su riqueza. Todas las cosas son tuyas por medio de la oración: el bien y la gloria, todas las cosas, son de Cristo.

A medida que la luz crece y vemos a los profetas de la restauración, el registro divino parece aumentarse:

En la invitación "Pídeme" queda implicada la seguridad de una contestación; el grito de victoria está allí y puede ser percibido por el oído atento.

"Así dice Jehová, el Santo de Israel y su Formador: *Preguntadme de las cosas por venir; mandadme acerca de mis hijos, y acerca de la obra de mis manos. Yo hice la Tierra y creé sobre ella al hombre. Yo, mis manos, extendieron los Cielos, y a todo su ejército mandé*" (Is. 45:12).

Se le dice al hombre que pida a Dios con toda autoridad y poder en las demandas del reino terrenal. El Cielo, con sus riquezas ilimitadas, ha de llevar a cabo los gloriosos propósitos finales de Dios.

¿Por qué, pues, es tan largo el tiempo de clamor por todas estas bendiciones para el hombre? ¿Por qué el pecado reina durante tanto tiempo? ¿Por qué tardan tanto en cumplirse las promesas del Pacto? El pecado reina, Satanás reina, la vida de tantos se gasta en suspirar y llorar... ¿Por qué sucede todo esto? Sin duda, porque no hemos orado bastante para traer a la maldad un fin; no hemos orado como hubiéramos debido hacerlo. No hemos llenado las condiciones para la oración en forma satisfactoria. No nos hemos apoyado en la oración. No hemos hecho de la oración la única condición. Ha habido violación de la condición primaria en cuanto a la oración. No hemos orado con acierto. O sea, nuestro orar ha sido prácticamente nulo.

✓ Dios está deseoso de dar, pero nosotros somos lentos para pedir. En la invitación "Pídeme" queda implicada la seguridad de una contestación; el grito de victoria está allí y puede ser percibido por el oído atento. El Padre tiene el poder y la autoridad en sus manos. ¡Cuán fácil es la condición! Y así y todo, ¡qué lentos somos en cumplir las condiciones! Las naciones están bajo ataduras y opresión, los lugares remotos de la Tierra están todavía sin alcanzar. La Tierra gime; el mundo está atado y Satanás y la maldad están blandiendo sus armas.

El Padre se detiene en su actitud de dar, y esa petición a Dios el Padre inspira todos los movimientos. De hecho, el Evangelio, que es divinamente inspirado, contiene la esencia de la oración: "Pídeme" está detrás de todos sus movimientos. Asimismo, en la gracia del Cristo entronado está el juramento del pacto del Padre:

"Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la Tierra" (Sal. 2:8).

Que los hombres oren en todo lugar. Pues las oraciones de hombres santos siempre suben a la presencia de

Dios como fragancia del más rico incienso. Y Dios, de muchas maneras, nos está hablando, declarando su riqueza y mostrándonos nuestra pobreza. Él es el Hacedor de todas las cosas. Suyas son las riquezas y la gloria...

Sí, con la ayuda de Dios podemos hacer cualquier cosa... Podemos tener toda su ayuda con tan sólo pedir. Esto no es un producto de la imaginación, ni un sueño ideal o una vana fantasía.

El Evangelio, en su éxito y poder, depende de nuestra habilidad para orar. Las dispensaciones de Dios dependen de la habilidad de orar del hombre. Y la vida de la Iglesia, que es la vida más alta y suprema, tiene la tarea de orar; ésta es su ocupación más alta y su norma más suprema. Porque la Iglesia viviente tiene una energía de fe suficiente como para tomar por herencia las fuerzas de un pasado de oración y hacerlas inmortales...

Pero no toda oración es oración real. El poder y la fuerza conquistadora en la causa de Dios es Dios mismo:

"Clama a Mí, y te responderé, y te enseñaré cosas grandes y dificultosas que tú no sabes" (Jer. 33:3).

Ésta es la "carta blanca" de Dios. La oración coloca a Dios en una posición de actividad dentro de su misma obra. La fe sólo es omnipotente cuando está sobre las rodillas, y cuando las manos extendidas se alzan a Dios; cuando va hacia la plenitud de la capacidad del Padre; puesto que una sola oración de fe puede conquistar todas las cosas.

Como magníficas lecciones podemos citar la de la mujer sirofenicia, la viuda inoportuna y el amigo a medianoche; tales oraciones pueden cambiar la derrota en victoria y triunfar en las áreas de la desesperación. La unificación con Cristo, la cumbre de los logros es gloriosa en todas las cosas; y hay mucho más que podemos pedir y se nos hará. La oración en Nombre de Cristo pone la corona sobre Dios, porque le glorifica a través del Hijo, quien prometió que el Padre dará a los hombres "cualquier cosa que pidieren en su Nombre" (Jn. 14:13; 15:16; 16:23).

El libro de Apocalipsis no dice nada acerca de la oración, pero hay mucho acerca de la oración en sus fuerzas y energías: es la fuerza que ora, siempre viva y siempre activa; son todas las oraciones de los santos elevándose como una energía viviente en tanto que los labios que las pronunciaron están quietos y sellados por la muerte.

La Iglesia viviente tiene una energía de fe suficiente como para tomar por herencia las fuerzas de un pasado de oración y hacerlas inmortales...

La oración
coloca
a Dios
en una
posición
de actividad
dentro
de su
misma obra.

La declaración del filósofo bautista John Foster contiene la pura filosofía y la simple verdad de Dios:

“El orar más y mejor acarrea el triunfo más rápido y seguro a la causa de Dios; la oración débil, formal, e inconsistente acarrea decaimiento y muerte. La Iglesia tiene su ancla de la esperanza guardada; sus depósitos de riquezas se hallan allí... Estoy convencido de que cada hombre que está en medio de serios proyectos está pendiente de una sujeción y dependencia a Dios, y en la medida que esta dependencia sea un hecho, se sentirá impelido a orar y ansioso por enseñar e inducir a sus amigos a orar casi cada hora. No pretenderá alcanzar ningún éxito para la causa celestial, como no pretendería un marinero alcanzar la costa con sus velas sin desplegar. Si la mayor parte de los discípulos de la cristiandad estuvieran con una firme y determinada resolución de combinarse para que el Cielo no retuviera ninguna de sus bendiciones y perseverarán en suplicar, habría una clara señal de que el mundo sería revolucionado completamente”.

Y mientras se acercaba a la hora de su muerte, este hombre de Dios escribió lo siguiente:

“Nunca he orado antes con tanta fuerza y tan frecuentemente. *Orad sin cesar* ha sido la frase que se repite una y otra vez en el silencio de mis pensamientos, y estoy seguro de que constituirá en mí una práctica constante hasta la última hora en que tenga conciencia”.

Definitivamente, no estamos orando como lo hacia Elías... John Foster expone este asunto de una manera práctica:

“Cuando la Iglesia de Dios es consciente de su obligación y deberes, y de su fe correcta en reclamar aquello que Cristo ha prometido, es entonces cuando una santa revolución podrá comenzar en su interior”. También, Edward Payson, otro fervoroso hijo de Dios, hizo esta declaración:

“Desde el tiempo de los apóstoles, muy pocos misioneros han probado este experimento. El que lo pruebe, creo sinceramente que será maravillado por los resultados. Nada que yo pudiera escribir o que quizás un ángel pudiera decir, tendría tanta fuerza para dar a entender los resultados de una vida de oración como lo experimentado por uno mismo... Uno de los principales resultados de la experiencia que he tenido como ministro cristiano es una

convicción de que la religión consiste en gran parte en dar a Dios aquel lugar en nuestras opiniones, pensamientos y sentimientos que pueda hacer que Él los llene completamente con su santa Presencia. Sabemos que en el universo Él es el todo en todo. Deberíamos hacer como el salmista, que afirmaba que su alma estaba acallada esperando sólo en Dios; teniendo una relación como si todas las demás criaturas hubiesen sido aniquiladas y estuviéramos solos con Dios en el universo. Creo que esta experiencia es una de las más difíciles de alcanzar; por lo menos estoy seguro de que yo estoy muy lejos de haberla logrado. En la proporción en que sigamos esta meta encontraremos que todo se nos facilita, puesto que nos estaremos convirtiendo en hombres y mujeres de oración; y podremos decir de la oración lo que decía Salomón del dinero, que es la respuesta a un sinnúmero de problemas”.

Nosotros somos conscientes de la importancia vital de la oración, pero, sin embargo, dejamos pasar horas en un vacío de lamentable pérdida.

Cuando reflexionamos sobre el hecho de que el progreso del Reino de nuestro Señor depende de la oración, es triste decirlo, pero la verdad es que comenzamos entonces a dedicar “un poquito” de tiempo a la oración. Todo depende de la oración, y nosotros no solamente la abandonamos de manera que nos dañe a nosotros mismos, sino que con nuestro abandono se retrasa la puesta en marcha de la causa de Dios sobre la Tierra. Estamos paralizados y mudos ante la causa a la que profesamos ser tan devotos.

La oración es la condición eterna y primordial por la cual se ruega al Padre que el Hijo sea puesto en posesión del mundo. Cristo ora a través de su pueblo. Si hubiera habido un continuo y ferviente orar por parte del pueblo de Dios, esta Tierra hubiera tenido muchas más conquistas para Cristo. La demora no se debe a obstáculos inveterados, sino a la falta de peticiones correctas. Ejercitamos más cualquier otra cosa que el importantísimo hábito de postrarnos de rodillas. Nuestras ofrendas en dinero aunque pobres y mezquinas, exceden a las ofrendas de oración. Quizás en el promedio de una congregación, una sola alma sea la que se postra a orar fervientemente por la liberación de un mundo sumido en el ateísmo. Ponemos más énfasis en otras cosas que en la necesidad de orar.

La oración
es la
condición
eterna y
primordial
por la cual
se ruega
al Padre
que el Hijo
sea puesto
en posesión
del mundo.
Cristo ora a
través de su
pueblo.
Si hubiera
habido un
continuo y
ferviente orar
por parte
del pueblo
de Dios,
esta Tierra
hubiera
tenido
muchas más
conquistas
para Cristo.

No estamos orando según la norma que mueve el brazo de Dios y atrae todas las influencias divinas a nuestra ayuda. Decimos nuestras oraciones de una manera ordenada y preconcebida, pero no tenemos al mundo asido por la mano de la fe. No estamos orando según la norma que mueve el brazo de Dios y atrae todas las influencias divinas a nuestra ayuda. El mundo necesita más de la verdadera oración para salvarse del poderío y, como consecuencia, de la ruina que le acarrea Satanás.

Nuestra lentitud en los resultados y la causa de toda flaqueza nos es descubierta y resuelta por el apóstol Santiago con las siguientes palabras:

“... no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites” (Stg. 4:3).

Ésta es la verdad condensada y encerrada “en un puño”.

4

Incidentes de la oración poderosa

En el Nombre de Dios, le ruego que permita que la oración nutra su alma así como sus alimentos nutren su cuerpo. Permita que sus horas fijas para la oración le eleven a la presencia de Dios a través del día, y que pueda recordarle constantemente a través de un fresco y espontáneo surgir de su comunicación con el Todopoderoso. Esto renueva completamente al hombre de Dios, aquietta sus pasiones, da luz y guía en la dificultad; gradualmente somete el temperamento, acrecienta la paciencia del alma y hace que todo nuestro ser sea la posesión completa de Dios.

FENELON

Se dice del fallecido Charles Haddon Spurgeon que pasaba de la risa a la oración con la naturalidad de alguien que vivía en ambos elementos. En su vida, el hábito de la oración era libre y sin ataduras. Su vida no estaba dividida en compartimentos, cerrados en rígida exclusividad, sino que estaba espontáneamente abierta para recibir la influencia de Dios. Vivía en constante comunión con su Padre en los Cielos. Siempre estaba en contacto con Dios, de modo que para él era tan natural orar como respirar.

“Qué precioso tiempo hemos tenido; demos gracias a Dios por ello”, dijo en una ocasión a un amigo, después de un hermoso día de campo, debajo del cielo azul y envueltos en la luz solar, donde habían disfrutado como dos alegres escolares. La oración vino espontáneamente a sus labios, sin la más pequeña incongruencia en sus acercamientos al trono divino, los cuales sucedían en cualquier lugar que pudiera estar.

Ésta es la actitud que debería caracterizar a cada hijo de Dios... En cualquier momento surge el hermoso hábito de la oración que traza un áureo cable de unión entre el Cielo y la Tierra. Sin esos momentos solitarios de comunión, nunca se hubiera podido formar el hábito de la oración. Por medio de ellos, el alma se eleva dentro de una nueva atmós-

En cualquier momento surge el hermoso hábito de la oración que traza un áureo cable de unión entre el Cielo y la Tierra. Sin esos momentos solitarios de comunión, nunca se hubiera podido formar el hábito de la oración.

En cada circunstancia de la vida, la oración es la exteriorización más natural del alma, la ida sin obstáculos hacia Dios para conseguir su dirección y comunión.

fera, la atmósfera de la ciudad celestial, en la cual es fácil abrir el corazón a Dios y hablar con Él como se habla entre amigos. Y sin ellos, no hay verdadera vida espiritual.

Esto es, en cada circunstancia de la vida, la oración es la exteriorización más natural del alma, la ida sin obstáculos hacia Dios para conseguir su dirección y comunión. Ya sea en la alegría o en la pena, en la derrota o en la victoria, en la salud o en la enfermedad, en las calamidades o en los éxitos, el corazón sale a un encuentro con su Dios, así como un niño corre a los brazos de su madre, siempre seguro de que en ella encontrará todo lo que necesita.

El Dr. Adam Clarke dice en su autobiografía que cuando el señor Wesley regresaba a Inglaterra por barco, hubo una considerable demora causada por los vientos contrarios. Wesley estaba leyendo cuando se dio cuenta de que algo sucedía a bordo. Preguntando, averiguó que el viento les era contrario. "Entonces, vamos a orar", fue su contestación... Después que el Dr. Clarke hubo orado, Wesley oró fervientemente. Su oración parecía más una ofrenda de fe que un mero deseo:

"Todopoderoso y eterno Dios, Tú gobiernas en todo el universo, y todas las cosas sirven al propósito de tu voluntad; Tú sostienes los vientos en tu puño, mandas a las aguas y eres Rey que reina para siempre. Manda a estos vientos y a estas olas que te obedezcan y llévanos rápidamente a nuestro destino".

El poder de esta petición fue sentido por todos. Wesley se levantó de sus rodillas; no dijo nada, tomó su libro y continuó leyendo. El Dr. Clarke fue a cubierta y para su sorpresa encontró el barco navegando en su curso normal. El buque no volvió a salirse de su ruta ni a retrasarse hasta que finalmente llegó a puerto. Wesley no hizo comentarios sobre el cambio favorable de los vientos; estaba tan seguro de que había sido oído, que tomó como segura la respuesta.

Ésa fue una oración con propósito; pronunciada en forma definida por uno que sabía que Dios tenía su oído abierto hacia él, y que tenía tanto poder como buena voluntad para hacer efectiva la respuesta a su petición.

El mayor D. W. Whittle, dice de George Muller, de Bristol:

"Conocí al señor Muller en el expreso, la mañana de nuestra salida desde Quebec hacia Liverpool. Cerca de

media hora antes del horario fijado para zarpar, el marino que debía conducir a los pasajeros a bordo vino hacia nosotros. El señor Muller le preguntó si había llegado una silla desde Nueva York, de esas que se usan para sentarse en cubierta. La contestación fue negativa y agregó que ya no era posible que llegara a tiempo para embarcar. Yo tenía conmigo una silla que acababa de comprar y le dije al señor Muller que lo mejor sería que él hiciera lo mismo. Su contestación fue: *No, mi hermano. Nuestro Padre celestial nos mandará la silla desde Nueva York. Es la que usa la señora Muller. Hace diez días le escribí a un hermano, quien prometió enviarla la semana pasada. Él no ha sido lo rápido que yo hubiera deseado, pero estoy seguro de que nuestro Padre celestial mandará la silla. La señora Muller se marea mucho en las travesías por barco y desea particularmente tener su misma silla, de modo que al no encontrarla ayer aquí, oramos especialmente para que nuestro Padre celestial nos la proveyera, y confiamos en que Él lo hará.*

Mientras este querido hombre de Dios subía tranquilamente a bordo, corriendo el riesgo de que su esposa hiciera el viaje sin una silla, cuando podría haberla conseguido por un par de dólares, confieso que temí que el señor Muller llevara sus principios de fe demasiado lejos y que no estuviera actuando con sabiduría. Después de que el señor Muller hubo marchado, me detuve diez minutos en la oficina del expreso. Pero justamente cuando comenzaba a andar hacia la bahía, llegaba un cargamento de Nueva York, y encima de todos los bultos estaba la silla de la señora Muller. El empleado la tomó y la depositó en mis manos para que se la llevara al señor Muller, en el preciso momento en que el buque se aprestaba a zarpar... Sin duda, Dios tenía una gran lección reservada para mí. El señor Muller tomó la silla con la expresión feliz y complacida de un niño y, quitándose el sombrero con reverencia y juntando sus manos, agradeció al Padre celestial el haberle mandado la silla".

Uno de los corresponsales de Melancton escribió lo siguiente sobre de la vida de oración de Lutero:

"Nunca podré admirar lo suficiente la extraordinaria alegría, constancia, fe y esperanza de ese hombre en estos días tan difíciles. Está constantemente alimentándose por un muy diligente estudio de la Palabra de Dios. No pasa un día en el cual no emplee por lo menos tres horas de

Adam Clarke,
John Wesley,
George Muller,
Lutero,
y tantos
otros,
demostraron
con sus vidas
hasta dónde
puede llegar
la oración
poderosa.

“Yo sé que su mejor tiempo en orar. Una vez le oí orar... ¡Dios mío! Tú eres ¡Qué espíritu y qué fe había en esas expresiones! Tenía una reverencia total al estar en la presencia divina, y al mismo tiempo oraba con una esperanza y una confianza como si Dios; su padre o a un amigo:

Yo sé que Tú eres nuestro Padre y nuestro Dios; y por lo tanto estoy seguro de que reducirás a la nada a los enemigos de tus hijos. Si Tú fracasaras en hacer esto, tu causa, que está conectada con la nuestra, se vería en peligro. Es un asunto completamente Tuyo. Por tu Providencia nosotros hemos sido compelidos a tomar parte de ella. Por lo tanto, Tú serás nuestra defensa.

Mientras, a poca distancia de Lutero, mi alma parecía arder dentro de mi pecho al oír a un hombre dirigirse a Dios como a un amigo, y al mismo tiempo con tanta seriedad y reverencia. En el curso de su oración también pude oírle insistir en las promesas contenidas en los salmos, como si estuviera seguro de que sus peticiones estaban garantizadas”.

De William Bramwell, un notable predicador metodista de Inglaterra, maravilloso por su celo y su oración, existen también varias anécdotas. Una de ellas, narrada por un sargento mayor, es la siguiente:

“En julio de 1811, nuestro regimiento fue ordenado a ir a España, la cual estaba envuelta en aquel entonces en una guerra sanguinaria. Mi mente estaba torturada con el pensamiento de dejar a mi querida esposa y cuatro chiquillos indefensos en un país extranjero, fuera de toda protección. El señor Bramwell sintió un vivo interés por nuestra situación y su espíritu simpatizante pareció absorber todos los sentimientos agonizantes de mi tierna esposa. Él oró y suplicó ante el trono de gracia por nosotros día y noche. Mi esposa y yo estuvimos con el señor Bramwell en la casa de un amigo la tarde previa a nuestra partida. El señor Bramwell se sentó muy pensativo, y parecía estar en medio de una lucha espiritual durante todo el tiempo. Después de la cena, sacó rápidamente su mano del pecho, la colocó sobre mi rodilla y dijo: *Hermano Riley, oiga bien lo que voy a decirle; usted no tendrá que ir a España. Recuerde, le digo a usted que no, pues he estado luchando con Dios en su favor, y cuando mi Padre celestial en su misericordia se complace en bendecirme con el poder de aferrarme a Él, no le dejo ir fácilmente, hasta que sea favorecido con una respuesta. Por lo tanto, puede estar seguro de que la próxima vez que yo tenga noticias sobre*

usted, estará de nuevo en su antiguo puesto. Y sucedió tal y como él dijo... Al día siguiente, la orden de partir para España fue anulada”.

Estos hombres oraron con un propósito. Para ellos Dios no estaba lejos, sino cerca, siempre listo para oír el llamado de sus hijos. No había barrera en medio de ellos. Estaban en lazos de perfecta intimidad, si es que puede usarse este término para describir la relación entre el hombre y su Creador. Ninguna nube oscurecía el rostro del Padre de sus confiados hijos, quienes podían mirar hacia el Divino rostro y derramar allí los anhelos de su corazón. Y éste es el tipo de oración que Dios nunca deja de escuchar. Pues sabe que viene de un corazón que es uno con el suyo propio; de uno que está enteramente rendido al plan celestial. Él inclina su oído y le da al hijo suplicante la seguridad de que su petición ha sido oída y contestada.

¿Acaso no hemos pasado nosotros también tal tipo de experiencia cuando nos hemos acercado a nuestro Padre con un propósito claro y definido? En una agonía del alma hemos buscado refugio de la opresión del mundo en la antecámara del Cielo; las olas de la desesperación amenazaban con destruirnos y como no había ningún camino visible de escape, caímos sobre nuestras rodillas.

Y, como los discípulos de la antigüedad, nos refugiábamos en el poder de nuestro Señor, suplicándole que nos salvara de perecer. Y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, la cuestión estaba resuelta: las furiosas olas se volvieron mansas y el viento huracanado se apaciguó ante el mandamiento divino; es decir, la agonía del alma pasó a un estado de paz y todo el ser fue inundado de una conciencia de la divina presencia, trayendo así la seguridad de una oración contestada y de una dulce liberación.

¡Qué maravilloso es ver cómo un asunto que parecía muy oscuro se convierte en algo tan claro como el cristal, por medio de la oración y con la ayuda del Espíritu de Dios! Creo que los cristianos fallan tan a menudo en conseguir respuestas a sus oraciones porque no esperan en Dios lo suficiente. Solamente dicen unas pocas palabras al arrodillarse, se levantan de un salto y se olvidan del asunto, esperando que Dios les conteste. Tales oraciones siempre me recuerdan a un niño pequeño tocando al timbre de la puerta del vecino y echándose a correr tan rápido como puede...

Ninguna nube oscurecía el rostro del Padre de sus confiados hijos, quienes podían mirar hacia el Divino rostro y derramar allí los anhelos de su corazón. Y éste es el tipo de oración que Dios nunca deja de escuchar. Pues sabe que viene de un corazón que es uno con el suyo propio; de uno que está enteramente rendido al plan celestial.

Tener a Dios así de cerca es entrar al lugar santísimo, es respirar la fragancia del aire celestial, es caminar en los hermosos jardines del Edén... Nada, sino la oración, puede traer a Dios y al hombre dentro de esta feliz comunión. Tal es la experiencia de cada uno que pasa a través del mismo portal.

—¿Espera usted ir al Cielo? —le preguntó alguien a un devoto hombre de Dios.

—¡Pero, hombre, yo ya estoy allí! —fue su inesperada respuesta.

Es ésta la declaración enérgica de una gran verdad: que el camino al Cielo para el verdadero creyente consiste en caminar cerca de Dios para escuchar los secretos que Él tiene que impartir.

Esta actitud aparece hermosamente ilustrada en una historia de Horace Bushnell, relatada por el Dr. Parkes Cadman:

“Bushnell sufría una enfermedad incurable. Una tarde el reverendo Joseph Twichell le visitó; se sentaron juntos bajo el Cielo estrellado, y Bushnell dijo: *Uno de nosotros debería orar*. Twichell le pidió a Bushnell que lo hiciera, y éste comenzó su oración. Sumiendo su rostro en tierra, derramó su corazón con tal fervor que Twichell tuvo que confesar posteriormente que había tenido miedo de alargar su mano en la oscuridad, por si pudiera tocar a Dios”.

Tener a Dios así de cerca es entrar al lugar santísimo, es respirar la fragancia del aire celestial, es caminar en los hermosos jardines del Edén... Nada, sino la oración, puede traer a Dios y al hombre dentro de esta feliz comunión. Tal es la experiencia de cada uno que pasa a través del mismo portal.

Así, por ejemplo, cuando Samuel Rutherford fue confinado a la cárcel por causa de su conciencia, disfrutó en tan alto grado del compañerismo divino que, escribiendo en su diario, explicó que “el Señor Jesús entró en su celda y, al paso de su Presencia, cada piedra brilló como un rubí”.

Muchos otros han testificado de una comunión tan dulce con Dios cuando la oración se ha constituido en un hábito... David Livingstone vivía en el Reino de la oración y sabía de su poderosa y favorecedora influencia. Tenía el hábito de escribir una oración en cada cumpleaños, y en su último cumpleaños, la oración fue ésta:

“Oh, Divino Dios, no te he amado fuerte, profunda y sinceramente como hubiera querido. Por favor, te suplico que hagas que para antes del final de este año yo pueda haber terminado mi trabajo”.

Justo un año después, sus fieles hombres, al mirar dentro de su choza, encontraron a su maestro de rodillas

junto a su cama en actitud de oración, mientras la lluvia caía sobre los trópicos. Había muerto sobre sus rodillas...

Stonewall Jackson era un hombre de oración. Él mismo dijo:

“He fijado en mi mente de tal manera el hábito de hablar con Dios que nunca llevo un vaso de agua a mis labios sin pedir su bendición, nunca sello una carta sin poner una palabra de oración debajo del sello, nunca pongo una carta en el buzón del correo sin elevar mis pensamientos hacia el Cielo y nunca cambio mis clases en el auditorio de conferencias sin pedir unos minutos por los cadetes que salen y por los que entran”.

James Gilmour, el misionero pionero en Mongolia, era igualmente un hombre de oración. Tenía el hábito de escribir sin usar papel secante. Se había hecho una regla que cuando llegara al final de la hoja y la tinta estuviera aún mojada, debería esperar hasta que se secara por sí sola y dedicar ese tiempo a la oración. De esta manera, todo su ser estaba saturado con lo divino...

Estos hombres de Dios se convirtieron en reflectores de la gloria y la fragancia celestial. Caminaron con Dios por las avenidas de la oración, adquirieron algo de su semejanza y, de forma inconsciente, se convirtieron en testigos para otros, a fin de hacerles ver su belleza y su gracia.

El famoso profesor y psicólogo James William, en su obra *Variaciones de la experiencia religiosa*, nos refiere el caso de un hombre de treinta y nueve años que llegó a decir con verdadera autoridad esta gran declaración:

“Dios es más real para mí que todo otro pensamiento, cosa o persona. Siento su presencia positivamente, y cuanto más cerca vivo en armonía con Él, más se graban en mi mente y cuerpo sus santas y divinas leyes. Le siento en la lluvia y en el sol; y Él me envuelve en una deliciosa atmósfera de descanso y paz. En la oración le hablo como lo haría con un compañero y amigo. Él me responde una y otra vez, muy a menudo con palabras tan claramente dichas que parecería que mi oído captara el tono, pero eso no es sino una fuerte impresión en mi mente. Usualmente viene a mi memoria algún texto de la Escritura, una nueva revelación de Él, de su amor hacia mí y del cuidado que de mí tiene... Él es mío y yo soy de Él y Él nunca me abandonará; esto produce gozo duradero en el corazón. Sin él, la vida sería un gran desierto, una senda sin rumbo”.

Estos hombres de Dios se convirtieron en reflectores de la gloria y la fragancia celestial. Caminaron con Dios por las avenidas de la oración, adquirieron algo de su semejanza y, de forma inconsciente, se convirtieron en testigos para otros, a fin de hacerles ver su belleza y su gracia.

¡Qué hermosa ilustración de un alma que ora! Tal actitud representa "la oración que no cesa", revela el hábito en incesante suplicación, en ininterrumpida comunión, en constante intercesión. ¡Qué ilustración tan maravillosa del propósito de la oración!

Igualmente notable es el testimonio de Sir Thomas Browne, un médico que vivió en Norwich en 1905, quien fue autor de un notable libro, ya fuera de circulación, titulado *Religio Medici*. A pesar de que Inglaterra estaba pasando por un período de convulsión nacional y agitación política, él encontraba su consuelo y fortaleza en la oración. Antes de su muerte, escribió lo que ahora transcribimos en un diario que se encontró entre sus papeles privados:

"He resuelto orar más y orar siempre, orar en todos los lugares donde la quietud invite a hacerlo, en la casa, en la carretera y en la calle; y estar seguro de que no hay pasaje ni lugar en esta ciudad donde yo no haya testificado de que no me he olvidado de Dios".

Y luego añadió:

"Me he propuesto hacer oración ante la vista de cualquier iglesia por la que pase, pidiendo que Dios pueda ser adorado allí en Espíritu, y que las almas puedan ser salvadas en ese lugar; orar diariamente por mis pacientes y por los pacientes de otros médicos; y a mi entrada a cada casa decir: *Que la paz de Dios habite aquí*. Después de oír cualquier sermón me propongo orar para que Dios bendiga su verdad, por el mensajero y por alguna alma que Dios pueda enriquecer con el toque de su amor. Alabarle por cualquier criatura hermosa que vea y orar a la vista de cualquier persona deforme, para que Dios le dé fortaleza de espíritu para sobrellevar su prueba de deformidad o fealdad con la esperanza de la belleza de la resurrección".

¡Qué hermosa ilustración de un alma que ora! Tal actitud representa "la oración que no cesa", revela el hábito en incesante suplicación, en ininterrumpida comunión, en constante intercesión. ¡Qué ilustración tan maravillosa del propósito de la oración! ¿De cuántos de nosotros se puede decir que a medida que pasamos al lado de la gente por la calle oramos por ellos o que al entrar en una casa o en una iglesia recordamos a la congregación en oración ante Dios? Empero nuestras oraciones guardan tanto contenido de nosotros, de nuestro egoísmo... Oremos para ser librados de esta actitud egocéntrica.

5

No hay sustituto de la oración

Un hombre puede orar noche y día y engañarse a sí mismo; pero ningún hombre que no ore puede tener la certeza de la contestación. La oración es el acto por el cual la fe pasa a la acción; la unión del intelecto y la voluntad en un mismo acto. Cuando un hombre ora, ora todo su ser. De no ser así, las oraciones son vacías, y sólo se convierten en un obrar de labios para afuera, o en una mímica. Si Dios me restaurara nuevamente la salud, me he determinado no estudiar otra cosa sino la Biblia. La literatura es enemiga de la espiritualidad, si no se la tiene bajo el dominio de una mano firme.

RICHARD CECIL

¿Estamos orando como lo hizo Cristo? ¿En verdad habitamos en Él? ¿Son nuestros ruegos y nuestro espíritu nacidos de sus ruegos y de su Espíritu? ¿Es el amor el empuje de todas nuestras motivaciones?

Estas preguntas deben considerarse como las que verdaderamente ponen «el dedo en la llaga» bajo las circunstancias del tiempo presente. Mucho me temo que estamos dedicando tiempo y esfuerzos a muchas otras cosas antes que a la oración. Ésta no es una era de oración, sino de gran actividad, de grandes movimientos, con una gran inclinación a dedicarse a lo material y a descuidar lo intangible, lo que no se ve, o sea, lo espiritual.

"Nada es imposible para la industria", dijo uno de los siete filósofos de Grecia. Cambiemos la palabra "industria" por "oración perseverante", y el lema será más cristiano y más digno de la adopción universal. Estoy persuadido de que somos más deficientes en el espíritu de oración que en cualquier otra gracia. Dios ama la oración importuna de tal forma, que Él no nos dará mucha bendición sin ella. Y la razón por la cual Él ama tal modo de orar es porque Él nos ama a nosotros y sabe que es la preparación necesaria para que recibamos las más ricas bendiciones, las cuales Él está esperando y deseando derramar.

Dios ama la oración importuna de tal forma, que Él no nos dará mucha bendición sin ella. Y la razón por la cual Él ama tal modo de orar es porque Él nos ama y sabe que es la preparación necesaria para que recibamos las más ricas bendiciones, las cuales Él está esperando y deseando derramar.

La oración es nuestra arma más formidable, pero es un arma en la que estamos muy poco entrenados. Hacemos cualquier cosa por los incrédulos, menos lo que Dios realmente quiere que hagamos: orar por ellos, interceder en nuestras oraciones... Pues la oración es la única cosa efectiva y que hace que el resto de lo que hagamos sea eficiente.

La oración es la más grande de todas las fuerzas, porque honra a Dios y hace que Él entre en actividad...

La oración es también la cosa más fácil y más difícil de todas. La más sencilla y la más sublime; la más débil y la más poderosa. Sus resultados van más allá de las posibilidades humanas, sólo están limitados por la omnipotencia de Dios.

No puede haber sustituto ni rival para la oración; permanece única como la mayor parte de las fuerzas espirituales, y es una fuerza inminentemente activa. Tampoco puede ser suspendida, ni detenida por ninguna generación: no podemos lanzarnos hacia nuestras conquistas espirituales apoyándonos en las oraciones de nuestra generación pasada.

Muchas personas creen en la eficacia de la oración, pero no muchas son las que oran. Otros cristianos tienen solamente una vaga idea del poder de la oración; y menos aún tienen algo de la experiencia de ese poder.

Por consiguiente, la Iglesia no parece estar apercibida del poder que Dios ha puesto en sus manos: esta carta blanca –o cheque en blanco, si se prefiere–, de los infinitos recursos del poder espiritual y de la sabiduría de Dios. Muy raramente los cristianos usan de ella para darle el máximo honor al Señor. Y como resultado de un tan pobre uso, vienen los beneficios raquíticos y pequeños.

La oración es nuestra arma más formidable, pero es un arma en la que estamos muy poco entrenados. Hacemos cualquier cosa por los incrédulos, menos lo que Dios realmente quiere que hagamos: orar por ellos, interceder en nuestras oraciones... Pues la oración es la única cosa efectiva y que hace que el resto de lo que hagamos sea eficiente.

A pesar de los beneficios y las bendiciones que fluyen de la comunión con Dios, hay que confesar dolorosamente que no estamos orando como se debe. Hay muy pocos líderes para las reuniones de oración. Menos aún son los que oran en familia. También escasean los que se encierran en sus habitaciones para orar. Y organizar reuniones especiales de oración es tan extraño como una helada en junio. No, en muchas iglesias no hay nada parecido a una reunión de oración. Y en aquellas donde se continúa manteniendo una reunión de oración nominal –para «conservar la tradición»–, se le concede un lugar muy secundario.

Una elocuente conferencia o un buen sermón se considera más importante que una sencilla y franca oración.

Nuestra gente no es, en definitiva, gente de oración, como se evidencia claramente en sus vidas...

Y es que graduarse en la escuela de la oración es recorrer todo el curso de una vida cristiana. El primer y último peldaño de una vida cristiana está coronado por la oración. Los obstáculos a la oración son, pues, los obstáculos que aparecen en una vida cristiana. Las condiciones para la oración son las condiciones de la justicia, la santidad y la salvación. Así, una deficiencia en la senda de la oración es una deficiencia en la senda de la salvación.

La oración es, entonces, un oficio que se necesita aprender. Debemos ser aprendices y dedicarle nuestro tiempo. Es decir, para ser un buen oficial en la oración es necesaria mucha dedicación y meditación; también práctica y arduo trabajo.

Recordemos lo más importante: que la oración y la vida santa son una misma cosa. Accionan y reaccionan juntas. Ninguna de las dos puede sobrevivir sola. La ausencia de una significa la ausencia de la otra.

Lo verdaderamente preocupante es que estamos en el peligro de sustituir la oración por una cantidad de actividades visibles y destacables ante los hombres.

Es cierto que una vida santa no se vive encerrándose en una habitación a solas, pero la misma no puede subsistir sin la vida de oración que se desarrolla en dicha habitación.

De hecho, la llave del éxito apostólico, así como también su propósito, fue “levantar santos que oraran en todo lugar” (1 Ti. 2:8). El propio Señor Jesucristo procuró hacer esto en los días de su ministerio personal. Él fue movido por una infinita compasión al ver perderse, por falta de obreros, los amados campos listos para ser segados; y trató de despertar la sensibilidad dormida de sus discípulos diciéndoles que oraran con un propósito definido, a saber:

“Rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies” (Mt. 9:38).

Asimismo, “les relató una parábola con el fin de que oraran siempre, sin desmayar” (Lc. 18:1).

Sin embargo, no fue hasta después de Pentecostés que éstos pudieron captar la gran importancia de la oración: el Espíritu Santo que vino en Pentecostés elevó la

Los obstáculos a la oración son, pues, los obstáculos que aparecen en una vida cristiana. Las condiciones para la oración son las condiciones de la justicia, la santidad y la salvación. Así, una deficiencia en la senda de la oración es una deficiencia en la senda de la salvación.

Nada sino el esfuerzo específico de un liderazgo de oración puede prevalecer. Nadie, sino líderes de oración, podrán tener seguidores que oren; y los apóstoles que oren engendrarán santos que oren.

oración a su posición de importancia vital dentro del Evangelio de Cristo.

Ahora el llamado a la oración es la exigencia del Espíritu de Dios. Por medio de la oración, la piedad y la santidad son refinadas y perfeccionadas. Por el contrario, cuando los santos no están orando mañana, tarde y noche, y en forma continua y prolongada, el Evangelio se mueve lentamente y con dificultad.

¿Dónde están los líderes que puedan enseñar a los santos de hoy día a orar? ¿Saben aquellos que están levantando un equipo de hombres sin oración? ¿Dónde están los líderes apostólicos que enseñen a la gente a orar? Que vengan y se pongan al frente y hagan la obra, la obra más grande que puede ser hecha. Un aumento de educación y de dinero será la maldición más grande para la religión si no son santificados por más y mejor oración que la que se viene ofreciendo.

Pero este aumento de la oración no vendrá como algo natural de por sí. Ni las campañas ni los sermones ayudarán a nuestra oración de hoy. Nada sino el esfuerzo específico de un liderazgo de oración puede prevalecer. Nadie, sino líderes de oración, podrán tener seguidores que oren; y los apóstoles que oren engendrarán santos que oren...

Necesitamos líderes que puedan colocar a los cristianos en una correcta actitud de amor y fervor por la oración. Somos una generación de santos que no ora y que, por lo tanto, no poseemos el ardor, ni la belleza, ni el poder que debería caracterizarnos.

En el pasado, hubieron santos hombres que conmovieron naciones enteras por medio de la oración. Tales metas son aún posibles para nosotros. El poder está esperando para ser usado. La oración no es sino la expresión de nuestra fe.

Faltaría tiempo para describir las tremendas cosas conseguidas a través de la oración, pues aquellos santos "conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros. Las mujeres recibieron sus muertos mediante resurrección..." (He. 11:33-35).

La oración ensalza y honra a Dios, y humilla al yo. Es el ruego que sale del corazón débil e ignorante; un ruego

que el Cielo no puede despreciar. Y Dios se deleita en vernos orar. La oración obra poderosamente; por sí misma es la tarea más grandiosa. Hace surgir la actividad y estimula el deseo y el esfuerzo. La oración no es una droga, sino un tónico; no induce a la holgazanería, sino que da vigor y deseos para actuar. El hombre ocioso no ora, no puede orar, dado que la oración demanda energía. Pablo se refiere a ella como "una lucha", o "una agonía" (Col. 2:1). Con Jacob fue una batalla; con la mujer sirofenicia fue una pelea verbal en la cual involucró todas las más elevadas cualidades del alma y demandó gran esfuerzo para su realización.

El lugar de la oración no es un asilo para el cristiano indolente. No es una guardería donde sólo los bebés pueden estar. Es el campo de batalla de la Iglesia; su ciudadela, la escena de conflictos celestes y heroicos. La oración constituye la base de provisión para el cristiano y su Iglesia. Suprímala y no habrá nada más que devastación y desastre. Es la energía para el trabajo, el poder sobre el yo, la liberación del miedo. Todos los resultados y gracias espirituales son fortalecidos por la oración. Las diferencias entre la fuerza, la experiencia y la santidad de los cristianos se encuentran en relación y contraste con su vida de oración.

Por todo ello, las oraciones escasas, cortas y débiles siempre acarrearán una condición espiritual muy baja. Los hombres deben orar mucho y aplicarse a la oración con energía y perseverancia. Cristianos eminentes han sido conocidos como eminentes en su vida de oración. Las cosas profundas de Dios sólo pueden aprenderse allí. Las grandes cosas que pueden hacerse para Dios se hacen gracias al poder de la oración. En otras palabras, aquel que ora mucho, estudia mucho, ama mucho, trabaja mucho y hace mucho para Dios y para la humanidad.

La ejecución del Evangelio, el vigor de la fe, la madurez y excelencia de las gracias espirituales esperan apoyarse, pues, sobre los firmes cimientos de la oración...

El lugar de la oración no es un asilo para el cristiano indolente. No es una guardería donde sólo los bebés pueden estar. Es el campo de batalla de la Iglesia; su ciudadela, la escena de conflictos celestes y heroicos. La oración constituye la base de provisión para el cristiano y su Iglesia.

6

La universalidad de la oración

Así como no hay diferencia en el estado de pecado en el cual se halla el ser humano y todos los hombres necesitan la gracia salvadora de Dios, que es la única que puede bendecirlos, y como esta gracia salvadora se obtiene sólo como respuesta a la oración, por consiguiente, todos los hombres son llamados a orar a causa de sus necesidades.

La oración de fe es el único poder en el universo al cual se rinde el gran Jehová. La oración es el remedio soberano.

ROBERT HALL

Cuando hablamos de la oración y de sus efectos hemos de usar términos universales. Hay algo universal en ella: va a todas partes y lo abarca todo; es individual en su aplicación y beneficios, pero es general y se extiende a todo el mundo al mismo tiempo en sus influencias favorables. Bendice al hombre en todos los sucesos de la vida, le proporciona ayuda en casos de necesidad y le da consuelo en toda tribulación. No hay experiencia que tenga que atravesar el hombre en que la oración no pueda ayudarlo, consolarle y guiarle.

Sin embargo, descubrimos que la oración tiene aún muchos más aspectos... Primero, se puede decir que todos los hombres deben orar. La oración está disponible a todos los hombres, porque todos los hombres necesitan a Dios y necesitan lo que Dios tiene y que sólo la oración puede proporcionarles. Como los hombres son llamados a orar en todas partes, en consecuencia, todos los hombres deben orar por los otros en todas partes. Se usan términos universales cuando se ordena a los hombres que oren, y hay una promesa en términos universales para todos los que invocan el Nombre de Dios para conseguir perdón, misericordia y ayuda:

“Porque no hay diferencias; pues el mismo Señor es rico en misericordia para todos los que le invocan. Porque todo aquel que invocare el Nombre del Señor será salvo” (Ro. 10: 12 y 13).

Así como no hay diferencia en el estado de pecado en el cual se halla el ser humano y todos los hombres necesitan la gracia salvadora de Dios, que es la única que puede bendecirlos, y como esta gracia salvadora se obtiene sólo como respuesta a la oración, por consiguiente, todos los hombres son llamados a orar a causa de sus necesidades.

Es una regla de interpretación escritural que cuando se da una orden sin limitación es universal y obligatoria. Las palabras del Señor a Isaías tienen precisamente este valor:

“Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inocuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá compasión de él, y a vuestro Dios, el cual será amplio en perdonar” (Is. 55: 6 y 7).

De modo que siendo la maldad universal, y como el perdón es necesario para todos los hombres, todos deben buscar a Jehová en tanto que pueda ser hallado y mientras esté cercano. En definitiva, la oración pertenece a todos los hombres porque todos son redimidos en Cristo. Orar es un privilegio, pero no es menos un deber el que llamen a Dios, con la certeza de que ningún pecador es privado de acercarse al propiciatorio, sino que todos son bienvenidos a que se acerquen al trono de la gracia, con sus necesidades y sus dolores, con sus pecados y sus cargas.

Y cuando un pobre pecador vuelve sus ojos a Dios, no importa dónde se halle o cuál sea su culpa, el ojo de Dios está encima de él y su oído está abierto a sus oraciones.

Además, los hombres pueden orar en todas partes, puesto que Dios es accesible en todo clima y en todas las circunstancias:

“Por tanto, que los hombres oren donde se encuentren, levantando las manos, sin ira y sin vacilación” (1 Ti. 2:8).

No hay localidad demasiado distante de Dios en la Tierra para que desde allí se pueda alcanzar el Cielo. No hay lugar tan remoto que Dios no pueda ver y oír a los que buscan su faz. Oliver Holden lo dice en su himno con estas palabras:

*“Ven, pues, alma atribulada
a tu Padre, ven y espera;
contestará tu oración,
dondequiera que te halles”.*

Una pequeña aclaración sobre la idea de que se puede orar a Dios desde todas partes: en algunos sitios, a causa de la clase de negocios que en ellos se resuelven, o a causa de la atmósfera del lugar, y del carácter moral de aquellos que hacen los negocios allí o los apoyan, la oración no es apropiada. Por ejemplo, no podemos considerar

No hay localidad demasiado distante de Dios en la Tierra para que desde allí se pueda alcanzar el Cielo. No hay lugar tan remoto que Dios no pueda ver y oír a los que buscan su faz.

Orar en todas partes es orar en los lugares en que legítimamente se puede hacer, y acudir a estos lugares en que la oración es bienvenida y se le da una graciosa hospitalidad.

que una taberna, un teatro, una sala de ópera, un casino o una sala de baile sean lugares idóneos para mantener un contacto verbal con nuestro Padre Celestial. Es más, la oración está fuera de lugar en estos sitios (por no decir que la gente que los frecuenta no son, en su mayoría, gente de oración).

Por consiguiente, ya que hemos de orar en todas partes, es indudable que no queramos frecuentar estos lugares, donde ponerse de rodillas se convierte en un espectáculo caricaturesco... Orar en todas partes es orar en los lugares en que legítimamente se puede hacer, y acudir a estos lugares en que la oración es bienvenida y se le da una graciosa hospitalidad.

También, como estudiamos anteriormente, el modelo de oración del Señor, el *Padrenuestro*, se constituía un modelo de oración universal, porque se adaptada a todos los hombres en todas partes y en todas las circunstancias.

Otra aplicación universal que tiene la oración es que todas las personas son sujetos de oración. Esto es, la oración debe abarcar a todos los miembros caídos de la raza, porque todos caímos en Adán, somos redimidos en Cristo y nos beneficiamos de las oraciones de todos. Esta doctrina se muestra en el manual de oración de Pablo a Timoteo:

“Exhorto, pues, ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres” (1 Ti. 2:1).

Así, puesto que Cristo se dio a sí mismo en rescate por todos los hombres, todos son beneficiarios de su muerte expiatoria, con tal que la acepten.

Pero, finalmente, y más aún, la oración tiene un aspecto universal en que todas las cosas que nos afectan deben ser motivo de oración, en cuanto que todas las cosas que redundan para nuestro bien, físico, social, intelectual, espiritual y eterno son objeto de oración.

Antes de considerar, sin embargo, esta fase de la oración, detengámonos un momento y demos una mirada a la oración universal como una clase especial de oración que se hace en favor de los que tienen control del Estado, o que tienen autoridad sobre la Iglesia. Esta clase de oración tiene mucho poder, pues hace buenos gobernantes y limita al déspota que prescinde de la ley. Como curiosidad: cuando Pablo escribió estas palabras a Timoteo, ordenando la oración por los que ocupan puestos

de autoridad, el emperador de Roma de aquel momento era nada menos que Nerón.

Y es que la humanidad es una *carta* que debemos llevar en nuestros corazones al orar, y todos los hombres deben ser presentados en nuestros pensamientos al trono de la gracia. Las necesidades y aflicciones de toda la raza deben ser tenidas en cuenta por nuestra simpatía y deben inflamar nuestras peticiones. Ningún hombre con una visión estrecha de Dios, que no comprenda el plan de salvación, puede orar de modo efectivo. Se necesitan, pues, personas con espíritu abierto, capaces de entender los propósitos de Dios y su expiación, y que oren bien. Porque la oración es una filantropía divina y requiere un gran corazón lleno de pensamientos para todos los hombres y una simpatía universal...

Ya mencionamos anteriormente que la oración va paralela con la voluntad de Dios, quien, al fin y al cabo, “no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 P. 3:9).

Diremos también que la oración tiene en sus manos una doble bendición: recompensa a los que oran y bendice a aquellos por quienes oramos. Da paz a las pasiones encendidas y calma a los combatientes. Y la tranquilidad es el fruto feliz de la verdadera oración. Sí, hay una calma interior que llena al que ora, y una calma exterior igualmente... La oración crea vidas quietas y apacibles en toda piedad e integridad.

Pero la verdadera oración no sólo hace una vida hermosa y pacífica, sino que practica la justicia y tiene gran influencia. La honradez, la gravedad, la integridad en el carácter son, pues, los frutos naturales y esenciales de la oración.

Esta clase de oración, generosa, cálida y universal, es la que agrada a Dios, y es aceptable a su vista, porque coopera con su voluntad y resulta en corrientes de gracia para todos los hombres. Es también la clase de oración que Jesucristo hizo en la Tierra, y la que está haciendo ahora a la diestra del Padre en el Cielo, como nuestro poderoso intercesor. Eso significa, sobre todo, que Él es quien da la pauta de la oración, pues está entre Dios y el hombre, como Mediador que se dio a sí mismo en rescate por todos y para cada uno. No lo dudemos, Cristo está orando entre Dios y el hombre, con oraciones, “súplicas y grandes

La humanidad es una *carta* que debemos llevar en nuestros corazones al orar, y todos los hombres deben ser presentados en nuestros pensamientos al trono de la gracia.

La oración tiene en sus manos una doble bendición: recompensa a los que oran y bendice a aquellos por quienes oramos. Da paz a las pasiones encendidas y calma a los combatientes. Y la tranquilidad es el fruto feliz de la verdadera oración.

sollozos y lágrimas" (He. 5:7). Y su oración abarca a toda la raza humana y al destino de los hombres por toda la eternidad. El rey y el mendigo son los dos afectados por ella. Toca el Cielo y mueve la Tierra...

"Con la oración alcanzas a tu hermano, pones tu dedo sobre la humanidad. Extiende, pues, tu mano. Lo que tocas lo marcas ahora y por la eternidad".

La oración es el remedio para todos los males

Debemos recordar que la meta de la oración es, por supuesto, llegar a oídos de Dios. A menos que esto sea logrado, la oración será un fracaso completo. Su pronunciamiento puede haber producido un sentimiento devocional en nuestra mente, el oírla puede haber confortado los corazones de aquellos con los que se haorado, pero si la oración no ha conquistado el corazón de Dios, ha fallado en su propósito más esencial. Un mero formalista ora para agradarse a sí mismo. Lo que tiene que hacer es únicamente abrir su libro y leer las palabras ya escritas, o doblar su rodilla y repetir las frases que le vienen a la memoria. Pero el verdadero hijo de Dios nunca ofrece una oración que sólo le complace a sí mismo; su norma está por encima de lo que él puede lograr; se maravilla porque Dios realmente le está escuchando y, aunque sabe que será oído por amor a Cristo, todavía considera un hecho extraordinario que sus pobres oraciones puedan alcanzar el oído del Señor de Sabaoth.

C. H. SPURGEON

Para Pablo, el que los hombres oraran era el remedio eficaz contra los males de la política, los negocios y el hogar: poned los hombres a orar, y la política será más limpia, los negocios más honestos, la Iglesia será más santa y el hogar más dulce.

No podemos afirmar con seguridad que los hombres hubiesen abandonado la oración en los tiempos de Pablo. Pero ahora sí que lo han hecho. Están demasiado ocupados para orar. El tiempo, las fuerzas y cualquier facultad que posean están puestos al servicio del dinero, los negocios y los asuntos del mundo. Pocos hombres se destacan por saber orar. Lo que concierne a una vida de oración es un asunto de apuro, secundario, escaso y sin vida.

Sin embargo, Pablo hace un alto para llamar a los hombres a la responsabilidad de orar. Para Pablo, el que los hombres oraran era el remedio eficaz contra los males de la política, los negocios y el hogar: poned los hombres a orar, y la política será más limpia, los negocios más honestos, la Iglesia será más santa y el hogar más dulce...

"Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hom-

Aquellos que saben cómo orar son la dádiva más grande que Dios puede darle a la Tierra y el regalo más rico que la Tierra le puede ofrecer al Cielo... Los hombres que saben cómo usar este arma de la oración son los mejores soldados de Dios y sus líderes más poderosos.

bres; por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad. Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador (...) Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda" (1 Ti. 2:1-3, 8).

La Biblia traza un contraste entre el hombre y la mujer cuando trata el asunto de la oración: a los hombres se les manda en forma definitiva, seria, y se les exhorta vivamente a orar. Tal vez porque en aquel tiempo eran algo más reacios a la oración que las mujeres, ya que ellos llevaban el peso principal de los negocios públicos y privados. Pero los hombres que son fuertes en todo lo demás deben ser fuertes en la oración y nunca rendirse al desánimo, la debilidad o la depresión. Siendo valientes, persistentes y formidables en otras áreas de la vida, deben ser llenos de valor e incansables en la oración. Pues aquellos que saben cómo orar son la dádiva más grande que Dios puede darle a la Tierra y el regalo más rico que la Tierra le puede ofrecer al Cielo... Los hombres que saben cómo usar este arma de la oración son los mejores soldados de Dios y sus líderes más poderosos.

Esto es lo que distingue la autenticidad divina de su llamado al liderazgo, el sello de su separación para Dios. Cualquier otra gracia o don que puedan tener no son comparables al de su capacidad de orar.

¿Qué serían los líderes de Dios sin la oración? Despojad a Moisés de su poder en la oración, un don que le dio eminencia aun ante los paganos, y la corona sería quitada de sobre su cabeza, el nutrimento y el fuego de su fe hubieran desaparecido.

Elías, sin sus oraciones, no podría haber tenido su nombre registrado en los anales de la Sagrada Escritura; su vida hubiera sido insípida y cobarde, y su energía y desafío hubieran desaparecido. Sin la oración de Elías, tampoco el Jordán se hubiera rendido al golpe de su manto, ni hubiera sido él honrado con la carroza y caballos de fuego que Dios le envió.

Pablo, Lutero, Wesley... ¿cuál de estos escogidos de Dios hubiera podido subsistir sin el distintivo y precioso elemento de la oración?

Todos ellos fueron líderes para Dios porque supieron ser poderosos en la oración. No fueron líderes debido a la

brillantez de sus pensamientos, por tener a mano muchos recursos o por su magnífica cultura, sino porque por el poder de la oración ellos podían disponer del poder de Dios.

Los hombres de oración son mucho más importantes que los hombres que oran a la ligera; y mucho más que los que oran como un simple hábito. Hombres de oración significa "hombres para los cuales la oración es un arma y una fuerza poderosísima, una energía que mueve los Cielos y derrama ricos tesoros de bien sobre la Tierra".

Los hombres de oración son los que salvan la Iglesia del materialismo que está afectando todos sus planes y su constitución, y también los que la mantienen viva. Circula el ponzoñoso rumor de que la Iglesia ya no es tan fuerte en recursos espirituales como solía serlo, que el cambio de los años y de las condiciones ha acarreado modificaciones. Cosas como éstas han llevado a la Iglesia a compromisos con el mundo, han sacudido a sus líderes, debilitado sus fundamentos y trasquilado mucha de su belleza y fortaleza.

Los hombres de oración son los agentes que pueden salvar la Iglesia de esta tendencia material, ya que derraman en medio de ella todo el poder original de las fuerzas espirituales, la liberan de las ataduras del materialismo y hacen que vuelva a moverse dentro de las profundidades santas del mundo espiritual. Éstos que oran mantienen a Dios en toda su fuerza dentro de la Iglesia; su mano está en el yelmo, de modo que la Iglesia aprende excelentes lecciones de fortaleza y confianza.

Además, el número y eficiencia de los trabajadores de la viña del Señor en todas las tierras depende de los hombres de oración. El poder de estos hombres va creciendo por medio de un proceso planeado divinamente. La oración abre las puertas de acceso para que la santidad entre y, como consecuencia, la firmeza, el valor y el fruto en abundancia.

En todos los campos de labor espiritual se necesitan personas que sepan orar. No hay posición en la Iglesia de Dios, ya sea alta o baja, que pueda funcionar correctamente sin la oración. No hay tampoco posición alguna donde se encuentre el cristiano que no demande el total ejercicio de la fe que siempre ora y nunca desmaya. Los hombres

Éstos que oran mantienen a Dios en toda su fuerza dentro de la Iglesia; su mano está en el yelmo, de modo que la Iglesia aprende excelentes lecciones de fortaleza y confianza.

En definitiva, de oración se necesitan tanto en los negocios como en la casa la única de Dios, para que puedan ordenar y dirigir la actividad, protección y rescate de la mundanalidad no de acuerdo a las normas de este mundo, sino de acuerdo a los preceptos bíblicos y a las reglas de la vida celestial. Son necesarios, especialmente, en posiciones de influencia, honor y poder de la Iglesia. Porque el corazón que ora santifica la herramienta, prepara las manos, da sabiduría necesaria a la mente y mantiene el trabajo en la línea de la voluntad de Dios y el pensamiento en la línea de la Palabra de Dios.

Reiteramos la idea de que las solemnes responsabilidades del liderazgo, en una esfera grande o limitada dentro de la Iglesia de Dios, deberían estar circundadas con oración, de modo que hubiera un abismo de separación para con el mundo. Pues lo mundano se está introduciendo en la Iglesia muy sutilmente... Ninguna mancha o nube podrá entonces apagar el valor de estas responsabilidades ni separarlas por un momento de la vigilante vista de Dios.

Muchos líderes en las iglesias piensan que si llegan a ser prominentes como hombres de negocios, de dinero, influencias, pensamientos, planes de cultura o dones de elocuencia, tendrán suficiente y podrán compensar la ausencia de un alto poder espiritual que sólo la oración puede dar. Pero cuán vanos y mezquinos son estos hombres en el santo trabajo de traer gloria a Dios, en controlar la Iglesia para Él, y traerla a un total acuerdo con los planes divinos y con su misión aquí en la Tierra.

En definitiva, la única protección y rescate de la mundanalidad yace en nuestra espiritualidad radical; y nuestra única esperanza para la existencia y mantenimiento de esta espiritualidad ante Dios, es el liderazgo más puro y agresivo: un liderazgo que conoce el poder secreto de la oración, la señal por la cual la Iglesia ha ganado sus conquistas. Necesitamos este liderazgo de oración; que mediante su santidad y autoridad sea un ejemplo del santo celo hacia lo que es de Dios.

Tales líderes son en realidad poderosos. La llama de sus oraciones enciende la Iglesia. Ellos traen triunfos y vastas victorias por la importunidad de sus oraciones. Su santidad es contagiosa y sus vidas un verdadero ejemplo. Ellos marchan adelante sin temor en medio de las grandes revoluciones espirituales. La Iglesia es levantada de su

estado mortecino por el poder de la resurrección que hay en sus sermones. La causa de Dios demanda tales líderes, en toda la línea de actividades, desde los subalternos hasta los superiores. Cuán débiles y mezquinos son nuestros esfuerzos cuando tratamos de trabajar en la obra sin esta clase de líderes.

Los ritos, formalidades u organizaciones, a menos que estén respaldadas por la santidad del hombre, son ofensivas ante su vista:

“No me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación; luna nueva y día de reposo, el convocar asambleas, no lo puedo sufrir; son iniquidad vuestras fiestas solemnes” (Is. 1:13).

¿Por qué Dios habla tan fuertemente contra sus propias ordenanzas? Porque la pureza personal había fallado. El hombre impuro ha manchado todas las instituciones sagradas de Dios. Los hombres le han construido hermosos templos y se han esforzado hasta el cansancio en complacerle con sus dones y talentos; pero de una manera dura, Él ha reprendido a estos adoradores orgullosos y ha rechazado sus dones y talentos. Jehová dijo así:

“El Cielo es mi trono, y la Tierra el estrado de mis pies; ¿dónde está la casa que me habréis de edificar, y dónde el lugar de mi reposo? Mi mano hizo todas estas cosas, y así todas estas cosas fueron, dice Jehová; pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi Palabra. El que sacrifica buey es como si matase a un hombre; el que sacrifica oveja, como si degollase a un perro; el que hace ofrenda, como si ofreciese sangre de cerdo; el que quema incienso, como si bendijese a un ídolo» (Is. 66:1-3).

Quitando los ojos de estas ofrendas tan vanas, Él declara: «... pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi Palabra».

El hecho de que Dios observe la pureza personal del hombre es fundamental. Las verdades simples sufren, siempre que la adoración adquiere múltiples formas sofisticadas.

Por hombres de oración y santidad entendemos hombres cuya presencia en la Iglesia es como el incienso ardiendo hacia Dios. Con Dios, el hombre lo puede todo.

La verdad es que la pureza personal del individuo es la única cosa que Dios requiere, lo cual se pierde de vista

Por hombres de oración y santidad entendemos hombres cuya presencia en la Iglesia es como el incienso ardiendo hacia Dios. Con Dios, el hombre lo puede todo.

Es el hombre y su carácter espiritual lo que Dios está buscando. cuando la Iglesia comienza a estimar a los hombres por lo que tienen. Cuando la Iglesia pone la mira en el dinero del hombre, su estado social, o sus pertenencias cualesquiera que sean, los valores espirituales están en un serio desprestigio, pues ni las lágrimas de penitencia ni el peso de la culpa se hacen presentes en medio de tal congregación. Los sobornos mundanos han abierto y manchado las puertas de perlas por medio de la impureza.

Esta verdad, en cuanto a que Dios está buscando la pureza personal, se ve anulada cuando la Iglesia tiene más ambición por la cantidad que por la calidad. Los números no son nuestra meta, sino la pureza personal...

La era de la Iglesia organizada como una maquinaria andante no es una era destacada por su fuerte y elevada piedad. Las maquinarias son para los ingenieros y las organizaciones para los generales, pero no para regir a los santos. La organización más simple puede conllevar tanto pureza como fortaleza; pero más allá de cierto límite, la organización ignora al individuo y no le interesa la pureza personal. El empuje, la actividad y el entusiasmo vienen a ser los viciosos sustitutos del carácter espiritual. La santidad y demás gracias espirituales de una enseñanza sólida se descartan por creerse demasiado lentas y muy costosas para el apresuramiento en que vive nuestra era. De este modo, los resultados realmente espirituales son prácticamente imposibles; éstos solamente pueden ser asegurados por la fe, la oración y la espera y confianza en Dios.

Sin embargo, es el hombre y su carácter espiritual lo que Dios está buscando. Si los hombres santos pudieran volverse de los fáciles procesos de la Iglesia súper organizada y volvieran a los caminos antiguos, nos consideraríamos felices; pero no creemos que sea así. Sigamos nosotros a la vieja usanza, el camino que los santos profetas siguieron: la senda real para la santidad.

Un ejemplo de esto es mostrado claramente en el caso de William Wilberforce. Elevado en su posición social, miembro del Parlamento, famoso hombre de estado, no fue llamado por Dios para abandonar su alta posición social ni para dejar el Parlamento, pero sí fue llamado a ordenar su vida de acuerdo al plan determinado por Jesucristo y a entregarse a Él en oración. Al leer la historia de su vida lo que en realidad impresiona es la santidad y devoción

hacia sus horas de retiro en quietud y comunión con Dios. En el principio de su carrera religiosa, dijo:

“Mi principal razón para tener un día de oración secreta es que el Estado y sus asuntos públicos son muy críticos y delicados y demandan la inmediata ayuda divina. Asimismo me es difícil saber cómo actuar frente a muchas circunstancias de mi vida. Por lo tanto, debo buscar especialmente la dirección de Dios con mucha frecuencia. En situaciones públicas dificultosas he sido sostenido maravillosamente por la gracia de Dios. He salido de viaje y he vuelto a casa sano y salvo, encontrando siempre un caluroso recibimiento. También espero humildemente, que lo que ahora estoy haciendo sea una prueba de que Dios no ha quitado su Santo Espíritu de mí. Ciertamente, estoy cubierto por sus misericordias”.

En otro momento escribió lo siguiente:

“He encontrado que los muchos libros separan mi corazón de Dios. He estado ideando un plan de estudios para mí mismo, pero tengo presente el hecho de que una cosa es necesaria: que si mi corazón no puede mantenerse en un estado espiritual sin tanta oración, lectura de la Escritura y meditación, consideraré todo plan trazado como incompatible, y buscaré primero el Reino y la justicia de Dios”.

Y es que para un avance espiritual todo debe estar absolutamente rendido ante Dios...

“Me temo... *-le oímos decir-* que no he estudiado suficientemente las Escrituras. En las vacaciones de verano tendré que leer la Biblia una o dos horas por día, además de orar, leer mis devocionales y tener mi meditación. Dios me prosperará mucho más si de veras espero en Él”.

Las experiencias de muchos hombres muestran que sin la oración constante y la vigilancia espiritual, los valores del alma se empobrecen.

Así, por ejemplo, las devociones de Doddridge por la mañana y por la noche eran para él asuntos de verdadera importancia. El coronel Gardiner siempre pasaba horas en oración durante la mañana antes de continuar con cualquier clase de actividad. Bonnell practicaba largas devociones de mañana y al caer la noche, y repetía los salmos mientras se vestía, para elevar su mente hacia las cosas celestiales. Solía decir:

Las experiencias de muchos hombres muestran que sin la oración constante y la vigilancia espiritual, los valores del alma se empobrecen.

La experiencia de todos estos grandes hombres confirma lo dicho: sin especial dedicación a la oración y las devociones, el alma anda encorvada. Todos ellos conocían el secreto de una vida santa.

“Debo mirar constantemente a Dios para que mi vida sea efectiva. Temo que mis devociones son demasiado apuradas y que no estoy leyendo la Escritura como debería hacerlo. Debo crecer en la gracia; debo amar más a Dios; debo sentir más el poder de las cosas divinas. El haberme ocupado en otras cosas, el haber realizado un buen trabajo, todo es secundario; ante todo, debo alimentar mi alma”.

El nuevo año comenzó con la Santa Cena y con nuevos votos para Bonnell:

“Seguiré adelante *—escribió—*, y haré todo lo posible para conocer mejor a Dios y amarle más. Estoy seguro de que el Espíritu Santo derramará el amor de Dios sobre mi corazón. Sin la oración, la humildad y la vigilancia, el sentido de las cosas divinas perecería”.

Él decía que para prepararse para el futuro, no encontraba nada más efectivo que la oración privada y las enseñanzas del Nuevo Testamento. Y añadió:

“Debo decir que últimamente he tenido muy poco tiempo para mis devociones personales. Debo permanecer más a solas con Dios. Temo estar metiéndome en lo que Owen llamaba el juego de pecar y arrepentirse... Señor, ayúdame; las devociones cortas desnutren el alma, y finalmente ésta desmaya. No debe ser así. Debo redimir el tiempo. Me doy cuenta fácilmente de lo disminuido que estoy en mi espíritu cuando no me tomo un buen tiempo para mis devociones privadas; debo ser, pues, muy cuidadoso y velar en oración.”

En otra época de su vida, declaró:

“Debo tratar de poner en práctica lo que hace tiempo oí de cierto hombre, el cual, cuando llegó de Bond Street, en una pequeña villa, lo primero que hacía cada día era encerrarse en su habitación. He estado reservando horas muy tardías y apenas si he dedicado media hora a mis oraciones”.

Finalmente, esto fue lo que escribió a su hijo:

“Permíteme que te aconseje fuertemente a que no seas seducido por el abandono o el apresuramiento en tus oraciones matinales. Más que todas las cosas, guárdate de descuidar tu comunión con Dios. No hay nada más fatal para la vida y el poder espiritual. Debes tener más solicitud en estas cosas. Dedica las horas tempranas del día a la oración y ora, por lo menos, tres veces al día. ¡Cuánto

mejor podría haber servido yo si hubiera cultivado una comunión más cercana con Dios!”

Seguramente, la experiencia de todos estos grandes hombres confirma lo dicho: sin especial dedicación a la oración y las devociones, el alma anda encorvada. Todos ellos conocían el secreto de una vida santa. ¿No es acaso allí donde la mayoría de nosotros fallamos? Estamos tan ocupados en otras cosas, aun haciendo bien y llevando adelante la obra del Señor, que descuidamos los quietos momentos de oración con Dios; y antes de darnos cuenta, el alma se encuentra empobrecida y desnutrida.

“Una sola noche en oración *—decía Spurgeon—*, nos hace sentir renovados, cambia nuestra pobreza de alma en salud espiritual, y las derrotas y temores en gloriosas victorias”.

Tenemos un ejemplo de ello en la vida de Jacob. Astuto y calculador como era, y casi sin ningún aspecto apreciable, sin embargo una noche en oración convirtió al engañador en un príncipe y le rodeó de grandeza celestial. Desde esa noche en adelante, ese antiguo suplantador vive en las páginas sagradas como un miembro de la nobleza de los Cielos. ¿No podríamos nosotros, hombres de cualquier época, pasar una noche tal que nos llene de riquezas del Cielo? ¿Es que no tenemos ambición sagrada? ¿Somos sordos a los llamados del amor divino? Mis hermanos, si los hombres dejan sus comodidades por causa de la ciencia y el poderío económico, ¿no podríamos nosotros hacerlo por amor a Dios y el bien de las almas? ¿Dónde está nuestro celo? ¿Dónde nuestra gratitud y sinceridad? Realmente me avergüenzo cuando pienso en ello. Que podamos allegarnos a Jacob y llorar con él, cuando se asía del ángel y le decía como en el himno:

“Contigo deseo la noche pasar,
y luchar hasta que el día traiga el despertar”.

Seguramente, hermanos, que si hemos dedicado tanto tiempo al mundo, podremos reservar un tiempo para adquirir sabiduría espiritual. Muchos hemos pasado noches enteras en lugares de diversiones, y entonces no nos cansábamos, deseábamos que las horas se prolongaran para seguir en una alegría salvaje y quizás para sumergirnos todavía más en el pecado. ¿Seremos, por lo tanto, perezosos en las tareas celestiales? ¿O velaremos junto con el Señor? Levántate, corazón dormido. ¡Jesucristo te llama!

No podemos pretender ni esperar crecer a la semejanza de nuestro Señor a menos que sigamos su ejemplo y dediquemos más tiempo a la comunión con el Padre. Un real y verdadero avivamiento en la oración producirá una auténtica revolución espiritual.

Levántate y ve al encuentro de tu Amigo celestial en el lugar donde Él se manifiesta.

No podemos pretender ni esperar crecer a la semejanza de nuestro Señor a menos que sigamos su ejemplo y dediquemos más tiempo a la comunión con el Padre. Un real y verdadero avivamiento en la oración producirá una auténtica revolución espiritual.

8

"Pídeme..."

Cuando leo los cuatro evangelios, me doy cuenta de que hay en ellos una grandeza que emana de la Persona de Jesús, el cual era de una naturaleza divina como no se vio otra sobre esta Tierra.

GOETHE

Nunca los sentidos están tan bien utilizados como cuando se ponen al servicio de la oración. Es difícil insistir y esperar en oración, no oyendo ninguna voz, hasta que Dios se manifieste.

Puede decirse con verdadero énfasis que ningún santo que sea holgazán orará. ¿Puede haber un santo holgazán? ¿Puede haber un santo que no ore? ¿Puede haber un soldado cobarde? ¿Puede existir la santa hipocresía? ¿Pueden haber vicios virtuosos? Cuando todas estas imposibilidades existen y son hechos consumados es cuando podemos encontrar un santo vacío de oración.

Interiorizarse en la oración es un asunto delicado, pero no difícil. Decir oraciones de una manera prolija no es una tarea difícil. Pero orar realmente, hasta que el mismo infierno sienta ese golpe poderoso, orar hasta que los portales de hierro de la dificultad se abran, hasta que las montañas y los obstáculos sean removidos, hasta que las nieblas y las nubes se hayan despejado y el sol brille intensamente, ésta sí que es una tarea difícil; pero es el trabajo de Dios y la mejor labor que puede ejercer el hombre.

Nunca los sentidos están tan bien utilizados como cuando se ponen al servicio de la oración. Es difícil insistir y esperar en oración, no oyendo ninguna voz, hasta que Dios se manifieste. El gozo de la oración contestada es el gozo de una madre cuando tiene en sus brazos a su bebé recién nacido; el gozo de un esclavo cuyas cadenas han sido rotas y se le ha dado la libertad.

Cuando la dispensación de la oración verdadera es, sin embargo, sustituida por una simulación farisea, las respuestas no vienen y los resultados son nulos.

Y es que orar no es cosa fácil... Respaldando la oración deben de encontrarse numerosas condiciones. Estas condiciones son posibles, pero no pueden ser puestas en acción en un solo momento por aquel que no acostumbra a orar. Están presentes en el hombre fiel y santo, pero no

Las posibilidades de la oración corren paralelas a las promesas de Dios... La oración abre una puerta a las promesas, las pone en acción y asegura sus fines, llenos de gracia. Más que esto, la oración, como la fe, obtiene promesas y aumenta sus operaciones y la medida de sus resultados.

pueden existir en el frívolo, negligente y holgazán. La oración no se confecciona sola, no es algo aislado, sino que la oración se combina con una vida que lleva todos los deberes de una ardiente piedad en ejercicio continuo.

La oración de fe honra a Dios, conoce profundamente su ser, exalta su poder, adora su providencia y asegura su ayuda. Orar bien significa hacer las cosas bien. Las condiciones antecedentes, coincidentes y subsecuentes de la oración no son, pues, otra cosa sino la suma de una piedad en pleno ejercicio.

Y las posibilidades de la oración corren paralelas a las promesas de Dios... La oración abre una puerta a las promesas, las pone en acción y asegura sus fines, llenos de gracia. Más que esto, la oración, como la fe, obtiene promesas y aumenta sus operaciones y la medida de sus resultados.

Por ejemplo, en la promesa de Dios a Abraham y a su simiente; una matriz estéril y algún otro obstáculo se interpuso en el camino de su cumplimiento; pero la oración quitó todas estas imposibilidades, abrió un camino, añadió la facilidad y la rapidez de su realización, y por medio de la oración, la promesa tuvo un cumplimiento final maravilloso.

Las posibilidades de la oración se encuentran en su alianza con los propósitos de Dios, puesto que sus propósitos y las oraciones de los hombres son la combinación de todas las fuerzas potentes y omnipotentes. Es más, las posibilidades de la oración se demuestran en el hecho de que ésta cambia los propósitos de Dios.

En la misma naturaleza de la oración se halla el hecho de suplicar y dar a Dios datos específicos de lo que uno desea. La oración no es una negación, sino una fuerza positiva. Nunca se rebela contra la voluntad de Dios, ni entra en conflicto con esa voluntad, pero es evidente que a veces busca cambiar o modificar los propósitos divinos. Cristo dijo:

"La copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?" (Jn. 18:11).

Y esa misma noche oró:

"Padre, si quieres, pasa de Mí esta copa" (Mt. 26:39).

De igual modo, los propósitos de Dios estaban ya fijados para la destrucción de Israel, y cuando la oración de Moisés los cambió, salvó a una nación. También, en el

tiempo de los jueces los israelitas eran apóstatas y estaban gravemente oprimidos. Pero ellos se arrepintieron y clamaron a Dios, y Él dijo:

"Mas vosotros me habéis dejado, y habéis servido a dioses ajenos; por tanto, Yo no os libraré más" (Jue. 10:13).

Entonces, ellos se humillaron y dejaron de lado sus dioses extraños, y dice la Escritura que "el corazón de Dios estaba apesadumbrado por la miseria de Israel" (Jue. 10:16), y les mandó liberación por medio de Jefté.

Las posibilidades de la oración pueden verse, en efecto, desde el punto de vista de las diversas condiciones que alcanzan y los diversos fines que aseguran...

Elías oró sobre un muchacho muerto, y éste volvió a la vida; Eliseo hizo otro tanto. Cristo oró frente a la tumba de Lázaro, y Lázaro salió fuera. Pedro se arrodilló y oró junto al cuerpo muerto de Dorcas, y ella abrió sus ojos y se sentó, y fue presentada viva a la muchedumbre boquiabierta. Pablo oró por Publio y le sano. La oración de Jacob cambió el odio asesino de Esaú en un beso y un sentimiento de ternura hacia su hermano. Dios le dio a Rebeca gemelos, Jacob y Esaú, porque Isaac había orado por ella. José fue el fruto de las oraciones de Raquel. Las oraciones de Ana hicieron posible que Israel tuviera a tal profeta como Samuel. Juan el Bautista nació de Elizabeth, ya pasada de edad para concebir, siendo además estéril, pero sucedió gracias a las oraciones de Zacarías. La oración de Eliseo trajo hambre o cosecha para Israel. Las oraciones de Esdras trajeron al Espíritu de Dios sobre la ciudad de Jerusalén, de modo que se sintieran arrepentidos y, en medio de lágrimas, se volvieran a Dios. Las oraciones de Isaías hicieron retroceder la sombra del sol diez grados en el dial de Acáz.

En contestación a las oraciones de Ezequías, un ángel mató ciento ochenta y cinco mil hombres del ejército de Senaquerib en una noche. Las oraciones de Daniel le abrieron la visión de la profecía, le ayudaron a administrar los asuntos de un poderoso reino y enviaron a un ángel a cerrar la boca de los leones. Un ángel fue enviado también a Cornelio, y a través de él se abrió el Evangelio a los gentiles, debido a sus oraciones que habían subido ante Dios...

"¿Y qué más digo? Porque me faltaría tiempo contando de Gedeón, de Barac de Sansón, de Jefté, de David, así como de Samuel y de los profetas; que por fe conquistaron

En la misma naturaleza de la oración se halla el hecho de suplicar y dar a Dios datos específicos de lo que uno desea. La oración no es una negación, sino una fuerza positiva. Nunca se rebela contra la voluntad de Dios, ni entra en conflicto con esa voluntad, pero es evidente que a veces busca cambiar o modificar los propósitos divinos.

La oración hace intervenir a Dios en el asunto a tratar con una fuerza de orden específica. Dios nos exige que pongamos todas las cosas delante de Él en oración, que insistamos en esa oración y que oremos siempre. Estos ejemplos no son sino muestras de las ilimitadas posibilidades de la oración bajo las promesas de Dios a aquellos que cumplen con las condiciones de una oración correcta.

reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros" (He. 11:32-34).

Sí, la oración hace intervenir a Dios en el asunto a tratar con una fuerza de orden específica. Dios nos exige que pongamos todas las cosas delante de Él en oración, que insistamos en esa oración y que oremos siempre. Estos ejemplos no son sino muestras de las ilimitadas posibilidades de la oración bajo las promesas de Dios a aquellos que cumplen con las condiciones de una oración correcta.

Estos pasajes, por lo tanto, dan un bosquejo general de las inmensas regiones sobre las cuales la oración extiende su poderío. Más allá de estos efectos, la oración alcanza y asegura buenas cosas provenientes de regiones que no pueden ser descritas o expresadas ni por el lenguaje ni por el pensamiento. Así, Pablo anotaba el lenguaje y el pensamiento en la oración, pero consciente de las necesidades aún sin cubrir y de Reinos celestiales impenetrables y sin descubrir, dejó grabado en la Escritura:

"Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros" (Ef. 3:20).

La promesa es:

"Clama a Mí, y Yo te responderé y te mostraré cosas grandes y ocultas que tú no conoces" (Jer. 33:3).

También, Santiago declara que "la oración eficaz del justo puede mucho" (Stg. 5:16).

Y en el *Apocalipsis* de Juan, toda la creación inferior de Dios, con su gobierno providencial, la Iglesia y el mundo angélico están en actitud de esperar la eficiencia de las oraciones de aquellos santos que llevan en sí importantes asuntos del Cielo y la Tierra:

"Otro ángel vino entonces y se paró ante el altar, con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos (...) Y el ángel tomó el incensario, y lo llenó de fuego del altar, y lo arrojó a la tierra; y hubo truenos, y voces, y relámpagos, y un terremoto" (Ap. 8:3, 5).

Ciertamente, la oración es la causante de todas estas alarmas, agitamientos y agonías. "Pídeme -dice Dios a su

Hijo, y a la Iglesia de su Hijo-, y te daré por herencia las naciones, y por posesión tuya los confines de la Tierra" (Sal. 2:8).

Los hombres que han hecho cosas poderosas para Dios siempre han sido poderosos en la oración, y por esta causa esas grandes hazañas de fe se hicieron posibles. Ellos entendían bien los alcances y las posibilidades ilimitadas de la oración.

El Hijo de Dios, el primero y más poderoso de todos, nos ha mostrado la tremenda potencia y alcance de la oración. Pablo era poderoso porque sabía cómo usar el poder de la oración y cómo entrenar a otros para que lo usaran.

Hay algunos estorbos o impedimentos para la oración que sólo una intensa llama puede allanar. La oración puede ser dicha en voz baja, pero nunca puede ser fría de corazón. Sus palabras pueden ser pocas, pero deben ser fogosas. Puede que sus sentimientos no sean impetuosos, pero es necesario que sean blanqueados por el calor. Es la oración ferviente y eficaz la que tiene influencia ante Dios.

El serafín despierto, vigilante y adorando es la figura de la oración: irresistible en su ardor; devoto y que no se cansa nunca.

La casa de Dios es la casa de oración; la obra de Dios es la obra de la oración. Y es el celo por la casa de Dios y por la obra de Dios lo que hace que dicha casa sea gloriosa. Oremos, pues, con celo y fervor y tapemos, así, la boca de aquellos que se mofan de la impotencia de una Iglesia secularizada, porque ha perdido su fervor en la oración.

El serafín despierto, vigilante y adorando es la figura de la oración: irresistible en su ardor; devoto y que no se cansa nunca.

9

Dificultades en la vida de oración

La religión comienza a declinar cuando la oración es estorbada. Y lo que estorba a la oración estorba a la vida de fe.

Señor Jesucristo, hazme conocer la gloria de tu Nombre en mi experiencia diaria y enséñame cómo usarla en mis oraciones, de manera que pueda ser como Israel, un príncipe que prevaleció con Dios. Tu Nombre es mi pasaporte, y me asegura el acceso a ti. Tu Nombre es mi ruego, y el que me asegura la respuesta; tu Nombre es mi honor, que me asegura la gloria. ¡Bendito Nombre! Eres dulce como la miel a mi paladar, música a mis oídos, Cielo para mi corazón, y el todo en todo en mi ser.

C. H. SPURGEON

¿Por qué no oramos? ¿Cuáles son los impedimentos para la oración? Ésta no es simplemente una pregunta trivial o de mera curiosidad. Ya que no sólo abarca el problema de nuestra vida de oración, sino también el de toda nuestra vida religiosa. La religión comienza a declinar cuando la oración es estorbada. Y lo que estorba a la oración estorba a la vida de fe.

Quien esté demasiado ocupado para orar lo estará también para vivir una vida de santidad. Otros deberes absorbentes y apremiantes irán tomando el lugar de la oración. En muchos casos se podría dar un veredicto de "oración muerta", y por consiguiente, una calamidad espiritual.

Esta manera de estorbar la oración se convierte en algo tan natural, tan fácil e inocente que se nos pasa inadvertido. Pero si permitimos la decadencia de nuestra oración por las demás actividades, los resultados siempre serán los mismos. Lo que más quiere Satanás es que crezcan las malas hierbas en nuestra senda de oración. Una vida falta de momentos de intensa comunión con Dios llevará una fe no basada en el Nombre de Dios, y no le dará la gloria a Él. Pues la gloria de Dios es asegurada solamente cuando en una vida cristiana hay un verdadero capital de oración.

Los apóstoles comprendieron este asunto cuando declararon que su tiempo no debía emplearse ni siquiera en los deberes sagrados de dar. Por esto dijeron:

"Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo. Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la Palabra" (Hch. 6:3 y 4).

El proceso de estorbar la oración mediante la atención en otras cosas es escalonado en cuanto a su avance. Primero, se ora apresuradamente. Sobrevienen la prisa y la agitación, las cuales son fatales para todos los ejercicios devotos. Entonces, se acorta el tiempo de la oración. Luego se deja para lo último y se ora en los momentos sobrantes de tiempo. Su valor no se aprecia, el deber ha perdido su importancia. Ya no trae beneficios. Ha caído fuera de la estimación, fuera del corazón, fuera de los hábitos y fuera de la vida. Finalmente, dejamos de orar y dejamos de vivir espiritualmente.

Lo peor es que fuera de la oración no hay ninguna clase de represión contra las inundaciones de la mundanidad, los negocios y los cuidados. Cristo quiso darnos a entender precisamente esto cuando nos hablaba de orar y velar. No hay mejor iniciativa para el Evangelio que la oración. Pablo declaraba que de noche y de día había orado mucho para que pudieran ver su rostro y pudieran perfeccionar aquello que faltaba de su fe (véase 1 Ts. 3:10).

Sin embargo, no hay posible alcance a un alto estado en la gracia sin mucha oración, y solamente orando es posible mantenerse allí. Epafras llegó a conocer esto cuando oró fervientemente por la iglesia de Colosas:

"... para que estéis firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere" (Col. 4:12).

La única forma de preservar, pues, nuestra vida de oración y defenderla de los obstáculos que puedan aparecer es estimar la oración como algo de verdadero y gran valor. Es necesario estimarlo como lo hizo Daniel, quien cuando supo que el edicto había sido confirmado, "entró en su casa, y abiertas las ventanas de su cámara que daban hacia Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes" (Dn. 6:10). Esto es, poner la oración dentro de estos altos valores como lo hizo Daniel, sobreponiéndola a su alto cargo político, a sus honores, su bienestar y sobre la vida misma. Poned también la oración dentro de los hábitos que Daniel tenía. Lo cual representa mucho para dar fir-

La única forma de preservar, pues, nuestra vida de oración y defenderla de los obstáculos que puedan aparecer es estimar la oración como algo de verdadero y gran valor.

Si la oración fuera solamente una hora en la habitación, las dificultades estorbarían aun esa única hora: la oración consiste en toda una vida de preparación para esos momentos a solas con Dios.

meza y fidelidad en la hora de la prueba; y para quitar los estorbos y las circunstancias opositoras.

Una de las tretas más astutas de Satanás es destruir lo mejor por medio de lo bueno. Los negocios y otras tareas o deberes son en sí buenos, pero estamos tan asfixiados por éstos que dejamos que se destruya lo mejor. La oración sostiene segura la ciudadela para Dios, y si Satanás logra, por cualquier medio, debilitar la oración, entonces se considera un ganador. Y cuando la oración muere, la ciudadela es tomada.

Debemos, por tanto, velar en oración como el centinela mantiene su guardia, con una vigilancia siempre despierta. No debemos de mantenerla raquílica, o débil como un bebé, sino como un fuerte gigante.

Nuestra cámara de oración debería ser testigo de nuestras fuerzas más frescas y mejores, en nuestro tiempo más tranquilo, de horas sin apresuramiento y sin obstrucciones. Un lugar privado y un prolongado tiempo son la vida de la oración. Arrodillarse tres veces al día y orar y dar gracias a Dios como lo hacía Daniel es el corazón mismo de la oración, el alma de nuestra vida cristiana. Esto produce hombres como Daniel, de un excelente espíritu y amado en los Cielos.

Empero si la oración fuera solamente una hora en la habitación, las dificultades estorbarían aun esa única hora: la oración consiste en toda una vida de preparación para esos momentos a solas con Dios. ¡Cuán difícil es cubrir los negocios, el hogar, las dulzuras y amarguras de la vida, con la atmósfera santa de las horas a solas con Dios! Una vida santa es la única preparación para la oración. Es tan difícil orar como vivir una vida santa. Los hombres no aman la oración santa, porque no aman ni practican una vida santa.

La grandeza de la oración, involucrando a la totalidad del hombre, no puede realizarse sin una disciplina espiritual. Esto hace que sea una tarea difícil; y ante este esfuerzo consumidor, nuestra pereza o debilidad espiritual no pueden menos que avergonzarnos.

Debemos recordar que la simplicidad de la oración es un gran obstáculo para la verdadera y auténtica oración. El intelecto se interpone en el corazón. El espíritu de la oración tiene que ser como el de un niño. No es cosa fácil hacer que el hombre se vuelva niño otra vez. Él puede de-

sear ser niño nuevamente en algunos aspectos de la vida, pero donde en realidad debe volver a serlo es en la oración. Un niño es simple, dulce, confiado, no tiene sombra de duda ni temperamento negativo; y expresa el deseo que le consume a través de un grito. Montgomery presenta las dificultades de la verdadera oración cuando declara la sublimidad y simplicidad de la oración, en las siguientes palabras:

“Orar es la forma más simple de hablar, que labios infantiles se apresten a decir. Pero es el son más alto que puede aún hoy llegar al trono de la excelsa Majestad”.

Esto no es sólo un pensamiento poético, sino una profunda verdad sobre la excelsitud y simplicidad de la oración. Hay grandes dificultades en alcanzar los acordes angélicos y exaltados de la oración, pero la dificultad de descender hasta hacerlo con la simplicidad de un niño ciertamente no es menor.

No es extraño, entonces, que a la oración en el Antiguo Testamento se la llame “lucha”. En ella están involucrados la habilidad, el conflicto y un esfuerzo exhaustivo.

En el Nuevo Testamento tenemos términos tales como “contender, trabajar fervientemente, eficacia, agonía...”; todos indicando el intenso esfuerzo que se debe poner y los resultados finales, sumamente positivos.

Hemos aprendido, además, que los resultados asegurados por la oración generalmente están en proporción a la supresión de los obstáculos que pudieran interferirse en nuestra comunión con Dios. Con este fin, Cristo enseñó una parábola, “diciendo que los hombres deben orar siempre y no desmayar” (véase Lc. 18:1-8). La parábola de la viuda importuna enseña las dificultades en la oración: cómo deben de ser conquistadas y los resultados felices que siguen a la oración persistente. Alguien dijo que “Satanás siempre tiembla cuando ve al más débil de los santos puesto de rodillas”. Y mientras esto siga en vigencia, las dificultades siempre obstruirán el camino hacia la soledad con Dios.

La fe valerosa se purifica y se hace más fuerte por medio de las dificultades. Estas dificultades entrenan el ojo de la fe hacia el glorioso premio que será ganado por quien batalle valientemente en oración. Los hombres no deben desmayar en esta lucha, pero deben entrenarse por

Hay grandes dificultades en alcanzar los acordes angélicos y exaltados de la oración, pero la dificultad de descender hasta hacerlo con la simplicidad de un niño ciertamente no es menor.

Podremos bendecir a Dios por medio de una vida de oración, si a la vez tenemos la bendición de Dios en nuestra recámara a solas con Él.

completo a esta labor desafiante; enfrentando las dificultades en el camino y experimentando la más grande alegría en los resultados. También orar bien significa "vivir bien y morir bien".

La oración es un don único en su carácter; no es popular ni común. La oración no es el fruto de los talentos naturales; es el producto de la fe, la santidad y de un profundo carácter espiritual. La gente aprende a orar como aprende a amar. Los principales ingredientes para lograrlo son simplicidad, humildad y fe. La labor de la oración es sumamente refinada y exquisita, sólo aquellos santos entregados totalmente a ella van aprendiendo sus secretos; no es trabajo para hombres apurados y entretenidos con el diario trajín.

Muy al contrario, se necesita que el espíritu de la oración rija constantemente nuestros espíritus y nuestra conducta; es decir, es el Espíritu Santo vivido en el lugar donde dedicamos nuestro tiempo a la oración el que debiera controlar nuestras vidas.

Es más, orar continuamente en el Espíritu y actuar siempre controlados por Él hace que nuestra vida de oración se vaya reforzando más y más. Lo que somos y hacemos en nuestra vida cotidiana será lo que traerá fortaleza y victoria o debilitamiento y derrota en los momentos que nos encerramos a solas para orar en nuestra habitación.

Así, podremos bendecir a Dios por medio de una vida de oración, si a la vez tenemos la bendición de Dios en nuestra recámara a solas con Él.

Otro requisito imprescindible para una oración efectiva es hacer la voluntad de Dios en nuestras vidas, si es que deseamos tener el oído de Dios atento cuando vamos a orar. En otras palabras, debemos escuchar la voz de Dios en público si queremos que Él escuche la nuestra en privado. Pues no hay manera de orar a Dios, que no implique vivir para Él.

En efecto, los hombres orarían mejor si vivieran mejor. Podrían recibir mucho más de parte de Dios si vivieran más obedientemente, agradándole. Tendríamos más fortaleza y tiempo para la divina labor de la intercesión si no tuviéramos que gastar tanto tiempo y fuerzas en los asuntos mundanales. Nuestra hora de comunión con Dios no se limita a ser un confesionario, sino que es una dulce relación con nuestro Padre y una intensa y ferviente intercesión.

Juan nos dice acerca de la oración en los tiempos de la Iglesia Primitiva:

"... y cualquier cosa que pidiéremos la recibiremos de Él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de Él" (1 Jn. 3:22).

Deberíamos percatarnos de las áreas ilimitadas que esto cubre y de los dones sin límite que son recibidos por medio de esta clase de oración: "cualquier cosa". ¡Hasta qué grado puede llevar la oración poderosa! La clave radica en la obediencia, pero más que una mera obediencia, se trata de hacer las cosas que complacen a Dios. Sí, aquellos cristianos vivían una vida de santidad y agrado delante del Señor y tenían sumo deleite en pasar largos momentos en oración a solas con Él. Ellos estaban preocupados en indagar y buscar cuáles serían las cosas que podrían complacer a Dios. Podían acercarse, con avidez en sus corazones y semblante radiante, para encontrarse a solas con Dios en sus habitaciones; no sólo y simplemente para ser perdonados, sino también para ser aprobados y recibidos.

Y es que la manera en que nos acercamos a Dios hace mucha diferencia... No es lo mismo acercarse a Él como un criminal que como un niño; ni tampoco ser perdonados es equivalente a ser aprobados, arreglar cuentas o ser avergonzados. Para que nuestra oración sea fuerte, ha de estar respaldada por una vida santa. El Nombre de Cristo debe ser honrado en nuestras vidas antes de que sea honrado en nuestras intercesiones. La vida de fe perfecciona la oración de fe.

Permítaseme repetir la idea: nuestras vidas no sólo dan color a nuestra oración, sino que también le dan cuerpo y forma; lo cual implica que si oramos débilmente, es porque vivimos débilmente. El manantial de la oración no puede elevarse más que la fuente del diario vivir. No podemos hablar a Dios fuertemente cuando no hemos vivido fuertemente para Él. Nuestros momentos de comunión privada con Dios no pueden ser santos mientras nuestra vida no ha sido santa:

"Entonces invocarás, y te oirá Jehová; clamarás, y dirá Él: Heme aquí. Si quitares de en medio de ti el yugo, el dedo amenazador, y el hablar vanidad" (Is. 58:9).

La Escritura dice que los hombres deben orar "levantando manos santas" (1 Ti. 2:8). En otras palabras, no podemos separar la oración de la conducta.

Para que nuestra oración sea fuerte, ha de estar respaldada por una vida santa. El Nombre de Cristo debe ser honrado en nuestras vidas antes de que sea honrado en nuestras intercesiones. La vida de fe perfecciona la oración de fe.

Entre los dos grandes errores, no pedir y pedir mal, quizás lo peor sea pedir mal, porque produce una oración vacía, un fraude.

Y las palabras de Cristo, "velad y orad" (Mt. 26:41; Mr. 14:38), son para que cuidemos de nuestra conducta de modo que lleguemos a la comunión con nuestro Padre con toda la seguridad de una vida vigilada y pura. Debemos pasar nuestro tiempo aquí en esta Tierra en el temor del Señor, si deseamos acudir a Él como a un Padre.

Sin embargo, ¡cuántas veces nuestra vida cristiana se quiebra muy a menudo por nuestra conducta! Las hermosas teorías son echadas a perder por vidas desagradables. Nuestra religión sufre tanto como sufre nuestra vida cristiana. Los primeros predicadores debían predicar por medio de sus vidas. Por supuesto que la oración de arrepentimiento es aceptable. Pero arrepentirse significa dejar de hacer lo malo y hacer lo bueno. Esto es, un arrepentimiento que no produce un cambio de conducta es una farsa. La oración que no resulta en una conducta pura es un engaño. Con una conducta errada la oración se vuelve fría e ineficaz y, por tanto, no es de estima ante los ojos de Dios.

La pena es que muchas de nuestras oraciones no tienen propósito o meta. Hay mucha oración popular que no está respaldada por una vida llena de Cristo; es la oración que viene de corazones no santificados y labios sucios. La oración surge en esos casos por la influencia de una gran excitación, por alguna emergencia, a través de algún clamor, o por un gran peligro; pero las condiciones de la oración no se encuentran allí. Nos apresuramos ante la presencia de Dios y tratamos de ligarle a nuestra causa, inflamarle con nuestras pasiones, moverle por nuestro peligro. Se puede orar por todas las cosas, pero con manos limpias, con absoluta deferencia a la voluntad de Dios y permaneciendo en Cristo. La oración falsa jamás puede mover al Señor a dar una contestación. Es de esa oración que el apóstol Santiago dice:

"Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites" (Stg. 4:3).

Entre los dos grandes errores, no pedir y pedir mal, quizás lo peor sea pedir mal, porque produce una oración vacía, un fraude...

Los momentos de más oración no son en realidad los de mejor oración. Los fariseos oraban mucho, pero estaban impulsados por la vanidad; su oración era el símbolo de la hipocresía por la cual hicieron de la casa de Dios una cueva de ladrones. Su oración era para determinadas

ocasiones; mecánica, profesional, hermosa en palabras, fragante en sentimientos, bien ordenada, bien recibida por los oídos que la oían, pero totalmente vacía de cualquier elemento que compone la verdadera oración.

Las condiciones para la oración son ordenadas y claras: permanecer en Cristo y hacerlo en su Nombre. Y una de las grandes necesidades es despojarse de "oraciones huecas", las cuales, frecuentemente, son bellas en palabras, pero carecen de alma.

La oración hueca, vacía, no está basada en un deseo ardiente, está vacía de avidez y de fe. El deseo al carruaje de la oración carga, y la fe mueve sus ruedas. La oración falsa no tiene anhelo porque no hay sentido de necesidad; no hay ardor, porque no hay visión. Tampoco hay fuerza, ni esplendor de fe. No existe el clamor de Jacob:

"No te dejaré, si no me bendices" (Gn. 32:26).

Tampoco existe un ruego ardiente como el de "... dame Escocia, o me muero".

La oración vacía o hueca, no arriesga nada en ningún asunto, porque no tiene nada que arriesgar. Si bien viene con las manos vacías, también viene con las manos incapacitadas para recibir. No se aprende la lección de las manos vacías simplemente aferrándose a la cruz; pues esto es sólo el primer paso en el camino de la gracia.

La oración vacía, sin el "espíritu de la oración verdadera", tampoco pone el corazón en orar; esto la despoja de su sentido real y la hace un vaso vacío. El alma, el corazón y la vida deben estar presentes en nuestra oración; los Cielos deben sentir la fuerza de nuestro clamor y la realidad de nuestra necesidad. Nuestra voz de clamor en la oración debe brotar de una necesidad que nos oprima de tal modo, que no podamos acudir a nadie sino a nuestro Padre celestial.

La oración vacía es falsa. No tiene sinceridad y honestidad de corazón. Decimos con palabras lo que no deseamos decir con nuestro corazón. Nuestras oraciones dan forma a las cosas que no solamente nuestro corazón no anhela, sino que tampoco gusta. Una vez oí decir bruscamente a un eminente predicador, ahora ya con el Señor, en medio de una congregación que recién se había acomodado a orar:

"¿Para qué vais a orar? Si Dios os tomara y os sacudiera, y os preguntara seriamente si queréis verdadera-

El alma, el corazón y la vida deben estar presentes en nuestra oración; los Cielos deben sentir la fuerza de nuestro clamor y la realidad de nuestra necesidad. Nuestra voz de clamor en la oración debe brotar de una necesidad que nos oprima de tal modo, que no podamos acudir a nadie sino a nuestro Padre celestial.

No hay nada que preserve la vida de oración en su vigor, dulzura, obligaciones, seriedad y valor como una profunda convicción de que la oración es un acercamiento a Dios, una rogativa delante de Él. Entonces, aparecería una actitud de reverencia y una fe abierta, y se borrarían para siempre la frialdad y la formalidad.

mente lo que estáis pidiendo, me temo que os pondríais a balbucear, y no sabríais decirle ni siquiera qué es lo que acaban de pronunciar vuestros labios”.

Así sucede siempre; esta clase de oración no tiene memoria ni corazón. Es una mezcla heterogénea e insípida sin ninguna meta ni ningún fin. Es una rutina árida y aburrida, una tarea pesada...

Pero, sobre todo, la oración vacía es mucho peor todavía que un deber rutinario, pues es una tarea hipócrita que separa el orar del vivir; pronuncia palabras contra el mundo, pero con el corazón y la conducta lo que hace es correr hacia el mundo; ora pidiendo humildad, pero practica el orgullo; ora por una autonegación, mientras que está viviendo en la carne. En definitiva, antes que orar en esta forma vacía que describimos anteriormente, es preferible no hacerlo, pues esto sería fomentar un pecado, y pecar sobre nuestras rodillas es muy grave.

Antes de orar así es mejor no hacerlo; no sólo para el que lo hace, sino también para los demás. Pues los hombres han oído que Dios es Todopoderoso y que Él ha dado promesas, y cuando ven que éstas no se cumplen a través de las oraciones, comienzan a tener dudas y reparos en cuanto a las verdades divinas. Por lo tanto, los resultados de una oración vacía quitan la honra y gloria a Dios.

En contraste con esto, ¡qué poderosa fuerza es la que desarrolla la verdadera oración! La oración auténtica ayuda al hombre y a Dios. Por medio de ella, el Reino de Dios avanza. Los hombres reciben de ella los mayores beneficios. La oración puede hacer cualquier cosa que Dios pueda. La pena es que nosotros no creemos en esto como deberíamos creer y no lo ponemos a prueba.

¡Oh, si detrás de cada una de estas oraciones pronunciadas en todo tiempo y lugar, estuvieran los corazones inflamados de verdaderos hombres y mujeres de Dios! ¡Si sus corazones fueran reverentes y estuvieran inclinados como lo están sus rodillas!

No hay nada que preserve la vida de oración en su vigor, dulzura, obligaciones, seriedad y valor como una profunda convicción de que la oración es un acercamiento a Dios, una rogativa delante de Él. Entonces, aparecería una actitud de reverencia y una fe abierta, y se borrarían para siempre la frialdad y la formalidad.

10

La oración puede hacer todo lo que Dios puede

Un anciano hermano vino una noche al pastor y le dijo: “Estamos a punto de tener un avivamiento”. El pastor le preguntó por qué creía eso. Su respuesta fue: “Hace unas dos horas más o menos me fui al establo a cuidar de mi ganado, y allí el Señor me mantuvo orando hasta ahora. Y verdaderamente siento que tendremos avivamiento”. Éste fue el principio de tal avivamiento...

C. H. FISH

Que la oración puede hacer cualquier cosa que Dios puede hacer es, por cierto, una declaración tremenda; pero es una declaración nacida de la historia y de la experiencia. Si estamos permaneciendo en Cristo, viviendo en obediencia a su santa voluntad y nos acercamos a Dios en su Nombre, entonces aparece ante nosotros una infinita fuente de recursos de los tesoros del Cielo.

Y es que el objetivo de toda oración real es conseguir lo que se pide, así como un niño que llora pidiendo pan, cuyo fin es conseguir ese trozo de pan que desea.

Este punto de vista anula la esfera de las oraciones puramente rutinarias. La oración no es un elemento decorativo de una ceremonia religiosa. Tampoco es un formalismo meritorio computable según su cantidad, sino que es un directo clamor del corazón, sumamente intenso. La oración no consiste en un deber religioso que prevalece porque se ha hecho formalmente bien; sino que es el grito de un niño dirigido a la compasión del corazón del Padre y al poder de su santa mano.

La respuesta es segura siempre que pueda tocarse el corazón del Padre y mover su mano. El objetivo de pedir es recibir; el de buscar, encontrar. El propósito de llamar es obtener la atención de alguien y que nos deje entrar. Por eso, Cristo enseñó el valor de la persistencia en la oración y, como resultado, la confianza en la segura contestación; sabiendo que Él aliviará nuestro corazón cargado, dándonos la certeza de que nuestras peticiones son contestadas.

El objetivo de toda oración real es conseguir lo que se pide, así como un niño que llora pidiendo pan, cuyo fin es conseguir ese trozo de pan que desea. Este punto de vista anula la esfera de las oraciones puramente rutinarias.

¡Dios contesta la oración! El verdadero cristiano no ora con el objeto de conmovirse a sí mismo, sino que su oración es lo que le conmueve y hace que se eleve hasta asirse de Dios. El corazón de la fe no sabe nada acerca de ese plausible escepticismo que se detiene al pie de los escalones de la oración y enfría su ardor insinuando que la oración no afecta a Dios.

Como hijos de Dios hay cosas que necesitamos urgentemente, y vamos a presentárselas ante Dios. Ni el Hijo de Dios ni su Palabra afirman nada en cuanto a esa en parte "infiel" declaración de que nosotros debemos contestar nuestras propias oraciones.

¡Dios contesta la oración! El verdadero cristiano no ora con el objeto de conmovirse a sí mismo, sino que su oración es lo que le conmueve y hace que se eleve hasta asirse de Dios. El corazón de la fe no sabe nada acerca de ese plausible escepticismo que se detiene al pie de los escalones de la oración y enfría su ardor insinuando que la oración no afecta a Dios.

D. L. Moody acostumbraba a narrar la historia de una niña cuyos padres habían muerto, y fue adoptada por otra familia. La primera noche preguntó si podía orar como estaba acostumbrada a hacerlo. Los demás le contestaron afirmativamente. De modo que se arrodilló y oró tal como su madre le había enseñado; y cuando terminó añadió una pequeña oración hecha por ella misma: "Oh Dios, haz que esta gente sea para mí como lo fueron mi padre y mi madre". Entonces hizo una pausa, miró hacia arriba, como esperando una respuesta, y volvió a decir: "Por supuesto que lo harás". ¡Cuán dulce y sencilla que era la fe de esa pequeña! Ella esperaba que Dios le contestara su oración y estaba segura de que, por supuesto, sería así. Éste es el espíritu con el cual Dios nos invita a acercarnos a Él.

En contraste con este incidente está la historia del líder de Yorkshire, Daniel Quorm, que se encontraba visitando a un amigo. Una mañana vino a su amigo y le dijo:

—Cuánto siento que hayas tenido que sufrir tal desaliento...

—Pues no —dijo el hombre—. No he sufrido ningún desaliento.

—Sí —repuso Daniel—. Hoy estabas esperando algo muy importante.

—¿Qué quieres decir? —le respondió su amigo.

—Oraste para que pudieras mantenerte dulce y amable todo el día. Y, por el modo que las cosas han estado yendo, he visto que has sufrido una gran decepción.

—¡Oh! —dijo el hombre—. Pensé que te referías a algo en particular. Esto no es una decepción, puesto que ocurre cada día.

Así es la experiencia de muchas personas...

La oración es poderosa en sus hechos, y Dios nunca decepciona a aquellos que ponen su confianza en Él. Quizás tengan que esperar durante mucho tiempo para obtener una respuesta; o tal vez, incluso, no vivan para verla con sus propios ojos... Pero la oración de fe nunca pierde su objetivo.

La historia que narra el Dr. J. Wilbur Chapman ilustra muy bien lo que acabamos de decir... Un pastor amigo suyo de Cincinnati había predicado su mensaje y ya se había sentado en el púlpito, cuando se sintió compelido a hacer otro llamado. Entonces, un joven que estaba sentado en las últimas filas de la iglesia levantó su mano. El pastor dejó el púlpito y fue hacia él, diciéndole: "Cuéntame algo acerca de ti mismo". El joven dijo: "Yo vivo en Nueva York. Soy un hijo pródigo. He ensuciado el nombre de mi padre y he hecho pedazos el corazón de mi madre. Me fui de casa y les dije que no volvería hasta ser un cristiano o hasta que me llevaran muerto". Esa noche envió una carta a Cincinnati diciéndoles a sus padres que se había convertido a Cristo. Siete días después, en un sobre con borde negro, vino la siguiente respuesta: "Mi querido muchacho, cuando recibí la noticia de que habías aceptado a Cristo, tu padre había muerto". La carta narra cómo el padre, en su último suspiro, había orado por su hijo pródigo. Y concluía: "Te has convertido a Cristo porque tu viejo padre no te abandonó".

Un chico de catorce años recibió una orden de su padre para hacer cierta tarea. Sucedió que un grupo de muchachos pasó por donde él estaba y le tentaron a irse con ellos, de manera que el trabajo encomendado quedó sin terminar. De regreso a casa, aquella noche el padre le preguntó: "Frank, ¿has hecho el trabajo que te mandé?" Frank contestó con una afirmación. Por supuesto que dijo una mentira, y su padre lo sabía, pero no dijo nada. Esto perturbó al muchacho, pero se fue a la cama como de costumbre. A la mañana siguiente, su madre le dijo:

—Tu padre no ha podido dormir esta noche.

—¿Por qué? —inquirió Frank.

—Pasó toda la noche orando por ti —le respondió su madre.

Aquello fue como un flechazo que se clavó en su corazón y lo convenció de su culpa. No tuvo descanso hasta

La oración es poderosa en sus hechos, y Dios nunca decepciona a aquellos que ponen su confianza en Él. Quizás tengan que esperar durante mucho tiempo para obtener una respuesta; o tal vez, incluso, no vivan para verla con sus propios ojos... Pero la oración de fe nunca pierde su objetivo.

D. L. Moody,
J. Wilbur
Chapman,
John B.
Gough,
y tantos
otros,
demostraron
una gran fe
en la
oración
intercesora
y fueron
practicantes
fervorosos
de la
misma.

que arregló su pecado delante de Dios. Mucho después, cuando ese muchacho fue el obispo Warne, dijo que su decisión por Cristo dependió de las oraciones de su padre en aquella noche. Y añadió: "Nunca podré estar lo suficientemente agradecido a mi padre por sus oraciones".

Cierto evangelista explicó su experiencia: un día comenzó una serie de reuniones en una pequeña iglesia de unos veinte miembros, los cuales eran muy fríos espiritualmente, y también estaban divididos entre sí. Dos o tres señoras comenzaron una pequeña reunión de oración. Escribió él textualmente:

"Prediqué, y terminé a las ocho en punto. No había nadie para hablar o para orar. La próxima noche un hombre oró. A la mañana siguiente fui cabalgando seis millas hasta la casa de un ministro, y me arrodillé para orar. Fui de vuelta, y dije a la gente de la pequeña iglesia: *Si pueden hacerme lugar para que me quede entre ustedes, estaré en este pueblo orando todas las horas del día hasta que Dios abra las ventanas de los Cielos. Dios ha prometido bendecirnos y yo creo que lo hará.* Al cabo de diez días, había tantas almas ansiosas que me encontré con ciento cincuenta de ellas en una reunión, mientras que un grupo de cristianos estaba orando en otra habitación. Creo que fueron varios cientos los que se convirtieron. Ciertamente es seguro creer en Dios".

Una madre pidió al fallecido John B. Gough que visitara a su hijo y que hiciera lo posible para ganarlo para Cristo. Gough encontró que la mente del joven estaba llena de nociones escépticas y que era muy listo para discutir. Finalmente Gough pidió al joven —el cual había confesado tener cierta fe en Dios, aunque con reservas todavía y reparos para con todas las organizaciones humanas— que orara dando gracias a Dios.

—No conozco nada bueno por quien o por lo cual deba dar gracias —dijo.

—¿Y qué me dices acerca del amor de tu madre? —le contestó el predicador—. ¿No es acaso bueno y perfecto? ¿No ha estado ella siempre a tu lado y te ha cuidado aun cuando tu padre te echaba fuera?

El joven, tocado en su corazón, respondió:

—Sí, señor, así es.

—Entonces ora para que tu ser se inunde de amor. ¿Lo prometes?

Él lo prometió. Y aquella noche el joven oró en la quietud de su habitación. Se arrodilló cerró sus ojos y, luchando por un momento, balbuceó la palabra "amor". Instantáneamente, y como un rayo de luz, un texto bíblico vino a su memoria: "Dios es amor"; y dijo con voz temblorosa: "Oh, Dios". Entonces, otro haz de luz divina vino mientras meditaba: "De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito...". Y allí mismo, inmediatamente, exclamó: "¡Oh, Señor Jesucristo, encarnación del divino amor, muéstrame la luz de la Verdad!".

La lucha había terminado y se encontraba a la luz de una perfecta paz. Corrió escaleras abajo y le contó a su madre que había sido salvo. Y así fue cómo este joven llegó a ser un gran predicador y luchador a favor de la causa de Cristo...

En una ocasión hubo gran escasez de agua en Hakodate (Japón). La señorita Dickerson, de la Escuela Metodista Episcopal para señoritas, vio que el tanque del agua cada día bajaba más y más, por lo que llamó al directorio de la misión en Nueva York para pedir ayuda. No había dinero a mano y nada podía hacerse. La señorita Dickerson averiguó cuánto costaría poner un pozo artesiano, pero encontró que el precio era demasiado elevado... En la tarde del 31 de diciembre, cuando el agua estaba ya casi agotada, los maestros y las alumnas mayores se reunieron para orar por agua, aunque no tenían idea de cómo podría ser contestada su oración. Un par de días más tarde, la oficina de Nueva York recibió una carta que decía más o menos así:

"Filadelfia, 1 de Enero.

Son las seis de la mañana del primer día del año nuevo. Todos los demás miembros de la familia duermen, pero yo me desperté con una extraña impresión de que alguien, en algún lugar, está necesitando dinero, que Dios quiere que yo ofrende".

Junto con la carta iba un cheque por la cantidad que cubriría perfectamente los gastos para hacer el pozo artesiano y las cañerías dentro del edificio del colegio.

Un obrero de Dios llegó a declarar literalmente:

"He visto la mano de Dios extendida haciendo sanidades entre los paganos con un poder tan extraordinario como en los tiempos apostólicos... Una vez estaba yo predicando a dos mil chicas huérfanas rescatadas del hambre,

Gracias
a ello,
es decir,
a sus
oraciones
intercesoras,
las ventanas
del Cielo
fueron
abiertas
y la obra
misionera
fue
benedicida
con la mano
de Dios.

También John Hudson Taylor fue un hombre que sabía orar y cuyas oraciones se vieron bendecidas con fructíferas respuestas. En la historia de su vida, narrada por él mismo y por su señora, encontramos página tras página relatos de oraciones contestadas.

en Kedgaum (India), en la Misión de Pandita Ramabai. De pronto, un montón de serpientes tan venenosas y mortales como el reptil que mordió a Pablo aparecieron en el lugar donde estaban reunidas las chicas. El misionero dijo que sin duda habían sido enviadas por Satanás, pues muchas de las chicas, hermosas y fieles cristianas en su mayoría, fueron mordidas por estos reptiles, y dos de ellas dos veces. Pude ver a cuatro de ellas retorciéndose y sacudiéndose con convulsiones y luego inconscientes, aparentemente en la agonía final. La directora, la señora Ramabai, tuvo entonces la siguiente idea: *Haremos ni más ni menos lo que la Biblia dice. Deseo que se obedezcan las palabras escritas en Santiago 5:14-18.* Nos guió luego hacia los dormitorios, donde las chicas se retorcían en terribles espasmos; pusimos las manos sobre ellas y oramos, ungiéndolas con aceite en el Nombre del Señor. Cada una de ellas fue sanada en cuanto recibió la unción. Se fueron levantando de sus camas y alabando al Señor con sus rostros radiantes. Este milagro maravilloso que sucedió en medio de un pueblo pagano confirmó la Palabra del Señor y resultó ser una profunda y poderosa proclamación del Dios vivo y verdadero".

Algunos años atrás, el informe de la maravillosa obra de gracia con respecto a una de las estaciones de la misión para el interior de la China atrajo poderosamente la atención. Tanto el número como la calidad espiritual de los convertidos era mayor allí que en cualquiera de las otras estaciones misioneras. Esta rica cosecha de almas permaneció como un misterio hasta que John Hudson Taylor descubrió el secreto en una de sus visitas a Inglaterra... Al final de uno de sus discursos, un caballero vino al frente y se acercó al señor Taylor. Éste se sorprendió del conocimiento tan exacto que aquel hombre poseía acerca de la estación misionera de China.

-¿Pero cómo puede ser que usted esté tan familiarizado con las condiciones de esa obra?

-¡Oh! -respondió-, el misionero de allí y yo fuimos compañeros de colegio y durante muchos años nos hemos estado escribiendo. Él me enviaba los nombres y peticiones de los nuevos convertidos y yo los llevaba ante el Señor en oración cada día.

¡Por fin el secreto había sido descubierto! Un hombre de oración había estado orando definidamente, cada día,

por casos específicos. Ése era el verdadero misionero u obrero intercesor.

El mismo John Hudson Taylor, como todo el mundo sabe fue un hombre que sabía orar y cuyas oraciones se vieron bendecidas con fructíferas respuestas. En la historia de su vida, narrada por él mismo y por su señora, encontramos página tras página relatos de oraciones contestadas. En su ida a China por primera vez, en 1853, cuando solamente tenía veintiún años, recibió una contestación definida a su oración que le sirvió de gran aliento para su fe... Habían llegado al estrecho de Dampier, pero aún no estaban fuera de la vista de las islas. Usualmente soplabla una brisa después de la puesta de sol, la cual duraba hasta el amanecer. Pero durante ese día estuvieron desplegando velas y haciendo todo lo posible por avanzar, y se encontraron con que habían retrocedido, perdiendo un buen trecho del recorrido. La historia continúa en las propias palabras de John Hudson Taylor:

"Esto sucedió en una ocasión cuando nos encontramos a una peligrosa proximidad al norte de Nueva Guinea, poblada en aquel entonces por salvajes antropófagos que se aprestaban para un festín. El sábado por la noche nos hallábamos a unas treinta millas de tierra y durante el culto del domingo por la mañana, que tuvo lugar en cubierta, yo notaba que el capitán miraba con cierto recelo hacia los costados del barco.

Cuando el culto hubo terminado averigüé la causa: una corriente nos estaba llevando rumbo a unos arrecifes, y ya estábamos tan cerca, que parecía muy improbable que pudiéramos estar sanos y seguros para esa tarde. Después de comer, toda la tripulación trabajó afanosamente con el objetivo de hacer cambiar el curso del barco; mas todo fue inútil. Después de estar un rato en cubierta, el capitán me dijo:

-Bueno, hemos hecho todo lo que podía hacerse. Solamente cabe quedarnos quietos y esperar lo que vaya a pasar.

Un pensamiento acudió a mi mente y le contesté:

-No, hay una cosa que todavía no hemos hecho.

-¿El qué? -preguntó.

-Cuatro de nosotros a bordo somos cristianos. Retirémonos cada uno a su camarote y pongámonos de acuerdo en pedirle al Señor que nos mande inmediatamente

Ya en su primer viaje a la China, John Hudson Taylor vivió una experiencia semejante a la que viviera el apóstol Pablo en el barco camino a Roma. A saber, gracias a sus oraciones, la tripulación fue salvada de chocar contra unos arrecifes.

En este caso, una brisa. Él puede mandarla tan fácilmente ahora como la fe no en la puesta de sol. movió El capitán estuvo de acuerdo. Fui y hablé a los otros montañas, dos hombres, y todos nos retiramos para orar y esperar en pero Dios. Yo estuve un breve momento en oración, y entonces ciertamente sentí que de pronto mi alma estaba tan satisfecha, que ya cambió la no tenía objeto seguir pidiendo, y me volví a cubierta. El dirección del primer oficial, un hombre inconverso, estaba a cargo del viento y, barco. por tanto, Me dirigí hacia él y le pedí que bajara los puños de el curso del vela que habían sido subidos para facilitar que las velas barco. se hincharan cuando la brisa viniera. “Eso me –¿Para qué servirá eso? –me dijo ásperamente. llenó de Le respondí que habíamos estado pidiendo que Dios entusiasmo... enviara viento; y que iba a venir inmediatamente; y para –continuó entonces estábamos tan cerca del arrecife que no había narrando este tiempo que perder. Con gesto burlón el primer oficial me santo varón dijo que oír hablar del viento no le convencía y que pre- de Dios–. fería verlo con sus propios ojos... Pero mientras estaba Después de hablando, me fijé en su mirada, que se dirigía hacia arriba, unos días donde la parte superior de la vela comenzaba a temblar arribábamos por la brisa. a la China –¿No ve usted que el viento está viniendo? ¡Mire las para trabajar velas! –exclamé. allí y traer –No, es sólo un soplo –me respondió. delante –¿Sea soplo o no, ponga el barco en condiciones para de Dios navegar y permita que todos seamos beneficiados! toda clase y En unos minutos, los hombres de cubierta fueron de y variedad de buscar al capitán para mostrarle lo que estaba sucediendo. necesidades ¡La brisa había llegado! Pronto estábamos navegando en y peticiones, nuestra ruta a seis o siete nudos por hora, hasta que las cuales pasamos las islas de los salvajes Pelew”. serían “Eso me llenó de entusiasmo... –*continúo narrando este contestadas santo varón de Dios–. Después de unos días arribábamos a en honor al la China para trabajar allí y traer delante de Dios toda clase y variedad de necesidades y peticiones, las cuales serían Nombre del contestadas en honor al Nombre del Señor Jesús.”*

En *The Life of Faith* (del 3 abril de 1912), Samuel Dickey Gordon relató de manera inimitable la historia de un hombre contemporáneo suyo:

“Aquel hombre era un representante de Cambridge en la Cámara del Congreso, y procedía de una antigua familia inglesa. Tenía un cuerpo gigantesco y una mente

muy aguda, habiendo cursado estudios universitarios. Aunque había crecido en el seno de una familia cristiana, era escéptico y acostumbraba a dar charlas en contra del cristianismo. El mismo confesó, en sus conferencias, que su objetivo principal era llegar a probar que Dios no existía. Un día me contó que estando sentado en el Congreso, en plenas elecciones presidenciales, tuvo una experiencia peculiar (cualquiera hubiera pensado que ése era el lugar más inapropiado donde un hombre pudiera ponerse a pensar en las cosas espirituales):

Estaba en mi asiento en aquel salón lleno de gente, con bastante calor, cuando me sobrevino el sentimiento de que Dios, cuya existencia yo negaba, estaba justamente sobre mí, mirándome hacia abajo con mucho disgusto por lo que yo estaba haciendo. Me dije a mí mismo: ‘Esto es ridículo, creo que he estado trabajando demasiado duro. Me iré a casa y comeré bien, luego saldré a caminar un poco y volveré a este asiento’. Pero la impresión de que Dios estaba allí, disgustado conmigo, no me la podía sacar de encima.

Entonces volvió a su Estado para arreglar allí algunos asuntos que tenía pendientes. Tenía la ambición de ser gobernador de aquel Estado. Y continuó explicando:

Me fui a casa para ocuparme de ello y preparar la propaganda electoral. Pero no bien entré en mi casa e intercambié algunos saludos con amigos que allí había, me encontré con mi esposa, que era una ferviente cristiana, y me dijo que habían estado orando juntos para que yo me convirtiera.

Él no quería que su mujer supiera nada acerca de la experiencia que había tenido, así que le preguntó lo más descuidadamente posible, como no dando más importancia a la cuestión, cuándo comenzaron esas reuniones de oración. Después de reflexionar unos instantes, se dio cuenta de que fue justamente el mismo día y hora en que tuvo aquella extraña sensación que se había apoderado de él.

Posteriormente, pude hablar con este hombre personalmente y me declaró lo siguiente:

Cuando descubrí aquello, fui tremendamente sacudido. Quería ser sincero. De hecho, ya era sincero cuando no creía en Dios, pues pensaba que tenía la razón. Pero si lo que ella dijo era verdad, entonces, cual un abogado que examina su caso, habría una buena evidencia de que había algo en aquellas oraciones. Me encontraba terriblemente sacudido y conmovi-

Samuel Dickey Gordon relató para *The Life of Faith* la historia de un político candidato a gobernador del Estado que se convirtió a Cristo y abandonó su cargo a fin de hacerse predicador.

El secreto de esa conversión tan poderosa se hallaba en la cámara de su habitación, donde su mujer hacía incesantes oraciones al Señor intercediendo por su marido.

do, y no sabía qué hacer. Aquella misma noche me fui a una pequeña iglesia metodista y si alguien hubiera sabido cómo hablarme, yo creo que hubiera aceptado a Cristo en aquel mismo momento. Y añadió: Yo sabía que tenía que ser un predicador.

Así que fue a la iglesia y se arrodilló en el altar y rindió su terca voluntad a la de Dios...

Esta es la mitad de la historia. Hablé también con su esposa, pues quería poner las dos partes juntas, de manera que pudiera sacar conclusiones de todo aquello. Ella me contó que había sido una cristiana simplemente nominal, pero que vino entonces una época en que fue guiada a una total rendición al Señor. Y continuó:

En seguida me vino un ardiente deseo de que mi esposo pudiera ser cristiano, y nos juntamos unos poquitos cada día para orar por él. Aquella noche estaba arrodillada junto a mi cama antes de acostarme, orando por mi esposo, cuando una voz me dijo: '¿Estás lista para seguir los resultados si tu esposo se convierte?' Nunca había tenido tal experiencia, y tuve, sinceramente, algo de miedo... Pero continué orando aún más fervorosamente, y otra vez vino la serena y quieta voz: '¿Estás lista para las consecuencias?' Todavía seguí orando y preguntándome qué querría decir eso, cuando por tercera vez consecutiva, vino de nuevo la voz: '¿Estás lista para atenerte a las consecuencias?' Entonces exclamé: 'Señor, estoy lista para cualquier cosa que Tú creas que es buena, si solamente pudiera cumplirse mi deseo de que mi esposo sea tuyo'. Y en cuanto mis labios terminaron de pronunciar esta breve oración, una gran paz inundó mi corazón; algo que no puedo explicar, una paz que «sobrepasa todo entendimiento». Desde aquel momento, es decir, la misma noche en que mi esposo tuvo su primera experiencia, esa seguridad no me ha abandonado jamás...

Finalmente, aquel hombre se entregó a Cristo. Pero según afirmaba su esposa, todas aquellas semanas anteriores a la conversión de su esposo, ella oraba con la plena seguridad de que le sería dado lo que pedía. Pero, ¿cuáles eran las consecuencias a las que debía atenerse? Eran consecuencias de un carácter muy especial. Ella era la esposa de un hombre político muy prominente; un hombre que estaba entre los candidatos a ser gobernador del Estado; y, por lo tanto, sería la primera dama de aquel Estado y ocuparía una alta posición social con todos los honores que esto implicaba. Pero ahora sería la esposa de

un predicador metodista, teniendo que mudarse de casa cada dos o tres años, yendo de un lugar a otro en una posición social muy diferente, y teniendo unos ingresos mensuales muy distintos a los que podía haber tenido. A pesar de todo, nunca he encontrado a una mujer con semejante paz y gozo en su corazón. En cuanto al comentario del señor Gordon sobre ese incidente fue el que sigue:

Podéis ver que no hubo un cambio de propósito por parte de Dios a través de aquella oración. La oración fue la que llevó a cabo su propósito; no lo modificó. Pero la rendición de mi esposa dio la oportunidad de hacer aquello que Dios deseaba hacer. Si queremos entregarnos a Él y hacer su voluntad, entonces debemos comenzar orando, y no hay nada que pueda resistir el tremendo poder de la oración. ¡Oh, si hubiera más personas decididas a dedicar y rendir sus vidas a Dios y conocer su voluntad, siguiendo los pasos del Señor Jesucristo, y tuvieran un bendito ministerio de intercesión!"

El Dr. William Burt, obispo de una iglesia metodista episcopal europea, dice que hace algunos años, al visitar el colegio al que de niño había asistido, en Viena, se encontró con la sorpresa de que, a pesar de que el año aún no había terminado, ya no quedaban más fondos. Pensó y dudó por unos momentos si sería apropiado hacer algunas cartas para sus amigos en los Estados Unidos. Al consultar con los maestros, decidieron llevar el asunto a Dios en continua y fervorosa oración, creyendo que Él garantizaría la respuesta. Diez días más tarde, cuando el obispo Burt estaba en Roma, le llegó una carta de un amigo en Nueva York, que decía más o menos así:

"Mientras iba para mi oficina en Broadway, una mañana —y la fecha y hora era la misma en que los maestros habían estado orando—, me pareció que una voz me decía que vosotros estábais escasos de fondo para la escuela de Viena. Con mucho gusto os adjunto este cheque".

El cheque era por la cantidad que se necesitaba... No había habido comunicación humana entre Viena y Nueva York. Pero mientras ellos estaban hablando, Dios ya estaba respondiendo.

En un semanario inglés apareció el reportaje de un incidente narrado por un conocido predicador... Una niña yacía enferma en una vivienda de campo, y su pequeña hermanita oyó que el doctor decía: "Nada sino un milagro puede salvarla". La pequeñita tomó su cajita de ahorros,

Para el hombre y la mujer que están familiarizados con Dios y que saben cómo orar, no hay nada extraño en esta clase de respuestas a las oraciones.

Ésta es la manera como nos sentimos cuando traspasamos los portales de la oración para encontrarnos en la presencia de nuestro Padre. Vemos su rostro, y sabemos que todo va bien, puesto que su mano está sobre el timón de los acontecimientos y "aun los vientos y las olas le obedecen".

vació su contenido y con plena sencillez de corazón fue de tienda en tienda pidiendo: "Por favor, deseo comprar un milagro". Cuando llegó a la farmacia, el farmacéutico le dijo: "Pero, querida, no vendemos milagros aquí". Fuera del local había dos hombres hablando y oyeron lo que la niña había dicho. Uno de ellos era un gran médico de un hospital londinense, y le pidió que le explicara qué era lo que quería. Cuando él comprendió la necesidad, se apresuró y fue con ella hasta la casita, examinó a la niña enferma y le dijo a la madre: "Es verdad; sólo un milagro puede salvarla, y debe de ser efectuado ahora mismo". Tomó sus instrumentos, hizo la operación y la paciente fue sanada.

D. L. Moody ofrece de nuevo una ilustración sobre el poder de la oración:

"Estando en Edimburgo, un amigo me señaló a un hombre al tiempo que me decía: *Ese hombre es presidente de un club ateo*. Fui, me senté a su lado y le dije:

—Mi amigo, me alegra verle en nuestra reunión. ¿Está preocupado por su alma?

—Yo no creo en el más allá —me contestó secamente.
—Bueno, sólo arrodíllese un momento y permita que ore por usted.

—No, yo no creo en la oración —me respondió aún más áspero.

Me arrodillé a su lado mientras él se sentó. Esa vez lo tomó como algo muy divertido. Un año más tarde, le encontré nuevamente. Le tomé por la mano y le pregunté:

—¿Dios no ha contestado aún mi oración?

—Ya le dije que fracasaría, porque no hay Dios. Si cree que hay un Dios que conteste la oración, entonces pruebe de orar por mí.

—Bueno, ahora mismo hay muchos orando por usted, y el tiempo fijado por Dios llegará, y yo creo que usted será salvo.

Algún tiempo después recibí una carta de un abogado de Edimburgo, diciéndome que mi amigo infiel se había convertido a Cristo y que diecisiete miembros de su club habían seguido su ejemplo. Yo no sé cómo Dios contesta la oración, pero lo que sé es que lo hace. Vengamos con ánimo delante de Él".

Y es que para el hombre y la mujer que están familiarizados con Dios y que saben cómo orar, no hay nada

extraño en esta clase de respuestas a las oraciones. Ellos están seguros de que han sido oídos, puesto que han pedido de acuerdo con lo que saben que está en la mente y voluntad de Dios.

Robert Louis Stevenson nos cuenta una viva historia de una tormenta en el mar. Los pasajeros estaban muy alarmados, pues las olas chocaban con gran ímpetu contra el barco. Al fin, uno de ellos, desobedeciendo órdenes, subió a cubierta, y se llegó al piloto, quien se aferraba fuertemente al timón. El piloto vio el rostro aterrizado del hombre y trató de confortarle con una sonrisa. Entonces el pasajero fue abajo, donde estaban los demás, y les dijo: "He visto el rostro del piloto, y está sonriente. Todo marcha bien".

Ésta es la manera como nos sentimos cuando traspasamos los portales de la oración para encontrarnos en la presencia de nuestro Padre. Vemos su rostro, y sabemos que todo va bien, puesto que su mano está sobre el timón de los acontecimientos y "aun los vientos y las olas le obedecen" (Mt. 8:27). Cuando vivimos en comunión con Él, nos allegamos con confianza a su presencia con total confianza de que seremos escuchados según nuestra fe.

Para el hombre y la mujer familiarizados con Dios y que saben cómo orar, no hay nada extraño en esta clase de respuestas a las oraciones. Ellos están seguros de que han sido oídos, pues han pedido de acuerdo con lo que saben que está en la mente y voluntad de Dios.

11

Los avivamientos como parte del plan divino

Mirar atrás hacia el progreso del Reino divino sobre la Tierra es, sin duda alguna, mirar los períodos de avivamiento que han venido como lluvias de bendición sobre una tierra seca y sedienta, haciendo que el desierto florezca como una rosa y trayendo nuevas etapas de vida y actividad espiritual, justamente cuando la Iglesia había caído bajo la influencia de la apatía y necesitaba ser elevada a un nuevo sentido de su deber y responsabilidad.

No afirmo que cada oración que hacemos es contestada en la manera exacta como desearíamos. Si fuera así, querría decir que nosotros le dictamos a Dios, y entonces la oración degeneraría en un simple sistema de mendigar. Así como un padre terrenal sabe qué es lo mejor para el bien de sus hijos, del mismo modo Dios tiene en consideración las necesidades particulares de su familia humana, y las suple con sus ricos tesoros. Si nuestras peticiones están de acuerdo con su voluntad, y si en lo que pedimos buscamos su gloria, las respuestas vendrán de una forma que nos dejará atónitos y llenará nuestros corazones con cánticos de acciones de gracias. Dios es un Padre rico y generoso, y no se olvida de sus hijos, ni retiene nada que les sirva de auténtico beneficio.

J. KENNEDY MACLEAN

Se ha dicho que la historia de los avivamientos es la historia de la religión, y nadie puede estudiar esa historia sin darse cuenta de la poderosa influencia que han ejercido sobre la raza humana. Mirar atrás hacia el progreso del Reino divino sobre la Tierra es, sin duda alguna, mirar los períodos de avivamiento que han venido como lluvias de bendición sobre una tierra seca y sedienta, haciendo que el desierto florezca como una rosa y trayendo nuevas etapas de vida y actividad espiritual, justamente cuando la Iglesia había caído bajo la influencia de la apatía y necesitaba ser elevada a un nuevo sentido de su deber y responsabilidad.

“De alguna manera —*escribe Thomas Martin Lindsay, en su libro titulado La Iglesia y el ministerio en los primeros siglos—*, la historia de la Iglesia fluye de una etapa de avivamiento a otra; y ya sea que tomemos los avivamientos en la antigua Iglesia Católica, la medieval, o la Iglesia moderna, éstos han sido siempre la tarea de hombres dotados sobre todo con el poder de saber declarar los secretos de las profundidades de la vida cristiana. El efecto de su labor

siempre ha ido en proporción a la recepción espiritual de la generación en medio de la cual han trabajado”.

No, no puede negarse que los avivamientos son parte del plan divino. El Reino de nuestro Señor ha avanzado en gran parte por etapas en las cuales la gracia se manifestaba especialmente en obrar un gran número de conversiones. Es innegable, pues, que los medios que Dios usó en esas épocas, si se ponen en acción hoy en día, darán los mismos resultados:

“La conversión de un pecador tras otro, bajo el ministerio común del Evangelio, debe verse siempre con sentimientos de satisfacción y gratitud por parte de los discípulos de Cristo; pero la conversión de gente por miles también debe desearse ardientemente, pues es la demostración visible de que Dios ha hecho de Jesús Señor y Cristo, y que por medio de este Mediador, Él ha tomado el cetro de la supremacía mundial y debe reinar hasta que sus enemigos sean puestos bajo sus pies. Es, pues, razonable esperar que, de tiempo en tiempo, se repita lo que un día en el Pentecostés dio la evidencia conclusiva de su soberanía, y que las almas reciban la convicción de sus pecados y miren hacia la grandeza, el poder y la gloria de Dios”.

Y estas manifestaciones del Espíritu Santo forman una prueba demostrativa de la aceptación de la ofrenda de Cristo como sacrificio por el pecado y de que es una realidad profética que Él aparecerá por segunda vez para juzgar al mundo con justicia.

En efecto, los avivamientos pueden esperarse en estos días, si se emplean los medios apropiados; si lo espiritual es exaltado sobre lo material y si las normas éticas y santas son supremas. Charles G. Finney enseñó que un avivamiento no es en sí un milagro. Puede haber un milagro en sus causas antecedentes, decía él, pero a veces no lo hay. Los apóstoles hicieron uso de los milagros simplemente como medios por los cuales ellos atraían la atención al mensaje y establecían la autoridad divina. Pero los milagros no eran avivamientos propiamente. Los milagros eran una cosa y lo que los seguía era algo muy diferente. Los avivamientos en los días de los apóstoles estaban conectados con milagros, pero no eran milagros. Todos los avivamientos dependen de Dios, pero en ellos, así como en otras cosas, Él invita y solicita la asistencia del hombre;

Las manifestaciones del Espíritu Santo forman una prueba demostrativa de la aceptación de la ofrenda de Cristo como sacrificio por el pecado y de que es una realidad profética que Él aparecerá por segunda vez para juzgar al mundo con justicia.

Las noches enteras pasadas en oración siempre han sido seguidas de días llenos de almas salvadas.

y el resultado completo se obtiene cuando hay cooperación entre lo divino y lo humano. En otras palabras, y para emplear una frase familiar, sólo Dios puede salvar al mundo, pero Dios no puede salvar al mundo solo.

Está claro, pues, que esta cooperación es necesaria. Pero en ese caso, ¿cuál es el deber que nosotros, como colaboradores con Dios, tenemos que cumplir? El primero y más importante de todos es entregarnos a la oración. Pues "los avivamientos —como nos recuerda el Dr. J. Wilbur Chapman—, nacen en la oración". Cuando Wesley oró, Inglaterra tuvo un avivamiento. Cuando Knox oró, otro tanto sucedió en Escocia; cuando los maestros de la escuela dominical de Tannybrook oraron, once mil jóvenes fueron añadidos a la Iglesia en un año. Y es que las noches enteras pasadas en oración siempre han sido seguidas de días llenos de almas salvadas...

Cuando la iglesia del predicador Moody en Chicago estaba comenzando, éste se fue a Inglaterra en 1872, pero no para predicar, sino para escuchar predicar a otros mientras que su nueva iglesia estaba levantándose. Un domingo por la mañana se le pidió que predicara en Londres. De alguna manera él notó que había algo extraño en la atmósfera y que nunca le había sido tan difícil predicar como esa vez. Todo estaba muerto y, mientras trataba en vano de predicar, se dijo a sí mismo: "Qué tonto fui en aceptar la invitación. Yo vine a escuchar, y aquí estoy, predicando". Entonces le sobrevino el terrible pensamiento de que tenía que volver a predicar por la noche, y sólo el hecho de que se había comprometido a hacerlo, fue lo que le mantuvo firme. Pero cuando Moody se paró ante el púlpito en aquella noche y miró a la congregación, fue consciente de que reinaba otra clase de atmósfera. "Los poderes de un mundo desconocido parecían haber caído sobre aquella audiencia". Cuando se acercaba al final de su sermón, sintió que debía hacer una invitación y, cuando terminó, dijo: "Si esta noche hay aquí un hombre o una mujer que quiera aceptar a Cristo como Salvador, por favor, que se ponga en pie". Quinientas personas se levantaron al mismo tiempo. Pensando que debía haber algún error, les pidió que se sentaran; y para que fuera imposible que hubiese un malentendido, repitió la invitación, esta vez en términos más serios y definidos. Otra vez la misma cantidad de gente se puso en pie. Pensando aún que debía haber algún error, el señor Moody les

pidió a los hombres y a las mujeres que se sentaran y entonces invitó a aquellos que realmente desearan aceptar a Cristo a pasar a un salón contiguo. Las quinientas personas pasaron al recinto; ese fue el principio de un avivamiento en aquella iglesia y en aquel vecindario.

Pero la historia continúa... Cuando el señor Moody predicó en el servicio de la mañana, había una mujer en la congregación que tenía una hermana inválida. En su vuelta a su casa, le dijo a su hermana que el predicador había sido el señor Moody, de Chicago, y al oír esto la inválida se puso pálida y exclamó: "¿Qué? ¡El señor Moody, de Chicago! Yo he leído mucho acerca de él en un periódico americano, y he estado orando desde entonces para que Dios le enviara a Londres y justamente a nuestra iglesia. Si hubiera sabido que iba a predicar esta mañana, no me hubiera tomado el desayuno. Habría pasado todo el tiempo en oración. Ahora, hermana, vete fuera de la habitación, no me traigas la comida, no estoy para nadie. Voy a pasarme toda la tarde y la noche en oración".

Y así, el señor Moody, que había estado en aquel púlpito de hielo por la mañana, ahora estaba siendo sostenido por las oraciones de aquella santa inválida, quien elevaba su rostro a Dios con la certeza de que Éste se complace en contestar las oraciones de sus hijos y derrama su Espíritu con extraordinario poder.

El Dios de los avivamientos que contestó la oración de su hija para el señor Moody está igualmente ansioso de oír y contestar nuestras oraciones de fe. Dondequiera que se den las condiciones que demanda Dios, seguramente que habrá un avivamiento.

El profesor Thomas Nicholson, del Colegio Cornell, relata una experiencia que destaca la importancia y el lugar de la oración en la obra de Dios. En cierto circuito no había habido un avivamiento en muchos años, y las cosas no marchaban nada bien. Durante más de cuatro semanas el pastor había predicado fielmente, hecho visitas casa por casa, en tiendas, negocios y en los lugares más apartados; en fin, había hecho todo lo que había podido. El quinto lunes de noche vio a muchos de los miembros nominales de la iglesia dirigiéndose a las logias masónicas, pero sólo unas pocas personas acudieron a la iglesia. Después de esa reunión, el pastor se fue a su casa abatido, mas no desesperado. Resolvió pasar aquella noche en

Dondequiera que se den las condiciones que demanda Dios, seguramente que habrá un avivamiento.

Son muchos los ejemplos que demuestran que la oración tiene un lugar preponderante en todo avivamiento y prueban que cada movimiento de poder del Espíritu de Dios tiene su fuente de origen en una recámara de oración secreta.

oración. Cerrando la puerta, tomó su Biblia e himnario, y comenzó a entrar en una profunda comunión con el Señor. Sólo Dios sabe acerca de la ansiedad y el fiel estudio de aquella noche. Cerca del amanecer sintió una gran paz y la seguridad de que Dios bendeciría el plan que tenía en la mente, y sus ojos cayeron sobre un texto que justamente lo afirmaba; por lo tanto, no había duda de que era del Señor. Se acostó un rato en su cama, y así durmió unas dos horas; se levantó, desayunó y recorrió nueve millas al lado más lejano de la ciudad para visitar a algunos enfermos. Explica textualmente el protagonista:

“Hacia la noche llovía y los caminos estaban en muy mal estado, de modo que llegamos a casa empapados, sin haber comido y un poco tarde, sólo para encontrar que la iglesia estaba a oscuras y que no había signos del servicio. El portero pensó que la lluvia era la causante de que hubiera suspendido el culto. Decidimos tocar la campana y estar preparados. Tres hombres jóvenes formaban la congregación. Con plena seguridad y templanza, el pastor dio el mensaje por el cual se había orado la noche anterior, tan ardiente y fervorosamente como si el lugar hubiera estado repleto. El predicador hizo un llamamiento personal a cada uno de los jóvenes. Dos rindieron sus vidas y testificaron antes de terminar la reunión. El pastor, cansado, se retiró a descansar; y a la mañana siguiente, levantándose un poco más tarde que de costumbre, supo que uno de los jóvenes había estado yendo de tienda en tienda a través del pueblo, testificando de su maravillosa experiencia y exhortando a la gente a que escucharan y obedecieran el mensaje de salvación. Hubieron conversiones noche tras noche, hasta que en dos semanas oímos a 144 personas testificar en cuarenta y cinco minutos. En tres puntos del pueblo se levantó un avivamiento. Las familias venían una tras otra para escuchar la Palabra de Dios, hasta que la iglesia se vio triplicada en su membresía... Como fruto de esas reuniones, tuvimos a un joven que hoy es un gran predicador en Michigan; otra es la esposa de uno de nuestros más queridos pastores, y el tercero fue un pastor quien ya tenía algunos años de ministerio, y que fue a otra iglesia en donde sigue siendo fiel hasta hoy”.

Tal vez, ninguno de los miembros se enteró de la noche de oración del pastor, pero él sí que creyó en la promesa de que Dios contesta al hombre que ora, y estuvo

seguro de que la oración puede acarrear más bendiciones que las que este mundo cree.

Los tres ejemplos de avivamientos citados nacieron de la oración. Y es que cuando el pueblo de Dios se preocupa acerca de su estado espiritual y se postra en oración noche y día, puede esperar con toda seguridad que la mano de Dios hará caer abundantes bendiciones.

Sucede lo mismo en todas las edades; a saber, cada avivamiento que se haya registrado ha sido envuelto en oración...

Tomemos, por ejemplo, el maravilloso avivamiento en Shotts, Escocia, en 1630. El hecho de que varios de los pastores entonces perseguidos tomaran parte en una solemne convocatoria hizo que muchos creyentes de todos los puntos del país se congregaran y pasaran varios días en oración, en preparación para el servicio. En la noche, en lugar de retirarse a descansar, la multitud se dividía en pequeños grupos, y pasaban toda la noche en oración y alabanzas. El lunes se dedicaba a la acción de gracias, una práctica poco común entonces, pero mediante la cual ese día se convirtió en un gran día de fiesta. Después de muchas peticiones, John Livingston, capellán del condado de Wigtown, un hombre joven aún no ordenado como pastor, accedió a predicar. Este joven había pasado toda la noche en oración, pero sucedía que a medida que la hora se aproximaba, su corazón se encogía al pensar que debía dirigir su mensaje a tantos creyentes maduros y experimentados, de modo que pensó en abandonar la tarea que le había sido asignada. Pero, en ese mismo momento, vinieron a su mente las palabras: “¿Soy yo acaso como una tierra árida o una noche oscura?” Se sintió compelido entonces a volver a la tarea que había querido abandonar. Tomó como texto particular para aquella ocasión Ezequiel 36: 25 y 26: “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré un corazón, y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne”. Y habló sobre él con gran poder durante casi dos horas. Se cree que aquel sermón produjo unas quinientas conversiones...

También se ha dicho de Richard Baxter que hacía sus estudios con el aliento de la oración; y después de ser así

Cuando el pueblo de Dios se preocupa acerca de su estado espiritual y se postra en oración noche y día, puede esperar con toda seguridad que la mano de Dios hará caer abundantes bendiciones.

Hay un mundo perdido y sumido en el pecado a nuestro alrededor y sobre nosotros hay un Dios Todopoderoso que está queriendo salvar las almas. Por consiguiente, es nuestro deber construir ese puente que una el Cielo y la Tierra. Y la oración es el único y poderoso instrumento que hace que eso sea posible.

ungido por el Espíritu Santo, al hablar lanzaba un verdadero río de agua viva.

Y Whitefield, en cierta ocasión, oró de este modo: "Oh Dios, dame esas almas, o de lo contrario, toma la mía". Después de haber orado mucho en su habitación, Dios se valió de él para arrancar a más de mil almas de las fauces del león rugiente.

El señor Finney explica:

"Conocí a un pastor que tuvo un avivamiento durante catorce inviernos, todos en sucesión. No acababa de darme cuenta de cómo eso era posible, cuando un día vi a uno de sus miembros en una reunión de oración levantarse y hacer una confesión: *Hermanos—dijo—, yo tenía el buen hábito de orar cada sábado por la noche hasta la medianoche, para que el Espíritu Santo descendiera sobre nosotros. Y ahora, hermanos,—y comenzó a llorar— confieso que lo he abandonado hace dos o tres semanas.* El secreto quedó al descubierto: la iglesia de aquel pastor era una iglesia formada por hombres de oración".

Y así podríamos seguir, multiplicando los ejemplos para demostrar que la oración tiene un lugar preponderante en todo avivamiento y para probar que cada movimiento de poder del Espíritu de Dios tiene su fuente de origen en una recámara de oración secreta. La lección que sacamos de todo esto es la siguiente: que como colaboradores de Dios no debemos mirarnos como seres con poca responsabilidad frente al estado espiritual del mundo. ¿Estamos preocupados por la frialdad de la Iglesia? ¿Acude nuestra alma a Dios en las horas de la noche, para clamar por un derramamiento de su Espíritu?

Si no es así, gran parte de la culpa es nuestra. Pues si nosotros hacemos nuestra parte, Dios hará la suya. Hay un mundo perdido y sumido en el pecado a nuestro alrededor y sobre nosotros hay un Dios Todopoderoso que está queriendo salvar las almas. Por consiguiente, es nuestro deber construir ese puente que una el Cielo y la Tierra. Y la oración es el único y poderoso instrumento que hace que eso sea posible...

12

La oración y las misiones

Un día, aproximadamente a la misma hora, oí que las cabras que quedaban balaban de un modo lastimero, como si las mataran o las torturarán. Corrí al corral y al punto me hallé rodeado por una cuadrilla de hombres armados. Había caído en la trampa.... Tenían las armas levantadas, y esperé a que me atravesaran de un momento a otro. Pero Dios me hizo hablarles de modo firme, aunque cariñoso: les dije que eso sería un pecado y que serían castigados; les mostré que sólo mi amor y piedad me había hecho quedar por su bien, y que, si me mataban, matarían a su mejor amigo. Además les aseguré que no tenía miedo a la muerte, porque el Salvador me llevaría al Cielo y que allí sería más feliz que en la Tierra; y que si quería vivir era sólo para poder hacer a otros felices enseñándoles del amor de Jesucristo, mi Señor. Entonces, levanté las manos y los ojos a los Cielos y oré en alta voz a Jesús para que bendijera a todos los habitantes de Tana y me protegiera a mí o me llevara al Cielo, según bien le pareciera. Uno tras otro fueron saliendo y se marcharon. Jesús los había refrenado otra vez. Como una madre que protege a su hijo en el momento de peligro, Jesús se había apresurado a contestar mi oración.

JOHN G. PATON

El objetivo de las misiones es proclamar el mensaje del Evangelio a aquellos que nunca han oído hablar de Cristo y de su muerte expiatoria. Significa dar a otros oportunidades de oír acerca de la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo y recibir y aceptar las bendiciones del Evangelio de las que disfrutaban los países cristianos. Es decir, que los que poseen el Evangelio hacen participar de los privilegios del mismo al resto de la humanidad.

Y la oración tiene mucho que ver con las misiones: es la mano derecha de las misiones, pues el éxito de toda obra real misionera depende de la oración... A saber, tanto la oración como las misiones nacen de la mente divina, son compañeros íntimos; porque la oración hace

La oración tiene mucho que ver con las misiones: es la mano derecha de las misiones, pues el éxito de toda obra real misionera depende de la oración... A saber, tanto la oración como las misiones nacen de la mente divina, son compañeros íntimos; porque la oración hace prosperar a las misiones y éstas dependen en gran manera de la oración.

El Espíritu de Jesucristo es el espíritu de las misiones... Nuestro Señor fue el primer misionero. Podemos decir que su promesa y su advenimiento constituyeron el primer movimiento misionero.

prosperar a las misiones y éstas dependen en gran manera de la oración.

Así, por ejemplo, en el salmo 72, que habla del Mesías, se dice que "se orará por Él continuamente" (Sal. 72:15). Esta oración había de ser para que su venida salvara al hombre, y para que el plan de la salvación fuera puesto en marcha.

Y es que el Espíritu de Jesucristo es el espíritu de las misiones... Nuestro Señor fue el primer misionero. Podemos decir que su promesa y su advenimiento constituyeron el primer movimiento misionero.

Pero el espíritu misionero no es simplemente una fase del Evangelio, ni un mero aspecto del plan de la salvación, sino que es su verdadero espíritu y vida. El movimiento misionero es la Iglesia de Jesucristo en marcha, militante, con el designio de conquistar al mundo entero para Cristo. Quienquiera que haya sido tocado por el Espíritu de Dios está encendido de espíritu misionero. Ser cristiano y opuesto a las misiones son dos términos contradictorios; sería imposible un espíritu antimisionero cristiano porque contradice la misma esencia del mensaje del Evangelio.

En otras palabras, el impulso misionero es el latido de nuestro Señor Jesucristo, enviando su fuerza vital por medio del Cuerpo entero de la Iglesia. Y la vida espiritual del pueblo de Dios se levanta o cae con la fuerza de estos latidos. Por ello, las iglesias que no participan en la obra misionera son iglesias muertas, como los cristianos que no toman parte de una forma u otra en las misiones son cristianos muertos.

La mayor astucia de Satán, si no puede impedir un gran movimiento para Dios, es corromperlo. ¿Cómo? Los recursos financieros no son lo esencial en esta lucha. La maquinaria en sí no lleva poder para derribar los muros paganos, para abrir las puertas y para ganar los corazones para Cristo, pero si consigue poner el movimiento primero, y el espíritu del movimiento detrás, lo ha hecho volver material y lo ha corrompido. Sólo la oración ferviente salvará el movimiento de la materialización y guardará al espíritu fuerte y en control.

La llave del éxito misionero es, pues, el éxito en la oración. Y esta llave está en las manos de las iglesias... Los trofeos ganados para nuestro Señor en los territorios pa-

ganos serán ganados por misioneros que oren, no por obreros profesionales en los países extranjeros. De un modo especial, este éxito será conseguido por santos que oren en las iglesias. Asimismo, la iglesia que de rodillas ora y que ayuna es la gran base de municiones espirituales, los nervios y tendones de la guerra y la promesa de victoria en este conflicto reñido y final. Aarón y Hur no ganaron la victoria para Israel a través de Moisés más de lo que una iglesia que ora gana la victoria en los campos de batalla de los países paganos por medio de Jesucristo.

Reconocemos que el dinero es importante, pero, sin oración, es impotente frente a la oscuridad y miseria y pecado en los países no cristianos. La falta de oración engendra desolación y muerte en el campo de misión. Las crisis de los movimientos misioneros actuales resultan de donativos sin oración y la acumulación consecutiva de deudas de las juntas de misión.

Repetimos, es bueno instar a los creyentes a que den parte de sus recursos para la causa misionera. Pero es mucho más importante apremiarles a que den sus oraciones al movimiento. Pues la oración puede incluso hacer que la pobreza en la causa misionera avance a pesar de las dificultades y obstáculos. ¡Cuán poco, por ejemplo, jugaba el dinero en el primitivo cristianismo como factor para esparcir el Evangelio, y cuán importante era la parte que jugaba la oración!

Sin embargo, todos hemos oído discursos elocuentes y sinceros haciendo énfasis en la imperativa necesidad de dinero para las misiones, pero pocos hemos oído que se diga que la oración es un imperativo y el mejor donativo que podemos hacer. Todos nuestros planes están dirigidos a conseguir dinero, no a avivar la fe y fomentar la oración. Es más, la idea común entre los líderes de la Iglesia es que si tenemos bastante dinero, la oración seguirá sin demorarse. Pero lo que ocurre es lo contrario: si conseguimos que la Iglesia se ocupe de la oración y así levantamos el espíritu de misiones, el dinero seguirá de modo natural. Las agencias espirituales y las fuerzas no se siguen de modo natural. Al revés, los deberes espirituales y los factores espirituales dejados al "curso natural" mueren de un modo infalible. Sólo las cosas sobre las que se hace énfasis viven y rigen en el mundo espiritual.

Los deberes espirituales y los factores espirituales dejados al "curso natural" mueren de un modo infalible. Sólo las cosas sobre las que se hace énfasis viven y rigen en el mundo espiritual.

La marcha progresiva del Reino de Cristo depende del aposento de oración y no de una cajita de ofrendas.

Además, a menudo ocurre que los que dan no sienten que han de orar. Éstos pueden ser dadores generosos, pero no son notables por su oración. Aquí está precisamente uno de los males de nuestro movimiento misionero. El dar, completamente aparte de la oración. No obstante, tal generosidad no agrada a Dios, porque no nace del corazón; ya que sólo la oración puede crear el genuino espíritu de dar. De hecho, los que oran dan generosamente: quien entra en la cámara de la oración abrirá, sin duda, su bolsa a Dios...

Si todas las juntas de misión y secretariados se unieran en grupos de oración, hasta llegar a la agonía de la oración real y el sufrir con Cristo por un mundo que se pierde, lloverían cheques, acciones y toda clase de valores para que se pudiera predicar el Evangelio de Cristo entre los hombres. Si prevaleciera el espíritu de oración, las juntas misioneras, entre cuyos miembros costaría muy poco reunir millones y millones, no se hallarían con graves deudas. Ni tampoco grandes iglesias tendrían un déficit cada año y de mala gana y a regañadientes pagarían las cantidades que tienen asignadas para las misiones, a veces con tal retraso o mengua que es necesario hacer regresar a algunos de los misioneros. La marcha progresiva del Reino de Cristo depende del apósito de oración, y no de una cajita de ofrendas...

He aquí el peligro ahora, que el movimiento misionero vaya adelante con el espíritu misionero detrás. Éste ha sido siempre el peligro de la Iglesia, el perder la substancia en la sombra, el espíritu en la cáscara externa, contentándose con un movimiento de hacer ver, poniendo todo el esfuerzo en el movimiento y no en el espíritu.

Esto es, lo magnífico de este movimiento no debiera vendarnos los ojos al espíritu del mismo, puesto que el espíritu que debe darle vida y forma al movimiento puede perderse cuando el barco, ahora arrastrado por vientos favorables que lo empujan, naufrague si se levanta un temporal.

El profeta Isaiás, vislumbrando el futuro con la mirada de un vidente, expresó así el propósito de continuar en oración y no cesar hasta que el Reino de Cristo haya sido establecido por Dios entre los hombres:

"Por amor de Sión no callaré, y por amor de Jerusalén no descansaré, hasta que salga como resplandor su justicia, y su salvación brille como una antorcha" (Is. 62:1).

Luego, profetizando el triunfo final de la Iglesia cristiana, habló de este modo:

"Entonces, verán las gentes tu justicia, y todos los reyes tu gloria; y te será puesto un nombre nuevo, que la boca de Jehová señalará" (Is. 62:2).

Y el Señor mismo, por boca de este profeta evangélico, declaró lo siguiente:

"Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto guardas; todo el día y toda la noche no callarán jamás. Los que hacéis que Jehová recuerde no reposéis, ni le deis tregua, hasta que restablezca a Jerusalén, y la ponga por alabanza en la Tierra" (Is. 62:6 y 7).

También, una de las peticiones del *Padrenuestro* trata del mismo asunto del establecimiento del Reino de Dios y del progreso del Evangelio, lo cual condensa en la breve petición "venga tu Reino", añadiendo, luego, estas palabras: "Sea hecha tu voluntad en la Tierra como en el Cielo" (Mt. 6:10).

Volvamos a los primeros cristianos y observemos que el movimiento para ofrecer las bendiciones de la Iglesia a los gentiles tuvo su comienzo en un terrado, cuando Pedro fue allí a orar y Dios le mostró que el propósito suyo era extender los privilegios del Evangelio a todo el mundo, y derribar la pared de partición entre "judíos" y "gentiles".

Pero de un modo especial, fueron Pablo y Bernabé los llamados y puestos aparte para el campo misionero en Antioquía, después de que la iglesia hubo ayunado y orado. Entonces, el Espíritu Santo contestó desde el Cielo:

"Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado" (Hch. 13:2).

Notemos que ésta no fue la llamada de Pablo y Bernabé para la obra misionera, sino particularmente para la obra en un campo extranjero. Pablo había sido llamado al ministerio años antes, incluso en el momento de su conversión. Ésta fue, pues, una llamada subsiguiente a la obra que nació de la oración continua de la Iglesia de Antioquía. Y es que Dios llama a los hombres no sólo al ministerio, sino también para ser misioneros...

La obra misionera es la obra de Dios. Y son misioneros que oren lo que se necesita para la obra, así como una iglesia que ore la que los envíe. Estas dos cosas garantizan el éxito.

Y son misioneros que oren lo que se necesita para la obra, así como una iglesia que ore la que los envíe. Estas dos cosas garantizan el éxito. La clase de religión que ha de ser exportada por los misioneros es la del tipo que ora... En otras palabras, la religión a la que el mundo pagano se va a convertir es una religión de oración al verdadero Dios.

Cuando llegue el día de pasar cuentas, y sea traído el libro y leído ante el juicio, aparecerá lo bien que estos hombres de oración trabajaron en los campos del paganismo, y cuánto se les debe en el fundamento del Cristianismo en aquellos países.

Pero, además, la clase de religión que ha de ser exportada por los misioneros es la del tipo que ora... En otras palabras, la religión a la que el mundo pagano se va a convertir es una religión de oración al verdadero Dios. El mundo pagano ya ora a sus ídolos y falsos dioses. Pero hay que enseñarles, por medio de misioneros que oran, enviados por una iglesia que ora, a tirar sus ídolos y a empezar a llamar en Nombre del Señor Jesucristo. Ésta es la razón por la que ninguna iglesia que carezca del poder de la oración podrá llevar a los países paganos la verdadera religión, o sea la que ora; y el motivo por el cual los misioneros que no oran no están capacitados para dar a conocer a Dios a los idólatras...

✓ Sí, el misionero debe ser ante todo un hombre de oración. Y cuando llegue el día de pasar cuentas, y sea traído el libro y leído ante el juicio, aparecerá lo bien que estos hombres de oración trabajaron en los campos del paganismo, y cuánto se les debe en el fundamento del Cristianismo en aquellos países.

David Livingstone, William Taylor, Adoniram Judson Gordon, Henry Martyn y John Hudson Taylor, y muchos otros nombres, forman un grupo de ilustres hombres de oración, cuya huella e influencia se nota todavía en los campos en que trabajaron. Y la energía que les dio este maravilloso impulso de evangelizar sobre sus poderosos enemigos fue la energía de la oración...

"De mar a mar las naciones nos llaman, y se oye el clamor de su voz:

Venid, venid, cristianos, pues morimos *si no venís para darnos socorro*.

No podemos tapar nuestros oídos: acudimos, Señor, la mente, el corazón respondiendo del mundo a la llamada; que tuyo es cuanto podemos darte".

El plan del Señor para conseguir obreros para los campos misioneros es el mismo que está en vigor para conseguir predicadores: es Dios quien tiene que enviarlos, es decir, han de ser llamados por Dios, movidos por Dios para esta gran obra. Los hombres no deciden ser misioneros, como tampoco deciden ser predicadores.

Dios, a su manera, al contestar las oraciones de su iglesia, llama a los hombres al campo de misión. Será un día triste cuando las juntas de las misiones y las iglesias

olviden este hecho fundamental y envíen a los hombres que ellos han escogido, al margen de Dios.

Y Dios envía obreros a la cosecha como respuesta a las oraciones de su Iglesia. Los misioneros, como los ministros nacen, pues, de las oraciones del pueblo. Aquí está el plan divino tal como fue establecido por nuestro Señor:

"Pero viendo las multitudes, se compadeció de ellas; porque estaban extenuadas y abatidas como ovejas que no tienen pastor. Entonces dijo a sus discípulos: *A la verdad la mies es mucha, mas los obreros, pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies*" (Mt. 9:36-38).

La escasez de misioneros muestra, entonces, que la Iglesia no ora...

Existe también otra relación entre el predicador y el misionero: ambos poseen un corazón compasivo por las almas que yacen en el pecado y el desconocimiento de Dios y realizan oraciones intercesoras en favor de ellos... Aquel a quien el espíritu no le mueva hacia los pecadores en casa es dudoso que tenga compasión de los pecadores en el extranjero. Los misioneros no se hacen de hombres fracasados en sus propias iglesias locales; sino que el que quiera ser un hombre de oración en el extranjero deberá ser, por encima de todo, un hombre de oración en su propia iglesia.

La gran necesidad del movimiento misionero moderno es, en definitiva, que haya más intercesores en oración...

Ya Isaías, en sus tiempos, se quejaba de esta falta de oración intercesora:

"Miré, y no había quien ayudara, y me maravillé de que no hubiera quien sustentase; y me salvó mi brazo, y me sostuvo mi ira" (Is. 63:5).

Sí, hoy también, y más que nunca, hay necesidad de intercesores: primero, para el sostén de nuestros campos de misión necesitados; y luego, intercesores para que Dios envíe más obreros a la dorada mies de todos los lugares de la Tierra.

Los misioneros no se hacen de hombres fracasados en sus propias iglesias locales, sino que el que quiera ser un hombre de oración en el extranjero deberá ser, por encima de todo, un hombre de oración en su propia iglesia. La gran necesidad del movimiento misionero moderno es, en definitiva, que haya más intercesores en oración.

LIBRO III
LAS POSIBILIDADES DE LA ORACIÓN

1

La oración y sus promesas

No hay por qué desesperar incluso de aquellos que de momento se vuelven y tratan de despedazarte. Porque, si fallan todos tus argumentos y medios persuasivos, todavía te queda un remedio, que con frecuencia es efectivo cuando falla todo lo demás: la oración. Por tanto, todo lo que desees, sea para otros o para tu propia alma, "pídelo, y te será dado".

JOHN WESLEY

Es el incremento de nuestra fe el que convierte las promesas en beneficiosas y actuales. Es decir, la oración de fe da el peso a las promesas y las hace preciosas y prácticas.

Sin la promesa, la oración no tiene base y es desenfocada. Sin oración, la promesa es vaga, sin articular, impersonal. La promesa hace la oración irresistible y audaz. El apóstol Pedro declara que Dios nos ha dado "promesas grandes y preciosas en extremo" (2 P. 1:4). Por esta causa, hemos de incrementar nuestra fe y nuestro acopio de virtudes. Pues es el incremento de nuestra fe el que convierte las promesas en beneficiosas y actuales. Es decir, la oración de fe da el peso a las promesas y las hace preciosas y prácticas.

El apóstol Pablo no duda en declarar que la gracia que Dios nos tiene prometida en tal abundancia es hecha operante y eficiente por medio de la oración:

"Ayudadnos también, orando por nosotros" (2 Co. 1:11).

Sí, las promesas de Dios son "preciosas en gran manera", lo cual indica claramente su gran valor y su amplio alcance, como terreno sobre el cual basar nuestras expectativas en la oración.

Sin embargo, por grandes que sean y preciosas, la posibilidad y condición de su realización está basada en la oración. ¡Cuán gloriosas son estas promesas para los santos que creen y para toda la Iglesia! ¡Cuán brillante el florecer, y cuán radiante el fruto maduro de gloria en el futuro para nosotros a través de las promesas de Dios! Con todo, estas promesas nunca dieron esperanza de florecer o de fructificar para el corazón que desconoce la oración. Ni tampoco pueden estas promesas, ni que fueran mil veces mayores, traer la gloria del milenio para una iglesia

Las promesas de Dios son el fruto maduro que espera ser arrancado por la mano de la oración; la simiente incorruptible que ha de ser sembrada y roturada por el hecho de orar.

que no ora. La oración hace la promesa fructífera y la realidad consciente. Como una energía espiritual, su poderosa operación da testimonio, da lugar y ejecuta la realización práctica de las promesas de Dios.

Tales promesas de Dios abarcan todas las cosas que se refieren a la vida y a la piedad, afectando al cuerpo y al alma, que tienen que ver con el tiempo y la eternidad. Así, bendicen el presente y se extienden en sus beneficios a un futuro ilimitado y eterno.

En otras palabras, la oración mantiene las promesas en vigor y en cumplimiento. Como analogía, podríamos decir entonces que las promesas de Dios son el fruto maduro que espera ser arrancado por la mano de la oración; la simiente incorruptible que ha de ser sembrada y roturada por el hecho de orar...

Todo lo dicho hasta ahora se condensa en la siguiente verdad: la oración y las promesas son interdependientes. Las promesas inspiran y dan energía a la oración, pero la oración localiza la promesa y la realiza. La promesa es como la lluvia, que cae copiosa, pero la oración, como un canal, la transmite, la preserva y dirige, localiza y precipita, hasta que se hacen locales y personales, bendicen, refrescan y fertilizan.

Las promesas de Dios son específicas, claras y personales. Cuán clara y precisa fue, por ejemplo, la promesa de Dios a Abraham:

"Y llamó el Ángel de Jehová a Abraham por segunda vez desde el Cielo, y le dijo: *Por Mí mismo he jurado—dice Jehová— que por cuanto has hecho esto, y no me has rehusado tu hijo, tu único hijo, de cierto te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del Cielo y como la arena que está a la orilla del mar; y tu descendencia poseerá las puertas de sus enemigos. En tu simiente serán benditas todas las naciones de la Tierra, por cuanto obedeciste a mi Voz*" (Gn. 22:15-18).

Todos recordamos, empero, que la esposa de Isaac, Rebeca, era estéril... Pero Isaac, al igual que su padre, fue un hombre de oración, a través del cual había de realizarse la promesa. Así es que leemos:

"Y oró Isaac a Jehová por su mujer, que era estéril; y lo aceptó Jehová, y concibió Rebeca su mujer" (Gn. 25:21).

Esto es, la oración de Isaac abrió el camino para el cumplimiento de la promesa de Dios y ésta siguió su curso, hasta que la promesa se hizo efectiva con maravillosos resultados.

Del mismo modo, la fe heroica y el indomable valor de Elías dio lugar a resultados gloriosos... "Ve, muéstrate a Acab, y enviaré lluvia sobre la tierra" (1 R. 18:1), fue la orden y la promesa de Dios a este siervo suyo, después que un hambre espantosa hubo assolado la tierra. El fuego había bajado sobre el altar, Israel había sido rescatada y los profetas de Baal habían sido degollados, pero todavía no había lluvia... O sea, lo único que faltaba, y que Dios había prometido, todavía no había sido concedido. El día ya declinaba y las multitudes aturdidas desmayaban. Entonces, en la cumbre del Carmelo, postrándose en tierra, Elías puso su rostro entre las rodillas, volviendo su rostro a Dios, la fuente de ayuda, a fin de presentarle el caso y obtener la victoria final.

No obstante, tuvo que pedir siete veces. Y siete veces fue su criado a mirar, y a la séptima dijo:

"Veo una pequeña nube, como la palma de la mano" (1 R. 18:44).

Elías, con su oración candente, sin tregua ni descanso consiguió, pues, el triunfo de una lluvia inmediata y copiosa...

Tal clase de oración produce frutos también en nuestros días... Entonces, ¿Por qué es nuestra experiencia tan pobre y nuestra vida tan escuálida cuando las promesas de Dios son "grandes y preciosas en alto grado"? ¿Por qué los eternos propósitos de Dios se mueven tan lentamente? ¿Por qué son ejecutados tan pobremente? Lo que ocurre es que nuestras oraciones son demasiado minúsculas y débiles para llevar a cabo las promesas, o para reclamar las promesas de Dios con poder apropiado. Y es que los propósitos maravillosos exigen oraciones maravillosas, que los ponga en vigor...

La oración está basada en el propósito y la promesa de Dios; es, en definitiva, sumisión a Dios. Nunca lleva en sí el menor signo de deslealtad contra la voluntad divina. Puede clamar en la amargura, o bajo el peso abrumador de una angustia indecible; pero está saturada de una sumisión inmediata. En su forma normal, es la conformidad consciente a la voluntad de Dios, basada en la pro-

La oración está basada en el propósito y la promesa de Dios; es, en definitiva, sumisión a Dios. Nunca lleva en sí el menor signo de deslealtad contra la voluntad divina.

La oración es la conformidad consciente a la voluntad de Dios, basada en la promesa directa de la Palabra de Dios y bajo la iluminación y aplicación del Espíritu Santo.

“Tus promesas, Señor, son seguras, pero los que habitan en tu casa deben vivir vidas de santidad para hacer de las promesas hechos”.

No hay nada más seguro, pues, que el hecho de que la Palabra de Dios es el fundamento firme de la oración: oramos en tanto que creemos en la Palabra de Dios. Más aún, la oración está basada directamente y específicamente en las promesas reveladas en Cristo Jesús. No hay otro fundamento sobre el cual basar este ruego. Todo lo demás son sombras y arenas movedizas. No son nuestros sentimientos, ni nuestros méritos, ni nuestras obras, sino las promesas de Dios lo que constituyen la base de la fe y el cimiento sólido de la oración:

“Por fin hallé el sólido paraje en que clavar el ancla de mi alma: es de Cristo el costado que fue abierto por mis pecados en la cruz sangrienta”.

La oración y sus promesas (continuación)

Cada promesa de las Escrituras es un documento divino que podemos reclamar a Dios, con la petición razonable de “haz lo que has prometido”. Y el Creador no va a engañar a la criatura que depende de su verdad; más aún, el Padre Celestial no va a quebrantar su Palabra a su propio hijo. “Recuerda la Palabra que diste a tu siervo, por la cual estoy esperando” es un requerimiento que prevalece. Es un argumento doble: es tu Palabra, ¿no la cumplirás? ¿Por qué la has pronunciado si no quieres cumplirla? Tú me has hecho esperar en Ti, ¿vas ahora a negar la esperanza que Tú mismo has engendrado?

C. H. SPURGEON

Hemos visto cómo las grandes promesas encuentran su cumplimiento a lo largo del curso de la oración; la inspiran y por medio de ella, llevan fruto maduro.

La magnífica y santificadora promesa de Ezequiel 36, una promesa que encuentra su cumplimiento maduro y pleno en el Nuevo Testamento, es una ilustración de cómo la promesa espera a la oración:

“Esparciré sobre vosotros agua limpia, y quedaréis limpios; de todas vuestras inmundicias y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré también un corazón nuevo, y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos y guardéis mis ordenanzas y las pongáis por obra. Habitaréis en la tierra que di a vuestros padres, y vosotros me seréis por pueblo, y Yo os seré a vosotros por Dios” (Ez. 36:25-28).

Y con respecto a esta promesa, y a su ejecución, Dios dice de modo definido y claro:

“Aún seré solicitado por la casa de Israel, para hacerles esto” (Ez. 36:37).

Cuanto más verdaderamente han orado los hombres por estas cosas, más plenamente han encontrado respuesta en esta promesa grande y preciosa en alto grado, porque

Cuanto más verdaderamente han orado los hombres más plenamente han encontrado respuesta, porque en su principio y en su final, así como en el proceso de la misma, han dependido de la oración.

La oración y el corazón puro se dan la mano. Esto es, la pureza del corazón sigue a la oración, mientras que la oración es el rebosar espontáneo de un corazón limpiado por medio de la sangre de Jesucristo.

en su principio y en su final, así como en el proceso de la misma, han dependido de la oración...

"Dame un nuevo corazón, perfecto, libre de duda, temor y dolor; una mente que aferrada a Cristo vaya en la vida siempre unido a ti. Quita ya mi corazón de piedra, que nada siente por ti. Y dame uno de carne, que para siempre por ti palpite con amor y fe".

Nunca he visto que fuera renovado con nueva vida el corazón de alguien cuyos labios no se han movido en oración para expresar un espíritu contrito, este precioso don de amor y pureza. Dios nunca ha puesto su Espíritu en el reino del corazón humano que nunca ha invocado con petición ardiente la llegada y el revestimiento del Espíritu Santo. Porque un espíritu sin oración no tiene afinidad por un corazón renovado: la oración y el corazón puro se dan la mano. Esto es, la pureza del corazón sigue a la oración, mientras que la oración es el rebosar espontáneo de un corazón limpiado por medio de la sangre de Jesucristo.

A este respecto notemos que las promesas de Dios son siempre personales y específicas. No son generales, indefinidas y vagas. No tienen nada que ver con multitudes o masas, sino directamente con individuos; tratan con personas.

Así, cada creyente puede reclamar la promesa como suya propia y ponerla a prueba: "Probadme ahora" (Mal. 3:10), dice el Señor... No hay necesidad de generalizar, ni de perderse en vaguedades. El santo que ora tiene derecho a poner el dedo sobre la promesa y reclamarla como propia, hecha especialmente para él, y que tiene el objetivo de cubrir sus necesidades presentes y futuras.

"Todas las promesas del Señor Jesús son apoyo poderoso de mi fe; mientras viva aquí cercado de su luz, siempre en sus promesas confiaré. Todas las promesas para el hombre fiel el Señor, en su bondades, cumplirá, y confiado espero que por siempre en Él, paz eterna mi alma gozará".

Jeremías dijo una vez, hablando en Nombre del Todopoderoso de la cautividad de Israel y de su terminación, lo siguiente:

"Después de cumplidos los setenta años en Babilonia, Yo os visitaré, y cumpliré la Palabra que os di y haré que retornéis a este lugar» (Jer. 29:10).

Pero esta firme y clara promesa de Dios iba acompañada de estas palabras:

"Entonces clamaréis a Mí y me llamaréis, y Yo os oiré. Y me buscaréis y me encontraréis, cuando me busquéis de todo corazón" (Jer. 29:12 y 13).

Esto parece indicar que, para su cumplimiento, la promesa de Dios dependía de la oración de su pueblo.

En Daniel tenemos el siguiente relato:

"Yo, Daniel, miré atentamente en los libros sagrados el número de los años de que habló Jehová al profeta Jeremías, que habían de cumplirse sobre las ruinas de Jerusalén: setenta años. Y volví mi rostro al Señor Dios, buscándole en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza" (Dn. 9:2 y 3).

De modo que Daniel, cuando expiró el tiempo de la cautividad, se aprestó en potente oración a reclamar el cumplimiento de la promesa, pues la cautividad había llegado a su término. Fue, sin duda, la promesa de Dios a Jeremías y la oración de Daniel lo que rompió las cadenas de la cautividad babilónica y dejó libre a Israel y lo trajo de nuevo a su patria nativa.

Igualmente, Dios había prometido por medio de los profetas que el Mesías prometido tendría un precursor. ¡Cuántos hogares en Israel y cuántas madres habrían suspirado por tener tal honor! Sin embargo, con el curso de los años, muy pocos persistieron en oración pidiendo por la realización de esta gran bendición. Zacarías y Elisabeth pertenecían a este pequeño grupo de fieles... Entonces, un ángel le dijo a Zacarías:

"Tu oración ha sido oída" (Lc. 1:13).

Así, la Palabra del Señor, tal como había sido dicha a los profetas, y la oración de este anciano sacerdote y de su esposa trajo al mundo a Juan el Bautista.

También, la promesa dada a Pablo, grabada en la comisión apostólica, según nos es relatada por él mismo, después de su detención en Jerusalén cuando hacía su defensa ante el rey Agripa, fue así:

Las promesas de Dios son siempre personales y específicas. No son generales, indefinidas y vagas. No tienen nada que ver con multitudes o masas, sino directamente con individuos; tratan con personas.

El río profundo y ancho de la promesa de Dios se encenagará en un pantano si no utilizamos estas promesas por medio de la oración, y no recibimos las aguas salutíferas y vivificadoras en nuestros corazones.

“... librándote de tu pueblo y de los gentiles, a quienes ahora te envió” (Hch. 26:17).

Pero, ¿qué hizo Pablo para realizar esta promesa? Acosado por los hombres, judíos y gentiles, sin escape por ninguna parte, escribió a los hermanos de Roma, con grandes ruegos:

“Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que ayudéis con vuestras oraciones a Dios por mí, para que sea librado de los desobedientes que están en Judea” (Ro. 15:30 y 31).

Y estas oraciones de sus hermanos romanos fueron las que proporcionaron su liberación, su seguridad, y pudieron hacer que se realizara por completo la promesa apostólica.

Del mismo modo, la promesa del Espíritu Santo a los discípulos, que fue de una manera clara la “promesa del Padre”, se realizó sólo después de muchos días de oración continua e insistente. Como condición para recibir este poder del Espíritu Santo, se les dijo que tenían que “esperar en la ciudad de Jerusalén hasta que fueran revestidos del poder de lo alto” (Lc. 24:49). El cumplimiento de esta promesa dependía, pues, de saber “esperar”. Y la respuesta fue efectuada gracias a la oración:

“Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres” (Hch. 1:14).

Es significativo que mientras estaban orando, confiando sus esperanzas en la seguridad de la promesa, el Espíritu Santo cayera sobre ellos y fueran llenos de poder... A saber, después de que Jesucristo hiciera la gran promesa a sus discípulos, ascendió a lo alto, y se sentó a la diestra del Padre en exaltación y poder. Con todo, la promesa dada por Él, de enviar el Espíritu Santo, no se realizó con este sentarse en el trono simplemente, ni por la promesa sólo, ni aún por el hecho de que el profeta Joel lo hubiera predicho. Ni siquiera la llegada del Espíritu aquel día fue la única esperanza de la causa de Dios en este mundo. No, todas estas poderosas razones no fueron la causa operante inmediata de la llegada del Espíritu Santo. Sino que la solución la encontramos en la actitud de los discípulos: en el hecho de que pasaron varios días en el aposento alto en ferviente y continua oración... Sí, fue la oración lo que dio paso al famoso día del Pentecostés; una oración potente, unida, continuada, fervorosa

durante casi dos semanas... Y la oración potente y continuada puede hoy hacer lo mismo.

“Dios y Señor, manda tu Santo Espíritu, en esta hora que Tú has señalado; y como otrora, en Pentecostés, descienda tu poder sobre nosotros. Juntos estamos, el corazón unido, éste es el aposento que indicaste. ¡Tu promesa esperamos, oh Señor! ¡Cúmplela, Tú, pues! ¡Manda al Consolador!”

Y es que todo tiene que ser santificado y realizado por la Palabra de Dios y la oración. El río profundo y ancho de la promesa de Dios se encenagará en un pantano si no utilizamos estas promesas por medio de la oración, y no recibimos las aguas salutíferas y vivificadoras en nuestros corazones.

No debemos pasar por alto tampoco que las promesas de Dios a los pecadores de toda clase y grado son igualmente seguras y firmes, y son verdaderas y reales para todo aquel que clama a Él. Pues es justo y verdadero que las promesas divinas a los que no son salvos y se arrepienten, buscando a Dios, hallen también respuesta...

Así, por ejemplo, la promesa de perdón y de paz fue la base de las oraciones de Saulo de Tarso durante sus días de oscuridad en la casa de Judas, cuando el Señor le dijo a Ananías, para calmar su temor: “He aquí, él ora” (Hch. 9:11). Esta promesa de misericordia y abundante perdón está enlazada con el hecho de buscar a Dios y pedirle perdón, según vemos en Isaías:

“Buscad a Jehová mientras pueda ser hallado; llamadle en tanto que esté cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá compasión de él, y a nuestro Dios, el cual será amplio en perdonar” (Is. 55: 6 y 7).

El pecador que ora recibe misericordia porque su oración está basada en la promesa de perdón hecha por Aquel que tiene derecho a perdonar a los pecadores. El penitente que busca a Dios obtiene misericordia porque hay una promesa definida de compasión para el que busca al Señor en arrepentimiento y fe. De hecho, aunque la salvación está prometida a quien cree, el pecador que cree es un pecador que ora, y Dios no ha prometido perdón al pecador que no ora, como no ha prometido perdón al profesor de re-

Es justo y verdadero que las promesas divinas a los que no son salvos y se arrepienten, buscando a Dios, hallen también respuesta.

El pecador que ora recibe misericordia porque su oración está basada en la promesa de perdón hecha por Aquel que tiene derecho a perdonar a los pecadores.

ligión que no ora. En otras palabras, "he aquí, él ora" no es sólo un signo infalible de sinceridad y una evidencia de que el pecador está procediendo por el camino recto para encontrar a Dios, sino que es una profecía infalible de abundante perdón. Que el pecador ore de acuerdo con la divina promesa, y entonces estará cerca del Reino de Dios. Recordemos que la mayor prueba del genuino regreso del hijo pródigo fue que confesó sus pecados y empezó pidiendo el lugar más bajo en la casa de su padre.

Y tal promesa anima a seguir orando; nos conmueve para que, desesperados, oremos:

"Jesús, Hijo de David, ten misericordia de Mí" (Mt. 9:27; 15:22; 20:30; Mr. 10:47; Lc. 18:38).

"No tengo nada más que tu promesa para atreverme a acercarme a Ti.

Tú llamas a aquel que está abrumado por el pecado. Y éste soy yo:

¡heme pues, Señor, a mí!"

¡Cuán grandes son las promesas hechas a los santos!

¡Cuán grandes son las promesas hechas a los pobres, hambrientos, perdidos pecadores, manchados por la caída! Y los brazos de la oración son suficientes para abarcarlos a todos y sostenerlos a todos.

¡Cuán grande es el ánimo que llega a estas almas a través de estas promesas de Dios! ¡Cuán firme es el fundamento de nuestra fe! ¡Cuán gran estímulo nos da esto para la oración! ¡Cuán sólida es la base para nuestras peticiones en la oración! Que nuestros corazones canten de regocijo:

"Todas las promesas del Señor serán luz y fuerza en nuestra vida terrenal; ellas en la dura lid nos sostendrán, y triunfar podremos sobre el mal".

3

El propósito definido de la oración

El Espíritu Santo desciende a nuestros corazones, a veces, en oración, como un rayo del Cielo; con lo que vemos más, al instante, de la gloria del Cielo, tenemos pensamientos asombrosos y una comprensión ampliada y súbita de Dios. A veces, son muchos rayos simultáneos que se concentran en uno y caen en el centro de nuestro corazón. Por medio de estos descensos o influjos divinos, Dios se introduce en nuestro corazón por los rayos de sí mismo. Así, llegamos no sólo a tener comunión con Dios mediante muchos pensamientos fragmentarios puestos juntos, sino que hay una contracción de muchos rayos del Cielo, vertidos en nuestra alma, de modo que sabemos más acerca de Dios y tenemos más comunión con Él en un cuarto de hora de lo que habríamos podido tener en un año por los medios de sabiduría corriente.

La oración echa mano del Dios Todopoderoso y le mueve a hacer cosas que de otro modo no haría si no se hubieran pedido.

THOMAS GOODWIN

¡Cuán vastas son las posibilidades de la oración! ¡Cuán dilatado es su alcance! ¡Cuán grandes son las cosas que son realizadas por este medio de gracia hecho asequible por Dios! La oración echa mano del Dios Todopoderoso y le mueve a hacer cosas que de otro modo no haría si no se hubieran pedido. Hace que ocurran cosas que de otra manera no ocurrirían.

Por eso, podemos afirmar que la historia de la oración es la historia de grandes acontecimientos.

La oración es, pues, un poder maravilloso colocado por Dios Todopoderoso en las manos de sus santos, el cual puede ser usado para conseguir el cumplimiento de grandes propósitos y alcanzar resultados extraordinarios. La oración llega a todo, abarca todas las cosas, pequeñas y grandes, que son prometidas por Dios a sus hijos, los hombres. El único límite a la oración son las promesas de Dios y su habilidad para cumplir estas promesas:

"Abre tu boca, y Yo la llenaré" (Sal. 81:10).

La oración, además, se demuestra a sí misma. Es susceptible de probar su virtud a aquellos que la usan; no necesita otra prueba que el resultado.

Los relatos de los resultados de la oración son alentadores para la fe, estimulan las expectativas de los santos y resultan una inspiración para todos los que quieren orar y poner a prueba su valor. La oración no es una teoría o plan todavía por comprobar. No es un método raro, ideado y dispuesto por el cerebro de los hombres, una invención que no ha sido sometida a prueba. La oración es una disposición divina en el gobierno moral de Dios, designada para beneficio del hombre y que tiene por objetivo promover y fomentar los intereses de su causa en la Tierra, y llevar a cabo sus propósitos de gracia en la redención y su Providencia.

La oración, además, se demuestra a sí misma. Es susceptible de probar su virtud a aquellos que la usan; no necesita otra prueba que el resultado:

"El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si Yo hablo por mi propia cuenta" (Jn. 7:17).

Esto es, si alguien quiere conocer la virtud de la oración, si quiere saber lo que puede hacer, que ore. Que ponga la oración a prueba.

¡Qué amplitud tiene la oración! ¡Qué alturas alcanza! Es el aliento de un alma inflamada por Dios e inflamada por el hombre. Llega a donde llega el Evangelio, y es tan amplia, llena de compasión como el Evangelio.

¡Cuánta oración requieren todavía estas provincias y territorios del reino terreno que todavía no han sido conquistadas, para que se las pueda iluminar, se pueda causar una impresión en ellas y conseguir que se muevan hacia Dios y su Hijo, Jesucristo! Si los que se han llamado discípulos de Cristo hubieran orado en el pasado como deberían haberlo hecho, los siglos no habrían transcurrido quedando todavía estas provincias encadenadas por el pecado, la ignorancia y la muerte.

¡Ay! ¡Cómo ha limitado el poder de Dios la incredulidad de los hombres para no hacer uso de la oración! ¡Qué trabas han puesto los discípulos de Jesucristo a la oración por su falta de fe! ¡Cuánto ha descuidado la Iglesia la oración! ¡Cómo ha cercado el Evangelio y ha cerrado las puertas de acceso!

Entre las posibilidades de la oración está el abrir puertas para la entrada del Evangelio:

"Orando también por nosotros para que Dios nos abra una puerta para la predicación" (Col. 4:3).

La oración abrió a los apóstoles las puertas para la predicación, creando oportunidades y facilidades para enseñar el Evangelio. La llamada de la oración había sido a Dios, porque Dios fue movido por la oración. Dios, pues, fue movido a abrir nuevos caminos para su propia obra.

Más aún, no sólo abre puertas al Evangelio, sino que le da facilidades. "Hermanos, orad por nosotros, para que la Palabra del Señor tenga libre curso y sea glorificada" (2 Ts. 3:1) es la petición del apóstol Pablo, cuya fe había alcanzado las posibilidades de la oración para la predicación de la Palabra.

El Evangelio se mueve, en conjunto, demasiado lentamente, a veces con timidez y pasos inseguros. ¿Qué es lo que hará que se mueva rápidamente, como un corredor lanzado en la pista? ¿Qué dará al divino Evangelio gloria y resplandor y un andar digno de Dios y de Cristo? La respuesta la tenemos a mano: la oración, más oración, mejor oración, es lo que lo conseguirá. Este medio de gracia dará rapidez, esplendor y divinidad al Evangelio.

En efecto, la oración hace que el Evangelio se extienda más rápido. Un Evangelio proyectado por la potente energía de la oración no es lento, flojo o remolón. Se mueve, esparce con el poder de Dios, con la celeridad de Dios, con rapidez angélica.

Las posibilidades de la oración lo alcanzan todo: lo que afecta al mayor bienestar del hombre y todo lo que tiene que ver con los planes y propósitos de Dios respecto al hombre en la Tierra. Pues, en la promesa "todo lo que pidáis" (Jn. 15:7) se halla todo lo que afecta a los hijos del hombre y de Dios. Y todo lo que queda fuera del "todo" queda también fuera de la oración.

¿Dónde trazaremos entonces la línea que divide lo de "dentro" y lo de "fuera"? Si "todo" no incluye todas las cosas, no hemos comprendido bien este versículo...

¡Qué riquezas de gracia, qué bendiciones espirituales y temporales, qué bienes para el tiempo y la eternidad hubieran sido nuestros si hubiéramos aprendido las posibilidades de la oración y nuestra fe hubiera echado mano del amplio espectro de las promesas divinas a nosotros en respuesta a la oración! ¡Qué bendiciones en nuestros tiempos y qué progreso para la causa de Dios si hubiéramos

Las posibilidades de la oración lo alcanzan todo: lo que afecta al mayor bienestar del hombre y todo lo que tiene que ver con los planes y propósitos de Dios respecto al hombre en la Tierra.

Tengamos siempre en cuenta y no nos permitamos dudar ni un momento de que el Padre Celestial intenta hacer o decir lo que promete. Sus promesas son su propia Palabra. Su veracidad se halla en juego y Él no puede permitirse faltar a su Palabra.

aprendido a ^{gran expectativa} orar con grandes expectativas! ¿Quién se levantará en esta generación y enseñará esta lección a la Iglesia? Es una lección de niños en su simplicidad, pero ¿quién la ha aprendido bien para ponerla en práctica? Es una gran lección en su potencia incomparable para el bien universal. Las posibilidades de la oración son incalculables, pero, la lección de la oración, que realiza y llega a estas posibilidades, ¿quién la ha aprendido?

Las promesas de Dios a aquellos que verdaderamente oran son tan grandes y Dios se pone tan plenamente en las manos de los que oran, que nos deja verdaderamente asustados... No acabamos de comprenderlo y nos quedamos tambaleando, incluso llegamos a dudar. Realmente, las promesas de Dios a la oración han sido recortadas por nosotros a causa de nuestra poca fe, y han descendido al nivel de nuestras estrechas nociones sobre la capacidad, la generosidad y los recursos divinos. Tengamos siempre en cuenta y no nos permitamos dudar ni un momento de que el Padre Celestial intenta hacer o decir lo que promete. Sus promesas son su propia Palabra. Su veracidad se halla en juego y Él no puede permitirse faltar a su Palabra:

"... en la esperanza de la vida eterna, que Dios no puede mentir, prometida desde antes de la fundación del mundo" (Tit. 1:2).

Estas promesas son para gente sencilla y corriente, y Él intenta hacer lo que dice para todos los que oran como Él dice que lo hagan, porque "fiel es el que prometió" (He. 10:23; 11:11).

Por desgracia, hemos fallado en la forma que hemos orado. Y, así, hemos limitado al Santo de Israel...

La capacidad de orar puede ser asegurada por la gracia y poder del Espíritu Santo, pero exige tal esfuerzo y un carácter tan alto que es raro que una persona pueda estar "en términos de poder hacerse responder por Dios". Sin embargo, aún es verdad que la "oración efectiva del justo tiene mucho poder" (Stg. 5:16); ya que las posibilidades de la oración son las posibilidades de la fe. Dicho de otra manera, la oración y la fe son hermanos siameses, porque es un mismo corazón el que los anima... La fe está siempre orando, y la oración está siempre creyendo. La fe ha de tener una lengua por medio de la cual pueda hablar y también debe recibir: la oración es, pues, la mano de la fe que se extiende para recibir.

La oración debe levantarse y ascender y la fe debe dar a la oración las alas para hacerlo. La oración ha de tener audiencia de Dios; la fe abre la puerta y da acceso a esta audiencia. La oración pide, y la fe echa mano de lo pedido...

El poder del Dios omnipotente es la base de la fe omnipotente y la oración omnipotente. "Al que cree todo le es posible" (Mr. 9:23) y "todas las cosas son dadas al que ora" (1 Ti. 6:17). Vemos que el decreto de Dios y la muerte ya al acecho ceden ante la oración de fe de Ezequías.

Y es que cuando la promesa de Dios y la oración del hombre están unidas por la fe, entonces, "nada es imposible". La plegaria insistente es tan poderosa e irresistible que obtiene las promesas, o vence aun cuando las perspectivas parecen estar contra ella. De hecho, la promesa del Nuevo Testamento, que incluye todas las cosas en el Cielo y en la Tierra y coloca al hombre en posesión de una herencia sin límites...

En su mensaje de Juan 15, ~~nuestro Señor parece relacionar~~ la amistad con Él con la acción de orar, y dice que eligió a sus discípulos con el designio de que por medio de la oración ellos pudieran llevar mucho fruto:

"Vosotros sois mis amigos, si hacéis cuanto Yo os mando. No me elegisteis vosotros a mí, sino que Yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidáis al Padre en mi Nombre, os lo dé" (Jn. 15:14-16).

Jesús pone el dar fruto y el permanecer del fruto, maduro, sabroso, sin marchitarse, como base para que la oración pueda alcanzar todas sus posibilidades; como premisa para que el Padre pueda dar lo que le pidamos. Aquí de nuevo hallamos un "todo" general como límite a las posibilidades de la oración.

Tenemos aún otra afirmación de Jesús:

"En verdad, en verdad, os digo, que todo lo que pidieréis al Padre en mi Nombre, Él os lo dará. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi Nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido" (Jn. 16: 23, 24).

Es ésta una exhortación definida y clara a que seamos generosos en orar. Se nos insta y anuncia solemnemente que "en verdad, todo lo que pidamos en su Nombre nos será cumplido". ¿Por qué toda esta insistencia en esta última conversación de Jesús con sus discípulos? La respuesta es que el Señor quería prepararlos para una nueva

La oración debe levantarse y ascender y la fe debe dar a la oración las alas para hacerlo. La oración ha de tener audiencia de Dios; la fe abre la puerta y da acceso a esta audiencia. La oración pide, la fe echa mano de lo pedido.

La oración tiene influencia sobre los hombres porque ha influenciado en Dios para que les influyera a ellos. En definitiva, la oración es la mano que mueve el mundo.

dispensación, en la cual la oración habría de ser su agente principal en la misión de esparcir el Evangelio.

Y es que el mandato de evangelizar al mundo no es algo secundario, sin importancia, que se deja para que lo decidamos nosotros, sino que ha sido escogido por Jesucristo como el verdadero asunto de la oración. A saber, nos ha escogido en su elección divina como labradores suyos para sembrar el terreno, y espera que nosotros presentemos oraciones pidiendo por la germinación de la semilla del Evangelio. En otras palabras, la oración es el fruto principal que Él espera que cultivemos.

Los beneficios, las posibilidades y la necesidad de la oración no son algo subjetivo, nuestro, sino realista y tiene un objetivo definido. En efecto, la oración siempre tiene algún propósito específico en el ojo mental. Hay algunos beneficios subjetivos que resultan también de la oración, pero esto es algo totalmente secundario e incidental. La oración se dirige a un objeto y trata de alcanzar el fin perseguido; es pedir, buscar, llamar a una puerta para obtener algo que no tenemos, que deseamos y que Dios nos ha prometido.

Y la oración se dirige directamente a Dios:

"Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias" (Fil. 4:6).

Esto es, la oración consigue las bendiciones y hace a los hombres mejores porque alcanza el oído de Dios. Concluimos, pues, que la oración sirve para mejorar a los hombres. Lo cual ocurre porque primero la oración ha afectado a Dios; o sea, la oración mueve a los hombres porque ha movido a Dios; la oración tiene influencia sobre los hombres porque ha influenciado en Dios para que les influyera a ellos. En definitiva, la oración es la mano que mueve el mundo...

"El poder de la oración se eleva hacia lo alto para alcanzar el trono de Jesús; y allí mueve la mano que a su vez mueve al mundo a enviar salvación, amor y luz".

Repetimos, la oración no es indiferente o algo pequeño; no es un privilegio simpático. Es una gran prerrogativa, de largo alcance en sus efectos. El fallo en el orar implica una pérdida por parte del que descuida hacerlo, mucho mayor de lo que él mismo puede comprender. No

es un mero episodio en la vida cristiana. Al contrario, la verdad es que toda la vida es una preparación para la oración y un resultado de la misma. En esta condición, la oración es la suma de la religión, y la fe no es sino su cauce. No es sólo el lenguaje de la vida espiritual, sino que es su verdadera esencia y forma su verdadero carácter; es el pulmón a través del cual respira la santidad...

"¡Quién tuviera una fe que no retrocediera a pesar de los ataques enemigos, que no temblara ante ningún peligro, ni que a sus pies el Averno se abriera! Señor dame esta fe, la necesito. Con ella no me importa lo que venga, cada lucha será aquí una victoria y más allá, el premio, eterna gloria".

La oración es la suma de la religión, y la fe no es sino su cauce.

4

La oración, sus posibilidades

La necesidad de orar es innata en el hombre; su naturaleza, incluso antes de la revelación clara y plena, ya clama en oración, pues ésta nace de los instintos, las necesidades y los anhelos profundos del ser humano. El hombre existe, por tanto, la oración existe. Dios es, por tanto, la oración es.

La oración debería ser el aliento que respiramos, la idea de nuestro pensamiento, el alma de nuestros sentimientos, la vida de nuestro ser, el sonido que percibe nuestro oído y el crecimiento de nuestra madurez. La oración, en sus dimensiones, es longitud sin fin, anchura sin límites, altura sin tope y profundidad sin fondo. Ilimitada, inacabable, insondable e infinita.

HOMER W. HODGE

¿Cuáles son las posibilidades de la oración según se manifiestan en la revelación divina? La necesidad de orar es innata en el hombre; su naturaleza, incluso antes de la revelación clara y plena, ya clama en oración, pues ésta nace de los instintos, las necesidades y los anhelos profundos del ser humano. El hombre existe, por tanto, la oración existe. Dios es, por tanto, la oración es...

La petición de Salomón en la dedicación del templo, producto de la piedad y la sabiduría inspiradas, nos da una visión lúcida y poderosa del vasto alcance de la oración, en la minuciosidad de los detalles y en las abundantes posibilidades y su urgente necesidad. ¡Cuán minuciosa y exactamente abarcante es esta plegaria! Hay en ella bendiciones nacionales e individuales, bienes espirituales y temporales.

Después que Salomón hubo terminado su oración magnífica y sin límites, esto es lo que Dios le dijo:

“Jehová apareció a Salomón la segunda vez, como le había aparecido en Gabaón. Y le dijo Jehová: *Yo he oído tu oración y tu ruego que has hecho en mi Presencia*” (1 R. 9:2 y 3).

Y es que para todos estos males, la oración pura es un remedio universal... Remedia todos los males, cura las enfermedades, alivia las situaciones, por calamitosas que sean. No hay nada difícil para Dios: los diagnósticos y pronósticos más sombríos pueden ser alterados por este Médico Todopoderoso. Y no hay condiciones desesperadas que puedan desafiarlo:

“Pido más de lo que puedo concebir,
pero mi Señor lo hará;
mi fe, por tanto, no vacilará:
si Él lo ha prometido, lo voy a recibir.”

La fe ve simplemente la promesa
y ya no considera nada más.

No hace ningún caso de las dificultades
y dice: ¡Eso será!”

Hay muchísimas afirmaciones en la Palabra de Dios que dejan establecida la naturaleza ilimitada de la oración:

“Llámame en el día de la angustia, y Yo te libraré, y tú me glorificarás” (Sal. 50:15).

¡Cuán diversa es la gama de la tribulación! ¡Es casi infinita en sus posibilidades! ¡Universal en sus condiciones! Sin embargo, el alcance de la oración es aún mayor que el de la tribulación, tan universal como la pena e infinita como la aflicción. Y la oración puede aliviar todos estos males que llegan a los hijos de los hombres. No hay lágrima que no pueda enjugar la oración. No hay depresión de espíritu que no pueda elevar; no hay desesepero que no pueda disipar...

“Llámame, y Yo te responderé y te mostraré cosas grandes y difíciles que tú no conoces” (Jer. 33:3).

¡Cuán amplias son estas palabras del Señor, cuán grande es la promesa, cuán alentadoras para la fe! La oración siempre nos trae alivio de Dios, bendición y ayuda, y nos da revelaciones maravillosas de su poder. ¿Qué hay que sea imposible para Dios? No hay nada imposible para el Señor; y todas las posibilidades de Dios están en la oración conforme al Espíritu...

Samuel, de entre los jueces de Israel, nos ilustra plenamente las posibilidades y la necesidad de la oración. Él mismo, había sido beneficiario de la grandeza de la fe y oración de su madre, Ana, la cual, siendo estéril, pidió importunamente tener un hijo. Y este hijo anhelado de Ana llegó a ser un intercesor poderoso, especialmente en los casos de crisis en la historia del pueblo de Dios. El epítome de su vida y de su carácter se halla en la siguiente afirmación:

“Samuel clamó al Señor en favor de Israel, y el Señor le oyó” (1 S. 7:9).

La victoria de Israel fue completa, constituyéndose el *Eben-ezer* como el memorial de las posibilidades y de la necesidad de la oración (véase 1 S. 7:12).

El alcance de la oración es aún mayor que el de la tribulación.

La oración siempre nos trae alivio de Dios, bendición y ayuda, y nos da revelaciones maravillosas de su poder. ¿Qué hay que sea imposible para Dios? No hay nada imposible para el Señor; y todas las posibilidades de Dios están en la oración conforme al Espíritu.

En otra ocasión, Samuel clamó a Dios, e hizo tronar y llover en aquel día, aunque era una estación seca, la de la siega, ante los aterrorizados hijos de Israel. He aquí otra de las afirmaciones respecto a este poderoso hombre de oración, que sabía orar y a quien Dios siempre escuchaba cuando oraba. En otro lugar, hablando al pueblo de Dios, dijo Samuel:

“Así que, lejos sea de mí que peque yo contra Jehová cesando de rogar por vosotros; antes bien, os instruiré por el camino bueno y recto” (1 S. 12:23).

Estas grandes ocasiones muestran que este notable juez de Israel había hecho un hábito de la oración, y que ésta era una característica visible y clara de su dispensación. La oración no era un ejercicio extraño para Samuel. Se había acostumbrado a ella; y de ella, precisamente, recibía las respuestas de Dios.

Gracias a tales oraciones de Samuel, la causa de Dios fue levantada de la condición caída en que se encontraba y hubo un avivamiento nacional, del cual David fue uno de los frutos. Samuel es, pues, una ilustración evidente de las posibilidades de la oración.

Jacob es también una ilustración para todos los tiempos de la fuerza de la oración en sus conquistas. En la historia de su lucha en oración vemos que Dios le sacude con mano recia, se le presenta como antagonista. Jacob estaba dispuesto a luchar, como si estuviera luchando con un enemigo físico. Jacob el suplantador, astuto y con pocos escrúpulos, no tenía los ojos claros para ver a Dios, porque sus principios enturbiaban su visión. Pero Jacob tenía que conocer a Dios, llegar a Dios, echar mano de Él: ésta fue la exigencia de aquella hora crítica...

Así, Jacob permaneció sólo toda la noche luchando en oración, y la noche fue testigo de la intensidad de este esfuerzo, los cambios y fortunas de la lucha, el avance y retroceso de su espíritu. En aquel momento y lugar se juntaron las fuerzas sacadas de la flaqueza, el poder del desespero, la energía de la perseverancia, la elevación de la humildad y la victoria de la sumisión. La salvación de Jacob resultó, en efecto, de las fuerzas que había acumulado en aquella noche de conflicto...

“En el seno materno tomó por el calcañar a su hermano, y con su poder venció al ángel. Venció al ángel, y

prevalció; lloró y le rogó; en Bet-el le halló, y allí habló con nosotros” (Os. 12:3 y 4).

Este hombre desesperado rogó y lloró y persistió hasta que el fiero odio del corazón de su hermano, Esaú, fue transformado en amor. Pero, aún ocurrió aquí un milagro mayor que el de Esaú: el de la conversión del propio Jacob. Esto es, su nombre, su carácter y su destino fueron cambiados en aquella noche de oración. ¡Qué resultados más tremendos de una noche de lucha en oración! Los corazones de dos hermanos enfrentados fueron transformados en amor... ¡Qué fuerzas yacen dormidas en la oración si sólo supiéramos despertarlas y ponerlas en acción!

¡Qué fuerzas yacen dormidas en la oración si sólo supiéramos despertarlas y ponerlas en acción!

5

La oración y los asuntos temporales

Lo que afecta a nuestros cuerpos por necesidad afecta a nuestras mentes, las cuales están sujetas a la oración.

Lo que más teme Satán es la oración... La Iglesia que ha perdido a Cristo está llena de buenas obras. Las actividades se multiplican tanto que no hay tiempo para la meditación, y las organizaciones requieren tanta energía que no queda nada para la oración. Las almas pueden perderse en las buenas obras, lo mismo que en las malas. El único problema que tiene el diablo es asegurarse de que los santos no oren. No les teme a los estudios, la obra, o la religión, siempre y cuando todo ello vaya sin oración. Se ríe de nuestro sudor, se mofa de nuestra sabiduría, pero tiembla cuando nos ve de rodillas.

SAMUEL CHADWICK

Las posibilidades de la oración se ven también en los resultados de los asuntos temporales; pues allí alcanzan todo lo que se refiere al hombre, sea su cuerpo, alma o mente, incluyendo las cosas más pequeñas de la vida. Esto es, la oración tiene en cuenta las necesidades del cuerpo: el alimento, el vestido, los negocios, las finanzas...

En fin, todo aquello que pertenece a la vida, así como las cosas que tienen que ver con los intereses eternos del alma. Sus logros no se ven sólo en las cosas importantes de la Tierra, sino también en lo que podríamos llamar menudencias.

Y es que las cosas temporales, aun cuando son de un orden inferior a las espirituales, nos afectan grandemente. De hecho, constituyen la fuente principal de nuestros cuidados y preocupaciones. Tenemos cuerpos, con sus necesidades, sus penas, enfermedades y limitaciones. Y todo ello tiene mucho que ver con la religión... Dicho con otras palabras, lo que afecta a nuestros cuerpos por necesidad afecta a nuestras mentes, las cuales están sujetas a la oración.

Los asuntos temporales tienen además mucho que ver con la salud y la felicidad; forman nuestras relaciones, prueban nuestra fidelidad y pertenecen a la esfera de la

justicia y la rectitud. No orar sobre las cosas temporales implica, pues, dejar a Dios fuera de una importante parte de nuestro ser. Quien no puede orar sobre todo, tal como se nos encarga en Filipenses 4:6, no ha aprendido el valor de la oración en su verdadero sentido.

Sí, dejar los asuntos temporales fuera de la oración afecta a la religión y a la eternidad. Es más, la persona que no ora sobre las cosas temporales es que no tiene confianza sobre las espirituales; si no pone a Dios en oración, su carga y su lucha por el pan de cada día, no depositará tampoco su lucha por el Cielo: no cubre y suple las necesidades de su cuerpo por medio de la oración y, por tanto, descuidará las necesidades de su alma. Porque los dos, el cuerpo y el alma, dependen de Dios, siendo la oración la expresión básica de esta dependencia.

De hecho, el Antiguo Testamento no es sino una relato de las relaciones de Dios con su pueblo a través de encuentros en oración. Abraham oró para que Sodoma pudiera ser salvada de la destrucción. El siervo de Abraham oró y recibió de Dios instrucciones acerca de la elección de una esposa para Isaac. Ana oró, y la respuesta que se le dio fue Samuel. Elías oró, y no hubo lluvia en tres años. Volvió a orar, y las nubes dieron lluvia. Ezequías fue curado de una enfermedad mortal por medio de la oración. Jacob oró para que Esaú no pudiera ejercer la venganza que tenía planeada. La Biblia en el Antiguo Testamento es, en definitiva, una historia de oración pidiendo bendiciones temporales tanto como espirituales.

Y en el Nuevo Testamento tenemos el mismo principio ilustrado y reforzado. Vemos que aquí la oración cubre los dos reinos: el temporal y el espiritual. Nuestro Señor, en su oración universal, el *Padrenuestro*, la oración en favor de toda la humanidad en todo clima edad y condición, pone esta petición:

“Danos hoy nuestro pan cotidiano” (Mt. 6:11).

Esto abarca todas las necesidades terrenales...

También, en el sermón del monte hay todo un párrafo del Señor dedicado al alimento y el vestido (Mt. 6:25-34), donde se nos advierte contra la preocupación excesiva o la ansiedad por las cosas materiales, y al mismo tiempo se nos estimula a la fe que abarca y reclama todas estas cosas necesarias para el cuerpo. Y esta enseñanza queda en estrecha relación con sus enseñanzas sobre la oración.

La persona que no ora sobre las cosas temporales es que no tiene confianza sobre las espirituales.

No creer en la doctrina de que la oración cubre todas las cosas que tienen que ver con el cuerpo y los negocios de la vida engendra ansiedad respecto a lo terrenal y causa preocupaciones innecesarias e infelicidad.

El alimento y el vestido, se nos enseña, son asuntos de oración. Ni por un momento se indica que estas cosas queden por debajo de la noticia de Dios, o que lo material o terreno no deba entrar en un ejercicio espiritual como la oración.

Así, vemos cómo la mujer sirofenicia oró por la salud de su hija (ver Mr. 7:24-30). Pedro oró por Dorcas, para que fuera resucitada (véase Hch. 9:36-41). Pablo oró por el padre de Publio (Hch. 28:7-9), que estaba enfermo de una gran fiebre e instó a los cristianos de Roma a que oraran en favor suyo para que pudiera ser librado de ciertos hombres perversos.

Igualmente, cuando Pedro fue encarcelado por Herodes, la iglesia de Jerusalén se puso inmediatamente en oración para que fuera librado de la cárcel, y Dios honró la oración de estos cristianos (véase Hch. 12: 6-19). Juan oró para que Gayo fuera «prosperado en todas las cosas, y que tuviera salud, así como próspera su alma» (3 Jn. vv. 1 y 2).

Y Santiago, en el capítulo cinco, nos instruye específicamente a que «si alguno está enfermo, los ancianos de la iglesia oren sobre él, ungiéndole con aceite en el Nombre del Señor»; y también que «si alguno está afligido, haga oración» (Stg. 5: 13 y 14).

Nuevamente Pablo, escribiendo a los Filipenses, en el capítulo cuatro, dice:

«Por nada estéis afanosos, sino sean presentadas vuestras peticiones delante de Dios mediante oración y ruego, con acción de gracias» (Fil. 4:6).

Estas palabras de Pablo están en relación estrecha con lo siguiente:

“En gran manera me gocé en el Señor de que ya al fin habéis reavivado vuestro cuidado de mí; de lo cual también estabais solícitos, pero os faltaba la oportunidad. No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación” (Fil. 4: 10 y 11).

Y termina la carta a estos cristianos con estas palabras, que abrazan las necesidades temporales lo mismo que las espirituales:

«Mi Dios, pues, proveerá todas vuestras necesidades conforme a sus riquezas en Cristo Jesús» (Fil. 4:19).

No creer en la doctrina de que la oración cubre todas las cosas que tienen que ver con el cuerpo y los negocios

de la vida engendra ansiedad respecto a lo terrenal y causa preocupaciones innecesarias e infelicidad. ¡Cuánto cuidado innecesario podríamos ahorrarnos si creyéramos en la oración como medio para aliviar todos estos cuidados, y aprendiéramos el arte feliz de echar todas nuestras cuitas sobre Dios, “porque Él cuida de nosotros”! Si no creemos que Dios cuida de nosotros hasta en los más pequeños asuntos que afectan a nuestra felicidad y *comfort*, limitamos lo que el Santo de Israel quiere hacer por nosotros y privamos a nuestras vidas de felicidad real y dulce contento.

Tenemos el caso del fallo de los discípulos en su intento de echar al diablo del hijo lunático que el padre les había llevado, mientras Jesús estaba en el *monte de la transfiguración* (véase Mr. 9:14-29). Los discípulos deberían haber sido capaces de expulsar al demonio del chico, pues habían sido enviados para hacer esta obra y tenían el poder del Señor y Maestro para hacerlo. Sin embargo, fallaron estrepitosamente. Y Cristo los reprendió severamente por no haberlo hecho. Habían fallado simplemente porque no se habían dedicado a la oración y habían descuidado el ayuno. En efecto, el descuido de estas dos cosas quebró la capacidad de su fe y, por ello, no tuvieron la energía de una fe con autoridad.

La promesa dice que «todo lo que pidamos en oración, creyendo, lo recibiremos» (Mt. 21:22), y ésta es la base de nuestra fe y el fundamento en el cual estamos firmes cuando oramos. Ya hemos visto, pues, que las posibilidades de la fe son una cadena sin fin y cubren un área que no se puede medir.

En Hebreos 11, el autor, ocupado en especificar ejemplos de fe y recitar hazañas, hace un momento de pausa, y luego exclama, dándonos un relato de logros extraordinarios conseguidos por los santos de tiempos antiguos gracias a la oración:

“¿Y qué más digo? Porque el tiempo me faltaría para contar de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, así como de Samuel y de los profetas; que mediante la fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, escaparon del filo de la espada, se revistieron de poder siendo débiles, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga a ejércitos extranjeros. Las mujeres recibieron sus

Si no creemos que Dios cuida de nosotros hasta en los más pequeños asuntos que afectan a nuestra felicidad y *comfort*, limitamos lo que el Santo de Israel quiere hacer por nosotros y privamos a nuestras vidas de felicidad real y dulce contento.

La fe no ha ganado nunca una batalla o una corona allí donde la oración no ha sido el arma de la victoria; y en el premio, la oración ha sido la joya central de la corona.

muerdos mediante resurrección, mas otros fueron torturados, no aceptando el rescate, a fin de obtener una mejor resurrección" (He. 11:32-35).

¡Qué ilustre lista! Qué maravillosos triunfos, llevados a cabo no por ejércitos, ni por hombres de fuerza sobrehumana, ni por magia, sino por hombres y mujeres que eran notables sólo por su fe y oración.

Estas hazañas de la fe son al mismo tiempo una ilustre serie de referencias a la oración, porque las dos son la misma cosa. La fe no ha ganado nunca una batalla o una corona allí donde la oración no ha sido el arma de la victoria; y en el premio, la oración ha sido la joya central de la corona.

Si "todas las cosas son posibles para aquel que cree" (Mr. 9:23), entonces todas las cosas son posibles para aquel que ora...

"Confía en Él; no puedes fracasar. Hazle presente tu necesidad. No temas, en sus méritos, confía; pide con fe: lo podrás terminar".

6

La oración, su vasto alcance

No hay nada en que se complazca Dios tanto en relación con nuestra oración como en nuestra alabanza... Y nada bendice tanto al hombre que ora como la alabanza que le ofrecemos. Recibí una gran bendición una vez en China en relación con esto. Había recibido noticias tristes y malas de casa, y mi alma estaba cubierta por espesas sombras. Oré, pero las sombras no se desvanecían. Me dije que tenía que resistir, pero la oscuridad se hacía más densa. Por aquel entonces, fui a un puesto de misión del interior y vi en una pared de la casa de misión estas palabras: "Prueba dar gracias". Lo hice, y en un momento la sombra desapareció para no volver. Sí, el salmista tenía razón: "es bueno dar gracias al Señor" (Sal. 92:1).

HENRY W. FROST

La fe es una condición primaria para que Dios obre. Y una condición primaria también para que el hombre ore.

Las posibilidades de la oración se miden por la fe en la capacidad de Dios para ejecutar lo que pedimos. La fe es una condición primaria para que Dios obre. Y una condición primaria también para que el hombre ore. Pues la fe saca de Dios el máximo y da carácter a la oración. Una fe débil siempre da lugar a una oración débil; mientras que una fe vigorosa crea una oración vigorosa. Al final de la conocida parábola de la viuda importuna y el juez cansado, Cristo hace una pregunta directa:

"Cuando el Hijo del Hombre vuelva, ¿hallará fe en la Tierra?" (Lc. 18:8).

Y en el caso del niño lunático, el padre exclamó en un momento de bajón en su fe y embargado por la aflicción:

"Si Tú puedes hacer algo, muévete a compasión sobre nosotros y ayúdanos" (Mr. 9:22).

Jesús le respondió entonces: "Si puedes creer, todo es posible para el que cree" (Mr. 9:23).

Tal curación dependió de la fe de aquel padre en la capacidad de Cristo para curar a su hijo. Es cierto que el Señor tenía poder para sanar al endemoniado, pero la realización específica de este hecho estaba sujeta a la posibi-

La única condición que constriñe el poder de Dios y le impide obrar con respecto a nosotros es nuestra falta de fe.

alidad de fe de su padre. Y es que una fe grande permite a Jesús hacer grandes cosas...

En efecto, necesitamos una fe viva en el poder de Dios. Hemos puesto obstáculos a Dios hasta el punto que ahora tenemos poca fe en su poder. Hemos condicionado tanto el ejercicio de su poder que nos parece que tenemos un Dios pequeño porque nuestra fe es pequeña. Pero la única condición que constriñe el poder de Dios y le impide obrar con respecto a nosotros es nuestra falta de fe. Él no está limitado en la acción por las condiciones que limitan a los hombres. Es decir, las condiciones de tiempo, lugar, cercanía, habilidad y otras que podríamos nombrar, sobre las cuales depende la acción de los hombres, no tienen aplicación ninguna a Dios. Si los hombres miran a Dios y claman a Él en verdadera oración, Él escuchará y librará; no importa lo severa e irremediable que sea la situación.

No obstante, es extraña la manera en que Dios tiene que enseñar a su pueblo lo que Él puede hacer. Así, por ejemplo, prometió a Abraham y a Sara que nacería Isaac; pero Abraham tenía cien años casi, y Sara era estéril, y ya le había pasado la edad de tener hijos. Ella se rió ante la idea de poder quedarse embarazada. Entonces, Dios le preguntó a Abraham:

“¿Por qué se ha reído Sara? (...) ¿Hay algo demasiado difícil para el Señor?” (Gn. 18:13 y 14).

Y Dios cumplió al pie de la letra la promesa de que estos dos ancianos tendrían un hijo.

Asimismo, Moisés temía aceptar la empresa que Dios le ponía entre manos de liberar a Israel de la esclavitud egipcia, a causa de un defecto del habla:

“Entonces dijo Moisés a Jehová: ¡Ay, Señor!, nunca he sido hombre de fácil palabra, ni antes, ni desde que Tú hablas a tu siervo; porque soy tardo en el habla y torpe de lengua. Y Jehová le respondió: ¿Quién dio la boca al hombre, o ¿quién hizo al mundo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy Yo Jehová? Ahora, pues, ve, y Yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que hayas de hablar” (Éx. 4:10-12).

Y cuando Dios dijo que alimentaría a los hijos de Israel durante todo un mes con carne, Moisés tuvo dudas de si Jehová lo haría. Entonces, el Señor contestó a Moisés:

“¿Acaso se ha acortado la mano de Jehová? Ahora verás si se cumple mi Palabra o no” (Nm. 11:23).

Realmente, no hay nada demasiado difícil para Dios. Pablo declaró:

“Él puede hacer abundantemente todo lo que le pedimos o pensamos” (Ef. 3:20).

La oración tiene que ver con Dios, con su capacidad para obrar. La posibilidad de la oración es la medida de la capacidad de Dios. Esto es, nos manda que pidamos, y recibiremos, porque Dios puede hacer todas las cosas. Puede hacer incluso más de lo que el hombre puede pedir; los pensamientos, las palabras, la imaginación y los deseos humanos no pueden medirse con la capacidad de Dios... Porque la oración no sólo descansa sobre promesas, sino que obtiene más promesas: crea promesas.

Elías, por ejemplo, tenía la promesa de Dios de que Él enviaría lluvia, pero no tenía la promesa de que le enviaría fuego. Por fe y oración obtuvo fuego, y también agua, pero el fuego vino primero.

Igualmente, Daniel no tenía una promesa específica de que Dios le daría a conocer el sueño del rey, pero él y sus asociados se unieron en oración, y Dios reveló a Daniel el sueño del rey y su interpretación, y sus vidas fueron salvadas (véase Dn. 2).

Ezequías tampoco tenía ninguna promesa de Dios de que le curaría de la enfermedad desesperada que amenazaba su vida. Al contrario, llegó a él Palabra del Señor, por boca del profeta, de que tenía que morir. Sin embargo, oró en contra del decreto del Todopoderoso, con fe, y consiguió que Dios cambiara la orden, y vivió.

Y es que la majestad y el poder de Dios para hacer al hombre y al mundo, y que está sosteniendo todas las cosas, se halla siempre delante de nosotros como la base de nuestra fe en Dios y la seguridad y urgencia de la oración. Entonces, el Creador atrae nuestra atención de entre lo que Él ha hecho y nos hace pensar en Él personalmente. La infinita gloria y poder de su Persona es ahora puesta delante de nosotros para nuestra contemplación:

“Desde el principio Tú fundaste la Tierra, y los Cielos son obra de tus manos” (Sal. 102:25).

Dios declara que hará “cosas nuevas” (Is. 43:18 y 19).

Y no tiene por qué repetirse que no hay límites en lo que Él puede hacer si tenemos fe y oración, que contestará nuestras oraciones y obrará por nosotros de tal forma, que

La majestad y el poder de Dios para hacer al hombre y al mundo, y que está sosteniendo todas las cosas, se halla siempre delante de nosotros como la base de nuestra fe en Dios y la seguridad y urgencia de la oración.

La promesa de darnos todas las cosas está respaldada por la llamada a que recordemos el hecho de que Dios ha dado libremente a su Hijo Unigénito para nuestra redención. El que diera a su Hijo es una garantía de que Él dará libremente todas las cosas a aquel que cree y ora.

las cosas antiguas ni nos volverán al pensamiento. Si los hombres oraran como deben orar, habría maravillas que serían superiores a las del pasado. El Evangelio prosperaría con una facilidad y un poder como nunca se ha conocido. Se abrirían puertas de par en par, y la Palabra de Dios tendría una fuerza vencedora como pocas veces se ha conocido.

Si los cristianos oraran como deben, con una fe poderosa y sincera, los hombres llamados por Dios arderían en el deseo de lanzarse a esparcir el Evangelio por todo el mundo. La Palabra de Dios correría y sería glorificada por todas partes. Los hombres influidos por Dios, inspirados y comisionados por Él, irían y propagarían este fuego sagrado de Cristo, salvación y Cielo a todas las naciones, y pronto todos los seres humanos oirían las alegres noticias de salvación y tendrían una oportunidad de recibir a Jesucristo como su Salvador personal.

Leamos otra de estas afirmaciones de la Palabra de Dios, en que se nos insta a la oración y a la fe:

“El que a su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por nosotros, ¿cómo no nos dará con Él todas las cosas en abundancia?” (Ro. 8:32).

¡Qué base para la oración y la fe, sin medida, en anchura, profundidad y altura! La promesa de darnos todas las cosas está respaldada por la llamada a que recordemos el hecho de que Dios ha dado libremente a su Hijo Unigénito para nuestra redención. El que diera a su Hijo es una garantía de que Él dará libremente todas las cosas a aquel que cree y ora.

¡Qué confianza tenemos en esta afirmación divina para que pidamos de modo inspirado! ¡Qué santo atrevimiento tenemos aquí para peticiones amplias! No en la rutina y en lo común, sino con peticiones grandes. Pues las peticiones grandes magnifican la gracia y añaden gloria para Dios.

7

La oración, hechos e historia

El valor particular de la oración privada consiste en hacer posible el acercarnos a Dios con más libertad, para desahogarnos así más plenamente que de ninguna otra manera. Entre nosotros y Dios hay intereses privados y personales, pecados que confesar y necesidades por las que hemos de hacer súplica, que no sería apropiado manifestar ante el mundo. Este deber es corroborado con el ejemplo de hombres buenos en todas las edades.

AMOS BINNEY

Las posibilidades de la oración han sido establecidas por los hechos y por la historia de la oración. Los hechos no dan su brazo a torcer. Son elementos difíciles de desmentir; los hechos son realidades. Las teorías pueden ser sólo especulaciones; las opiniones pueden carecer de base... Pero los hechos hay que aceptarlos. Es imposible empujarlos a un lado y no hacer caso de ellos. ¿Cuáles son entonces las posibilidades de la oración juzgada por los hechos? ¿Cuál es la historia de la oración? ¿Qué nos revela? La oración tiene una historia, escrita en la Palabra de Dios, y es el relato de las experiencias y vidas de los santos de Dios, los cuales nos enseñan con el ejemplo.

Podemos desconocer la historia, o podemos tergiversarla, pero la Verdad se halla en los hechos de la historia. Ésta habló con Abraham debajo de la encina, llamó a Eliseo que empuñaba el arado, a David, que estaba apacentando el ganado... Y en este momento es a ti a quien llama.

Hemos dicho que Dios revela la Verdad por medio de los hechos. Pero lo cierto es que Dios se revela a sí mismo por medio de los hechos y nos enseña su voluntad por medio de los hechos de la historia religiosa. En otras palabras, Dios nos enseña su voluntad por medio de los hechos narrados en la Biblia. Así, los hechos de Dios, la Palabra de Dios y la historia de Dios están todos en perfecta armonía, y tienen mucho de Él en todos ellos.

La oración tiene una historia, escrita en la Palabra de Dios, y es el relato de las experiencias y vidas de los santos de Dios, los cuales nos enseñan con el ejemplo.

Dios se revela a sí mismo por medio de los hechos y nos enseña su voluntad por medio de los hechos de la historia religiosa.

Más todavía, las posibilidades de la oración cubren no sólo a los individuos, sino también las ciudades y las naciones y los pueblos... Tenemos el ejemplo de la pequeña ciudad de Zoar, la cual fue salvada porque Lot oró por ella mientras huía de la tempestad de fuego y azufre que incendió a Sodoma.

Pablo, en su notable oración de Efesios 3, honra las posibilidades ilimitadas de la oración y glorifica la capacidad de Dios de contestarla. Cerrando este memorable capítulo, y estableciendo la más profunda experiencia religiosa, declara que:

“Aquel Dios es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos, según el poder que actúa en nosotros” (Ef. 3:20).

Una relación de todas las posibilidades de mayor alcance, más necesarias y prácticas y que nos ofrece la oración, la encontramos en el capítulo cuatro de la epístola de Pablo a los Filipenses, que trata de la oración como remedio para las preocupaciones innecesarias:

“Por nada estéis afanosos, sino sean presentadas vuestras peticiones delante de Dios en todo, mediante oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa a todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Fil. 4:6 y 7).

Es cierto que el cuidado y la preocupación son universales. Pero pertenecen al hombre a causa de su condición caída; constituyen una epidemia para la humanidad. Y la predisposición a la ansiedad sin base es el resultado natural del pecado.

“Si la pena te aflige, la injusticia te oprime, si te hallas afligido y casi desmayado; la culpa y el pecado acosan tu conciencia... En todos estos casos hay que velar y orar”.

La palabra “ansioso”, o “afanoso”, significa “ser arrastrado y empujado en distintas direcciones, estar perturbado, perplejo en el espíritu”. Jesús nos avisa contra esto mismo en el *sermón del monte*, cuando dice a sus discípulos:

“No os preocupéis por el día de mañana” (Mt. 6:34).

Estos es, por las cosas que se refieren a las necesidades del cuerpo. Procuraba mostrarles el verdadero secreto de la mente sosegada y tranquila, libre de la ansiedad y las preocupaciones innecesarias sobre el alimento y el

vestido. Por tanto, el mañana y sus afanes no deben ser una preocupación:

“Confía en Jehová, y haz el bien, habita la Tierra y cultiva la fidelidad” (Sal. 37:3).

Al advertirnos contra los temores de posibles males en el día de mañana y la preocupación sobre las necesidades materiales del cuerpo, nuestro Señor nos estaba enseñando la gran lección de una confianza implícita e infantil en Dios:

“Encomienda a Jehová tu camino y confía en Él, y Él actuará” (Sal. 37:5).

He aquí el remedio prescrito divinamente para la ansiedad, para la preocupación, para el desgaste interior: “presentando vuestras peticiones delante de Dios en todo”.

“Día tras día, vemos en la promesa fuerzas renovadas para el día de hoy.

Rechaza, pues, temores y presagios; recoge hoy tu maná, que mañana habrá más”.

La instrucción que da Pablo es muy específica: «Por nada os inquietéis». No os preocupéis por ninguna cosa, por ninguna condición, circunstancia o acontecimiento. No os turbéis y que nada os cause ansiedad. Tened la mente libre de todas estas cosas. Las preocupaciones dividen, distraen, confunden y destruyen la unidad y quietud de la mente. Son fatales para la piedad débil y debilitan la piedad fuerte. Qué gran necesidad tenemos de estar prevenidos contra ellas y aprender el único secreto de su cura: la oración.

¡Y qué ilimitadas posibilidades hay en la oración para remediar la situación del alma de la cual Pablo está hablando! La oración, sobre todas las cosas, es eficaz contra la ansiedad y puede romper la esclavitud que ésta ejerce sobre nuestras vidas y nuestros corazones pusilánimes. La oración específica es la cura perfecta para los males de este carácter. Sólo la oración por todo puede echar la preocupación, barrer las cargas que oprimen el corazón y salvarnos del pecado de obsesionarnos sobre cosas que no podemos remediar. Sí, sólo la oración puede llevar al corazón y al alma la “paz que sobrepasa todo entendimiento” (Fil. 4:7), y conservar el corazón y la mente frescos y libres de toda preocupación.

¡Oh, cuán innecesarias son las cargas que abruma a muchos cristianos! ¡Cuán pocos conocen el secreto real de

La oración, sobre todas las cosas, es eficaz contra la ansiedad y puede romper la esclavitud que ésta ejerce sobre nuestras vidas y nuestros corazones pusilánimes.

No sólo es la voluntad de Dios que estemos libres de cuidado y ansiedad, sino que ha ordenado que la oración sea el medio por el cual podamos alcanzar este feliz estado del corazón.

una vida cristiana feliz, llena de perfecta paz, escondida y a resguardo de las olas y tempestades de la vida! La oración tiene la posibilidad de librarnos de todas estas plagas que agobian nuestra vida; "echando toda vuestra carga sobre Él, porque Él cuida de vosotros" (1 P. 5:7), dice Pedro.

De nuevo, el mandato de Pablo, que incluye la promesa y el propósito de Dios, y que precede inmediatamente al versículo "por nada os inquietéis", dice lo siguiente:

"Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: Regocijaos. Vuestra medida sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca" (Fil. 4:4 y 5).

Sin embargo, en un mundo lleno de preocupaciones de todas las clases, donde la tentación es la regla, en que hay tantas cosas que nos ponen a prueba, ¿cómo es posible regocijarse siempre? Miramos esta orden escueta, y aceptamos el mandato de la Palabra de Dios con reverencia, pero el gozo no aparece por ninguna parte... ¿Cómo hemos de hacer conocer a otros nuestra medida, nuestra mansedumbre de modo universal y permanente? Decidimos ser mansos y humildes. Recordamos la proximidad de Dios, pero todavía estamos inquietos, nerviosos, duros, difíciles.

¿Cómo podremos cumplir el mandato bíblico, que aparece tan dulce y apetitoso en la promesa, tan hermoso para la vista y tan lejos de la realidad? ¿Cómo podremos entrar en el rico patrimonio de lo bueno, lo justo, noble, puro y poseer todas estas cosas? La respuesta y la receta es infalible, el remedio es universal y la cura no falla. Se encuentra en las palabras que hemos escuchado antes de Pablo. A saber, es esta una experiencia libre de cuidados y llena de gozo que lleva al creyente a vivir día a día, simplemente por fe en la voluntad de Dios. Escribiendo a los tesalonicenses, Pablo les aconseja:

"Estad siempre gozosos, orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús" (1 Ts. 5:16-18).

De modo que no sólo es la voluntad de Dios que estemos libres de cuidado y ansiedad, sino que ha ordenado que la oración sea el medio por el cual podamos alcanzar este feliz estado del corazón. Notemos aún algunos puntos referentes al pasaje de Filipenses 4, donde leemos:

"Por nada os inquietéis (...) La paz de Dios guardará vuestros corazones y vuestras mentes" (Fil. 4:6 y 7).

Pero observamos que Pablo hace anteceder a todo esto la siguiente amonestación:

"Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos! Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca" (Fil. 4:4 y 5).

Es decir, primero estamos contentos en el Señor, luego dejamos de inquietarnos. Este gozo es, pues, la puerta de entrada a la oración y el camino que conduce a ella. La alegría y gozo en el Señor son, en definitiva, la fuerza y audacia de la oración, la base de su victoria.

La gentileza contribuye al arco iris de la oración. La palabra "gentileza" significa aquí "suavidad, justicia, mansedumbre, ser razonable...". Podemos también decir "tolerancia, paciencia". ¡Qué maravillosos colores e ingredientes! ¡Qué belleza! Estos colores e ingredientes hacen un carácter fuerte y hermoso y consiguen un reconocimiento amplio ante los hombres de todas estas cualidades, porque «el Señor está cerca». Gozo, mansedumbre, buen testimonio ante los hombres, todo esto está enmarcado en la oración. Y la recompensa es ser libres de cuidados. En las palabras del gran santo y místico de antaño...

"Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado.
Cesé todo y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado".

El gozo es la puerta de entrada a la oración y el camino que conduce a ella. La alegría y gozo en el Señor son, en definitiva, la fuerza y audacia de la oración, la base de su victoria.

8

La oración intercesora

Es una de las extrañas paradojas de aquellos días del Antiguo Testamento que mientras la gente se apartaba de Dios y caía en el pecado, no se volvían ateos ni incrédulos cuando se trataba de creer en las respuestas de Dios a la oración.

Cierto predicador cuyos sermones habían traído a muchas almas a Cristo, recibió una revelación de Dios diciéndole que no eran sus sermones los que obraban, sino las oraciones de un hermano analfabeto que se sentaba en los escalones del púlpito a orar por el éxito del sermón. Lo mismo puede ocurrir con nosotros, y el Señor nos lo revelará en aquel día cuando nos dará a entender todas las cosas. Después de haber trabajado con ahínco, llegaremos a descubrir que todo el honor pertenece a otro constructor cuyas oraciones fueron el oro, la plata y las piedras preciosas, mientras que nuestros sermones, aparte de dichas oraciones, sólo hubieran sido heno y hojarasca.

C. H. SPURGEON

Uno de los rasgos peculiares de la oración al estudiar el Antiguo Testamento es la fe que los impíos o apóstatas depositaron en la oración y la gran confianza que tenían en los hombres de oración de aquellos días. Éstos reconocían que aquellos hombres tenían influencia con Dios y podían interceder poderosamente a favor de ellos, librándoles del mal.

Por eso, cuando estaban en dificultades, y la ira de Dios amenazaba con caerles encima, o bien cuando el mal les visitaba a causa de sus propias iniquidades, mostraban su fe en la oración apelando a los hombres que oraban a que intercedieran por ellos en sus súplicas.

Es una de las extrañas paradojas de aquellos días que mientras la gente se apartaba de Dios y caía en el pecado, no se volvían ateos ni incrédulos cuando se trataba de creer en las respuestas de Dios a la oración. Al contrario, estos hombres perversos se aferraban a creer en la existencia de Dios y a tener fe en el poder de la oración para asegurarse el perdón de los pecados y ser libres de la ira del Cielo.

También, hoy, el que un pecador en su lecho de muerte llame a un hombre de oración para que venga a su lado a orar por él, constituye un evento de bastante

importancia. Suele ocurrir que pecadores penitentes, bajo un pesado sentimiento de culpa, se acerquen a una iglesia y digan: "Por favor, oren por mí, hombres y mujeres de Dios".

Sin embargo, actualmente, mucho de lo que se llama "oración por los pecadores" es sólo un hábito frío, formal y oficial, que no llega a ninguna parte, y menos puede alcanzar a Dios y conseguir algo de Él. Los avivamientos comienzan cuando los pecadores buscan las oraciones de los hombres que realmente saben orar.

¡Cuán poco aprecia la Iglesia de hoy la petición de estos hombres para que oren por sus almas inmortales! ¡Cuán lejos está la Iglesia de nuestros días de su verdadera responsabilidad por las almas pecadoras! ¡Qué poco intercede por las almas impías tratando de conseguir su rescate y liberación total!

Si la Iglesia estuviera viva y plenamente consciente del peligro que corren las almas inconversas y actuara en respuesta debida a este hecho tan triste, los bancos estarían llenos de pecadores pidiendo a los hombres y mujeres de Dios que oraran por ellos...

Ya en los días del Antiguo Testamento hay varias cosas que se destacan en lo referente a este tema: primero, la disposición de los pecadores de acudir a los hombres de oración en tiempos de prueba e invocar sus oraciones para conseguir alivio y liberación. "Orad por nosotros", este era su clamor. Y segundo, la prontitud con la que aquellos hombres respondían a tales pedidos. Lo que más nos impresiona es que esos hombres de oración estaban siempre dispuestos en espíritu para orar e interceder delante de Dios en favor de cuantos se les acercaban buscando auxilio.

Tenemos el ejemplo de las serpientes venenosas que Dios había enviado a los israelitas... Israel estaba viajando desde el monte Hor hacia el Mar Rojo tratando de rodear la tierra de Edom, cuando murmuraron contra Dios y contra Moisés:

"Y habló el pueblo contra Dios y contra Moisés: *¿Por qué nos hiciste subir de Egipto para que muramos en este desierto? Pues no hay pan ni agua, y nuestra alma tiene fastidio de este pan tan liviano*" (Nm. 21:5).

El asunto desagradó a Dios de tal manera que envió una plaga de serpientes venenosas entre la gente, y muchos de entre el pueblo de Israel murieron:

Los avivamientos comienzan cuando los pecadores buscan las oraciones de los hombres que realmente saben orar.

Lo que más nos impresiona es que esos hombres de oración del Antiguo Testamento estaban siempre dispuestos en espíritu para orar e interceder delante de Dios en favor de cuantos se les acercaban buscando auxilio.

“Entonces, el pueblo vino a Moisés y dijo: *Hemos pecado por haber hablado contra Jehová y contra ti. Ruega a Jehová que quite de nosotros estas serpientes.* Y Moisés oró por el pueblo” (Nm. 21:7).

Lo interesante de esta historia es que, mientras que esta gente se había apartado de Dios y pecaba en gran manera, quejándose y rebelándose contra Él, sin embargo, no habían perdido su fe en la oración, ni tampoco olvidaron que había un líder en Israel que podía interceder delante de Dios, evitando que el desastre siguiera cobrando víctimas.

También la experiencia de Jeroboam, el primer rey de las diez tribus cuando se dividió el reino, resulta ilustrativa. Los judíos se refieren a menudo a ella como «el pecado de Jeroboam, hijo de Nebat». A saber, en cierta ocasión, Jeroboam quiso tomar el lugar del sumo sacerdote y se atrevió a ir al altar para quemar incienso. Un hombre de Dios vino de Judá y clamó a gran voz:

“*Altar, altar, así ha dicho Jehová: ‘He aquí que a la casa de David nacerá un hijo llamado Josías, el cual sacrificará sobre ti a los sacerdotes de los lugares altos que queman sobre ti incienso, y sobre ti quemarán huesos de hombres’*” (1 R. 13:2).

Oyéndolo el rey Jeroboam, se enfureció y mandó prender al varón de Dios; pero la mano que había extendido hacia él se le secó y no la pudo enderezar. Además, el altar se desplomó y se derramaron las cenizas. Aterrado por este juicio, el rey clamó al varón de Dios:

“*Te pido que ruegues ante la presencia de Jehová tu Dios, y ores por mí, para que mi mano me sea restaurada.* Y el varón de Dios oró a Jehová, y la mano del rey se le restauró, y quedó como era antes” (1 R. 13:6).

Estamos aquí frente a un gobernador de Israel, culpable de un grave pecado, quien cuando la ira de Dios cayó sobre su vida, inmediatamente rogó a un hombre de oración que intercediera por él. Triste es la situación de un país que se diga cristiano y que, no obstante, los pecados no sean afectados por la fe y las prácticas santas de su iglesia, no pudiendo así ir en busca de los verdaderos hombres de oración.

Otra ilustración sigue rápidamente a este caso. El hijo del rey Jeroboam cayó enfermo, y estaba próximo a morir. Este rey malvado e indiferente envió a su esposa a Ahijah el profeta de Dios, para preguntarle cuál sería el resultado

de la enfermedad del pequeño. Ella pretendió engañar al anciano profeta que estaba casi ciego, haciéndose pasar por otra; pero el profeta tuvo una visión que le reveló inmediatamente quién era esa mujer. Después de decirle muchas cosas de importancia concernientes al reino y al cargo de su esposo, el cual no había guardado los mandamientos de Dios, sino que había caído en la idolatría, sentenció de esta manera:

“Y tú levántate y vete a tu casa; y al poner tu pie en la ciudad, morirá el niño” (1 R. 14:12).

Como en el primer caso mencionado, el pecado de Jeroboam no había cegado sus ojos para ver el valor de tener un varón de Dios al cual consultar; aun cuando, como se ve según el relato de la Escritura, de nada valió su consulta.

Tomemos, asimismo, el ejemplo de Johanán... Justamente cuando los hijos de Israel comenzaban su vida de cautiverio en Babilonia, Johanán y Jeremías, con un pequeño grupo, habían sido dejados en su tierra natal, e Ismael había conspirado contra Gedalías, el gobernador del país, quitándole la vida. Johanán vino, entonces, para rescatar y liberar al pueblo de manos de Ismael, quien les estaba llevando lejos de su tierra. Pero Johanán quería huir a Egipto, lo cual era contrario al plan de Dios. En ese momento tan particular, reunió a toda la gente, y fueron juntos a Jeremías con el siguiente pedido:

“... Acepta ahora nuestro ruego delante de ti, y ruega por nosotros a Jehová tu Dios por todo este resto (pues de muchos hemos quedado unos pocos, como ven tus ojos), para que Jehová tu Dios nos enseñe el camino por donde vayamos, y lo que hemos de hacer” (Jer. 42:2 y 3).

Y como todos los grandes hombres de oración, Jeremías intercedió por esta gente, y después de diez días vino la respuesta y fueron informados por el profeta de que Dios les señalaría el camino a seguir. Esto era a efectos de que no descendieran a Egipto, sino que se quedaran cerca de Jerusalén. Lamentablemente, Johanán y el resto del pueblo juzgaron falso al profeta y rehusaron hacer lo que Dios les había indicado como respuesta a la oración... Igualmente, Sedequías, que era rey de Judá cuando comenzó el cautiverio del pueblo de Dios, y que estaba a cargo del reino cuando Jerusalén fue sitiada por el rey de Babilonia, envió a dos hombres al profeta Jeremías, diciéndole:

Ciertamente, la oración tuvo un lugar prominente en toda la historia del Antiguo Testamento, cuando no solamente los hombres de Dios se destacaban por sus santos hábitos de oración, sino que aun aquellos que se hallaban apartados de Dios seguían creyendo en las virtudes de la oración pronunciada por los labios de los justos.

Nuestro
oficio y
nuestra vida
debería ser
orar,
y orar
sin cesar.
Principalmente,
porque el
fallo de
nuestra
intercesión
afecta a los
frutos de la
intercesión
de Cristo.

“Consulta ahora acerca de nosotros a Jehová, porque Nabucodonosor rey de Babilonia hace guerra contra nosotros; quizás Jehová hará con nosotros según todas sus maravillas, y aquél se irá de sobre nosotros” (Jer. 21:2).

En respuesta a esta petición, Dios le dijo a Jeremías lo que debía de hacer, y también lo que ocurriría, pero así como en el caso de Johanán, Sedequías se comportó de manera falsa y no siguió las instrucciones que Dios había dado al profeta. Sin embargo, una vez más este incidente nos prueba que el rey Sedequías no había perdido su fe en la oración como un medio de encontrar y descubrir los pensamientos de Dios.

Ciertamente, la oración tuvo un lugar prominente en toda la historia del Antiguo Testamento, cuando no solamente los hombres de Dios se destacaban por sus santos hábitos de oración, sino que aun aquellos que se hallaban apartados de Dios seguían creyendo en las virtudes de la oración pronunciada por los labios de los justos.

Y, por supuesto, también en el Nuevo Testamento notamos la maravillosa influencia que estos hombres de oración tenían con Dios, cualesquiera que fuera la circunstancia o el momento en que elevaran sus súplicas. Así, en la Iglesia Primitiva, la oración intercesora predominaba en aquellos días. De hecho, fue Jesús quien dispuso el protagonismo de este tipo de oración. ¡Cuán magnífica y regia era la intercesión de nuestro Señor al Padre, a cuya diestra se encuentra ahora en el Cielo!

Y los beneficios de su intercesión fluyen todavía a nosotros a través de nuestras intercesiones. Nuestra intercesión habría de contagiarse e inspirarse, pues, en la generosidad de la obra de Cristo a la diestra del Padre. Su oficio y su vida es orar. Nuestro oficio y nuestra vida debería ser también orar, y orar sin cesar. Principalmente, porque el fallo de nuestra intercesión afecta a los frutos de su intercesión. Dicho de otra manera, la oración floja, perezosa, tardía, débil e indiferente menoscaba y obstaculiza los efectos de la oración de Cristo en favor de las almas sedientas...

9

La oración concertada

Quando un montañero iniciado e inexperto trepa la cumbre de una montaña en los Alpes, lo hace atado a una larga cuerda que le une al guía y a sus otros compañeros. Al llegar a un peligroso precipicio, y tener que bordearlo, no se le ocurrirá orar de este modo: “Señor, guarda mis pasos con seguridad, para que mi pie no tropiece. En cuanto a mis compañeros, ya se preocuparán de hacerlo ellos mismos”. Sino que la única oración válida en este caso es: “Señor, guarda nuestros pasos en este camino; porque si uno de nosotros resbala, todos pereceremos”.

H. CLAY TRUMBULL

Quesnel dice:

“Encontramos a Dios en la unión y en el acuerdo. No hay nada más eficaz que esto en la oración”.

La intercesión combina la oración y la súplica; no significa precisamente una relación con otros. En cambio, la oración concertada implica necesariamente un estado de unión; es ponerse de acuerdo con alguien íntimo y establecer una comunión sin restricciones. Se trata, pues, de un tipo de oración libre, familiar y atrevida.

Nuestro Señor habló de esta cuestión en el conocido pasaje de Mateo 18:

“Y si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele a solas, tú con él; si te escucha, has ganado a tu hermano. Pero si no te escucha, toma aún contigo a uno o dos, para que por boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si rehúsa escucharles a ellos, dilo a la iglesia, y si también rehúsa escuchar a la iglesia, sea para ti como el gentil y el publicano. De cierto os digo que todo lo que atéis en la Tierra, estará atado en el Cielo; y todo lo que desatéis en la Tierra estará desatado en el Cielo. Otra vez os digo que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la Tierra acerca de cualquier cosa que pidan, les será hecha por mi Padre que está en los Cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi Nombre, allí estoy en medio de ellos” (Mt. 18:15-20).

La oración
concertada
implica
necesariamente
un estado
de unión;
es ponerse
de acuerdo
con alguien
íntimo y
establecer
una
comunión
sin
restricciones.
Se trata,
pues,
de un tipo
de oración
libre,
familiar y
atrevida.

Una iglesia que descuida la disciplina será descuidada en la oración.

He aquí un caso en el que la Iglesia debe hacer uso de la oración concertada, a fin de hacer cumplir la disciplina cuando uno de los miembros ha sido hallado en falta, para que así se someta sin dilación al proceso disciplinario. Además, la Iglesia se reúne conjuntamente con el interés de reparar el daño y fricción que se sigue de la disciplina ejercida sobre el ofensor. Este último punto en cuanto a la oración concertada implica que todo el asunto puede referirse al Dios Todopoderoso para obtener su aprobación y ratificación.

Así, pues, el agente más importante, concluyente y poderoso de la Iglesia es la oración; tanto si es, como vimos con anterioridad, para lanzar más obreros a los campos de misión de la Tierra, para interceder por los no creyentes o para excluir de la Iglesia a alguien que quebranta su unidad, ley y orden, y que no quiere escuchar a los hermanos ni arrepentirse y confesar su falta.

Significa, incluso, que la disciplina de la Iglesia, ahora un arte prácticamente desaparecido, tiene que ir de la mano con la oración; y que la Iglesia que no provea de disposición para separar a los infractores y no tenga espíritu de excomunión para con los ofensores incorregibles de la ley y el orden carece de comunicación con Dios. Puesto que la pureza de la Iglesia debe preceder a las oraciones de la misma. En otras palabras, la unidad de la disciplina en la Iglesia precede a la unidad de las oraciones de la Iglesia.

Debe notarse, entonces, con énfasis que una iglesia que descuida la disciplina será descuidada en la oración. Es decir, una iglesia que tolera a personas que obran el mal cesará de orar y cesará de orar en convenio, y dejará de ser una iglesia que se une en conjunto para orar en el Nombre de Cristo.

Este asunto de la disciplina en la Iglesia es importante en las Escrituras. Esto es, la necesidad de velar sobre la vida de los miembros pertenece a la Iglesia de Dios. Esta es una organización para ayuda mutua, y está encargada de velar sobre los miembros. Por ello, una conducta desordenada no puede dejar de ser notada.

La oración concertada y la disciplina en la Iglesia no son revelaciones nuevas de la dispensación cristiana, sino que aparecen también en el Antiguo Testamento. Así, por ejemplo, cuando Esdras regresó de la cautividad, encontró un estado de cosas tristes y deprimentes dentro del pueblo

de Dios que había quedado en Jerusalén. Éstos no se habían separado de los pueblos paganos circundantes; al contrario, se habían casado con ellos. Aun los sacerdotes y los levitas se habían contaminado con los idólatras...

Esdras quedó tan indignado por el informe que recibió que rasgó sus vestiduras, lloró y oró. Y el pueblo quedó tan conmovido por esa escena que lloró y ayunó juntó a Esdras, y se unieron en un pacto para eliminar toda clase de maldad. Sí, el pueblo se arrepintió por completo de sus transgresiones e Israel fue reformado. La oración y un hombre de bien, que no era ni ciego ni indiferente, dio el resultado que convenía.

Sería bueno también que los dirigentes de una iglesia que no ora, y los pastores descuidados, leyeran el relato de Ezequiel 9, en el que Dios instruyó al profeta a que enviara hombres a la ciudad, para que escogiesen a aquellos que habrían de ser salvos de la destrucción inminente que acontecería a causa de los grandes males perpetrados en ella. Sólo unos pocos habitantes fueron salvados; a saber, aquellos que "gemían y que clamaban a causa de las abominaciones que se hacían en medio de la ciudad". Éstos fueron los que recibieron una señal en la frente y escaparon de la muerte; mientras que los que se mostraron indiferentes a la maldad murieron, "empezando por los del santuario" (Ez. 9:6).

¡Cuán pocos hay que "gimen y claman" por las abominaciones que se cometen hoy en el país! ¿Cuántos hay que se conmuevan ante el horror que les envuelve? Sin duda, éstos acabarán recibiendo el castigo, no de haber pecado ellos mismos, sino de haber permanecido indiferentes al mal de los demás. Pues el castigo comenzará por el "santuario", por la casa de Dios, que es la Iglesia...

Pablo, en Gálatas 6:1, da instrucciones explícitas sobre cómo se debe ejercer la disciplina en la Iglesia:

"Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros, los que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándoos a vosotros mismos, no sea que también seáis tentados".

Y a los romanos les dijo:

"Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que luchéis a mi lado con vuestras oraciones a Dios por mí, para que sea librado de los desobedientes que están en Judea" (Ro. 15:30 y 31).

Los que no se conmueven por estas cosas acabarán recibiendo el castigo, no de haber pecado ellos mismos, sino de haber permanecido indiferentes al mal de los demás. Pues el castigo comenzará por el "santuario", por la casa de Dios, que es la Iglesia.

La obra de la Iglesia no es sólo buscar miembros, sino también vigilar y guardar a los que ya han entrado en ella.

Esta misma idea se encuentra en su segunda epístola a los tesalonicenses:

“Por lo demás, hermanos, orad por nosotros, para que la Palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo fue entre vosotros y para que seamos librados de hombres perversos y malos” (2 Ts. 3:1 y 2)

He aquí la oración unida y concertada, requerida por un apóstol, entre otras cosas, para liberación de hombres perversos, que es lo mismo que la Iglesia de Dios necesita en estos días.

Preguntémonos si acaso no hay en la Iglesia de hoy hombres tales que son un obstáculo claro para el progreso de la Palabra de Dios. ¿Qué mejor curso podemos seguir, pues, que la oración concertada sobre esta cuestión y, al mismo tiempo, usar el proceso de disciplina enseñado por Cristo? Tanto para salvarlos o, en el peor de los casos, para expulsarlos de la familia eclesial, si no hay más remedio...

¿Parece esto demasiado duro? Entonces, el Señor fue culpable de esta clase de dureza, porque Él terminó sus instrucciones a sus discípulos diciendo:

“Si rehúsa escuchar a la Iglesia, sea para ti como el gentil y el publicano”.

Esta severidad no es más que el acto del cirujano que ve todo el cuerpo en peligro a causa de un miembro gangrenoso, y lo elimina del cuerpo para bien del mismo. No es más dureza que la del capitán y la tripulación del barco en el que navegaba Jonás cuando la tempestad amenazó la destrucción de todos, quienes no tuvieron más remedio que echar al profeta fugitivo por la borda. Pues lo que a veces parece dureza es obediencia a Dios, prudente en grado sumo y para el bien de la Iglesia...

Al fin y al cabo, la obra de la Iglesia no es sólo buscar miembros, sino también vigilar y guardar a los que ya han entrado en ella. Y si alguno es sorprendido en algún pecado, deben buscarlo... Luego, si no se pueden corregir sus faltas, debe ser separado de la Iglesia. Ésta es, de hecho, la doctrina que estableció nuestro Señor.

Resulta curioso que la iglesia de Efeso, aunque había dejado su primer amor y había declinado tristemente en su piedad y en aquellas cosas que hacen la vida espiritual, recibió aprobación, sin embargo, por esta cualidad que señala Juan:

«Que no puedes soportar a los malos» (Ap. 2:2).

Mientras que la iglesia de Pérgamo (véase Ap. 2:14 y 15) fue amonestada porque tenía entre sus miembros a algunos que enseñaban doctrinas perniciosas que eran una piedra de tropiezo para otros. Y no ya que estos individuos estuvieran en la iglesia, sino que eran tolerados.

La impresión que se saca de esta lectura es que los líderes de aquella iglesia estaban ciegos y no percibían la presencia de estos individuos perniciosos; por lo que no se les administró disciplina. Esta desgana para administrar disciplina era un signo de la falta de oración entre los miembros... Dicho de otra manera, no había unión de oración con miras a limpiar la Iglesia y mantenerla limpia.

Esta idea disciplinaria es igualmente prominente en los escritos de Pablo a las iglesias. Así, la iglesia de Corinto tenía un caso de fornicación en el que un hombre se había casado con su madrastra, y la membresía había descuidado disciplinarlo. Por consiguiente, Pablo reprendió agríamente a esta iglesia y les dio una orden específica:

“Sea quitado de en medio de vosotros el que cometió tal acción” (1 Co. 5:13).

He aquí un convenio de acción por parte de una iglesia que oró exigida por Pablo.

Asimismo, una iglesia tan buena como la de Tesalónica necesitaba instrucción y aviso sobre el asunto de las personas que andaban desordenadamente. Oímos a Pablo diciéndoles:

“Pero os ordenamos, hermanos, en el Nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente, y no según la enseñanza que recibisteis de nosotros” (2 Ts. 3:6).

Notémoslo bien: lo que Dios desaprueba no es el hecho de la mera presencia de personas de vida desordenada, sino que sean toleradas y que no se den los pasos necesarios para corregirlas de sus prácticas pecaminosas o se las excluya de la comunión de la Iglesia.

Una vez más repetimos, este claro descuido por parte de la Iglesia respecto a sus miembros descarriados es un signo de falta de oración, porque una iglesia que se dedica a la oración mutua, a la oración concertada, es aguda para discernir cuándo un hermano ha sido sorprendido en una falta.

Lo que Dios desaprueba no es el hecho de la mera presencia de personas de vida desordenada, sino que sean toleradas y que no se den los pasos necesarios para corregirlas de sus prácticas pecaminosas o se las excluya de la comunión de la Iglesia.

Sólo la oración, la oración mutua y concertada, devolverá a la Iglesia a los estándares de la Escritura y la limpiará de la corrupción y de la contaminación del verdadero Evangelio de Jesucristo.

Gran parte de este error o negligencia procede de la falta de visión espiritual de los líderes de la Iglesia, por culpa del deseo incontrolable de aumentar el número de miembros en las estadísticas y recibir una “palmadita en la espalda” por su “buen trabajo”. En efecto, la idea que prevalece entre los líderes es la cantidad en la membresía, no la calidad.

De este modo, la pureza de la Iglesia corre un gran peligro. En definitiva, sólo la oración, la oración mutua y concertada, devolverá a la Iglesia a los estándares de la Escritura y la limpiará de la corrupción y de la contaminación del verdadero Evangelio de Jesucristo.

10

La oración privada

Dedicar demasiado tiempo y atención a los deberes públicos del ministerio es una conducta equivocada; he aprendido que se corre el riesgo de abandonar la ferviente comunión con Dios en la meditación y la oración. Ésta no es la manera más sabia de redimir el tiempo, pues no me prepara para mi ministerio público. Pero, desde que estoy dedicando más tiempo a mis devociones privadas y a buscar más quietud y tranquilidad para leer y meditar, mi “yo” no manda ya totalmente en mi temperamento. Sea lo que sea lo que tenga que hacer, o dejar sin hacer, lo principal o primordial es que tome tiempo suficiente para perfeccionarme en la oración. Después de todo, en cualquier cosa que Dios señale, la oración es lo que toma un valor capital al contactarme con el Señor que guía mi vida. ¡Oh, que pueda yo ser un hombre de oración!

HENRY MARTYN

La intimidad requiere un desarrollo. Nunca podremos conocer a Dios mediante repeticiones o intercesiones breves y fragmentarias compuestas casi siempre por peticiones personales y nada más.

Nuestro Señor dijo que los hombres debían “orar siempre y no desmayar” (Lc. 18:1). Quiso dejar claro este principio de la urgencia e importancia de la oración ante sus seguidores dando ejemplo de ello en su propia vida.

La palabra “siempre” habla por sí misma. La oración no es un deber sin importancia para ser insertado en las varias actividades del día y casi siempre al final del mismo. No estamos obedeciendo el mandato del Señor cuando nos contentamos con unos pocos minutos sobre nuestras rodillas en la mañana, o por la noche cuando todas nuestras facultades ya están cansadas y nos encontramos agotados por el trajín del día. Es cierto que Dios está siempre a mano; su oído está siempre atento al clamor de sus hijos, pero nunca le conoceremos realmente si usamos el vehículo de la oración como si fuera un teléfono donde pronunciar unas pocas palabras en una conversación apresurada. Todo lo contrario, la intimidad requiere un desarrollo. Nunca podremos conocer a Dios mediante repeticiones o intercesiones breves y fragmentarias compuestas casi siempre por peticiones personales y nada más. Ésta

El alma que ha llegado a un último contacto con Dios en el silencio de su habitación es capaz de mantenerse después en sintonía con el Padre.

no es la manera de entrar en íntima comunicación con el Rey de los Cielos...

La meta de la oración es el oído de Dios, una meta que sólo puede ser alcanzada mediante una constante y continua espera en Él, derramándole nuestro corazón y permitiéndole que nos hable. Solamente haciéndolo de esta manera, podremos esperar llegar a conocerle y, a medida que le vayamos conociendo mejor, pasaremos más tiempo en su Presencia y encontraremos en ello un constante y creciente deleite.

No obstante, orar siempre no significa que debemos abandonar los deberes cotidianos de la vida; sino que el alma que ha llegado a un último contacto con Dios en el silencio de su habitación es capaz de mantenerse después en sintonía con el Padre. Esto es, que el corazón se eleva hacia Él en amorosa comunión, y que en el momento en que la mente se ve libre de la labor en la cual está comprometida, retorna en forma completamente natural y espontánea hacia Dios, así como un pajarillo acude a su nido. ¡Qué hermoso concepto sobre la oración tendríamos si la mirásemos en esta luz! Entonces ya no pensaríamos que la oración es un deber que debe cumplirse, sino más bien un privilegio para disfrutar, un único deleite que siempre está revelando nueva belleza.

Para muchos cristianos, las horas de la mañana son la porción más bella del día, porque nos propician la oportunidad de acercarnos a Dios antes de iniciar el programa diario. Así, cuando abrimos los ojos en la mañana, nuestro pensamiento vuela instantáneamente a los lugares altos. ¿Y qué mejor introducción para comenzar el día que estando a solas con el Señor?

Se dice que el señor Moody pasaba las primeras horas de la mañana derramando su corazón ante Dios y encontrando un verdadero festín en la lectura de su Biblia, en el lugar donde se guardaba el carbón.

También George Muller combinaba sus estudios bíblicos con sus oraciones en las quietas horas de la mañana. Él mismo lo explicó de esta manera:

“Encontré que la cosa más importante que tenía que hacer era entregarme a la lectura de la Palabra de Dios y a su meditación. Así, mi corazón era confortado, alentado, avisado, reprobado e instruido; y por medio de la Palabra de Dios, mientras la meditaba, mi corazón era elevado a

una comunión experimental con el Señor. Por lo tanto, temprano en la mañana, comencé a meditar sobre el Nuevo Testamento. La primera cosa que hacía después de haber pedido la bendición de Dios sobre su preciosa Palabra era comenzar a profundizarla buscando hallar en cada versículo una bendición especial; no por causa de mi ministerio público de la Palabra; tampoco para predicar sobre lo que había meditado, sino con el fin primordial de obtener alimento para mi propia alma. El resultado sucedía después de unos pocos minutos: mi alma había sido guiada a la confesión, o a la acción de gracias, a la intercesión o a la súplica, de manera que, a pesar de que ya no estaba orando, sino meditando, la misma meditación se tornaba casi inmediatamente en oración”.

Y es que el estudio de la Palabra y la oración van juntos; a saber, cuando uno de ellos es ejercitado, el otro seguramente responderá en plácida armonía.

Igualmente, el conocido santo varón de Dios Robert Murray McCheyne pasaba mucho tiempo sobre sus rodillas, y nunca vacilaba en enseñar a los demás el gozo y el valor de la oración constante e importuna y de la intercesión:

“Los hijos de Dios deben orar. Deben clamar ante Dios de día y de noche. Él oye cada uno de sus clamores, ya sea en las horas agitadas del día o en la soledad de la noche”.

Y en su diario encontramos lo siguiente:

“En la mañana me disponía a preparar mi cabeza, y después mi corazón. Éste ha sido mi error muy frecuentemente, y lo he notado en mi vida, especialmente en la oración”.

Así también, mientras viajaba a Tierra Santa, escribió:

“Me siento endeudado en cuanto a las oraciones en favor de nuestra gente. Si el velo de la maquinaria del mundo se levantara, ¡cuántas respuestas hechas realidad encontraríamos como consecuencia de las oraciones de los hijos de Dios!”

Y en una ocasión, en un sermón de ordenación, le dijo al predicador:

“Dedíquese usted a la oración y al ministerio de la Palabra. Si usted no ora, Dios probablemente le pondrá a un lado de su ministerio, como lo hizo conmigo, para enseñarme a orar. Recuerde lo que Lutero decía: *Lo bien*

El estudio de la Palabra y la oración van juntos; a saber, cuando uno de ellos es ejercitado, el otro seguramente responderá en plácida armonía.

Ninguna persona que no sea un discípulo en el ministerio de la oración podrá ser un auténtico ganador de almas. El deber de los ministros es comenzar, pues, la reforma en sí mismos y sus familias.

orado es más de la mitad estudiado. Tome sus textos, palabras y pensamientos directamente de Dios. Lleve los nombres de su rebaño en su pecho como el sumo sacerdote. Luche en oración por los inconversos. Lutero pasaba sus tres mejores horas del día en oración; John Welch oraba siete u ocho horas cada día. Acostumbraba a tener una manta a los pies de su cama para envolverse cuando se levantaba a orar durante la noche. A veces su esposa le encontraba tirado en el suelo llorando. Y cuando ella se quejaba, él decía: *Oh, mujer, tengo que responder por el alma de tres mil personas, y no sé qué es lo que está pasando con muchas de ellas.* Exhortaba a la gente: *Orad por vuestro pastor. Orad por su cuerpo, para que pueda mantenerse fuerte y tener un ministerio de muchos años. Orad por su alma, para que se mantenga santa y humilde, como una luz que arde e ilumina. Orad por su ministerio, que pueda ser abundantemente bendecido, que pueda ser ungido para predicar las buenas nuevas. No dejéis nada secreto sin traerlo a Dios en oración, ni os olvidéis de orar por vuestro pastor en vuestros cultos familiares*".

Dos cosas merecen destacarse en la persona de Robert Murray McCheyne: que nunca cesó de cultivar su santidad personal y su fervoroso deseo y esfuerzo por alcanzar almas para Cristo. Pero lo más importante es que ambos elementos son inseparables al ministerio de la oración. De hecho, es comprobable que la oración fracasa cuando falla el deseo y el esfuerzo personal por la santidad. Ninguna persona que no sea un discípulo en el ministerio de la oración podrá ser un auténtico ganador de almas. El deber de los ministros es comenzar, pues, la reforma en sí mismos y sus familias; con confesión de los pecados pasados y oración para buscar orientación y dirección, gracia y propósito de corazón. Y Murray comenzó consigo mismo este propósito de reforma en la oración secreta, tal y como muestran sus palabras escritas:

"No debo de omitir ninguna de las partes de la oración: confesión, acción de gracias, petición e intercesión. Hay una temible tendencia a omitir la confesión, lo cual procede de una visión muy corta que tenemos en cuanto a Dios y a su ley. Se debe resistir tal inclinación. Hay además una constante tendencia a omitir la adoración; olvidamos a quién le estamos hablando cuando nos apresuramos delante de su Presencia sin pensar en su temible Nombre y carácter. Así mismo, cuando tengo una menguada visión

de su gloria y poca admiración por sus maravillas, muestro la tendencia innata del corazón humano a omitir la gratitud, tan enfatizada por el propio Jesucristo. A menudo sucede también que cuando el corazón está inerte ante la necesidad de los demás, yo omito la intercesión, y es el espíritu del gran Abogado quien tiene el nombre de Israel en su corazón. Debería orar antes de ver a nadie. Cuando duermo mucho, o me encuentro con alguien muy temprano, y entonces tenemos el culto familiar y otras actividades, ya ha pasado medio día antes de que pueda comenzar con mi oración secreta. Éste es un sistema mezquino y antiescristal. Pues Cristo se levantaba antes de que amaneciera el día e iba a un lugar solitario. Igualmente David, dice la Escritura que tempranamente buscaba a Dios, y Él le oía muy temprano. Y María Magdalena vino al sepulcro cuando todavía estaba oscuro... La oración familiar pierde mucho de su encanto y poder, y yo no puedo ayudar a aquellos que me buscan para consultarme porque se sienten culpables o desnutridos espiritualmente.

Considero que es mucho mejor comenzar el día con Dios, ver primero su rostro y acercar nuestra alma a Él antes de acercarla a cualquier otro. El salmista decía que al despertar, aún estaba con Dios. Pero si he dormido demasiado, lo mejor es vestirse rápidamente y pasar unos minutos con Dios que no dedicar nada a la oración. En general es mejor tener por lo menos una hora a solas con Dios antes de comprometerse con cualquier otra cosa. Debo pasar las mejores horas del día en comunión con Dios. Y cuando despierto en la noche, debo levantarme y orar como lo hacían David y John Welch".

Vemos cómo McCheyne creía que debía orar siempre. Su vida, a pesar de lo corta que fue, es una ilustración fructífera del poder que viene de las largas y frecuentes visitas al lugar secreto donde mantenemos comunión y contacto con nuestro Dios.

Hombres como McCheyne son necesarios hoy en día; hombres de oración que sepan cómo darse a sí mismos a la gran tarea que demanda su tiempo y su atención; hombres que puedan dar su corazón a la santa tarea de la intercesión. Pues la causa de Dios está encomendada a personas que oran... Es decir, que son vicegerentes de Dios, hacen su obra y llevan a cabo sus planes.

Hombres de oración son necesarios hoy en día; hombres de oración que sepan cómo darse a sí mismos a la gran tarea que demanda su tiempo y su atención.

La causa de Dios no es comercial, ni cultural, ni educativa, ni monetaria; pero sí que tiene una moneda de oro, y ésta es la oración.

Por el contrario, el cristiano que relega la oración a un lugar secundario en su vida, pronto pierde el celo espiritual que una vez tuvo.

Además, la Iglesia que ora poco no puede mantener una piedad vital; se vuelve pobre en sus intentos de avance del Evangelio. El Evangelio no puede vivir, luchar y conquistar sin la oración; una oración ardiente y continua. La poca oración es la característica de una edad apóstata y de una iglesia apóstata. Siempre que en el púlpito o en los bancos hay poca oración, es inevitable que sobrevenga una bancarrota espiritual. Dondequiera que la Iglesia haya sido apóstata y fría, sus enemigos conquistaron la victoria.

La causa de Dios no es comercial, ni cultural, ni educativa, ni monetaria; pero sí que tiene una moneda de oro, y ésta es la oración. Cuando sus líderes son hombres de oración y cuando la oración es el elemento preponderante de la adoración, como el incienso que da continua fragancia a su servicio, entonces la causa de Dios se levanta triunfante.

Necesitamos, pues, más y mejor oración. También necesitamos hombres santos, mujeres santas y más hijos de Dios que oren; mujeres como Ana quien, en medio de su gran tristeza encontró perfecto alivio. Ella se entregó totalmente a la oración y, estando en pena, multiplicó la intensidad de sus oraciones, y fue entonces que descubrió lo poderosos y abarcantes que pueden ser los resultados de una oración contestada, extendiendo su bendición prolongadamente, en el futuro... Pues Dios oyó su oración y respondió haciendo brillar un avivamiento espiritual en su pueblo; a saber, cuando la nación entera estaba oprimida, el deseado hijo de Ana, Samuel, convertido ya en un profeta y sacerdote, jugó un papel decisivo en la restauración espiritual del pueblo de Dios en ruinas.

Una vez más, permítaseme enfatizarlo y repetirlo, la gran necesidad de la Iglesia en ésta y en todas las edades es de hombres con una fe pujante, santidad ejemplar y tal celo y vigor espiritual que puedan ser partícipes de verdaderos cambios espirituales a través de su poderosa influencia en su vida de oración. La habilidad natural y las ventajas educacionales no figuran como factores en este asunto; pero sí la capacidad de fe, la habilidad de orar, el poder de una completa consagración, la humil-

dad, la pérdida del *yo* al dar toda la gloria a Dios y una siempre presente e insaciable búsqueda de la plenitud con el Padre.

Resumiendo, la oración secreta es la regla de medir las relaciones del hombre con Dios. La habitación privada donde oramos se constituye el lugar donde se juega nuestra prueba de sinceridad y de devoción al Señor; también se convierte en el medidor de esa devoción. Ya que la negación de nosotros mismos, el sacrificio que hacemos al permanecer en nuestro lugar secreto, la frecuencia de nuestras visitas a ese bendito lugar y el tiempo que pasamos allí son valores que ponemos en comunión con Dios; es el precio que pagamos por las citas de amor celestial con el Espíritu divino. Y su influencia es aún más fuerte de la que ejerce un ancla sobre su barco.

Por eso, Satanás tratará de romper esa relación que deseamos tener con Dios, así como de arrebatar nos nuestra cámara secreta donde nos llegamos a la presencia de nuestro Padre.

Sin embargo, tenemos la siguiente promesa, expresada en estos versos:

“No temas orar; vale la pena.
Ora si nada más puedes hacer,
aunque te desanime la tardanza,
porque orar es un gozo y un deber.
Ora en tiempos oscuros y sombríos.
Y si por algo no te atreves a orar,
pide a Dios que te quite ese algo
que pudiera hacerte tropezar”.

Pero, sobre todo, estamos obligados a orar, porque somos ciudadanos del Reino de Dios. Y la falta de oración en el Reino de Dios correspondería a una expatriación. Es una falta muy grave y un serio quebrantamiento a la ley de Dios.

La negación de nosotros mismos, el sacrificio que hacemos al permanecer en nuestro lugar secreto, la frecuencia de nuestras visitas a ese bendito lugar y el tiempo que pasamos allí son valores que ponemos en comunión con Dios; es el precio que pagamos por las citas de amor celestial con el Espíritu divino.

11

Oraciones contestadas

La respuesta a la oración es la única garantía de que hemos pedido bien.

Lord Wolseley, en su Momento del soldado, escribió que si un joven oficial desea ascender, tiene que ofrecerse voluntario para acciones en las cuales arriesgue su vida. Fue un espíritu de valor así el que nos mostró un buen guerrero de Jesucristo llamado John McKenzie... Una noche, cuando casi era un muchacho, y deseoso de ingresar en las misiones extranjeras, se arrodilló delante de un árbol en el Paseo de las Damas, a orillas del Lossie, en Elgin, y ofreció a Dios esta oración: «Señor, mándame al lugar más oscuro de la Tierra». Y Dios le oyó y le envió a trabajar a Sudáfrica, donde estuvo durante muchos años, primero bajo la Sociedad Misionera de Londres, y luego bajo el Gobierno británico como Comisionado Residente entre los nativos de Bechuanaland.

J. O. STRUTHERS

Es la respuesta a la oración lo que nos separa del reino de las cosas secas y muertas y hace de ella y de nosotros algo vivo y potente. Es la respuesta a la oración lo que hace que las cosas ocurran y hayan cambios en el curso; lo que nos saca de las regiones del fanatismo y desmiente que ésta sea una mera ilusión. Sí, es la respuesta lo que la hace de la oración algo divino y real.

Además, la respuesta a la oración es la única garantía de que hemos pedido bien.

¡Qué maravilloso poder hay en la oración! ¡Cuántos milagros ha obrado! De cuántos beneficios se ha asegurado el hombre por medio de ella... ¿Por qué, entonces, la oración de muchos queda sin respuesta? Si todas las oraciones sin respuesta fueran echadas al mar, pronto rebostrarían las orillas...

Sin embargo, no hay por qué pensar que los millones de oraciones no contestadas lo sean a causa de un misterio de la voluntad de Dios. Dios no hace de nosotros un objeto de su capricho. Él no juega a hacer ver cuándo nos dará sus maravillosas promesas y cuándo no. La única respuesta es que muchas de esas oraciones están equivo-

casas: son las secuelas de la incredulidad, una imposición, un estorbo, una impertinencia para Dios y para el hombre: "Pedís y no recibís, porque pedís mal" (Stg. 4:3).

Igualmente, la respuesta directa e inconfundible de la oración es una evidencia de la existencia de Dios. Demuestra que el Creador vive, que nos escucha, que se interesa por sus criaturas. No hay prueba tan clara y evidente de la existencia de Dios que la oración contestada. Ya lo dijo Elías:

"Respóndeme, Jehová, respóndeme, que este pueblo conozca que Tú eres Dios" (1 R. 18:37).

Esto está apoyado bíblicamente: tenemos el ejemplo de Pedro, quien podría haberse encerrado con el cadáver de Dorcas y haber orado durante días junto al mismo de rodillas, pero si no hubiera habido respuesta, no habría habido tampoco gloria alguna para Dios, sino duda y desmayo.

Las Escrituras hacen énfasis siempre en que hay respuesta a la oración. Todas las cosas que recibimos de Dios nos son dadas como respuesta a la oración. La misma presencia de Dios, su gracia y los dones de la misma, todo ello se obtiene por medio de la oración. Porque es el medio por el cual Dios se comunica con los hombres. Lo más real en ella y esencial es la respuesta que consigue.

Más aún, no sólo es la Palabra de Dios una firme seguridad de que nuestras oraciones tendrán respuesta, sino que todos los atributos de Dios cooperan en la misma dirección. La veracidad de Dios está en juego en el compromiso de contestar nuestras oraciones. Su sabiduría, su fidelidad y su bondad van envueltas también. Su rectitud inflexible e infinita se une al gran objetivo de contestar las oraciones de aquellos que le llaman en la necesidad. Su justicia y su misericordia se funden en uno para asegurar la respuesta a la oración. Es significativo que la misma justicia de Dios se ponga en juego y permanezca firme por su fidelidad a la promesa que Él ha hecho de que perdonará nuestros pecados y nos limpiará de toda impureza:

"Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad" (1 Jn. 1:9).

La relación regia de Dios al hombre, con toda su autoridad, se une a la relación paternal, con toda su ternura, para asegurarnos la respuesta a la oración.

Todas las cosas que recibimos de Dios nos son dadas como respuesta a la oración. La misma presencia de Dios, su gracia y los dones de la misma, todo ello se obtiene por medio de la oración. Porque es el medio por el cual Dios se comunica con los hombres. Lo más real en ella y esencial es la respuesta que consigue.

La mayor evidencia de obtener respuestas seguras a la oración la tenemos en el hecho de que permanecemos en Cristo.

Y, por supuesto, nuestro Señor Jesucristo se ha comprometido también a darnos respuesta a la oración:

“Todo lo que pidieréis al Padre en mi Nombre, Yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo” (Jn. 14:13).

“Ven, oh alma, presenta a Jesús tu petición.

Pues Él te ama y se deleita con tu oración.

Es Él quien te lo manda: ¡*Orad, orad!*

Y nunca la respuesta puede negar”.

Y es que la mayor evidencia de obtener respuestas seguras a la oración la tenemos en el hecho de que permanecemos en Cristo. En otras palabras, el mero acto de orar no muestra que nuestra relación con Dios sea genuina -ésta puede ser una rutina, un hábito o una ejecución muerta (la mera repetición de palabras, el pasar las cuentas de un rosario, el multiplicar las oraciones como si acumuláramos mérito, todo esto no tiene la más mínima virtud, es una ilusión, algo vacío e inútil)-; pero cuando se reciben respuestas claras, no una vez, sino cada día, se tiene la prueba de una conexión vital con Jesús. Leamos lo que dijo el Señor a este respecto:

“Si permanecéis en Mí y mis Palabras permanecen en vosotros, cualquier cosa que pidáis os será hecha” (Jn. 15:7).

Así pues, la respuesta a la oración es la prueba convincente del estado satisfactorio de nuestras relaciones con Dios Padre e Hijo.

Junto a la tumba de Lázaro, Jesús habló de este modo:

“Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes, pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que Tú me has enviado” (Jn. 11: 41 y 42).

Y la respuesta fue que “Lázaro salió fuera”. Igualmente, la oración de Elías consiguió resucitar al hijo de la viuda de Sarepta: “... ahora conozco que tú eres varón de Dios, y que la Palabra de Jehová es verdad en tu boca” (1 R. 17:24), exclamó la mujer al ver el portento.

He aquí una gran verdad, aquel que está más cerca del favor de Dios es el que recibe más respuesta del Todopoderoso a sus oraciones... Éstas ascienden al Cielo por una ley invariable, y aún más que por una ley, por la voluntad, la promesa y la presencia de un Dios personal. Luego, la respuesta desciende a la Tierra por

medio de las promesas, la verdad, el poder y el amor del Creador.

Dicho todo esto, concluimos que no preocuparse por la respuesta a las oraciones es lo mismo que si no oráramos. ¡Cuánto tiempo y energía se pierden en las oraciones! Millones de ellas son ofrecidas sin que se espere respuesta, y por tanto, no se recibe ninguna. Hemos sido alimentados por una falsa fe y escondemos la vergüenza de nuestra pérdida e inhabilidad para orar en el falso y confortante subterfugio de que “Dios no contesta de modo objetivo y directo, sino indirecto y subjetivo”.

O bien nos conformamos diciendo que «somos inconscientes del proceso y de los resultados de la oración, pero que éstos existen, pues hemos sido mejorados en nuestro interior”. Conscientes de que Dios no nos ha contestado directamente, nos solazamos con la ilusoria unción de que Dios, por algún medio impalpable, nos ha concedido algo mejor. O hemos consolado y nutrido nuestra pereza espiritual diciéndonos que no es la voluntad de Dios el darnoslo. Pero lo cierto es que Dios contesta todas y cada una de las oraciones que son verdaderas y conformes al Espíritu (sin duda, la tercera Persona divina implicada en el acto de orar).

Hay dulce comunión al estar con Dios por medio del Espíritu Santo, quien nos llena de dulzura y suavidad. Las gracias del Espíritu en el alma interior se nutren de la oración. Éste mantiene vivo y fomenta el crecimiento de la fe por medio del ejercicio espiritual de la oración.

“Da ejercicio a la fe, da ejercicio al amor,

la oración hace retirar la negra nube.

Se encarama por la escala de Jacob;

su bendición es como lluvia tardía”.

Ahora bien, ni uno de estos beneficios es en sí mismo el objetivo esencial de la oración; sino que, sobre todo, la oración ha sido designada como el cauce por medio del cual fluyen a nuestra alma y cuerpo todas las gracias...

“¡Dulce oración, dulce oración!

Al trono excelso de bondad

elevarás mi petición

hecha con labios de verdad.

Será mi ruego oído allí,

La respuesta a la oración es la prueba convincente del estado satisfactorio de nuestras relaciones con Dios Padre e Hijo.

La oración
contestada
es un
intercambio
con el Cielo
que establece
y realiza una
relación con
lo Invisible.
Damos
nuestras
oraciones
a cambio de
la bendición
divina.
Y Dios las
acepta por
medio de la
sangre
expiatoria y
nos da su
presencia y
su gracia en
retorno.

y la divina bendición
en abundancia sobre mí
descenderá, ¡dulce oración!”

La oración no es, pues, un objetivo en sí misma. No es algo en que hayamos de descansar, algo que hayamos realizado, de lo cual tengamos que felicitarnos. No es un fin, sino un medio para un fin. Es algo que nos trae algo; sin esto, la oración carecería de valor.

Somos hechos ricos y fuertes, buenos y santos como resultado de la oración. No es la actitud, ni la actuación, ni las palabras de la oración lo que nos beneficia; es la respuesta directa que nos es enviada desde el Cielo... Ésta nos trae un beneficio real del cual somos conscientes. Naturalmente no hablamos aquí de oración meramente por uno mismo o bien oración que sea egoísta en su objetivo, ya que no hay oración egoísta cuando se cumplen las condiciones de la oración genuina.

En definitiva, la oración contestada nos pone en constante y consciente comunión con Dios, despierta y aumenta nuestra gratitud y estimula y eleva la inspiración a la alabanza. La oración contestada es la estampa de Dios en nuestra oración. Es un intercambio con el Cielo que establece y realiza una relación con lo Invisible. Damos nuestras oraciones a cambio de la bendición divina. Y Dios las acepta por medio de la sangre expiatoria y nos da su presencia y su gracia en retorno.

De esta modo, todo lo que en nosotros afecta a la santidad es influido por la oración contestada. Por las respuestas a la oración se maduran los principios de la santidad, y la fe, el amor y la esperanza se enriquecen...

“Dios es nuestro apoyo en los pasados siglos,
nuestra esperanza en años venideros,
nuestro refugio en hórrida tormenta
y nuestro hogar eterno”.

12

La respuesta a la oración

Forzado en la hora más sombría a confesar humildemente que sin la ayuda de Dios estaba indefenso, hice un voto de que en la soledad del bosque confesaría la necesidad de su ayuda. Un silencio de muerte me circundaba; era la medianoche, y estaba debilitado por la enfermedad, postrado por la fatiga y deshecho a causa de mi ansiedad por mis compañeros, blancos y negros, cuyo paradero para mí era un misterio. En este estado de angustia física y mental, pedí a Dios que me devolviera a los míos. Nueve horas más tarde todos estábamos exultantes de gozo y estáticos. En plena vista de todos estaba la bandera escarlata con la figura de la media luna, y debajo se hallaba la columna de la retaguardia que habíamos perdido.

HENRY M. STANLEY

Dios
no hace nada
a medias.
No da nada
escasamente.
Podemos
tenerle Todo,
aunque Él
sólo tiene
la mitad
de nosotros.

Dios no hace nada a medias. No da nada escasamente. Podemos tenerle Todo, aunque Él sólo tiene la mitad de nosotros...

Sus promesas van lejos y abarcan mucho, y parecen que han aturcido nuestra comprensión y han paralizado nuestra oración. Esto es lo que parece cuando hay palabras que van más allá de la comprensión humana, como «todo», “todas las cosas”, “cualquier cosa”. Estas promesas, con frecuencia repetidas, son en realidad tan grandes que nos deslumbran y, en vez de incitarnos a pedir, probar y recibir, nos hacen dar media vuelta y quedarnos con las manos vacías.

He aquí una de las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo sobre la oración:

“Y en aquel día, no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo que todo cuanto pidáis al Padre en mi Nombre, os lo dará. Hasta ahora, nada habéis pedido en mi Nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo esté completo” (Jn. 16:23, 24).

Dos veces en este pasaje se garantiza la promesa del Padre: “... os lo dará” “... lo recibiréis”. Tan firme y con tanta frecuencia Jesús repite que recibiremos respuesta,

Dios nos ha mandado que oremos sin cesar, en todas partes, sobre todas las cosas, y la respuesta vendrá siempre, en todas partes sobre todas las cosas.

que esto hay que considerarlo como una incitación a orar. De hecho, los apóstoles consideraban como una realidad firmemente establecida que la oración sería contestada, y tenían como deber mandar e incitar a los hombres a orar. Tan firmemente estaba arraigada esta verdad, establecida por el mismo Señor, que llegaban a afirmar que la respuesta a la oración se hallaba implicada y unida al derecho de orar. Dios Padre e Hijo, los dos, están comprometidos por la veracidad de sus Palabras y la fidelidad de su carácter a contestar la oración.

Sí, nuestro Señor enseñó que recibiremos aquello que hemos pedido, obtendremos lo que buscamos y tendremos abiertas las puertas... Dios no nos dará algo distinto, o nos instigará a buscar algo que no habíamos pedido, o abrirá una puerta distinta de aquella donde hemos llamado. Si pedimos pan, nos dará pan; si un huevo, un huevo. Y no un sustituto, sino la cosa verdadera. Nada dañoso se nos dará como respuesta a la oración...

Estas y otras promesas obligan al Todopoderoso a contestarnos, y nos aseguran que la respuesta será específica, o sea que recibiremos la misma cosa que pedimos si hemos pedido conforme al Espíritu. Los padres terrenos, aunque malos por naturaleza, dan a sus hijos lo que les piden. En el caso del Padre celestial, Éste nos dará, no ya lo bueno, como nuestro padre terrenal, sino lo mejor, el sumo bien, desde lo débil a lo omnipotente; tanto más cuanto que su Paternidad es infinitamente superior a la del padre terrenal.

Dios nos ha mandado que oremos sin cesar, en todas partes, sobre todas las cosas, y la respuesta vendrá siempre, en todas partes sobre todas las cosas. Si cumplimos las condiciones de la oración, la respuesta es segura. Las leyes de la naturaleza son menos inexorables que la ley de la respuesta prometida a la oración; lo que se ordena a la naturaleza puede fallar, pero lo que se ordena a la gracia es infalible. No hay condiciones adversas, limitaciones, debilidad ni nada que pueda estorbar la oración. Dios obra bajo nuestra oración, sin limitaciones; si oramos, Dios sobrepuja todas las condiciones concebibles. El Padre mismo nos lo dice:

“Llamadme, y responderé” (Jer. 33:3).

“Presenta a Dios cuanto tú necesites por medio de la oración:

Orad, orad, sin nunca desmayar, mandó Jesús.

¡Y esto es lo que haré!

Lo haré en privado,

lo haré en comunión, con los hermanos.

Me acercaré a su templo,

y allí le ofreceré mi petición”.

Los profetas y santos del Antiguo Testamento tenían una fe inquebrantable en la certidumbre de que Dios cumplía sus promesas. Descansaban en la seguridad de la Palabra dada por Dios, y no tenían la menor duda acerca de su fidelidad, buena voluntad o capacidad para contestarles. Es así que la historia está llena de peticiones y respuestas.

Lo mismo se puede decir de la Iglesia Primitiva. Recibieron sin hacer preguntas la doctrina que su Señor y Maestro afirmó, de que la respuesta a la oración era segura. Esta certeza estaba tan fija como que la Palabra de Dios era verdadera.

Así, la dispensación del Espíritu Santo empezó cuando los discípulos llevaron esta fe a la práctica. Cuando Jesús les dijo “id a Jerusalén y esperad allí hasta que seáis revestidos de poder de lo alto” (Lc. 24:49), lo aceptaron como una promesa segura de que si obedecían, recibirían sin duda el poder divino. De modo que permanecieron en oración durante diez días en el aposento alto, y la promesa se cumplió. La respuesta llegó tal como Jesús les había dicho...

Sin embargo, todo lo dicho no es sólo un alegato a favor de perseverar en la oración, sino que es una muestra de los progresivos estadios de intención y esfuerzo que hemos de poner en nuestro crecimiento espiritual. En las palabras de Jesús –“Pedid, y se os dará. Buscad, y hallaréis. Llamad, y se os abrirá” (Mt. 7:7; Lc. 11:9)– hay una escala ascendente desde el simple *pedid*, hacia el *buscad*, que es una actitud y que resulta en un decidido, vigoroso y resonante *llamad*.

Y es que la plenitud del Espíritu siempre hace intrépido al que lo recibe; cura del miedo, frente a las amenazas de los enemigos del Señor y da poder para hablar la Palabra del Señor con denuedo...

“Y cuando acabaron de orar, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la Palabra de Dios” (Hch. 4:31).

Y es que la plenitud del Espíritu siempre hace intrépido al que lo recibe; cura del miedo, frente a las amenazas de los enemigos del Señor y da poder para hablar la Palabra del Señor con denuedo.

13

La oración contestada

Dar lo
pedido es
fundamental
en la ley
de la
oración
de Cristo.

Un joven había sido llamado para servir en un campo de misión extranjero. No tenía la costumbre de predicar, pero sabía una cosa: cómo prevalecer en oración con Dios; y yendo a un amigo un día le dijo: "No veo cómo Dios me puede usar en el campo de la misión. No tengo ningún talento especial". El amigo le dijo: "Hermano, Dios quiere hombres que puedan orar. Hay demasiados 'predicadores' ahora y muy pocos 'oradores'". El joven fue. En su propia habitación, de madrugada, se le oía rogar por las almas llorando. Durante el día, cerraba la puerta y el silencio que reinaba hacía pensar que su alma estaba luchando con Dios. Y a su casa acudían en bandadas almas sedientas atraídas por un poder irresistible. Ah, el misterio tiene una explicación. En la cámara secreta se oraba por las almas y se las reclamaba. El Espíritu Santo sabía dónde estaban y se las enviaba.

JOHN HUDSON TAYLOR

"Pedid, y se os dará. Buscad, y hallaréis. Llamad, y se os abrirá" (Mt. 7:7; Lc. 11:9).

Ésta es la ley de la oración dada por Jesucristo:

"Porque el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abre" (Mt. 7:8; Lc. 11:10).

La oración contestada es una fuente de amor y aliento para seguir orando:

"Amo al Señor porque ha oído la voz de mi súplica. Porque ha inclinado su oído hacia mí; por tanto le llamaré en tanto que viva" (Sal. 116:1 y 2).

Dar lo pedido es fundamental en la ley de la oración de Cristo (al ciego que pedía la vista no le sanó el oído). Esta ley de la especificidad de la respuesta dada a la oración aparece en el Getsemaní, aunque no lo parezca... La oración de Jesucristo en aquella hora terrible estaba condicionada por las palabras: "... si es posible, pase de Mí esta copa" (Mr. 14:36). Pero por debajo de las palabras pronunciadas había el alma y la voluntad de la víctima divina: "Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya". Y,

en efecto, la oración fue contestada, ya que un ángel vino a Jesús, dándole fuerzas para beber en silencio el amargo vaso.

Sin embargo, a veces, una petición puede ser denegada. Esto lo hallamos en el caso del rey David, cuando pidió a Dios que salvara la vida de su hijito y, no obstante, el niño murió (véase 2 S. 12:16, 18). O cuando Pablo pidió que fuera quitada la espina de su carne y Dios le mantuvo la enfermedad (véase 2 Co. 12:7-9).

En algunos casos, Dios tiene razones para no responder las oraciones de sus hijos; y en tales casos es mejor aceptar con fe que lo que Él ha decidido es lo mejor para nosotros. Empero, sin duda, éstas son excepciones a la regla, como se ilustra en la vida de tantos profetas, sacerdotes, apóstoles y santos de la Biblia, que fueron bendecidos con respuestas afirmativas a sus oraciones...

La distancia entre las promesas de la Biblia y lo que algunos consiguen es a veces tan grande que hallamos aquí una fuente abundante de infidelidad. Engendra desconfianza en la oración como fuerza moral, y engendra dudas realmente sobre su eficacia. El cristianismo necesita hoy, sobre todo, hombres y mujeres que puedan poner a Dios a prueba en oración y que puedan demostrar sus promesas. Cuando llegue ese día para el mundo, habrá amanecido la luz del Cielo sobre la Tierra. La Iglesia necesita a tales hombres: no muchos, educados o ricos; no maquinaria eficiente, ni leyes eclesiásticas, sino hombres y mujeres que sepan orar con el Espíritu Santo, de tal forma que Dios se apresure a contestar lo que piden sin que tengan que esforzarse en seguir pidiendo sin obtener respuesta, porque piden lo que no debieran. Cuando haya un ejercicio de personas que oren así, habremos echado mano de Dios, lo habremos traído aquí a la Tierra, y Él se habrá hecho cargo de los asuntos con su poder, y pondrá vida y fuerza en la Iglesia.

Repetimos, la Iglesia necesita imperiosamente santos que puedan servir para cubrir este abismo entre las oraciones y las respuestas como puente. Santos cuya fe sea atrevida para pedir a Dios lo que Él no puede negar. Éstos son los que mostrarán al mundo que podemos poner a Dios a prueba, y transformarán la Iglesia.

He aquí el grito que sube al Cielo hoy, y suena lo mismo que en los días de Malaquías:

En algunos
casos,
Dios tiene
razones para
no responder
las oraciones
de sus hijos;
y en
tales casos
es mejor
aceptar con
fe que lo
que Él ha
decidido es
lo mejor
para
nosotros.

Nuestro Evangelio pertenece a lo milagroso. Se proyecta en un plano milagroso. Y sólo puede ser mantenido en él por lo sobrenatural. Si sacamos de la religión lo sobrenatural, desaparecen su vida y su poder y la religión degenera en un código de moral.

«Probadme ahora, dice el Señor de los Ejércitos» (Mal. 3:10).

En efecto, Dios está esperando que le pongamos a prueba por medio de la oración. Su mayor placer es contestar nuestras oraciones, pues éstas dan evidencia de la confiabilidad de sus promesas. De hecho, los hombres no harán nunca nada digno de Dios ni de valor para ellos mismos hasta que realicen esto...

Nuestro Evangelio pertenece a lo milagroso. Se proyecta en un plano milagroso. Y sólo puede ser mantenido en él por lo sobrenatural. Si sacamos de la religión lo sobrenatural, desaparecen su vida y su poder y la religión degenera en un código de moral.

El poder milagroso es divino. La oración tiene este mismo poder: trae el poder divino entre las filas de los hombres y los pone en marcha. Nunca, como ahora, ha necesitado tanto la Iglesia que levantemos piedras miliarias que den testimonio de los grandes hechos de Dios a lo largo del camino... Esto hará callar al enemigo de las almas, mucho más que todos nuestros planes para que el Evangelio triunfe. Estas piedras erigidas como testimonio dejarán trastornados y confundidos a los antagonistas de Dios, corroborarán a los débiles y levantarán los ánimos de los fuertes en triunfos y victorias.

14

Los milagros de la oración

George Benfield, un maquinista del ferrocarril de Midland que vivía en Derby, estaba en la plataforma engrasando su locomotora con el tren parado, cuando resbaló, cayendo en el espacio entre los dos raíles de la otra vía. Tuvo sólo tiempo para echarse apretado contra el suelo sobre las traviesas, y el tren pasó como una pesadilla sobre él, sin rozarlo. Al regresar a media noche a su casa, su hija, que tenía ocho años, le dijo llorando: "Oh, papá, pensé que alguien me había dicho que te iba a ocurrir algo y morirías". ¿Fue una coincidencia? ¿Fue un sueño? George Benfield y otros creyeron que debía su vida a la oración de esta niña.

DEÁN HOLE

El Antiguo Testamento es el registro de la forma en que Dios escucha y contesta la oración. Toda la Biblia trata principalmente de este tema.

También, la carrera terrenal de nuestro Señor Jesucristo no fue un mero episodio, como un intervalo en su vida eterna. Lo que fue y lo que hizo en la Tierra no fue ni excepcional, ni aparte, sino característico. Fue un ejemplo de lo que Es y de lo que hace en el Cielo. Él es "el mismo ayer, hoy y por los siglos" (He. 13:8). Esta afirmación es un resumen divino de lo eterno e inmutable de su carácter.

Y su vida terrena fue en gran manera el resultado de oír y contestar a la oración. Su vida celestial está dedicada al mismo oficio divino.

Los milagros de Cristo son lecciones objetivas de ello. Son cuadros vivos. Nos hablan a nosotros. Tienen manos con que nos sostienen. Hay muchas lecciones valiosas que estos milagros nos enseñan. Nos muestran el poder de Jesucristo, al mismo tiempo que nos descubren su maravillosa compasión para la humanidad que sufre. Estos milagros evidencian su capacidad y la diversidad infinita de sus operaciones.

Los milagros de Cristo son lecciones objetivas de la oración. Son cuadros vivos. Nos hablan a nosotros. Tienen manos con que nos sostienen. Hay muchas lecciones valiosas que estos milagros nos enseñan. Nos muestran el poder de Jesucristo, al mismo tiempo que nos descubren su maravillosa compasión para la humanidad que sufre. Estos milagros evidencian su capacidad y la diversidad infinita de sus operaciones.

La falta de fe
ata las manos
del
Todopoderoso
que de otro
modo
obrarían
entre los
hijos de los
hombres.

El método de Dios en su relación y obra con el hombre no es siempre el mismo. No nos administra su gracia de modo rígido. Hay variedad y diversidad en sus movimientos y operaciones; no crea según el mismo molde, no circunscribe su obra a cierta pauta. Él es su propio arquitecto y provee los planos en una variedad sin límites...

Cuando consideramos los milagros del Señor, descubrimos que muchos de ellos fueron ejecutados sin condición alguna. Por lo menos, no se acompañaron de condiciones que podamos discernir en lo que nos muestra el relato divino. Estos milagros fueron realizados por su propia iniciativa, sin que se le solicitara a hacerlo y para dar gloria a Dios y manifestar su poder. Muchos fueron hechos porque le movieron a compasión los sufrimientos y las necesidades de los otros, así como el hecho de que se le pidió que los hiciera. Pero un buen número de ellos fue motivado por la oración. Algunos fueron hechos como respuesta a las oraciones personales de los que sufrían. Otros, por las oraciones de amigos de los sufrientes. Estos milagros hechos como respuesta a la oración son muy instructivos respecto a los usos de la oración.

En estos milagros condicionales, la fe tiene la primacía y la oración está a disposición de la fe. Tenemos una ilustración de la importancia de la fe como la condición bajo la cual se ejerce el poder de Cristo:

"Y no pudo hacer allí ningún milagro, excepto que sanó a unos pocos enfermos poniendo las manos sobre ellos. Y se asombró de la incredulidad de ellos" (Mr. 6:5 y 6).

Esta gente de Nazaret quizás habían pedido al Señor que resucitara a sus muertos o que abriera los ojos de los ciegos; pero fue en vano, porque su ausencia de fe, a pesar de que Jesús podía hacerlo, ponía freno al ejercicio del poder de Dios y paralizaba el brazo de Cristo. Mateo nos dice de esta visita a Nazaret:

"Y no hizo allí milagros a consecuencia de su incredulidad" (Mt. 13:58).

Y es que la falta de fe ata las manos del Todopoderoso que de otro modo obrarían entre los hijos de los hombres. La oración a Cristo debe estar siempre saturada y fortificada por la fe.

El milagro de los milagros, en la carrera terrenal de nuestro Señor fue la resurrección de Lázaro, que se acompañó de la oración de un modo notable. Era realmente un

problema de oración, semejante al que se ventilaba entre los profetas de Baal y Elías; oración, no pidiendo ayuda, sino expresando confianza y de acción de gracias.

Leamos: "Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: *Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que Tú me has enviado*" (Jn. 11:41 y 42).

Era una oración en beneficio de los presentes, para que pudieran conocer que Dios estaba con Él porque su oración era contestada, y para que la fe en Dios pudiera irradiarse de sus corazones. Pues es cierto que las respuestas contestadas son a veces el método más convincente de engendrar la fe; mientras que las oraciones sin respuesta crean una atmósfera de duda y endurecen el terreno para la fe. Si los cristianos oran de modo que las oraciones tuvieran respuestas demostrativas, la fe se difundiría, se profundizaría y llegaría a ser una fuerza poderosa en el mundo.

¡Qué valiosa lección de fe e intercesión vemos también en el milagro del siervo del centurión! La simplicidad y firmeza de la fe de este oficial romano es extraordinaria, porque Él creyó que no era necesario que Jesús fuera a su casa para conceder su petición, sino que bastaba con que Jesús "pronunciara una palabra, y su siervo sería sanado" (Mt. 8:8). Nuestro Señor hizo entonces resaltar esa fe diciendo:

"De cierto te digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe" (Mt. 8:10).

Sí, la oración de este hombre era la expresión de una fe firme, la que trae una respuesta rápida...

Realmente, al leer el relato de los evangelistas, se ven numerosos casos de milagros obrados por el Señor, mostrando las cosas maravillosas realizadas por el uso de este medio de gracia designado divinamente, como es la oración.

En los días de la Iglesia Primitiva, encontramos los mismos relatos de milagros de oración. A Pedro, por ejemplo, le llegaron noticias de que Dorcas había muerto y de que le requerían en Jope. Fue allí inmediatamente, echó a todo el mundo de la habitación, y oró; luego, dijo con fe: "*Tabita, levántate*" (Hch. 9:40); y ella abrió los ojos y se sentó. Así, Pedro fue allí diligente, y la oración hizo el resto...

Al leer el
relato de los
evangelistas,
se ven
numerosos
casos de
milagros
obrados por
el Señor,
mostrando
las cosas
maravillosas
realizadas
por el uso de
este medio
de gracia
designado
divinamente,
como es la
oración.

Si volvemos a los tiempos del Antiguo Testamento, no faltan ejemplos tampoco de milagros debidos a la oración. Es más, los santos de aquellos días estaban familiarizados con el poder de la oración para mover a Dios a hacer grandes cosas.

En otra ocasión, este mismo apóstol fue encerrado en la cárcel por Herodes, después de que éste hubo pasado a cuchillo a Santiago. La joven iglesia estaba desanimada y llena de congoja. Pero sabían de dónde podían esperar socorro: Dios había intervenido en favor de sus siervos en otras ocasiones. Por ello, se hizo oración sin cesar en la iglesia por Pedro. Y un ángel acudió a socorrerle; abrió las puertas del calabozo, de los pasillos y la que daba a la calle. Los cerrojos no son, pues, un obstáculo para Dios.

Asimismo, Pablo se hallaba en el viaje hacia Roma, bajo guardia de soldados, cuando hubo un naufragio y acabó en la isla de Malta. El hombre principal de la misma, Publio, tenía a su padre enfermo. Pablo puso entonces sus manos sobre el anciano, oró en su favor, y Dios lo restableció. La oración obtuvo el fin deseado. Dios interfirió con las leyes naturales, y contestó la oración de su siervo (véase Hch. 28:7 y 8). Y la respuesta a la oración convenció a aquellos paganos de que un poder sobrenatural estaba obrando entre ellos (en realidad, creyeron que el ser sobrenatural era Pablo, como se observa en el versículo 9). Una vez más, en medio de la mayor estrechez, Dios ensanchó lo angosto y hizo ancho... Pero si volvemos a los tiempos del Antiguo Testamento, no faltan ejemplos tampoco de milagros debidos a la oración. Es más, los santos de aquellos días estaban familiarizados con el poder de la oración para mover a Dios a hacer grandes cosas. Las leyes naturales no eran obstáculo para el Todopoderoso cuando los suyos le hacían peticiones. Y los que oraban no tenían la menor duda de que la oración obraría maravillosos resultados y traería lo sobrenatural entre los asuntos de la Tierra... Los milagros y la oración iban de la mano: lo uno llevaba a lo otro. En otras palabras, el milagro era la prueba indudable de que Dios oía y contestaba la oración de los suyos.

Pensemos, por ejemplo, en Sansón... Éste había hallado una quijada de asno y con ella mató a mil hombres. Luego tuvo gran sed y dijo:

“Tú has dado esta gran salvación por mano de tu siervo; ¿y moriré yo ahora de sed, y caeré en manos de los incircuncisos?”. Entonces abrió Dios el hoyo que hay en Lehí; y salió de allí agua, y él bebió, y recobró su espíritu y se reanimó” (Jue. 15: 18 y 19).

La variedad de milagros es extraordinaria... Las fuerzas naturales se hallan bajo el control de Dios, quien creó

el mundo y lo puso bajo su ley; no lo abandonó todo a su destino, sino que estas leyes naturales son leyes de un Dios que gobierna y regula todas las cosas en la naturaleza. Siendo así, Dios puede suspender la operación de una ley natural, apartándola con su mano omnipotente, y cumplir, entre tanto, propósitos más elevados. Esto es, no hay violación de una ley porque no es mutable desde un principio, sino que se halla bajo la mano de Dios.

Ésta es la explicación del maravilloso milagro que Josué contempló cuando el sol y la luna se detuvieron hasta que fue completada la victoria sobre los enemigos de Israel. ¿Por qué no ha de poder Dios intervenir y suspender por un tiempo una ley natural? ¿Dónde hallamos que Dios se haya atado de pies y manos, que haya circunscrito su poder por haber hecho superiores las leyes de la naturaleza a la ley de la oración? De ninguna manera; el mismo Dios de la oración es el de la naturaleza. Tanto la oración como la naturaleza tienen a Dios como su Hacedor, su Regidor, su Ejecutor. Los dos son siervos de Dios.

La fuerza de la oración es, en el gobierno de Dios, tan fuerte o más que otra fuerza cualquiera, y todo lo natural debe ceder ante ella. Sol, lluvia y sequía, todas obedecen a su voluntad:

“El fuego y el granizo, la nieve y el vapor, el viento tempestuoso cumplen tu Palabra” (Sal. 148:8).

La enfermedad y la salud se hallan igualmente bajo su control. Todo en la Tierra y en el Cielo se halla en absoluto bajo su mano que ha hecho los Cielos y la Tierra y lo gobierna todo según su voluntad.

Y la gran noticia es que la oración todavía obra milagros entre los hombres y trae grandes cosas como en el pasado. Es verdad ahora como cuando Santiago escribió en su epístola:

“La oración eficaz del justo tiene mucha fuerza” (Stg. 5:16).

Tal vez parezca que actualmente los frutos milagrosos de la oración escasean, o son menos abundantes que en los tiempos bíblicos... Pero cuando los libros de la eternidad sean leídos ante la humanidad congregada, aparecerá lo mucho que la oración ha obrado en el mundo. En efecto, en el día del juicio, cuando Dios descubra las cosas que han pasado en este mundo por mediación de la oración

Tal vez parezca que actualmente los frutos milagrosos de la oración escasean, o son menos abundantes que en los tiempos bíblicos... Pero cuando los libros de la eternidad sean leídos ante la humanidad congregada, aparecerá lo mucho que la oración ha obrado en el mundo.

El que es capaz de conseguir milagros por medio de la oración empezará obrando el principal milagro en sí mismo.

de sus santos, se verá que muchas ocurrencias que se consideraban naturales, entonces, han tenido lugar por medio de la oración de los santos.

La obra de George Muller, en Bristol, Inglaterra, fue un milagro en el siglo XIX; y se verá bien claro cuando se abran los libros en el día del juicio. Su orfanato, en que se cuidaban centenares de niños sin padres, y se sostenía sin que su fundador jamás pidiera nada a nadie, excepto a Dios, es una maravilla de los tiempos modernos. George Muller sólo pedía a Dios, y confiaba en que Dios cubriría sus necesidades. Y nunca le faltó nada... Como un santo, que había sufrido tanto por Cristo y por la humanidad, se dijo de él en su tumba:

“Orando, hizo subir las paredes del hospital y cautivó los corazones de las enfermeras. Oró y edificó orando estaciones misioneras y prendió la llama de la fe de los misioneros. Oró y, haciéndolo, abrió los corazones de los ricos y fue recogiendo la cosecha de los más distantes países”.

También, se ha citado lo siguiente de Lutero:

“El oficio del cristiano es orar”. Sin duda, y por una razón importante, el oficio del predicador es orar. Sin embargo, hay muchos que no entienden este oficio de la oración porque nunca lo han aprendido y, por tanto, no trabajan en él.

No obstante, aún habría que obrar muchos milagros por medio de la oración antes del retorno de nuestro Señor en las nubes... ¿Se ha acortado acaso el brazo de Jehová? ¿Se ha endurecido su oído de modo que no puede oír? ¿Ha perdido la oración su poder a causa de que la iniquidad campea por todas partes y el amor de algunos se ha enfriado? Todas estas preguntas son innecesarias y la respuesta sigue siendo la misma: Dios puede obrar milagros hoy como antaño...

“Porque Yo, Jehová, no cambio” (Mal. 3:6).

“¿Hay algo difícil para Dios?” (Gn. 18:14).

El que es capaz de conseguir milagros por medio de la oración empezará obrando el principal milagro en sí mismo. ¡Ojalá entendamos plenamente que el oficio del cristiano es orar, y sigamos este oficio día tras día y, con ello, adquiramos grandes riquezas espirituales!

15

Maravillas de Dios por medio de la oración

De todos los deberes de la cristiandad, ninguno es más importante que la oración; y, a pesar de ello, sigue siendo tan abandonado... La mayoría de la gente considera este ejercicio como una ceremonia fatigante que tratan de evitar. Aun aquellos cuyas profesiones o temores les obligan a orar, oran con tal laxitud y con tales dudas en su mente, que sus oraciones, lejos de hacer descender bendiciones, solamente aumentan su condenación.

FENELÓN

En la tremenda lucha en este mundo entre Dios y el diablo, entre el bien y el mal, entre el Cielo y el infierno, la oración es la poderosa fuerza que vence a Satán, dando victoria sobre el pecado y derrotando al infierno. Sólo caudillos que oran cuentan en este mortal conflicto. Sólo los que oran pueden ser enviados al frente. Estos son los únicos que son capaces de contender victoriosamente con las fuerzas del mal.

En efecto, las oraciones de los santos son una fuerza perpetua contra los poderes de las tinieblas; una poderosa energía para vencer al mundo, al demonio y la carne, y marcar el curso de los movimientos de Dios, frente a las obras del diablo.

Las maravillas del poder de Dios se mantienen, se vuelven reales y presentes y se repiten sólo por medio de la oración. Dios es ahora menos evidente en el mundo y sus manifestaciones menos asombrosas que antaño, no porque la época de los milagros haya pasado, ni porque Dios haya cesado de obrar, sino porque la oración ha sido desprovista de su simplicidad, su majestad y su poder. Se ha atrofiado, marchitado y petrificado, porque la fe en Dios lleva a cuestas toda clase de dudas sobre la capacidad divina o se ha encogido a causa del temor. Y cuando la fe tiene una visión distante, telescópica de Dios, la oración no obra milagros ni hace maravillas. Pero, cuando Dios está cerca, a simple vista, la oración hace otra vez maravillas.

Las oraciones de los santos son una fuerza perpetua contra los poderes de las tinieblas; una poderosa energía para vencer al mundo, al demonio y la carne, y marcar el curso de los movimientos de Dios, frente a las obras del diablo.

La única condición y limitación a la oración se encuentra en el carácter y objetivo del que pide. La medida de nuestra fe en la oración es la medida de lo que Dios da.

Pensemos en Dios... Démosle más y más importancia hasta que todo el horizonte de nuestra vida se llene de fe y de luz. Entonces, la oración será una maravillosa herencia de portentos. Esto es, las maravillas de la oración se ven cuando recordamos que los propósitos de Dios son cambiados por la oración; la ira es aplacada, y el castigo es remitido por la oración. Toda la gama de los tratos de Dios con el hombre es afectada, pues, por la oración.

"Orar sin cesar" (1 Ts. 5:17) es orar por todo, orar en todas partes; estas órdenes de continuar, expresan la energía incesante de la oración y sus posibilidades inagotables, así como la necesidad rigurosa. Sí, la oración lo puede hacer todo. Es más, la oración debe hacerlo todo...

"La oración es la forma más simple de habla que aun labios de niños pueden intentar; la oración es la música más dulce y suave que a la divina majestad puede alcanzar. La oración tiene por misión hacer llegar las bendiciones que Dios quiere darnos; en tanto que viva debe el cristiano orar: aprende a orar cuando empieza a vivir".

La única condición y limitación a la oración se encuentra en el carácter y objetivo del que pide. La medida de nuestra fe en la oración es la medida de lo que Dios da. Tal como el Señor dijo al ciego:

"Conforme a vuestra fe os sea hecho" (Mt. 9:29).

Esta es, pues, la medida de la oración. La medida de la respuesta es la de la petición.

Si la persona que ora lo hace con las características que hacen válida la oración, las posibilidades son infinitas. La oración estará así condicionada por el carácter del que ora.

El Espíritu Santo pone en nuestros labios la oración que el Padre está deseoso de contestar: ésta es la medida de nuestra fe, la coincidencia de las dos voluntades, la del que ora y la del Padre.

Por ello, la oración que trata de imponer a Dios nuestra voluntad en contra de la suya es una insensatez: no es oración; ante Dios es un balbuceo de palabras incoherentes.

No tiene nada de extraño que haya tantas oraciones incontestadas; les falta un elemento esencial: que sean comprensibles para Dios. Mientras que el hombre que

ora conforme al carácter que el Espíritu Santo ha dado forma, que vive dando el fruto del Espíritu y que mueve sus labios inspirado por Él, recibirá de Dios todo lo que pide.

Mirando hacia el futuro, Dios declara en su Palabra que la maravilla de las maravillas será tan grande en los últimos días que todos sus siervos cantarán de júbilo:

"Porque, he aquí que Yo crearé unos nuevos Cielos y una nueva Tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni vendrá más al pensamiento. Mas gozáos y alegráos para siempre en las cosas que Yo he creado; porque he aquí que Yo voy a crear en Jerusalén alegría; y en su pueblo, gozo" (Is. 65:17 y 18).

Estos días en que Dios obrará tales maravillas serán días de mucha oración:

"Y antes de que me llamen, responderé Yo; mientras aún estén hablando, Yo habré oído" (Is. 65:24).

Siempre ha sido así... Cuando Dios hace milagros, éstos se han acompañado de oración, que los promueve. De hecho, lo que considera Dios más importante en la adoración es la oración. En su servicio, lo principal y lo más distinguido es la oración:

"Y Yo los traeré a mi santo monte, y los llenaré de júbilo en mi casa de oración: sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar, porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos" (Is. 56:7).

Esto era verdad respecto a todos los ritos y ceremonias que se celebraban en el culto judío. El sacrificio, la ofrenda y la sangre expiatoria, todo ello se hallaba saturado de oración. El humo de la ofrenda encendida y el perfume del incienso que llenaba la casa de Dios no era sino la llama de la oración, y todo el pueblo de Dios eran sacerdotes ungidos para ministrar ante el altar de la oración. De modo que todas las cosas tenían que ser hechas con oración poderosa, porque la oración de poder era el fruto y la inspiración de una fe potente.

El curso de la naturaleza y los movimientos de los planetas y las nubes, todo ello puede cambiar bajo la potente energía de la oración. No es que la oración sea un talismán o algo mágico. Simplemente hace notorias nuestras peticiones delante de Dios por aquellas cosas que son agradables a su voluntad en el Nombre de Cristo. Es hacer nuestra petición a un Padre que sabe todas las cosas y tiene

No es que la oración sea un talismán o algo mágico. Simplemente hace notorias nuestras peticiones delante de Dios por aquellas cosas que son agradables a su voluntad en el Nombre de Cristo.

La oración es el control de todas las cosas. La oración es la confianza total en la sabiduría divina, a pesar de nuestra ignorancia; la voz de la necesidad clamando para que Él nos conceda parte de sus inagotables riquezas. Es poner la confianza de un niño en la Palabra del Dios del Cielo. Una expresión verbal de la confianza de nuestro corazón en su infinita sabiduría, poder y riquezas que ha puesto a nuestra disposición por medio de la oración.

La forma en que estos resultados han de tener lugar la encontramos en las enseñanzas de la Palabra de Dios. El corazón de Dios parece rebosar en deleite ante la perspectiva de bendecir así a su pueblo. Por boca del profeta Joel, Dios hablo así:

“No temas, Tierra; alégrate y gózate porque Jehová hizo grandes cosas. Animales del campo, no temáis; porque los pastos del desierto reverdecen, porque los árboles llevan su fruto, la higuera y la vid dan sus frutos. Vosotros, pues, hijos de Sión, alegráos y gozáos en Jehová vuestro Dios, porque os ha dado la primera lluvia con justa medida, y hace descender sobre vosotros lluvia temprana y tardía, como al principio. Las eras se llenarán de trigo, y los lagares rebosarán de vino y aceite. Y os restituiré los años que comió la langosta, el pulgón, el saltón y la oruga, mi ejército que envié contra vosotros. Comeréis hasta saciaros y alabaréis el Nombre de Jehová vuestro Dios, el cual hizo maravillas con vosotros; y nunca jamás será mi pueblo avergonzado. Y conoceréis que estoy Yo en medio de Israel, y que Yo soy Jehová vuestro Dios, y no hay otro; y mi pueblo jamás será avergonzado” (Jl. 2: 21-27).

¡Qué maravillosos bienes materiales está Dios dispuesto a dar a su pueblo! Casi asombra escucharlo. Pero más verdadero es aún todo esto bajo la dispensación más simple del Evangelio. Mirando hacia delante, hace grandes y preciosas promesas concernientes al derramamiento del Espíritu Santo, siendo éstas las mismas que Pedro citó en su discurso del Pentecostés:

“Y después de esto, derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días. Y obraré prodigios en el Cielo y en la Tierra, sangre y fuego y columnas de

humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová. Y todo aquel que invoque el Nombre de Jehová se pondrá a salvo” (Hch. 2:17-21).

Pero estas maravillosas bendiciones no serán concedidas sin más sobre el pueblo por el poder soberano, ni serán incondicionales; el pueblo de Dios debe hacer algo antes de todos estos gloriosos resultados: el ayuno y la oración juegan una parte importante en las condiciones para recibir estas grandes bendiciones. Por la boca del mismo profeta Joel, habló Jehová así:

“Por eso, pues, ahora, dice Jehová, convertíos a Mí con todo vuestro corazón, con ayuno, llanto y lamento. Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos, y convertíos a Jehová, vuestro Dios; porque es clemente, compasivo, tardo para la ira y grande en misericordia, y presto a revocar el castigo. ¿Quién sabe si se volverá y se arrepentirá y dejará bendición tras sí, para ofrenda y libación para Jehová, vuestro Dios? Tocad trompeta en Sión, proclamad ayuno, convocad asamblea solemne. Reunid al pueblo, santificad la reunión, juntad a los ancianos, congregad a los niños y a los que maman, salga de su cámara el novio, y de su tálamo la novia. Entre la entrada y el altar, lloren los sacerdotes, ministros de Jehová, y digan: *Ten piedad, oh Jehová de tu pueblo, y no entregues al oprobio tu heredad, para que las naciones se mofen de ella.* Porque han de decir entre los pueblos: *¿Dónde está su Dios?* Entonces Jehová, lleno de celo por su Tierra, tuvo piedad de su pueblo. Respondió Jehová, y dijo a su pueblo: *He aquí, Yo os envío, pan, vino y aceite, y seréis saciados de ellos; y nunca más os pondré en oprobio entre las naciones*” (Jl. 12:12-19).

Esto es, la oración llega hasta donde llega la presencia de Dios. Llega a todas partes, porque Dios está en todas partes:

“Si subo a los Cielos, allí estás Tú; y si en el Seol trato de acostarme, he aquí, allí estás Tú. Si tomara las alas del alba y emigrara hasta los confines del mar, aun allí me alcanzaría tu mano, y me agarraría tu diestra” (Sal. 139:8-10).

Y esto mismo se puede decir de la oración; a saber, los misterios de la muerte han sido sondeados por la oración, y sus víctimas han sido devueltas por el poder de la oración, porque Dios tiene dominio sobre la muerte

La oración llega hasta donde llega la presencia de Dios. Llega a todas partes, porque Dios está en todas partes.

El elemento sobrenatural de la Iglesia, sin la cual no puede hacer nada, viene sólo por medio de la oración.

y la oración llega donde llega Dios. Eliseo y Elías, por ejemplo, invadieron los reinos de la muerte con sus oraciones y establecieron y afirmaron el *poder* de Dios por el *poder* de la oración. Pedro, igualmente, por medio de la oración, devolvió la vida a Dorcas. Y Pablo ejerció el poder de la oración cuando Eutico cayó de la ventana mientras él estaba predicando.

Que el poder de la oración es tremendo nos lo muestra también la visión de Juan en Patmos, al abrirse el séptimo sello:

“Otro ángel vino entonces y se paró ante el altar con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro que estaba delante del trono. Y de la mano del ángel subió a la presencia de Dios el humo del incienso con las oraciones de los santos. Y el ángel tomó el incensario, y lo llenó de fuego del altar, y lo arrojó a la tierra; y se produjeron truenos, y voces, y relámpagos y un terremoto” (Ap. 8:3-5).

Vistas las incalculables posibilidades de la oración, se hace absoluta la necesidad que tenemos de echar mano de este poder. La Iglesia necesita tener convicciones profundas sobre la vasta importancia de la oración en la prosecución de la obra que se le ha encomendado. Más oración dará lugar a mejor oración, y la Iglesia podrá efectuar la difícil y delicada tarea que le ha encomendado su Señor y Maestro.

Por el contrario, la Iglesia que no ora es una iglesia ya derrotada antes de luchar. El elemento sobrenatural de la Iglesia, sin la cual no puede hacer nada, viene sólo por medio de la oración. Hay que conceder, pues, más tiempo a la oración en la Iglesia que Dios ha llamado. Esto a pesar de que los tiempos son de ajetreo y actividad, y también son de religiosidad superficial y sosa. Hay que poner más corazón y más alma en la oración y con ello podrá, en el Nombre y con la fuerza del Señor, efectuar las maravillas que son la herencia de la divina promesa:

“Espíritu del Dios vivo,
danos la plenitud de tu gracia;
la necesita el pecador
para nacer de nuevo.
Danos lenguas de fuego,
corazones de amor, poder y unción

para predicar con poder tu Palabra
y mover a los hombres a orar”.

Sin embargo, debemos tener en cuenta que la primera base o fundamento que establece Cristo para su doctrina se halla en el *sermón del monte*, y dice:

“Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mt. 5:3).

Como la oración procede de un sentido interior de necesidad, y la oración es la expresión de un espíritu que se sabe afecto por la pobreza más extrema, es evidente que es en esta condición de “pobreza en el espíritu” que podemos orar y hemos de orar. Esta pobreza se transforma en riqueza cuando el Espíritu Santo entra en nuestras vidas y dirige nuestra oración para que pidamos según la voluntad de Dios. Entonces, Dios puede abrir los Cielos y derramar sobre nosotros lluvias de bendición:

“Dulce oración, dulce oración,
al trono excelso de bondad
elearás mi petición
hecha con labios de verdad.
Será mi ruego oído allí,
y la divina bendición
en abundancia sobre mí
descenderá, dulce oración”.

En muchas ocasiones, Wesley se reunía con otros y juntos pasaban la noche en oración, hasta que el poder de Dios descendía sobre ellos. Así fue en el servicio de la noche de fin de año de 1738, al que asistían los dos hermanos, John y Charles, junto con George Whitefield; el grupo se quedó hasta después de medianoche, cantando y orando. Explicaba Wesley:

“Hacia las tres de la madrugada, mientras estábamos en constante oración, el poder de Dios vino de repente sobre nosotros, de modo que prorrumpimos en grandes exclamaciones de gozo, y muchos cayeron al suelo. Tan pronto como nos recobramos del asombro y temor de la presencia de su Majestad, exclamamos a una voz: ¡Alabado seas, oh Dios! ¡Te reconocemos como Señor!”

En otra ocasión, Wesley afirmó lo siguiente:

“Después de la medianoche, como un centenar regresamos a casa cantando, regocijándonos y alabando a Dios... Continuamos en el ministerio de la Palabra y orando y alabando hasta la mañana”.

Como la oración procede de un sentido interior de necesidad, y la oración es la expresión de un espíritu que se sabe afecto por la pobreza más extrema, es evidente que es en esta condición de “pobreza en el espíritu” que podemos orar y hemos de orar. Esta pobreza se transforma en riqueza cuando el Espíritu Santo entra en nuestras vidas y dirige nuestra oración para que pidamos según la voluntad de Dios.

En una de esas noches de oración con Dios, explicaba que un sacerdote católico fue afectado por el hecho de forma que se despertó para darse cuenta de su condición espiritual.

En definitiva, aunque Dios manifestó su poder en los tiempos de la Escritura por medio de grandes señales obradas a través de la oración, no nos ha dejado en los tiempos modernos sin testigos. Sino que la oración trae al Espíritu Santo sobre los hombres cuando se ora intensamente, como ocurrió en los días del Pentecostés. Y es que las maravillas de la oración no han terminado todavía...

LIBRO IV

LOS FUNDAMENTOS DE LA ORACIÓN

La oración abarca al hombre entero

Henry Clay Trumbull hablaba de lo Infinito como si para él fueran cosas familiares de este mundo y de lo Eterno; como si se tratara de la vida humana... Hace algunos años, en un embarcadero, encontré a un caba-llero que lo conocía, y le dije que hacía unos quince días le había visto por última vez, y que habíamos estado hablando. Aquel hombre me contestó: "Oh, sí, Trumbull era un gran cristiano, de veras, intenso. Estuvo también en mi casa hace algunos años y pasamos bastante tiempo hablando de la oración. Durante la conversación le dije: 'Bueno, Trumbull, no me dirás que si se te pierde un lápiz o una pluma vas a orar a Dios pidiéndole que te ayude a buscarlo'. La respuesta inesperada fue: '¿Cómo no? Esto es lo primero que haría'. Y era verdad, esto es lo primero que habría hecho". ¿No era su fe algo real? Como el Salvador, usó una ilustración para presentar su doctrina de modo más vivido; pero el principio era lo fundamental. Confiaba en Dios en todo. Y el Padre honraba la confianza de su hijo...

ROBERT E. SPEER

La oración
tiene
que ver con
el hombre
entero;
abarca todo
su ser,
mente,
alma y
cuerpo.

La oración tiene que ver con el hombre entero; abarca todo su ser, mente, alma y cuerpo... Y es necesario que sea de este modo, pues la oración afecta a todo el hombre, incluso en los resultados de la gracia.

Así como la naturaleza entera del hombre entra en la oración, todo su ser se beneficia de ella. Por ello, el hombre entero debe ser ofrecido a Dios al orar, porque mayores resultados de la oración obtendrá si se entrega a Dios todo él, con todo lo que le pertenece. Éste es el secreto de la consagración plena y de la integridad, y ésta es la condición de la oración triunfante; la clase de oración que rinde frutos copiosos...

Es más, Dios quiere, necesita, todo lo que hay en el hombre para contestar sus oraciones. Debe tener un alma abierta y sincera a través de la cual ejecutar sus propósitos y planes respecto a los seres humanos.

La persona, mente, cuerpo y espíritu, no es, sin embargo, una trinidad ni una dualidad cuando ora, sino una unidad. Es uno en todo lo fundamental: actos y actitudes de piedad.

No pueden, pues, ser aceptados hombres de doble ánimo; ni los pusilánimes y vacilantes, cuya lealtad oscila entre Dios y el mundo.

La santidad es totalidad y, por tanto, Dios necesita hombres santos, hombres abiertos y verdaderos para su servicio y para la obra de oración:

“Y el Dios de paz os santifique enteramente; y ruego a Dios que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo sea preservado sin tacha para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts. 5:23).

Éstos son los hombres que Dios quiere como caudillos para las huestes de Israel: aquellos de los que se forman otros hombres también de oración...

La persona, mente, cuerpo y espíritu, no es, sin embargo, una trinidad ni una dualidad cuando ora, sino una unidad. Es uno en todo lo fundamental: actos y actitudes de piedad. Sus tres componentes han de estar unidos en todo lo que se refiere a la vida y a la piedad. A saber, en primer lugar, y ante todo, la persona entra en la oración cuando adopta una actitud de plegaria; ya que la actitud del cuerpo cuenta mucho en la oración (aunque es verdad que el corazón puede ser altivo, y la mente indiferente y errabunda y la oración mera fórmula, a pesar de estar de rodillas en el momento de orar).

Tenemos el modélico ejemplo de Daniel, el cual doblaba sus rodillas en oración tres veces al día. Salomón también se arrodilló en oración en la dedicación del templo. Y nuestro Señor se postró en aquella memorable hora en el Getsemaní antes de ser traicionado. Y es que donde hay oración ferviente y fiel, el cuerpo siempre toma la forma más apropiada al estado del alma en aquel momento; se une al alma en oración.

En segundo lugar, diremos que un intelecto leal debe esforzarse y añadir la energía del fuego de su fe indudable e indivisa a esta hora de oración. Es por necesidad que la mente entra en la oración, pues hay que pensar para orar. El intelecto nos enseña cómo y qué debemos orar. En otras palabras, el pensamiento va antes de entrar en el aposento quieto y prepara el camino para la verdadera oración. Pensando seriamente de antemano, nos preparamos para el momento en que nos acercamos al trono de la gracia. Considera lo que va a pedir en la hora a solas.

Así, muy al contrario de lo que muchos piensan, la verdadera plegaria no deja a la inspiración del momento lo que ha de solicitar. Orar es pedir algo definido a Dios, no abstracto o ambiguo. Todos los pensamientos vanos y pecaminosos son eliminados, y la mente se da enteramente a Dios, y hace un recuento de lo que necesita y de lo que ha recibido en el pasado.

Bien entendieron esto los discípulos, por cuanto pidieron al Señor que les enseñara a orar... En efecto, debemos ser enseñados por medio del intelecto, y sólo en tanto que el intelecto es dado al Señor en oración, podremos aprender bien y fácilmente la lección de la oración.

Por último, el hombre entero debe orar: su vida, su corazón y su temperamento. Cada uno y todos se juntan en el ejercicio de la oración; lo cual significa que la duda, la doblez de ánimo, la división de las afecciones, todas ellas son ajenas a la plegaria; mientras que el carácter y la conducta sin mancha, más blancos que la nieve, son potencias poderosas, y son lo más hermoso para la hora y la lucha de la oración:

“No basta con doblar la rodilla y musitar una oración; el corazón y los labios deben ser uno si ha de haber plegaria”.

Pablo extiende la naturaleza de la oración al hombre entero. De hecho, en ninguna otra parte aparece tan claro que se necesita al hombre entero, en todos los departamentos de su ser, para orar, como en las enseñanzas de este apóstol.

Debe ser así, pues se necesita todo el hombre para abrazar las emociones extensas del género humano: las penas, los pecados y la muerte de la raza caída. Se necesita todo el hombre para correr paralelos con la voluntad alta y sublime de Dios en la salvación de la humanidad, y para estar al lado de nuestro Señor Jesucristo, el Mediador entre Dios y el hombre pecador. Ésta es la doctrina que Pablo enseña en su segunda epístola a Timoteo.

El hombre tiene el deber de orar, y es menester un verdadero cristiano para hacerlo; alguien piadoso que se entregue enteramente a la oración y ésta llegue muy lejos en su influencia y en los efectos de la gracia... Sin duda, un asunto intenso y profundo que se refiere a Dios, a sus

Se necesita todo el hombre para abrazar las emociones extensas del género humano: las penas, los pecados y la muerte de la raza caída. Se necesita todo el hombre para correr paralelos con la voluntad alta y sublime de Dios en la salvación de la humanidad, y para estar al lado de nuestro Señor Jesucristo, el Mediador entre Dios y el hombre pecador.

Esto es, se necesitan hombres de corazón íntegro para guardar los mandamientos de Dios y lo mismo para buscarlo. Éstos son los que se consideran *bienaventurados*, y sobre éstos descansa la aprobación del Padre.

planes y propósitos, y que requiere a una persona íntegra y sincera para hacerlo; como demuestra la respuesta de Jesús al escriba que le preguntó cuál era el primer y más importante mandamiento:

“El Señor nuestro Dios uno es; y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente y con toda tu fuerza” (Mt. 22:37; Mr. 12:30; Lc. 10:27).

En una palabra, el hombre entero sin reservas debe amar a Dios. De modo que es necesario el hombre entero para hacer la oración que Dios requiere del hombre.

También, en el salmo 119, el salmista nos enseña esta misma verdad:

“Bienaventurados los que guardan sus testimonios, y que le buscan de todo corazón” (v. 2).

Y llevando las cosas más cerca de sí mismo, el salmista hace esta declaración:

“De todo corazón te he buscado; no me dejes apartar de tus mandamientos” (Sal. 119:10).

Esto es, se necesitan hombres de corazón íntegro para guardar los mandamientos de Dios y lo mismo para buscarlo. Éstos son los que se consideran *bienaventurados*, y sobre éstos descansa la aprobación del Padre.

De nuevo, dándonos su oración para un corazón prudente y entendido, nos comunica sus propósitos respecto a cumplir la ley de Dios:

“Dame entendimiento y guardaré tu ley; sí, la observaré de todo corazón” (Sal. 119:34).

Todo lo dicho sirve para demostrar que del mismo modo que se requiere que todo el corazón sea entregado a Dios sin reservas para cumplir por completo los mandamientos de Dios, se necesita todo el corazón para hacer efectiva la oración.

Una vez más repetimos, la oración pone en acción todos los poderes del hombre moral y su naturaleza espiritual. De ahí que nuestro Maestro orara de la manera que explica el autor de Hebreos:

“Y Cristo, en los días de su carne, habiendo ofrecido ruegos y súplicas, con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su piedad” (He. 5:7).

Pero, sobre todo, es la oración del Getsemaní la clara evidencia de la intensidad de las oraciones de Jesús:

“Cuando llegó a aquel lugar, les dijo: *Orad, que no entréis en tentación*. Y Él se apartó de ellos a una distancia como de un tiro de piedra, y puesto de rodillas, oraba, diciendo: *Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*. Y se le apareció un ángel del Cielo para fortalecerle. Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre engrumecidas que caían sobre la tierra” (Lc. 22:40-44).

Basta con pensar un momento para darse cuenta de que la oración de Jesús tenía que descansar sobre todos los poderes de su Ser, y poner en acción todas las partes de su naturaleza. Tal es la oración que lleva al alma cerca de Dios y que lo trae a la Tierra... Cuerpo, alma y espíritu son puestos en tensión como tributo de oración.

Igualmente, Pablo estaba familiarizado con esta clase de oración:

“... os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios” (Ro. 15:30).

Estas palabras escritas a los hermanos de Roma nos dicen qué clase de oración era la de Pablo y cuánto de sí mismo ponía en ella. No es una petición trivial, ni una fruslería aquella que quiere que otros «se esfuercen con él»: se trata de una gran batalla, un gran conflicto que hay que ganar. El cristiano que ora, como el soldado que lucha, tiene entablado un duelo de vida o muerte. Su honor, su inmortalidad, su vida eterna está envuelta en esta guerra.

Se necesita, entonces, el pleno consentimiento de la persona para pertenecer al Señor, a quien le serán entregados, en el preciso momento de orar, todos los deseos del corazón.

Por consiguiente, el hombre entero será bendecido. Su cuerpo, por ejemplo, recibirá bendiciones de la oración, porque gran parte de la oración es específicamente para el cuerpo: alimento y vestido, salud y vigor, todo ello viene como resultado de la respuesta a la oración. Y su mente será merecedora de pensamientos diáfanos, entendimiento iluminado y razonar seguro, por medio de la oración. Pues Dios “guiará a los humildes en su juicio, y enseñará a los mansos su carrera” (Sal. 25:9).

Y, finalmente, su ser es también bendecido con la unción del Espíritu Santo, que desciende sobre la persona,

El cristiano que ora, como el soldado que lucha, tiene entablado un duelo de vida o muerte. Su honor, su inmortalidad, su vida eterna está envuelta en esta guerra.

Es también
bendecido
con la unción
del Espíritu
Santo,
que
desciende
sobre la
persona,
otorgándole
dones de
gracia y
facilitándole
la expresión
de la
Palabra
de Dios.

otorgándole dones de gracia y facilitándole la expresión de la Palabra de Dios. Ésta es la explicación de por qué antaño hombres de educación limitada tenían tal libertad del Espíritu en la oración y en la predicación. A saber, sus pensamientos fluían como una corriente de agua y toda su maquinaria intelectual se sentía impulsada por la influencia de la gracia del Espíritu Divino.

Sí, muchos grandes predicadores lo fueron precisamente porque practicaron la oración íntegra e intensa. Según explicó en una ocasión el propio David Brainerd, él oraba de este modo a Dios:

“Dios me permitió agonizar en oración hasta que sudaba, aunque estuviera a la sombra y en un lugar fresco”.

Y así deberíamos hacerlo nosotros, si es que queremos saborear las bendiciones completas de Dios, que enriquecen todo nuestro ser, alma, cuerpo y espíritu...

2

La oración y la humildad

Si dos ángeles recibieran al mismo tiempo encargo de Dios, el uno de descender y gobernar el mayor imperio de la Tierra, y el otro de barrer las calles de la aldea más humilde, les sería por completo indiferente a uno y a otro la tarea que a cada cual le habría correspondido; ya fuera gobernante o barrendero... Porque el gozo de los ángeles consiste en la obediencia a Dios. Y el mismo gozo habrían tenido en llevar a Lázaro en harapos al seno de Abraham, que rodeando el carro de fuego que llevó a Elías al Cielo.

JOHN NEWTON

La humildad no tiene los ojos puestos en sí misma, sino en Dios y en el prójimo. Es propia del que es pobre de espíritu, manso en comportamiento y sencillo de corazón.

La persona humilde tiene una opinión modesta y reducida de sí mismo. Tiende a ser retirado, a permanecer en la oscuridad. No busca la publicidad, no trata de alcanzar puestos elevados, ni se preocupa de ser prominente o se exalta a los ojos de los otros ni a los propios.

Hay, al contrario, dentro de él una ausencia total de orgullo y está a la mayor distancia posible de la altanería. Tampoco hay autoalabanzas para el humilde, sino que tiende a alabar a otros:

«Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien, con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo» (Fil. 2:3).

¡Así es el poder de la humildad!

“No prestes tu oído al mundo,

has de mantenerlo a raya.

Manso, humilde y retirado,

si Dios te alaba, ya basta”.

Y es que la humildad no tiene los ojos puestos en sí misma, sino en Dios y en el prójimo. Es propia del que es pobre de espíritu, manso en comportamiento y sencillo de corazón:

“Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia” (Col. 3:12).

La parábola del fariseo y el publicano es un breve sermón sobre la humildad y la alabanza propia. El fariseo,

La humildad es una gracia cristiana delicada y rara, de gran precio en los negocios del Cielo, que entra como condición inseparable de la oración efectiva. Da acceso a Dios cuando las otras cualidades fallan.

altanero, se complacía de sí mismo, viéndose como el autor de sus actos de justicia; hizo un catálogo de sus virtudes delante de Dios, al tiempo que despreciaba al pobre publicano que se hallaba también en el templo, a cierta distancia de él. Tanto egocentrismo provocó que regresara a su casa sin justificación, condenado y rechazado por Dios.

El publicano, sin embargo, no vio nada bueno en sí mismo, sino que, anonadado, se rebajó a sí mismo, aun sin atreverse a levantar los ojos al Cielo; y se golpeó el pecho, mientras exclamaba:

“Dios, sé propicio a mí, pecador” (Lc. 18:13).

Nuestro Señor, con gran precisión, supo escoger la ilustración de estos dos hombres, el uno totalmente privado de humildad, el otro sumergido en un espíritu de menosprecio para consigo, a fin de enseñarnos lo importante que es para Dios la humildad de carácter:

“Os digo que éste descendió a su casa justificado más bien que aquél; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido” (Lc. 18:14).

De hecho, está escrito que “Dios escarnerá a los escarneedores, mas dará gracia a los humildes” (Pr. 3:34). Lo que lleva al alma que ora cerca de Dios es la humildad de su corazón. En otras palabras, lo que da alas a la oración es un carácter y una actitud genuinamente humildes.

Pero, ¿qué es la humildad? La humildad es una gracia cristiana delicada y rara, de gran precio en los negocios del Cielo, que entra como condición inseparable de la oración efectiva. Da acceso a Dios cuando las otras cualidades fallan. Es cierto, no obstante, que no resulta fácil describirla o definirla. Tal vez, el único modo exacto de hacerlo sea mostrando su personificación completa, que es Jesús, el cual, “siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:6-8). ¿Hay acaso mayor muestra de humildad que ésta?

Polvo, ceniza, tierra sobre la cabeza, saco y ayuno fueron los símbolos de la humildad para los santos del

Antiguo Testamento... Así, Daniel se vistió de saco, ayunó y se cubrió de cenizas; una humildad ante Dios que dio como resultado la visita del ángel Gabriel; porque los ángeles ven con buenos ojos a los hombres que se cubren de ceniza y se visten de saco.

Igual de humilde fue la actitud de Abraham, el amigo de Dios, cuando, rogando para que calmara su ira respecto a Sodoma, confesó que “él no era más que polvo y ceniza” (Gn. 18:27).

Qué humilde también la conducta de Salomón delante de Dios: su grandeza abatida, su gloria y majestad palidecidas asumen la actitud que le corresponde ante el Todopoderoso:

“En verdad que me he comportado y he acallado mi alma como un niño destetado de su madre; como un niño destetado está mi alma” (Sal. 131:2 y 3).

Volvamos, no obstante, a la parábola del fariseo y el publicano, la cual se destaca con gran relieve, y extraigamos la relación existente entre la humildad y la oración (que es lo que verdaderamente nos interesa). *A priori*, observamos que verdaderamente el fariseo parecía estar acostumbrado a la oración. Dejó su negocio y anduvo con paso firme hacia la casa de oración, dispuesto a buscar el lugar adecuado e iniciar su plegaria. Su orar era, sin embargo, formal y eclesiástico; sin duda, aprendido de tanto repetirlo... Pero, como muchos, no había saboreado la esencia de la oración genuina, llena de reverencia y adoración al Creador, capaz de atravesar la atmósfera terrestre y alcanzar el Cielo.

En cambio, el publicano, consciente de su imperfección y sintiendo el peso del pecado en su alma, buscó a Dios desesperadamente clamando misericordia.

¡Felices aquellos que no tienen méritos ni justificación propia que ofrecer! La humildad brota en el suelo del verdadero sentimiento de pecado e invalidez; y brilla cuando reconocemos nuestro pecado, lo confesamos y confiamos en Dios y su gracia: «Soy el primero de los pecadores, pero Jesús murió por mí». Éste es el terreno apropiado para la oración, el de la humildad: sintiéndonos lejos de Dios, pero hechos cerca por la sangre preciosa del Señor Jesús. Y es que Dios hace, de los lugares humildes, lugares elevados para el alma que ora...

La humildad brota en el suelo del verdadero sentimiento de pecado e invalidez; y brilla cuando reconocemos nuestro pecado, lo confesamos y confiamos en Dios y su gracia.

La humildad se da cuenta de nuestro poco valor, pero se aferra a la sangre expiatoria de Cristo, capaz de transformar sus imperfecciones.

«En ti, Señor, confío, a Ti, mi Dios, me entrego; mi humilde y triste ruego implora tu piedad. Mi espíritu se humilla a tu divina planta y su dolor levanta esperanzado en Ti. Soy pecador indigno; pero mi alma sincera, arrepentida espera en tu gracia y bondad».

Se hace necesario, empero, señalar que la humildad no renuncia a pensar en uno mismo; es un principio con muchos aspectos. Nace mirando a Dios y su santidad, así como contemplándose a uno mismo, la propia imperfección. Teme el brillo de las virtudes admiradas por los hombres y ama aquellas que son secretas y alabadas por Dios. Saca consuelo incluso de sus defectos a causa de la moderación de la autoestima que ocasionan. No es meramente la ausencia de vanidad y soberbia: es una cualidad positiva, una fuerza sustancial que da energía a la oración. La humildad se da cuenta de nuestro poco valor, pero se aferra a la sangre expiatoria de Cristo, capaz de transformar sus imperfecciones.

Hay unas palabras terribles del Señor sobre las obras de aquellos que tienen en gran estima lo que hacen. Las hallamos al final del *sermón del monte*:

«Muchos me dirán en aquel día: *Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu Nombre, y en tu Nombre echamos fuera demonios, y en tu Nombre hicimos muchos milagros?* Y entonces les diré claramente: *Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de iniquidad*» (Mt. 7:22 y 23).

La humildad es el primer y último atributo de la religión cristiana y de la oración del cristiano. No hay Cristo sin humildad. No hay oración sin humildad.

El orgullo de la actividad infecta con su ponzoña nuestra oración, por hermosas que sean sus palabras. Fue esta falta de humildad, esta vanagloria, lo que alentó el orgullo de Lucifer y desencadenó el tremendo conflicto cósmico entre los que adoran al Creador y los que se «adoran» a sí mismos. Y fue también lo que impidió que muchas personas religiosas que vivían en los días de Jesús

le reconocieran como el Mesías esperado, el Salvador del mundo, el Cordero de Dios, y pudieran ser salvos. Y de la misma manera, es la falta de humildad lo que hoy impide que muchos se beneficien de esta salvación ofrecida para sus almas, si sólo reclamaran la misericordia del Padre y la abogacía del Hijo:

“Que pudiera disminuir, y Tú pudieras crecer; que yo pudiera cesar, y que Tú fueras Señor, el todo de mi vivir”.

La humildad es el primer y último atributo de la religión cristiana y de la oración del cristiano. No hay Cristo sin humildad. No hay oración sin humildad.

3

La oración y la devoción

La devoción es la disposición que hallamos en la persona que se dedica por entero a Dios.

Vemos en ella espíritu de reverencia y piadoso temor.

Es el estado del corazón que aparece ante Dios en la oración y la adoración.

No hay en ella ligereza, ruido, ni algazara. La devoción reside en la quietud y en el silencio.

Es seria, pensativa, meditativa.

Una hora de soledad pasada en oración sincera y diligente, y la conquista de una pasión o un sutil pecado nos enseñarán y formarán más el hábito de la reflexión, que un año de estudios en los mejores colegios sin el hábito de orar.

COLERIDGE

La devoción tiene sentido religioso: se refiere a la adoración y se halla íntimamente relacionada con la verdadera oración. En otras palabras, pertenece a la vida interior y a la cámara de la oración; pero aparece también en los servicios públicos del santuario, por lo que es parte igualmente del mismo espíritu de adoración.

La devoción es la disposición que hallamos en la persona que se dedica por entero a Dios. Vemos en ella espíritu de reverencia y piadoso temor. Es el estado del corazón que aparece ante Dios en la oración y la adoración. No hay en ella ligereza, ruido, ni algazara. La devoción reside en la quietud y en el silencio. Es seria, pensativa, meditativa...

El hombre devoto se entrega totalmente a la religión y posee un fuerte afecto por Dios y un ardiente amor por su casa. El centurión Cornelio era un "hombre devoto que temía a Dios con toda su casa, que daba limosna a los pobres y oraba constantemente" (Hch. 10:2). "Hombres devotos" (Hch. 8:2), también, fueron los que llevaron a Esteban a su tumba. Y es que Dios puede hacer un uso maravilloso de esta clase de hombres, porque los cristianos devotos son sus agentes escogidos para llevar a cabo sus planes...

Existe una interdependencia absoluta entre la devoción y la oración; a saber, la oración promueve el espíritu de devoción, mientras que la devoción es favorable a la oración. La devoción aumenta la oración y ayuda a enfocarla al objetivo que se busca. A su vez, resulta fácil orar cuando hay un espíritu de devoción.

Además, todas las gracias del Espíritu son alimentadas y crecen donde hay un ambiente creado por la devoción. En realidad, estas gracias sólo crecen allí. La ausencia

de un espíritu de devoción significará, pues, la muerte de las gracias que nacen de un corazón renovado.

También el culto de adoración requiere del espíritu de devoción...

Todo lo cual enfatiza aún más la íntima conexión existente entre la devoción y la oración: la devoción nos ayuda a orar, y la oración aumenta la devoción. Esto es, si los labios tratan de orar, pero el corazón está ausente, el resultado es nulo.

Por desgracia hay mucha oración de este tipo hoy en la Iglesia. *Estamos tan activos y nos ocupamos de tantas cosas eclesiales que funcionamos como una maquinaria: orden, precisión, fuerza, éstas son nuestras premisas en la locomotora de la Iglesia. Y mientras, oramos sin orar, cantamos sin espíritu o entendimiento, hacemos música sin que esta música alabe a Dios, vamos a la iglesia por costumbre, escuchamos los sermones con el mismo espíritu con que escuchamos un discurso o una conferencia y salimos de allí alegres cuando ha terminado la bendición; leemos una porción de la Biblia, y esto nos da el sentimiento de que ya hemos cumplido, repetimos nuestras oraciones de memoria, como un chiquillo en la escuela, y vamos corriendo al amén final...*

Y lo que es peor, consideramos al ministro de Dios no como un hombre ordenado por Dios en su vocación, sino meramente como una especie de orador público, en el mismo plano que un político, un conferenciante. Tenemos entre manos cosas sagradas, como si se tratara de cosas de este mundo. Incluso el sacramento de la Santa Cena del Señor pasa a ser una ceremonia religiosa más; se participa en ella sin preparación, sin meditación u oración después. Y qué decir del sacramento del Bautismo, que ha perdido mucho de su solemnidad y ha degenerado en una mera fórmula, sin ningún contenido especial.

La religión de este tipo tiene que ver con lo que sea menos con nuestros corazones. Emplea nuestras manos y pies, echa mano de nuestras voces y dinero, afecta nuestra posición, pero no puede apoderarse de nuestro afecto, deseos, celo, y hacernos fervorosos y sinceros y que demos culto de adoración con reverencia ante la presencia de Dios. Las afinidades sociales son lo que nos atrae muchas veces a la casa de Dios, no el espíritu de lo que se celebra. La membresía en la iglesia es de buen ver, nos realza, y

La devoción aumenta la oración y ayuda a enfocarla al objetivo que se busca. A su vez, resulta fácil orar cuando hay un espíritu de devoción.

El espíritu de devoción hace sagradas las cosas comunes, y grandes las cosas pequeñas. nos da una sombra de lealtad al bautismo, pero el corazón no está en ella. Permanece frío, formal en la ejecución externa, mientras que nos complacemos de que somos muy religiosos.

Sin duda, necesitamos el espíritu de devoción, no sólo para poner sal en la Tierra, sino para poder orar verdaderamente. Hemos de poner el espíritu de devoción en los negocios de entre semana y en el culto de adoración del domingo. Necesitamos juntarnos en la presencia de Dios, hacer su voluntad y darle gloria constantemente y en todas las cosas.

Pues el espíritu de devoción pone a Dios en todo. No sólo en el orar e ir a la iglesia, sino en todo lo que se refiere a la vida:

“Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Co. 10:31).

Esto es, el espíritu de devoción hace sagradas las cosas comunes, y grandes las cosas pequeñas. Con el espíritu de devoción hacemos del domingo o de cualquier otro día de la semana un día del Señor, y transformamos la tienda o el taller en un templo de Dios.

Así, evita que la religión sea sólo un barniz, y da nueva vida y ser a nuestras almas. La religión deja de ser una actividad, se vuelve un corazón que manda su sangre por las arterias y late con vigor. Porque el espíritu de oración no es meramente el aroma de la religión, sino el tronco sobre el que crece la religión... Es la sal que penetra y da sabor a todos los actos religiosos. Es el azúcar que endulza el sacrificio, la abnegación y el deber. Da color a nuestra actividad religiosa. Dispersa la frivolidad y las formas superficiales de culto, y hace de él un servicio serio, que satura el cuerpo, el alma y el espíritu con su infusión celestial.

¿Nos ha abandonado este ángel del espíritu de devoción? “Ha perdido sus alas, ha sido deformado y mutilado? Si es así, lo mismo le ha ocurrido a la oración, ya que el ardor de la devoción depende de la oración:

‘Y no cesaban ni de noche ni de día de decir: *Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es y el que ha de venir*’ (Ap. 4:8).

En este versículo vemos cómo la inspiración y el centro de este éxtasis de devoción es la santidad de Dios. Esta santidad de Dios requiere nuestra atención e inflama

nuestra devoción. No hay nada frío, aburrido, cansado en los ángeles, como algunos creen... Al contrario, éstos “no cesan ni de día ni de noche”. ¡Qué infatigable ardor y arrobamiento! El ministerio de oración, si tiene que ser digno de este nombre, es un ministerio de ardor, de intenso anhelo de Dios y de su santidad.

En efecto, el espíritu de devoción mueve a los santos del Cielo y caracteriza el culto de las inteligencias angélicas celestiales. No hay criaturas sin devoción en el Reino de los Cielos. Dios está allí y su misma presencia engendra un espíritu de reverencia y temor filial. Del mismo modo, si deseamos ser hechos partícipes con ellos de este celo después de la muerte, hemos de aprender primero el espíritu de devoción aquí en la Tierra.

Una vez más repetimos, la actividad en la Iglesia no es fuerza, el trabajo no es celo, el moverse de un lado a otro no es devoción... Sino que puede perjudicar a la piedad cuando se convierte en un sustituto de la devoción real en el culto. A saber, así como un joven potro es mucho más activo que su madre, pero ella es la que tira de la carga sin alharacas y sin ruido, o como niño es más activo que su padre, el cual, por contra, puede llevar sobre sus espaldas grandes empresas, el entusiasmo es más activo que la fe, pero no puede desplazar montañas ni puede emplazar ninguna de las fuerzas omnipotentes que la fe rige.

En la naturaleza de las cosas, la religión viene a ser una planta que debe mostrar gran parte de su crecimiento por encima del suelo. Debe ser vista y oída. La flor y fruto de una vida santa, abundante en buenas obras, debe ser vista. Pero el crecimiento sobre la superficie debe basarse en la vida invisible escondida en sus raíces. Igualmente, en lo profundo de nuestra naturaleza renovada debe haber raíces de fe que den firmeza a la planta de la religión. De no haber un buen crecimiento por debajo, la planta será débil y tendrá una vida corta, aparte de que no dará fruto. Ésta es la génesis de toda actividad vigorosa e incansable. Todo esto resulta de esperar en Dios, tal y como dice Isaías:

«Pero los que esperan en Jehová tendrán nuevo vigor; levantarán el vuelo como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán» (Is. 40:31).

La religión viene a ser una planta que debe mostrar gran parte de su crecimiento por encima del suelo. Debe ser vista y oída. La flor y fruto de una vida santa, abundante en buenas obras, debe ser vista. Pero el crecimiento sobre la superficie debe basarse en la vida invisible de devoción escondida en sus raíces.

Hay mucha actividad que no es más que ejercicio, creada por el entusiasmo, producto de la debilidad de la carne, la inspiración de fuerzas volátiles y de corto vuelo. Esta clase de actividad existe a menudo a expensas de elementos más útiles y sólidos, y generalmente es el resultado de un descuido total de la oración. Estar ocupados con la obra de Dios sin comunicarnos con Él, sin hablar con Él en oración devota sobre su obra, es el camino por el que muchos han empezado a andar en dirección hacia atrás, y han acabado dañando seriamente sus vidas espirituales. Esquivemos, pues, ese sendero, cuyo final es de muerte.

4

La oración, la alabanza y la gratitud

El Dr. A. J. Gordon describe la impresión que le causó su relación con Joseph Rabinowitz, a quien el Dr. Delitzsch considera el judío más extraordinario convertido desde Saulo de Tarso: "No podremos olvidar el resplandor que se desprendía de su rostro al explicar los salmos mesiánicos en nuestro culto de adoración por la mañana y por la tarde y, como siempre que de vez en cuando al hablar veía de paso los sufrimientos de Cristo o al Cristo glorificado, levantaba de repente las manos y los ojos hacia el Cielo y, en un arrobamiento de adoración, exclamaba como Tomás después de haber visto las marcas de los clavos: 'Señor mío y Dios mío'".

D. M. McINTYRE

La acción de gracias es más una expresión voluntaria y externa de la gratitud consciente hacia Dios por las misericordias recibidas. Y la gratitud es una emoción interna del alma, que aparece de forma involuntaria.

La alabanza y la acción de gracias van juntas. Hay entre ellas una relación íntima; son tan semejantes que no es fácil definir las o separarlas una de la otra. De hecho, las Escrituras las juntan muchas veces: los salmos están llenos de cánticos de alabanza e himnos de acción de gracias, indicando los resultados de la oración.

Sin embargo, es necesario que puntalicemos la diferencia que existe entre la alabanza, o acción de gracias, y la gratitud... A saber, la acción de gracias no es más que una expresión voluntaria y externa de la gratitud consciente hacia Dios por las misericordias recibidas. Y la gratitud es una emoción interna del alma, que aparece involuntariamente.

Así, la acción de gracias es verbal, positiva y activa, pues implica entregar algo a Dios; mientras que la gratitud es secreta, silenciosa, pasiva, que aparece como resultado de la contemplación de la bondad de Dios y se alimenta de una seria meditación de lo que el Señor ha hecho por nosotros.

No obstante, tanto la gratitud como la acción de gracias tienen que ver con la misericordia de Dios: el corazón está conscientemente agradecido a Dios y a su misericordia:

Tanto la gratitud como la acción de gracias tienen que ver con la misericordia de Dios: el corazón está conscientemente agradecido a Dios y a su misericordia.

“Grandes cosas ha hecho Jehová con nosotros; estaremos alegres” (Sal. 126:3).

Aquí vemos el valor de la meditación seria: “Dulce será mi meditación en Él; yo me regocijaré en Jehová” (Sal. 104:34).

Por consiguiente, diremos que la alabanza nace de la gratitud del corazón y de la obligación consciente de Dios por la misericordia recibida:

“Hallé un buen Amigo, mi amado Salvador. Cantaré lo que Él ha hecho para mí: hallándome perdido e indigno pecador, me salvó y hoy me guarda para Sí. Me salva del pecado, me guarda de Satán, promete estar conmigo hasta el fin, consuela mi tristeza, me quita todo afán, grandes cosas Cristo ha hecho para mí”.

Asimismo, nuestro amor hacia Dios nace y crece en la gratitud, y luego prorrumpes en loor y acción de gracias a Dios: “Amo al Señor porque Él oyó mi voz y mis súplicas” (Sal. 116:1).

Esto es, las oraciones contestadas son causa de nuestra gratitud y del amor del Padre hacia sus hijos, y la gratitud causa amor en nosotros para con Dios, un amor que declara que nunca cesará de orar:

“Porque Él ha inclinado su oído hacia mí, por tanto llamaré a Él en tanto que viva” (Sal. 116:2).

Finalmente, la gratitud y el amor dan lugar a más oración, y oración más fervorosa. Ésta es la relación intrínseca entre la acción de gracias, o alabanza –nacidas de la gratitud– y la oración...

Pablo invita y amonesta a los romanos a que se dediquen totalmente a Dios, en sacrificio vivo, y el motivo que los constriñe ha de ser las misericordias divinas:

“Os ruego, por tanto, hermanos, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, aceptable a Dios, que es vuestro culto racional”(Ro. 12:1).

Lo cual evidencia lo que acabamos de decir acerca de que la consideración de las misericordias de Dios no solamente engendran gratitud, sino que inducen a una consagración más intensa con Dios, en todo lo que tenemos y en todo lo que somos, que se manifiesta en nuestras oraciones.

Pero hay una diferencia entre la acción de gracias y la oración: la primera siempre mira hacia atrás, al pasado, aunque pueda referirse también al presente; en cambio, la oración mira siempre al futuro. Es decir, la acción de gracias se refiere a cosas ya recibidas, y la oración a las que se desean, se piden y se esperan. En otras palabras, la oración se vuelve gratitud y alabanza cuando las cosas pedidas han sido concedidas por Dios. A medida que la oración nos trae cosas por las que sentimos gratitud y damos acción de gracias, la alabanza y la gratitud incitan a la oración e inducen a más y mejor oración.

Otro punto a destacar es que la acción de gracias se opone a toda murmuración o queja respecto a nuestros tratos con Dios. Pues la gratitud y la murmuración no pueden habitar nunca en el mismo corazón. Un espíritu que no aprecia lo que ha recibido no se compagina con la gratitud y la alabanza. Además, la verdadera oración corrige las quejas y promueve la gratitud y la acción de gracias... De ahí que los que murmuran sean personas desagradecidas: un hombre agradecido no tiene tiempo o no se siente dispuesto a murmurar o a quejarse, porque su corazón está a rebosar de agradecimiento.

A su vez, la ausencia de gratitud no deja lugar para la acción de gracias y la alabanza. Uno de los peores pecados de los israelitas fue precisamente el de olvidar las misericordias de Dios y no cultivar la gratitud. Esto se constituye un gran pecado... La gran calamidad que acosó al pueblo de Israel en sus años de peregrinaje por el desierto hacia la tierra de Canaán fue su tendencia a murmurar y quejarse de Dios y de Moisés. Esto agravó a Dios en varias ocasiones, y fue necesaria la oración de Moisés para evitar que el Todopoderoso, airado, les castigara tal ingratitud. Pero cuando estos mismos israelitas cruzaron el Mar Rojo en seco, en tanto que sus enemigos eran destruidos, hubo un canto de alabanza dirigido por Miriam, la hermana de Moisés. Sí, realmente es importante ser agradecidos...

Cuando Pablo escribió a los colosenses para que la Palabra de Cristo habitara más ricamente en sus corazones y la paz de Dios reinara en ellos, les dijo:

“... y sed agradecidos (...) ... amonestaos unos a otros con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor” (Col. 3:15 y 16).

La verdadera oración corrige las quejas y promueve la gratitud y la acción de gracias.

La alabanza está tan íntimamente unida a la oración que no puede separarse de ella; depende de la oración para adquirir su volumen y su dulce melodía. Y el canto es un método de alabanza.

Más adelante, escribiendo a los mismos cristianos, une la oración y la acción de gracias: "Perseverad en oración, velando en ella con acción de gracias" (Col. 4:2).

Y escribiendo a los tesalonicenses, otra vez les dijo: "Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque ésta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús" (1 Ts. 5:16-18).

Y es que donde hay verdadera oración hay acción de gracias y gratitud...

"Te damos gracias, Señor del Cielo y de la Tierra; desde que nacimos Tú nos has guardado, nos has librado de caídas y muerte y nos has dado cuanto necesitamos".

El espíritu de alabanza era la marca de la Iglesia Primitiva. Este espíritu habitaba en las tiendas de los primeros cristianos como la nube de gloria que cubría a los antiguos israelitas y desde la cual Dios les hablaba y llenaba sus templos como costoso incienso.

Es una fuerza poderosa para proyectar el Evangelio y la vitalidad que da es evidente... Pero este mismo espíritu es ahora tristemente deficiente en nuestras congregaciones y puede darse cuenta de ello cualquier observador cuidadoso. Todo verdadero pastor debería, pues, procurar restaurar el espíritu de alabanza en su congregación, ya que el estado normal de la Iglesia se establece en la declaración hecha a Dios en el salmo 65:

"A ti es debida la alabanza en Sión, oh Dios, y a ti se cumplirán los votos" (Sal. 65:1).

Así, la alabanza está tan íntimamente unida a la oración que no puede separarse de ella; depende de la oración para adquirir su volumen y su dulce melodía. Y el canto es un método de alabanza...

Sin embargo, ¡cuán a menudo cantamos de un modo casual, ligero y sin pensarlo! El canto que entonamos carece de alabanza y oración. No hay devoción, por muy bien que suene al oído. Porque la verdadera fragancia, música, poesía y corona de la oración es dar gracias.

El corazón debe poseer la gracia de la oración para poder cantar alabanzas a Dios. No hay que cantar con gran talento y arte musical, sino que hay que cantar con la gracia de Dios en el corazón. Los ángeles y los creyentes glorificados en el Cielo no necesitan instrucción musical

ni dirigentes, ni coros profesionales para ayudarles a entonar sus doxologías celestiales de alabanza y adoración. No necesitan grandes estudios musicales. Su canto brota espontáneamente del corazón.

Pero, sobre todo, no hay nada que ayude tanto a la alabanza como el avivamiento de la gracia en la Iglesia; o sea, la presencia consciente de Dios que inspira el canto.

Dios está presente de modo inmediato en las asambleas de ángeles y espíritus de creyentes glorificados. Esta presencia crea el canto y hace brotar sus notas de alabanza. E igual debiera ser en la Tierra: la presencia de Dios ha de engendrar el canto y la acción de gracias. Cuando su presencia exista, el canto será restaurado en su plenitud. Pues cuando Dios está en el corazón, el Cielo está presente y hay melodía en los labios, que nace del interior.

Recordemos también que el objetivo principal del canto es dirigirlo a Dios, para su gloria y su honor; no para exhibirnos a nosotros mismos, ni para atraer gente a la iglesia. Esta idea no es la que rige en muchas congregaciones. En algunos casos, parece que sólo se busca el placer del oído en vez del espíritu de adoración, de alabanza y es muy poco edificante para la congregación y muy dudoso que sea aceptable para Dios.

En vez de buscar nuestro deleite egoísta y ególatra, deberíamos pensar y considerar con gozo que se nos pide que hagamos en la Tierra lo que los ángeles y los redimidos glorificados hacen en el Cielo: a saber, alabar y dar gracias. ¿No es acaso este objetivo un gran honor para nosotros? Y aún es mayor que apreciemos la gloriosa esperanza de que lo que Dios quiere que hagamos en la Tierra, lo haremos, seguro, por toda la eternidad. Sí, la alabanza y la acción de gracias serán nuestra ocupación para siempre en el Cielo. Nunca nos cansaremos de ella...

Tal como escribió Joseph Addison:

"En todo período de mi vida
alabaré tu bondad;
y al morir, en otros mundos
el tema renovaré.
Cantaré mi gratitud
por toda la eternidad,
y aún me faltará tiempo
para ensalzar tu bondad".

La presencia de Dios ha de engendrar el canto y la acción de gracias. Cuando su presencia exista, el canto será restaurado en su plenitud. Pues cuando Dios está en el corazón, el Cielo está presente y hay melodía en los labios, que nace del interior.

5

La oración y la tribulación

La tribulación conduce a los hombres a Dios en oración; a su vez, la oración es la voz del hombre que se halla en tribulación.

Es sólo cuando todo el corazón está tomado por la pasión de orar que el fuego divino desciende, pues nadie sino el hombre fervoroso tiene acceso al oído de Dios. Cuando te sientas poco dispuesto a orar, no te rindas ante este desánimo; insiste y persevera en orar, aun cuando pienses que no puedes hacerlo.

HILDERSAM

La tribulación y la oración están íntimamente relacionadas. De hecho, la oración es de gran valor en la tribulación, porque da fuerza, consuelo y engendra paciencia. Es prudente, pues, aquel que en el día de la prueba sabe que su verdadera fuente de fuerza es la oración y hace uso de ella. La tribulación conduce a los hombres a Dios en oración; a su vez, la oración es la voz del hombre que se halla en tribulación.

Hay una visión enteramente falsa de la vida, que muestra nuestra ignorancia suprema de ella, la cual sólo espera flores y rayos de sol, placer y bienestar. En este caso, la sorpresa es mayor cuando llega la tribulación, ya que ningún hombre está exento de ella:

“El hombre nacido de mujer corto es de días y lleno de tribulaciones” (Job 14:1).

No hay excepción de edad, clima o estación. Ricos y pobres, sabios e ignorantes, todos participan de esta herencia triste y penosa que resultó de la caída del hombre:

“No te ha asaltado ninguna tentación que no sea común a todos los hombres” (1 Co. 10:13).

El día de la tribulación amanece, tarde o temprano, en la vida de todos. ¡Cuán gran variedad de pruebas hay en la vida! ¡Cuán diversa es la experiencia de los hombres en la escuela de la adversidad! No hay dos personas que tengan los mismos problemas en circunstancias semejantes. Tampoco Dios trata a todos sus hijos de forma idéntica. Dios no se repite, igual que los problemas de cada uno son únicos y sólo los que cada individuo es capaz de soportar...

La tribulación se halla bajo el control del Todopoderoso, y es uno de los agentes más eficientes en cumplir sus propósitos y en perfeccionar a sus santos. La prueba sirve a los propósitos de Dios —a menos que el hombre los malogre—, pues su mano se halla en toda tribulación que afecta las vidas humanas. Y no es que Dios dé órdenes directas y arbitrarias para hacer desagradable la experiencia de los hombres. Ni que sea responsable de todo el dolor y la aflicción que asola a la Tierra. Pero no hay tribulación que pueda presentarse en este mundo, sea a un santo o a un pecador, que no tenga el permiso divino y que no sea permitida y haga su efecto bajo la mano de Dios, y a fin de ejecutar los designios de redención de su gracia.

Y es que todas las cosas están bajo el control divino. Esto es, la tribulación no está por encima de Dios y de su control; sea cual sea su origen o dónde aparezca, Dios sabe lo que es, y puede usarla para sus propósitos con miras al mayor beneficio de sus santos. Ésta es la explicación que hallamos en *romanos*, tantas veces citada, y cuya profundidad y sentido pocas veces se comprende:

“Y sabemos que todas las cosas obran conjuntamente para bien de los que aman a Dios” (Ro. 8:28).

Incluso los males desencadenados por las fuerzas de la naturaleza fueron en muchos momentos siervos y ejecutaron su voluntad y designios.

Así, la tribulación es la parte disciplinaria del gobierno moral de Dios. Da lugar a la vida bajo la prueba. Pertenecce a lo que las Escrituras llaman “disciplina”:

“A quien Dios ama, disciplina, y azota al hijo a quien recibe” (He. 12:6).

Hablando de un modo exacto, no podemos decir que el castigo tenga parte en esta vida, sino que la relación de Dios con su pueblo en este mundo tiene que ver con la naturaleza de la disciplina. El castigo únicamente es parte de la existencia venidera. Ahora Dios corrige al hombre. Es por esto que la oración entra en acción cuando Dios disciplina:

“Hablad al corazón de Jerusalén; decidle a voces que su servicio duro es ya cumplido, que su pecado es perdonado” (Is. 40:2).

Hay una clara nota de consuelo en el Evangelio para los santos que oran al Señor. Jesús mismo dijo a sus discípulos:

La tribulación es la parte disciplinaria del gobierno moral de Dios.

No hay nada que muestre más verdaderamente nuestra impotencia que la llegada de la tribulación: abate al fuerte, le muestra su debilidad y le deja impotente. Bendito, entonces, aquel que se vuelve a Dios en el "tiempo de la angustia".

"No os dejaré huérfanos" (Jn. 14:18).
 Todo lo dicho anteriormente servirá para apreciar mejor la relación entre la oración y la tribulación. Ahora bien, en tiempos de tribulación, ¿cuál es el papel que juega la oración? Dice el salmista:
 "Lláname en el día de la angustia; y Yo te libraré, y tú me glorificarás" (Sal. 50:15).
 La oración es lo más apropiado para el alma en el "día de la angustia". La oración reconoce a Dios en el día de la tribulación:
 "Jehová es; haga según bien le pareciere" (1 S. 3:18).
 Ve la mano de Dios en la tribulación y ora sobre ello.
 Pero, sobre todo, no hay nada que muestre más verdaderamente nuestra impotencia que la llegada de la tribulación: abate al fuerte, le muestra su debilidad y le deja impotente. Bendito, entonces, aquel que se vuelve a Dios en el "tiempo de la angustia".
 Sí, el momento de la tribulación es un momento oportuno para preguntar: "Señor, ¿qué quieres que haga?" (Hch. 9:6). ¡Y cuán natural y razonable es para el alma oprimida, quebrantada y magullada el inclinarse ante el trono de misericordia y buscar la faz de Dios! ¿Dónde puede hallar solaz el alma atribulada, si no es en el aposento para orar?
 "¡Lo hará, aunque no sea hoy!
 Enjugará de los ojos las lágrimas;
 y, si no es hoy, tendrá que ser mañana,
 que quitará de nosotros la pena;
 es su promesa, Él lo dijo y lo hará,
 hay que confiar, esperar y estar quieto.
 Y aun cabe que caigamos; sin que una humilde losa marque el lugar donde los huesos yacen.
 Pero, a los ojos del que es Omnisciente,
 aunque el mundo perezca, el lugar es visible.
 Si llevamos el yugo y bebimos el vaso,
 vamos en gloria un día a levantarnos.
 La Palabra de Dios nunca puede fallar.
 ¡Sin yugo y sin dolor! Él nos dará descanso"

(Claudius L. Chilton)

No obstante, la tribulación no siempre lleva a los hombres a la oración. Hay casos tristes en que la tribulación

dobra el espíritu y agrava el corazón: cuando el hombre no sabe de dónde viene esta tribulación y no sabe cómo orar sobre ella.

"La prueba vendrá sin falta;
 pero con humilde fe
 el Amor inscribió en ella:
 ¡Es felicidad para mí!
 La prueba pone en marcha la promesa;
 la prueba vivifica la oración,
 me pone de rodillas ante Cristo,
 y me deja en esta posición".

La oración en el tiempo de la tribulación nos da consuelo, ayuda, esperanza y bendición y esto no solamente acaba eliminando la tribulación, sino que permite a los santos someterse a la voluntad de Dios. Además, no interpreta la Providencia de Dios, sino que nos ayuda a aceptarla; nos permite ver su sentido, nos aleja de la incredulidad, nos salva de la duda y nos libra de todas las preguntas vanas e insensatas causadas por la experiencia penosa. No perdamos de vista el tributo de reconocimiento que se le hizo a Job cuando sus tribulaciones llegaron a puntos culminantes:

"Y en todo esto Job no pecó, ni atribuyó a Dios despropósito alguno" (Job 1:22).

Solamente los hombres vanos e ignorantes, sin fe en Dios y no sabiendo nada de los procesos disciplinarios divinos pueden atribuir al Padre Celestial sus tribulaciones y maldecirle. ¡Cuán insensatas son estas quejas y estas murmuraciones y la rebelión de los hombres en los días de tribulación! Hemos de leer otra vez la historia de los hijos de Israel en el desierto... ¡Y cuán inútil es también preocuparse y ponerse ansioso sobre la tribulación, como si hacerlo pudiera cambiar las cosas!

"¿Cuál de vosotros puede, angustiándose, añadir a su estatura un codo?" (Mt. 6:27; Lc. 12:25).

La tribulación muestra rayos de luz para los que oran y éstos los hallan. Feliz es aquel que encuentra que las tribulaciones son bendiciones disimuladas. Como nos dice el conocido refrán: "No hay mal que por bien no venga". Y escribe el salmista:

"Bueno es para mí el haber sido afligido, para que aprendiera tus estatutos (...) Sé, oh Señor, que tus juicios son justos, y que con fidelidad me has afligido" (Sal. 119:71, 75).

La oración en el tiempo de la tribulación no interpreta la Providencia de Dios, sino que nos ayuda a aceptarla; nos permite ver su sentido, nos aleja de la incredulidad, nos salva de la duda y nos libra de todas las preguntas vanas e insensatas causadas por la experiencia penosa.

La tribulación muestra rayos de luz para los que oran y éstos los hallan. Feliz es aquel que encuentra que las tribulaciones son bendiciones disimuladas.

“¿Quién podría llevar las penas de la vida si con tus alas no nos sostuvieras, si como rayo de sol en la sombra nuestra vida afligida Tú no iluminaras?”
Naturalmente, tenemos que admitir que algunas veces estas tribulaciones son en realidad imaginarias. No tienen más realidad que en la mente del que las sufre. Otras son preocupaciones de cosas que pertenecen al pasado, y es vano pensar en ellas...

La tribulación presente es la única que requiere atención y oración:

“Baste al día su afán” (Mt. 6:34).

Pero también ocurre a veces que algunos problemas nos los originamos nosotros mismos, aunque sea de modo involuntario, por ignorancia o descuido. Esto no quiere decir que no deban ser motivo de oración: ¿qué padre rechazaría a su hijo que acude a él cuando se ha lastimado, aunque haya caído por descuido?

Y, por supuesto, están aquellas tribulaciones de las cuales nosotros no somos responsables, pero cuyos resultados nos tocan injustamente. Este es un mundo en el que con frecuencia sufre el inocente las consecuencias de los actos de otros.

¿Quién no ha sufrido circunstancias de este tipo? Pero incluso estos casos son permitidos por la Providencia divina, a fin de que puedan servirnos para fines beneficiosos. No son en manera alguna excepciones a la regla de la oración, sino que Dios puede poner su mano sobre ellos y hacer que “redundan en un grande y eterno peso de gloria” (2 Co. 4:17).

Tales fueron casi todas las tribulaciones de Pablo, las cuales ocurrieron a causa de personas malvadas o poco razonables (léase el relato que el apóstol hace de ello en 2 Corintios 11:23-33).

Hay, igualmente, tribulaciones que debemos atribuir directamente a un origen satánico. Tenemos como ejemplo bíblico incuestionable el plan del diablo de quebrantar y torcer la integridad de Job para forzarle a reprochar a Dios por lo que le ocurría y a maldecirle de modo insensato. ¿No debemos, pues, reconocer este aspecto en la oración como otro asunto que Dios puede cambiar para nuestro bien y enseñanza? Fue Job quien pronunció las conocidas palabras:

“El Señor dio, el Señor quitó. Bendito sea el Nombre del Señor” (Job 1:21).

¿Qué consuelo es ver a Dios en todos los sucesos de la vida! ¿Qué alivio para el que está afligido ver la mano de Dios en la hora de la tribulación! ¿Qué fuente de consuelo es la oración para aliviarnos de la carga del corazón!

“¡Oh, qué amigo nos es Cristo!

Él llevó nuestro dolor

y nos manda que llevemos todo a Dios en oración.

¿Está el hombre desprovisto de paz, gozo y santo amor?

Esto es porque no llevamos todo a Dios en oración.

¿Estás débil y cargado de cuidados y temor?

A Jesús refugio eterno muéstraselo en oración.

¿Te desprecian tus amigos?

Muéstraselo en oración,

en sus brazos de amor tierno paz tendrá tu corazón”.

Pero cuando investigamos todos los posibles orígenes de la tribulación, hallamos dos verdades de gran valor: primero, que nuestras tribulaciones son en todos los casos permitidas por el Señor; segundo, que nuestras tribulaciones, sea cual sea la causa –nosotros, otros hombres, el diablo, o incluso Dios mismo–, pueden ser aliviadas llevándolas a Dios en oración y buscando los grandes beneficios espirituales que se hallan escondidos en ellas.

La oración santifica la tribulación para nuestro mayor bien. Prepara nuestro corazón contra la rebeldía y lo ablanda bajo la mano de disciplina de Dios. Y especialmente, nos coloca donde Dios puede traernos nuestro mayor bien, espiritual y eterno. En efecto, la oración permite al Señor obrar libremente en nosotros y por nosotros.

Repetimos, el objetivo de la tribulación es nuestro bien, por lo menos éste es el intento de Dios. Si no se realiza este objetivo es o bien por falta de oración o por falta de fe, o por los dos...

Vemos cómo en el caso de Faraón, la prueba endureció su corazón, hasta el punto de que, al final, se volvió

La oración santifica la tribulación para nuestro mayor bien.

Prepara nuestro corazón contra la rebeldía y lo ablanda bajo la mano de disciplina de Dios.

Y especialmente, nos coloca donde Dios puede traernos nuestro mayor bien, espiritual y eterno.

En efecto, la oración permite al Señor obrar libremente en nosotros y por nosotros.

El objetivo de la tribulación es nuestro bien, por lo menos éste es el intento de Dios. Si no se realiza este objetivo es o bien por falta de oración o por falta de fe, o por los dos.

más desesperado en su decisión de alejarse de Dios. Pero el salmista, en cambio, “clamó a Dios y Él le oyó, y le salvó en la hora de la tribulación” (Sal. 34:6). Pues el mismo calor del sol ablanda la cera y endurece la arcilla; el mismo sol seca la tierra y funde el hielo... ¡Qué bendición, ayuda y consuelo hay en la oración en el día de la prueba!

«Porque ha puesto su amor sobre Mí, por tanto, Yo lo libraré; lo pondré en alto porque ha conocido mi Nombre. Llamará mi Nombre, y Yo le responderé; estaré con él en el día de la angustia; le libraré y le honraré» (Sal. 91:14 y 15).

“Si el dolor aflige o la injusticia oprime, te tortura la pena, el miedo te acobarda; la culpa te deprime, el pecado te abate...”

En todos estos casos, ¡aún vela y ora!”

¡Cuán dulce y cuán consolador y cuánto alienta nuestra fe oír las palabras de la promesa de Dios, por boca de Isaías, a aquellos que creen y oran!

“Pero ahora así dice Jehová que te ha creado, oh Jacob, que te ha formado, oh Israel: *No temas, porque Yo te redimí, te he llamado por tu nombre; mío eres tú. Cuando pases a través de las aguas, Yo estaré contigo; cuando cruces los ríos no te anegarás, cuando andes a través del fuego no te quemarás, ni llama alguna te alcanzará. Porque Yo soy Jehová tu Dios, el Santo de Israel, tu Salvador*” (Is. 43:1-3).

6

La oración y la tribulación (continuación)

Mi primer mensaje pidiendo socorro de los Cielos cruzó espacios inmensos de millones de millas en 1869, y trajo alivio a mi turbado corazón. Pero, gracias sean dadas a Él, he recibido muchas respuestas de ayuda durante estos últimos cincuenta años, y, en realidad, si no recibiera respuestas así con frecuencia, ahora que he aprendido a pedir y a recibir, tendría que suponer que el banco celestial ha hecho quiebra.

HOMER W. HODGE

Nuestro Señor advirtió a sus discípulos que esperaran tribulación en la vida y les enseñó que la tribulación era cosa inevitable en el mundo.

En el Nuevo Testamento hay tres palabras que se usan con un sentido semejante: «sufrimiento, tribulación y aflicción». Nuestro Señor advirtió a sus discípulos que esperaran tribulación en la vida y les enseñó que la tribulación era cosa inevitable en el mundo... ¡Cuán difícil es, no obstante, aprender esta lección!

Sin embargo, Cristo no nos dejó solos ante esa dura verdad:

“En el mundo tendréis tribulación; pero tened ánimo, porque Yo he vencido al mundo” (Jn. 16:33).

Esto nos da pues aliento. Como Él ha vencido al mundo y su tribulación, nosotros podemos también hacerlo.

Pablo nos enseña la misma lección durante su ministerio, cuando al confirmar a sus hermanos y exhortarles a continuar en la fe, les dijo:

“Tenemos que entrar en el Reino de Dios a través de mucha tribulación” (Hch. 14:22).

Él mismo la conocía por experiencia propia, porque su camino no fue fácil ni florido. De hecho, fue Pablo quien usó la palabra “sufrimiento” para describir la tribulación en la vida:

“Porque considero que los sufrimientos del tiempo presente no son dignos de comparación con la gloria que será revelada en nosotros” (Ro. 8:18).

Asimismo, habló de la “aflicción” y la consideró como algo leve en comparación con el peso de gloria que aguar-

¡Qué cadena de gracias se pone en marcha a partir de la tribulación! Estos son pasos sucesivos a un estado más elevado de experiencia religiosa.

da a todos los que de modo sumiso, paciente y fiel atraviesan la tribulación:

“Porque nuestra leve aflicción dura sólo un momento, pero obra en nosotros un grande y eterno peso de gloria” (2 Co. 4:17).

Finalmente, es el mismo apóstol el que, al exhortarnos a la paciencia en la tribulación, la pone en relación directa con la oración, ya que la oración es lo que nos coloca en el lugar correcto:

“Gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación, constantes y fervientes en la oración” (Ro. 12:12).

Así pues, Pablo une la tribulación y la oración, mostrando su relación íntima y el valor de la segunda para engendrar y cultivar paciencia en la prueba. En realidad, no puede haber paciencia, cuando viene la tribulación, a menos que sea asegurada mediante ferviente y constante oración. En otras palabras, es en la escuela de la oración que se aprende y se practica la paciencia...

Pero más aún, la oración nos lleva a un estado de gracia en el que la tribulación no sólo es sufrida, sino que da lugar a un espíritu de gozo. Esto es, al mostrar los beneficios de la gracia en la justificación, Pablo escribe:

“Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, carácter probado; y el carácter probado, esperanza; y la esperanza no avergüenza, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fue dado” (Ro. 5:3-5).

¡Qué cadena de gracias se pone aquí en marcha a partir de la tribulación! Estos son pasos sucesivos a un estado más elevado de experiencia religiosa.

¡Y qué ricos frutos resultan incluso de la tribulación, en sí penosa!

Igualmente, las palabras de Pedro en su primera epístola demuestran que el sufrimiento y el estado de gracia más elevado están íntimamente unidos:

“Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, Él mismo os perfeccione, afiance, fortalezca y establezca” (1 P. 5:10).

Es en el fuego del sufrimiento que Dios purifica a sus santos y les lleva a las alturas. Es en el crisol que se prueba

la fe, la paciencia y se desarrollan las virtudes que forman el carácter cristiano. En efecto, es cuando sus santos pasan por estas aguas profundas que Él les muestra lo cerca que puede estar de los que creen y oran.

Empero se necesita fe del más alto orden y una experiencia cristiana por encima de la religiosa corriente de hoy para contar como gozo lo que vemos como tribulación. Y esta clase de fe nos la da el Espíritu Santo, como un don de gracia. De nuevo, el mérito no es nuestro, sino de Dios; Él da el remedio y nosotros lo aplicamos...

El objetivo más elevado de nuestro Creador es, sin duda, desarrollar en sus criaturas el carácter cristiano; procura engendrar en nosotros aquellas virtudes que pertenecen a nuestro Señor Jesucristo. Es decir, está buscando hacernos como Él. No es trabajo lo que quiere de nosotros, ni grandeza: es que mostremos paciencia, mansedumbre, sumisión a la voluntad divina, espíritu de oración que nos haga presentárselo todo a Él. Procura, definitivamente, crear en nosotros su imagen. Y la tribulación, de una manera u otra, hace exactamente esto...

El autor de la epístola a los hebreos nos describe un “manual” perfecto sobre la tribulación, completo, claro y que vale la pena estudiar:

“Y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: *Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por Él; porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si no soportáis la disciplina de la cual todos han sido participantes (...)* ... entonces sois bastardos y no hijos” (He. 12:5-8).

¡Qué aliento también que la disciplina no es una evidencia de la ira o enojo de Dios, sino que es una prueba segura de su amor! Leamos sus instrucciones sobre este tema tan importante:

“Además, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban y los respetábamos. ¿No nos sometemos mucho mejor al Padre de los espíritus y viviremos? Pues aquellos nos disciplinaban por pocos días como a ellos les parecía, pero Éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina parece al presente ser causa de gozo sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que han sido ejercitados por medio de ella” (He. 12:9-11).

El objetivo más elevado de nuestro Creador es, sin duda, desarrollar en sus criaturas el carácter cristiano. Procura, definitivamente, crear en nosotros su imagen. Y la tribulación, de una manera u otra, hace exactamente esto...

La
tribulación
nos hace
despreciar la
Tierra y nos
eleva hacia
lo Alto,
de donde
procede
nuestra
esperanza;
hacia un
mundo
en el que
no existe la
tribulación.

De la misma manera que la oración es amplia en su alcance, sirviendo para muchas cosas, la tribulación es varia en sus usos y objetivos. A veces, sirve para llamarnos la atención, pararnos ante el nerviosismo y las prisas de la vida, y despertarnos a un sentido de impotencia y necesidad a causa de nuestra pecaminosidad. Muchos que han olvidado a Dios han sido parados en su curso y reconsideraron sus caminos y vueltos a la oración por la tribulación. ¡Bendita sea la tribulación cuando realiza esto en el hombre!

Fue por esto, entre otras razones, que Job dijo:

“Feliz es el hombre a quien corrige el Señor. Por tanto, no desprecies la disciplina del Todopoderoso. Porque lo que Él llaga lo vendará; y cuando hiere, sus manos restauran la salud. Él te librará seis veces de la tribulación; sí, siete veces te librará del mal” (Job 5:17-19).

Tenemos el caso del rey Manasés, quien hasta que fue atado y llevado a una tierra extranjera, hallándose en tribulación profunda, no fue despertado y vuelto a Dios.

Del mismo modo, el Hijo Pródigo era arrogante y pagado de sí mismo en tanto que nadaba en la opulencia, pero cuando se hubieron terminado el dinero y los amigos y todo empezó a escasear, entonces “volvió en sí” y decidió regresar a la casa de su padre, con oración y confesión en sus labios.

Podría añadirse aún otra cosa a favor de la tribulación: que nos hace despreciar la Tierra y nos eleva hacia lo Alto, de donde procede nuestra esperanza; hacia un mundo en el que no existe la tribulación. Sin embargo, es el camino de la tribulación el que conduce a este mundo feliz. Ojalá que este mundo esté puesto delante de nuestros ojos, mientras las penas y aflicciones se abaten sobre nosotros, y nos atraiga hacia él:

“¿Quiénes son éstos que están cubiertos de ropas blancas, y de dónde han venido? (...) Y Él me dijo: Éstos son los que han venido procedentes de la gran tribulación, y que han lavado sus ropas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero (...) Y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos” (Ap. 7:13-17).

“Allí mi alma cansada
hallará al fin reposo;
ni tribulación ni pena
enturbiará nuestro gozo”.

Oh, hijos de Dios que habéis sufrido, que habéis sido probados gravemente, cuyas tristes experiencias han quebrantado vuestro espíritu y hecho sangrar vuestro corazón, tomad aliento. Dios está en todas vuestras tribulaciones y Él hará que todas “las cosas redunden para vuestro bien” (Ro. 8:28), si sois pacientes, sumisos y sufridos.

7

La oración y la obra de Dios

El plan de Dios entero es recobrar al hombre caído, cambiarlo y hacerlo santo. Éste es el objetivo por el cual Cristo vino al mundo.

Si Dios me hubiera dicho hace algún tiempo que iba a darme toda la felicidad que podría alcanzar en este mundo, y luego me hubiera indicado que empezaría dejándome inválido de brazos y piernas y quitando toda fuente corriente de goce, hubiera creído que ésta era una forma muy rara de realizar su propósito. Y con todo, cuán grande es su sabiduría, manifestada en esto, porque si viérais a un hombre encerrado en una habitación, gozándose con la luz de unas cuantas lámparas, podríais empezar apagando las lámparas, una tras otra, siempre que luego abriérais de par en par las ventanas antes cerradas y dejárais entrar la luz del Cielo.

SAMUEL RUTHERFORD

Dios tiene una gran obra entre manos en el mundo. Esta obra es esencialmente el plan de la salvación y redención. Dios gobierna este mundo, con sus seres inteligentes, para su propia gloria y para el bien de ellos mismos. ¿Cuál es, pues, la obra de Dios en este mundo? O mejor dicho, ¿cuál es el fin de esta gran obra? No es nada menos que la santidad de corazón y vida de los hijos de la raza caída de Adán.

Sí, el hombre es una criatura caída, nacida con una naturaleza pecaminosa, con una inclinación al mal, deseos y tendencias no santas; es inmundo por naturaleza:

“Todos se descarriaron tan pronto como nacieron, hablando mentira” (Sal. 58:3).

Y el plan de Dios entero es recobrar al hombre caído, cambiarlo y hacerlo santo. Éste es el objetivo por el cual Cristo vino al mundo:

“Para este propósito el Hijo de Dios fue manifestado, para que destruyera las obras del diablo” (1 Jn. 3:8).

Esto es, Dios es santo en su naturaleza y sus caminos y quiere hacernos como Él Es:

“Así como el que os llamó es santo, sed vosotros también santos en vuestra conducta; porque está escrito: *Sed santos, como Yo Soy santo*” (1 P. 1:15 y 16).

Se trata, pues, de ser como Cristo, de «andar en sus pisadas» (1 P. 2:21). Éste es el objetivo de todo el esfuerzo cristiano y el deseo sincero y ferviente de toda alma verdaderamente regenerada. Por consiguiente, es lo que debíamos pedir constante y fervorosamente en oración: no que nosotros podamos hacernos santos, sino que debemos ser limpiados de nuestros pecados por la preciosa sangre expiatoria de Cristo, y ser hechos santos directamente por el poder del Espíritu Santo; no que debamos obrar santamente, sino que seamos santos: porque el *ser* precede al *hacer*... Es decir, primero obtenemos un corazón santo, y luego vivimos una vida santa.

La obra de Dios en el mundo es la implantación, crecimiento y perfección de la santidad en su pueblo. No olvidemos esto... Pero, ¿está progresando dicha obra en la Iglesia? ¿Hay hombres hoy en día que procuren ser santos? ¿Son nuestros predicadores hombres así? ¿Tienen hambre y sed de justicia, deseando que el alimento de la Palabra les ayude a crecer?

Y en cuanto a nosotros, ¿somos hombres y mujeres de oración, pidiendo sin cesar que Dios nos haga conformes a este patrón de santidad? ¿Es la manera en que llevamos nuestros negocios sin mancha, y nuestras ganancias siempre lícitas? ¿Nos fundamentamos en la honradez, y es la rectitud lo que nos eleva y nos hace influyentes?

Hagamos la pregunta también a un sector muy importante en nuestras iglesias; en realidad al sector que constituye la esperanza de la iglesia futura... ¿Son nuestros jóvenes ejemplos de sobriedad y reverencia, crecen en aquellas virtudes basadas en la renovación del corazón y hacen progresos sólidos y permanentes en la vida divina?

Es mejor que hagamos frente a la realidad desde el principio. No se gana nada con cerrar los ojos a los hechos. Si la Iglesia no hace esta clase de obra, si no hace adelantar a sus miembros en la santidad personal, de corazón y de vida, entonces todas nuestras actividades y nuestras obras son mera ilusión y una trampa.

Otra pregunta importante: ¿cómo es que no tenemos derramamientos poderosos del Santo Espíritu en nuestras iglesias? ¿Por qué hay tan pocos avivamientos en nuestros tiempos que sean el resultado de la vida de pastores o de iglesias conocidas por su espiritualidad profunda? ¿Acaso se ha acortado el brazo del Señor para

Por consiguiente, es lo que debíamos pedir constante y fervorosamente en oración: no que nosotros podamos hacernos santos, sino que debemos ser limpiados de nuestros pecados por la preciosa sangre expiatoria de Cristo, y ser hechos santos directamente por el poder del Espíritu Santo; no que debamos obrar santamente, sino que seamos santos: porque el *ser* precede al *hacer*... Es decir, primero obtenemos un corazón santo, y luego vivimos una vida santa.

El porqué la Iglesia no produce hombres y mujeres de oración se debe a que ésta no se ocupa intensamente de la gran obra de la santidad.

salvar? ¿Se ha endurecido su oído? ¿Por qué es que a fin de tener lo que llamamos “avivamientos” hemos de hacer presión externa, llamar a reputados evangelistas y causar sensación?

Sólo hay una respuesta: hemos cultivado otras cosas descuidando la obra de la santidad. Por desgracia, a propósito o sin querer, hemos sustituido lo interno por lo externo; poniendo lo que se ve delante y cerrando la puerta a lo que no se ve. Esto es verdad en lo que se refiere a la Iglesia, donde visiblemente hemos avanzado en lo material mucho más que en lo espiritual.

Pero la prosperidad material no es ningún signo infalible de la prosperidad espiritual. La primera puede existir mientras que la otra está ausente o es insignificante. Es más, la prosperidad material puede cegar los ojos de los líderes... ¡Es fácil apoyarse en cosas humanas y dejar de orar y contar con Dios cuando las iglesias son prósperas!

La causa de este triste estado de cosas puede ser trazada todavía mucho más allá... Es en gran parte debida a un descuido de la oración. Porque con el declive de la obra de la santidad, ha venido una caída de las actividades de la oración. Y éste es un círculo vicioso, ya que, a la vez, el porqué la Iglesia no produce hombres y mujeres de oración se debe a que ésta no se ocupa intensamente de la gran obra de la santidad.

En una ocasión, John Wesley vio que había un gran descenso en la obra de santidad y se paró para inquirir su causa, la cual describió en una carta que envió a su hermano Carlos. Éstas fueron sus palabras:

“¿Qué es lo que estorba la obra? Yo considero que la primera y principal causa somos nosotros. Si fuéramos más santos de corazón y de vida, totalmente consagrados a Dios, ¿no arderíamos todos los predicadores, y propagaríamos este fuego con nosotros por todo el país?

¿No es el próximo obstáculo la escasez de la gracia (más que de dones) en parte considerable de nuestros predicadores? No tienen la mente íntegra que había en Cristo. No andan con paso seguro por donde Él anduvo. Y por tanto, la mano de Dios no está con nosotros hasta el punto que estaría; aunque todavía hace la obra. Pero no en el grado que la haría si fuéramos santos como el que los ha mandado es Santo.

¿No es la tercera dificultad la falta de gracia en la generalidad de nuestra gente? Por tanto, oran poco, y con poco fervor para una bendición general. Y como resultado, su oración tiene poco poder con Dios. No abre, ni cierra al punto los Cielos.

Añadamos a esto que hay demasiado del espíritu del mundo en sus corazones, que es conforme a sus vidas. Deberían ser luces resplandecientes, pero no arden ni brillan. No son fieles a las reglas que profesan observar. No son santos en toda clase de conducta. Ni son sal muchos de ellos, ni tienen el sabor que deberían tener. ¿Cómo, pues, ha de ser sazonado el resto?”

Sin duda, la carta de John Wesley a su hermano dio significativamente en el blanco y toca nuestra propia llaga. Así, comienza confesándose él mismo la primera causa de este declive de santidad, pues reconoce que él y su hermano ocupan posiciones de responsabilidad, y que los ojos de los feligreses están fijos en ellos, a fin de imitarlos. Entonces, la conclusión es que la Iglesia es como son sus líderes; ellos determinan su carácter y su obra.

Es cierto, no obstante, que la santidad de los jefes no es superior a los ojos de Dios que la de los miembros; su celo y su espíritu de oración han de ser equivalentes. Pero también es verdadero el hecho de que la responsabilidad que recae sobre los líderes es mayor en cuanto a que deben dar ejemplo a otros hermanos más débiles en la fe. Esto es, el pastor no puede permitirse ser débil, pues si la cabeza es débil, todo el cuerpo sufre los efectos. Cuando los pastores, que son los principales, son débiles, los que los siguen tampoco avanzan en santidad. Si los pastores no oran, los miembros siguen sus pisadas. Si el predicador mantiene silencio en cuanto a la santidad, no hay hambre y sed entre los oyentes. Si el pastor no se cuida de que alcancen lo mejor y más alto que Dios tiene a disposición suya para su experiencia religiosa, entonces el pueblo se conforma... ¡Qué terrible responsabilidad recae sobre la cabeza de los líderes!

Hay una afirmación de Wesley que debe repetirse: la falta de gracia, más que la poquedad de dones, es básicamente el caso entre los predicadores. Lo cual puede decirse con un axioma: la obra de Dios falla, como regla general, más por la falta de gracia que por la falta de

La falta de gracia, más que la poquedad de dones, es básicamente el caso entre los predicadores. Lo cual puede decirse con un axioma: la obra de Dios falla, como regla general, más por la falta de gracia que por la falta de dones; pues es la abundancia de gracia la que aporta abundancia de dones.

Los cristianos son la *Biblia* que leen los pecadores; *cartas abiertas* que todos leen. El énfasis, pues, es colocado sobre la santidad de vida.

dones; pues es la abundancia de gracia la que aporta abundancia de dones. Así, los resultados escasos, la poca experiencia, un bajo nivel de vida religiosa, la predicación impotente y desenfocada, todo procede de la falta de gracia.

Pero, ¿cuál es el origen de esta falta de gracia? A saber, la falta de gracia tiene su origen en la falta de oración; o lo que es lo mismo, la abundancia de gracia procede de la abundancia de oración...

“¿Cuál es la esperanza de nuestra vocación, sino la santidad interna?

Para conseguirla hemos de acudir a Jesús, y es de Él que hemos de esperar.

Esperar a que toque mis labios y los purifique, y también mi cuerpo, mi vida entera, que extirpe el pecado del corazón, y lo llene de gracia”.

Otro aspecto importante que debemos tener en cuenta es que para llevar a cabo su gran obra en el mundo, Dios utiliza agentes humanos. Obra por medio de su Iglesia de modo colectivo y por medio de nosotros individualmente. Entonces, si es que queremos ser agentes efectivos, hemos de ser “vasos para honor, santificados y apropiados para el uso del Maestro, y preparados para toda buena obra” (2 Ti. 2:21). Y su obra progresa en las manos de hombres de oración... Porque el mundo juzga la religión no por lo que dice la Biblia, sino por la manera cómo viven los cristianos.

En efecto, los cristianos son la *Biblia* que leen los pecadores; *cartas abiertas* que todos leen. El énfasis, pues, es colocado sobre la santidad de vida:

“Por sus frutos los conoceréis” (Mt. 7:16).

Pero, por desgracia, en la Iglesia de hoy, el énfasis se pone sobre otras cosas: en seleccionar miembros para cargos, diáconos, o ancianos, y cosas semejantes, sin considerar el asunto de la santidad. Igualmente, la capacidad de orar tampoco se tiene en cuenta, aun cuando vemos que no hacer esto es exactamente lo opuesto en todos los movimientos de Dios y en todos sus planes: Él busca hombres santos, notables por su vida de oración. Y ésta es la clase de líderes que necesita...

No nos maravillemos, pues, de que se haga tan poco en la gran obra que Dios tiene en el mundo. Lo que nos

debiera sorprender es que todavía se haga tanto teniendo fuerzas que son en sí tan defectuosas y débiles.

Los hombres pueden hacer muchas cosas buenas y con todo no ser santos en su corazón y rectos en su conducta. Pueden hacer muchas cosas buenas y carecer de la cualidad espiritual del corazón, que llamamos santidad. ¡Cuán grande es la necesidad de oír las palabras de Pablo que nos advierten contra el engaño acerca de la gran obra de la salvación personal!

“No os engañéis, Dios no puede ser burlado; todo lo que el hombre sembrare, esto también segará” (Gá. 6:7).

“Seguid la paz con todos los hombres y la santidad, sin la cual nadie verá a Dios” (He. 12:14).

“Peregrino en el desierto,
guárdame, gran Jehová.
Yo soy débil, Tu potente:
tu virtud me sostendrá.
Nútreme del pan del Cielo
que alimento al alma da.

Ábreme la fuente pura
que de vida es manantial;
guíeme la ardiente nube
por la senda terrenal.

¡Oh, Señor! Sé Tú mi fuerza,
mi escudo y seguridad.
De peligros y de espanto,
cuando me acerque al Jordán,
líbreme tu brazo y salvo
introdúceme en Canaán,
y cantares de alabanza
sin cesar he de elevar”.

Los hombres pueden hacer muchas cosas buenas y con todo no ser santos en su corazón y rectos en su conducta. Pueden hacer muchas cosas buenas y carecer de la cualidad espiritual del corazón, que llamamos santidad.

8

La oración y la consagración

No hay consagración que valga mucho que no sea el resultado directo de la oración, y que no lleve a uno a una vida de oración, que precisamente es el elemento más prominente en una vida consagrada.

Eudamidas, un ciudadano de Corinto, murió en la pobreza; pero tenía dos amigos ricos, Areteus y Carixenus, por lo que dejó el siguiente testamento: "En virtud de este mi testamento y última voluntad, nombro heredero a Areteus para que sea tutor de mi madre, y a Carixenus, de mi hija, para que éstos se las lleven a sus respectivas casas y las mantengan durante el resto de su vida". Dicho testamento dio lugar a mucho jolgorio y carcajadas. Pero es el caso que los dos legatarios lo tomaron en serio y ejecutaron el testamento. Si los paganos confiaban entre sí, ¿por qué no debemos los cristianos tener mayor confianza en nuestro Maestro, Jesús? Por tanto, nombro a Jesús mi solo heredero, y le hago responsable de la protección de mi alma y de la de mis hijos y hermanas, para que los adopte, proteja y suministre lo necesario con su poder y salvación. El resto de mis propiedades queda a cargo de su santo consejo.

GOTTHOLD

Cuando estudiamos los muchos aspectos de la oración, nos quedamos sorprendidos al ver las muchas cosas con las que está conectada. No hay fase en la vida humana que no sea afectada por ella y tiene que ver con todo lo que se refiere a la salvación. Así también, la consagración está íntimamente unida a la oración; ésta precede a la consagración, la acompaña y es el resultado directo de la misma.

Muchas veces, lo que llamamos "consagración" sólo es un nombre, resultando, en verdad, defectuosa, superficial y fraudulenta; no vale para nada en cuanto a los efectos que se esperan de ella porque carece de oración. Y es que no hay consagración que valga mucho que no sea el resultado directo de la oración, y que no lleve a uno a una vida de oración, que precisamente es el elemento más prominente en una vida consagrada.

Sabemos que es la oración, pero, ¿qué es la consagración? La consagración es más que el servicio: es una vida de santidad personal, lo que da poder espiritual al corazón

y vivifica al hombre entero; una vida que reconoce a Dios en todo y entregada a la verdadera oración.

La consagración es, pues, el tipo más elevado de cristianismo; el estándar divino de experiencia, vida y servicio. En definitiva, aquello a lo que el creyente debe aspirar. Nada debe satisfacerle hasta que llegue a esta consagración. Nunca debe estar satisfecho hasta que sea plenamente posesión del Señor, de su propio consentimiento. Y la oración, de modo natural e involuntario, le conduce a esta entrega.

En otras palabras, la consagración implica una separación del mundo para Dios, Y así dedicar todo lo que uno es y tiene al uso sagrado. Algunas cosas se pueden dedicar para un propósito especial, pero esto no es consagración en el verdadero sentido, porque consagrarse a Dios significa dedicar nuestras actividades, nuestra existencia, a fines santos; ponerse voluntariamente en las manos de Dios, para ser usado en los asuntos elevados de la vida.

Todo lo dicho no implica, empero, que debamos meramente apartarnos de lo pecaminoso y perverso, sino que aún va mucho más allá: es separarse de todo proyecto mundano, incluso legítimo, si acaso éste entra en conflicto con los planes de Dios para usos santos. Porque la consagración que llena las exigencias de Dios y que Él acepta ha de ser completa, sin reservas mentales y sin esconder nada. No puede ser parcial, de la misma manera que la ofrenda en el Antiguo Testamento no podía ser parcial, cuando el animal entero, y no una parte, debía ser ofrecido como sacrificio aceptable a Dios.

Sin embargo, es necesario que distingamos entre la consagración y la santificación, conceptos ambos parecidos, aunque no idénticos; ya que algunos se equivocan en este punto...

La consagración nos hace relativamente santos. Esto es, somos santos sólo en el sentido de que ahora estamos íntimamente relacionados con Dios, cosa de lo que carecíamos antes. La consagración, podríamos definir, es el lado humano de la santidad. En este sentido, es una autosantificación y sólo en este sentido.

Pero en la santificación hay más que consagración... La santificación, o santidad, en su verdadero y más alto sentido es divina, es un acto del Espíritu Santo que obra

La consagración nos hace relativamente santos. Esto es, somos santos sólo en el sentido de que ahora estamos íntimamente relacionados con Dios, cosa de lo que carecíamos antes. La consagración, podríamos definir, es el lado humano de la santidad. En este sentido, es una autosantificación y sólo en este sentido.

Dios puede contar con las personas consagradas, y se compromete a contestar la oración de aquellos que se han comprometido totalmente con Él. El que da a Dios recibe de Dios. El que lo ha dado todo a Dios, puede reclamar todo lo que Dios tiene para él.

en el corazón, haciéndonos puros y poniendo en ellos, en alto grado, el fruto del Espíritu.

Esta distinción se observa claramente en la ley de Moisés, en el Levítico, donde se nos muestra el lado humano y divino de la santificación o santidad:

“Santificaos, pues, y sed santos, porque Yo soy el Señor, vuestro Dios. Guardad mis mandamientos y ponédlos por obra. Yo soy el Señor que os santifica” (Lv. 20:7 y 8).

En primer lugar, se nos dice que hemos de santificarnos, y luego que es el Señor quien nos santifica; o sea, que la obra de la santificación en nosotros corresponde al señor; Él es el agente y nosotros los pacientes. Pero, como hemos visto, no ocurre lo mismo con la consagración, en la cual somos nosotros los que voluntariamente elegimos, como agentes activos, separarnos para Dios. Nosotros no nos santificamos en éste sentido elevado. He aquí, entonces, la diferencia entre la consagración y la santificación, a saber, el grado de implicación que nosotros, como sujetos, pacientes o agentes, tenemos...

No obstante, y de nuevo, los méritos de la consagración no son nuestros, sino del Espíritu Santo que gracias a la oración penetra en nuestro corazón y voluntad...

“Porque comprados sois por precio. Por tanto, glorificad a Dios en vuestro cuerno y en vuestro espíritu, porque son de Dios” (1 Co. 6:20).

Esta es la razón por la que nadie que descuida la oración tiene la menor idea de lo que significa mantener una consagración total con Dios. La oración tiene un lugar prominente en la vida de consagración, porque reconoce a Dios. Y la consagración reconoce a su vez que somos posesión de Dios. Por eso, cuando somos capaces de reconocer la profundidad de esta gran verdad y nos dirigimos a Dios como nuestro Padre, Éste no puede resistirse a escuchar nuestras plegarias...

¡La consagración da respuestas a la oración! Dios puede contar con las personas consagradas, y se compromete a contestar la oración de aquellos que se han comprometido totalmente con Él. El que da a Dios recibe de Dios. El que lo ha dado todo a Dios, puede reclamar todo lo que Dios tiene para él.

Y del mismo modo que la oración es la condición de la plena consagración, también la oración es el hábito y la regla de aquel que se ha dedicado por completo a Dios. De

hecho, una vida de oración sólo puede satisfacerse con una dedicación entera a Dios... ¡Tal es la reciprocidad de ambas! Así, la verdadera prueba de la consagración es una vida de oración.

Dios quiere hombres consagrados que oren y sigan orando, y que Él pueda usar en su obra de salvación. Los que carecen de oración más bien le estorban... Dos cosas han de unirse, pues, en una misma persona; la oración, que es la herramienta con la que trabaja el hombre consagrado, y el hombre consagrado, que es el agente que hace efectiva la oración...

“Mi existencia y mi valer consagrado sea a Dios, y mis días con placer pasarán en su loor. Ratifica, ¡oh buen Jesús! Ésta, mi consagración, y veré por fin la luz de la celestial Sión”.

Hay que insistir en que el propósito primario de la consagración no es el servicio en el sentido ordinario de la palabra. El servicio en la mente de muchos no significa más que emprender actividades de la iglesia. Hay una multitud de actividades de este tipo, bastantes para ocupar el tiempo y la mente. Algunas son buenas, otras no lo son tanto. La Iglesia de nuestros días consiste en un gran número de comités, células, organizaciones y sociedades, tantas que el poder que tiene es casi incapaz de hacer funcionar toda esta maquinaria y proveer todo este trabajo externo. Empero la consagración tiene un objetivo mucho más elevado que agotarse en todas estas cosas externas... Tiene por objetivo el servicio recto según las Escrituras, en una esfera diferente de la mencionada. ¿Cuál es esta esfera? Tenemos el ejemplo del servicio de Zacarías, el padre de Juan el Bautista, —quien, según el evangelio, tanto él como su mujer “eran rectos delante de Dios, y caminaban irprochablemente en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor” (Lc. 1:6). De ahí esta maravillosa afirmación:

“Concédenos que, liberados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor en santidad de vida y rectitud de conducta ante sus ojos todos nuestros días” (Lc. 1:73-75).

El primer gran objetivo de la consagración es la santidad de corazón y de vida; es glorificar a Dios, y esto puede ser hecho de la manera más efectiva posible por medio de una vida santa, fluyendo de un corazón limpio de todo pecado.

La oración
prospera
donde hay
oración en
abundancia.

También Pablo, escribiendo a los filipenses, hace énfasis en lo irreprochable de la vida:

“Hacedlo todo sin murmuraciones ni discusiones, para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha, en medio de una generación tortuosa y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo, manteniendo en alto la Palabra de vida” (Fil. 2:14-16).

“Anhelando amor perfecto,
paz, pureza, santidad,
a tus plantas, con fe plena.
¡Heme aquí, Dios de bondad!
Cual ofrenda me consagro,
constreñido por tu amor;
cuerpo, espíritu y alma
doy a Ti, mi Salvador,
tuyo sólo sea yo, Señor”.

Llegamos, por fin, al fondo de la cuestión: el primer gran objetivo de la consagración es la santidad de corazón y de vida; es glorificar a Dios, y esto puede ser hecho de la manera más efectiva posible por medio de una vida santa, fluyendo de un corazón limpio de todo pecado...

La gran carga que cae sobre el corazón de todo aquel que se hace cristiano está precisamente aquí. Esto es lo que tiene que tener siempre presente, y para fomentar esta clase de vida y esta clase de corazón, tiene que velar y orar y cederlo todo con diligencia en el uso de todos los medios de gracia.

Repetimos, la persona que está verdaderamente consagrada vive una vida santa; busca la santidad de corazón, pues no está satisfecho sin ella. Para alcanzar este propósito es que se consagra a Dios, a fin de ser santo de corazón y de vida.

Y el papel que juega en todo esto la oración es el siguiente: como la santidad de corazón y de vida está totalmente saturada de oración, igualmente la consagración y la oración son aliadas en la religión personal. La oración posibilita la vida consagrada en santidad al Señor, y para mantenerla se necesita más oración. De lo contrario, sin oración, la vida de santidad fracasa. A su vez, la consagración hace orar de veras al creyente.

Finalmente, la santidad prospera donde hay oración en abundancia. Esto es, la consagración lleva al creyente

a la santidad de corazón y la oración se halla cerca cuando esto sucede.

Éste es el triángulo perfecto, cuyos lados están interrelacionados. Y el perfecto acuerdo que da descanso al alma y perfecta paz. La persona que consigue hacerse con estos tres lados –*consagración, oración y santidad*– es una persona feliz, porque no hay fricción entre aquel que está entregado a Dios y la voluntad divina...

“Sólo por Ti corazón suspira.

Por Ti, Señor, mi consuelo y mi luz,
la vanidad del mundo me fatiga,
mas descanso y paz hallo en Ti,
Jesús. Oh, si pudiese yo en todo agradarte,
andando aquí en perfecta santidad.
Consiste ya mi dicha en entregarte
mi corazón, mi vida y voluntad”.

Éste es el
triángulo
perfecto,
cuyos lados
están interre-
lacionados.
Y el perfecto
acuerdo que
da descanso
al alma y
perfecta paz.
La persona
que consigue
hacerse con
los tres lados,
*consagración,
oración y
santidad,*
es una
persona feliz,
porque no
hay fricción
entre aquel
que está
entregado
a Dios
y la voluntad
divina.

9

La oración y las normas religiosas

Los que oran son aquellos que tienen algo definido a la vista. De hecho, la oración misma es algo específico y a lo cual dirigirse; apunta a la más definida, elevada y dulce de todas las experiencias religiosas: a Dios.

El ángel Gabriel lo describió como «Santo» antes de que naciera. Como Él lo fue, nosotros también, hasta cierta medida, lo somos en este mundo.

ALEXANDER WHITE, D.D.

Gran parte de la debilidad e infertilidad de la vida religiosa de hoy es causada por carecer de normas escriturales objetivas, bajo las cuales definir el carácter y medir los resultados; y esto resulta en gran parte de omitir la oración, o el fallo de poner la oración en las normas. No podemos marcar nuestros progresos en religión si no tenemos un punto al cual referir estos progresos. Tiene que haber algo definido donde poner la vista si queremos ir específicamente a algún punto. No podemos conseguir un resultado si no tenemos un patrón como modelo; no puede haber inspiración si no hay un objetivo que nos estimule...

Muchos cristianos están desenfocados porque carecen de patrones a los cuales ajustar su carácter y conducta. Se mueven *sin ton ni son*, en una especie de ofuscación, sin ninguna pauta, objetivo o estándar por los cuales regirse y evaluar sus esfuerzos. No hay brújula que les marque ningún norte y, por tanto, no saben exactamente a dónde van.

Toda esta vaguedad en religión resulta de la vaguedad en cuanto a la oración. Pues lo que ayuda a dar normas en la vida religiosa es la oración definida. En otras palabras, los que oran son aquellos que tienen algo definido a la vista. De hecho, la oración misma es algo específico y a lo cual dirigirse; apunta a la más definida, elevada y dulce de todas las experiencias religiosas: a Dios. Y es que los que oran no están satisfechos con una vida religiosa superficial, vaga e indefinida, ni procuran una «más profunda obra de gracia», sino que quieren una obra de gracia posible y prometida. No quieren ser librados de algún pecado, sino de todo pecado. Buscan, en definitiva, una vida santa de corazón.

Ésta es, pues, la misión de la oración, lograr una vida religiosa más elevada como nos la muestra la Palabra de Dios. La oración es tan vital, tan esencial, que entra en toda vida religiosa y establece claros estándares. Así, cuanto más elevados son los estándares de nuestra vida de oración, más elevada es nuestra idea de la religión.

A saber, las Escrituras sólo nos dan la norma de vida y de experiencia. Entonces, cuando nosotros nos hacemos los propios estándares, nos engañamos a causa de la falsedad de nuestros deseos y conveniencias y la regla es acomodada a nuestro placer.

Tampoco sirve que otros nos hagan los estándares religiosos a los cuales tenemos que ajustarnos. Éstos suelen ser deficientes porque, en la imitación, los defectos son los realmente transmitidos, más que las virtudes, y la *segunda edición* tiene más errores que la primera. Pablo nos advierte contra ello:

“Porque no nos atrevemos a contarnos ni a compararnos con algunos que se alaban a sí mismos; ellos, midiéndose a sí mismos por sí mismos, y comparándose consigo mismos, no son sensatos. Pero nosotros no nos gloriaremos desmedidamente, sino conforme a la regla que Dios nos ha dado por medida, para llegar también hasta vosotros” (2 Co. 10:12 y 13).

Es más, el peor daño que podemos hacer es determinar lo que es la religión por lo que los otros dicen, seguir la común opinión, el contagio del ejemplo, el nivel corriente entre los otros. Adoniram Judson Gordon escribió una vez a un amigo:

“Permíteme pedirte que no te contentes con la religión común que ahora prevalece”.

La religión corriente complace a la carne. No hay abnegación en ella, no hay cruz para llevar, no hay crucifixión. Decimos: “Es buena quizás para nuestros vecinos; ¿por qué nosotros hemos de hacerla distinta y más estricta? Los otros viven en un nivel poco elevado, al nivel en que vive el mundo, ¿por qué debemos nosotros ser distintos, celosos de buenas obras? ¿Por qué debemos luchar como si tuviéramos que conquistar el Cielo cuando tantos otros se dirigen al mismo sitio mucho más cómodamente?”

La pregunta es la siguiente: ¿se dirigen estos grupos, descuidados de sí mismos y que viven sin oración, al

El peor daño que podemos hacer es determinar lo que es la religión por lo que los otros dicen, seguir la común opinión, el contagio del ejemplo, el nivel corriente entre los otros.

Todo en la vida religiosa depende de ser claro y definido; siendo definido de nuestra experiencia religiosa lo que depende de aquello que creemos que es en lo que consiste la religión.

Cielo? ¿Es el Cielo un lugar apropiado para esa clase de gente? He aquí la pregunta suprema.¹

La visión común popular, vaga e indefinida de la religión no contiene oración; en su programa, está arrinconada o no existe. Esta vida sin oración tiene nociones muy vagas de lo que es la religión.

No hay estándar religioso que valga la pena considerar que ponga de lado la oración. No hay estándar que valga la pena imitar que no haga de la oración lo más importante de la vida religiosa. Tan necesaria es la oración, tan fundamental en el plan de Dios, que es la base de toda religión sustentada en la Biblia. La oración misma es un estándar definido, enfático, escritural, cuya regla divina es una vida de oración. Ésta es la pauta, del mismo modo que el Señor, siendo hombre de oración, es Aquel a quien hemos de imitar. Sí, la oración da forma a la vida religiosa...

Todo en la vida religiosa depende de ser claro y definido; siendo definido de nuestra experiencia religiosa lo que depende de aquello que creemos que es en lo que consiste la religión.

1. Esta pregunta puede resultar muy peligrosa cuando la aplicamos a otros, lo que puede ocurrir con frecuencia, precisamente a los que menos dignos son del Cielo. Gracias a la misericordia del Señor, al Cielo no se llega en virtud de nuestras buenas obras; ni siquiera en mérito de nuestra consagración, sino en virtud de la obra perfecta de Cristo por nosotros. Pero todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo, y el apóstol Pablo uno de los hombres más consagrados a Dios que el mundo ha conocido, declaró: "No que lo haya alcanzado ya, ni que ya haya conseguido la perfección total, sino que prosigo para ver si logro darle alcance, puesto que yo también fui alcanzado por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no considero haberlo ya alcanzado, pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta, para conseguir el premio del supremo llamamiento de Dios, en Cristo Jesús" (Fil. 3:12-14).

El Cielo será, sin duda, un lugar de perfección, pero no de seres hechos mágicamente perfectos. Y probablemente entrarán en él muchos legalmente santos en virtud de la obra de Cristo, pero todavía muy defectuosos en su carácter; debe ser, pues, algo parecido a una escuela, no un *purgatorio* de fuego semejante al infierno —como pensaron algunos padres de la Iglesia en los primeros siglos del Cristianismo, hasta declarar dogma de fe una idea que no existe en los documentos apostólicos—, pero sí una escuela de la que el mismo Señor será el Maestro (recordemos que este título era el que le daban sus discípulos mientras estaba sobre la Tierra y Él nunca lo rehusó, sino que lo aceptó y aprobó, como observamos en Juan 13:13).

Así, en su *oración sacerdotal*, el Señor dijo: "Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde Yo estoy, ellos estén también conmigo, para que vean mi gloria que me has dado (...) y les he dado a conocer tu Nombre y lo daré a conocer aún..." (Jn. 17:24, 26).

Las Escrituras nos ponen delante el estándar de la plena consagración a Dios (y ya hemos estudiado de qué manera la consagración y la oración se hallan implicadas). Nada inferior a esto le complace. Y "un sacrificio vivo y perfecto" (Ro. 12:1) en todos los aspectos es la medida de nuestro servicio a Dios. No hay nada indefinido aquí; ni nada que se gobierne por la opinión de los otros o afecte a como viven los otros.

Una vez más repetimos, el estándar escritural de la religión apunta a la experiencia religiosa, vivida. Pero... ¿Qué es la religión? La religión se refiere a la consciencia interior. Es una experiencia personal con Dios.

Sin embargo, es cierto que hay *religión interna* y también *religión externa*. De modo que no sólo hemos de buscar nuestra salvación "con temor y temblor" (Fil. 2:12), sino que también "Dios es el que obra en nosotros su voluntad y hace según Él dispone" (Fil. 2:13). Es decir, hay *vida interior*, así como *vida exterior* que debe ser vivida.

El nuevo nacimiento es, por ejemplo, una experiencia religiosa definida, probada por señales infalibles y que afecta a la conciencia interna. El testimonio del Espíritu no tiene nada de indefinido, sino que es una seguridad interna clara dada por el Espíritu Santo, que nos dice que somos hijos de Dios. De hecho, todo lo que pertenece a la experiencia religiosa es claro y definido, trae gozo, paz y amor. Y éste es el estándar divino de religión, un estándar de vida externa conseguido por la oración constante y

Nos conviene, empero, tener en cuenta que aunque el carácter y la perfección moral pueden ser completados y perfeccionados en el más allá, el premio ha de ser "a cada uno según su obra" (Mt. 16:27), o sea, según lo que hayamos sido o hecho aquí en esta hora de prueba, como lo expresó Jesús cuando dijo: "El que es fiel en lo poco también en lo demás es fiel, y el que en lo poco es injusto también en lo demás es injusto; y si en lo poco no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero?" (Lc. 16:11).

O sea, que el lugar que hemos de ocupar en el Reino de Dios será en la medida de nuestra fidelidad a Cristo, según se desprende también de las *parábolas de las minas y de los talentos* (Lc. 19:11-27; Mt. 25:14-30) y de otras enseñanzas suyas.

Por esto, no sólo es un error, sino un pecado, que juzguemos en la Tierra a un creyente como *digno o indigno* del Cielo, ya que "no hay justo, ni aun uno" (Ro. 3:10).

Todo lo dicho, finalmente, es para corroborar que el autor de este libro hace la pregunta no para ser aplicada a otro, sino a nosotros, cada cual a sí mismo.

El estándar escritural de la religión apunta a la experiencia religiosa, vivida. Pero... ¿Qué es la religión? La religión se refiere a la consciencia interior. Es una experiencia personal con Dios.

El estándar divino de religión, un estándar de vida externa conseguido por la oración constante y ferviente, y una experiencia religiosa interna avivada e incrementada por medio de la misma oración.

ferviente, y una experiencia religiosa interna avivada e incrementada por medio de la misma oración.

Debemos proseguir adelante. En la religión no basta con decir: "¡Adelante!" Hemos de saber a dónde vamos. Pues es esencial que en la experiencia religiosa tengamos miras y objetivos definidos. Hemos de saber cuál es el destino al cual nos dirigimos. Y también es necesario que tengamos el objetivo a la vista y que sepamos los pasos que hemos de dar para alcanzarlos:

"Por tanto, dejando atrás los principios de la doctrina de Cristo, sigamos adelante hacia la perfección" (He. 6:1).

Abre tu Nuevo Testamento, pónelo sobre las rodillas, e imagínate por un momento a Jesucristo delante de ti. ¿Eres como David en el salmo 63? ¿Está tu alma sedienta de Dios, como la tierra seca y árida donde no hay aguas? Luego, imagínate a Jesús en el pozo de Samaria ante los ojos de tu corazón sediento. Y ponlo delante de tu corazón como cuando en el último día de la fiesta clamaba: "Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba". ¿O eres semejante a David en el asunto de Urías? «"De día y de noche tu mano cayó pesadamente sobre mí: mi sustancia se secó como la sequedad del verano". Finalmente, imagínatelo diciendo: "No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores, al arrepentimiento. Los que están bien no tienen necesidad de médico, sino los enfermos". ¿Sufres acaso el pesar de tener un "hijo pródigo"? Entonces, imagínate al Padre en los Cielos delante de ti, y pon al Hijo de Dios siempre delante de ti, discurrendo y predicando la Parábola de las parábolas para ti y para tu hijo.

ALEXANDER WHITE, D.D.

La compasión espiritual nace de un corazón renovado y encuentra hospitalidad en él. Tiene en sí la calidad de la misericordia y de la simpatía, que llena el alma de ternura hacia los otros, a la vista del pecado, la pena y el sufrimiento. La impotencia es, pues, lo que más mueve a compasión, la cual es silenciosa pero no permanece encerrada, sino que sale a la vista de la aflicción, el dolor, el pecado y la necesidad.

Pero, ¿qué relación existe entre la compasión y la oración? La oración es natural y casi espontánea cuando la compasión aparece en el corazón... La oración es la prerrogativa del hombre compasivo.

Es cierto que el hombre natural tiene un cierto grado de compasión, que se muestra en dones para los que están en necesidad, y que no hemos de despreciar. Pero la compasión espiritual, la que nace del corazón reno-

10

La oración nacida de la compasión

La compasión espiritual nace de un corazón renovado y encuentra hospitalidad en él. Tiene en sí la calidad de la misericordia y de la simpatía, que llena el alma de ternura hacia los otros, a la vista del pecado, la pena y el sufrimiento.

La compasión no es ciega, mejor dicho, no nace de la ceguera. El que tiene compasión del alma tiene ojos para ver las cosas que le mueven a compasión. Mientras que si no tiene ojos para ver lo terrible del pecado, las necesidades y aflicciones de la humanidad, no puede tener verdadera compasión para la humanidad. Está escrito que nuestro Señor, "viendo las multitudes, fue movido a compasión" (Mt. 9:36). Esto es, primero vio a la multitud, su hambre, sus aflicciones, su impotencia, y luego vino la compasión. Y entonces oró...

La compasión no es ciega, mejor dicho, no nace de la ceguera. El que tiene compasión del alma tiene ojos para ver las cosas que le mueven a compasión. Mientras que si no tiene ojos para ver lo terrible del pecado, las necesidades y aflicciones de la humanidad, no puede tener verdadera compasión para la humanidad. Está escrito que nuestro Señor, "viendo las multitudes, fue movido a compasión" (Mt. 9:36). Esto es, primero vio a la multitud, su hambre, sus aflicciones, su impotencia, y luego vino la compasión. Y entonces oró...

La compasión no siempre "conmueve" a los hombres, pero siempre se "mueve" hacia los hombres. Puede no hacer volver a los hombres hacia Dios, pero sí hace volver a Dios hacia los hombres. Y cuando le es imposible aliviar las necesidades del prójimo, puede por lo menos expresarse por medio de la oración en favor de los otros...

"Padre de misericordia,
envíanos tu gracia,
para formar en nuestra alma
la Imagen de tu amor.
Que nuestros corazones generosos
puedan participar en el placer
de anunciar a los otros tu amor
y de llorar con ellos su dolor".

El estado más alto de la gracia se muestra en la compasión hacia los pobres pecadores. Esta suerte de compasión pertenece a la gracia y ve no sólo lo material, sino las almas inmortales manchadas por el pecado, desgraciadas por no conocer a Dios y en peligro inminente de perderse para siempre. Cuando la compasión contempla a estos seres que ven acercarse el momento de presentarse ante Dios, nuestro corazón intercede por ellos. Y esta compasión habla de esta manera:

"Aunque débil, mi compasión me mueve,
y llora por aquello que más ama;
salva, Tú, con tu potente brazo;
y transforma estas lágrimas en gozo".

Tal es la compasión del Padre Celestial, como apunta el profeta Jeremías:

"Es a causa de las misericordias del Señor que no somos consumidos, porque su compasión sobreabunda" (Lm. 3:22).

O también como describió el salmista:

"El Señor está lleno de gracia y compasión, lento para la ira y grande en misericordia" (Sal. 145:8).

Es esta cualidad divina en nosotros lo que nos hace semejantes a Dios.

Del mismo modo, no es de extrañar que encontremos varias veces esta expresión acerca del Señor Jesús mientras se hallaba en la Tierra:

"... y fue movido a misericordia" (Mt. 9:36; 14:14; 15:32; Mr. 6:34; 8:2; 10:41).

Jesucristo, aunque era el Hijo de Dios, era al mismo tiempo humano y divino; tenía una naturaleza humana donde reinaba la compasión. Fue tentado como nosotros -pero sin pecado-, lo que hizo que pudiera empatizar con nosotros. En ciertos momentos, su carne parecía sentirse débil a causa de la tremenda presión que se ejercía sobre Él; se retrajo interiormente bajo el dolor y mirando al Cielo rogó: "Padre, pase de mí este vaso". Pero su espíritu resistió: "Pero por esta causa he venido al mundo" (Jn. 12:27). Así, pues sólo Aquel que ha pasado por el estrecho del dolor y de la angustia y ha conocido que "el espíritu está dispuesto pero la carne es débil" (Mt. 26:41; Mr. 14:38), puede comprender este misterio.

Todo esto hace que el Señor sea un Salvador compasivo. No es un pecado sentir el dolor y comprender la oscuridad del camino por el que Dios nos conduce. Al contrario, es humano llorar ante el dolor, el terror y la desolación de este momento. Y también es divino exclamar ante Dios en esta hora, de rodillas, en oración... ¡Cuán fuertes nos hace esto, y cuán seguros el tener una estrella polar, como es la oración, que nos guía hacia la gloria de Dios!

Mateo narra uno de esos momentos en que Jesús fue movido a compasión:

"Y al ver a las multitudes, se compadeció de ellas; porque estaban extenuadas y abatidas como ovejas que no tienen pastor. Entonces dijo a sus discípulos: *A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies*" (Mt. 9:36-38).

Del estudio comparativo de los textos, extraemos que nuestro Señor había llamado aparte a sus discípulos a

La compasión no siempre "conmueve" a los hombres, pero siempre se "mueve" hacia los hombres. Puede no hacer volver a los hombres hacia Dios, pero sí hace volver a Dios hacia los hombres. Y cuando le es imposible aliviar las necesidades del prójimo, puede por lo menos expresarse por medio de la oración en favor de los otros.

El pueblo de Cristo de rodillas sintiendo la compasión de Cristo en sus corazones por las almas necesitadas y moribundas, expuestas al peligro eterno, es lo que pondrá en marcha el número suficiente de obreros para que puedan cubrir las necesidades de la Tierra y los propósitos del Cielo.

descansar un rato, extenuado por las continuos requerimientos que se hacían sobre Él, por el contacto continuo con las personas que iban y venían y por la tarea agotadora de ministrar a las inmensas multitudes. Pero las multitudes le precedieron y, en vez de encontrar quietud y soledad, halló una muchedumbre deseosa de verle, oírle y recibir curaciones. Entonces, Jesús se conmovió, pues vio la cosecha en sazón y sin obreros para recogerla.

Sin embargo, no llamó a estos obreros al punto, con su autoridad soberana, sino que encargó a sus discípulos que pidieran a Dios que enviara a estos obreros para recoger la cosecha.

¡Qué significativo este aspecto! A saber, la recogida de las cosechas de la tierra en los graneros del Cielo no depende de Dios, sino de las oraciones de su pueblo escogido. La oración proporciona obreros en cantidad y calidad suficiente para las necesidades de la tarea. Y Dios escoge a los obreros, los prepara y confía que vayan; llenos de la compasión de Cristo y de su poder, son aquellos que son movidos por la oración. En efecto, el pueblo de Cristo de rodillas sintiendo la compasión de Cristo en sus corazones por las almas necesitadas y moribundas, expuestas al peligro eterno, es lo que pondrá en marcha el número suficiente de obreros para que puedan cubrir las necesidades de la Tierra y los propósitos del Cielo.

Y es que la compasión por los pecadores es lo que mueve a la Iglesia a orar por ellos...

“Escuchad, Jesús nos dice:

¿Quiénes van a trabajar?

Caminos blancos hoy aguarda

que los vayan a segar.

Él nos llama, cariñoso,

nos constriñe con su amor,

¡a su voz no hay quien responda

¿heme aquí, yo iré, Señor?”

Asimismo, qué consuelo y qué esperanza llena nuestro corazón cuando pensamos en Aquel que vive ahora en el Cielo y está intercediendo por nosotros, porque su compasión sobrea abunda. Por encima de todo, tenemos un Salvador compasivo que “puede compadecerse del ignorante y del descarriado” (He. 5:2). La compasión de nuestro Señor le corresponde por ser el Sumo Sacerdote de la raza caída de Adán, perdida e impotente.

Y estando lleno de tal misericordia que le mueve a interceder por nosotros, debemos nosotros igualmente sentir la misma compasión por el pecador, que expuesto a la ira divina, necesita también de la salvación. En tanto que sentimos compasión, hemos de orar por ellos...

“Ángeles maravillados,

venid, que el Hijo de Dios llora.

Asómbrate, alma mía,

las lágrimas son por ti.

Lloró Él porque lloremos:

cada pecado una lágrima,

en el Cielo no hay pecado.

Tampoco se encuentran lágrimas”.

Tal era la compasión de Pablo, interesado por el bienestar religioso de sus hermanos judíos; se preocupaba por ellos y su corazón estaba lleno de compasión por su salvación, aun cuando aquellos le habían maltratado y perseguido. Escribiendo a los romanos, dijo así:

“Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia da testimonio conmigo en el Espíritu Santo, de que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque desearía yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne” (Ro. 9:1-3).

¡Qué maravillosa compasión se describe aquí, la que siente Pablo por los de su propia nación! No es de extrañar que poco después expresase su principal deseo pedido en sus oraciones:

“Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación” (Ro. 10:1).

¡Ojalá nosotros estuviéramos tan preocupados como lo estaba este apóstol por la salvación de sus hermanos, de su prójimo, e incluso de sus enemigos!

La compasión de nuestro Señor le corresponde por ser el Sumo Sacerdote de la raza caída de Adán, perdida e impotente.

11

La oración y la divina Providencia

La oración, la Providencia y el Santo Espíritu son como una trinidad que cooperan cada una con la otra en perfecta armonía.

De nuevo, una pobre alma se siente tentada a dudar de la existencia de Dios; los argumentos de la razón y el entendimiento pueden convencerle de que puede conseguir algo de luz por este camino. No obstante, a veces, Dios parece llegar a su alma como un rayo súbito e inmediato que esparce todas sus dudas, mejor de lo que podrían hacerlo mil argumentos. El camino de la sabiduría para conocer a Dios es, pues, el que desata el nudo. Pero, el otro camino lo corta por la mitad en un segundo. Lo mismo ocurre en todas las tentaciones en las que el hombre mira dentro de su corazón y ve en él la obra de la gracia y se convence de los tratos entre Dios y él. Con todo, esto no satisface al hombre; pero, Dios viene a su espíritu con una luz y todos los cerrojos y grillos saltan hechos pedazos: he aquí el camino de la verdadera Sabiduría y el camino de la Revelación.

THOMAS GOODWIN

La oración y la divina Providencia están íntimamente relacionadas. No se pueden separar. Tan unidas están que al negar la una se niega la otra. Esto es, la oración presupone la Providencia; mientras que la Providencia divina está implicada en la oración. Así, todas las respuestas a la oración son simplemente la intervención de la Providencia de Dios en los asuntos de los hombres...

La Providencia de Dios se relaciona directamente con los que oran. Dicho de otra manera, la oración, la Providencia y el Santo Espíritu son como una trinidad que cooperan cada una con la otra en perfecta armonía. O lo que es lo mismo, la oración es pedir a Dios por medio del Espíritu Santo para que intervenga en favor de aquel por el cual se ora.

Lo que se llama *Providencia* es la Superintendencia divina sobre la Tierra y los asuntos de ella. Implica las provisiones de gracia que el Todopoderoso hace para las criaturas, animadas e inanimadas, inteligentes y no inteligentes. Una vez se ha admitido que Dios es el Creador y

Conservador de los hombres, y se ha concedido que Él es inteligente y sabio, lógicamente llegamos a la conclusión de que el Todopoderoso ejerce una superintendencia sobre todos aquellos seres que ha creado y cuya existencia sostiene. De hecho, la creación y la conservación implican una Providencia que sostiene. De tal manera que lo que llamamos divina Providencia es simplemente el Todopoderoso gobernando el mundo para su mejor cuidado y vigilándolo todo para el beneficio de la humanidad.

Los hombres hablan de una *Providencia general* como algo separado de una *Providencia especial*. No se puede hablar de una *Providencia general* a menos que se entienda por ello todas las *providencias especiales*. Pues una supervisión general por parte de Dios presupone una supervisión especial e individual para cada criatura.

Dios está en todas partes, velando, vigilando y gobernándolo todo para los mejores intereses del hombre, ejecutando sus planes y propósitos en la creación y redención. No es un Dios ausente. No creó el mundo con todo lo que contiene y luego lo abandonó a las llamadas leyes naturales, retirándose a algún lugar secreto del universo donde es indiferente a la forma como obran sus leyes. Muy al contrario, sus manos tienen el timón y su obra no está fuera de su control.

Todas las providencias especiales, y la oración trabajan juntas, mano a mano, ya que reconocemos que la mano de Dios está en todas partes... Y no es que Dios ordene todo lo que ocurre. El hombre es libre, tiene libre albedrío, pero la sabiduría del Todopoderoso aparece cuando recordamos que aunque el hombre es libre, el demonio merodea por la Tierra, y sólo Dios puede invalidar las decisiones de los seres humanos para su propio bien y para su gloria, y hacer que aun la ira de los hombres redunde en su honor.

No hay nada, entonces, que ocurra de un modo accidental bajo la superintendencia y vigilancia de un Dios perfectamente justo y omnisciente, que lo ve todo; ni nada al azar en el gobierno moral o natural del mundo...

“Su mirada circunda el universo, nos contempla en la aurora y el ocaso, en el sendero abierto, como en nuestro aposento, observa lo que pasa dentro de nuestro pecho”. Jesucristo lo describe gráficamente cuando dice:

Lo que se llama Providencia es la Superintendencia divina sobre la Tierra y los asuntos de ella. Implica las provisiones de gracia que el Todopoderoso hace para las criaturas, animadas e inanimadas, inteligentes y no inteligentes.

No hay nada que ocurra de un modo accidental bajo la superintendencia y vigilancia de un Dios perfectamente justo y omnisciente, que lo ve todo; ni nada al azar en el gobierno moral o natural del mundo.

“¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae al suelo sin que lo sepa vuestro Padre. Los mismos cabellos de vuestra cabeza están contados. No temáis, pues, porque más valéis vosotros que muchos pajarillos” (Mt. 10:29-31; Lc. 12:6 y 7).

Dios no puede ser eliminado del mundo... Pretender eliminar al Todopoderoso de los acontecimientos de la vida es dar un golpe de muerte a la oración y su eficacia; puesto que la doctrina de la oración lo trae directamente al mundo, y le mueve a intervenir directamente en los asuntos de los hombres.

“No os inquietéis por nada, sino que en todo sean presentadas vuestras peticiones delante de Dios, mediante oración y ruego con acción de gracias» (Fil. 4:6).

Y si Dios no estuviera en todo, tampoco tendría ningún sentido lo que dice Pablo:

“Sabemos que todas las cosas obran para bien a los que aman a Dios” (Ro. 8:28).

Por tanto, podemos establecer, según las Escrituras y con un fundamento firme, que no ocurre nada en la vida de los santos sin el consentimiento de Dios. Él no está lejos. Su presencia llena la inmensidad: “Ciertamente estaré contigo”, son las palabras que dice a cada hijo suyo...

“El ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen y los defiende” (Sal. 34:7).

Y nada tocará a los santos de Dios sin el permiso del ángel del Señor. Nada puede penetrar este campamento que nos rodea sin el permiso del Capitán de las huestes. Aflicción, pena, necesidad, dolor, lucha, tribulación, ni aun la muerte puede pasar por encima de este campamento. Es necesario el consentimiento del Todopoderoso y, aún entonces, es para bien de sus santos y para llevar adelante sus planes y propósitos:

“Porque estoy persuadido de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni poderes, ni lo presente, ni lo venidero, ni lo alto ni lo bajo, ni ninguna criatura, podrá separarnos del amor de Dios que es en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Ro. 8:38 y 39).

Todas estas cosas, desagradables y aflictivas, pueden venir con el permiso divino, pero Dios está a nuestro lado; su mano está en todo ello, y procura que se acomode a sus planes. Él puede hacer que las pruebas sean anuladas para bien de los suyos o bien que, permitidas, puedan redundar

asimismo en bien eterno para ellos. Estas cosas, y otras muchas, son además parte del proceso disciplinario que el Todopoderoso usa para el gobierno de los hijos de los hombres.

Pero, sobre todo, debemos tener presente que la Providencia de Dios alcanza tan lejos como el reino de la oración. Tiene que ver con todo aquello por lo que oramos. Nada hay demasiado pequeño a los ojos de Dios, o insignificante para que no lo note su cuidado. La Providencia de Dios tiene que ver incluso con un tropiezo que den los pies de sus santos:

“Porque mandará Él a sus ángeles cerca de ti en todos tus caminos; los cuales te sostendrán con su mano, para que tu pie no tropiece con piedra” (Sal. 91:11 y 12).

Leamos otra vez las palabras del Señor acerca de los pajarillos:

“No se venden cinco gorriones por dos cuartos, y ni uno de ellos es olvidado delante de Dios” (Lc. 12:6).

Este tipo de cuidado alcanza las cosas más insignificantes. Por eso, el que cree en la Providencia de Dios está dispuesto a ver su mano en todas las cosas que le ocurren y preparado para orar sobre ellas...

Así es, nada puede ocurrir en el mundo sin el consentimiento divino. Sin embargo, no en el sentido que Él apruebe todo lo que pasa o sea responsable de todo lo que ocurre. Dios no es el autor del pecado.

No es que el santo que cree en la Providencia de Dios pueda explicar todos los misterios de esta Providencia, pero los que oran reconocen que Dios está en todo, lo reconocen en todo, como Juan dijo a Pedro junto al mar de Galilea:

“Es el Señor” (Jn. 1:41).

Los santos que oran no presumen tampoco de poder interpretar las acciones de Dios con respecto a ellos ni la Providencia de Dios en general, pero han aprendido a confiar en Dios en los momentos oscuros como en los claros, tanto si brilla el sol como en la tormenta, incluso cuando hay un diluvio y se abaten tormentas de aflicción...

“He aquí, aunque Él me matare, en Él esperaré. No obstante, defenderé delante de Él mis caminos” (Job 13:15).

Los santos que oran descansan en las palabras de Jesús a Pedro:

El que cree en la Providencia de Dios está dispuesto a ver su mano en todas las cosas que le ocurren y preparado para orar sobre ellas.

Aunque Dios ejerce su Providencia sobre todos los hombres, con todo, su supervisión y administración del gobierno son de un modo especial favorables a los intereses de su pueblo, que son los que oran, poniendo en acción la Providencia de Dios.

“Lo que hago no lo entiendes ahora, pero lo entenderás después” (Jn. 13:7).

Nadie sino los que oran pueden ver las manos de Dios en la Providencia de la vida:

“Bienaventurados los de puro corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt. 5:8).

Verán a Dios aquí, en su Providencia, en su Palabra, en su Iglesia. Estos son los que no eliminan a Dios de los asuntos de la Tierra, sino que creen que Dios interviene en todos ellos. Aunque Dios ejerce su Providencia sobre todos los hombres, con todo, su supervisión y administración del gobierno son de un modo especial favorables a los intereses de su pueblo, que son los que oran, poniendo en acción la Providencia de Dios.

La Providencia trata especialmente de las cosas temporales: tiene que ver con el alimento y el vestido, las relaciones de negocios corrientes de la vida, salvarnos del peligro y la ayuda en casos de crisis. Tenemos un buen ejemplo de ello en la alimentación de los israelitas en el desierto, cuando Jehová hizo descender del cielo maná y codornices.

“Jehová es mi Pastor,
me apacienta con amor,
en sus pastos delicados paceré;
descansando sin temor
al abrigo del Señor,
de las aguas de reposo beberé”.

Nuestro Señor nos enseña esta misma lección de la Providencia que viste y alimenta a su pueblo en el *sermón del monte*, cuando dice:

“No os afanéis pues, diciendo: *Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos vestiremos*” (Mt. 6:25; Lc. 12:22).

Luego llama nuestra atención a las aves, a los lirios del campo y pregunta si Dios que cuida de ellos no cuidará de nosotros...

“Feliz cantando alegre
yo vivo siempre aquí;
si Él cuida de las aves,
cuidará también de mí”.

Todas estas enseñanzas de Jesús conducen a la necesidad de confiar implícitamente en una Providencia que cuida de las necesidades temporales de sus hijos. Notemos, especialmente, que todas estas enseñanzas están en estrecha relación con lo que dice acerca de la oración, poniendo

en estrecho contacto la divina Providencia con la oración y sus promesas.

Tenemos una impresionante lección sobre la divina Providencia en el caso de Elías, cuando Dios le envía al arroyo de Querit, donde Dios iba a usar los cuervos para alimentar al profeta. Dios no permitió que su siervo careciera de pan, y mandó a las aves, literalmente, para que le llevaran el sustento que necesitaba. Y esto no fue todo. Cuando el arroyo se secó, Dios mandó a una pobre viuda, que tenía bastante harina y aceite para que con ella, pudiera hacer un pedazo de pan, pues según ella, ya no quedaba para más. Pero ¿qué ocurrió? Dios intervino y en tanto duró la sequía, el cántaro de aceite no se terminó, ni la harina.

Sí, en el Antiguo Testamento hay innumerables ilustraciones de la provisión del Todopoderoso para su pueblo. En realidad, el Antiguo Testamento es una serie de relatos en los cuales vemos la Providencia tratando a cada persona de un modo particular, según sus necesidades y ministrando para ellas.

Vale la pena recordar un himno que tiene mucho que ver con la Providencia de Dios...

“Cuando tempestades surgen alrededor
y desanimados sois, y con temor,
ved las bendiciones que el Señor os da,
y contadlas todas: son de Jehová.
Ved lo mucho que el Señor os da.
Ved las bendiciones que el Señor os da.
Cuando veis a otros con su rico haber,
y tenéis tan poco en vuestro poder,
ved las bendiciones que el Señor os da,
y contadlas todas: son de Jehová”.

El gran himnólogo Newton lo expresa de la forma, siguiente:

“Aunque las tribulaciones y peligros nos asalten,
nos abandonen los amigos, y el enemigo ataque,
hay uno que me dice, ocurra lo que ocurra:
¡Tu Dios proveerá, la promesa es segura!
Los pájaros tienen graneros donde picotear...
¡Aprende de ellos, también tú tendrás pan!
Dios no puede a sus santos olvidar o dejar,
su Palabra lo dice: ¡Tu Dios proveerá!”

Dios se halla presente en las situaciones más aflictivas de la vida. Todos estos sucesos están sometidos a la oración y esto es así porque todo lo que ocurre en la vida del que ora está bajo la Providencia de Dios y ocurre bajo su mano supervisora.

El Dios de la Providencia, el Dios al cual oran los cristianos y que puede intervenir en favor de sus hijos para su bien está por encima de la naturaleza y en control total y perfecto de lo que ocurre en ella.

Son innumerables los viejos himnos llenos del sentimiento de gozo por la divina Providencia, y vale la pena que los leamos y los cantemos cada día.

Dios se halla presente en las situaciones más aflictivas de la vida. Todos estos sucesos están sometidos a la oración y esto es así porque todo lo que ocurre en la vida del que ora está bajo la Providencia de Dios y ocurre bajo su mano supervisora.

Algunos nos dicen que Dios no tiene nada que ver con ciertos sucesos que nos causan pena y aflicción. Nos dicen que Dios no quiere la muerte de sus hijos, que éstos mueren de causas naturales, y según las leyes naturales.

Pero, ¿cuáles son las leyes naturales, sino asimismo las leyes de Dios, las leyes con las que Dios gobierna el mundo? Y ¿qué es la naturaleza y quién la hizo? Cuánto tenemos que insistir en que la naturaleza y las leyes naturales, todas ellas, son siervos del Dios Todopoderoso, que llevan a cabo sus designios y ejecutan sus propósitos. El Dios de la Providencia, el Dios al cual oran los cristianos y que puede intervenir en favor de sus hijos para su bien está por encima de la naturaleza y en control total y perfecto de lo que ocurre en ella. Dios da, para todo cuanto ocurre, su consentimiento...

David, por ejemplo, creía esta doctrina cuando ayunaba y oraba por la vida de su hijo, pues de otro modo, ¿por qué orar si Dios no tenía nada que ver con su muerte? Además, ya vimos que Él cuida incluso de los pajarillos y de los bueyes, ¿cómo no cuidará de la muerte de un niño, que tiene un alma inmortal? Además, esta muerte causará dolor y aflicción a los padres del niño... ¿No tienen por ello los padres que reconocer la mano de Dios dando permiso a la muerte del niño? David reconoció este hecho claramente. Y cuando el niño murió, reconoció que Dios lo había permitido. La oración y la Providencia en este asunto obraron en armoniosa cooperación, y David lo entendió: Dios obra en sus planes pensando conjuntamente en el niño y en los padres al mismo tiempo.

“En todos los sucesos de la vida, veo tu mano providente clara: las aflicciones, y las bendiciones, caras al alma, pues vienen de Ti”.

La oración y la divina Providencia (continuación)

Una idea apropiada de la oración es derramar el alma delante de Dios, con la mano de la fe colocada sobre la ofrenda sacrificial, implorando misericordia y presentándola como una oferta libre de uno mismo al Padre, dando cuerpo, alma y espíritu para ser guiados y gobernados como parezca bueno a la sabiduría divina, deseando sólo ser perfeccionados en su amor, servirle con todo nuestro poder, en todo momento, en todos sus designios.

ADAM CLARKE

En el gobierno de Dios respecto al hombre, se pueden apreciar dos tipos de Providencia: la *Providencia directa* y la *Providencia permisiva*. Es decir, hay cosas que Dios las ordena y otras que Dios las permite. Pero cuando Él permite un acontecimiento aflictivo en la vida de uno de sus santos—aunque se originara en una mente malvada o fuera la obra de un pecador—, el hecho de que Dios lo permita hace que, cuando toca la vida de sus santos, sea en realidad una Providencia divina para el santo. En otras palabras, Dios consiente algunas de las cosas del mundo, muchas de las cuales son dolorosas, sin ser en lo más mínimo responsable directo de ellas.

Pero estos sucesos siempre llegan al hombre a través de la Providencia de Dios para con él. De modo que el santo, en cada uno de estos casos, tristes y penosos, puede sin embargo decir:

“Es del Señor, hágase según a Él bien le pareciere” (1 S. 3:18).

O como el salmista exclama:

“Mas yo, como si fuera sordo, no oigo; y soy como mudo que no abre la boca. Soy, pues, como un hombre que no oye, y en cuya boca no hay reprensiones. Porque en Ti, oh Jehová, he esperado; Tú responderás, Jehová, Dios mío” (Sal. 38:13-15).

Ésta es la explicación que dio Job de sus severas aflicciones, que le llegaron por medio de la Providencia

Hay cosas que Dios las ordena y otras que Dios las permite.

Pero cuando Él permite un

acontecimiento aflictivo en

la vida de uno de sus

santos—aunque se originara en

una mente malvada o

fuera la obra de un

pecador—, el hecho de

que Dios lo permita

hace que, cuando toca

la vida de sus santos,

sea en realidad una

Providencia divina para

el santo.

Las cosas que nos llegan desde segundas causas no están fuera del control de Dios y no le toman por sorpresa. Él puede doblar la mano del que obra de tal forma que, como resultado de la oración, las aflicciones, procedan de donde procedan, acaben "obrando para nosotros un eterno peso de gloria".

de Dios, a pesar de que se habían originado en la mente de Satán, quien las imaginó y las puso en ejecución. Esto es, Dios dio permiso a Satán para que afligiera a Job, le quitara sus posesiones y le robara a sus hijos. Pero Job no atribuyó estas cosas al azar ciego, ni a un accidente, ni siquiera las puso a cuenta de Satán, sino que expresó lo siguiente:

"El Señor dio, el Señor quitó; sea el Nombre del Señor alabado" (Job 1:21).

Así, Job tomó todas estas cosas como procedentes de Dios, a quien temía, servía y en quien confiaba.

Y al mismo efecto son sus palabras, cuando su esposa descartó a Dios de sus problemas y le dijo:

"Maldice a Dios y muérete" (Job 2:9).

Job, entonces, replicó sabiamente:

"Como una de las mujeres necias has hablado. ¿Cómo? ¿Recibimos los bienes de la mano de Dios, y no recibiremos los males?" (Job 2:10).

No es de sorprender que teniendo tal perspectiva de los tratos de Dios con él, se le reconociera a Job como un hombre de fe:

"En todo esto no pecó Job, ni acusó a Dios de modo insensato" (Job 1:22).

Y de nuevo leemos:

"En todo esto no cometió pecado con sus labios" (Job 2:10).

Los hombres hablan de Dios de un modo insensato muchas veces cuando hacen su juicios sobre la Providencia divina en este mundo. Ojalá que hubiera hombres del tipo de Job, que, aunque afligidos severamente, vieran la mano de Dios en su Providencia y la reconocieran abiertamente.

La secuela de estas penosas experiencias se ilustra bien en el texto familiar de Pablo:

"Porque a los que a Dios aman, todas las cosas les ayudan a bien" (Ro. 8:28).

Vemos, pues, cómo Job recibió al final más de lo que había perdido. Salió de estas tremendas tribulaciones victorioso, y pasó a ser un ejemplo de paciencia y fe en la Providencia divina. "Habéis oído de la paciencia de Job" (Stg. 5:11), se dice en la revelación divina. Definitivamente, Dios usó los actos malos de Satán y obró con ellos de tal forma en sus planes que trajo bien como

resultado de los mismos. En otras palabras, hizo que el mal se transformara en bien sin aprobar el mal ni estar conforme con él.

Tenemos la misma verdad ilustrada en la historia de José y sus hermanos, los cuales le vendieron a unos mercaderes que iban a Egipto, y le olvidaron, engañando al anciano padre. Todo este mal se había originado en su mente. Sin embargo, cuando este plan llegó al nivel de Dios, se transformó en una Providencia por la que tanto José como los descendientes de Jacob recibirían bendición. Recordemos que José habló a sus hermanos, después de haberse presentado a ellos en Egipto, de tal forma que les hizo ver que los sucesos habían sido usados por Dios para cumplimiento de sus planes respecto a Jacob y sus descendientes:

"Ahora, pues, no os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá; porque para preservación de vida me envié Dios delante de vosotros (...) Dios me envió delante de vosotros para preservaros posteridad sobre la Tierra y para daros vida por medio de gran liberación (...) Así pues, no me enviasteis acá vosotros, sino Dios» (Gn. 45:5, 7 y 8).

El conocido himno de Cowper nos da una idea clara de lo que significa todo esto:

"Dios obra por senderos misteriosos
las maravillas que el mortal contempla;
sus plantas se deslizan por los mares
y atraviesa el espacio en la tormenta.
Nuevo valor cobrad, medrosos santos:
esas oscuras nubes que os aterran
derramarán, de compasión henchidas,
bendiciones sin fin al alma vuestra.
Ciega incredulidad yerra el camino,
y su obra en vano adivinar intenta;
Dios es su propio intérprete y, al cabo,
todo lo ha de explicar al que en Él crea".

Esta misma línea de pensamiento la podemos seguir en la traición que Judas hizo del Señor. Sin duda, era un acto malvado, pero no pudo tocar al Señor sin el consentimiento del Padre, ya que hizo posible los planes de redención divinos del mundo. No es que esto excuse a Judas por su acto malvado, pero magnifica la sabiduría y grandeza de Dios al asegurar así la salvación.

Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento vemos destacarse la historia de la oración y la divina Providencia. Es la historia de los tratos de Dios con hombres de oración, hombres de fe, y la intervención directa de Dios en los asuntos de la Tierra, en interés de su pueblo y para llevar a cabo sus planes y propósitos de creación y redención.

La Biblia es un libro en el que Dios se revela a sí mismo a los hombres. Esto es verdadero en particular en lo que se refiere al cuidado que Dios tiene de sus criaturas, y su supervisión sobre el mundo. Y disputar la doctrina de la Providencia es poner en duda toda la revelación de la Palabra de Dios.

Y es que siempre ocurre así en los tratos de Dios con el hombre. Las cosas que nos llegan desde segundas causas no están fuera del control de Dios y no le toman por sorpresa. Él puede doblar la mano del que obra de tal forma que, como resultado de la oración, las aflicciones, procedan de donde procedan, acaben "obrando para nosotros un eterno peso de gloria" (2 Co. 4:17).

Sí, la Providencia de Dios va delante de sus santos y allana el camino, quita dificultades, resuelve problemas y da liberación.

Por ejemplo, la Providencia sacó a Israel de Egipto por la mano de Moisés, a quien había escogido como caudillo de su pueblo. Pero llegaron al Mar Rojo, y sus aguas entorpecieron el paso de los israelitas. No había escape: a los lados había precipicios escarpados y por detrás se acercaban las huestes de Faraón. La situación era, pues, desesperada. Entonces, Moisés, el varón de fe, habló a su pueblo con voz firme:

"¡No temáis; estad firmes, y veréis la salvación que obrará hoy Dios con vosotros!" (Éx. 14:13).

Después, alzó su vara y la extendió hacia el mar, el cual se dividió y los hijos de Israel entraron en él, en seco. Todo porque obedecieron la voz de Dios que dijo:

"¡Di a los hijos de Israel que marchen!" (Éx. 14:15).

Toda la historia de los judíos es, de hecho, la historia de la Providencia de Dios. Es más, el Antiguo Testamento no puede ser aceptado como verdadero a menos que se acepte la doctrina de la Providencia divina.

Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento vemos destacarse la historia de la oración y la divina Providencia. Es la historia de los tratos de Dios con hombres de oración, hombres de fe, y la intervención directa de Dios en los asuntos de la Tierra, en interés de su pueblo y para llevar a cabo sus planes y propósitos de creación y redención.

La Biblia en su totalidad es preeminentemente una revelación divina. Nos revela descubre, trae a la luz cosas concernientes a Dios, su carácter y la manera en que gobierna el mundo y sus habitantes, que no pueden ser descubiertas por la razón humana, la ciencia o la filosofía. Sí, la Biblia es un libro en el que Dios se revela a sí mismo a los hombres. Esto es verdadero en particular en lo que se refiere al cuidado que Dios tiene de sus criaturas, y su

supervisión sobre el mundo. Y disputar la doctrina de la Providencia es poner en duda toda la revelación de la Palabra de Dios...

Repetimos, Dios obra conjuntamente con los hombres de oración. Su Providencia y la oración de ellos se entrelazan, y esto lo entendían bien los que oraban en las Escrituras. Concluimos, por fin, que el que cree en la ley de la oración tiene buenas bases donde apoyar sus súplicas. Y el que cree en la divina Providencia sabe que tiene en ella un fundamento de granito en que apoyar la práctica de la oración; fundamento que no ha de ser conmovido. Estas dos doctrinas se mantienen firmes y permanecerán para siempre...

"Dios mío, cuando pienso en las mercedes que tu bondad sin par me prodigó, mi espíritu se enciende en alabanzas, en gratitud y amor.

Innumerables bienes en mi alma tu cariñosa mano derramó, antes que el manantial adivinase mi infantil corazón.

Tus dones a millares me prodigas, ni es entre aquellos dones el menor el que inundarme pueda en su deleite con grato corazón.

En todos los momentos de mi vida yo tus bondades cantaré, Señor, y luego llevaré mi dulce tema gozoso a tu Sión".

El que cree en la ley de la oración tiene buenas bases donde apoyar sus súplicas. Y el que cree en la divina Providencia sabe que tiene en ella un fundamento de granito en que apoyar la práctica de la oración; fundamento que no ha de ser conmovido.

LIBRO V
LA NECESIDAD DE LA ORACIÓN

1

Oración y fe

Un querido amigo muy aficionado a la caza me contó la siguiente historia: "Cierta mañana, muy temprano, oí una jauría de perros que perseguían su presa. Mirando hacia afuera, en un campo abierto que se extendía frente a mí, vi a un ciervo corriendo a bastante velocidad. Viéndose cada vez más encerrado, pegó un gran salto y fue a parar a unos diez pies de donde yo estaba. Un minuto más tarde, dos de los perros se acercaron; entonces, el ciervo corrió en dirección a mí y puso su cabeza entre mis piernas. Levanté al animalito, que ciertamente era muy pequeño, y espanté a los perros. Y sentí que ni todos los perros de esa provincia juntos podrían capturar a esa inocente criatura que había venido en busca de mi fortaleza y protección". Así sucede cuando la inadecuación e impotencia humana apela al Dios Todopoderoso. Recuerdo muy bien cuando las salvajes hordas del pecado iban detrás de mi alma hasta que, al fin, corrí a los brazos del Dios Todopoderoso.

En última instancia, la oración es simplemente un acto de fe, reclamando sus maravillosas prerrogativas: la fe, tomando posesión de su herencia ilimitada.

A. C. DIXON

En cualquier estudio de los principios y procedimientos de la oración, de sus actividades y empresas, debe darse un lugar preponderante a la fe. Pues es la cualidad inicial en el corazón de cualquier persona que desee hablar con el Dios invisible. Así, en su impotencia, el hombre debe fortalecer las manos de la fe. Y cuando no puede probar, debe creer. En última instancia, la oración es simplemente un acto de fe, reclamando sus maravillosas prerrogativas: la fe, tomando posesión de su herencia ilimitada.

Esto es, la fe puede lo imposible porque hace que la divina Providencia obre a nuestro favor, y con Dios no hay nada que sea imposible. ¡Cuán grande, incalificable e ilimitado es el poder de la fe! Si la duda y la incredulidad desaparecen del corazón, lo que pedimos a Dios seguramente sucederá.

La oración proyecta la fe en Dios, y Dios proyecta su poder sobre el mundo. Sólo Él puede mover montañas, pero la fe y la oración pueden mover montañas, pero la fe y la oración pueden mover a Dios.

¿Cómo? A saber, la oración proyecta la fe en Dios, y Dios proyecta su poder sobre el mundo. Sólo Él puede mover montañas, pero la fe y la oración pueden mover a Dios.

En su maldición a la higuera estéril, nuestro Señor demostró el poder de la fe en la oración; siguiendo a aquel acto, Él procedió a declarar que la fe podría alcanzar cosas gigantescas, no para matar, sino para hacer vivir, ni tampoco para destruir, sino para bendecir...

En este punto de nuestro estudio, recordemos algunas palabras de Jesús, que bien pueden ser la clave para una fe y oración auténticas:

“Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá” (Mr. 11:24).

Deberíamos enfatizar bien estas palabras; pues en ellas se describe una clase de fe que se apropia de las cosas. Una fe tal es un conocimiento de lo Divino, una comunión basada en la experiencia y una firme certeza. Esta fe es la que nosotros debemos mantener, ardiendo y brillando siempre.

Sin embargo, ¿crece o declina la fe con el paso de los años? ¿Permanece firme y fuerte en estos tiempos cuando abunda la iniquidad y cuando el amor de muchos se enfría más y más? ¿Puede la fe mantener su postura, mientras que la religión tiende a convertirse en una mera formalidad y lo mundanal prevalece y aumenta incluso dentro de la misma Iglesia? Recordemos las sabias palabras del Señor Jesucristo:

“Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la Tierra?” (Lc. 18:8).

La fe es el fundamento del carácter cristiano y la seguridad del alma. Cuando el Señor Jesús veía que se acercaba la negación de Pedro, le dijo a su discípulo:

“Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero Yo he rogado por ti, que tu fe no falte” (Lc. 22:31 y 32).

Nuestro Señor estaba exponiendo una verdad primordial; era la fe de Pedro lo que Él deseaba guardar, pues bien sabía que cuando la fe se quebranta, los fundamentos de la vida espiritual decaen y la estructura total de la experiencia religiosa se viene abajo. De ahí precisamente, la solicitud del Señor Jesucristo por el bienestar del alma de su discípulo y su determinación de

fortificar la fe de Pedro mediante su propio poder en la oración.

Pedro, en su segunda epístola, tiene esta idea en mente cuando habla del crecimiento en la gracia como una medida de seguridad en la vida cristiana y como un medio de llevar fruto:

“Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe, virtud, a la virtud, conocimiento, al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad, a la piedad afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos, ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo” (2 P. 1:5-8).

Así, la fe es el punto de partida de este proceso de adición, la base de todas las otras gracias del Espíritu. Y en este proceso de crecer en la gracia mucho depende la forma cómo se empieza: hay un orden divino, del cual Pedro estaba bien consciente; por eso, continúa declarando que debemos añadir diligencia para hacer segura nuestra elección, elección que será firme añadida a la fe, la cual a su vez se cultiva por la oración ferviente y constante. Esa fe se mantiene viva por medio de la oración, y cada paso que se toma en este proceso de añadir a la gracia es acompañado por la oración. Mientras que cuando la fe deja de orar, deja de vivir. Esta fe, puesta en la habilidad del Señor Jesucristo, de hacer y obrar poderosamente, es la que ora por grandes cosas. Fue así que el leproso tomó valor para invocar el poder de Cristo:

“Señor, si quieres puedes limpiarme” (Mr. 1:40).

En este caso, vemos la fe centrada únicamente en la capacidad del Señor para obrar y, como consecuencia, el desencadenamiento de su poder sanador.

Precisamente, tratando sobre este mismo punto, el Señor hizo aquella pregunta a los ciegos que vinieron a Él para ser sanos:

“¿Creéis que puedo hacer esto? Ellos respondieron: Sí, Señor. Entonces les tocó los ojos, diciendo: *Conforme a vuestra fe os sea hecho.* Y los ojos de ellos fueron abiertos” (Mt. 9:28-30).

Fue para inspirar la fe en su capacidad de obrar, que el Señor declaró estas palabras, las cuales constituyen uno de los desafíos más grandes a la fe del creyente.

La fe es la base de todas las otras gracias del Espíritu.

La fe en Cristo es la base de todas las obras y de toda oración. En otras palabras, todas las obras maravillosas dependen de oraciones maravillosas, y toda la oración ha de hacerse en el Nombre de nuestro Señor Jesucristo.

La fe es, además, obediente, actúa cuando se le ordena, como sucedió en el caso del noble que vino a Jesús y cuyo hijo estaba gravemente enfermo.

Más aún, una fe tal actúa inmediatamente, como el hombre que había nacido ciego y fue a lavarse al estanque de Siloé cuando el Señor le ordenó que lo hiciera. O como Pedro en el lago de Genesaret, la fe levanta la red cuando la orden divina lo requiere, sin preguntas ni dudas. Una fe tal fue asimismo la que libró a Jacob de manos de Esaú. Pero antes de que esa oración pudiera ser contestada, había mucho que obrar en la persona de Jacob. Él debía sufrir una transformación, al igual que su hermano Esaú. Jacob debía convertirse totalmente a Dios, antes de que Esaú se convirtiera a Jacob. He aquí la fe obediente, de la persona que acepta ser transformada en su corazón.

Entre todas las palabras que nuestro Señor pronunció acerca de la oración, éstas son las más relevantes y significativas:

“De cierto, de cierto os digo: el que en Mí cree, las obras que Yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque Yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis al Padre en mi Nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi Nombre, Yo lo haré” (Jn. 14:12-14).

¡Cuán maravillosas son estas declaraciones en cuanto a lo que Dios hará en respuesta a la oración! ¡De cuánta importancia! ¡Qué verdad tan solemne encierran! La fe en Cristo es la base de todas las obras y de toda oración. En otras palabras, todas las obras maravillosas dependen de oraciones maravillosas, y toda la oración ha de hacerse en el Nombre de nuestro Señor Jesucristo. ¡Sencilla y asombrosa lección, es la de orar en el nombre del Señor Jesús! Todas las demás condiciones quedan de lado: el Señor Jesús es el Todo; el Nombre de Cristo, su Persona, debe ser considerada siempre soberana a la hora de la oración.

Si Cristo es la Fuente de toda mi vida, si las corrientes de su vida han desplazado a las de mi Yo, si la obediencia implícita a Él es la fuerza e inspiración de cada movimiento de mi vida, entonces, Él tomará mis oraciones y las presentará ante el Padre, y Yo tendré la garantía de que

serán contestadas. Nada puede ser más claro, más específico e ilimitado, tanto en su aplicación como en su extensión, que la exhortación de Cristo en sus palabras:

“Tened fe en Dios” (Mr. 11:22).

Porque la fe cubre las necesidades temporales y espirituales; disipa la ansiedad y los cuidados sobre lo que comeremos, beberemos o con qué nos vestiremos. La fe vive en el presente y mira cada día como suficiente dentro de su propio afán, disipando todos los temores del mañana; lleva descanso a la mente y perfecta paz al corazón:

“Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera” (Is. 26:3).

Y aquel que vive en el presente saca lo mejor de la vida, pues sus planes y su «horario» siempre coinciden con los de Dios.

Las verdaderas oraciones surgen de las pruebas y necesidades presentes: el pan para hoy es suficiente para la necesidad presente, y constituye la garantía más sobresaliente de que también habrá pan para mañana; la victoria de hoy día, es la seguridad de que mañana habrá victoria...

Por ello, nuestras oraciones han de estar enfocadas sobre el presente. Debemos confiar en Dios cada día, y dejar el mañana enteramente en sus manos. El presente es nuestro y la oración es la tarea y el deber para cada día; pero el futuro pertenece sólo a Dios.

De lo dicho concluimos, pues, que así como cada día requiere su pan, del mismo modo requiere su oración. Ninguna oración, por más larga que haya sido hoy, suplirá a la de mañana. Por otra parte, ninguna oración dedicada al mañana es de valor para el día de hoy. El maná de hoy es lo que realmente necesitamos; mañana Dios se encargará de que nuestras necesidades estén suplidas. Ésta es la fe que Dios desea inspirar. De manera que dejemos el mañana, con sus cuidados, necesidades y problemas, en las manos de Dios:

“Baste a cada día su propio mal” (Mt. 6:34).

La fe vive en el presente y mira cada día como suficiente dentro de su propio afán, disipando todos los temores del mañana; lleva descanso a la mente y perfecta paz al corazón.

2

Oración y fe
(continuación)

La fe no es una creencia abstracta en la Palabra de Dios, ni un simple consentimiento o entendimiento de la voluntad, tampoco una aceptación pasiva de los hechos. La fe es una operación de Dios, una iluminación divina, una energía santa implantada por la Palabra de Dios y el Espíritu dentro del alma humana: un principio divino y espiritual que proviene de lo sobrenatural y hace que una cosa sea aprehensible por medio de las facultades del tiempo y los sentidos.

Los huéspedes de cierto hotel se estaban sintiendo bastante incómodos a causa del repetido sonido de un piano causado por una pequeña que no poseía ningún conocimiento musical. Fueron a quejarse al propietario para que acabara con ello: "Siento que estén molestos... -les dijo-. Pero la niña es la hija de uno de mis mejores clientes; no me atrevo a decirle que no toque el piano. Su padre, que ha estado ausente durante unos pocos días, regresará mañana". Cuando volvió su papá, encontró a su hijita en la recepción golpeando el teclado del piano. Fue directamente hacia ella, y poniendo sus manos sobre las de la pequeña, sacó las más hermosas melodías. Así puede ocurrir con nosotros, y ocurrirá tal vez un día muy cercano. Ahora podemos producir muy poca o casi ninguna armonía, pero un día, el Señor Jesús tomará las manos de nuestra fe y oración, y las usará para producir la música de los Cielos.

ANÓNIMO

La fe genuina y auténtica debe ser definida y libre de toda duda. No ha de ser un simple creer en la bondad y el poder de Dios, sino una fe que cree que las cosas que pide sucederán. Y así como ésta tiene que ser específica, lo será también la respuesta. La fe y la oración seleccionan las cosas, y Dios hace esas mismas cosas que la fe y la oración perseverante presentan ante su trono. Esta clase de fe es una verdadera perla de gran precio en el proceso y práctica de la oración:

"Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá" (Mr. 11:24).

Esto es, la perfecta fe obtiene siempre lo que pide la perfecta oración.

Por tanto, nuestra principal preocupación debe centrarse en nuestra fe: los problemas de su desarrollo, crecimiento y madurez.

Empecemos, pues, definiendo qué es la fe... La fe no es una creencia abstracta en la Palabra de Dios, ni tampoco

un simple consentimiento o entendimiento de la voluntad, ni tampoco una aceptación pasiva de los hechos. La fe es una operación de Dios, una iluminación divina, una energía santa implantada por la Palabra de Dios y el Espíritu dentro del alma humana: un principio divino y espiritual que proviene de lo sobrenatural y hace que una cosa sea aprehensible por medio de las facultades del tiempo y los sentidos.

La fe está consciente de Dios en forma permanente. Trata directamente con el Señor Jesucristo y ve en Él al Salvador; trata con la Palabra de Dios y se apropia de sus verdades. Trata con el Espíritu de Dios y es vigorizada e inspirada por su fuego santo. Dios es el gran objetivo de la fe, puesto que ella descansa sobre su Palabra.

Además, la fe no es un algo sin objetivo, sino una mirada del alma hacia Dios y un descansar en sus promesas; porque así como el amor y la esperanza siempre tienen un objetivo, también lo tiene la fe. No es creer en cualquier cosa, sino en Dios, en el Dios perfecto y Omnipotente, descansando en su bendita Persona y confiando en su Palabra.

Pero, sobre todo, la fe da lugar y origen a la oración, y crece más fuerte y profunda en las luchas y combates del alma que pide; es «la sustancia de las cosas que se esperan» (He. 11:1), la seguridad y herencia de los santos...

La fe es también humilde y perseverante; puede esperar y orar, puede permanecer sobre sus rodillas hasta recibir lo anhelado. Es la gran condición para la oración, la falta de ella se evidencia en toda oración débil, pobre, escasa y sin respuesta.

Sin embargo, la naturaleza y el significado de la fe es más demostrable en lo que hace que mediante cualquier definición que de ella podamos dar. Si vamos a Hebreos 11, podremos ver algunos de los asombrosos resultados de la fe. ¡Qué lista tan gloriosa la de aquellos hombres y mujeres de fe! ¡Qué maravillosos casos en este archivo sagrado! El escritor inspirado, agotando sus recursos en catalogar a los santos del Antiguo Testamento, quienes fueron ejemplos tan notables de una fe inquebrantable, exclama por fin:

"¿Y qué más digo? Porque el tiempo me faltaría contando de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, así como de Samuel y de los profetas" (He. 11:32).

La naturaleza y el significado de la fe es más demostrable en lo que hace que mediante cualquier definición que de ella podamos dar.

Debemos quitar los ojos del yo, de nuestra propia debilidad e ineptitud, y permitir que ellos descansen solamente en el poder de Dios.

Y así el escritor de Hebreos continúa destacando las poderosas obras de la fe de aquellos grandes hombres de la antigüedad, de los cuales "el mundo no era digno", para finalizar diciendo que todos ellos alcanzaron buen testimonio mediante la fe.

¡Qué época de gloriosos hechos amanecería para la Iglesia y el mundo, si sólo pudiera reproducirse una generación de santos poderosos en la fe y la oración! La Iglesia no necesita grandes intelectuales, ni tampoco hombres poderosos en bienes o fortuna, ni personas que gocen de una gran influencia social; necesita, especialmente, hombres de fe y oración, hombres y mujeres que vayan tras la carrera de aquellos santos y héroes, enumerados en el libro de los Hebreos, que alcanzaron buen testimonio mediante la fe.

Muchos hombres en nuestros días son conocidos en los medios cristianos por su generosidad material, sus grandes dones y talentos... Pero hay muy pocos que obtengan un "buen testimonio" a causa de su gran fe en Dios o debido a las maravillosas cosas que acontecen por sus oraciones. Hoy, al igual que en todas las épocas, necesitamos hombres de gran fe y poderosos en la oración. Éstas son las dos virtudes cardinales que hacen a un hombre grande a los ojos de Dios; los dos elementos que crean las condiciones para un verdadero éxito espiritual en la vida y el ministerio de la Iglesia. Nuestra principal preocupación ha de ser, pues, mantener una fe tal en calidad y consistencia, que pueda alcanzar las promesas de Dios y retenerlas, sin dudar ni vacilar en un solo momento.

Y es que la duda y el temor son los enemigos gemelos de la fe. A veces, hasta usurpan el lugar de la fe, y aunque nos pongamos a orar, la oración que ofrecemos está llena de inquietud, angustia y quejas. Pedro, por ejemplo, falló en su caminata sobre el mar de Genesaret porque permitió que las olas al romper sobre él le quitaran el poder de su fe. Sacando sus ojos del Señor y mirando al agua amenazadora a su alrededor, comenzó a hundirse y a pedir socorro angustiosamente.

En efecto, las dudas nunca deben de ser permitidas, ni tampoco podemos dejar que nuestra mente «elabore» temores a su antojo. Ningún hijo de Dios debe hacerse un mártir del miedo y de la duda; ésto no da crédito a la capacidad mental de ningún hombre, ni tampoco el intere-

sado puede esperar recibir consolación con una actitud semejante. Al contrario, debemos quitar los ojos del yo, de nuestra propia debilidad e ineptitud, y permitir que ellos descansen solamente en el poder de Dios:

"No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene gran galardón" (He. 10:35).

Pero, ¿cuál es el remedio contra la duda? Una fe sencilla pero firme, vivida día por día:

"Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias" (Fil. 4:6).

Ésta es la cura divina que disipará toda sombra de temor, ansiedad y preocupación indebidas del alma, todo lo cual está muy cerca de la duda y la incredulidad. Ésta es la receta divina para asegurar la paz que "sobrepuya todo entendimiento" (Fil. 4:7) y mantiene al corazón y a la mente en quietud y sosiego. Todos nosotros necesitamos prestar mucha atención a la advertencia dada en Hebreos:

"Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo" (He. 3:12).

También hemos de guardarnos de la incredulidad como si lo hiciéramos contra un enemigo en potencia. La fe necesita ser cultivada. Pidamos al Señor que aumente nuestra fe, puesto que la misma es muy susceptible y propensa a modificaciones. El deseo de Pablo con respecto a los tesalonicenses era que su fe aumentara y aún excediera; lo cual es posible ejercitándola y poniéndola en uso, nutriéndose a través de las pruebas, de la lectura y meditación de la Palabra de Dios, y floreciendo en medio de una atmósfera de constante oración:

"Para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo" (1 P. 1:7).

Todos deberíamos detenernos en nuestros caminos y hacernos las siguientes preguntas: ¿Tengo yo una auténtica fe en Dios? ¿Es acaso una fe real, la cual me mantiene en perfecta paz en relación a las cosas del Cielo y de la Tierra? ¿Estoy orando a Dios de modo que Él me oiga y conteste mis oraciones?

Se dice que Augusto César "fundó Roma como una ciudad de madera y la dejó hecha una ciudad de mármol".

La labor de un ministro de Dios es la de cambiar a pecadores incrédulos en santos llenos de fe y oración.

La fe despeja el camino hacia el trono de gracia. De hecho, da la seguridad de que hay un trono de gracia, y de que el Sumo Sacerdote está esperando las oraciones de aquellos hombres y mujeres llenos de fe.

Así, pues, el pastor que consiga cambiar a sus feligreses, haciéndoles verdaderos hombres y mujeres de oración, habrá hecho una obra mucho mayor que la de este personaje histórico.

Ésta debería ser la labor primordial de todo predicador. En primer lugar, porque está tratando con gente que no ora y que en general no tiene a Dios en todos sus pensamientos; se encuentra con esta clase de gente cada día y en todas partes. Y su tarea principal es hacerles volver de su indiferencia a Dios y convertirlos en hombres y mujeres de fe, que oren sin cesar, crean con todas sus fuerzas en el único Dios verdadero, y hagan su voluntad. Y es que la misión de los predicadores no es sólo la de inducir a los hombres a que se unan a la Iglesia, ni tampoco enseñarles a hacer las cosas mejor que antes: es la de hacer que oren, que confíen en Dios, y que siempre mantengan a su Señor delante de sus ojos, para que no pequen contra Él.

En definitiva, la labor de un ministro de Dios es la de cambiar a pecadores incrédulos en santos llenos de fe y oración:

“Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo...” (Hch. 16:31).

Cuando vemos que Dios ha hecho de la fe la condición indispensable para ser salvos, entonces nos damos cuenta de su tremenda importancia:

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe...” (Ef. 2:8).

De igual manera, cuando nos damos cuenta de la gran importancia de la oración, vemos que la fe es su compañera inseparable: por la fe somos salvos, y por medio de ella permanecemos salvos; y la oración nos introduce al mundo de la fe. Sí, la oración es absolutamente dependiente de la fe. Virtualmente, no puede existir aparte de ella, y nada puede llevarse a cabo si separamos la una de la otra. A su vez, la fe hace que la oración sea efectiva y poderosa:

“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (He. 11:6).

Pablo declaraba que la vida que él vivía, la vivía en la fe en el Hijo de Dios, quien le amó y se dio a Sí mismo por él. De este modo, el gran apóstol “andaba por fe y no por vista” (2 Co. 5:7).

Aun antes de que la oración sea expresada y las peticiones se hagan notorias ante Dios, la fe debe haber ya adelantado camino, debe apoyar su seguridad en la existencia y el poder de Dios, y dar su asentimiento a la verdad llena de gracia que expresa: “Dios es galardonador de los que le buscan”. Éste es el primer paso en la oración...

La fe despeja el camino hacia el trono de gracia. De hecho, da la seguridad de que hay un trono de gracia, y de que el Sumo Sacerdote está esperando las oraciones de aquellos hombres y mujeres llenos de fe.

Pero hace aún mucho más: acompaña a la oración en cada uno de sus pasos. ¿Cómo? Cuando se presentan las peticiones ante Dios, es la fe que hace que lo que se pide se convierta automáticamente en algo ya alcanzado u obtenido. La misma vida espiritual a la cual el creyente es guiado por medio de la oración, no es ni más ni menos que una vida de fe; es decir, la característica prominente de la experiencia a la cual los creyentes son traídos por medio de la oración, que no es la de una vida de obras, sino la de una vida de fe.

La fe fortalece a la oración, y da la paciencia necesaria para esperar en Dios. Además afirma que Dios es galardonador de aquellos que le buscan. Es una de las verdades más claramente revelada en las Escrituras, y pocas promesas resultan tan alentadoras.

Pero la fe está limitada a una cosa en particular: no cree que Dios recompensará a cualquiera, ni siquiera a esos que oran, sino a los que buscan al Señor diligentemente. Pues se apoya en el celo santo de la oración, y da seguridad y aliento a los que buscan a Dios con diligencia, los cuales son recompensados ricamente en sus oraciones:

“Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor” (Stg. 1:5-7).

Necesitamos recordar siempre que la fe es la condición inseparable para la oración victoriosa. Hay algunas otras consideraciones que están involucradas en el ejercicio de la oración –y que ya hemos estudiado–, pero la fe

La oración no es un deber aislado, ni un principio independiente. Vive en asociación con los otros deberes cristianos; está ligada a otros principios y es compañera de las otras gracias. Pero con respecto a la fe, la oración es inseparable. La fe le da colorido y tono, moldea su carácter y asegura sus resultados.

La oración es la final, la condición verdaderamente indispensable para la verdadera oración:
 no es un deber "Sin fe es imposible agradar a Dios..." (He. 11:6).
 aislado, La oración no es un deber aislado, ni un principio independiente. Vive en asociación con los otros deberes cristianos; está ligada a otros principios y es compañera de las otras gracias. Pero con respecto a la fe, la oración es inseparable. La fe le da colorido y tono, moldea su carácter y asegura sus resultados.
 ni un principio independiente.

3

Oración y confianza

Cierta noche, salía de mi oficina en Nueva York, con un viento fuerte y helado que me golpeaba en la cara; tenía conmigo una gruesa bufanda, pero cuando la busqué para protegerme contra la tormenta, ya no la tenía. Me di la vuelta y miré hacia el suelo, buscando a lo largo de las calles que había recorrido, pero todo fue en vano. Entonces me di cuenta de que sin duda se me habría caído, y oré a Dios para que pudiera encontrarla, pues el tiempo era tan malo que corría el riesgo de enfermarme si no iba bien abrigado. Miré de nuevo por las calles pero no la hallé. De pronto, vi a un hombre al otro lado de la acera que sostenía algo entre sus manos. Crucé y le pregunté si ésa no sería mi bufanda. Me la entregó al tiempo que me decía que había llegado a sus manos traída por el viento. Aquel que rige la tormenta había usado al viento como un medio para contestar mi oración...

La confianza es la fe en su grado más absoluto y consumado y su pleno florecimiento: es la creencia firme e inamovible; un acto consciente, un hecho del cual los creyentes estamos plenamente sensibles.

WILLIAM HORST

La confianza es la fe en su grado más absoluto y consumado y su pleno florecimiento: es la creencia firme e inamovible; un acto consciente, un hecho del cual los creyentes estamos plenamente sensibles. De acuerdo al concepto escritural, la confianza es también el ojo y el oído del alma renovada, el sentimiento, el gusto y el sentir espiritual.

¡Qué luminosa, consciente, poderosa y, sobre todo, qué escritural es esa confianza! Qué diferente a las supuestas formas de creer de hoy día; tan frías, débiles y áridas, que no nos traen la conciencia de su presencia, ni tampoco el gozo inefable y lleno de gloria que se deriva de su ejercicio: toda la transacción tiene lugar en el reino del "quizás" o el "tal vez".

Pero, en cambio, la confianza se vive y se siente, al igual que la vida misma. Una vida de la cual no se tiene conciencia ni sentido es una contradicción, y una confianza que no se puede sentir ni apreciar es un engaño. La confianza es todo sentimiento, y opera únicamente por amor.

A menudo la fe es demasiado débil para obtener inmediatamente las cosas de Dios, de manera que debe esperar en obediencia hasta que crezca en fortaleza y sea capaz de traer lo eterno al terreno del tiempo y la experiencia. Al llegar a este punto, la confianza pone en juego todas sus fuerzas y, en la lucha, se apodera de todo aquello que Dios ha hecho de su sabiduría eterna y plenitud de gracia.

Esta confianza de la cual estamos hablando es una convicción. ¿Podrá acaso existir una convicción sin ser sentida? ¡Qué absurdo!

La confianza ve a Dios obrando aquí y ahora. Elevando su mirada hacia lo eterno y lo invisible, se da cuenta de que el Creador ha hecho grandes cosas. La confianza trae la eternidad dentro de los anales de los sucesos y el tiempo, transmuta la sustancia de la esperanza en la realidad y cambia la promesa en posesión presente. Sabemos cuando estamos confiando, al igual que cuando estamos viendo con nuestros ojos o cuando estamos palpando con nuestro tacto; porque la confianza ve, recibe, retiene.

Ocurre además que a menudo la fe es demasiado débil para obtener inmediatamente las cosas de Dios, de manera que debe esperar en obediencia hasta que crezca en fortaleza y sea capaz de traer lo eterno al terreno del tiempo y la experiencia. Al llegar a este punto, la confianza pone en juego todas sus fuerzas y, en la lucha, se apodera de todo aquello que Dios ha hecho de su sabiduría eterna y plenitud de gracia.

Y cuando se trata de esperar en oración, la fe se eleva a su plano más alto y se torna en un verdadero don de Dios. Es la bendita disposición y expresión del alma que está asegurada por una constante relación con lo Alto.

Al igual que la oración, la confianza crece rápida y ricamente en la cámara de la oración. Su desarrollo es rápido y efectivo cuando se mantiene el ejercicio constante; éste le aporta vigor, así como la presencia del sol hace florecer y fructificar la vegetación.

No obstante, en primer lugar, no es tanto confianza en la Palabra o las promesas de Dios, sino en el mismo Dador; puesto que la confianza en la Persona de Dios debe preceder a la confianza en su Palabra:

“Creéis en Dios, creed también en Mí” (Jn. 14:1).

Esta es la demanda que nuestro Señor hizo en cuanto a la confianza personal de sus discípulos. Fue también la gran verdad que el Señor quiso hacer entender a Marta, cuando su hermano estaba muerto en aquel hogar de Betania y ella afirmó entonces su fe en el hecho de la resurrección de su hermano:

“Marta le dijo: *Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero*” (Jn. 11:24).

Pero el Señor elevó su verdad por encima del hecho de la resurrección, hasta su propia Persona, diciéndole:

“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en Mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? Le dijo: *Sí, Señor; yo he creído que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo*” (Jn. 11:25-27).

Es decir, la Persona de Jesucristo debe ser el centro, el ojo de la confianza; no en un hecho histórico o en un simple registro o en algo muy pasivo, sino en una Persona, cobrando vivencia y vitalidad.

Empero la confianza que inspira nuestra oración no debe ser sólo en la Persona de Dios y de Cristo, sino también en su capacidad y voluntad de garantizar aquello por lo que se ora. Nuestro Señor consideró este aspecto como condición indispensable para la oración efectiva, y enseñó que la misma no proviene de la mente, sino del corazón. Una confianza tal tiene la seguridad divina de que será honrada con respuestas completas y definidas.

¿Creemos sin dar lugar a las dudas? ¿Creemos que no sólo recibiremos lo que pedimos para un día futuro, sino que esa petición puede considerarse ya como recibida? Ésta es la enseñanza de las Sagradas Escrituras. ¡Cuánto necesitamos orar «Señor, auméntanos la fe», hasta que la duda se haya desvanecido y la confianza implícita reclame la bendición prometida como su más cara pertenencia! Lo cual se alcanza únicamente después de muchos fracasos, oración, espera y pruebas de fe...

La lamentable falta de confianza y el fracaso resultante de los discípulos se hace evidente en el caso de aquel hombre que trajo a su hijo lunático mientras el Señor estaba en el *monte de la transfiguración*. Este chico, gravemente enfermo y afligido por un demonio, fue traído por su padre a nueve de los discípulos para que le librasen de su mal. Ellos habían sido comisionados para hacer esta clase de trabajo; era parte de su misión. Trataron éstos de echar fuera el demonio, pero no lo lograron; el diablo era demasiado poderoso para ellos... Y se sintieron avergonzados y humillados ante este triunfo del enemigo.

En medio del incidente y de la confusión, el Señor se acercó, y fue informado acerca de las circunstancias.

He aquí sus palabras:

La Persona de Jesucristo debe ser el centro, el ojo de la confianza; no en un hecho histórico o en un simple registro o en algo muy pasivo, sino en una Persona, cobrando vivencia y vitalidad.

En sus tratos con las diferentes personas, el Maestro no dio largas disertaciones teológicas o análisis sobre la confianza. Él sabía que los hombres verían lo que era la fe mediante lo que ella misma era capaz de obrar. Era el producto de su labor, su poder y su Persona.

“¡Oh, generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Traédmelo acá. Y reprendió Jesús al demonio, el cual salió del muchacho, y éste quedó sano desde aquella hora. Vi-niendo entonces los discípulos a Jesús, aparte, dijeron: ¿Por qué nosotros no pudimos echarlo fuera?. Jesús les dijo: *Por vuestra poca fe; porque de cierto os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: ‘Pásate de aquí allá’; y se pasará. Y nada os será imposible. Pero este género no sale si no es con oración y ayuno*” (Mt. 17:17-21).

¿Dónde radicaba el problema en el caso de estos hombres? Habían sido inconsecuentes en cultivar su fe por medio de la oración y, como consecuencia, su confianza les falló en el momento más apremiante. No habían puesto su confianza en Dios, ni en su misión, ni en ellos mismos. Así sucede en la Iglesia de Cristo. El fracaso viene como consecuencia de la falta de confianza, o de una debilidad de fe, lo cual, a su vez, se origina en la ausencia de una vida de oración consistente.

Muchos fracasos en los esfuerzos de hacer surgir un avivamiento pueden atribuirse a la misma causa. La fe no ha sido nutrida por medio de la oración. Estar mucho tiempo de rodillas con nuestro Dios es la única seguridad de que contaremos con su poder en nuestras luchas personales o en nuestros esfuerzos para llevar a los pecadores a la Luz.

En sus tratos con las diferentes personas, el Maestro no dio largas disertaciones teológicas o análisis sobre la confianza. Él sabía que los hombres verían lo que era la fe mediante lo que ella misma era capaz de obrar. Era el producto de su labor, su poder y su Persona. La confianza es algo muy espléndido para encerrarla en una simple definición verbal, y demasiado espontánea y sincera para resumirla en términos teológicos. Esa misma sencillez y simplicidad es la que asombra a mucha gente que espera alguna cosa grandiosa o espectacular.

Así, por ejemplo, cuando trajeron a Jairo la nefasta noticia de la muerte de su hija, nuestro Señor dijo:

“No temas, cree solamente” (Mr. 5:36; Lc. 8:50).

A la mujer que estaba enferma durante tantos años con flujo de sangre y que vino temblando y se postró ante Él, le dirigió estas palabras:

“Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado” (Lc. 8:48).

Y la mujer fue salva desde aquella hora.

O cuando aquellos dos ciegos le siguieron dando voces diciendo: “¡Ten misericordia de nosotros, Hijo de David!”, Él les respondió:

“*Conforme a vuestra fe os sea hecho.* Y los ojos de ellos fueron abiertos” (Mt. 9:29 y 30).

Asimismo, cuando el paralítico fue bajado a través del techo de aquella casa en la que el Señor Jesús estaba impartiendo sus enseñanzas, la Escritura registra estos acontecimientos:

“Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la Tierra para perdonar pecados. A ti te digo: *Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa*” (Lc. 5:24).

También, cuando el Señor despidió al centurión cuyo siervo estaba gravemente enfermo, y que había venido a Él solicitándole que pronunciara la Palabra sanadora sin siquiera ir a su casa, Él dijo lo siguiente:

“*Ve, y como creíste te sea hecho.* Y su criado fue sanado en aquella misma hora” (Mt. 8:13).

Igualmente, cuando el pobre leproso cayó a los pies de Jesús, exclamando: “Señor, si quieres, puedes limpiarme”, y el Señor Jesús le respondió:

“*Quiero, sé limpio.* Y al instante su lepra desapareció” (Mt. 8:3).

Y a la mujer sirofenicia que vino a Jesús con el caso de su niña endemoniada, rogándole que echase al demonio de su hija, le respondió:

“*Por esta Palabra ve; el demonio ha salido de tu hija.* Y cuando llegó ella a su casa, halló que el demonio había salido, y a la hija acostada en la cama” (Mr. 7:29, 30).

De igual modo, el ciego Bartimeo, sentado en la calzada, oyó que nuestro Señor pasaba por allí, y gritó casi con desesperación: “¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!” Los tiernos oídos del Maestro captaron inmediatamente el sonido de la oración, y respondió así al mendigo:

“*Vete, tu fe te ha salvado.* Y en seguida recobró la vista, y seguía a Jesús en el camino” (Mr. 10:52).

Y a aquella mujer que lloraba, lavando sus pies con sus lágrimas, y enjugándolos con sus cabellos, el Señor la confortó con estas palabras:

“Tus pecados te son perdonados” (Lc. 7:48).

Cierto día, el Señor Jesús sanó a diez leprosos a la vez, en respuesta a su oración unida: “¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!” Y les dijo:

Nuestro Señor coloca la confianza como la piedra angular y la base de la oración. Es más, toda la obra y el ministerio de Cristo fue dependiente de una confianza implícita en su Padre. El centro de la confianza es, pues, Dios.

Es un poco difícil distinguir las actividades específicas de estas dos cualidades; la fe y la confianza. Pero hay un punto en el cual la fe es aliviada de su carga, por así decirlo; y que es precisamente donde la confianza entra en acción y nos dice: "Tú has hecho tu parte, el resto es mío".

"Id, mostraos a los sacerdotes. Y aconteció que mientras iban, fueron limpiados" (Lc. 17:14).

Finalmente, volviendo al caso del hijo endemoniado, después de que los discípulos hubieran fracasado en echar fuera al demonio del hijo de aquel noble, su padre vino a Jesús con la siguiente súplica:

"... pero si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos" (Mr. 9:22).

Jesús le dijo:

"Si puedes creer, al que cree todo le es posible" (Mr. 9:23).

Y es que nuestro Señor coloca la confianza como la piedra angular y la base de la oración. Es más, toda la obra y el ministerio de Cristo fue dependiente de una confianza implícita en su Padre. El centro de la confianza es, pues, Dios. No es meramente la creencia en que Dios puede bendecir, o que bendecirá, sino en que ya ha bendecido, aquí y ahora.

Tales registros bíblicos del ejercicio y recompensa de la fe nos hacen ver que, prácticamente en cada caso, la fe ha sido mezclada con la confianza, hasta casi poder afirmar que la primera fue absorbida por la última. Es un poco difícil distinguir las actividades específicas de estas dos cualidades; la fe y la confianza. Pero hay un punto en el cual la fe es aliviada de su carga, por así decirlo; y que es precisamente donde la confianza entra en acción y nos dice: "Tú has hecho tu parte, el resto es mío".

Cuando un creyente en Cristo tiene una fe de tan magníficas proporciones, está dentro del mismo corazón de una confianza implícita e invencible. Ha alcanzado realmente el cenit de la fe, el cual yace en una confianza inalterable, firme e inalienable en el poder del Dios viviente.

4

La oración, la alabanza y la súplica

El descuido de la oración es un gran obstáculo a la santidad: "No tenéis, porque no pedís". ¡Oh, cuán dulce y suave, cuán humilde, cuán lleno de amor para con Dios y los hombres, podrías haber sido con sólo habérselo pedido! Si hubieras continuado orando... Pide, que te sea posible experimentar y practicar de modo perfecto toda la religión que Jesús describió de modo tan hermoso en el Sermón del Monte.

JOHN WESLEY

Pablo nos manda al aposento para la hora quieta. Allí, Él nos encuentra, y allí también su mano nos bendice, nos libra y nos ayuda. Éste es el lugar donde la presencia y el poder de Dios son realizados más plenamente que en cualquier otro...

Y es que nada es demasiado grande para que no pueda hacerse cargo de ello la oración. Nada es demasiado pequeño para que no pertenezca a los secretos consejos del aposento quieto. El que tiene los cabellos de nuestra cabeza contados, y que no deja de notar a unos gorriones que picotean por el suelo, no es tan grande o elevado que no pueda notar todo lo que se refiere a la felicidad, las necesidades y la seguridad de sus hijos:

"¡Oh, qué amigo nos es Cristo!

Él llevó nuestro dolor

y nos manda que llevemos
todo a Dios en oración.

¿Está el hombre desprovisto
de paz, gozo y santo amor?

Esto es porque no llevamos
todo a Dios en oración.

¿Estás débil y cargado
de cuidados y temor?

A Jesús, refugio eterno,
muéstraselo en oración.

¿Te desprecian tus amigos?

Muéstraselo en oración;

Nada es demasiado grande para que no pueda hacerse cargo de ello la oración. Nada es demasiado pequeño para que no pertenezca a los secretos consejos del aposento quieto.

La súplica y la alabanza, o acción de gracias, aparecen unidas a la oración.

en sus brazos de amor tierno paz tendrá tu corazón".
"... haciendo conocidas vuestras peticiones delante de Dios", dice Pablo. Con esta declaración, el apóstol cubre todos los departamentos de los acontecimientos posibles para el hombre, sus condiciones y posibilidades; y añade:

"... en todo, mediante oración y ruego, con acción de gracias" (Fil. 4:6).

Así, la súplica y la alabanza, o acción de gracias, aparecen unidas a la oración. No es la dignidad y pompa de la forma del culto lo hermoso del ceremonial, lo magnífico del ritual, ni aun la simplicidad de los sacramentos lo que tiene valor. No es tampoco que el alma se humille ante Dios, ni la reverencia temerosa que nos deja sin palabras lo que beneficia al alma en este servicio de la oración, sino la intensidad de la súplica, el mirar y elevar el alma a Dios en lo ardiente del ruego por lo que deseamos y por lo que hacemos la petición.

Debe haber, asimismo, la gratitud expresada en alabanza. Esto no consiste únicamente —y como ya hemos visto en apartados anteriores— en la poesía de alabanza, ni en la profundidad de la voz, ni es una unción de la prosa; tiene que haber gracias que broten espontáneas del corazón que recuerda el pasado y ve a Dios en Él, mientras la voz proclama este sincero reconocimiento. Lo profundo de nuestro corazón debe expresarse exteriormente... La música del alma debe aflorar a los labios. Pues el corazón está iluminado por la presencia de Dios, entusiasmado por Dios, guiado por su mano. Sí, el alma debe participar en ambos ejercicios espirituales...

"Haced conocidas vuestras peticiones delante de Dios" (Fil. 4:6).

Esto es, las peticiones deben ser expresadas. El silencio no es oración. Y la oración es pedir a Dios algo que no tenemos y que deseamos y que Él nos ha prometido. Es verdaderamente una petición verbal. Las palabras son, pues, la forma externa de la oración. Los deseos son puestos en palabras. El que ora, suplica, usa argumentos, presenta promesas y expone necesidades.

Sí, hay oración en voz alta. El salmista dice:

"Tarde y mañana y al mediodía oraré, clamaré en voz alta" (Sal. 55:17).

A saber, el salmista está mendigando, oprimido y aturdido, ante Dios en súplica y acción de gracias. Todo esto es el incienso y el homenaje del alma a Dios. Repetimos, las peticiones hay que presentarlas ante Dios. Es entonces que desaparece la ansiedad y el cuidado, y el alma recibe la paz; la paz de Dios, que penetra en el corazón, "una paz que sobrepuja el entendimiento humano" (Fil. 4:7).

"Dejé todas mis cuitas a Jesús,
que clavó mis pecados en la cruz
el magnífico día que por fe
en la cruz, por salvarme, le miré.
Él la carga terrible de mis hombros quitó,
y su voz apacible mi dolor disipó.
Dejé todas mis cuitas al Señor
porque quita a las penas su amargor
y las lágrimas seca del mortal
con su tierna sonrisa celestial.
El desierto miramos que se torna vergel
cuando peregrinamos apoyados en Él".

En Santiago hallamos otra maravillosa descripción de la oración y de sus posibilidades. Tiene que ver con la enfermedad y la salud, el pecado y el perdón, la lluvia y la sequía. Leamos estas instrucciones:

"¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración. ¿Está alguno alegre? Cante alabanzas. ¿Está enfermo alguno entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia y oren sobre él, ungiéndole con aceite en el Nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si ha cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos vuestras faltas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo tiene mucha fuerza. Elías era hombre de sentimientos semejantes a los nuestros, y oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra durante tres años y seis meses. Y otra vez oró, y el Cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto" (Stg. 5:13-17).

Aquí hay oración para las necesidades propias e intercesión para otros; hay oración para necesidades físicas y oración para necesidades espirituales, plegarias para lluvia y plegarias para la sequía; plegarias para cosas temporales y para cosas espirituales. ¡Cuán maravillosas son todas estas posibilidades! La oración es capaz de paralizar la naturaleza; deteniendo con la mano las nubes y

Es la intensidad de la súplica, el mirar y elevar el alma a Dios en lo ardiente del ruego por lo que deseamos y por lo que hacemos la petición. Debe haber la gratitud expresada en alabanza; tiene que haber gracias que broten espontáneas del corazón que recuerda el pasado y ve a Dios en Él, mientras la voz proclama este sincero reconocimiento. Lo profundo de nuestro corazón debe expresarse exteriormente... La música del alma debe aflorar a los labios.

No hay distinción entre lo temporal y lo espiritual. Esta distinción es contraria a la fe, la sabiduría y la reverencia. Dios lo gobierna todo en la naturaleza y en la gracia.

el rocío, y puede hacer que las nubes viertan torrentes de agua. La oración hace fértil la tierra sedienta que puede así producir su fruto en sazón. Es también el camino para obtener el perdón de los pecados.

La afirmación de que "la oración eficaz del justo tiene mucha fuerza" nos hace evidente que hay mucha energía encerrada dentro de la oración; poder latente que es puesto en marcha por la fuerza de la oración del justo. Por ella, se articulan los beneficios maravillosos que Dios tiene preparados para la salud y la regulación de los bienes naturales. Las posibilidades de Dios son, en definitiva, el tope de lo que el hombre puede conseguir por medio de la oración. ¿Acaso nuestros corazones no tiemblan de gratitud al contemplar tantas posibilidades?

"Recuerda que es a un Rey que te acercas, trae, pues, peticiones dignas de su alto trono; su gracia, su potencia puedes poner a prueba: nunca lo que tú pidas, se hallará más allá del poder de su mano".

No vale, pues, la oración a medias o desmayada, nada de resumir ni dejar caer la intensidad de la oración, si queremos ser librados de la ansiedad que causa tensión y crisis internas, y queremos recibir el fruto pleno de esta paz que sobrepasa todo entendimiento. El que ora debe hacerlo con toda su alma, poniendo en juego todos los atributos espirituales.

De la misma manera que se nos dice que le llevemos todo a la atención del Todopoderoso en oración, se nos asegura también que Él cuidará de ello.

No hay distinción entre lo temporal y lo espiritual. Esta distinción es contraria a la fe, la sabiduría y la reverencia. Dios lo gobierna todo en la naturaleza y en la gracia. El hombre es afectado por el tiempo y por la eternidad, por lo de este siglo y por lo del venidero. La salvación del hombre está relacionada con sus negocios como con sus oraciones. Los negocios del hombre dependen de sus oraciones, lo mismo que de su diligencia.

De lo contrario, la peor dificultad para la piedad, la más astuta y mortal de las tentaciones del diablo se halla en los negocios y las cosas de este mundo. Los cuidados más pesados y que más nos aturden se hallan en los asuntos temporales. De modo que todo lo que nos afecta, todo lo que necesitamos, todo lo que no llega a pesar de que

lo esperamos, tenemos que ponerlo bajo el cuidado de la oración. Pues bendice todas las cosas, alivia y evita los problemas; porque la oración tiene en sí la posibilidad de afectar todo lo que nos afecta a nosotros. Aquí se ven las vastas posibilidades de la oración...

¡Cuán endulzada es por la oración la amargura de la vida! ¡Cuán corroborado es por ella el débil! La enfermedad huye ante la oración y se recobra la salud. Las dudas, penas, miedos, todo ello se retira ante la oración. La prudencia, el conocimiento, la santidad y el Cielo, todos esperan sumisos las órdenes de la oración. No hay nada fuera de su alcance. Tiene el poder de ganar todas las cosas en la provisión de nuestro Señor Jesucristo.

La prudencia, el conocimiento, la santidad y el Cielo, todos esperan sumisos las órdenes de la oración. No hay nada fuera de su alcance. Tiene el poder de ganar todas las cosas en la provisión de nuestro Señor Jesucristo.

5

Oración y deseo

El deseo no es simplemente lo que se quiere, sino un anhelo intenso por conseguir algo. En el área de los asuntos espirituales, es un coayudante vital de la oración. Se podría decir que prácticamente es algo esencial en la constitución y cuerpo de aquella. El deseo precede a la oración, la acompaña y es seguido por ella. A su vez, la oración es la expresión verbal del deseo.

Sé que algunos se burlarán de mí y me dirán que no me complique la mente con filosofía y teología. Pero la verdad de Dios arde en mí de tal manera, que tomo mi pluma y no tengo otro camino que escribir lo que he visto.

JACOB BEHEMEN

El deseo no es simplemente lo que se quiere, sino un anhelo intenso por conseguir algo. En el área de los asuntos espirituales, es un coayudante vital de la oración. Se podría decir que prácticamente es algo esencial en la constitución y cuerpo de aquella. El deseo precede a la oración, la acompaña y es seguido por ella. A su vez, la oración es la expresión verbal del deseo.

Si orar es pedir a Dios algo, entonces la oración ha de ser expresada; se hace manifiesta, mientras que el deseo es silencioso. La oración es oída; el deseo, no. Cuanto más profundo es el deseo, más fuerte será la oración. Por el contrario, sin un deseo auténtico, la oración es un sinnúmero de palabras que carecen de significado verdadero. Esa oración protocolar y formal, que no proviene del corazón y de los sentimientos, debe desecharse de la vida de todo hijo de Dios, puesto que su ejercicio es una pérdida de tiempo y de ella no se recibe ningún beneficio.

Pero aun cuando descubramos que no existe un auténtico deseo, debemos de orar igualmente. La Palabra de Dios lo ordena, y nuestro propio juicio y conciencia nos dicen que debemos orar, ya sea que nos sintamos con ganas o no. No hemos de permitir que nuestros sentimientos modifiquen nuestro hábito sagrado de la oración. En tales circunstancias, deberíamos "orar" para tener deseos de "orar", pues el tal es dado por Dios. Entonces, una vez que el Señor nos haya concedido el deseo de orar, hemos de hacerlo de acuerdo a los dictados de ese mismo deseo.

La ausencia de deseo espiritual debería preocuparnos y entristecernos, y nuestra actitud tendría que ser la de procurar su restauración, de manera que la oración se

convirtiera en una auténtica manifestación de los anhelos del corazón.

El sentido de verdadera necesidad crea en el alma un potente deseo. Cuanto más fuerte es el deseo, más ferviente será la oración. Ésta es la razón por la que los "pobres en espíritu" son eminentemente competentes para orar.

El hambre es una sensación activa de una necesidad física. Provoca el deseo de comer. De igual manera la conciencia interior de una necesidad espiritual crea o levanta el deseo, y el deseo irrumpe en oración.

Pero, ¿qué es el deseo? Un fuerte anhelo interior por algo que no poseemos, pero que somos conscientes de su necesidad para nosotros; algo que Dios ha prometido, y que puede ser asegurado por una ferviente oración ante el trono de su gracia.

Y llevado a un plano más elevado, es la evidencia del nuevo nacimiento, pues surge solamente de aquella alma que ha sido renovada:

"Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación" (1 P. 2:2).

Así, la ausencia de este santo deseo en el corazón es una prueba del declive del alma desde las cimas espirituales, o bien de que el nuevo nacimiento en realidad no ha tenido lugar:

"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados" (Mt. 5:6).

Estos santos con apetito de justicia son la prueba de un corazón renovado; la evidencia de una vida espiritual que vive y se desarrolla, eterna. Igual que los apetitos físicos son los atributos de un cuerpo viviente, no de un cadáver...

Y a medida que el alma renovada tiene hambre y sed de justicia, este santo deseo interior se manifiesta en una oración auténtica y ferviente.

Más aún, en la oración, nos basamos en el Nombre, méritos y obra intercesora del Señor Jesucristo, nuestro gran Sumo Sacerdote. Pero, llegando a las raíces de la oración, y analizando las condiciones y fuerzas que la acompañan, descubrimos sus bases vitales, las cuales están asentadas en el corazón humano. No se trata simplemente de nuestra necesidad: es el clamor del corazón por aquello que necesitamos, y por lo cual nos sentimos

El sentido de verdadera necesidad crea en el alma un potente deseo. Cuanto más fuerte es el deseo, más ferviente será la oración. Ésta es la razón por la que los "pobres en espíritu" son eminentemente competentes para orar.

Nuestros corazones necesitan de la obra y el ministerio del Espíritu Santo, no sólo para quitar lo malo que hay en ellos, sino también para poner lo bueno en su interior. Y podemos afirmar que en el mismo fundamento e inspiración de lo que es bueno yace el deseo auténtico del alma por los tesoros espirituales.

impelidos a orar. El deseo es la voluntad en acción; un anhelo consciente y fuerte que nace de la naturaleza interior. Exalta el objeto de su anhelo y fija nuestra mente en él. Por lo tanto, la oración que se eleva se convierte en una petición o súplica definida y específica. Conoce cuál es la necesidad, sabe qué es lo que puede suplirla y se pone en acción hasta apoderarse de ella.

Por ello, el deseo santo es favorecido y fomentado por una devota contemplación y adoración. La meditación sobre nuestra necesidad espiritual y la capacidad y voluntad de Dios en suplirla, incentiva el deseo por un sano crecimiento en el Espíritu. No obstante, resulta difícil evaluar la intensidad de nuestros deseos según el barómetro de la oración; ya que los fracasos se evidencian mucho más en nuestros deseos, que en la expresión externa que damos a la oración. Mantenemos la forma, mientras que la vida interior decae y llega casi al borde de la extinción.

Definitivamente, nuestros corazones necesitan de la obra y el ministerio del Espíritu Santo, no sólo para quitar lo malo que hay en ellos, sino también para poner lo bueno en su interior. Y podemos afirmar que en el mismo fundamento e inspiración de lo que es bueno yace el deseo auténtico del alma por los tesoros espirituales. Esta llama divina del alma despierta el interés de los Cielos, atrae la atención de Dios y pone las riquezas de la gracia divina a disposición de los que no permiten que el fuego santo se extinga en sus corazones.

El debilitamiento de estos santos deseos en el corazón del creyente constituye uno de los peligros más agresivos para la vida de la Iglesia. Dios requiere el testimonio de una Iglesia llena de poder y fervor, y si los creyentes aquí en la Tierra no reúnen estas condiciones, no pueden ser dignos embajadores de su Señor en los Cielos. Dios mismo es fuego consumidor. Los intereses eternos de todo aquel que ha nacido de nuevo constituyen el celo santo indispensable en la vida de cada auténtico hijo de Dios.

Jesús fue la antítesis de la excitabilidad nerviosa, lo absolutamente opuesto a la intolerancia y la queja, pero aun así el celo de la casa de Dios le consumía y todavía hoy el mundo puede sentir la llama y el resplandor de su valor y "fuego consumidor".

Repetimos, la falta de entusiasmo en la oración es un signo evidente de falta de profundidad e intensidad en los

deseos espirituales, y la ausencia de ellos es a su vez un signo de ausencia de Dios en dicho corazón. Dejar apagar el fervor equivale a apartarse de Dios. Él puede tolerar muchas cosas en la vida de sus hijos, ciertamente llena de errores y defectos; Él perdonará el pecado cuando su hijo o hija oren arrepentidos... Pero hay dos cosas que son intolerables ante su presencia: la falta de sinceridad y la tibieza.

Podríamos preguntarnos si la debilidad de nuestros deseos por Dios, por el Espíritu Santo y por toda la plenitud de Cristo no podría ser la causa de nuestra escasa oración y nuestro interrumpido e irregular ejercicio de la misma. ¿Estamos deseando ir en pos de estos tesoros celestiales? La realidad nos dice que la llama del corazón ha sido menguada por una tibieza espiritual que acosa a la Iglesia de Cristo en nuestros días. De igual manera, debemos recordar que ésta era la triste condición de los cristianos de Laodicea, a la cual el Espíritu dirige estas palabras:

"Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: *Yo soy rico y me he enriquecido y de ninguna cosa tengo necesidad.* Y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo" (Ap. 3:16 y 17).

Como renacidos espiritualmente, cuidémonos de no caer en semejantes pecados. Los principios religiosos que no tienen origen en un fervor sincero de corazón, tampoco tienen ni fuerza ni efecto. La llama del fervor es el ala por la cual se eleva la fe. Es la «oración eficaz del justo la que puede mucho» (Stg. 5:16).

La oración debe, pues, ser inflamada: la vida y el carácter cristiano lo necesitan; sobre todo, porque la falta de calor espiritual crea más infidelidad que la misma falta de fe. El no ser envuelto y consumido por las cosas «de arriba» es no interesarse por ellas en absoluto.

En estos días de actitudes tan frías con respecto a todo lo que es espiritual, nada si no un santo celo y fervor podrá mantener el brillo de los Cielos en nuestros corazones. Los primeros metodistas no tenían sistemas de calefacción en sus iglesias. Ellos decían que la llama en los bancos y el fuego en el púlpito debería ser más que suficiente para mantenerles en calor. Nosotros, en esta era, tenemos necesidad de tener el carbón viviente del altar de Dios y la llama consumidora de los Cielos fulgurando en nuestros

La falta de calor espiritual crea más infidelidad que la misma falta de fe.

Ni la erudición, ni la pureza de dicción, ni la elocuencia o la gracia personal pueden suplir la falta de este fuego interno. La oración asciende por medio de él. Las llamas le dan acceso al trono de la gracia cual si fueran alas. No puede haber incienso sin fuego, ni oración sin fervor.

corazones. Esta llama no es vehemencia mental ni tampoco energía de la carne; sino un fuego divino en el alma, la misma esencia del Espíritu...

Y ni la erudición, ni la pureza de dicción, ni la elocuencia o la gracia personal pueden suplir la falta de este fuego interno. La oración asciende por medio de él. Las llamas le dan acceso al trono de la gracia cual si fueran alas. No puede haber incienso sin fuego, ni oración sin fervor.

Y es que el deseo ardiente es la base para la oración constante y continua. No se trata de una débil y moderada inclinación, sino de un anhelo fortísimo, un ardor inextinguible que impregna, incendia y acondiciona el corazón. Es la llama de un principio presente y activo que fija su objetivo en la Persona de Dios. Y ofrece su incienso ante el Trono de la misericordia...

“¡Señor, no puedo dejarte hasta que no me bendigas; no vuelvas de mí tu rostro, porque es urgente mi caso”.

El secreto de la tibieza y desmayo del corazón, de la falta de oportunidad, de valor y fortaleza en la oración yace en la debilidad de nuestro deseo espiritual. Mientras que la falta de constancia en la oración es el origen de dicho debilitamiento. Esta clase de alma se ha apartado de Dios y sus deseos ya no van en pos de Él. No puede haber oración victoriosa sin un deseo consumidor.

¿Nos hemos preguntado acaso si nuestras oraciones están basadas en simple charlatanería o palabrería o si son auténticas súplicas elevadas al trono de Dios por medio de un corazón fervoroso y ardiente? El deseo es intenso pero estrecho, no puede expandirse sobre un área muy amplia. Anhela unas pocas cosas, y las desea tanto y con tal intensidad, que nada sino la voluntad de Dios para responder puede traer descanso y contentamiento. O sea, enfoca directo hacia su objetivo.

Pueden ser varias cosas las deseadas, pero son sentidas y expresadas en forma individual. David no suspiraba por todas las cosas, ni tampoco permitía que sus deseos se expandieran por cualquier parte sin tocar ningún punto definido en particular. He aquí la forma en que sus anhelos encontraron expresión:

“Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová y para inquirir en su templo” (Sal. 27:4).

Es precisamente el deseo expresado con exactitud lo que cuenta en la oración y hace descender de los Cielos la respuesta oportuna y necesaria. Y ésta, por consiguiente, es la base de toda oración que ha de recibir una respuesta adecuada. Ese deseo ferviente ha penetrado dentro del apetito espiritual y clama por ser satisfecho.

Concluimos: Dios está muy cerca del alma que sabe orar. Para verlo, conocerle y vivir con Él es necesario orar de una manera efectiva. Esta oración busca tener una revelación más clara, completa y rica de la Persona divina; de modo que para aquellos que oran de esta manera, la Biblia toma un nuevo significado por medio de la luz y revelación de este santo ejercicio espiritual. El requisito indispensable para toda oración genuina y eficaz es, finalmente, el deseo profundo que va en pos del mismo Dios y no descansa hasta que los más escogidos dones del Cielo son derramados en forma rica y abundante.

El requisito indispensable para toda oración genuina y eficaz es, finalmente, el deseo profundo que va en pos del mismo Dios y no descansa hasta que los más escogidos dones del Cielo son derramados en forma rica y abundante.

6

Oración y fervor

El proceso de la oración no radica sólo en expresar nuestros deseos ante Dios, sino en adquirir un espíritu ferviente y tratar de cultivarlo por todos los medios.

Santa Teresa se levantó de su lecho de muerte para terminar su trabajo. Inspeccionó cuidadosamente toda la casa a la cual fue llevada para pasar sus últimos días. Vio que todo estaba en su lugar, y luego asistió a las reuniones religiosas del día. Entonces, volvió a su cama, reunió a sus hijas a su alrededor... Y con una de las oraciones de David en sus labios, Teresa de Jesús fue a encontrarse con su amado Señor.

ALEXANDER WHITE, D.D.

El proceso de la oración no radica sólo en expresar nuestros deseos ante Dios, sino en adquirir un espíritu ferviente y tratar de cultivarlo por todos los medios.

La oración sin fervor no arriesga nada porque no tiene nada que arriesgar, viene con las manos vacías. Esas manos, además de vacías, nunca aprendieron la lección de apegarse y aferrarse a la Cruz.

La oración sin fervor no procede del corazón, es una cosa hueca, un vaso vacío. Los Cielos se abren para escuchar al hijo de Dios que ora poniendo su alma, corazón y hasta su vida misma en la súplica.

Nuestro Señor nos advierte seriamente en cuanto a la oración débil. Las Escrituras nos dicen que "los hombres deberían orar siempre y no desmayar" (Lc. 18:1). Esto significa que hemos de tener el suficiente fervor para mantenernos con conciencia viva y despierta durante los largos períodos de oración. El fuego hace que uno esté alerta y vigilante. La atmósfera que nos rodea está demasiado sobrecargada con fuerzas que oponen resistencia como para que seamos lánguidos o fríos en nuestras oraciones. Para llegar hasta los mismos Cielos, donde mora Dios con sus santos en luz, es necesario orar con un espíritu ardiente cual incienso que se ofrece frente al altar.

Muchos de los grandes caracteres de la Biblia fueron ejemplos notables de un espíritu fervoroso en búsqueda de Dios:

"Como el ciervo anhela jadeante por las corrientes de las aguas, así clama por Ti, oh Dios, el alma mía" (Sal. 42:1).

¡Qué intensos deseos del corazón se esperan aquí!
¡Qué anhelos tan santos por la Palabra del Dios viviente!

Éstas son las palabras de un hombre que vivió en un estado de gracia que fue arraigado profundamente en su propia alma. Y el salmista nos da otra declaración de lo que Dios hizo por el rey cuando su corazón se volvió al Señor:

"El rey se alegra en tu poder, oh Jehová; y en tu salvación, ¡cómo se goza! Le has concedido el deseo de su corazón, y no le negaste la petición de sus labios" (Sal. 21:1 y 2).

En otra oportunidad, se expresa así delante de Dios: "Señor, delante de ti están todos mis deseos, y mi suspiro no te es oculto" (Sal. 38:9).

¡Qué pensamiento tan gozoso! Nuestros gemidos internos, nuestros deseos secretos, los anhelos del corazón no están escondidos de los ojos de Aquel con quien tenemos que tratar en la oración.

El incentivo para un espíritu fervoroso delante del Señor es precisamente el mismo que se necesita para una oración continua y persistente. Si bien el fervor en sí no es oración, al emerger de un alma que busca a Dios, se hace muy precioso ante su Presencia. El fervor en la oración es el precursor de lo que Dios hará por medio de su respuesta. El nos dará el deseo de nuestro corazón en proporción al fervor de espíritu que tengamos cuando busquemos su rostro.

Dicho fervor tiene su asiento en el corazón, no en el cerebro ni en las facultades intelectuales de la mente. Por lo tanto, no es una expresión del intelecto. Es mucho más que un sentimiento poético o sublime; es el mismo palpitar de nuestra naturaleza emocional.

Crear el fervor de espíritu a nivel de nuestra voluntad no depende de nosotros, pero sí podemos orar a Dios para que nos lo implante. Nuestra parte es, pues, nutrirlo y guardarlo contra la extinción y prevenir su abatimiento o declinar. Con relación a este punto, dice Adoniram Judson Gordon:

"La auténtica oración requiere espíritus cargados con deseos genuinos y definidos. Un fervor lo suficientemente fuerte como para quitar el sueño, el cual inflama el espíritu y corta los lazos terrenales, pertenece a la oración que lucha y se afana por conseguir la bendición".

Si bien el fervor en sí no es oración, al emerger de un alma que busca a Dios, se hace muy precioso ante su Presencia. El fervor en la oración es el precursor de lo que Dios hará por medio de su respuesta.

Las oraciones deben estar "al rojo vivo", pues sólo así serán eficaces y recibirán las bendiciones anheladas. El calor del alma crea una atmósfera muy favorable a la oración, y es por medio de la llama ardiente del fervor que la oración asciende al Cielo.

Además, los hombres que son fervientes en espíritu son inclinados a la justicia, verdad, gracia y todas las otras maravillosas características que deben señalar a un hijo de Dios.

Por boca de un valiente profeta, Dios declaró las siguientes palabras, dirigidas precisamente a un rey el cual en un tiempo había sido sincero y fervoroso, pero a quien la prosperidad material y el éxito habían hecho que su fe se viniera abajo:

"Porque los ojos de Jehová contemplan toda la Tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con Él. Locamente has hecho en esto; porque de aquí en adelante habrá más guerra contra ti" (2 Cr. 16:9).

Sí, Dios había oído la oración de Asa en sus primeros días, pero sobrevino el desastre y la turbación, porque éste abandonó la vida de oración y la fe genuina.

Pablo es un ejemplo notable de un hombre con un ferviente espíritu de oración. Sus peticiones eran ardientes, centradas sobre el objeto de su deseo y sobre Dios, quien era plenamente capaz de responderle.

En Romanos 15:30 tenemos la palabra "ayudadme" en el pedido que hace Pablo para que cooperen con él en oración.

Asimismo, en Colosenses 4:12 tenemos la misma palabra pero traducida diferente:

"Epafras (...) siempre rogando encarecidamente por vosotros en sus oraciones".

Esto es, Pablo encarga a los romanos que le ayuden, lo cual quiere decir que necesita ayuda para la auténtica lucha que implica el orar con fervor. La palabra original significa "entrar en una lucha", o "pelear contra verdaderos adversarios".

Podríamos decir que las oraciones deben estar "al rojo vivo", pues sólo así serán eficaces y recibirán las bendiciones anheladas. Así también, diremos que la frialdad de espíritu estorba la oración, pues ésta no puede vivir en una atmósfera de "invierno espiritual". El calor del alma crea una atmósfera muy favorable a la oración, y es por medio de la llama ardiente del fervor que la oración asciende al Cielo. Entonces, el Espíritu Santo viene como fuego para morar en nosotros, y somos bautizados con el Espíritu Santo y con fuego.

Importunidad, una característica de la verdadera oración

Encuentro que es muy bueno perseverar en nuestras oraciones. Si puedo orar con perseverancia y continuar en forma persistente en mis súplicas al Todopoderoso, he descubierto que cuanto más aumentan esos momentos en secreto con Dios, más deleite y bendición recibo a cambio, y disfruto verdaderamente del espíritu de esas oraciones. Pero cuando por mis actividades u otras cosas ceso de orar con perseverancia, los resultados son totalmente opuestos.

DAVID BRAINERD

El Señor Jesucristo presenta la importunidad como una característica destacable de la verdadera oración. No solamente debemos orar, sino que debemos orar con gran urgencia y repetición.¹

1. Quizás haya quienes se sientan tentados a oponer Mateo 6:5-8 a esta afirmación del autor basada en Lucas 11:2-4; pero no puede haber contradicción en las enseñanzas de nuestro Salvador, y ello queda eficazmente probado en el resto de la revelación divina, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, como lo está demostrando el autor.

Los mejores intérpretes de las enseñanzas del Señor son los propios apóstoles que vivieron más cerca de Él y escucharon no solamente sus enseñanzas, sino que presenciaron su ejemplo (Lc. 6:12). Jesús esta refiriéndose en Mateo 6 a la oración rutinaria de los fariseos que consistía en repetir mecánicamente trozos de los salmos y citas de los más afanados rabinos, autores de su tradición, exactamente tal como están practicando todavía hoy los judíos, muchos católicos romanos y nosotros mismos cuando por comodidad nos limitamos en nuestras oraciones a repetir frases enclavadas en los recodos de nuestra memoria, sin que nuestro yo consciente participe activamente en dar un actual asentimiento a tales plegarias. El propio modelo de oración enseñada por el Señor ha sido y es objeto de tal abuso en la práctica del Rosario católico, y en muchas fórmulas rituales del protestantismo. Para evitar este peligro, sin descuidar tan precioso modelo de oración, es que algunos cristianos piadosos se han dedicado a repetirla en sus devociones, intercalando frases propias de asentimiento a cada una de las peticiones del Padrenuestro. De esta manera, han procurado hacer de la oración del Señor algo vivo y actual, evitando la monotonía e inconsciencia a que se prestan las mejores prácticas del culto ritualista.

Es necesario distinguir bien entre la oración muerta, fría, mecánica del actualismo que convierte en mérito muchas veces ostentoso la repe-

La importunidad consiste en la habilidad de asirse a las promesas de Dios, para esperar con un vivo y vehemente deseo, a la par que con reposada paciencia.

La oración en su forma más elevada asume la actitud de un luchador con Dios. Es la contienda, la prueba y la victoria de la fe; una victoria que no es obtenida de un enemigo, sino de Dios, quien prueba nuestra fe de modo que pueda aumentarla. Esto es lo que prueba nuestras fuerzas y nos hace más fuertes.

No debemos cansarnos de orar. Es necesario tener una profunda preocupación acerca de las cosas que pedimos, pues el Señor dejó bien claro el hecho de que el secreto de la oración, así como su éxito, radica en su carácter de urgencia, insistencia y apremio de nuestras oraciones delante de Dios.

En una parábola de exquisita simplicidad, nuestro Señor no enseñó solamente que los hombres deben orar, sino que deben orar con todo su corazón y presentar el asunto con vigorosa energía y valor:

“Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: *Hazme justicia de mi adversario*. Y él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: *Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia*. Y dijo el Señor: *Oíd lo que dijo el juez injusto. ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la Tierra?*” (Lc. 18:2-8).

El caso de esta pobre mujer era ciertamente un caso sin esperanza, pero su importunidad trajo esperanza desde los reinos de la desesperación y creó el éxito aun donde no existían las condiciones para el mismo.

No podría haber un ejemplo más vehemente para mostrar cómo la importunidad gana su batalla cuando todo lo demás ha fallado. El prefacio a esta parábola dice:

“También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre y no desmayar” (Lc. 18:1).

Jesús sabía que pronto los hombres se cansarían de orar y desmayarían de hacerlo. Así, para fortalecernos y estimularnos en el uso de tal privilegio, nos dio esta figura del maravilloso poder de la importunidad. Ésta es la enseñanza del Señor Jesucristo...

tición mecánica de las mejores oraciones y la insistencia en la oración que se ve obligada a repetir las mismas frases como una expresión del fervoroso anhelo de quien lucha con Dios en oración, no para conmovier al todo sabio y soberano Señor, sino para poner a tono su propio anhelo con la voluntad divina y exclamar como Jacob:

“No te dejaré, si no me bendices” (Gn. 32:26).

Otra parábola dicha por nuestro Señor viene a reforzar la misma gran verdad... Un hombre va a medianoche a casa de su vecino a pedir pan. Sus ruegos son fuertes, están basados en la amistad y en el compromiso de la necesidad; pero todas estas cosas fallan. No consigue el pan, pero sigue allí y presiona sobre el mismo punto, y al final de la espera sale ganando (Lc. 11:5-8). La clara importunidad triunfa donde todos los demás ruegos e influencias han fallado...

El caso de la mujer sirofenicia es también una parábola en acción. Aquella mujer fue interceptada cuando quiso acercarse a Cristo. Él mismo la trató con aparente indiferencia, con la frialdad del silencio y una simulada despreocupación, bien intencionada. Pero ella se acercó y volvió a insistir. Y fue humillada hasta el colmo cuando se la comparó con un miserable perro. Aun así, ella lo aceptó todo, se sobrepuso a todo y ganó por medio de su humilde, impávida e invencible importunidad. Entonces, el Hijo de Dios, sorprendido y complacido por esta persistente importunidad, le dijo:

“Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres” (Hch. 15:28).

Detengámonos, no obstante, en los detalles...

El Señor había llegado a su país, no queriendo que nadie lo supiese. Pero esta mujer le salió al encuentro, interrumpió su privacidad, atrajo su atención y derramó ante Él una súplica urgente y plena de fe y fervor. Todo su corazón estaba volcado en aquella oración.

Al principio, el Señor pareció no prestar atención a su agonía, e ignoró su clamor. No pareció escucharla, ni le respondió palabra alguna. Pero ella no se volvió atrás, ni se descorazonó, sino que persistió en su propósito. Los discípulos, ofendidos ante este silencio, intercedieron por ella, pero fueron silenciados por la declaración del Señor, la cual decía que aquella mujer estaba totalmente fuera del alcance de su misión y su ministerio.

Pero ni el fracaso de los discípulos en su tentativa de intercesión pudo desanimarla, sino que, por el contrario, su clamor e insistencia aumentaron. Ella se acercó aún más al Maestro, cayendo a sus pies, adorándole y clamando por el caso desesperante de su hija: “¡Señor, socórreme!” Y este último clamor ganó el caso; su hija fue sana en aquella misma hora. Llena de fe y esperanza ella perma-

Los hombres de oración deben ser fuertes en esperanza, fe y oración. Deben saber cómo esperar e insistir; esperar en Dios e insistir en sus acercamientos a su santa presencia.

Nuestros tiempos de oración importuna hacen marcas, como los diamantes, en los lugares más difíciles, y dejan huellas en nuestro carácter. Son los períodos salientes de nuestras vidas. Son las piedras memoriales que permanecen para siempre.

neció junto al Maestro, insistiendo y orando hasta que recibió la respuesta. ¡Qué ejemplo de oración ferviente e importuna, bajo condiciones que hubieran descorazonado a muchos, menos a un alma heroica y constante como la de aquella mujer!

Sí, el mismo Señor Jesucristo se rindió ante la importunidad de una gran fe. Y es que Él pone la habilidad de importunar como uno de los principales elementos de la oración. La oración de la mujer sirofenicia fue, sin duda, una muestra del poder de la importunidad, de un conflicto real que involucra vital energía y perseverancia.

El Señor nos enseña en esta experiencia que la respuesta a la oración esta condicionada de acuerdo a la cantidad de fe que acompaña a la petición. Para probar esto, Él demoró su respuesta. La oración superficial se disuelve en el silencio y desaparece siempre que la respuesta se tarda. Pero el hombre de oración se mantiene orando "sin cesar". El Señor reconoce y honra esta clase de fe, y da a su hijo o hija una rica y abundante respuesta.

Por el contrario, si la oración no tiene continuidad, puede no ser contestada. La importunidad consiste en la habilidad de asirse a las promesas de Dios, para esperar con un vivo y vehemente deseo, a la par que con reposada paciencia. La oración importuna no es un deseo incidental, sino una pasión, no una necesidad, sino una exigencia.

La oración en su forma más elevada asume la actitud de un luchador con Dios. Es la contienda, la prueba y la victoria de la fe; una victoria que no es obtenida de un enemigo, sino de Dios, quien prueba nuestra fe de modo que pueda aumentarla. Esto es lo que prueba nuestras fuerzas y nos hace más fuertes.

Sin embargo, las primeras lecciones sobre la importunidad fueron enseñadas en el *sermón del monte*:

"Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá" (Mt. 7:7; Lc. 11:9).

Estos son los primeros pasos:

"Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá" (Mt. 7:8; Lc. 11:10).²

2. Es curioso observar que esta exhortación a la vital insistencia en la oración se encuentra en el mismo pasaje o discurso en el que el Señor condena las vanas repeticiones del orar farisaico, con lo que se demuestra el verdadero sentido de la primera indicación y se suprime el argumento de contradicción que hemos antes comentado y aclarado.

Los beneficios y la necesidad de la importunidad también son enseñados por aquellos santos del Antiguo Testamento. Los hombres de oración deben ser fuertes en esperanza, fe y oración. Deben saber cómo esperar e insistir; esperar en Dios e insistir en sus acercamientos a su santa presencia.

Abraham nos ha dejado un ejemplo acerca de la importunidad intercesora cuando rogaba a Dios por Sodoma y Gomorra.

Moisés enseñó el poder de la importunidad cuando intercedió por Israel durante cuarenta días y cuarenta noches, ayunando y orando; y al final, sus ruegos se vieron coronados por el éxito.

La noche de lucha y oración de Jacob, por ejemplo, marcó una etapa que él no olvidaría en toda su vida. Le rescató, cambió la actitud y conducta de Esaú, cambió el carácter de Jacob, salvó y afectó su vida e influyó en los hábitos de toda una nación.

Igualmente, nuestros tiempos de oración importuna hacen marcas, como los diamantes, en los lugares más difíciles, y dejan huellas en nuestro carácter. Son los períodos salientes de nuestras vidas. Son las piedras memoriales que permanecen para siempre. El Señor Jesucristo, mediante sus enseñanzas y su ejemplo, perfecciona este principio del Antiguo Testamento sobre orar y esperar. ¡Qué extraño que el Hijo unigénito de Dios, que vino en misión directa del Padre, cuya vida y ley era el hacer la voluntad de su Padre Celestial, estuviera bajo la ley de la oración, y que las bendiciones que cayeron sobre Él fueran impregnadas y conseguidas por la oración!

Más extraño aún es que la importunidad en la oración fuera el proceso por el cual sobreabundaran las riquezas de Dios en su vida. Si no hubiera orado con importunidad, la transfiguración no hubiera figurado en su historia, ni las poderosas obras y prodigios hubieran coronado su carrera. Sus noches enteras en oración, esto era lo que llenaba de compasión sus días enteros de trabajos. La importunidad en la oración que hubo en su vida coronó su muerte con un glorioso triunfo. Él aprendió la costosa lección de la sumisión a la voluntad de Dios en las luchas de una oración continua antes de que en la cruz Él nos mostrara el cenit de esa sublime obediencia.

Decía el predicador Spurgeon:

El Señor Jesucristo, mediante sus enseñanzas y su ejemplo, perfecciona este principio del Antiguo Testamento sobre orar y esperar. ¡Qué extraño que el Hijo unigénito de Dios, que vino en misión directa del Padre, cuya vida y ley era el hacer la voluntad de su Padre Celestial, estuviera bajo la ley de la oración, y que las bendiciones que cayeron sobre Él fueran impregnadas y conseguidas por la oración!

Si el divino Hijo de Dios no pudo ser excepción a la regla de pedir para poder tener, usted y yo no podemos esperar que la regla sea quebrantada en nuestro favor.

“Ya sea que nos guste o no, pedir es la regla del Reino”.

“Pedid, y se os dará”, ésta es una regla que jamás será alterada en ningún caso. Nuestro Señor Jesucristo es el hermano mayor de la familia; sin embargo, Dios no quebrantó esta ley delante de Él. Recordad aquel salmo en el que Dios dice a su propio Hijo:

“Pídeme, y te daré por herencia las naciones. Y como posesión tuya los confines de la Tierra. Los quebrantarás con vara de hierro, como vasija de alfarero los desmenuzarás” (Sal. 2:8 y 9).

Si el divino Hijo de Dios no pudo ser excepción a la regla de pedir para poder tener, usted y yo no podemos esperar que la regla sea quebrantada en nuestro favor. ¿Por qué habría de serlo? ¿Qué razón podría exponerse por la cual tuviésemos que ser exentos de la oración? ¿Qué argumento podría haber en favor de que fuéramos libres de ese gran privilegio, y de la necesidad de elevar nuestras súplicas? Yo no veo ninguno. ¿Puede verlo usted? Dios bendijo a Elías y envió lluvia para la tierra de Israel, pero previamente Elías tuvo que orar por ella. Si la nación elegida tenía que prosperar, Samuel debía orar a su favor. Si los judíos debían ser liberados, Daniel tenía que interceder.

Dios bendijo a Pablo, y las naciones se convertían a través de su ministerio, pero Pablo debía orar. Él oró sin cesar; sus epístolas muestran que no esperaba recibir nada sin haberlo pedido en oración. Pocas cosas dan tan permanente vigor al alma como lo hace un largo rato de oración importuna. Pues marca una experiencia, una época, un nuevo calendario para el espíritu, una nueva vida para la fe y un sólido entrenamiento.

La Biblia nunca se cansa de insistir e ilustrar el hecho de que el más alto beneficio espiritual es en respuesta al más alto esfuerzo espiritual. Porque en la Biblia, así como en una auténtica vida cristiana, no hay lugar para deseos débiles, esfuerzos escasos, actitudes perezosas; todo debe ser tenaz, urgente y ardiente. Los deseos inflamados y la insistencia incansable son un deleite para los Cielos. En otras palabras, todo nuestro ser debe participar en nuestra oración; como John Knox, debemos decir y sentir: “Dame Escocia, o moriré”.

Nuestra experiencia y revelaciones de Dios nacen, pues, de un costoso sacrificio, de costosos conflictos, y de una costosa forma de orar.

La importunidad, repetimos, es una condición para la oración. No debemos presionar sobre el mismo asunto con repeticiones vanas, sino con urgentes demandas. No se trata de contar las veces, sino de ganar la batalla de la oración. No podemos dejar de orar, porque nuestra alma y corazón están allí. Oramos «con toda perseverancia». Insistimos en nuestros ruegos porque debemos tener la respuesta a todo costo. Y es que la perseverancia cuenta mucho, tanto para Dios como para los hombres... Si Elías hubiera cesado en su primera petición, los Cielos difícilmente hubieran dado su lluvia a una oración débil. Si Jacob hubiera dejado de orar al acostarse, no podría haber seguido vivo al otro día después de su encuentro con Esaú. Si la mujer sirofenicia hubiera permitido que su fe se sumiera en el silencio, deteniendo sus esfuerzos, su casa ensombrecida por la pena nunca hubiera recobrado el brillo de un hogar feliz por la sanidad de su hija.

“Orar y nunca desmayar” es el lema que Cristo nos da para nuestra vida de oración. Es la prueba para nuestra fe, y cuanto más severa sea ésta y más larga la espera, más gloriosos serán los resultados.

Si tú puedes tener todo a través de la oración, y sin ella nada, te ruego que veas cuán absolutamente vital es la oración, y te exhorto a que abundes en ella.

No existe la menor duda de que muchas de nuestras oraciones fracasan por falta de persistencia. Muy poco se puede lograr sin el fuego y la fuerza de la perseverancia. La persistencia es, definitivamente, la verdadera esencia de la oración genuina, debe estar allí como una fuerza de reserva. El Señor Jesús enseñó que la perseverancia es el elemento esencial de la oración; por tanto, los hombres deben ser diligentes cuando se arrodillan a los pies de Dios.

Pero sucede que muy frecuentemente nuestro corazón desmaya y abandonamos la oración justo en el punto donde deberíamos empezar. El abandono sucede justamente donde nos deberíamos asir con más fuerza. Nuestras oraciones son débiles porque no están hechas apasionadamente por una voluntad segura e incansable.

Dios ama al que ora con importunidad, y le envía respuestas que nunca hubieran sido obtenidas a no ser por la persistencia que rehúsa retirarse hasta que la petición se dé por hecha.

Resumiendo, Dios ama al que ora con importunidad, y le envía respuestas que nunca hubieran sido obtenidas a no ser por la persistencia que rehúsa retirarse hasta que la petición se dé por hecha.

8

Oración e importunidad

¡Con qué facilidad hablamos de orar sin cesar! Pero, ¡qué pronto somos a abandonar la oración si no hemos recibido contestación en una semana o un mes! Asumimos que por un solo camino de su voluntad, Dios tiene que darnos casi instantáneamente lo que pedimos. Nunca nos ponemos a pensar que Él es el Maestro y Creador de la naturaleza, al igual que de la gracia; y que a veces Él escoge distintas maneras pa- ra obrar. En ocasiones, la respuesta a una oración tarda años, y una vez contestada, al mirar hacia atrás, recién podemos darnos cuenta de la obra completa que Él ha hecho; pues Dios sabe todas las cosas... Él es el Único que ve el fin desde el principio, y su voluntad es que oremos de continuo y que sepamos de corazón y por experiencia lo que en realidad significa orar sin cesar.

ANÓNIMO

La oración importuna es un poderoso movimiento del alma hacia Dios, un remover de las profundas fuerzas del alma hacia el trono de la gracia divina. Es la habilidad de aferrarse, poseer y esperar. No es un incidente, ni siquiera un comportamiento, sino una pasión del alma. Tampoco es un deseo a medias, sino una fortísima necesidad.

Esta cualidad de luchar y vencer mediante la oración importuna no surge de la vehemencia física ni de la energía de la carne. No es un impulso de la energía humana, ni tampoco un mero entusiasmo del alma, sino una fuerza interna, una facultad implantada y levantada por el Espíritu Santo. Virtualmente, es la intercesión del Espíritu de Dios en nosotros; en otras palabras, es la oración eficaz y ferviente "que puede mucho" (Stg. 5:16). El Espíritu Divino, inflamando cada elemento dentro de nosotros, con la energía de su propio poder, nos urge a orar continuamente levantando nuestra súplica hacia el trono de la gracia, hasta que el fuego divino de la bendición es derramado. Esta lucha en la oración puede que no sea ruidosa ni vehemente, sino quieta, tenaz y urgente. Puede ser silenciosa pero a la vez constante y ferviente.

La oración importuna es un poderoso movimiento del alma hacia Dios, un remover de las profundas fuerzas del alma hacia el trono de la gracia divina. Es la habilidad de aferrarse, poseer y esperar. No es un incidente, ni siquiera un comportamiento, sino una pasión del alma. Tampoco es un deseo a medias, sino una fortísima necesidad.

La oración que la Escritura declara ser efectiva es aquella oración ferviente y eficaz hecha por el hombre justo.

Nada distingue a los hijos de Dios tan clara y fuertemente como la oración: es la señal y prueba infalible de un cristiano. Esto es, los cristianos son gente de oración, mientras que los no convertidos no conocen este privilegio enorme. Los creyentes apelan a Dios, los mundanos le ignoran y no mencionan su Nombre.

Pero aún el creyente tiene necesidad de cultivar la oración continua. La oración debe ser algo habitual, pero todavía va mucho más allá de las implicaciones de este término: es la expresión de una relación auténtica con Dios, el deseo más puro por una completa comunión con el Señor.

Tiene, además, estrecha relación con la madurez espiritual. El hombre que no ora no puede ser llamado cristiano. No existe un pretexto posible para justificar la ausencia de oración en el creyente, puesto que la oración es la única forma en que el alma del hombre puede entrar en comunión con Dios. Por lo tanto, el que no ora no es de la familia de la fe.

Pero lo que ahora nos interesa especialmente es la oración importuna; el presionar de nuestros deseos ante Dios con urgencia y perseverancia, la oración con esa tenacidad y tensión que no disminuye ni cesa hasta que su ruego es oído y su causa ganada.

El que tiene una clara visión de Dios y de los conceptos escriturales de su carácter divino, quien aprecia este privilegio de poder acercarse al Señor y entiende perfectamente esa necesidad interior de todo lo que Dios tiene para él, ese hombre será solícito, expresivo, ferviente e importuno. La oración que la Escritura declara ser efectiva es aquella oración ferviente y eficaz hecha por el hombre justo. Esto quiere decir que es una oración que sale del corazón, cuya llama no es débil ni momentánea, sino que brilla continuamente con un fulgor inextinguible.

Las repetidas intercesiones de Abraham a favor de la salvación de Sodoma y Gomorra presentan un buen ejemplo de la necesidad y beneficio derivado de la oración importuna. Jacob, en su lucha con el ángel durante toda una noche, da un énfasis muy significativo al poder de la perseverancia en la oración, y nos muestra cómo, en las cosas espirituales, la importunidad se ve coronada por el éxito y la victoria.

Moisés oró cuarenta días y cuarenta noches, con el propósito de detener la maldición de Dios sobre Israel, y su ejemplo y éxito son un estímulo para la fe de nuestros días. Elías repitió su oración siete veces y, entonces, sobre el horizonte, apareció la nube que traería la lluvia, adelantando el éxito de su oración y la victoria de su fe. En una ocasión, Daniel, aunque cansado y debilitado, insistió en su causa durante tres semanas y, entonces, llegó la respuesta y la bendición.

La importunidad de la mujer sirofenicia hizo que consiguiera la victoria y que su petición se viera cristalizada. En lugar de ser una ofensa para el Salvador, Él pronunció estas hermosas palabras en favor de aquella madre angustiada:

“Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde aquella hora” (Mt. 15:28).

Y es que las oraciones frías no tienen cabida en el Cielo, ni audiencia en la corte de lo Alto; sólo el fuego es la vida de la oración, y el Cielo es alcanzado por la importunidad de un corazón anhelante...

Nuestro precioso Salvador pasó muchas noches continuas en oración cuando estuvo aquí en la Tierra. En el Getsemaní presentó la misma petición tres veces, con una importunidad sumisa e imbatible, el cual involucraba cada elemento de su alma; y como expresión externa de este esfuerzo de su rostro brotó sudor y sangre. Los tiempos de crisis y victorias de su vida fueron acompañados por la oración.

Dios espera pacientemente a que sus escogidos clamen a Él día y noche. Escucha conmovido sus peticiones mil veces más que aquel juez injusto de la parábola, y da la respuesta oportunamente.

Y Dios encuentra una fe muy valiosa en aquellos hijos que permanecen en oración. Así, Él la honra la fe, permitiendo que se ejercite, sea fortalecida y enriquecida. Entonces, la recompensa levantando la carga agobiante del corazón y derramando abundante bendición juntamente con su sabia respuesta.

Dios espera pacientemente a que sus escogidos clamen a Él día y noche. Escucha conmovido sus peticiones mil veces más que aquel juez injusto de la parábola, y da la respuesta oportunamente.

9

Oración e importunidad (continuación)

La energía, el valor y la perseverancia deben respaldar las oraciones dignas de ser oídas por Dios. El Cielo tiene oídos únicamente para aquellos que elevan sus oraciones de corazón.

Dos tercios de la oración que hacemos es por aquello que nos daría el mayor placer posible al recibirlo. Es una clase de autoindulgencia espiritual en la cual nos comprometemos y, como consecuencia, es exactamente lo opuesto a la autodisciplina. Dios sabe todo esto, y permite que sus hijos le pidan. En el proceso del tiempo —su propio tiempo—, nuestras peticiones toman otro aspecto, y nosotros, otra visión espiritual. Dios nos deja seguir orando hasta que en su sabiduría se digna a contestarnos. Y no importa el tiempo que pueda transcurrir hasta que Él responda, pues aun así, siempre es mucho más temprano de lo que tenemos derecho a esperar o merecer.

ANÓNIMO

Hemos dicho que el punto principal de las enseñanzas de Cristo con respecto a este tema es aclarar que los hombres deben orar con un fervor y anhelo tal que no pueda serles negado. La energía, el valor y la perseverancia deben respaldar las oraciones dignas de ser oídas por Dios. El Cielo tiene oídos únicamente para aquellos que elevan sus oraciones de corazón.

Todas estas cualidades del alma, tan esenciales para la oración efectiva, son presentadas en la parábola del hombre que fue a medianoche a casa de su amigo para pedirle tres panes. Este hombre fue con la confianza de que obtendría lo que pedía; su necesidad era imperiosa, y sabía que no podía volverse con las manos vacías. Por eso, la negativa de su amigo le sorprendió grandemente. ¡Hasta la amistad había fallado en ese momento! Pero aún quedaba algo que intentar: presionar su petición hasta que la puerta se abriera y su pedido le fuera otorgado. Esto fue exactamente lo que sucedió, y así, por medio de la importunidad, se aseguró de lo que una solicitud ordinaria hubiera fallado en conseguir.

El éxito de este hombre, conseguido en las mismas puertas del fracaso, fue usado por el Salvador para ilustrar

la necesidad de la insistencia en las súplicas ante el trono de la gracia divina.

Y es que cuando no se recibe la respuesta en forma inmediata, el cristiano que sabe orar debe reunir ánimo y valor en cada demora, y avanzar en su premura hasta que venga la respuesta. Hemos de tener fe para insistir en la petición hasta obtener la seguridad de recibir lo pedido.

La oración importuna es el más ardiente movimiento del corazón hacia Dios. Es la puesta en marcha de toda la fuerza del hombre espiritual dentro del ejercicio de la oración. Isaías se lamentaba de que nadie se esforzara en aferrarse a Dios. ¡Y eso que en los tiempos de Isaías se hacía mucha oración! Pero era una clase de oración fácil, indiferente y complaciente. No habían poderosos movimientos del alma hacia Dios, ni energía santa inclinada para apropiarse de los tesoros de su gracia. Tales oraciones sin esfuerzo no tienen poder para sobreponerse a las dificultades, ni para conseguir resultados que traigan aparejada una completa victoria. Isaías, sin embargo, miraba adelante con la esperanza de que un día la religión florecería, y habrían tiempos de verdadera oración. Cuando esos tiempos vinieran, los hombres no abandonarían su vigilancia, sino que clamarían día y noche, y sus esfuerzos persistentes mantendrían comprometidos todos los intereses espirituales y abrirían las puertas a los tesoros infinitos.

La laxitud, el desmayo de corazón, la impaciencia y timidez son actitudes fatales para nuestras oraciones.

Por el contrario, la oración importuna nunca desmaya ni se debilita, no se desanima, ni se rinde a la cobardía, sino que es sostenida por una clase de esperanza que no conoce la desesperación, y una fe que se aferra fuertemente a la promesa. Tiene paciencia para esperar y fortaleza para continuar, y rehúsa levantarse de sus rodillas hasta no recibir la respuesta.

Las palabras del gran siervo de Dios, Adoniram Judson Gordon, son el testimonio de un hombre que hacía uso de la oración importuna:

“En todo aquello que puse verdadero y profundo interés, Dios me ha respondido de la manera menos imaginable. A su tiempo debido y en una manera perfecta, la respuesta vino para llenar mis más caros anhelos”.

La oración importuna es el más ardiente movimiento del corazón hacia Dios. Es la puesta en marcha de toda la fuerza del hombre espiritual dentro del ejercicio de la oración.

La fe tiene una estrechísima relación con la oración y, por supuesto, está inseparablemente asociada con la importunidad. Pero esta última cualidad guía a la oración hasta el punto culmine de la fe y de la confianza.

Volvamos a la parábola del hombre que fue a media-noche a casa de su amigo; en ella se nos da una lección sumamente significativa; un valor inquebrantable, una persistencia incesante y un propósito fijo y definido son algunas de las cualidades principales incluidas en la forma más elevada y victoriosa de la oración del auténtico hijo de Dios (véase Lc. 11:5-8).

La importunidad está compuesta por intensidad, perseverancia, paciencia y persistencia. La misma demora en recibir respuesta a la oración es el terreno propicio para la importunidad. En el evangelio de Mateo tenemos una ilustración de cómo a veces Dios no responde inmediatamente a aquellos que claman a Él... Dos ciegos clamaron al Señor y le siguieron con su petición continuada: "¡Ten misericordia de nosotros, Hijo de David!" (Mt. 9:27).

Pero Él no les contestó. Aun así, aquellos enfermos necesitados le siguieron y, finalmente, consiguieron la respuesta a su súplica.

También, el caso del ciego Bartimeo es un ejemplo notable de lo que venimos tratando, en especial destacable por la muestra de persistencia que este hombre manifestó en su apelación al Señor. Si su primer clamor fue hecho cuando Jesús entraba a la ciudad de Jericó, y continuó hasta que el Señor se acercó hasta donde él estaba, ésta es entonces la más poderosa demostración de la necesidad de importunidad en la oración y de la victoria que reciben aquellos que se apoyan en Cristo e insisten en su súplica hasta que Él les garantiza la respuesta. Marcos, en su evangelio (Mr. 10:46-52), nos presenta todo el incidente de forma muy gráfica: al principio, el Señor pareció no oír nada. La multitud reprendía a Bartimeo por su ruidoso clamor. Pero, a pesar de la aparente indiferencia de nuestro Señor, y de la repreensión de la impaciente multitud, el mendigó ciego continuó gritando y aumentando el tono de su voz hasta que el Señor fue realmente impresionado y conmovido, y se declaró en favor de su causa. El ciego Bartimeo finalmente ganó su caso: su importunidad prevaleció contra todas las dificultades.

La fe tiene una estrechísima relación con la oración y, por supuesto, está inseparablemente asociada con la importunidad. Pero esta última cualidad guía a la oración hasta el punto culmine de la fe y de la confianza. Un

espíritu persistente trae a un hombre hasta el lugar donde la fe se apropia de las promesas y clama por la bendición de lo alto. He aquí la estrecha relación entre la fe, la confianza y la oración importuna...

La necesidad imperiosa de la oración importuna se presenta muy claramente en la Palabra de Dios, y la misma nos enfatiza el deber de cultivarla día a día. Lamentablemente los creyentes somos muy propensos a subestimar esta verdad vital. La indolencia espiritual, el amor a lo fácil y cómodo y la flojedad en nuestros principios religiosos de hoy, todo ello opera contra este tipo de petición. Sin embargo, nuestra oración, necesita ejercer presión e insistir con una energía incansable, una persistencia que no puede ser negada y un valor que nunca se da por vencido.

También hemos de prestar atención a un hecho misterioso que se da muchas veces en la oración: la certeza de que habrá demoras, negativas y fracasos aparentes en conexión con su ejercicio y práctica. Hemos de estar preparados para estas circunstancias, de manera que no nos hagan debilitar ni cesar en nuestra oración persistente e importuna. Como un valiente soldado, que exhibe su valor a medida que el conflicto y la batalla se acrecientan, el cristiano que ora debe aumentar su ferviente petición sin desmayar aunque parezca que la demora o la negativa son obstáculos infranqueables.

Moisés nos da un ejemplo notable de lo que significa la importunidad en la oración. En lugar de permitir que su cercanía al Señor produjera en él una actitud de "dormirse en los laureles", aprovechó este hecho como una condición sumamente favorable para el ejercicio de su vida de oración.

Ya hemos mencionado aquellos cuarenta días con sus noches, en los que este hombre de Dios permaneció en constante oración y ayuno, en favor del pueblo de Israel y de su propio hermano Aarón, quienes habían construido un becerro de oro y lo adoraron.

Este prolongado lapso de oración delante de Dios dejó imprimida una huella profunda en el corazón de Moisés. Él había estado en estrecha relación con Dios, pero su carácter nunca llegó a la grandeza que alcanzó en los días y años que siguieron a estos cuarenta días y noches de intercesión importuna.

Como un valiente soldado, que exhibe su valor a medida que el conflicto y la batalla se acrecientan, el cristiano que ora debe aumentar su ferviente petición sin desmayar aunque parezca que la demora o la negativa son obstáculos infranqueables.

No hay ninguna duda de que la oración importuna conmueve al Padre y eleva el carácter del creyente. Si estuviéramos más cerca de Dios en esta gran ordenanza de la oración intercesora, nuestros rostros brillarían con más santidad y nuestro servicio sería enriquecido trayendo mayor gloria para el Nombre del Señor.

10

Oración, carácter y conducta

El general Charles James Gordon, el "héroe de Khartum", fue un verdadero soldado cristiano, finalmente capturado en un pueblo del Sudán y mantenido prisionero por un año, hasta que se le ejecutó. En su panteón, en la Abadía de Westminster, están escritas estas palabras: "Dio su dinero a los pobres, su simpatía a los afligidos, su vida a su país y su alma a Dios".

HOMER W. HODGE

La oración rige la conducta y la conducta hace o forma el carácter. La conducta consiste en aquello que hacemos y el carácter en lo que somos. La conducta es la vida exterior, mientras que el carácter es la vida invisible escondida dentro de cada uno, pero evidenciada por lo que se puede ver. La primera es externa, vista desde fuera; mientras que el segundo es interno y opera desde el interior.

En otras palabras, en la economía de la gracia, la conducta viene a ser la progenie del carácter. Y el carácter, el estado del corazón... También se puede decir que el carácter es la raíz del árbol, y la conducta, el fruto.

Sabemos que la oración está relacionada con todos los dones de la gracia. Por consiguiente, en cuanto al carácter y la conducta, la relación de la oración es la de un poderoso colaborador. Esto es, la oración ayuda a establecer el carácter y modelar la conducta, y ambos dependen de la oración para su progreso exitoso.

Es cierto que puede haber un cierto grado de carácter moral y de conducta independientes de la oración, pero no puede existir nada que sea distintivo del carácter religioso y de la conducta cristiana sin la oración. La oración ayuda, mientras que todas las otras ayudas fracasan. Así, cuanto más oremos, seremos mejores cristianos y más puras serán nuestras vidas.

El mismo fin y propósito del ministerio de abogacía de Cristo es crear un carácter auténticamente cristiano y formar una conducta que refleje nuestra vida espiritual interior:

En la economía de la gracia, la conducta viene a ser la progenie del carácter. Y el carácter, el estado del corazón... También se puede decir que el carácter es la raíz del árbol, y la conducta, el fruto.

En las enseñanzas de Cristo, el énfasis no está puesto simplemente en las obras de caridad y misericordia, sino en el carácter espiritual interior. En cuanto a esto, las demandas son muy altas, y nada menos de lo que la Escritura exige sería suficiente para satisfacer a Dios.

“Quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tit. 2:14).

En las enseñanzas de Cristo, el énfasis no está puesto simplemente en las obras de caridad y misericordia, sino en el carácter espiritual interior. En cuanto a esto, las demandas son muy altas, y nada menos de lo que la Escritura exige sería suficiente para satisfacer a Dios.

En el estudio de las epístolas de Pablo, hay algo que se destaca clara e inequívocamente: la insistencia en la pureza y santidad de corazón, y la justicia de vida. Pablo no busca tanto el promover lo que se le llama “obra personal”, ni tampoco las obras de caridad son el tema central de sus cartas; lo que forma el contenido de los escritos paulinos es la condición del corazón humano y lo inmaculado de la vida personal.

En cualquier otra parte de las Escrituras podemos ver que el carácter y la conducta son los elementos preeminentes. La religión cristiana trata con hombres que son vacíos en su carácter espiritual e impíos en sus vidas, y su meta es la de cambiarles, convirtiéndoles en santos y justos de corazón con una vida limpia y pura. Su cometido es el de cambiar hombres malos en hombres buenos; trata con la maldad interior para convertirla en auténtica bondad. Y justamente aquí es donde la oración demuestra su maravillosa eficacia y frutos.

Sin oración, no puede producirse, pues, un cambio tal en el carácter moral, ya que dicho cambio es algo sobrenatural. Es decir, la transformación no tiene lugar por las buenas obras que nosotros hayamos hecho, sino de acuerdo a la misericordia de Dios, Quien nos salva “por el lavamiento de la regeneración” (Tit. 3:5). Y este maravilloso cambio acontece por medio de la oración fervorosa, persistente y fiel. Cualquier otra forma de cristianismo que no produzca un cambio tal en los corazones de los hombres es un engaño y una falsedad.

Repetimos, el oficio de la oración es cambiar el carácter y la conducta, y a este respecto podrían contarse cantidad de casos y ejemplos, en los cuales la oración ha probado, mediante sus credenciales, su carácter divino.

Igual que un producto refleja el carácter de la fábrica que lo hace, una iglesia justa con un propósito justo produce hombres justos.

Por el contrario, la conducta injusta se origina con la falta o ausencia de oración; las dos van mano a mano. La oración y el pecado no pueden tener comunión mutua: una de las dos debe cesar. Si los hombres oran como lo indica la Escritura, no querrán pecar ni mucho menos permanecer en el pecado, pues la oración crea una repulsión por el pecado, de forma que obra directamente sobre el corazón elevando la naturaleza del hijo de Dios a una reverente contemplación y amor por las cosas santas.

Y es que la oración está basada en el carácter... Lo que somos con Dios mide nuestra influencia para con Él. Fue el carácter interno de aquellos hombres como Abraham, Job, David, Moisés, y muchos otros santos, lo que permitió que tuvieran una influencia tan destacable con el Señor.

Y hoy día, también, no pesan tanto nuestras palabras, sino lo que en realidad somos en nosotros mismos. La conducta afecta el carácter, y cuenta mucho en nuestras oraciones. Al mismo tiempo, el carácter afecta la conducta y tiene una influencia superior sobre la oración. Nuestra vida interior no sólo da colorido a nuestra oración, también le da cuerpo y consistencia. Un mal vivir es consecuencia de orar mal y lo que es peor, de no orar en absoluto. O sea, oramos débilmente porque vivimos débilmente.

La debilidad en el vivir refleja sus características en las horas de la oración. No podemos hablar con Dios íntima, fuerte y confidencialmente a menos que vivamos para Él de manera fiel y verdadera. Debemos aprender bien esta lección: el carácter y la conducta conformados a la imagen de Cristo nos dan una posición peculiar y preferencial en la oración ante el trono de Dios. Su Santa Palabra da un énfasis muy especial a la función que tiene la conducta en impartir valor a nuestras oraciones:

“Entonces invocarás, y te oirá Jehová; clamarás, y dirá Él: *Heme aquí*. Si quitares de en medio de ti el yugo, el dedo amenazador, y el hablar vanidad” (Is. 58:9).

La maldad de Israel y sus prácticas abominables fueron citadas al detalle por Isaías, como la razón por lo que Dios no escuchaba sus oraciones:

“Cuando extendáis vuestras manos, Yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, Yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos” (Is. 1:15).

La oración está basada en el carácter... Lo que somos con Dios mide nuestra influencia para con Él.

El arrepentimiento no involucra solamente la pena por el pecado, sino también el apartarse de éste e inclinarse a hacer lo bueno. Un arrepentimiento que no produzca un cambio notable en el carácter y la conducta es, sin duda, una falsedad y un engaño.

La misma triste verdad fue declarada por el Señor a través del profeta Jeremías:

“Tú, pues, no ores por este pueblo, ni levantes por ellos clamor ni oración; porque Yo no oiré en el día que en su aflicción clamen a Mí” (Jer. 11:14).

Aquí se declara sencillamente, que la conducta impía es una barrera para la oración victoriosa, y que para tener un total acceso a Dios en oración, debe haber un total abandono del pecado consciente y premeditado. Por ningún medio podemos separar la oración de la conducta.

“Y cualquiera cosa que pidiéremos, la recibiremos de Él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de Él” (1 Jn. 3:22).

Las palabras de nuestro Señor, “velad y orad” (véase Mt. 26:41; Mr. 14:38; Lc. 22:40), tienen el propósito de cubrir y guardar toda nuestra conducta de modo que podamos presentarnos ante el trono de la Gracia con la seguridad de estar manteniendo una guardia vigilante sobre nuestras vidas:

“Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida y venga de repente sobre vosotros aquel día” (Lc. 21:34).

Por supuesto que la oración de arrepentimiento es aceptable ante Dios. Él se deleita en oír los gemidos de aquellos que han pecado. Pero el arrepentimiento no involucra solamente la pena por el pecado, sino también el apartarse de éste e inclinarse a hacer lo bueno. Un arrepentimiento que no produzca un cambio notable en el carácter y la conducta es, sin duda, una falsedad y un engaño. Las cosas viejas han de pasar, y todo ha de ser hecho nuevo...

Entonces, si fracasamos en purificar el carácter y rectificar la conducta, hemos malinterpretado el oficio de la oración.

El carácter de la vida interior es una condición de la oración eficaz: así como es la vida, será la oración. Una vida inconsistente obstruye la oración y neutraliza nuestros ruegos. No olvidemos nunca las palabras en la epístola de Santiago:

«La oración eficaz del justo puede mucho» (Stg. 5:16).

En definitiva, tener nuestros deseos puestos en las cosas espirituales, desear ardientemente caminar en los

caminos de Dios y agradecerle en todo, todo esto da peso, poder e influencia a la oración, y nos asegura la audiencia con el Señor.

Sí, la oración debe surgir de un corazón limpio y ha de ser presentada «levantando manos santas» (1 Ti. 2:8). Debe ser respaldada por una vida consistente de obediencia a Dios y en conformidad a la ley y voluntad divina. Porque si la vida es una condición importante para la oración, la oración es también la condición para el vivir justo y recto.

La oración hace que aquel que la practique obre su salvación con temor y temblor. Además, le pone alerta sobre su temperamento, conversación y conducta, le hace andar en sabiduría –«redimiendo el tiempo» (Ef. 5:16)–, le capacita para andar conforme a la vocación a la que fue llamado y le da un alto incentivo para proseguir en su peregrinaje, desechando lo malo y haciendo lo bueno ante los ojos de Dios.

Muy a menudo, la experiencia cristiana se fundamenta sobre la roca de la conducta. Las teorías más hermosas son estropeadas por vidas vividas en la injusticia. La vida práctica es lo que cuenta, y nuestra oración sufre sus consecuencias, al igual que las otras fases de nuestra experiencia religiosa.

Y así como éste es el oficio de la oración, es también la primera tarea de la Iglesia: traer hombres impíos al Señor y convertirlos en hombres puros y buenos a los ojos de Dios. Por ello, la Iglesia debe ser justa, y ha de obrar de tal manera que produzca hombres justos, pues es el Cuerpo de Cristo, y su primer deber es crear y dirigir la justicia de carácter. Su trabajo primordial no es conseguir miembros, especular con números, conseguir fondos económicos o comprometerse en obras de caridad, sino producir un carácter interior justo y una vida exterior llena de pureza.

La obra más efectiva hecha por el creyente es la que va acompañada de una santidad de vida, y de una separación del pecado y del mundo. Algunas de las más poderosas proclamas se hacen con los labios cerrados. Un claro ejemplo es el de aquellos padres y madres cristianos que temen a Dios, aman su causa y exhiben las excelencias de una vida santa a sus hijos y vecinos.

Y así como éste es el oficio de la oración, es también la primera tarea de la Iglesia: traer hombres impíos al Señor y convertirlos en hombres puros y buenos a los ojos de Dios.

Los cristianos deben predicar con el ejemplo de sus vidas o dejar de hacerlo. La predicación más efectiva no es aquella que se oye desde el púlpito, sino la que se proclama quieta, humilde y de forma consistente; la cual exhibe sus excelencias en el hogar y en la comunidad. El ejemplo puede predicar sermones mucho más efectivos que los preceptos.

El obrero más activo de una iglesia puede estropear su ministerio a causa de un espíritu mundano y una vida inconsistente. Los hombres predicar con sus vidas, y no solamente con sus palabras.

Del mismo modo, en los tiempos antiguos, los predicadores debían evangelizar con sus vidas, o dejar de predicar. De la misma manera hoy día, los cristianos deben predicar con el ejemplo de sus vidas o dejar de hacerlo. La predicación más efectiva no es aquella que se oye desde el púlpito, sino la que se proclama quieta, humilde y de forma consistente; la cual exhibe sus excelencias en el hogar y en la comunidad. El ejemplo puede predicar sermones mucho más efectivos que los preceptos. La mejor y más eficaz predicación, aun desde el púlpito, es aquella que está fortificada y respaldada por un vivir justo en el mismo predicador.

11

Oración y obediencia

La vida de Fletcher de Madeley fue un verdadero ejemplo de obediencia que yo desearía poder imitar. Poseía una mente dispuesta a abrazar cualquier clase de cruz con sumisión y placer. Tenía un amor muy especial por las ovejas del rebaño, y se daba a ellas con la mayor diligencia a fin de alimentarlas e instruir las, para lo cual tenía un don peculiar... Toda su relación conmigo estuvo tan llena de oración y alabanza que cada labor y hasta cada comida juntos tenía la fragancia de una atmósfera celestial.

JOHN WESLEY

La obediencia es el agente conservador y la vida del amor.

Bajo la ley Mosaica, la obediencia se miraba como “mejor que los sacrificios” y que la grosura de carneros. Así, en el libro de Deuteronomio, leemos:

“¡Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!” (Dt. 5:29).

Indudablemente, la obediencia es una elevada virtud en la vida de un soldado: obedecer es la primera y última lección que debe aprender, para practicarla en todo tiempo, sin cuestionar ni quejarse. Del mismo modo, la obediencia cristiana, que es la fe en acción, constituye la misma prueba del amor:

“El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama...” (Jn. 14:21).

Podemos deducir, por tanto, que la obediencia es el agente conservador y la vida del amor.

“Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como Yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Jn. 15:10).

¡Qué maravillosa declaración de la relación creada y mantenida por medio de la obediencia! El Hijo de Dios estuvo siempre en el centro del amor del Padre por virtud de su obediencia. La propia declaración de Jesús es lo suficientemente reveladora:

Los mandamientos de Dios son una unidad, y pasar por alto uno de ellos constituye una cadena inevitable de quebrantamiento de todo el conjunto.

“Porque el que me envió conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque Yo hago siempre lo que le agrada” (Jn. 8:29).

El don del Espíritu Santo, en su máxima extensión y en lo más rico de su experiencia, depende de la obediencia:

“Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre” (Jn. 14:15 y 16).

La obediencia a Dios es también una condición de salud espiritual, de satisfacción interior y de estabilidad en el corazón:

“Si quisieréis y oyereis, comeréis el bien de la tierra” (Is. 1:19).

Esto es, la obediencia abre las puertas de la Santa Ciudad y da acceso al Árbol de la Vida.

Pero, ¿qué es la obediencia? Hacer la voluntad de Dios y guardar sus mandamientos. ¿Cuántos de los mandamientos constituyen la obediencia? Guardar la mitad y quebrantar la otra mitad no es obediencia real y verdadera. Sobre este punto, Santiago, el apóstol, nos da una declaración sumamente explícita:

“Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos” (Stg. 2:10).

Y es que el espíritu que predispone a un hombre a ignorar un mandamiento es el mismo que puede moverle a violarlos todos. Porque los mandamientos de Dios son una unidad, y pasar por alto uno de ellos constituye una cadena inevitable de quebrantamiento de todo el conjunto.

Dios no quedará satisfecho con nada menos que con mantener todos sus mandamientos y guardar siempre una obediencia implícita. Sin embargo, ¿podemos guardar todos los mandamientos de Dios? ¿Puede un hombre recibir la habilidad o capacidad moral que lo capacite para obedecerlos? Ciertamente que sí; el hombre puede recibir esta misma capacidad y señales de Dios a través de la Palabra y la oración. ¿Acaso Dios da mandamientos que el hombre es incapaz de obedecer? ¿Es Él tan arbitrario y severo como para establecer mandamientos que no se pueden guardar? En todos los anales de la Sagrada Escritura no hay ni un solo ejemplo de algo que Dios hubiera ordenado al hombre que estuviera más allá de su poder.

En principio, la obediencia a Dios es la misma cualidad que la obediencia a los padres terrenales. Implica, en su efecto general, dejar nuestros propios caminos y seguir los de otro, rendir la voluntad propia a otra voluntad y someterse a la autoridad y los requisitos paternales. Los mandamientos, ya sean de nuestro Padre celestial o de nuestro padre terrenal, son engendrados en amor, y todos ellos contienen las mejores intenciones e intereses para aquellos que deben cumplirlos y obedecerlos; no surgen ni de la severidad ni de la tiranía, sino que siempre son originados en el amor de Dios y para bien de nuestros intereses, de manera que obedecerlos es toda una bendición.

Y la obediencia trae consigo su propia recompensa. Dios lo ha ordenado así, y puesto que lo ha hecho, aun la razón humana puede darse cuenta de que nunca demandará nada que esté fuera de nuestras posibilidades de cumplirlo.

La obediencia es amor, y cumplir cada mandamiento es una manifestación de ese amor. Por lo tanto, la obediencia no es una demanda difícil que pesa sobre nosotros, así como tampoco lo es el servicio que un esposo presta a su esposa o el que ella presta a su marido e hijos. Al contrario, el amor se deleita en obedecer y agradar a aquel que ama. Con qué sencillez y con cuánta razón el apóstol Juan decía:

“Y cualquier cosa que pidiéremos la recibiremos de Él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables delante de Él” (1 Jn. 3:22).

Así, la obediencia va delante de cada mandamiento. Es amor obedeciendo por anticipado. Los mandamientos de Dios no son gravosos; sus caminos son siempre agradables y están llenos de paz:

“Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mt. 11:30).

Es cierto que en el amor pueden haber algunas pruebas, pero nunca imposibilidades. En realidad, es mucho más fácil agradar a Dios que a los hombres. Más aún, podemos saber exactamente cuándo le estamos agradando. Éste es el testimonio del Espíritu: la seguridad divina interior dada a todos los hijos de Dios que están haciendo la voluntad del Padre, y cuyos caminos son agradables delante de sus ojos.

Además, los mandamientos de Dios son justos y fundamentados en su justicia y sabiduría:

La obediencia es amor, y cumplir cada mandamiento es una manifestación de ese amor.

Los mandamientos de Dios pueden ser obedecidos por todos aquellos que busquen los recursos de la gracia que les capaciten para obedecerlos.

“De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (Ro. 7:12).

“... justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos” (Ap. 15:3).

Los mandamientos de Dios, pues, pueden ser obedecidos por todos aquellos que busquen los recursos de la gracia que les capaciten para obedecerlos. Estos mandamientos deben ser obedecidos.

Es el repudio a su autoridad lo que Dios no puede tolerar. Prestemos atención a las palabras del apóstol Pablo en su epístola a los romanos:

“Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Ro. 8: 3 y 4).

Y si alguno se quejase de que la humanidad, bajo la caída, es demasiado débil e inepta para obedecer estos mandamientos de Dios, la respuesta es que, a través de la expiación de Cristo, el hombre queda completamente capacitado para obedecer. Aquel poder de Dios que obra en nosotros, en la regeneración y a través del Espíritu Santo, nos da gracia suficiente para todo lo que se requiere y se espera de nosotros como hijos e hijas de Dios. Esta gracia es derramada sin medida en respuesta a la oración; de modo que, mientras Dios nos ordena algo, al mismo tiempo nos da toda la fuerza de voluntad y gracia necesaria para satisfacer sus demandas. Siendo ésta una auténtica verdad, el hombre queda sin excusa ante su desobediencia.

El hacer la voluntad de Dios sin demora es un gozo y un privilegio para toda persona de oración. El que es limpio de manos y puro de corazón puede orar con plena confianza. En el *sermón del monte*, el mismo Señor Jesucristo dijo:

“No todo el que me dice *Señor, Señor*, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los Cielos” (Mt. 7:21).

Y en el evangelio de Juan, se cita lo siguiente:

“Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como Yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Jn. 15:10).

“El arte del cristiano –decía Martín Lutero– es la oración”. Pero el cristiano tiene otras artes que aprender antes de asimilar los secretos del arte de la oración: debe aprender bien el arte de la perfecta obediencia a la voluntad del Padre. En otras palabras, la obediencia sigue al amor, y la oración sigue a la obediencia; por lo que la verdadera observancia a los mandamientos de Dios acompaña en forma inseparable a lo conectado con la oración real y eficaz.

Sí, una vida de obediencia ayuda grandemente a la oración. Se podría decir que acelera su llegada ante el trono de la gracia; actúa como la confluyente marea de un río, que va dando más volumen y caudal a medida que se acerca a la meta final.

Pero una vida obediente no es simplemente una vida reformada; no se trata de la vieja vida remendada y pintada de nuevo, ni tampoco de una asistencia fiel a la Iglesia ni de una multiplicidad de actividades. Tampoco es una conformación externa en cuanto a los dictados de la moralidad. En un cristiano obediente se combinan aún muchas más cosas que éstas para dar lugar a una vida llena de santo temor y reverencia a Dios. Una vida de obediencia, asentada en los mandamientos y la voluntad de Dios, donde la voluntad nuestra está en plena conformidad con la del Padre, no ofrece barreras ni impedimentos a la oración.

Si usted tiene un ferviente deseo de orar, debe aprender a obedecer; si tiene el deseo de aprender a orar, entonces debe desear también aprender a hacer la voluntad de Dios; y si desea orar a Dios primero, debe tener el ardiente deseo de obedecerlo. Igualmente, si ha de tener acceso libre a Dios en oración, entonces cada obstáculo en la naturaleza del pecado o de la desobediencia debe ser quitado lo antes posible.

En cualquier parte de la Escritura, el Señor nos hace ver claramente su desaprobación a la desobediencia y al pecado, y esto es tan verdadero en la vida de sus elegidos como en la de los pecadores. Nunca aparece con una actitud de tolerancia ante el pecado o excusando la desobediencia.

Al revés, Dios siempre pone el énfasis en la obediencia a sus mandamientos; pues la obediencia acarrea la bendición, y la desobediencia trae consigo el caos y la

Una vida obediente no es simplemente una vida reformada; es una vida asentada en los mandamientos y la voluntad de Dios, donde la voluntad nuestra está en plena conformidad con la del Padre y no ofrece barreras ni impedimentos a la oración.

En sí mismas, las lágrimas no son meritorias —en ocasiones las lágrimas son el único ruego del penitente— aunque, de hecho, aquel que nunca ha llorado por sus pecados, nunca ha orado verdaderamente por ellos.

desgracia. Esta verdad se presenta en la Palabra de Dios desde el principio hasta el fin. Es a causa de esto, precisamente, que los hombres de oración tienen tal influencia con Dios: los hombres que han practicado fielmente la obediencia siempre han estado cerca del Señor. Éstos son los que han orado bien y han recibido grandes cosas de Dios, y que también han hecho que grandes cosas acontecieran para beneficio del Cuerpo de Cristo y aun del mundo.

En efecto, la obediencia a Dios tiene un lugar preponderante en el área de la oración. Este hecho nunca podrá enfatizarse demasiado. Proclamar una fe religiosa que tolera al pecado es mover el terreno que yace bajo los pies de la oración efectiva. Excusar el pecado con el pretexto de que la obediencia a Dios no es posible para los hombres no regenerados es no contar con el carácter del nuevo nacimiento.

Cierta vez, el Señor Jesús irrumpió con una pregunta, la cual tocó la misma llaga de la desobediencia:

“¿Por qué me llamáis *Señor, Señor*, y no hacéis lo que Yo digo?” (Lc. 6:46).

Esto es, aquel que desea orar, y orar de verdad, debe obedecer en todo el sentido de la Palabra. Quien desee sacar beneficio de sus oraciones, debe estar en una perfecta relación y armonía con Dios.

Es más, la oración pone un espíritu de obediencia en aquellos que oran sinceramente, pues el espíritu de desobediencia no es de Dios y no pertenece a las huestes de aquellos fieles en oración.

Hay, no obstante, algo que puntualizar: una persona desobediente puede orar, siempre y cuando lo haga buscando perdón, misericordia y paz para su alma; puede venir a los pies de Dios con lágrimas y confesión, con un corazón penitente y contrito, el cual no tiene otro camino sino el de acercarse a Dios.

En sí mismas, las lágrimas no son meritorias —en ocasiones las lágrimas son el único ruego del penitente— aunque, de hecho, aquel que nunca ha llorado por sus pecados, nunca ha orado verdaderamente por ellos... Las lágrimas se aplican al pasado, al pecado y al mal obrar. Sin embargo, hay otro paso que iniciar: el de la obediencia incuestionable; y hasta que no sea dado, la oración pidiendo la bendición y el apoyo de Dios no tendrá valor.

Un pecador penitente busca el perdón y la salvación y obtiene la respuesta a sus oraciones aun con una vida manchada y destrozada por el pecado. Pero los intercesores reales de Dios deben venir ante Él con vidas dignas de hijos del Rey. Vivir *santamente* promueve oraciones *santas*. Los intercesores de Dios “elevan sus manos” (1 Ti. 2:8), símbolos de justicia y de una vida recta.

12

Oración y obediencia
(continuación)

Una completa dedicación a Dios, una entrega total, que somete consigo a todo el ser en una llama de consagración, todo esto da alas a la fe y energía a la oración; abre las puertas del trono de la gracia y ejerce una poderosa influencia ante el Dios Todopoderoso.

He conocido muchos hombres ejemplares, santos de vida y corazón; pero nunca uno igual a John Fletcher, tan obediente y devoto a Dios, ya sea en su vida interior como en sus manifestaciones exteriores.

JOHN WESLEY

Es digno notar que la oración, a la cual se le concede una posición tan trascendental y que da resultados tan asombrosos, no es simplemente un acto cualquiera, sino una acción empapada de santidad: es la «oración de los santos», la de los verdaderos hombres de Dios. Detrás de estas oraciones, que emergen de lo profundo de un corazón obediente, están los hombres y las mujeres que son devotos para con Dios, aquellos que se han separado del mundo y del pecado. Éstos son los santos que dan energía, fervor y poder a las oraciones.

Nuestro Señor Jesucristo era preeminente en la oración, porque también lo era en su santidad. Una completa dedicación a Dios, una entrega total, que somete consigo a todo el ser en una llama de consagración, todo esto da alas a la fe y energía a la oración; abre las puertas del trono de la gracia y ejerce una poderosa influencia ante el Dios Todopoderoso.

Esto es, «levantar manos santas» (1 Ti. 2:8) es esencial para la oración. No es, sin embargo, una santidad que dedica solamente una hora diaria a Dios, sino algo que toma posesión de todo el ser, que dedica su vida entera al Señor para andar en forma agradable ante sus ojos y cumplir su voluntad.

Jesús, «el santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los Cielos» (He. 7:26), tenía una libertad total de acceso a Dios en oración, que se debía a su incuestionable obediencia al Padre. A saber, su suprema voluntad era hacer la voluntad del Padre. Y este hecho, juntamente con la conciencia de haber ordenado su vida de esta manera, le daba confianza y seguridad, lo cual hacía que se acercara al trono de la gracia con una

tranquilidad e intimidad total. Por supuesto que las consecuencias eran obvias e inmediatas.

Y es que la verdadera obediencia nacida del amor nos coloca en una posición donde podemos pedir cualquier cosa en su Nombre, con la seguridad de que Él lo hará.

Tal es la clase de obediencia que nos trae al terreno de la oración y hace que nos beneficiemos con las bendiciones del Señor y las riquezas de su gracia, a través del Espíritu Santo que mora en nosotros.

Esta obediencia que se adelanta a la oración debe ser constante, amorosa, siempre cuidando de hacer la voluntad divina, y siguiendo alegremente la senda de los mandamientos de Dios.

El Señor Jesús aprendió la obediencia en la escuela del sufrimiento y, al mismo tiempo, aprendió a orar en la escuela de la obediencia. Pues así como «la oración del hombre justo puede mucho» (Stg. 5:16), de igual manera sucede con la justicia del creyente que resulta de una absoluta obediencia a Dios. En otras palabras, un hombre justo es un hombre obediente, y es alguien que puede orar eficazmente y conseguir grandes cosas sobre sus rodillas.

Pero la verdadera oración no es un mero sentimiento, ni algo poético, ni la elocuencia surgida de la mente humana. Tampoco consiste en repetir constantemente «Señor, Señor»; no es una mera formalidad de palabras ni la mención liviana del Nombre de Dios. La oración en sí es obediencia. Por eso, sólo aquellos que obedecen tienen derecho a orar esperando auténticos resultados. Porque detrás de la oración debe estar el respaldo de la actitud, y es el constante hacer la voluntad de Dios en la vida diaria lo que da potencia a la oración, como lo enseñó nuestro Señor:

«No todo el que me dice *Señor, Señor* entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los Cielos. Muchos me dirán en aquel día: *Señor, señor, ¿no profetizamos en tu Nombre, y en tu Nombre echamos fuera demonios, y en tu Nombre hicimos muchos milagros?* Y entonces les declararé: *Nunca os conocí; apartaos de Mí, hacedores de maldad*» (Mt. 7:21-23).

Ningún «Nombre», por precioso y poderoso que sea puede proteger y dar eficacia a la oración si no va acompañada por el hacer la voluntad de Dios. Ni tampoco puede esta última actitud, sin la oración, protegernos o

La verdadera obediencia nacida del amor nos coloca en una posición donde podemos pedir cualquier cosa en su Nombre, con la seguridad de que Él lo hará.

La obediencia a Dios ayuda a la fe como ningún otro atributo. Es decir, cuando la obediencia implícita a los mandamientos divinos se ejercita en la vida diaria y práctica del creyente, la fe ya casi deja de ser un esfuerzo sobrehumano. Más aún, el ejercerla no requiere ningún esfuerzo: la obediencia a Dios hace que creer y confiar en Él sea algo fácil y natural.

guardarnos de la desaprobación divina. Si la voluntad de Dios no está gobernando y controlando la vida, la oración no será sino un sentimiento enfermizo. Si la oración no inspira, santifica y dirige nuestra labor, entonces intervin-drá la voluntad del *yo*, y arruinará tanto al obrero como la obra.

¡Cuán variadas y múltiples son las malas interpretaciones de los verdaderos elementos y el funcionamiento de la oración! Hay muchos que verdaderamente desean obtener una respuesta a sus oraciones, pero que no lo consiguen. Fijan sus mentes en alguna promesa de Dios y luego continúan pidiendo con perseverancia, aferrándose a ella. Este fijar en la mente alguna promesa puede ser válido en cuanto al fortalecimiento de la fe, pero para sostenerse en la promesa debe añadirse la oración persistente e importuna que sabe esperar hasta que la fe crece y florece en todo su esplendor. ¿Y quién será capaz de orar de tal manera, si no está dispuesto a obedecer gozosamente los mandamientos de Dios?

La fe, en su forma más elevada, es la actitud así como el hecho de un alma rendida a Dios, en quien moran su Palabra y su Espíritu. Es cierto que la fe debe existir en una u otra forma para aventurarse a orar; pero únicamente en su fuerza máxima y sus más amplios resultados se constituye el fruto de la oración.

Es verdad también que la fe aumenta la habilidad y la eficiencia de la oración, pero es cierto igualmente que la oración aumenta la habilidad y eficacia de la fe. La oración y la fe obran, pues, actúan y reaccionan la una sobre la otra.

Asimismo, la obediencia a Dios ayuda a la fe como ningún otro atributo. Es decir, cuando la obediencia implícita a los mandamientos divinos se ejercita en la vida diaria y práctica del creyente, la fe ya casi deja de ser un esfuerzo sobrehumano. Más aún, el ejercerla no requiere ningún esfuerzo: la obediencia a Dios hace que creer y confiar en Él sea algo fácil y natural. Y donde el espíritu de obediencia impregna el alma, donde la voluntad está perfectamente rendida a Dios y donde hay un propósito fijo e inalterable de obedecerle, la fe surge en forma espontánea, casi como algo involuntario. Es el próximo paso después de la obediencia, y puede ser cumplido fácil y rápidamente. Entonces, la dificultad en la oración

no se relaciona con la fe, sino con la obediencia, que es su fundamento.

Por consiguiente, debemos vigilar bien nuestra obediencia al Señor, las actitudes secretas de donde surgen nuestras acciones y la lealtad de nuestro corazón; sólo así, lograremos orar provechosamente y conseguir las mayores bendiciones como fruto de nuestra oración. La obediencia es el terreno de acción de la oración eficaz, mientras que la falta de obediencia en nuestras vidas quebranta y destruye nuestra oración...

Muy a menudo, la vida está en desorden y ello hace que estemos en una posición donde la oración es prácticamente imposible, a no ser para alcanzar perdón y misericordia (como ya mencionamos anteriormente).

En definitiva, ningún hombre puede orar en el verdadero sentido de la palabra, si no está dispuesto a obedecer a Dios en forma incuestionable e incondicional.

La voluntad debe estar rendida a Dios: ésta es la condición primordial para toda oración exitosa. Recordemos las palabras de este antiguo y amado himno:

“Obedecer y confiar en Jesús
es la senda marcada para andar en la luz”.

Ningún hombre puede orar en el verdadero sentido de la palabra, si no está dispuesto a obedecer a Dios en forma incuestionable e incondicional.

13

Oración y vigilancia

En todo tiempo, el soldado cristiano ha de esgrimir el arma de la oración, si desea tener muchas victorias.

David Brainerd era perseguido y acosado por adversarios infernales que estaban resueltos a robarle su galardón. Él sabía que nunca debía abandonar su armadura, pero se echó a descansar con su peto agujereado... Las manchas que estropearon la perfección de su lustrosa armadura y que ensuciaron su brillante escudo permanecieron imperceptibles para nosotros, pero para él fueron el origen de mucha pena y suspiros.

LA VIDA DE DAVID BRAINERD

La descripción del soldado cristiano dada por Pablo en la segunda mitad de Efesios 6 es sumamente concisa y comprensible; nos presenta un conflicto que tiene varias etapas fluctuantes: períodos de prosperidad y adversidad, luz y oscuridad, victoria y derrota. Y hemos de orar en todas las etapas, y con toda petición y súplica. Esto, añadido a la armadura, nos dará la capacidad y el poder para resistir en la batalla.

En todo tiempo, pues, el soldado cristiano ha de esgrimir el arma de la oración, si desea tener muchas victorias... Solamente por este medio, estará capacitado para derrotar a su maligno e inveterado enemigo, el diablo, y a todas sus huestes infernales. "Orad siempre y sin desmayar" es la orden divina (Lc. 18:1), y esto cubre todas las etapas de la vida, y abarca todas las formas de oración.

Los soldados cristianos, peleando la buena batalla de la fe tienen acceso a un lugar de descanso, al cual acuden de continuo para reforzarse con oración. Veamos las palabras de la Escritura al respecto:

"Orando en todo tiempo, con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; y por mí, a fin de que al abrir mi boca, me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del Evangelio" (Ef. 6:18 y 19).

Nunca puede hacerse suficiente énfasis en cuanto a que la vida cristiana es una guerra, un conflicto intenso y una lucha constante. Es una batalla contra enemigos invisibles que están siempre alerta, y buscando tender tram-

pas, engañar y arruinar las almas de los hombres. No, la vida a la cual la Sagrada Escritura nos llama no es un *picnic* ni un lecho de rosas. No es tampoco un pasatiempo ni una seguidilla de placeres. Demanda esfuerzo, lucha, requiere toda la energía del espíritu para frustrar al enemigo y ser al final, más que vencedor. En definitiva, la vida cristiana es una guerra, y el cristiano ha de comportarse como un buen soldado.

¡Qué concepto tan equivocado tiene la mayoría de la gente en cuanto a la vida cristiana! ¡Qué pocos parecen conocer el carácter del conflicto y las demandas que pesan sobre ellos! ¡Cuán ignorantes son en cuanto al enemigo o enemigos que deben enfrentar si se proponen consagrar sus vidas a Dios, servirle fielmente y recibir una corona en los Cielos! A veces parece que el creyente apenas llega a darse cuenta de que el mundo, la carne y el diablo se le opondrán tenazmente en su camino y tratarán de derrotarle hasta hacerle morder el polvo, a menos que se entregue a sí mismo a una vigilancia y oración constantes.

Recordemos una vez más, el soldado cristiano no lucha contra carne o sangre, sino contra huestes de maldad en las regiones espirituales. ¡Qué fuerzas tan malignas y poderosas se oponen a aquel que peregrina por el desierto de este mundo hacia los portales de la Ciudad Celestial! No es para sorprenderse, por tanto, que encontremos a Pablo, quien entendía tan bien el carácter de la vida cristiana, amonestándonos enfáticamente a que nos pongamos «toda la armadura de Dios» y a orar con «toda oración y súplica en el Espíritu». La generación actual necesita darse cuenta de esta verdad tan vital, absolutamente indispensable para una vida cristiana victoriosa y feliz.

¡Cuán razonables y ciertas son las instrucciones que Pablo da al soldado cristiano! Primeramente, debe poseer una idea clara del carácter de la vida en la cual ha entrado. Luego, debe saber algo acerca de sus enemigos, los adversarios de su alma inmortal: su fuerza, habilidades y malignidad. Conociendo el carácter del enemigo, y dándose cuenta de la necesidad de preparación para vencerles, está preparado entonces para escuchar las conclusiones decisivas del apóstol:

"Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura

La vida cristiana es una guerra, un conflicto intenso y una lucha constante. Es una batalla contra enemigos invisibles que están siempre alerta, y buscando tender trampas, engañar y arruinar las almas de los hombres.

La oración se suma a las cualidades y a las victorias más rotundas de los buenos soldados de Cristo. Sí, el poder de la oración es el arma más poderosa en el campo de batalla y en medio del más arduo conflicto.

de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo (...) Por tanto, tomad toda armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y, habiendo acabado todo, estar firmes" (Ef. 6:10 y 11, 13).

Todas estas instrucciones terminan en un clímax; y este clímax es la oración. ¿Cómo podrá el valiente guerrero de Cristo ser aún más valiente? ¿Cómo podrá el soldado ser aún más fuerte? ¿Cómo podrá el luchador ser más que vencedor? He aquí, de nuevo, las instrucciones específicas de Pablo para tal fin:

"Orando en todo tiempo, con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos" (Ef. 6:18).

Esto es, la oración se suma a las cualidades y a las victorias más rotundas de los buenos soldados de Cristo. Sí, el poder de la oración es el arma más poderosa en el campo de batalla y en medio del más arduo conflicto...

Pablo era un verdadero soldado de la Cruz. Para él, la vida no era un lecho de rosas, sino un intenso conflicto de enfrentamiento con muchos adversarios y de constante vigilancia y esfuerzo. Y, cuando vio que su fin estaba próximo, elevó este glorioso clamor de victoria:

"He peleado la buena batalla" (2 Ti. 4:7).

Era, en verdad, más que vencedor...

Notad cuidadosamente que la armadura de Dios no sirve de nada a menos que le sea añadida la oración. Éste es el vínculo entre la armadura de Dios y la oración, lo que mantiene unidas sus diferentes piezas y garantiza su efectividad.

En su epístola a los Romanos, Pablo indica la naturaleza de su vida de soldado, dándonos algunas muestras de la clase de oración necesaria para tal carrera:

"Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios, para que sea librado de los rebeldes que están en Judea, y que la ofrenda de mi servicio a los santos en Jerusalén sea aceptada" (Ro. 15:30 y 31).

Aquí tenemos un gran soldado, un capitán, en medio de una gran lucha, enfrentado por fuerzas malignas que están buscando de continuo su ruina. sus fuerzas se van agotando, ¿con qué refuerzos podrá contar? ¿Qué puede darle la victoria en una emergencia tal? Es un momento crítico en medio del conflicto, ¿qué fuerza puede

añadirse a la energía de sus propias oraciones? La respuesta es: las oraciones de los demás, en este caso, de los hermanos que estaban en Roma. En efecto, Pablo creía firmemente que sus oraciones le traerían ayuda adicional, de modo que pudiera ganar su pelea, vencer a sus adversarios y prevalecer.

Además, el soldado cristiano ha de orar en todo tiempo y bajo todas las circunstancias; su oración debe estar organizada de tal manera que cubra tanto tiempos de paz como tiempos de guerra. Y debe ser tan intensa en su batallar, porque sus victorias dependerán mucho más de sus oraciones que de sus luchas.

La súplica fervorosa y la oración deben ser, pues, el suplemento de la armadura de Dios. También, el Espíritu Santo debe añadir la súplica con sus propios ruegos a nuestro favor. Y, finalmente, el soldado debe orar en el Espíritu.

Así como en otras formas de batalla y conflicto, la vigilancia constante es el precio a pagar por una resonante victoria, el cristiano ha de estar siempre vigilante y perseverante si desea triunfar contra los enemigos más colorados.

En el Nuevo Testamento hay tres palabras diferentes que se traducen por "vigilar": la primera significa "falta de sueño", e implica una mente fresca y despejada y una actitud despierta, circunspecta, constante, atenta y vigilante; la segunda significa "totalmente despierta", un estado inducido por algún esfuerzo especial que excita a la atención y el interés, dejando de lado todo descuido o indolencia. Y la tercera palabra significa "estar calmo y templado en espíritu", o sea, despojado de pasiones, influencias, libre de toda cosa secundaria.

Las tres definiciones son usadas también por el apóstol Pablo; dos de ellas son empleadas en conexión con la oración como un requisito de ésta, y como una preparación del hombre de Dios antes de ponerse sobre sus rodillas:

"Orando en todo tiempo, con toda oración y súplica en el Espíritu" (Ef. 6:18).

Éste es el precio que debemos pagar para obtener victoria sobre estos enemigos espirituales. De algo podemos estar seguros: el diablo y sus huestes nunca duermen...

Así como un pastor nunca debe descuidar su rebaño frente al peligro de los animales feroces, el soldado cris-

El soldado cristiano ha de orar en todo tiempo y bajo todas las circunstancias; su oración debe estar organizada de tal manera que cubra tanto tiempos de paz como tiempos de guerra. Y debe ser tan intensa en su batallar, porque sus victorias dependerán mucho más de sus oraciones que de sus luchas.

La oración del soldado debe reflejar su profunda preocupación por el éxito y bienestar de todo el ejército: la batalla no es sólo un asunto personal.

tiano debe tener siempre sus ojos bien abiertos. Los compañeros inseparables de la oración son la vigilancia, el estar apercebidos y montar guardia. Al escribir a los colosenses, Pablo señala estas cualidades, uniéndolas:

“Perseverad en oración, velando en ella con acción de gracias” (Col. 4:2).

El soldado cristiano ha de mantener una lucha continua, por lo que debe estar en constante oración. Debe estar siempre montando guardia y apercebido de las tácticas de enemigo, quien nunca duerme, y está siempre alerta y preparado para tomar ventaja de los giros de la batalla. El creyente no puede darse el lujo de quedarse dormido en su puesto de vigilancia. Una actitud tal no sólo acarrearía el disgusto y desaprobación del Capitán de su salvación, sino que también le expondría a un inminente peligro. Puesto que la vigilancia constituye en forma imperativa un deber de primer orden para el soldado del Señor.

Pero es justamente en este punto que se suelen encontrar muchas fallas en las profesiones cristianas de hoy día. Actualmente, hay poco o nada de soldado en aquellos que se llaman “cristianos”. La disciplina, la autonegación, el espíritu de determinación, son casi desconocidos.

¿Cuándo aprenderemos los cristianos la lección de que somos llamados a una gran contienda, y que para obtener la victoria debemos darnos por entero a la vigilancia y la oración constante?

“Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quién devorar” (1 P. 5:8).

Otro punto a destacar es que la oración del soldado debe reflejar su profunda preocupación por el éxito y bienestar de todo el ejército: la batalla no es sólo un asunto personal. En otras palabras, la victoria no se consigue solo ni para sí únicamente. En un sentido, todo el ejército de Dios está involucrado: la causa de Dios, sus santos, sus enemigos y pruebas, sus deberes y cruces, todo ha de encontrar una fervorosa voz de súplica en el cristiano que ora. No puede limitar la oración a sí mismo, pues nada seca tanto el manantial de la espiritualidad como la oración egoísta.

La Iglesia de Dios es, por consiguiente, una hueste militante. Dicho de otra manera, el pueblo de Dios com-

pone una armada que lucha para establecer su Reino en la Tierra; su meta es destruir los planes y tretas de Satanás y, sobre sus ruinas, levantar el Reino de Dios, un Reino de paz y justicia en el Espíritu Santo. Y esta armada militante está compuesta por individuos que son soldados de la Cruz, los cuales necesitan vestir la armadura de Dios para su defensa.

Concluimos con la idea de que la experiencia cristiana y su influencia carecerán de verdadero significado, a menos que la oración ocupe un elevado lugar en la vida del creyente. ¿Cómo, pues, puede un soldado cristiano soñar con la victoria, a no ser que sea fortificado por el poder de la oración? Si además de vestir toda la armadura de Dios, se mantiene fiel en la vigilancia y la oración perseverante, será mucho más que vencedor...

“Afiánzate en su gran poder,
que para siempre dura;
pero prepárate a luchar
con toda su armadura”.

Si además de vestir toda la armadura de Dios, el soldado cristiano se mantiene fiel en la vigilancia y la oración perseverante, será mucho más que vencedor.

14

La oración y la Palabra de Dios

La Palabra de Dios es la base e inspiración de nuestras oraciones.

Soy una criatura frágil y fugaz que pasa por la vida como una flecha en el aire. Soy un espíritu que viene de Dios y regresa a Dios. En pocos momentos dejo de existir para sumergirme en la eternidad. Una cosa deseo saber: el camino al Cielo, cómo llegar salvo a la otra orilla. Dios mismo se ha dignado a enseñarnos el camino; para este fin descendió de los Cielos. Él lo ha escrito en un libro. ¡Oh, dadme ese Libro! ¡A cualquier precio, dadme el bendito Libro de Dios! ¿Acaso no dice tu Palabra «y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela a Dios»? Tú das a todos en abundancia y has prometido que si alguno desea hacer tu voluntad, le harás saber tus caminos. ¡Yo anhelo andar por tus caminos! ¡Hazme saber tu voluntad!

JOHN WESLEY

La Palabra de Dios es la base y el directorio de la oración de fe. El apóstol Pablo, escribiendo a los colosenses, dijo:

“La Palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales” (Col. 3:16).

Es decir, cuando esta Palabra de Cristo es ricamente asimilada, ella misma engendra la oración. Porque la fe está construida sobre la Palabra y el Espíritu, y ella es el cuerpo y sustancia de la oración.

Así, en muchos de sus aspectos, la oración depende estrechamente de la Palabra de Dios. El Señor Jesucristo lo expresó de este modo:

“Si permanecéis en mí, y mis Palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (Jn. 15:7).

La Palabra de Dios es, pues, la base e inspiración de nuestras oraciones.

Esta Palabra de Dios, que es la Escritura, nos dice que los santos del Antiguo Testamento por medio de su fe ob-

tuvieron las promesas. Pareciera, entonces, que en la oración radica la capacidad de ir aún más allá de la Palabra, de llegar más lejos que su promesa, hasta la misma presencia de Dios. ¡Jacob luchó, no tanto con una promesa como con el Prometedor! Debemos, pues, aferrarnos al Prometedor, pues Él es la fuente de toda dádiva y bendición.

La oración puede muy bien definirse como aquella fuerza que vitaliza y da energía a la Palabra de Dios, asiéndose del mismo Señor. De esta manera, la oración hace que la promesa se convierta en algo personal:

“Nadie hay que invoque tu Nombre, que se despierte para apoyarse en Ti” (Is. 64:7).

“¿O forzará alguien mi fortaleza? Haga conmigo paz, sí, haga paz conmigo” (Is. 27:5).

Según la Escritura, la oración puede dividirse en *petición de fe* y *petición de sumisión*: la primera está basada en la Palabra escrita, puesto que “la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios” (Ro. 10:17). Y la segunda, no es una promesa definida, por así decirlo, pero se aferra en Dios, con un espíritu humilde y contrito, y le pide ardentemente lo que el alma desea. Abraham, por ejemplo, no tenía una promesa definida de que Dios pudiera perdonar a Sodoma. Moisés no tenía tampoco ninguna promesa específica de que Dios procediera a perdonar a Israel; por el contrario, allí estaba la declaración de su maldición, y su propósito de destruirles. Pero el devoto líder ganó su pleito ante Dios cuando intercedió por los israelitas con oraciones incesantes y muchas lágrimas. Daniel no tenía una promesa definida de que Dios le revelaría el significado del sueño del rey, pero él oró específicamente, y Dios le contestó en forma definida.

Y es que la Palabra de Dios se hace efectiva en la vida práctica mediante el proceso de la oración.

Sí, la Palabra de Dios es de gran ayuda en la oración. De hecho, si estuviera firmemente grabada en nuestros corazones, formaría un manantial continuo de oración...

Esta Palabra divina, presentada como promesas atesoradas en el corazón, son el combustible del cual la oración recibe vida y calor; el alimento por medio del cual se nutre y fortalece toda oración auténtica.

Sin embargo, a menos que las fuerzas vitales de la oración estén suplidas por la Palabra de Dios, la oración, aunque ferviente y anhelante, será en realidad débil y

La oración puede muy bien definirse como aquella fuerza que vitaliza y da energía a la Palabra de Dios, asiéndose del mismo Señor. De esta manera, la oración hace que la promesa se convierta en algo personal.

No hay promesas más radiantes, más abundantes, explícitas, y reiteradas con más frecuencia que aquellas que se relacionan con la oración.

vacía. Es más, la ausencia de la fuerza vital en la oración puede ser atribuida a la desnutrición constante de la Palabra de Dios. Pues así como “el hombre no puede vivir sólo de pan», la oración necesita de toda Palabra que sale de la boca de Dios” (Lc. 4:4). Por tanto, aquel que desee aprender a orar bien, debe primeramente estudiar con diligencia la Palabra de Dios y guardarla en su memoria y en su corazón.

Cuando consultamos la Palabra de Dios, encontramos que uno de los deberes cristianos más claramente destacados es el de la oración. Por otra parte, descubrimos que es uno de los hábitos más exaltados en la vida del cristiano. No hay promesas más radiantes, más abundantes, explícitas, y reiteradas con más frecuencia que aquellas que se relacionan con la oración: “Cualquier cosa” puede estar involucrada en la oración de acuerdo a la promesa; no hay límite para las provisiones incluídas en las promesas a la oración –“todo aquel que pide, recibe” (Mt. 7:8)–, y la Palabra de nuestro Señor tiene un efecto infinitamente amplio:

“Si algo pidiereis en Mí Nombre, Yo lo haré” (Jn. 14:13).

¡Qué declaraciones tan enfáticas y claras las que se registran en la Escritura! ¡Cómo nos alientan y constriñen a orar! ¡Cómo nos hacen acercar al trono de la Gracia para buscar a Dios con todas nuestras cargas!

Además de estas palabras de aliento, la Escritura está llena de hechos, ejemplos, incidentes y observaciones destacando la importancia y absoluta necesidad de la oración.

El máximo alcance y total beneficio de las ricas promesas de la Palabra de Dios debe ser recibido, no obstante, en humildad por nosotros, los creyentes, y llevadas a la práctica. Hasta que esto no sea hecho, el mundo no podrá recibir los beneficios totales del Evangelio. Tampoco la experiencia ni la vida cristiana serán lo que deben ser hasta que estas divinas promesas hayan sido probadas en toda su extensión por aquellos que oran. Y es que es por medio de la oración que traemos estas promesas de la santa voluntad de Dios dentro del área de la realidad.

Tales son demasiado amplias para ser alcanzadas por una oración mediocre, por lo que hemos de orar de todo nuestro corazón hasta que lleguen a su cumplimiento...

“De cierto, de cierto os digo: el que en mí cree, las obras que Yo hago, él las hará también, y aún mayores hará, porque Yo voy al Padre. Y todo lo que pidiereis al Padre en mi Nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidiereis en mi Nombre, Yo lo haré” (Jn. 14:12 y 13).

¿Quién de nosotros, en nuestras oraciones, alcanza el nivel de esta promesa del Señor? ¡Cuánto hay aquí para gloria de Dios y para el bien del hombre! ¡Cuánto para la manifestación del poder de Cristo entronado, y para la recompensa de una fe abundante!

Miremos por un momento otra de las grandes promesas de Dios, y descubramos cómo puede llevarse a cabo por medio de la Palabra cuando oramos:

“Si permanecéis en Mí, y mis Palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (Jn. 15:7).

En estas palabras, Dios se inclina a Sí mismo a la voluntad de su pueblo. Ya que cuando Cristo es nuestro *todo en todo*, la oración pone los tesoros de Dios a nuestra disposición.

Los cristianos primitivos tenían una solución fácil y práctica para cada situación: tomaban sencillamente todo aquello que Dios tenía para darles. Esta sencilla solución está registrada en la primera epístola de Juan:

“Y cualquiera cosa que pidiéremos, la recibiremos de Él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de Él” (1 Jn. 3:22).

A saber, la oración, conjuntamente con la obediencia, es la forma de poner a prueba las promesas de Dios, y de alcanzar la respuesta para todas las cosas. Pero, además, la oración, unida a la Palabra de Dios, consagra y santifica todos los dones de Dios.

Hacer, entonces, la voluntad de Dios y tener su Palabra morando en nosotros son dos factores imperativos para la oración eficaz. Pero, alguien podrá preguntar, ¿cómo sabemos cuál es la voluntad de Dios? La respuesta es: estudiando su Palabra, que es la Luz Verdadera, y guardándola en nuestros corazones, dejando que ella more abundantemente en nuestro ser.

Asimismo, para conocer la voluntad de Dios en la oración, debemos ser llenos del Espíritu de Dios, quien hace intercesión por los santos de acuerdo a la voluntad

La oración,
unida a la
Palabra de
Dios,
consagra y
santifica
todos
los dones
de Dios.

La voluntad del Señor no es para manifestarse solamente en formas externas, sino que debe nacer del corazón, con gozo, sin perplejidades ni dudas, fluyendo como un manantial natural en el creyente que ha experimentado la maravilla del nuevo nacimiento y que hace de la Palabra de Dios su matutina y su vespertino.

de Dios. Y ser llenos con el Espíritu de Dios y con su Palabra, lo que equivale a conocer su voluntad; es estar en un estado de mente y corazón que nos capacita para leer e interpretar correctamente los propósitos del Todopoderoso. Ese complemento del corazón con la Palabra y el Espíritu nos da una visión profunda de la voluntad del Padre, y nos capacita para discernir sabiamente su voluntad, poniendo en nosotros una disposición de mente y corazón tal que será la guía y el compás de nuestras vidas.

Epafras oraba para que los Colosenses fueran “lentos del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría e inteligencia espiritual” (Col. 1:9). Ésta es una prueba contundente de que no solamente podemos conocer perfectamente la voluntad de Dios, sino de que podemos conocer toda su voluntad para nosotros. Más aún, podemos hacer toda la voluntad de Dios, no en forma ocasional, o por mero impulso, sino con un hábito de conducta fijo. Esta voluntad del Señor no es para manifestarse solamente en formas externas, sino que debe nacer del corazón, con gozo, sin perplejidades ni dudas, fluyendo como un manantial natural en el creyente que ha experimentado la maravilla del nuevo nacimiento y que hace de la Palabra de Dios su matutina y su vespertino.

15

La oración y la Palabra de Dios (continuación)

Hace algunos años, un hombre estaba viajando por los campos de Kentucky. Llevaba con él una gran suma de dinero y estaba bien armado. Cierta noche, se detuvo en un albergue, pero la ruda apariencia de su dueño le preocupó bastante. Se fue a la cama temprano, pero no durmió. A medianoche escuchó que los perros ladraban furiosamente y que alguien entraba en la casa. Mirando por una rendija entre las tablas de la pared de su cuarto, vio a un extraño con un fusil en la mano. Otro hombre se sentó delante del fuego. El viajero llegó a la conclusión de que estaban planeando robarle, y se preparó para defenderse. Pero el recién llegado tomó una Biblia, leyó un capítulo en voz alta y luego se arrodilló para orar. El viajero ya no sintió más temor, dejó su revólver y se acostó, durmiéndose profundamente hasta la mañana siguiente. Así fue cómo una Biblia evitó que sucediera una tragedia.

SHOUP, F. F.

En el salmo 19, David magnifica la Palabra de Dios en seis declaraciones: convierte el alma, hace sabio al simple, alegra el corazón, ilumina los ojos, permanece para siempre y es verdadera y justa. Sí, la Palabra de Dios es perfecta, segura justa y pura. Penetra profundamente en el corazón, purificándolo y limpiándolo de toda cosa vana e impía. No es de sorprenderse, por lo tanto, que después de considerar la profunda espiritualidad de la Palabra de Dios, su poder para hurgar en la naturaleza interior del hombre, el salmista cerrara su disertación con este pasaje:

“¿Quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos. Preserva también a tu siervo de las soberbias; que no se enseñoreen de mí. Entonces seré íntegro y estaré limpio de gran rebelión. Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, Oh Jehová, roca mía, y redentor mío” (Sal. 19:12-14).

Aquí es donde el hombre encuentra su escudo y protección contra el pecado: teniendo la Palabra de Dios atesorada en su corazón, y estando todo su ser impregnado de ella.

Dicho salmo, en casi cada uno de sus versículos, contiene una palabra, la cual identifica o localiza la Palabra de Dios. Muy a menudo, el escritor irrumpe en oración y súplica, diciendo: “enséñame tus estatutos”.

Y es que el salmista está tan profundamente impresionado con las maravillas de la Palabra de Dios y con la necesidad de la iluminación divina, que no puede menos que orar de esta manera:

“Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley” (Sal. 119:18).

Aquí es donde el hombre encuentra su escudo y protección contra el pecado: teniendo la Palabra de Dios atesorada en su corazón, y estando todo su ser impregnado de ella.

También Santiago, en la siguiente exhortación, reconoce la profunda espiritualidad de la Palabra y su poder inherente para salvarnos del enemigo y del pecado; es decir, de la muerte espiritual y eterna:

“Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la Palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas” (Stg. 1:21).

Y Pedro sigue esta misma línea, cuando describiendo el poder salvador de la Palabra de Dios, se expresa así:

“Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la Palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 P. 1:23).

Pedro no sólo habla de nacer de nuevo mediante la Palabra incorruptible de Dios, sino que también nos dice que para crecer en la gracia debemos ser como bebés recién nacidos, deseando ser alimentados con “la leche espiritual no adulterada” (1 P. 2:2).

Recordemos que la Palabra de Dios está impregnada con el Espíritu Santo, y así como hay un elemento divino en las Palabras de la Escritura, ese mismo elemento puede hallarse en toda verdadera predicación de la Palabra, la cual puede salvar y convertir al alma.

La oración invariablemente engendra amor por la Palabra de Dios y predispone a las personas a su lectura. Además, lleva a las personas a obedecer la Palabra de Dios, y pone un gozo indecible en el corazón de aquellos que se complacen en la obediencia.

Así, la gente que ora y lee la Biblia son la misma clase de gente, pues el Dios de las Escrituras y el Dios de la

oración es el mismo: Dios habla al hombre a través de la Biblia, y el hombre habla a Dios por medio de la oración. Dicho de otra manera, leemos la Biblia para descubrir la voluntad de Dios, y oramos con el propósito de recibir el poder para hacer esa voluntad. Esto es, la lectura de la Biblia y la oración son las señales distintivas de aquellos que anhelan conocer y agradar a Dios.

Y así como la oración engendra amor por las Escrituras, del mismo modo la oración hace que los hombres y mujeres visiten la casa de Dios y escuchen las Escrituras que allí se exponen. Ir a la iglesia está estrechamente conectado con la Biblia. En primer lugar, porque la misma Escritura nos exhorta a que no dejemos de congregarnos (He. 10:25), y en segundo lugar, porque es la casa de Dios, y su siervo declara y explica su Palabra a la congregación. En efecto, la oración hace que aquel que la practica no olvide la santa práctica de asistir regularmente a la *casa de Dios* (aspecto que volveremos a retomar más adelante).

Repetimos, la oración exalta la Palabra de Dios y le da preeminencia en la estimación de aquellos que invocan el Nombre del Señor.

Su terreno firme está solamente dentro de las garantías que ofrece la Escritura, y su misma existencia y carácter dependen de la revelación hecha por Dios al hombre.

Aún más, encontramos que la oración crea un amor real por las Escrituras y pone dentro de la naturaleza humana un verdadero deleite por la Palabra de Dios. En un éxtasis santo, de nuevo, el salmista exclama:

“¡Oh, cuánto amo yo tu ley! (...) ¡Cuán dulces son a mi paladar tus Palabras! Más que la miel a mi boca” (Sal. 119:103).

¿Deseamos amar intensamente la Palabra de Dios? Entreguémonos, pues, en forma continua a la oración. Porque aquel que tenga un corazón dispuesto a leer la Biblia no debe ni puede olvidarse de orar. A su vez, ningún hombre que no ore puede decir que ama la Biblia en verdad.

Nuestro Señor Jesucristo, que nos dio enseñanza y ejemplo de dedicación a la oración con su propia vida cuando estuvo aquí en la Tierra, magnificó asimismo la Palabra de Dios, citándola muy a menudo. Sí, en su vida

Leemos la Biblia para descubrir la voluntad de Dios, y oramos con el propósito de recibir el poder para hacer esa voluntad. Esto es, la lectura de la Biblia y la oración son las señales distintivas de aquellos que anhelan conocer y agradar a Dios.

Ninguna otra cosa es más esencial para una vida llena del Espíritu que la lectura de la Biblia y la oración; dos ayudas indispensables para crecer en la gracia, para extraer el mayor gozo de la vida cristiana y establecerse en los caminos de paz.

terrenal, Jesús observó el día de reposo, la asistencia al Templo y la lectura de la Palabra de Dios:

“Vino a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer” (Lc. 4:16).

Podemos concluir diciendo que ninguna otra cosa es más esencial para una vida llena del Espíritu que la lectura de la Biblia y la oración; dos ayudas indispensables para crecer en la gracia, para extraer el mayor gozo de la vida cristiana y establecerse en los caminos de paz. Por consiguiente, el abandono y descuido de estos importantes deberes presagia indefectiblemente un abatimiento del alma, una pérdida de gozo y paz, una aridez de espíritu y un total decaimiento de todo lo que se relaciona con la vida espiritual; prepara también el camino para la apostasía, y da al maligno una ventaja tal que ciertamente la aprovechará para la ruina del creyente y de la obra.

Leer la Palabra de Dios regularmente y orar sin cesar es lo único que, en definitiva, nos pondrá a salvo de los ataques del enemigo de las almas y nos garantizará la victoria final a través del poder de la sangre del Cordero.

LIBRO VI

EL PREDICADOR Y LA ORACIÓN

El carácter y la predicación

Estudie la santidad universal de la vida: su utilidad entera depende de esto, porque sus sermones, al fin y al cabo, no duran sino una hora o dos; empero su vida predica toda la semana. Si Satanás puede tan solo hacerle un ministro sórdido amador de alabanzas, de placeres, de buenas comidas, ha arruinado su ministerio. Dése usted mismo a la oración y consiga sus textos, sus pensamientos y sus palabras de Dios. Lutero empleaba sus tres mejores horas del día en oración...

ROBERT MURRAY McCHEYNE

La oración está sumamente relacionada con el éxito de la predicación de la Palabra. Esto expone el apóstol Pablo en su epístola a los tesalonicenses:

“Por lo demás, hermanos, orad por nosotros, para que la Palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo fue entre vosotros” (2 Ts. 3:1).

Esto es, la oración abre el camino para que la Palabra de Dios corra sin estorbos, y crea la atmósfera favorable para que cumpla su propósito. Se podría decir, pues, que la oración pone ruedas bajo la Palabra de Dios y da alas de ángel al Evangelio para que se predique a todo individuo en cada nación y pueblo.

La parábola del sembrador es un estudio notable de la predicación, mostrando sus diferentes efectos y describiendo la diversidad de oyentes que existen: a saber, la Tierra está sin preparar y como consecuencia, el diablo quita fácilmente la semilla –que es la Palabra de Dios– y disipa todas las buenas impresiones, haciendo que el trabajo del sembrador sea inútil (lo cual es muy común en nuestros días). Por otro lado, están los oyentes que constituyen “la buena tierra”; éstos aprovechan la buena semilla porque sus mentes han sido preparadas para recibirla, y después de oír la Palabra, ésta pasa a germinar en sus corazones hasta dar fruto en abundancia. Ya lo decía Lucas:

“Mirad, pues, cómo oís” (Lc. 8:18).

Y es que para estar conscientes de cómo oímos, es necesario entregarse continuamente al ejercicio de la oración.

La oración abre el camino para que la Palabra de Dios corra sin estorbos, y crea la atmósfera favorable para que cumpla su propósito. La oración pone ruedas bajo la Palabra de Dios y da alas de ángel al Evangelio para que se predique a todo individuo en cada nación y pueblo.

El predicador es el conducto áureo a través del cual fluye el aceite divino. La predicación no es la obra de una hora, sino la manifestación de una vida.

En efecto, los corazones de aquellos que escuchan deben ser preparados mediante la oración. De otro modo, aunque al principio parezca que la Palabra comienza a brotar, luego todo se pierde, sencillamente por falta de oración, vigilancia y cuidado.

Sabemos que el carácter, así como la suerte del Evangelio, están confiados al predicador. Él hace o deshace el mensaje de Dios al hombre. En otras palabras, el predicador es el conducto áureo a través del cual fluye el aceite divino. Pero este conducto debe ser, no sólo áureo, sino que ha de estar bien abierto y sano para que el aceite pueda tener una corriente plena, ininterrumpida y sin pérdida.

Sin embargo, es importante que reconozcamos que el hombre hace al predicador. Es decir, el mensajero, es, si es posible, más que el mensaje; el predicador, más que el sermón: hace al sermón. Así como la leche del seno materno que da vida no es sino la vida de la madre, así todo lo que el predicador dice está teñido e impregnado por lo que el predicador es. El tesoro está en vasos de barro y el gusto del barro puede impregnarlo y decolorarlo. El hombre, el hombre entero, está finalmente detrás del sermón.

La predicación no es la obra de una hora, sino la manifestación de una vida... Se necesitan veinte años para hacer un sermón porque se necesitan veinte años para hacer al hombre. Y el sermón crece, porque el hombre crece. Es poderoso, porque el hombre es poderoso; es santo porque el hombre es santo y está lleno de la unción divina, porque el hombre está lleno de la unción divina.

Pablo lo designó "mi Evangelio", no por una excentricidad personal o por una apropiación egoísta, sino porque fue puesta en su corazón y en su alma una confianza personal que se reflejaba en sus cartas paulinas, inflamadas y potencializadas por la fogosa energía de su alma ardiente. No obstante, los sermones de Pablo, ¿qué fueron? ¿Dónde están? ¡Esbozos, fragmentos dispersos, flotando en el mar de la inspiración! Empero, el hombre, Pablo, más grande que sus sermones, vive para siempre, en forma completa, rasgos y estatura, con su moldeadora mano en la Iglesia. Y es que la predicación no es sino una voz; la voz en el silencio muere, el texto se olvida, el sermón fluye de la memoria, mas el predicador vive...

Asimismo, Pablo apela al carácter personal de los hombres que enraizaron el Evangelio en el mundo; explica

el misterio de su éxito: la gloria y eficiencia del Evangelio están apostadas sobre los hombres que lo proclaman. Así, cuando Dios declara que "los ojos de Jehová contemplan la Tierra, para corroborar a los que tienen corazón perfecto para con Él" (2 Cr. 16:9), declara la necesidad de hombres y su dependencia de ellos, como un canal a través del cual Él despliega su poder en el mundo.

Un eminente historiador dijo que los incidentes del carácter personal influyen más en las revoluciones de las naciones que lo que cualquier historiador, filósofo o político quiera admitir. Esta verdad tiene su aplicación plena en el Evangelio de Cristo, ya que el carácter y la conducta de los seguidores del Maestro de Galilea cristianizaron el mundo, transfiguran las naciones y los individuos; mientras que un sermón no puede dar más vida que la que tiene el hombre que lo produce.

Por ello, los hombres muertos dan sermones muertos, y los sermones muertos matan. Todo depende del carácter espiritual del predicador.

Bajo la dispensación judía, el Sumo Sacerdote tenía escrito con letras enjoradas en su frontal: "Santidad a Jehová". Igualmente, todo predicador en el ministerio de Cristo debe ser modelado y dirigido por esta misma divisa santa. Pues la vergüenza de ver a un predicador cristiano carente de santidad resulta mayor que si se tratara de un sacerdote hebreo con manos impuras dentro del santuario de Dios.

Jonathan Edwards dijo:

"Yo seguí con mis ardientes deseos de conseguir más santidad y conformidad a Cristo. El Cielo que deseaba era un Cielo de santidad".

Repetimos, el Evangelio de Cristo no se mueve por olas populares; no tiene poder propio para propagarse: se mueve, de la manera que los hombres encargados de él se mueven. O sea, el predicador debe personificar el Evangelio. El poder constriñente de amor debe ser en el predicador como una fuerza de proyección excéntrica, que todo lo domina y se olvida de sí misma. La negación de sí mismo debe constituir su ser, su corazón, su sangre y sus huesos. Porque es un hombre entre los hombres, vestido de humildad, viviendo en mansedumbre, "prudente como una serpiente, y sencillo como una paloma", con las obligaciones de un siervo y el espíritu de un rey; un rey

El Evangelio de Cristo no se mueve por olas populares; no tiene poder propio para propagarse: se mueve, de la manera que los hombres encargados de él se mueven. O sea, el predicador debe personificar el Evangelio.

Los predicadores no son, en definitiva, hacedores de sermones, sino hacedores de hombres, de santos... Y solamente estará bien ejercitado para este trabajo quien se haya hecho a sí mismo un hombre y un santo.

con porte noble, real e independiente, pero también con la ingenuidad y la dulzura de un niño. Sinceros, heroicos, compasivos, sin temor al martirio, deben ser hombres que se tomen el trabajo de apoderarse y modelar una generación para Dios.

Si, por el contrario, son tímidos contemporizadores, buscadores de honores, si tratan de agradar a los demás, si su fe tiene un débil apoyo en el Padre y en su Palabra, ellos no pueden apoderarse de la Iglesia ni del mundo para Dios.

Los predicadores no son, en definitiva, hacedores de sermones, sino hacedores de hombres, de santos... Y solamente estará bien ejercitado para este trabajo quien se haya hecho a sí mismo un hombre y un santo. No son los talentos, ni la erudición lo que Dios requiere de los predicadores, sino que sean hombres grandes en santidad, grandes en fe, en amor y en fidelidad... De ahí que la instrucción de los doce discípulos fuera la grande, difícil y paciente labor de Cristo.

Y he aquí también el orden en el que fueron formados los primeros cristianos: fuertes, militantes, santos, graves, laboriosos, mártires del trabajo. Se aplicaron a su labor de tal manera que impresionaron a su generación y la desbordaron.

Pero el gran secreto para conseguir tan altos ideales es uno y nada más: la oración. Sí, un hombre que predica debe ser un hombre de oración, ya que ésta es el arma más poderosa del predicador; una fuerza omnipotente en sí misma, que da vida a todo...

Esto es, un hombre de Dios no nace, sino que se hace en la cámara secreta de la comunión y de la devoción privada. Su vida y sus profundas convicciones nacen de su comunión secreta con Dios. Igualmente, en la opresión y agonía llorosa de su espíritu ante Dios, sus más importantes y más dulces mensajes fueron adquiridos y hechos en la cámara secreta.

Resumiendo, la oración hace al hombre, la oración hace al predicador, la oración hace al pastor...

2

La casa de Dios

La Iglesia, determinada a la adquisición del poder temporal, casi ha abandonado sus deberes espirituales. Y su imperio, el cual descansa sobre fundamentos espirituales, se va desmenuzando con su caída, amenazando con pasar de largo como una visión que no tiene sustancia.

LEA'S INQUISITION

La oración se relaciona con lugares, épocas, ocasiones y circunstancias. Tiene que ver con Dios y con todo lo que esté relacionado con Él. Pero también está íntima y especialmente relacionada con su casa: a saber, la Iglesia, un lugar sagrado, apartado para adorar a Dios y predicar su Palabra. Sí, la oración tiene un lugar preponderante en la casa de Dios. Allí, Dios se encuentra con su pueblo y se deleita en la adoración de sus santos. No es, pues, un lugar común...

Nuestro Señor puso un énfasis peculiar sobre lo que es la Iglesia cuando echó a los mercaderes del Templo, repitiendo las palabras de Isaías:

"¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones" (Mr. 11:17).

Así, aquellos que descuidan hoy también la oración y buscan minimizarla, dándole un lugar secundario, perverten la Iglesia de Dios. Porque la oración pertenece a la casa de Dios, donde tiene sus derechos divinos.

Es más, la vida, el poder y la gloria de la Iglesia es la oración. Ésta hace que el mismo edificio se convierta en un santuario, algo separado en espíritu y propósito, diferente en todo a cualquier otro edificio. Así sucedía con el Tabernáculo, el cual aun siendo movido de sitio en sitio, era santo porque allí moraba la presencia de Dios.

Sin oración, una iglesia viene a ser entonces como un cuerpo sin espíritu, algo muerto e inanimado. Podrá tener un hermoso y costoso edificio, con todos los adelantos y comodidades, pero si en su seno carece de oración, será fría y yerta.

La vida, el poder y la gloria de la Iglesia es la oración. Ésta hace que el mismo edificio se convierta en un santuario, algo separado en espíritu y propósito, diferente en todo a cualquier otro edificio.

La oración debe tomar parte en cada una de las actividades que se llevan a cabo dentro de la Iglesia y de su templo; siendo una de sus importantísimas funciones la de crear y educar gente de oración, hombres y mujeres santos que pasen largo tiempo sobre sus rodillas.

Por consiguiente, puesto que la casa de Dios es una casa de oración, la intención divina es que su pueblo deje sus hogares y vaya a encontrarse con Él en su propia casa. Dios ha hecho promesa especial de encontrarse con su pueblo allí, y el deber de todo creyente es acudir a la Iglesia para ese fin específico.

De hecho, la oración debería ser la principal atracción para todos los creyentes espirituales. Los demás lugares, aunque no todos pecaminosos o malos, son seculares y humanos, y no tienen una concepción especial de Dios en ellos. Pero la Iglesia es esencialmente espiritual y divina. Lo que se hace en otros lugares es hecho sin especial referencia a Dios, mientras que, dentro de la Iglesia, Dios es reconocido, invocado y adorado. La oración es, en definitiva, la marca distintiva de la casa de Dios, el lugar sagrado donde los creyentes fieles se encuentran con su Señor.

La oración debe tomar parte en cada una de las actividades que se llevan a cabo dentro de la Iglesia y de su templo; siendo una de sus importantísimas funciones la de crear y educar gente de oración, hombres y mujeres santos que pasen largo tiempo sobre sus rodillas.

Cualquier iglesia que se llame *casa de Dios* y que no dé a la oración un lugar prominente en sus actividades y que no enseñe las grandes lecciones que la Escritura contiene sobre ella debería ajustarse inmediatamente al patrón y guía divina o cambiar el nombre de su edificio.

El hallazgo del Libro de la Ley dado a Moisés supuso algo sin precedentes en la historia de Israel. Cuando fue llevado a Josías, éste rasgó sus vestidos y se afligió en gran manera por el abandono que había existido en su reino con respecto a la Palabra de Dios, cuyo resultado natural había sido irremediablemente la iniquidad que abundaba por toda la Tierra.

Entonces, Josías pensó en Dios, y mandó a Hilcías, el sacerdote, a que fuera e inquiriera acerca de lo hallado. ¡Un abandono tal de la Palabra de Dios era demasiado serio como para ser tratado livianamente! Toda la nación, sin duda, debía mostrar un sincero arrepentimiento. Y éstas fueron las palabras de este fiel rey:

“Andad, consultad a Jehová por mí y por el remanente de Israel y de Judá acerca de las palabras del libro que se ha hallado; porque grande es la ira de Jehová que ha caído sobre nosotros, por cuanto nuestros padres no guar-

daron la Palabra de Jehová, para hacer conforme a todo lo que está escrito en este libro»” (2 Cr. 34:21).

Pero eso no fue todo... Josías promovió un avivamiento dentro de su reinado; de modo que le encontramos reuniendo a todos los ancianos de Jerusalén y de Judá para llevar a cabo tal propósito. Una vez reunidos, el rey entró en la casa del Señor y leyó las palabras del Libro del Pacto que fue encontrado en la casa del Señor.

Gracias a este rey justo, la Palabra de Dios tomó una importancia relevante. Josías la estimó de tal manera que consultó a Dios en oración sobre su propia Palabra, y se cuidó de instruir a la gente que le rodeaba sobre las maravillas de su contenido.

Asimismo, cuando Esdras volvió de Babilonia y buscaba la restauración de su nación, todo el pueblo se reunió como un solo hombre en la plaza que estaba delante de la *Puerta de las aguas*:

“... Y dijeron a Esdras, el escriba, que trajese el Libro de la Ley de Moisés, el cual Jehová había dado a Israel. Y el sacerdote Esdras trajo la ley delante de la congregación, así de hombres como de mujeres y de todos los que podían entender, el primer día del mes séptimo. Y leyó en el libro delante de la plaza que está delante de la puerta de las Aguas, desde el alba hasta el mediodía, en presencia de hombres y mujeres y de todos los que podían entender; y los oídos de todo el pueblo estaban atentos al Libro de la Ley” (Neh. 8:1-3).

¡Éste fue el gran día de la lectura de la Palabra de Dios en Judá! Un verdadero avivamiento; los líderes leían la ley delante del pueblo, cuyos oídos estaban atentos a lo que Dios tenía que decirles. Pero no sólo fue un día de lectura de las Escrituras; fue también un tiempo de predicación de la Palabra, así como lo indica el siguiente pasaje:

“Y leían en el libro de la ley de Dios claramente, y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura” (Neh. 8:8).

He aquí la definición escritural de la predicación: leer la Palabra de Dios de modo que la gente pueda oír y entender las palabras, no desviándose de su contenido. Ésta es la clase de predicación que necesitamos hoy día, una predicación clara y expositiva, para que la Palabra de Dios pueda tener efecto en los corazones.

He aquí la definición escritural de la predicación: leer la Palabra de Dios de modo que la gente pueda oír y entender las palabras, no desviándose de su contenido. Ésta es la clase de predicación que necesitamos hoy día, una predicación clara y expositiva, para que la Palabra de Dios pueda tener efecto en los corazones.

Es cierto que la predicación tópica, polémica, histórica y otras formas de sermones tienen sus usos en determinados momentos. Pero la predicación expositiva, la que da a entender claramente el contenido de la Palabra de Dios, es la número uno por excelencia.

Sin embargo, para lograr un fin exitoso, el predicador necesita ser un hombre de oración. Por cada hora que pase estudiando su mensaje, deberá estar dos horas de rodillas en oración. Por cada hora que dedique a un pasaje oscuro de la Escritura, habrá de estar dos a solas con su Señor. Y es que la oración y la predicación no pueden permanecer separadas...

3

La predicación de la letra *versus* la predicación crucificada

No creo que mis anhelos de avivamiento fueran ni la mitad de fuertes de lo que deberían haber sido; y tampoco puedo entender que un pastor evite el estar en un continuo contacto ardiente con el Maestro y haciendo, de este modo, tanto daño a la Iglesia...

EDWARD PAYSON

La predicación es la gran institución de Dios para la plantación y maduración de la vida espiritual.

Las más dulces gracias, por una ligera perversión, pueden llevar muy amargo fruto. El sol da vida, pero las insolaciones son mortales. Esto es, la predicación es para dar vida, pero puede matar. Y el predicador tiene las llaves; él puede cerrar tan bien como abrir. Porque la predicación es la gran institución de Dios para la plantación y maduración de la vida espiritual. Cuando es correctamente ejecutada, sus beneficios son indecibles; pero cuando no, ningún mal puede excederle en sus resultados dañinos. Es un asunto fácil destruir el rebaño, si el pastor es imprevisor o el pasto es destruido; fácil capturar la ciudadela si el centinela se duerme o el alimento y el agua son envenenados...

Investido con tan favorables prerrogativas, expuesto a tan grandes males, implicando tan graves y múltiples responsabilidades, sería entonces una parodia en la astucia del diablo y un libelo en su carácter y reputación, si él no pusiera por obra sus principales influencias para adulterar al predicador y su predicación. En presencia de todo esto, la pregunta exclamatoria de Pablo es:

"Y para todo esto, ¿quién es suficiente?" (2 Co. 2:16).

Luego añade:

"Nuestra suficiencia es de Dios; el cual así mismo nos hizo ministros suficientes de un nuevo pacto; no de la letra, mas del Espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica" (2 Co. 3:4-6).

Así, el verdadero ministerio es influenciado, capacitado y hecho por Dios. Y es que el Espíritu de Dios es en el predicador un poder de unción; el fruto del Espíritu está en su corazón. Su predicación da vida, como la primavera

Esta predicación que mata pertenece a la letra; puede ser bella y metódica; pero aun es la letra, la árida, dura letra, cáscara desnuda, vacía. La letra puede tener el germen de la vida en ella, pero no tiene aliento suficiente para evocarla. Es cimiento de invierno, tan duro como el terreno de invierno; tan helada, como el aire de invierno: no hay deshielo ni germinación para ella.

da vida, como la resurrección da vida; ardiente como el verano y fructífera, como el otoño...

Esta clase de predicador que da vida es un hombre de Dios, cuya alma siempre está siguiendo diligentemente los requerimientos divinos; y en quien, por el poder del Espíritu de Dios, la carne y el mundo han sido crucificados, y su ministerio es semejante al generoso flujo de un río caudaloso.

Por el contrario, la predicación que mata es una predicación no espiritual. Fuentes inferiores que no son de Dios le han dado energía y estímulo. Tampoco el Espíritu es evidente en el predicador ni en su predicación. Muchas clases de fuerzas pueden ser proyectadas y estimuladas por la predicación que mata, pero éstas no son espirituales: son fuerzas fingidas y magnetizadas.

Esta predicación que mata pertenece a la letra; puede ser bella y metódica; pero aun es la letra, la árida, dura letra, cáscara desnuda, vacía. La letra puede tener el germen de la vida en ella, pero no tiene aliento suficiente para evocarla. Es cimiento de invierno, tan duro como el terreno de invierno; tan helada, como el aire de invierno: no hay deshielo ni germinación para ella.

Puede incluso contener la verdad dentro de ella. Pero es una verdad no vivificada por el Espíritu de Dios, que amortece tanto o más que el error; aunque se trate de la auténtica verdad sin mezcla, sin el Espíritu, su sombra e influencia son mortales: su verdad, error, y su luz, tinieblas...

La predicación que mata es a menudo ortodoxa y dogmática. ¡Pues amamos la ortodoxia! Es el recto y claro corte de enseñanza de la Palabra de Dios; los trofeos obtenidos por la verdad en su conflicto con el error, los diques que la fe ha levantado contra la honrada o descuidada inundación desoladora de creencias falsas o incredulidad. Pero la ortodoxia, clara y dura como el cristal, suspicaz y militante, no puede ser sino la letra bien arreglada, bien nombrada y bien aprendida: la letra que mata. Nada es tan mortal como una ortodoxia muerta, demasiado muerta para especular, demasiado muerta para pensar, para estudiar o para orar.

La predicación que mata puede tener conocimiento y alcance de principios, puede ser estudiada y crítica en gusto; iluminada por pensamientos filosóficos y trascen-

dentes, examinada eruditamente como un abogado que estudia sus libros de texto para formar sumario o para defender su caso. Y sin embargo, ser semejante al hielo homicida.

La predicación de la letra puede ser elocuente, esmaltada con la poesía y la retórica, rociada con oración sazónada con la sensación y, no obstante, parecerse a las hermosas flores que cubren el féretro de un cadáver. Bajo tal predicación, ¡cuán amplia y total es la desolación! ¡Cuán profunda la muerte espiritual!

Esta predicación de la letra tiene que hacer con la superficie y sombra de las cosas, y no con las cosas mismas. No penetra en la parte interior. No tiene profundo conocimiento interno, ni fuerte alcance de la vida escondida en la Palabra de Dios. Es verdad en apariencia, pero la apariencia es la cáscara, cáscara que debe ser rota y traspasada para obtener la almendra.

Es una predicación sin unción, no sazónada ni oleada por el Espíritu. Tal vez, produzca lágrimas, pero serán lágrimas volátiles, como viento de verano sobre una montaña de nieve... Quizás, cause sensación y ardor, pero será la emoción de un actor dramático.

Habría que preguntarse, entonces, de quién es la culpa de todo esto... ¡Desde luego, no es de Dios! ¡La culpa está en el hombre! Más aún, ¡en el predicador! Éste ha estado demasiado ocupando con su sermón, que no ha oído la canción de los serafines, ni ha visto la visión de gloria, ni sentido el ímpetu de aquella sublime santidad, después de un absoluto abandono y desesperación, bajo la sensación de debilidad y culpa; purgado e inflamado por el carbón ardiendo del altar de Dios.

El predicador puede sentir desde el entusiasmo de su propio ardor pasajero, puede ser elocuente sobre su propia exégesis, ardiente en dar el producto de su cerebro; pero el brillo y centelleo serán tan estériles de vida como un campo sembrado de perlas... En alguna parte, del todo inconsciente en sí mismo, algún don conductor espiritual ha atacado su ser interior y la corriente divina ha sido detenida, porque nunca ha sentido su completa bancarrota espiritual, su total impotencia; nunca ha aprendido a clamar con clamor inefable de desesperación, hasta que el poder de Dios y el fuego santo hayan descendido sobre él. La propia estima, perniciosa, ha difamado y violado el

Esta predicación de la letra es una predicación sin unción, no sazónada ni oleada por el Espíritu. Tal vez, produzca lágrimas, pero serán lágrimas volátiles, como viento de verano sobre una montaña de nieve... Quizás, cause sensación y ardor, pero será la emoción de un actor dramático.

El elemento del proceso de muerte está detrás de las palabras, detrás del sermón, detrás de la ocasión, detrás del ademán, detrás de la acción. Y es que la predicación crucificada solamente puede venir de un hombre crucificado.

templo que debería haber sido mantenido sagrado para Dios.

Su ministerio puede atraer el pueblo hacia él, a la Iglesia, a la forma y ceremonia; pero en verdad no atrae hacia Dios y no induce a la dulce, santa y divina comunión. Como consecuencia, la Iglesia ha sido refrescada, pero no edificada; agradada, pero no santificada. La vida es suprimida, hay un frío en el aire de verano; el estiércol es horneado. Finalmente, la ciudad de nuestro Dios viene a ser la ciudad de la muerte; la Iglesia, un cementerio, no un ejército en batalla.

En efecto, el elemento del proceso de muerte está detrás de las palabras, detrás del sermón, detrás de la ocasión, detrás del ademán, detrás de la acción. Y es que la predicación crucificada solamente puede venir de un hombre crucificado.

Un dato más: la predicación que mata es, sobre todo, predicación sin oración; mejor dicho, es oración «profesional», que mata. Largas, discursivas, secas y vacías suelen ser este tipo de oraciones en muchos pulpitos. Sin unción o corazón, ellas caen como un hielo mortal sobre todas las gracias de adoración. Son oraciones que imparten muerte. Todo vestigio de devoción ha perecido bajo su aliento. Cuanto más muertas son, más largas se hacen.

Una súplica por la oración corta, viva, verdadera, nacida del corazón, oración por el Espíritu Santo directa, específica, ardiente, simple, untuosa en el púlpito es, pues, el único antídoto contra la oración que mata. Y se necesita una escuela para enseñar a los predicadores cómo orar, más que todas las escuelas teológicas juntas...

¡Alto! ¡Detengámonos, y reflexionemos! ¿Dónde estamos? ¿Qué estamos haciendo? ¿Predicando para matar? ¿Orando para matar? ¿Acaso no deberíamos descartar para siempre la maldita predicación que mata y la oración que mata, y hacerla una cosa real, la cosa más poderosa donada del Cielo a la Tierra, y traer los abiertos e inagotables tesoros de Dios para las necesidades y mendicidades del hombre?

4

La clave del éxito del verdadero predicador

Permítasenos mirar a menudo a Brainerd en los bosques de América, vertiendo toda su alma delante de Dios por los paganos perdidos, sin cuya salvación nada podría hacerle feliz. Oración secreta, ferviente, oración creyente, esta es la raíz de toda piedad personal. Un conocimiento competente del idioma donde un misionero vive, un temperamento suave y persuasivo, un corazón que se da a Dios en comunión secreta, estos son los méritos que, más que todo conocimiento, o todo otro don, nos prepararán para llegar a ser los instrumentos de Dios en la gran obra de la redención humana.

HERMANDAD DE CAREY, SERAMPORE

Nuestra comunión con Dios sólo es de utilidad cuando podemos emplear sus inapreciables beneficios en bien de los demás.

Hay dos tendencias extremas en el ministerio: una es encerrarse en sí mismo, fuera de toda comunicación con el pueblo, tal como hicieron los monjes y los ermitaños de antaño, los cuales se encerraron alejándose de los hombres para estar más cerca de Dios (creían ellos). Pero, naturalmente, fracasaron. Porque nuestra comunión con Dios sólo es de utilidad cuando podemos emplear sus inapreciables beneficios en bien de los demás.

Nosotros, también, muchas veces nos encerramos en nuestro estudio, junto a la polilla de los libros, incluso de la Biblia, y nos convertimos en «hacedores de sermones»; notables en literatura y en pensamientos y, sin embargo, descuidando lo más importante: nuestra comunión con Dios por medio de la oración, inclusive, la oración intercesora por nuestro prójimo y vecino.

Los predicadores que son grandes pensadores y grandes estudiantes debieran, sobre todo, ser los más grandes hombres de oración, o si no serán los más grandes apóstatas, profesionales sin corazón, racionalistas, menor que el último de todos los predicadores en la estima de Dios.

La otra tendencia es la de popularizar enteramente el ministerio. Esto está muy bien, pues nos ayuda a conectar con nuestros hermanos y a no vivir aislados; pero existe el peligro de dejar de ser hombres de oración, absorbidos por

Únicamente la oración puede refrescar el corazón del predicador, guardándolo en armonía con Dios y en simpatía con el pueblo; levantando su ministerio fuera del frío aire de una profesión y fructificándolo y haciéndolo rodar con la facilidad y el poder de una unción divina.

el mecanismo de las actividades de la Iglesia. El desastre y la ruina de semejante ministerio no pueden, empero, computarse por la aritmética terrenal: según lo que el predicador es en oración delante de Dios, por sí mismo, por su pueblo, así es su poder por el bien real de los hombres, su verdadera fructificación, su verdadera fidelidad hacia Dios y hacia el prójimo. Y es que es imposible, para el predicador, guardar su espíritu en armonía con la naturaleza divina de su elevado llamamiento sin mucha oración.

Además, aquello de que el predicador, por la fuerza del deber y fidelidad laboriosa hacia la obra y rutina del ministerio, puede conservarse en buen estado de idoneidad es un serio error. Aun el hacer sermones incesantes como un arte, o como un deber, o como un placer, endurecerá e indispondrá el corazón, por negligencia en la oración. Igual que el positivista pierde a Dios en su observación empírica de la naturaleza, el predicador pierde a Dios en su sermón.

Únicamente la oración puede refrescar el corazón del predicador, guardándolo en armonía con Dios y en simpatía con el pueblo; levantando su ministerio fuera del frío aire de una profesión y fructificándolo y haciéndolo rodar con la facilidad y el poder de una unción divina.

Spurgeon dijo:

“Enteramente, el predicador es, sobre todos los demás, distinguido como un hombre de oración. Él ora no como un cristiano ordinario: él ora más que un cristiano ordinario; de otro modo sería descalificado para el oficio que ha emprendido. Si vosotros, como ministros, no sois llenos de oración, debéis ser compadecidos. Si llegáis a ser flojos en la devoción sagrada, no solo vosotros necesitaréis compasión, sino también vuestra congregación. Y el día viene, en el cual seréis avergonzados y confundidos. Todas nuestras bibliotecas y estudios son mera vacuidad comparadas con nuestras cámaras secretas de oración. Nuestros tiempos de ayuno y oración en el Tabernáculo han sido, verdaderamente, días grandes. Nunca, las puertas del Cielo han sido mantenidas más abiertas; nuestro corazón, nunca se ha sentido más cerca de la Gloria celestial”.

El ministerio de la plena oración no es como la levadura al pan, para dar un sabor agradable, sino que la oración debe ser el cuerpo, y formar la sangre y los huesos de nuestro ser. No es un deber pequeño, puesto en un

rincón; ni una ejecución fragmentaria hecha de los fragmentos de tiempo que han sido arrebatados a los negocios y otros empeños de la vida... Sino que significa que lo mejor de nuestro tiempo, el corazón de nuestro tiempo y fuerza deben ser dados a Dios por medio de la oración fervorosa. No quiere decir que la comunión secreta quede absorbida en el estudio o abismada en las actividades de los deberes ministeriales; sino que la comunión secreta primero, y el estudio y actividades después, ambos deben ser refrescados y hechos eficientes por la comunión secreta.

La oración no es el pequeño atavío prendido sobre nosotros, mientras estuvimos atados a las faldas de nuestra madre; ni una acción de gracias de un cuarto de minuto hecha sobre una comida de una hora: emplea más tiempo y apetito que nuestras más grandes comilonas o más ricas fiestas.

Debe penetrar tan fuertemente en el corazón y vida como penetró en «las lágrimas y clamor» de Cristo (véase He. 5:7); debe desarrollar el alma en una agonía de deseo como lo hizo con Pablo y ser un fuego como la oración ferviente y efectiva de Santiago; esa cualidad que, cuando la ponemos en el incensario de oro delante de Dios, obra poderosas angustias y revoluciones espirituales.

Por tanto, a la oración que hace mucho en nuestra predicación debe darse mucha importancia. Pues el carácter de nuestra oración determinará el carácter de nuestra predicación. Esto es, oración ligera hará predicación ligera; mientras una oración fuerte hará fuerte la predicación.

El predicador debe ser preeminente un hombre de oración; su corazón debe graduarse en la escuela de oración. En todo ministerio importante para el bien, la oración ha sido siempre una ocupación seria. Ninguna erudición puede suplir la falta de oración. Ningún celo, ni diligencia, ni estudio, ni dones, suplirán su necesidad...

Hablar a los hombres acerca de Dios es una gran cosa, pero hablar a Dios acerca de los hombres es más grande aún. Nunca hablará bien y con éxito verdadero a los hombres sobre Dios quien no haya aprendido bien a hablar a Dios acerca de los hombres.

A la oración que hace mucho en nuestra predicación debe darse mucha importancia. Pues el carácter de nuestra oración determinará el carácter de nuestra predicación. Esto es, oración ligera hará predicación ligera; mientras una oración fuerte hará fuerte la predicación.

5

La clave del éxito del verdadero predicador (continuación)

Igual que un motor no se mueve hasta que el fuego está encendido, así la predicación, con toda su maquinaria, perfección y pulimento, está completamente paralizada en cuanto a resultados espirituales se refiere, hasta que la oración ha prendido y creado el vapor. Y es que la textura, delicadeza y fortaleza del sermón suele ser, a menudo, mucho escombros, a menos que el impulso poderoso de la oración esté en él.

Si algún ministro puede estar satisfecho sin conversiones, no tendrá ninguna conversión.

C. H. SPURGEON

La oración, en la vida del predicador, en el estudio del predicador, en el púlpito del predicador, debe ser una fuerza conspicua y todo fecunda, y un ingrediente del todo impregnante. No debe jugar un papel secundario, ni ser mero barniz, ya que al predicador le es dado estar con su Señor toda la noche en oración (Lc. 6:12). Esto es, para entrenarse en la negación de sí mismo en oración, se le encarga mirar a su Maestro, quien “levantándose muy temprano, salió y se apartó a un lugar solitario, y allí oró” (Mr. 1:35). El estudio del predicador es necesario que sea en una cámara secreta, en un *Bethel*. ¡Que cada pensamiento pueda ascender hacia el Cielo antes de ser transmitido a los hombres! ¡Que cada parte del sermón pueda ser perfumada por el aire del Cielo y hecha seria, porque Dios estuvo en el estudio!

Igual que un motor no se mueve hasta que el fuego está encendido, así la predicación, con toda su maquinaria, perfección y pulimento, está completamente paralizada en cuanto a resultados espirituales se refiere, hasta que la oración ha prendido y creado el vapor. Y es que la textura, delicadeza y fortaleza del sermón suele ser, a menudo, mucho escombros, a menos que el impulso poderoso de la oración esté en él.

El predicador debe, pues, poner a Dios en el sermón; mover a Dios hacia el pueblo, antes de que él pueda mover el pueblo hacia Dios por medio de sus palabras. Dicho de otra manera, es menester que el predicador haya tenido audiencia y constante acceso a Dios, antes de que pueda tener acceso al pueblo.

Es necesario repetir y reiterar, que la oración, como un mero hábito, como un cumplimiento llevado a cabo por mera rutina o de una manera «profesional» es una cosa muer-

ta y podrida. Tal oración, no tiene conexión con la oración por la que abogamos, aquella que empeña y coloca sobre el fuego cada elemento elevado del ser del predicador; oración que es nacida de una vital unidad con Cristo y de la plenitud del Espíritu Santo: la que brota de lo profundo, sobreabundando en fuentes de tierna compasión, solicitud inmortal por el bien eterno del hombre... Un celo consumidor por la gloria de Dios; una entera convicción de la dificultad y delicadeza de la obra del predicador y de la necesidad imperativa de la más poderosa ayuda de Dios. La oración fundada en estas solemnes y profundas convicciones es la única oración verdadera. La predicación respaldada por semejante oración es la única predicación que siembra la simiente de la vida eterna en los corazones humanos y edifica a los hombres para el Cielo.

Es cierto que puede haber predicación popular, predicación agradable, predicación atractiva, predicación muy intelectual, literaria y fuerte de entendimiento, con su medida y forma de lo bueno. Pero la predicación que asegura el propósito de Dios debe ser nacida de la oración desde el texto hasta el exordio, hecha germinar y guardada como fuerza vital en los corazones de los oyentes por las oraciones del predicador, mucho después de que la ocasión haya pasado. Innumerables predicadores pueden exponer excelentes sermones según su orden; pero sus efectos son de corta vida y no entran como un factor, para nada, en las regiones del espíritu, donde la terrible guerra entre Dios y Satán, el Cielo y el infierno, está empeñándose.

Podemos excusar la pobreza espiritual de nuestra predicación de muchas maneras, pero el verdadero problema se encontrará en la falta de urgente oración en presencia de Dios y en el poder del Espíritu Santo.

Los predicadores que ganan grandes resultados para Dios son los que han prevalecido en sus plegarias con Dios, antes de aventurarse en sus súplicas con los hombres; siendo intensos en su cámara secreta con Dios, son los más poderosos en los púlpitos.

Los predicadores son personas humanas y están expuestos a ser, y a menudo son, cogidos por los impulsos de las fuertes corrientes humanas. La naturaleza humana desea navegar hacia el Cielo bajo el impulso de una brisa favorable, en un mar pleno y calmado. En cambio, la ora-

Los predicadores que ganan grandes resultados para Dios son los que han prevalecido en sus plegarias con Dios, antes de aventurarse en sus súplicas con los hombres; siendo intensos en su cámara secreta con Dios, son los más poderosos en los púlpitos.

Dios no interviene en la obra del predicador como por casualidad o principios generales, sino que viene por la oración y la urgente necesidad especial. La comisión dada a los apóstoles para predicar fue una hoja en blanco hasta que fue llenada en el Pentecostés gracias a la oración perseverante.

ción es obra espiritual, y la naturaleza humana no admite tan ardua obra espiritual. Es una obra humillante; abate el intelecto y el orgullo, crucifica la vanagloria y señala nuestra bancarrota espiritual, y todo esto es, para la carne, duro de soportar. Es más fácil no orar, entonces, que soportar tal humillación. Y así es cómo llegamos a uno de los clamorosos males de estos tiempos: la ausencia de oración o la poca oración; y quizás esto último sea peor que no orar... Porque orar poco es fingir, un salvo conducto para la conciencia y, lo que es peor, una farsa y un engaño para nosotros mismos.

La poca estima que ponemos en la oración es evidente por el poco tiempo que damos a ella: apenas se cuenta en el conjunto de las cosas del día, a última hora antes de irnos a dormir y ya con el pijama puesto. ¡Cuán débil, vana y pequeña es esta clase de oración, en comparación con el tiempo y energía que dedicaban a la oración los santos hombres de la Biblia! ¡Cuán pobre y mezquina es nuestra pequeña y pueril oración al lado de los hábitos de los verdaderos hombres de Dios en todas las edades! A los tales, la Providencia entregó las llaves de su Reino, y por medio de ellos obró sus maravillas espirituales en este mundo. Gran oración es signo y sello de grandes caudillos del Señor, y el ardor de las fuerzas conquistadoras con las que Dios coronó sus labores.

Y es que Dios no interviene en la obra del predicador como por casualidad o principios generales, sino que viene por la oración y la urgente necesidad especial.

La comisión dada a los apóstoles para predicar fue una hoja en blanco hasta que fue llenada en el Pentecostés gracias a la oración perseverante.

Los resultados superficiales de muchos ministerios, la debilidad de otros, se encuentran en la carencia de oración. Ningún ministerio puede salir bien sin mucha oración, y esta oración debe ser fundamental, siempre permanente, siempre creciente. De hecho, el texto, el sermón, deben ser el resultado de la oración. Esto es, el estudio debe ser bañado en oración, todos los deberes impregnados de oración y su espíritu entero, el espíritu de oración. «Estoy penoso, porque he orado tan poco», ésta fue en su lecho de muerte la pesadumbre llena de tristeza y remordimiento de un escogido de Dios. “Yo deseo una vida de más verdadera oración”, dijo el arzobispo Tait de Canterbury

antes de morir. ¡Así podamos decir todos lo mismo y esto podamos todos asegurar!

Los verdaderos predicadores de Dios se han distinguido siempre por una cualidad: fueron hombres de oración. Difiriendo a menudo en muchas cosas, tuvieron, sin embargo, un centro común. Pueden haber partido de diferentes puntos y por diferentes caminos, pero convergieron en un punto: la oración. Dios era para ellos el centro de atracción y la oración fue el camino que los condujo al Padre. Estos hombres oraron, no de vez en cuando, no un poco a tiempos regulares o desocupados, sino de tal manera que sus oraciones entraron y formaron su carácter. Oraron de tal manera que influenciaron sus propias vidas y las vidas de otros; oraron de tal manera que crearon la historia de la Iglesia y modificaron la corriente de los tiempos. Emplearon mucho tiempo en la oración, no porque marcaron la sombra en el cuadrante solar o las manecillas del reloj, sino porque para ellos era tan importante y atractiva que casi no podían abandonarla.

Sí, la oración fue para ellos lo que fuera para Pablo, una contienda con ardiente esfuerzo del alma; o lo que fuera para Jacob, una lucha y un dominio.

Los verdaderos predicadores de Dios se han distinguido siempre por una cualidad: fueron hombres de oración. Difiriendo a menudo en muchas cosas, tuvieron, sin embargo, un centro común. Pueden haber partido de diferentes puntos y por diferentes caminos, pero convergieron en un punto: la oración.

6

Hombres de oración

Si bien las oraciones públicas deben ser breves y fervorosas, sin embargo, en nuestra comunión privada con Dios, el tiempo es un factor esencial a su valor. Esto es, mucho tiempo empleado con Dios es el secreto de toda oración de éxito.

Los grandes maestros y profesores de doctrina cristiana han encontrado siempre en la oración su más elevado manantial de iluminación. Para no irnos más allá de los límites de la Iglesia Inglesa, recordemos al obispo Andrews, que empleó diariamente cinco horas sobre sus rodillas. Y es que los más grandes resultados prácticos que han enriquecido y hermoñado la vida humana, en los tiempos cristianos, han sido alcanzados por la oración...

CANON LIDDON

Si bien las oraciones públicas deben ser breves y fervorosas, sin embargo, en nuestra comunión privada con Dios, el tiempo es un factor esencial a su valor. Esto es, mucho tiempo empleado con Dios es el secreto de toda oración de éxito.

Es más, nuestras oraciones cortas deben su agudeza y eficacia a las grandes oraciones que las han precedido. Las oraciones cortas prevalecientes no pueden ser hechas por uno que no ha prevalecido con Dios en una poderosa lucha de larga continuidad. La victoria de fe de Jacob no hubiera podido ser ganada sin la lucha de toda la noche. Porque el conocimiento de Dios no puede ser hecho por llamadas repentinas. Dios no confiere sus dones a hombres que vienen y van casual y apresuradamente.

Cristo, quien, en esto también, como en otras cosas, es nuestro ejemplo, empleó muchas noches enteras en oración.

He aquí, también, una lista de hombres ejemplares que hicieron de la oración la clave de su éxito ministerial...

El conocido Charles Simeon, por ejemplo, tenía la costumbre de orar desde las cuatro hasta las ocho de la mañana. También, el señor Wesley empleó dos horas diarias en oración. De él se dice que consideró que la oración debía ser su ocupación más que otra cualquier cosa y que, en más de una ocasión, los que le vieron salir de su cámara secreta, afirmaron reconocer "una serenidad de cara próxima al resplandor".

Asimismo, John Fletcher Hurts manchó los muros de su cuarto con el aliento de sus oraciones:

"Yo no podría levantarme... *-dijo-* sin elevar mi corazón hacia Dios". Y solía preguntar a cierto amigo suyo: "¿Le encuentro orando?".

El arzobispo Leighton, permanecía tanto a solas con Dios que parecía estar en perpetua meditación. "Oración y alabanzas fueron sus ocupaciones y su placer", dice su biógrafo.

El obispo Ken estaba tanto con Dios, que se dijo de él que su alma estaba enamorada del Señor; estaba con Dios antes de que el reloj diera las tres de la mañana. Y el obispo Asbury expresó lo siguiente:

"Yo me propongo levantarme a las cuatro, tan a menudo, como pueda, y emplear dos horas en oración y meditación".

Samuel Rutherford, la fragancia de cuya piedad es aún rica, se levantaba a las tres de la mañana para encontrarse con Dios en oración. En cuanto a Joseph Alleine, se levantaba a las cuatro de la mañana para ocuparse en oración hasta las ocho. Si se enteraba de que había hombres de negocios que se ocupaban de sus asuntos antes de que él estuviera levantado, exclamaba:

"¡Oh, cuánto me avergüenza esto! ¿No merecen los negocios de mi Maestro más que los suyos?".

Éste era igualmente el plan de oración de Robert McCheyne, uno de los más santos y entre los más dotados de los predicadores de Escocia:

"Yo necesito usar las mejores horas en comunión con Dios. Es mi más noble y fructífero empleo, y no debe ser arrojado en un rincón. Las horas de la mañana, desde las seis hasta las ocho, son las más ininterrumpidas, y deben ser así empleadas. Después del té es mi mejor hora, y aquella debe ser solemnemente dedicada a Dios. No debo tampoco suspender el bueno y viejo hábito de la oración antes de ir a la cama; sino que debe protegerme para guardarme contra el sueño. Cuando me despierto en la noche debo levantarme a orar. También, un poco de tiempo después del desayuno, puede dedicarse a la intercesión".

Edward Payson dejó en las duras maderas las huellas donde sus rodillas presionaron tan a menudo y por tanto tiempo... "Su continua instancia en oración, fueran cuales fueran las circunstancias, es el hecho más notable de su

"Yo me propongo levantarme a las cuatro, tan a menudo, como pueda, y emplear dos horas en oración y meditación" (obispo Ausbury).

Ningún hombre puede hacer una obra grande y duradera para Dios, si no es un hombre de oración; y ninguna persona puede ser una persona de oración si no dedica mucho tiempo a ella.

historia y señala el deber de todos los que quieren esforzarse en alcanzar su eminencia. A sus ardientes y perseverantes oraciones se debe, sin duda, atribuir en una gran medida sus distinguidos y casi ininterrumpidos éxitos”.

Se cuenta, igualmente, la anécdota del Marqués De Renty, para quien Cristo fue muy precioso. Éste ordenó a su sirviente llamarle de sus devociones después de media hora; pero cuando aquel, a la hora indicada, vio a través de una abertura que la cara de su amo estaba marcada con tal santidad, no quiso llamarlo. Los labios del marqués estaban moviéndose, pero él estaba en completo silencio. Así que el sirviente esperó durante una hora y media; entonces, le llamó, y su amo le respondió que la “media hora” le había parecido muy corta...

William Bramwell es famoso en los anales del Metodismo por su santidad personal y por sus éxitos maravillosos en la predicación. Pero, sobre todo, por las maravillosas respuestas a sus oraciones Oraba muchas horas seguidas. ¡Casi vivía sobre sus rodillas!

Lo mismo ocurrió con Dr. Adoniram Judson Gordon, impresionante misionero en Birmania, que escribió este provechoso consejo:

“Dispón tus asuntos, si es posible, de tal modo que puedas cómodamente dedicar dos o tres horas cada día, no meramente a los ejercicios devocionales, sino al verdadero acto de la oración secreta y de la comunión con Dios. Esfuérzate siete veces al día en retirarte de los negocios y compañías y eleva tu alma a Dios en retiro privado. Comienza el día levantándote después de media noche, para dedicar algo de tiempo entre el silencio y la oscuridad de la noche a esta obra sagrada. Procura también que la primera hora del día te encuentre en la misma obra. Y que las nueve, doce, tres, seis y nueve de la noche testifiquen lo mismo. Sé resuelto en su causa. Haz todos los sacrificios practicables para mantenerla. Considera que tu tiempo es corto, y no permitas que los negocios y las compañías te roben el tiempo que le debes a tu Dios”.

Y es que ningún hombre puede hacer una obra grande y duradera para Dios, si no es un hombre de oración; y ninguna persona puede ser una persona de oración si no dedica mucho tiempo a ella.

¿Acaso es verdad que la oración es, como se presume, poco menos que el juego semipasivo de los sentimientos

que fluyen lánguidamente a través de los minutos y horas de un fácil delirio?

Terminaremos con este párrafo de Canon Liddon:

“Dejemos que los que realmente han orado den la respuesta. Algunos describen la oración como una lucha con el Poder Invisible que puede durar, no pocas veces, toda una vida ardiente, hasta las horas de la noche, o aún hasta rayar el día. Otros hablan de la intercesión ordinaria y concertada equivalente a la de Pablo, la cual también supuso una lucha. Cuando oran, éstos tienen sus ojos fijos en el Gran Intercesor, en el Getsemaní y en aquellas gotas de sangre que cayeron al suelo en aquella agonía de resignación y sacrificio. Importunidad es además la esencia de la oración de éxito; lo cual no significa reflexión, sino obra sostenida. Finalmente, es por medio de la oración, especialmente, que el Reino de los Cielos sufre violencia y los fuertes lo toman por fuerza”.

7

La oración matutina

El corazón que es descuidado en buscar a Dios en la mañana ha perdido su gusto por todo lo sublime y espiritual.

Debo orar antes de que haya visto a alguien. A menudo, cuando duermo mucho, o me reúno con otros temprano, es a las once o doce que comienzo mi oración secreta. Éste es un perverso sistema, contrario a las Sagradas Escrituras; pues Cristo se levantaba antes de que amaneciera y se iba a un lugar solitario. David dijo: "De mañana me presentaré a ti. De mañana oírás mi voz". La oración familiar pierde mucho de su poder y dulzura, y yo no puedo hacer bien a los que vienen a buscarlo de mí. La conciencia se siente culpable, el alma sin alimento y la lámpara no está arreglada. Entonces, cuando estoy en oración secreta, el alma, a menudo, está fuera de tono. Por ello, siento que es mucho mejor comenzar el día con Dios, ver su faz primero, dejar a mi alma acercársele, antes de acercarse a otro...

ROBERT MURRAY McCHEYNE

Hemos visto cómo los hombres que han hecho más para Dios en este mundo estuvieron muy temprano sobre sus rodillas. Pues es cierto que quien desperdicia la oportunidad y frescura de las primeras horas de la mañana en otras ocupaciones, que en buscar a Dios hará poco progreso buscándole el resto del día... Si Dios no es lo primero en nuestros pensamientos mañaneros, estará en el último lugar durante el día.

Y es que detrás de este levantarse temprano y orar temprano está el deseo ardiente que nos presiona en el empeño de seguir a Dios. La negligencia matinal es, pues, la prueba palpable de un corazón negligente. El corazón que es descuidado en buscar a Dios en la mañana ha perdido su gusto por todo lo sublime y espiritual. Un deseo en la búsqueda de Dios que no pueda romper las cadenas del sueño es una cosa débil y no hará sino poco bien en relación a Dios, después de haberse gratificado a sí mismo plenamente. Este anhelo por lo divino que hemos dejado atrás al principio del día, por culpa del diablo y del mundo, nunca recuperará su lugar.

En cambio, el corazón de David era ardiente en seguir a Dios; tenía hambre y sed de Dios y, por eso, buscaba al Padre temprano, antes de que amaneciera. El hecho y el sueño no podían encadenar su alma y su vehemencia de seguir a Dios.

Y Cristo, nuestro máximo ejemplo, ansiaba la comunión con Dios; y así, se levantó mucho antes de que amaneciera, e iba a la montaña a orar. De hecho, los discípulos, cuando estaban completamente despiertos y avergonzados de su abandono, sabían dónde podían encontrarle.

Pero no es simplemente el levantarse temprano lo que coloca a los hombres en el frente y los hace capitanes, generales de las huestes de Dios, sino el ardiente anhelo que remueve y rompe todas las cadenas de indulgencia con el yo. Empero el levantarse, sin duda, da expresión, incremento y fortaleza al anhelo. Esto es, si ellos se hubieran estado en la cama siendo indulgentes consigo mismos, el anhelo habría sido apagado. Sin embargo, el anhelo les levantó y les esforzó en seguir a Dios. Y este cuidado y acción sobre el llamamiento dio a su fe apoyo en Dios, a sus corazones la dulcísima y plena revelación del Padre. A su vez, esta fortaleza de fe y plenitud de revelación les hizo santos por eminencia y este halo de su santidad ha llegado hasta nosotros, quienes hemos entrado en el goce de sus conquistas.

Tomemos, no obstante, nuestra plenitud en gozo y no en producciones; es decir, nosotros construimos sus tumbas y escribimos sus epitafios, pero nos descuidamos de seguir su ejemplo.

Necesitamos una generación de predicadores que busque a Dios, para que Él pueda ser como el rocío para ellos, plenitud de alegría y fortaleza, a través de todo el calor y el trabajo del día.

Nuestra pereza en seguir a Dios es, en definitiva, nuestro clamoroso pecado. Los hijos de este mundo son más sabios que nosotros, pues al menos ellos están sobre sus asuntos temprano y tarde. Mientras que nosotros no buscamos a Dios con ardor y diligencia. Finalmente, ningún hombre alcanza a Dios si no sigue aprisa tras Él, y ninguna alma sigue aprisa a Dios si no le sigue desde muy de mañana...

Nuestra pereza en seguir a Dios es, en definitiva, nuestro clamoroso pecado. Los hijos de este mundo son más sabios que nosotros, pues al menos ellos están sobre sus asuntos temprano y tarde. Mientras que nosotros no buscamos a Dios con ardor y diligencia. Finalmente, ningún hombre alcanza a Dios si no sigue aprisa tras Él, y ninguna alma sigue aprisa a Dios si no le sigue desde muy de mañana.

8

El predicador devoto

La religión debe hacer su mejor obra: presentar sus más atractivos y perfectos modelos.

Hay una necesidad manifiesta de influencia espiritual en el ministerio de la época presente. Lo siento en mi propio caso y lo veo en el caso de otros. Pero temo que hay entre nosotros demasiado temperamento de mente bajo, administrativo, maquinador y calculador. Estamos esforzándonos más de lo conveniente para complacer los gustos de los hombres y los prejuicios de otros. Sin embargo, el ministerio es el gran y santo asunto, que debe encontrar en nosotros un sencillo hábito de espíritu y una santa pero humilde indiferencia a todas las consecuencias. El defecto principal en el ministerio cristiano es, pues, la necesidad de un hábito devocional.

RICHARD CECIL

Nunca como hoy hubo mayor necesidad de hombres y mujeres santos; y más imperativo aún es el llamado a que hayan predicadores santos y dedicados a Dios. Pues el mundo se mueve con saltos gigantescos. Satán tiene sobre él su garra y mando para hacer que todos sus movimientos se subordinen a sus fines. La religión debe, por consiguiente, hacer su mejor obra: presentar sus más atractivos y perfectos modelos. En otras palabras, por todos los medios, la santidad moderna debe ser inspirada por más elevados ideales y por las más grandes posibilidades del espíritu.

Pablo vivió sobre sus rodillas para que la iglesia de Éfeso pudiese medir la elevada, vívida, profunda e inmensurable santidad, y ser "llenos de toda la plenitud de Dios" (Ef. 3:19). Epafras también se abatió a sí mismo con el agotador trabajo e intrépido conflicto de la oración ferviente, hasta que los hermanos de la iglesia de Colosas pudiesen "estar firmes, perfectos, y cumplidos en todo lo que Dios quiere" (Col. 4:12). Sí, dondequiera, en los tiempos apostólicos, todos se esforzaron para que el pueblo de Dios llegara «a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, y fueran todos varones perfectos a la medida de la edad de la plenitud de Cristo» (Ef. 4:13). Ningún premio fue dado a los enanos; ningún estímulo, para una

senil infancia. Los bebés debían crecer; los viejos, en vez de la debilidad y enfermedad, debían llevar frutos en su edad avanzada y ser engordados y fortalecidos. Y es que la cosa más divina de la religión es hacer hombres y mujeres santos.

Ni aumento de dinero, ni genio, ni cultura pueden mover las cosas hacia Dios. Sólo la santidad vigoriza el alma, el corazón arde en amor, con un deseo de más fe, más oración, más celo y más consagración: éste es el secreto del poder. Y esto es lo que necesitamos y debemos tener. Los hombres han de ser la encarnación de una plena y ardiente devoción para Dios.

De hecho, el avance de la Providencia ha sido detenido, su causa estropeada, su Nombre deshonrado precisamente por falta de esto. El genio (aun el más elevado y dotado), la educación (aun la más erudita y refinada), la posición, la dignidad, los nombres honorables, los poderes eclesiásticos, todo ello no puede mover esta carroza de nuestro Dios.

Porque la oración es el creador a la vez que el canal de la devoción. Es decir, el espíritu de devoción es el espíritu de oración: la oración y la devoción están tan unidas como el alma y el cuerpo. Así, no hay oración verdadera sin devoción, ni devoción sin oración.

El predicador, por consiguiente, debe estar rendido a Dios en la más sagrada devoción. Él no es un hombre profesional, su ministerio no es una profesión: es una institución divina, una devoción divina. Está dedicado a Dios, su blanco, aspiraciones y ambición son para el Señor y hacia el Señor; y para ello, la oración es tan esencial como lo es el alimento para la vida.

En efecto, el predicador, sobre todas las cosas, debe ser consagrado a Dios; sus relaciones con lo Alto son la insignia y las credenciales de su ministerio. Las cuales han de ser claras, concluyentes e inequívocas, no un tipo de piedad común y superficial.

Es más, si el predicador no sobresale en gracia, no sobresale en nada. Si no predica por medio de su vida, carácter y conducta, su predicación nada vale. Si su piedad es ligera, su predicación puede ser tan suave y tan dulce como la música y, sin embargo, su peso será como el peso de una pluma, fugaz como la nube de la mañana o el rocío matinal.

Los hombres han de ser la encarnación de una plena y ardiente devoción para Dios.

Devoción hacia Dios: Devoción hacia Dios: no hay sustituto para esto en el carácter y conducta del predicador... Mientras que la devoción a una iglesia, a una organización, a la ortodoxia, éstas son miserias, engaños y vanidades cuando llegan a ser el manantial de inspiración o el alma de un llamamiento. Dios debe ser el mayor manantial de los esfuerzos del predicador, la fuente y corona de toda su fatiga. El Nombre y honor del Padre y el avance de su causa deben ser el todo en todo.

Mientras que la devoción a una iglesia, a una organización, a la ortodoxia, Repetimos, el predicador no debe tener inspiración sino en el Nombre de Jesucristo, y no hay otra ambición que no sea tenerle glorificado. Entonces, la oración será una fuente de ilusiones, el medio de perpetuo avance y el medidor de su éxito.

éstas son miserias, engaños y vanidades cuando llegan a ser el manantial de inspiración o el alma de un llamamiento. Sin embargo, es posible que aún algunos se atrevan a pensar que la edad presente tal vez sea una edad mejor que la pasada, pero hay una distancia infinita entre el mejoramiento de una edad por la fuerza de la civilización que avanza y su mejoramiento por el aumento de la santidad y semejanza con Cristo, por medio de la oración. Los judíos fueron mucho mejores cuando Cristo vino que en las edades pasadas. ¡Era la edad de oro de su religión farisaica!

Dios debe ser el mayor manantial de los esfuerzos del predicador, la fuente y corona de toda su fatiga. Pero su «áurea» edad religiosa crucificó a Cristo. ¡Nunca hubo más oración, nunca menos oración! ¡Nunca más sacrificios, nunca menos sacrificios! ¡Nunca menos idolatría, nunca más idolatría! ¡Nunca más adoración en los templos, y nunca menos adoración a Dios! ¡Nunca más servicio de labios, nunca menos servicio de corazón! ¡Dios adorado por labios cuyos corazones y manos crucificaron al Hijo de Dios!

del predicador, la fuente y corona de toda su fatiga. Pensemos en esto y temblemos cada vez que tengamos la tentación de creer que nuestra condición espiritual es mejor que la de antaño, cuando realmente estamos descuidando el verdadero hábito de la oración devocional y consagrada...

El gran ejemplo de David Brainerd

Yo encarecidamente le recomiendo mucha comunión con Cristo, una comunión creciente. Hay cortinajes que deben ser abiertos en Cristo, que nunca hemos visto, nuevos pliegues de amor en Él. Me desespera que nunca alcance el lejano término de aquel amor; hay tantos pliegues en él... Por consiguiente, cave profundo, fatigue, trabaje y afánese por Él, y dedíquele todo el tiempo posible cada día. Él será adquirido en la labor...

SAMUEL RUTHERFORD

Dios tiene ahora, y ha tenido, muchos de estos hombres, predicadores devotos y plenos de oración; hombres en cuyas vidas, la oración ha sido una fuerza poderosa, controladora y conspicua. El mundo ha sentido su poder honrado de lo Alto. La causa de Dios se ha movido poderosamente y velozmente por sus oraciones; la santidad ha brillado en sus caracteres con refulgencia divina...

Y Dios encontró a uno de los hombres que estaba buscando en David Brainerd, cuya obra y nombre han pasado a la historia. No fue un hombre ordinario, sino que fue capaz de brillar en cualquier compañía. Era el camarada del sabio y de los que tienen dones; eminentemente adaptado para llenar los más atrayentes púlpitos y trabajar entre los más refinados y cultos, quienes estuvieron tan ansiosos de asegurarle como pastor suyo. Jonathan Edwards dio testimonio de que era "un joven de distinguidos talentos; tenía un extraordinario conocimiento de los hombres y de las cosas, grandes poderes de conversación, aventajado en su conocimiento de la Teología y verdaderamente, a pesar de su juventud, un predicador extraordinario, especialmente en todas las materias relacionadas con la religión experimental". En palabras textuales, Edwards llegó a afirmar:

"No conocí a uno igual, de su edad y posición, en el claro y exacto conocimiento de la naturaleza y esencia de la verdadera religión. Su manera de orar fue casi inimita-

Dios tiene ahora, y ha tenido, muchos hombres, predicadores devotos y plenos de oración; hombres en cuyas vidas, la oración ha sido una fuerza poderosa, controladora y conspicua. El mundo ha sentido su poder honrado de lo Alto. La causa de Dios se ha movido poderosamente y velozmente por sus oraciones; la santidad ha brillado en sus caracteres con refulgencia divina...

Nada es demasiado difícil para Dios, si Él puede encontrar una verdadera calidad humana para hacerlo.

ble. Su erudición era muy considerable, y tenía dones extraordinarios para el púlpito".

Y también añadió:

"Su vida muestra el camino exacto para el éxito en la obra del ministerio. El lo buscó como un soldado busca la victoria en medio de un asedio o una batalla; o como un hombre que corre en una carrera para ganar un gran premio. Animado por el amor a Cristo y a las almas, ¡cómo trabajó! Siempre fervientemente. No solamente en palabra y doctrina, en público y privado, sino también en oraciones de día y de noche, luchando con Dios en secreto y dando a luz con indecible gemido y agonía hasta que Cristo fuera formado en los corazones del pueblo al que fuera enviado. Como un verdadero hijo de Jacob, perseveraré en la lucha a través de todas las tinieblas de la noche, hasta rayar el día".

Casi podemos atrevernos a decir que ninguna historia más sublime ha sido registrada en los anales terrenales que la de David Brainerd; ningún milagro atestigua con mayor fuerza divina la verdad del cristianismo que la vida y obra de este hombre. Solo, en las selvas vírgenes de América, luchando día y noche con una enfermedad mortal, ignorante en el cuidado de almas, teniendo acceso a los indios, por un largo período de tiempo, únicamente por medio del inhábil instrumento de un intérprete pagano, con la Palabra de Dios en su corazón y en su mano; su alma encendida con la llama divina, un lugar y tiempo para verter su alma en oración al Padre, plenamente estableció la adoración a Dios y aseguró todos sus buenos resultados.

Como consecuencia, los indios fueron cambiados en gran manera, desde los más bajos embrutecimientos de un ignorante y degradado paganismo a cristianos puros, devotos e inteligentes. También, todos los vicios fueron reformados, y los deberes externos del cristianismo, a la vez, abrazados y ejecutados; la oración de familia establecida, el día del Señor instituido y religiosamente observado y las gracias internas de la religión exhibidas con creciente dulzura y fortaleza.

Y es que Dios podía afluir sin interrupción por medio de David Brainerd. Esto es, la omnipotencia de la gracia no fue detenida ni limitada por las condiciones de su corazón; pues nada es demasiado difícil para Dios, si

Él puede encontrar una verdadera calidad humana para hacerlo.

Sí, Brainerd vivió una vida de santidad y oración: su diario está lleno y es monótono en relación a sus momentos de ayuno, meditación y retiro. De hecho, el tiempo que usó en oración privada acumulaba muchas horas diarias:

"Cuando regreso a casa... *—escribió en una ocasión—* me doy a la meditación, oración y ayuno. Mi alma anhela la mortificación, la negación de sí misma, la humildad y el divorcio de todas las cosas del mundo. No tengo qué hacer en la Tierra, sino sólo trabajar honradamente en ella para Dios. Y no deseo vivir un minuto por cualquier cosa que la Tierra pueda concederme".

Según este elevado concepto, él oró de este modo:

"Sintiendo algo de la dulzura de la comunión con Dios y de la fuerza constriñente de su amor, y cuán admirablemente cautiva el alma y hace que todos los deseos y afecciones se centralicen en Él, yo he apartado esta sencilla oración y ayuno en secreto, para rogar al Padre que me bendiga y dirija con cuidado en la obra de predicar el Evangelio que tengo en perspectiva, y que el Señor vuelva hacia mí y me muestre la luz de su rostro. Yo tenía poca vida y poder al mediodía. Pero cerca de la mitad de la tarde, Dios me capacitó para luchar ardientemente por mis amigos ausentes. Y precisamente en la noche, el Señor me visitó maravillosamente en oración. Creo que mi alma nunca estuvo en una agonía semejante antes. No siento sujeción, porque los tesoros de la gracia divina fueron abiertos para mí. Luché por los amigos ausentes, por la cosecha de almas, por las multitudes de pobres almas y por los muchos que yo creía eran los hijos de Dios, personalmente, en muchos y distintos lugares. Estuve, pues, en agonía desde la media hora después de salido el sol hasta cerca de la noche... Me encontraba todo humedecido de sudor, pero me pareció que no había hecho nada. ¡Oh, mi querido Salvador sudó sangre por las pobres almas! Yo ansío más compasión por ellas... Finalmente, me sentí en una actitud placentera, bajo una sensación de amor y gracia divina, y fui a la cama en tal condición, con mi corazón puesto en Dios".

He aquí un ejemplo de la verdadera oración... La vida entera de Brainerd fue una vida de oración. Él oró día y noche, antes y después de predicar; cabalgando a través

La vida entera de Brainerd fue una vida de oración. Hora tras hora, día tras día, al comenzar la mañana y al terminar la noche, él estaba orando y ayunando, vertiendo su alma, intercediendo y meditando con Dios. Él fue con Dios poderosamente, y Dios fue poderosamente con Él. Y por ello, siendo muerto, aún habla y obra, y hablará y obrará hasta que el fin venga.

de las interminables soledades de los montes, o sobre un lecho de paja. Retirándose a los solitarios y densos montes... Hora tras hora, día tras día, al comenzar la mañana y al terminar la noche, él estaba orando y ayunando, vertiendo su alma, intercediendo y meditando con Dios. Él fue con Dios poderosamente, y Dios fue poderosamente con Él. Y por ello, siendo muerto, aún habla y obra, y hablará y obrará hasta que el fin venga. Y entre los amados gloriosos de aquel glorioso día, David Brainerd estará entre los primeros...

10

La mente y el corazón del predicador

Estudie, no para ser un predicador refinado –los muros de Jericó fueron derribados con cuernos de carneros–; busque simplemente a Jesús como material para predicar, y lo que desee le será dado; y lo que se le dé, será bendecido, ya sea un grano de cebada o un pan de trigo, una costra o una miga. Su boca será un arroyo que fluye o una fuente sellada, según sea su corazón. Evite toda controversia en la predicación, conversación o publicación; no predique nada de lo de abajo, sino el mal; y nada de lo de arriba, sino a Jesucristo.

BERRIDGE

El corazón
hace al
predicador.
Esto es,
los hombres
de grandes
corazones
son grandes
predicadores.

La oración hace del predicador un predicador de corazón. Pone el corazón del predicador en el sermón y viceversa (o sea, el sermón del predicador en el corazón de éste).

Y es que el corazón hace al predicador. Esto es, los hombres de grandes corazones son grandes predicadores.

Es cierto que en ocasiones algunos corazones malos hicieron algunas cosas buenas... Un mercenario o un extraño pueden ayudar a una oveja en algún momento dado, movidos por intereses personales, pero sólo el buen pastor con el corazón bondadoso bendecirá a la oveja, a medida de su responsabilidad como pastor.

Pero, ¿qué es un "corazón bondadoso"? Un corazón preparado, lo cual es mucho mejor que un sermón preparado (puesto que un corazón preparado hará un sermón preparado).

Volúmenes enteros se han escrito sosteniendo el mecanismo y el gusto de hacer un sermón, hasta llegar a estar poseídos por la idea de que este andamio es la construcción. El joven predicador ha sido enseñado a colocar toda su fuerza en la forma y hermosura de su sermón como un producto calculado e intelectual. Hemos, por este medio, cultivado un gusto vicioso entre el pueblo y levantado el clamor por un talento en lugar de gracia, elocuencia en vez de piedad, retórica en lugar de revelación, reputación y brillo en vez de santidad. Por todo ello, hemos perdido la

La revelación de Dios no necesita la luz del genio humano, el pulimento y la fortaleza de la cultura para adornarla y reforzarla, sino que demanda la simplicidad, la docilidad, la humildad y la fe del corazón de un niño.

verdadera idea y poder de la predicación, hemos perdido la punzante convicción de pecado, la rica experiencia y el elevado carácter cristiano y la autoridad sobre las conciencias que siempre resulta de la predicación genuina.

Nuestra gran falta no está, pues, en la cultura de la mente, sino en la cultura del corazón; porque no meditamos en Dios y en su Palabra, y no velamos, ayunamos y oramos lo suficiente.

¿Puede la ambición, que codicia la alabanza y la posición, predicar el Evangelio de Aquel, quien no hizo de sí mismo ninguna reputación y tomó la forma de un siervo? ¿Puede el soberbio, el vanidoso, el egoísta, predicar el Evangelio de Aquel, quien fue modesto y humilde? ¿Puede el hombre de mal carácter, colérico, egoísta, duro, mundano, predicar el sistema que abunda en paciencia, abnegación, ternura, lo cual imperativamente demanda separación de la enemistad y crucifixión al mundo? ¿Puede el mercenario oficial, sin corazón, superficial, predicar el Evangelio que demanda al pastor dar su vida por las ovejas? ¿Puede el hombre codicioso, quien considera el salario y dinero, predicar el Evangelio hasta que haya espigado su corazón, y pueda decir como Cristo y Pablo en las palabras de Wesley: "Lo considero estiércol y escoria. Lo piso bajo mis pies; lo estimo como el fango de las calles; no lo deseo, no lo busco"?

La revelación de Dios no necesita la luz del genio humano, el pulimento y la fortaleza de la cultura para adornarla y reforzarla, sino que demanda la simplicidad, la docilidad, la humildad y la fe del corazón de un niño.

Fue esta rendición y subordinación del intelecto y del genio a las fuerzas espirituales y divinas lo que hizo de Pablo un apóstol incomparable entre los apóstoles. Y fue esto también lo que le dio a Wesley el poder necesario para propagar sus trabajos en la historia de la humanidad.

En efecto, nuestra gran necesidad es la preparación del corazón. Lutero lo puso como un axioma:

"El que ha orado bien, ha estudiado bien".

Esto no significa que los hombres no deban pensar y usar su intelecto, sino que usarán su intelecto mejor quienes cultiven más su corazón. Éstos estarán más capacitados para estudiar la Biblia y sondear las profundidades y embrollos de la compleja psicología humana.

En otras palabras, la predicación es la mente, y su fuente es el corazón. Así, nosotros podemos ampliar y profundizar el canal, pero si no tenemos buen cuidado con la pureza y profundidad de la fuente, nuestro canal estará seco o contaminado. El problema es que creemos que casi cualquier hombre de inteligencia común tiene sentido suficiente para predicar el Evangelio, cuando verdaderamente muy pocos tienen gracia suficiente para hacerlo.

El corazón es el salvador del mundo: la cabeza, el genio, el cerebro o los dones naturales no salvan... Pues el Evangelio solamente fluye a través de los corazones. Las fuerzas más poderosas son fuerzas del corazón. Las gracias más dulces y amables son gracias del corazón. Grandes corazones hacen grandes caracteres, caracteres divinos... Porque "Dios es amor" (1 Jn. 4:16), y no hay nada más grande que el amor, nada más grande que Dios. Es más, los corazones hacen el Cielo, y el Cielo es amor. ¡No hay nada más elevado y más dulce que el Cielo! Allí, en el Cielo, el homenaje de la cabeza no influye. De hecho, allí servimos a Dios únicamente con nuestros corazones.

Sin embargo, uno de los serios y más populares errores del púlpito moderno es poner más del pensamiento que de la oración, más de la cabeza que del corazón.

Recordemos, entonces, que el buen pastor "su vida da por las ovejas" (Jn. 10:11); a saber, la cabeza nunca hace mártires: es el corazón el que rinde la vida al amor y a la fidelidad. Se necesita gran valor para ser un fiel pastor; valor que brote del corazón. Fue el corazón precisamente lo que hizo bajar al Hijo de Dios del Cielo y lo trajo a la Tierra. Y es el corazón igualmente lo que atraerá a los hombres hacia el Cielo.

¡Qué fácil es, no obstante, llenar la cabeza que preparar el corazón! ¡Hombres de corazón es lo que el mundo necesita para simpatizar con sus dolores, para quitar sus tristezas, compadecer sus miserias y aliviar sus penas! No meros intelectuales... Cristo mismo, el "varón de dolores" (Is. 53:3), fue preeminentemente un hombre de corazón.

"Dame tu corazón" es, por consiguiente, la demanda de Dios a los hombres (véase Pr. 23:26). Asimismo, "dame tu corazón" es la demanda del hombre al hombre...

Uno de los serios y más populares errores del púlpito moderno es poner más del pensamiento que de la oración, más de la cabeza que del corazón.

11

El arte de predicar, una unción de Dios

Sólo la unción vitaliza la verdad revelada de Dios, la hace viva y capaz de dar vida.

Todos los esfuerzos del ministro serán vanos o peor que vanos si no tiene unción. La unción debe descender del Cielo y esparcir un sabor y sentimiento y gusto sobre su ministerio; y entre los otros medios que lo califican para su oficio, la Biblia debe tener el primer lugar, y el último también debe ser dado a la Palabra de Dios y a la oración.

RICHARD CECIL

Alejandro Knox era un filósofo cristiano, contemporáneo y amigo íntimo de Wesley, que sentía mucha simpatía espiritual por el movimiento wesleyano, aunque nunca llegó a pertenecer a él. Éste escribió lo siguiente:

“Es extraño y lamentable, pero yo verdaderamente creo en el hecho de que, excepto entre los metodistas y la clerecía metodista, no hay mucha predicación atractiva en Inglaterra. El clero, muy generalmente, ha perdido arte. Hay, lo concibo, en las grandes leyes del mundo moral una especie de comprensión secreta, semejante a las afinidades químicas, entre las verdades religiosas rectamente promulgadas y los sentimientos más profundos de la mente humana. Donde el uno es debidamente exhibido, el otro responderá. ¿No ardían nuestros corazones dentro de nosotros? Pero para esto es indispensable un sentimiento devoto en el orador. Ahora, estoy obligado a anunciar de mi propia observación que esta unción es, fuera de toda comparación, más probable que se encuentre en Inglaterra, dentro del grupo metodista que en una iglesia parroquial. Esto, y sólo esto, parece realmente ser lo que llena las casas metodistas y falta en las iglesias parroquiales. Yo no soy, como verdaderamente lo creo, un entusiasta; soy un sincero y cordial anglicano, humilde discípulo de la escuela de Hale y Boyle de Burnet y Lighton.

Pero debo asegurar que cuando estuve en este país, hace dos años, no oí un solo predicador que me enseñara como mis grandes maestros, sino los que se consideran metodistas. Y desespéro de hallar un átomo de instrucción para el corazón en ninguna otra parte. Los predicadores

metodistas (aun cuando yo no puedo aprobar siempre todas sus expresiones) hacen más segura difusión de esta religión pura y verdadera. Yo sentí verdadero placer el domingo pasado. Puedo dar testimonio de que el predicador habló, a la vez, palabras de verdad y templanza. No hubo elocuencia —el hombre honrado no sueña con tal cosa—, pero hubo algo mejor: una comunión cordial de la verdad vitalizada. Digo *vitalizada* porque él declaró para otros lo que le fue imposible dejar de sentir en su propia vida”.

He aquí el auténtico arte de predicar. Cualquier otro arte que pueda tener y retener el artificio de hacer sermones y de agradar a un auditorio ha perdido el arte divino de la predicación. Pues sólo la unción vitaliza la verdad revelada de Dios, la hace viva y capaz de dar vida.

La misma verdad de Dios hablada sin esta unción es leve, muerta y mortal. Aunque abunde en verdad, con pensamientos graves, aunque brille con retórica, aunque esté dirigida con lógica, aunque esté potencializada con ardor, sin esta unción divina, prorrumpen en muerte y no en vida. El señor Spurgeon expresó de este modo:

“Me pregunto cuánto podríamos fustigar nuestros cerebros antes de que pudiéramos explicar plenamente lo que significa predicar con unción. Sin embargo, el que predica conoce su presencia, y el que oye pronto descubre su ausencia. Samaria en hambruna tipifica un discurso sin esta unción. Jerusalén, con sus fiestas y viandas gordas, llenas de tuétano, sirve para representar un sermón enriquecido con esta unción. Cada uno conoce qué es el frescor de la mañana cuando las perlas de oriente abundan en cada tallo de hierba; pero, ¿quién puede describirlo, y mucho menos producirlas de sí mismo? Tal es el misterio de la unción espiritual. Sabemos, pero no podemos decir a otros lo que es. Es tan fácil como insensato falsearlo. La unción es algo que no puede manufacturarse, y sus imitaciones son peor que inútiles. Sin embargo es, en sí misma, de precio infinito y de suma necesidad, si deseamos edificar a los creyentes y traer a los pecadores a Cristo”.

En efecto, la unción es aquello indefinible e indescribible que un antiguo y renombrado predicador escocés describió así:

“Hay algunas veces algo en la predicación que no puede ser atribuido al asunto o expresión, y que no puede describirse ni conocer de dónde viene; sino que con una

La misma verdad de Dios hablada sin esta unción es leve, muerta y mortal. Aunque abunde en verdad, con pensamientos graves, aunque brille con retórica, aunque esté dirigida con lógica, aunque esté potencializada con ardor, sin esta unción divina, prorrumpen en muerte y no en vida.

Es esta unción también la que da a las palabras del predicador su agudeza, penetración y poder, y crea tal fricción y agitación en muchas congregaciones muertas, convenciendo a sus conciencias y quebrantando sus corazones.

dulce violencia penetra en el corazón y afecciones, y que viene inmediatamente del Señor; pero si hay alguna manera de obtener tal cosa, es por la disposición celestial del orador".

Es esta unción lo que hace a la Palabra de Dios "viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos, y que alcanza a partir el alma, y aun el espíritu, y las coyunturas de los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón" (He. 4:12).

"Una espada de dos filos de un templado filo celestial y doble fueron las heridas que hizo, donde quiera que penetró. Fue muerte para el pecador, fue vida para todos los que gimen, que gimen por el pecado; ella enciende y silencia la lucha, hace la guerra y la paz también".

Y es esta unción también la que da a las palabras del predicador su agudeza, penetración y poder, y crea tal fricción y agitación en muchas congregaciones muertas, convenciendo a sus conciencias y quebrantando sus corazones.

Pero, sobre todo, es el distintivo que separa y distingue la verdadera predicación del Evangelio de todos los otros métodos de presentación de la verdad, y crea una amplia hendidura espiritual entre el predicador que la tiene y el que no la tiene. Porque la unción divina respalda e impregna la verdad revelada con toda la energía de Dios: es simplemente poner a Dios en su propia Palabra y sobre su propio predicador. Engrandecimiento y libertad, plenitud de pensamiento, dirección y simplicidad de emisión son, pues, los frutos de esta unción.

Sin embargo, a menudo, el ardor es tomado equivocadamente por la unción.

Ardor y unción parecen semejantes desde algunos puntos de vista. Se requiere, entonces, un ojo espiritual y un gusto espiritual para discriminar ambos aspectos. A saber, el ardor puede ser sincero, serio, ardiente y perseverante. Emprende una cosa con buena voluntad, la persigue con perseverancia y la provoca con ardor; pone su fuerza en ello. Pero todas estas fuerzas no se elevan más alto de lo meramente humano. El hombre esta en ello, el

hombre entero, con todo lo que él tiene de voluntad y corazón, de cerebro y genio, de planes, trabajo y palabra. Él se ha propuesto a sí mismo una resolución que le ha dominado y que persigue para apropiársela y, no obstante, no hay nada de Dios en ella...

Así, por ejemplo, había un predicador algo famoso y dotado, cuya construcción de la Escritura era para su fantasía o propósito, el cual "llego a ser muy elocuente sobre su propia exégesis". Y es que los hombres crecen desmesuradamente ardientes sobre sus propios planes o movimientos, y el ardor puede ser el egoísmo simulado.

El fervor o ternura excitada por un sermón patético o emocional puede parecer semejante a los movimientos de la unción divina, pero ella no es una fuerza pungente, penetrante, angustiosa. Ningún bálsamo curativo para el corazón hay en estos movimientos superficiales, simpáticos, emocionales; no son radicales, no descubren el pecado, ni lo cubren.

¿Cómo distinguir, pues, la verdadera unción del ardor? La unción genuina viene al predicador no por el estudio, sino en la cámara secreta. Es la destilación celestial en respuesta a la oración; la destilación del Espíritu Santo. Ella impregna, difunda, ablanda, filtra, corta y calma. Es el don de Dios y la señal puesta a sus propios mensajeros; el distintivo del Cielo dada a los verdaderos escogidos y valientes, quienes lo han buscado a través de muchas horas de oración batalladora y llena de lágrimas.

En definitiva, la unción es el unguimento del Espíritu Santo que separa al ministro para la obra de Dios y lo califica para ello. Esta unción es la habilitación divina por la cual el predicador realiza los fines peculiares y salvadores de la predicación. Sin esta unción, no hay verdaderos resultados espirituales.

Esta unción divina es lo que genera, por medio de la Palabra de Dios, los resultados espirituales que fluyen del Evangelio. Da al predicador libertad y engrandecimiento de pensamiento y de alma; una soltura, plenitud y dirección de palabra que no pueden asegurarse por ningún otro proceso. ¡Tan imposible es que el corazón humano sea barrido de su dureza y pecado por las fuerzas humanas, como lo es que las rocas sean barridas por la fluxión incesante del océano!

La unción genuina viene al predicador no por el estudio, sino en la cámara secreta. Es la destilación celestial en respuesta a la oración; la destilación del Espíritu Santo.

Corazones de oración son los únicos corazones que son llenados con este aceite; labios de oración son los únicos que son ungidos con esta unción divina.

Esta unción es, además, una fuerza consagrada, y su presencia es la prueba continua de aquella consagración. Otras fuerzas y motivos pueden llamar al predicador a la obra, pero solamente ésta es consagración. Dicho de otra manera, una separación para la obra de Dios por el poder del Espíritu Santo es la única consagración reconocida como legítima por Dios.

La unción, la unción divina, el ungimiento celestial, es lo que el púlpito necesita hoy y debe tener; un aceite divino y celestial puesto en ello por la imposición de la mano de Dios, que ablanda y lubrica al hombre íntegro –corazón, cabeza y espíritu–, hasta que lo aparta de todos los motivos y designios terrenales, seculares, mundanales, egoístas y ambiciosos, y lo acerca a todo aquello que es puro y agradable a Dios.

Y lo más maravilloso es que esta unción no pertenece a la memoria o época del pasado, ni es un don enajenable; sino que es un don presente y perpetuo, que aumenta por el mismo proceso por el que fue primeramente obtenido: por la oración incesante a Dios, por apasionados deseos en pos de lo divino, por estimarla, por buscarla con incansable ardor y devoción. ¡Pues esta unción viene directamente de Dios en respuesta a la oración! Corazones de oración son los únicos corazones que son llenados con este aceite; labios de oración son los únicos que son ungidos con esta unción divina.

Sí, oración, mucha oración es el precio de la unción en la predicación. Sin oración incesante, la unción nunca viene al predicador. Sin perseverancia en la oración, la unción, semejante al maná guardado, cría gusanos...

12

La oración intercesora del predicador por su iglesia

Déme cien predicadores que no teman nada sino al pecado, y no deseen nada sino a Dios. ¡Me importa un comino que ellos sean clérigos o laicos! Los tales harán temblar las puertas del infierno y establecerán el Reino del Cielo en la Tierra. Pues Dios no hace nada, si no es en respuesta a la oración...

JOHN WESLEY

Los apóstoles conocían la necesidad y el valor de la oración en su ministerio. Ellos confesaron que su elevada comisión como apóstoles, en lugar de relevarlos de la necesidad de orar, los comisionaba a ella por una necesidad más urgente. Así que, excesivamente celosos de que ninguna otra obra importante agotara su tiempo y los privara de “darse con persistencia a la oración y al ministerio de la Palabra” (Hch. 6:4), señalaron laicos para llevar a cabo los delicados y absorbentes deberes de ministrar a los pobres; dijo Pablo:

“Orando día y noche, continuamente...” (1 Ts. 3:10).

No en vano, estos santos apóstoles concibieron que ellos desempeñarían sus elevados y solemnes deberes de comunicar fielmente la Palabra de Dios únicamente si permanecían e insistían en el ejercicio de la oración. Y esta oración apostólica fue tan abrumadora, laboriosa e imperativa como su predicación apostólica; oraron, pues, poderosamente día y noche para atraer a su pueblo a las más elevadas regiones de la fe y de la santidad.

¡Qué sublimidad de alma, qué pureza y elevación de motivos, qué desinterés, qué sacrificio personal, qué trabajo tan agotador, qué ardor de espíritu y qué tacto divino se requirieron para ser intercesor de los hombres!

Esto es, el predicador debe entregarse a sí mismo a la oración intercesora de sus feligreses; no para que ellos puedan simplemente ser salvos, sino para que sean poderosamente salvados. Los apóstoles se entregaron a sí mismos en oración para que sus santos pudieran ser perfectos; que no pudieran tener un poco de gusto por las cosas de Dios,

El predicador debe entregarse a sí mismo a la oración intercesora de sus feligreses; no para que ellos puedan simplemente ser salvos, sino para que sean poderosamente salvados.

Los predicadores son preeminentemente líderes de Dios y principalmente responsables de la condición de la Iglesia. Ellos moldean el carácter, dan tono y dirección a la vida eclesial.

sino que pudieran “ser llenos de toda la plenitud de Dios” (Ef. 3:19). Pablo no confiaba en su predicación apostólica para conseguir este fin, sino que, por esta causa, dobló sus rodillas al Padre. Y la oración de Pablo llevó a sus convertidos más allá en la elevada calzada de la santidad que su predicación. Epafras hizo tanto o más con la oración por los santos de Colosas que con su predicación. Él trabajó fervientemente siempre en oración por ellos, para que “pudieran estar perfectos y cumplidos en toda la voluntad de Dios” (Col. 4:12).

Si en años posteriores los líderes de la Iglesia hubieran sido tan exigentes y fervientes en orar por su pueblo como lo fueron los apóstoles, los tristes y oscuros tiempos de mundanalidad y apostasía no habrían dañado la historia, eclipsado la gloria y detenido el avance del Cuerpo de Cristo. Igualmente, el predicador que haya aprendido en la escuela de Cristo el elevado y divino arte de la intercesión por su pueblo conocerá el arte de la predicación.

Los predicadores son en forma preeminente líderes de Dios y principalmente responsables de la condición de la Iglesia. Ellos moldean el carácter, dan tono y dirección a la vida eclesial. La Iglesia es divina, el tesoro que encierra es celestial, pero lleva la impresión de lo humano: el tesoro está en vasijas de barro, y toma el gusto del vaso. Por tanto, la Iglesia de Dios es hecha por sus líderes, (ya sea que ella los haga o sea hecha por ellos); será, pues, lo que sean sus líderes: espiritual, si ellos son espirituales, o secular, si ellos lo son... Porque una iglesia raramente se rebela *contra* o se eleva *sobre* la religión de sus líderes (así, por ejemplo, los reyes de Israel dieron carácter a la piedad de Israel).

La oración es una de las eminentes características de una dirección espiritual fuerte. Los hombres de poderosa oración son hombres de poder y amoldan las cosas; su poder con Dios tiene la senda de conquista.

¿Cómo puede un hombre predicar si no ha conseguido su mensaje fresco de Dios en la cámara secreta? ¿Cómo puede predicar sin tener su fe avivada, su visión lúcida y su corazón caldeado por su estrecha unión con Dios? ¡Ay del púlpito cuyos labios no son tocados por esta llama de la cámara secreta! Árido y sin unción será siempre, y las verdades divinas nunca vendrán con poder de semejantes

labios. Hasta donde los intereses verdaderos de la religión atañen, un púlpito sin una cámara secreta siempre será una cosa estéril.

Edades de gloria milenial han sido perdidas por una Iglesia falta de oración. Más aún, la venida de nuestro Señor ha sido postergada indefinidamente por una Iglesia falta de oración. El infierno se ha ensanchado y se han llenado sus horribles cavernas en presencia del servicio muerto de una Iglesia falta de oración.

«Orad sin cesar» (1 Ts. 5:17) es la última llamada del clarín para los predicadores de este siglo. Sólo entonces, el siglo siguiente encontrará un nuevo Cielo y una nueva Tierra; porque el Cielo y la Tierra viejos y corruptos pasarán bajo el poder de un ministerio de oración intercesora por el mundo...

Un púlpito sin una cámara secreta siempre será una cosa estéril.

13

La oración intercesora de la iglesia por su pastor

Un verdadero predicador, después de cultivar su propio espíritu y orar por los suyos, anhela con gran vehemencia que sus hermanos oren por él... ¡Y no se avergüenza de ello!

Si algunos cristianos que se han estado lamentando de sus ministros hubieran dicho y actuado menos delante de los hombres y se hubieran aplicado ellos mismos con todo el poder, para clamar a Dios por aquellos, hubieran, por así decirlo, levantado y asaltado el Cielo con sus humildes, fervientes e incesantes oraciones intercesoras, y habrían estado más cerca del camino al éxito.

JONATHAN EDWARDS

De algún modo, la práctica de orar por el predicador en particular ha caído en desuso. De vez en cuando, hemos oído la práctica denunciada como un descrédito del ministerio, siendo una declaración pública por los que la hacen de la ineficacia del ministerio. Ello ofende el orgullo de la erudición y el de la propia suficiencia, quizás, y éstas deben ofenderse y reprocharse de un ministerio que está tan abandonado como para admitir que existe.

Pero la oración del pueblo en favor del predicador es una necesidad. De hecho, ya hemos estudiado cómo es deber del predicador orar por sus feligreses... ¿Por qué no, entonces, deberían éstos también orar por su predicador y pastor? Estas dos proposiciones son cónyuges dentro de una unión y nunca han de conocer la separación: el predicador debe orar por su iglesia, y la iglesia tiene que orar por su pastor. Y es que un verdadero predicador, después de cultivar su propio espíritu y orar por los suyos, anhela con gran vehemencia que sus hermanos oren por él... ¡Y no se avergüenza de ello!

Cuanto más abiertos estén los ojos del predicador a la naturaleza, responsabilidad y dificultades de su obra, tanto más verá y sentirá la necesidad de la oración, no solamente la privada e intercesora que él haga con Dios, sino la de otros que le acompañen y ayuden con sus oraciones correspondientes.

Pablo es una ilustración de esto; si alguno podía proyectar el Evangelio por golpe de fuerza personal, por

poder del cerebro, por cultura, por gracia personal, por comisión apostólica de Dios, por llamamiento extraordinario, aquel hombre era Pablo. En cuanto a que el predicador ha de ser un hombre dado a la oración, Pablo era un eminente ejemplo. Pero aún va más allá; a sus hermanos de Roma escribió:

“Ruegoos empero, hermanos, por el Señor Jesucristo y por la caridad del Espíritu, que me ayudéis con vuestras oraciones a Dios por mí” (Ro. 15:30).

A los efesios, les dijo:

“Orando en todo tiempo, con toda deprecación y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda instancia y suplicación por todos los santos, y por mí, para que me sea dada Palabra en el abrir de mi boca con confianza para hacer notorio el ministerio del Evangelio” (Ef. 6:18 y 19).

Asimismo, enfatizó a los colosenses:

“Orando también juntamente por nosotros, que el Señor nos abra la puerta de la Palabra, para hablar el ministerio de Cristo, por el cual aún estoy preso, para que lo manifieste como me conviene hablar” (Col. 4:3 y 4).

También a los tesalonicenses les rogó:

“Hermanos, orad por nosotros [...] Resta, hermanos, que oréis por nosotros; que la Palabra del señor corra y sea glorificada como entre vosotros, y que seamos librados de hombres importunos y malos” (1 Ts. 5:25; 2 Ts. 3:1 y 2).

Y por supuesto, Pablo llamó a la iglesia de Corinto para que le ayudaran:

“... cooperando también vosotros a favor nuestro con la oración, para que por muchas personas sean dadas gracias a favor nuestro por el don concedido a nosotros por medio de muchos” (2 Co. 1:11).

Igualmente, inculcó a los filipenses que todas sus aflicciones y oposición podían subordinarse a la extensión del Evangelio por la eficiencia de sus oraciones por él. Y Filemón, por medio de sus oraciones, preparó alojamiento para Pablo (véase Flm. v. 22).

Pablo, pues, pide, anhela y aboga de una manera apasionada por la ayuda de todos los santos de Dios. Sabía que en la esfera espiritual, como en cualquier otra parte, la unión hace la fuerza; que la concentración y agregación de la fe, deseo y oración aumenta el volumen espiritual hasta llegar a ser abrumador e irresistible. Y es que la combinación de unidades de oración, semejantes a gotas

En la esfera espiritual, como en cualquier otra parte, la unión hace la fuerza; la combinación de unidades de oración, semejantes a gotas de agua, hacen un océano que desafía la resistencia.

“Oren los hombres en todo lugar”, éste es el cuidado del esfuerzo apostólico y la nota clave del éxito del mismo.

de agua, hacen un océano que desafía la resistencia. Así, Pablo, con su clara y plena aprehensión de la dinámica espiritual, determinó hacer un ministerio tan impresionante, tan eterno, tan irresistible como el océano por la acumulación de todas las unidades dispersas de oración, precipitándolas sobre su ministerio.

Esta actitud de Pablo ilustra su humildad y su profunda visión interior de la proyección del Evangelio. Además, enseña una lección para todos los tiempos: la necesidad que tienen los ministros de que oremos por ellos.

Pablo no sintió que esta urgente súplica por la oración pudiera rebajar su dignidad, disminuir su influencia o desestimar su piedad. ¿Y qué importa si acaso lo hizo? ¡Que se vaya la dignidad, que se destruya la influencia, que se manche la reputación! Lo que él anhelaba era únicamente contar con las oraciones intercesoras de los suyos...

Los que oran son para el predicador como Aarón y Hur fueron para Moisés, quienes sostuvieron las manos de aquel en alto y obtuvieron la victoria en la batalla que tan fieramente les rodeaba (véase Éx. 17:8-16).

“Oren los hombres en todo lugar” (1 Ti. 2:8), éste es el cuidado del esfuerzo apostólico y la nota clave del éxito del mismo. Jesucristo se había esforzado para hacer esto en los días de su ministerio personal. A sus discípulos, les dijo:

“Rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies” (Mt. 9:38; Lc. 10:2).

Y dice también la Escritura que “propúsoles también una parábola sobre que es necesario orar siempre y no desmayar” (Lc. 18:1). Por consiguiente, si Cristo lo enseñó así, ¿quiénes somos nosotros para pasar por alto este imperativo divino? Oremos, pues, por el crecimiento espiritual de nuestros ministros, y la Iglesia crecerá a la par de ellos.

14

La importancia de la devoción personal

Alzad las manos caídas, por medio de la fe y la oración; y afirmad las rodillas paralizadas. ¿Habéis tenido algún día de oración y ayuno? Llegaos hasta el trono de la gracia, y perseverad allí; y entonces descenderá sobre vosotros su misericordia...

JOHN WESLEY

Nuestras devociones no se miden por el reloj, pero el tiempo está en su esencia. La habilidad para esperar, detenerse y presionar pertenecen esencialmente a nuestra comunión con Dios. En todo lugar se ve que la precipitación es impropia y dañina hasta una medida alarmante en esta gran ocupación devocional. Devociones cortas son la ruina de la profunda piedad. Quietud, alcance, fortaleza no son nunca los compañeros de la precipitación. Éstas vacían el vigor espiritual, detienen el progreso y carcomen los fundamentos espirituales. Y es que las devociones cortas y precipitadas son el origen prolífico de la apostasía y la segura indicación de una piedad superficial; defraudan, pudren la simiente y empobrecen el terreno.

Es verdad que las oraciones bíblicas en palabras y en impreso son cortas, pero los hombres de oración de la Biblia fueron compañeros de Dios a través de muchas horas de lucha, dulces y santas. Ellos ganaron por pocas palabras y por larga espera. Así, por ejemplo, las oraciones de Moisés registradas en el texto sagrado pueden ser cortas, pero oró a Dios con ayuno y poderoso clamor por cuarenta días y cuarenta noches.

Igualmente, la exposición de la oración de Elías puede condensarse en unos pocos y breves párrafos, pero sin duda Elías, quién «orando oraba», empleó muchas más horas de fiera lucha y elevada comunión con Dios antes de que tuviera fuerzas para decir a Acab: “No habrá lluvia ni rocío en estos años, si no es por mi palabra” (1 R. 17:1).

El sumario verbal de las oraciones de Pablo es también corto, pero sabemos que “oraba día y noche, con grande instancia” (1 Ts. 3:10). Y el *Padrenuestro* es un di-

Es verdad que las oraciones bíblicas en palabras y en impreso son cortas, pero los hombres de oración de la Biblia fueron compañeros de Dios a través de muchas horas de lucha, dulces y santas.

Sólo hay un remedio contra las devociones cortas: más tiempo y a horas más tempranas para la oración, lo cual actuaría mágicamente en reavivar y vigorizar la vida espiritual decaída de muchos, y se manifestaría en un santo vivir; ya que una vida santa no sería una cosa tan rara y tan difícil si nuestras devociones no fueran tan cortas y apresuradas.

vino epítome para labios infantiles, pero el hombre Jesucristo oró muchas noches enteras antes de que su obra fuera hecha. Sus devociones de toda la noche y largamente sostenidas fueron las que dieron a su obra su pulimento y perfección, y a su carácter la plenitud y gloria de su divinidad.

Entonces, ¿cuál es el problema para que los hombres y mujeres de hoy no tengan devociones intensas? A saber, la obra espiritual es una obra desgastadora, y a los hombres les repugna hacerla. La oración, la verdadera oración cuesta un gasto de seria atención y de tiempo, lo cual no apetece al ser humano. Pocas personas son hechas de tan fuerte fibra que quieran hacer tan costoso gasto cuando la obra superficial bien puede pasar en el mercado.

Henry Martyn lamentaba que “la falta de lectura devocional privada y cortedad de oraciones por medio del incesante trabajo de hacer sermones producían mucha extrañeza entre Dios y su alma». Él juzgó que había dedicado demasiado tiempo a las administraciones públicas y demasiado poco a la comunión privada con Dios. Y fue impresionado, entonces, para apartar tiempo en ayuno y para dedicar tiempo a la oración solemne. Y como resultado de esto, él relató más tarde:

“Fui auxiliado esta mañana para orar durante dos horas”.

Semejante experiencia vivió William Wilberforce:

“Yo debo buscar más tiempo para las devociones privadas... *—escribió—*. He estado viviendo demasiado en público... La cortedad de las devociones privadas mata el alma por hambre; ella crece pobre y lánguida. He estado velando hasta muy tarde”.

Y tras un fracaso en el Parlamento, llegó a afirmar:

“Dejéme registrar mi pena y mi vergüenza, y todo, porque probablemente, las devociones privadas han sido acortadas, y así Dios me dejó tropezar”.

Así pues, sólo hay un remedio contra las devociones cortas: más tiempo y a horas más tempranas para la oración, lo cual actuaría mágicamente en reavivar y vigorizar la vida espiritual decaída de muchos, y se manifestaría en un santo vivir; ya que una vida santa no sería una cosa tan rara y tan difícil si nuestras devociones no fueran tan cortas y apresuradas. Y un temperamento cristiano en su dulce y desapasionada fragancia no sería una herencia tan

extraña y desesperada si nuestras permanencias en la cámara secreta fueran alargadas e intensificadas.

En otras palabras, vivimos tan mezquinamente porque oramos mediocrementemente. Abundancia de tiempo para festejarnos en nuestras cámaras secretas traerá gordura a nuestras vidas. Y es que nuestra habilidad para estar con Dios en nuestra cámara secreta mide nuestra habilidad para estar con Dios fuera de ella.

Repetimos, las visitas apresuradas a la cámara secreta son engañosas y negligentes. No sólo somos engañados por ellas, sino que somos perdedores por ellas en muchas maneras y en muchos ricos legados. En cambio, la permanencia en la cámara secreta instruye, triunfa. Somos enseñados por ellas, y las más grandes victorias son, a menudo, los resultados de grandes esperas silenciosas y pacientes. Jesucristo pregunto con un énfasis provocativo:

“¿Y Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a Él día y noche?” (Lc. 18:7).

Orar es la cosa más grande que podemos hacer y para hacerla bien debe haber quietud, tiempo y deliberación; de otra manera, se degrada al nivel de las cosas más pequeñas e insignificantes.

Hermanos, debemos aprender de nuevo el valor de la oración; entrar de nuevo en la escuela de la oración. No hay nada que tome más tiempo para aprender. Y si acaso deseamos aprender este maravilloso arte, no deberíamos dar un fragmento de tiempo aquí y allá —“una pequeña conversación con Jesús”, como los niños pequeños cantan—, sino que deberíamos demandar con poder férreo las mejores horas del día para Dios y la oración, o no habrá oración digna de tal nombre.

Hoy hay abundancia de predicadores que predicán y pronuncian grandes y elocuentes discursos sobre la necesidad del avivamiento y de la extensión del Reino de Dios; pero no hay muchos que prediquen acerca de la necesidad de la oración. A aquellos están dirigidas estas palabras de Joel Hawes:

“Dejad que vuestros corazones se aviven espiritualmente. Nunca olvidéis que las iglesias han prevalecido y prosperado por medio de avivamientos; y que si van a existir y prosperar en los años que vienen, esto será por la misma causa, la cual, desde el principio fue para gloria de Dios”.

Orar es la cosa más grande que podemos hacer y para hacerla bien debe haber quietud, tiempo y deliberación; de otra manera, se degrada al nivel de las cosas más pequeñas e insignificantes.

15

**Visión de futuro
para los predicadores**

Un incremento de las facilidades educacionales y un gran incremento de fuerza monetaria será la más cruel blasfemia a la religión, si ellos no son santificados por más y mejor oración de la que están haciendo.

Habla para la eternidad. Sobre todas las cosas, cultiva tu propio espíritu. Una palabra dicha por ti, cuando tu conciencia es clara y tu corazón lleno del Espíritu de Dios, vale más que diez mil palabras habladas en incredulidad y pecado. Recuerda que Dios, y no el hombre, debe tener la gloria. Si el velo de la maquinaria del mundo fuera quitado, cuántas respuestas a las oraciones de los hijos de Dios encontraríamos...

ROBERT MURRAY McCHEYNE

Solamente reflejos de la gran importancia de la oración podían adquirir los apóstoles antes del Pentecostés. Pero después de aquello, el Espíritu elevó la oración a su posición vital en el Evangelio de Cristo. Gracias a ello, el llamado a cada santo a la oración es un clamoroso y exigente llamamiento del Espíritu. Esto es, la piedad de los santos es hecha, refinada y perfecta por la oración. De hecho, cuando los santos no están en sus oraciones en la mañana y en la tarde, el Evangelio se mueve con paso lento y tímido.

¿Dónde están, sin embargo, los líderes cristianos que enseñen a los santos modernos cómo orar y ponerlos a la obra? ¿Saben acaso que se está levantando un grupo de santos faltos de oración? Vengan al frente y hagan la obra, y será la más grande que pueda hacerse.

Un incremento de las facilidades educacionales y un gran incremento de fuerza monetaria será la más cruel blasfemia a la religión, si ellos no son santificados por más y mejor oración de la que están haciendo.

Pero este aumento de la oración no vendrá como una cosa natural... Los jefes deben guiar en el esfuerzo apostólico para reafirmar la importancia vital y el hecho de la oración en el corazón y en la vida de la Iglesia. Nadie si no líderes de oración podrán, en efecto, tener seguidores de oración. Los apóstoles de oración engendrarán santos de oración; un púlpito de oración, engendrará bancas de penitentes en oración.

Tenemos, pues, gran necesidad y urgencia de alguien que pueda impulsar a los hombres a darse a esta ocupación de la oración: hoy no somos una generación de santos de oración.

¿Quién restaurará esta brecha? Hombres de tal fe dominante, de tal santidad sin mancha, de tal marcado vigor espiritual y celo consumidor, que sus oraciones, fe, vida y ministerio sean agresivas como para obrar revoluciones espirituales que formarán «era» en la vida de los individuos y de la Iglesia.

No queremos decir hombres que permiten agitaciones sensacionales con proyectos originales, ni que atraigan por un entretenimiento agradable, sino hombres que puedan agitar las cosas y obrar revoluciones por la predicación de la Palabra de Dios y el poder del Espíritu Santo; revoluciones que cambiarán, sin duda, la corriente entera de los hechos.

Y la habilidad natural y las ventajas educacionales no figurarán como factores en este asunto; sino la capacidad de fe, la habilidad para orar, el poder de la entera consagración y una absoluta pérdida del *yo* personal para la gloria de Dios. Asimismo, una constante e insaciable búsqueda y aspiración de toda la plenitud de Dios. En definitiva, hombres que hayan padecido una severa crucifixión y una bancarrota con el mundo, que no tengan ni esperanza ni deseo de restaurarlo; hombres que por esta insolvencia y crucifixión hayan vuelto su rostro hacia el Padre con corazones perfectos.

Y Dios puede obrar maravillas si encuentra al hombre propicio. A su vez, los hombres pueden obrar maravillas si hallan a Dios para que los guíe.

Nunca, a lo largo de su historia, la Iglesia ha estado sin esta clase de hombres, cuyo ejemplo y experiencia son una inspiración inagotable, y bendita.

¿Por qué no, pues, habría de existir hoy semejante perfil humano? Aquello que ha sido hecho en materia espiritual puede hacerse de nuevo y mejor hecho. Ésta fue precisamente la visión que tuvo Cristo:

“De cierto, de cierto os digo: el que en Mí cree, las obras que Yo hago él las hará; y mayores que estas hará; porque Yo voy al Padre” (Jn. 14:12).

¡Qué noticia tan esperanzadora! El pasado no ha agotado las posibilidades ni las demandas para hacer

Dios puede obrar maravillas si encuentra al hombre propicio. A su vez, los hombres pueden obrar maravillas si hallan a Dios para que los guíe.

grandes cosas para Dios. La Iglesia, que es dependiente de su pasado histórico por sus milagros de poder y gracia vividos, no es todavía, ni será, una iglesia caída. Sólo hace falta que resucitemos el hábito de la oración importuna, intercesora y devocional, y que oremos ardientemente para que la promesa de Dios sea una realidad palpable en nosotros, en los predicadores y en la Iglesia.

LIBRO VII
HOMBRES DE ORACIÓN

Cantos de oración en el Antiguo Testamento

Los obispos Lambeth y Wainwright tenían una gran misión en la ciudad de Osaka, Japón. Cierta día, vino una orden gubernamental la cual decía que no se permitirían más reuniones llevadas a cabo por los evangélicos. Lambeth y Wainwright hicieron todo lo que pudieron ante el gobierno, pero los altos oficiales eran duros y obstinados. Finalmente, se retiraron a su habitación para orar. Llegó la hora de la cena y una empleada japonesa vino para llamarles a la mesa, pero ella también cayó bajo el poder de la oración. La señora Lambeth vino a ver qué era lo que sucedía y cayó bajo el mismo poder. Entonces, se levantaron y fueron al edificio de la misión y lo abrieron para comenzar la reunión. Y ocurrió que Dios envió su poder sobre la asamblea y el Espíritu Santo dio convicción de pecado a dos de los hijos de los oficiales de la ciudad, los cuales se adelantaron y recibieron a Cristo como su Salvador personal. A la mañana siguiente, uno de los oficiales de mayor autoridad se llegó hasta la casa de la misión y les dijo: "Continuad con vuestras reuniones, pues no seréis molestados ni interrumpidos". Y el periódico de Osaka publicó lo siguiente: "El Dios de los cristianos vino a nuestro pueblo ayer por la noche".

H. C. MORRISON

La oración
es un
de los
grandes
temas de la
Escritura
para toda la
humanidad.

La Palabra de Dios es un registro de oración, de hombres de oración y de sus logros, de la garantía divina y el aliento dado a quienes desean orar de verdad. Nadie puede leer los casos, ejemplos, mandamientos y multiformes declaraciones concernientes a la oración sin darse cuenta de que la causa de Dios y el éxito de su obra en este mundo están encomendados a la oración, y que los hombres de oración han sido los vicegerentes de Dios en la Tierra.

Así como la casa de Dios es llamada *casa de oración*, porque la oración es el más importante de sus santos oficios, de igual manera, la Biblia puede llamarse el *Libro de la Oración*. Pues la oración es uno de los grandes temas de la Escritura para toda la humanidad...

Así como la casa de Dios es llamada casa de oración, porque la oración es el más importante de sus santos oficios, de igual manera, la Biblia puede llamarse el Libro de la Oración.

Sin ir más lejos, la historia del Antiguo Testamento está llena de relatos de santos piadosos que dedicaron buena parte de sus vidas a la oración. En aquellos tiempos, los líderes de Israel se destacaban por sus hábitos en la oración; consideraban que esto era lo que realmente debía ocupar un lugar preponderante en sus vidas y en su servicio. ¡Y tenían razón!

Para comenzar, estudiemos el incidente registrado en Josué 10, donde los mismos cuerpos celestes fueron sujetos por medio de la oración. Esto es, se estaba librando una prolongada batalla entre los israelitas y sus enemigos; y al caer la noche se dieron cuenta de que necesitaban unas horas más de luz para asegurar la victoria a los ejércitos del Señor. Entonces Josué, aquel gran hombre de Dios, irrumpió en oración:

“Sol, detente en Gabaón; y tú, luna, en el valle de Ajalón” (Jos. 10:12).

Y el sol y la luna se detuvieron en su curso a la voz de mando de este hombre de oración, hasta que el pueblo de Dios hubo vencido sobre sus enemigos.

En cuanto a Jacob, antes de pasar una noche entera luchando en oración, no puede decirse que fuera el prototipo de hombre justo. Pero aun así, era un hombre que creía en el Dios que contesta las oraciones. De modo que le encontramos invocando a lo Alto varias veces, principalmente en las ocasiones en que su vida estaba envuelta en peligros y dificultades. En cierto momento, huía de su casa y de su hermano Esaú hacia el hogar de Labán. Al caer la noche, se detuvo en un sitio para descansar y dormir un poco, y allí tuvo un sueño maravilloso en el cual vio los ángeles de Dios ascendiendo y descendiendo por una escalera que se extendía de la Tierra al Cielo. Al despertar exclamó:

“Ciertamente, Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía” (Gn. 28:16).

Fue entonces cuando hizo un definido voto al Dios Omnipotente:

“Si fuere Dios conmigo, y me guardare en este viaje en que voy y me diere pan para comer y vestido para vestir, y si volviere en paz a casa de mi padre, Jehová será mi Dios. Y esta piedra que he puesto por señal, será casa de Dios; y de todo lo que me dieres, el diezmo apartaré para ti” (Gn. 28:20-22).

Con un profundo sentido de su total dependencia a Dios, y deseando su ayuda por sobre todas las cosas, Jacob condicionó su oración pidiendo protección, bendición y guía, por medio de un voto solemne.

Pasaron veinte años en los cuales Jacob quedó en casa de Labán y se casó con dos de sus hijas, las cuales a su vez le dieron hijos. Como había prosperado bastante económicamente, resolvió dejar aquel lugar y volver a su sitio de nacimiento de donde había huido. Pero tendría que prepararse para el encuentro con su hermano Esaú, cuyo enojo no se había apagado ni siquiera con el paso de los años. Sin embargo, Dios le había dicho:

“Vuélvete a la tierra de tus padres, y a tu parentela, y Yo estaré contigo” (Gn. 32:9).

Frente a la emergencia del caso y recordando su voto y las promesas de Dios, Jacob se entregó a la oración durante toda aquella noche.

Es aquí, precisamente, donde hallamos ese inexplicable incidente del ángel luchando toda la noche con el patriarca, hasta que éste obtuvo la victoria:

“No te dejaré, si no me bendices” (Gn. 32:26).

Y como respuesta a su ferviente e importuna oración, Jacob fue ricamente bendecido y pasó a llamarse *Israel* (véase Gn. 32:28). El resto de su historia ya lo conocemos...

Tenemos también el ejemplo de Sansón (aunque cuando examinamos su carácter religioso, nos encontramos con una especie de paradoja). En medio de todas sus faltas y defectos —en extremo graves—, Sansón confió en el Dios que oye la oración y no dudó en dirigirse a Él. Y es que nunca habían existido profundidades demasiado bajas, en las que Israel hubiera caído, ni cadenas demasiado fuertes en las que estuviera atado que no fueran desatadas por Dios. Ésta era la lección que aprendían los hijos de Israel de continuo, aunque a la vez siempre estaban olvidando...

Sin embargo, aunque eran irregulares en su vida espiritual y vivían en pecado, al clamar al Señor en oración y mostrar un corazón arrepentido, Dios invariablemente acudía en su ayuda, quitándoles de encima esas cargas tan pesadas y agobiantes.

Así, la gran fortaleza de Sansón no pudo librarle de las dificultades, pero la oración sí obró eficazmente. Leamos lo que dice la Escritura:

La historia del Antiguo Testamento está llena de relatos de santos piadosos que dedicaron buena parte de sus vidas a la oración. En aquellos tiempos, los líderes de Israel se destacaban por sus hábitos en la oración; consideraban que esto era lo que realmente debía ocupar un lugar preponderante en sus vidas y en su servicio. ¡Y tenían razón!

Así,
tenemos a
Josué,
a Jacob,
a Sansón,
quienes,
a pesar de
todo,
demostraron
poseer un
profundo
sentido de
total
dependencia
a Dios y
nunca
dudaron de
que
ciertamente
Él oye las
oraciones
de sus hijos.

“Y así que vino hasta Lehi, los filisteos salieron gritando a su encuentro; pero el Espíritu de Jehová vino sobre él, y las cuerdas que estaban en su brazos se volvieron como lino quemado con fuego, y las ataduras se cayeron de sus manos. Y hallando una quijada de asno fresca aún, extendió la mano y la tomó y mató con ella a mil hombres. Entonces Sansón dijo: *Con la quijada de un asno, un montón, dos montones, con la quijada de un asno maté a mil hombres.* Y acabando de hablar, arrojó de su mano la quijada, y llamó a aquel lugar Ramat-lehi. Y teniendo gran sed, clamó luego a Jehová, y dijo: *Tú has dado esta gran salvación por mano de tu siervo, ¿y moriré yo ahora de sed, y caeré en mano de los incircuncisos?* Entonces abrió Dios la cuenca que hay en Lehi y salió de allí agua, y él bebió, y recobró su espíritu, y se reanimó” (Jue. 15:14-19).

Tenemos otro incidente de Sansón que nos muestra una vez más cómo en medio de las grandes dificultades, la mente y el corazón del hombre se vuelven a Dios en oración.

Lo hallamos en Jueces 16; Sansón había formado una alianza con Dalila, una mujer pagana, la cual, en combinación con los filisteos, trataba de descubrir la fuente de su gran fortaleza física. Por tres veces sucesivas falló en su intento, pero por último, gracias a su persistencia y a sus artes femeninas, persuadió a Sansón para que le dijera su maravilloso secreto. Así fue que descubrió que la fuente de su fuerza física estaba en su cabello, el cual nunca había sido cortado. Y le privó de esta fortaleza haciéndole cortar el pelo mientras dormía. Para terminar poniéndole en ridículo y en desgracia, Dalila llamó a los filisteos, quienes le arrancaron los ojos y le maltrataron de muchas otras maneras.

Entonces, un día, cuando los filisteos estaban reunidos para ofrecer su sacrificio a su ídolo, Dagón, llamaron a Sansón para divertirse con él. Y he aquí lo que sucedió:

“Y aconteció que cuando sintieron alegría en su corazón dijeron: *Llamad a Sansón, para que nos divierta.* Y llamaron a Sansón de la cárcel, y sirvió de juguete delante de ellos; y lo pusieron entre las columnas. Entonces Sansón dijo al joven que le guiaba de la mano: *Acércame, y hazme palpar las columnas sobre las que descansa la casa, para que me apoye sobre ellas.* Y la casa estaba llena de hombres y mujeres, y todos los principales de los filisteos estaban allí,

y en el piso alto había como tres mil hombres y mujeres, que estaban mirando el escarnio de Sansón. Entonces clamó Sansón a Jehová, y dijo: *Señor Jehová, acuérdate ahora de mí, y fortaléceme, te ruego, solamente esta vez, oh Dios, para que de una vez tome venganza de los filisteos por mis dos ojos.* Asíó luego Sansón las dos columnas de en medio, sobre las que descansaba la casa, y echó todo su peso sobre ellas; su mano derecha sobre una y su mano izquierda sobre la otra. Y dijo Sansón: *Muera yo con los filisteos.* Entonces se inclinó con toda su fuerza, y cayó la casa sobre los principales y sobre todo el pueblo que estaba en ella. Y los que mató al morir fueron muchos más que los que había matado durante su vida» (Jue. 16:25-30).

Éste fue el final de este increíble hombre de Dios...

Y qué decir acerca de Jonás, el hombre que oró desde el vientre de un gran pez. Éste fue enviado en una misión especial a la ciudad de Nínive para que les predicara:

“Levántate, y ve a Nínive, aquella gran ciudad, y pregona contra ella; porque ha subido su maldad delante de mí” (Jon. 1:2).

Pero en cambio, Jonás, quizás a causa del temor, decidió desobedecer a Dios y tomó pasaje en un barco que iba hacia Tarsis, huyendo así de la presencia de Jehová. Lamentablemente, había perdido de vista el hecho de que el mismo Dios que le enviaba en aquella misión a Nínive no dejaría de poner sus ojos sobre él, por más lejos que intentara escapar...

Cuando el barco estaba camino a Tarsis, se levantó una tormenta y se decidió tirar a Jonás por la borda para apaciguar a Dios y evitar la destrucción del barco y de los que iban a bordo. Pero Dios estaba allí, así como había estado con Jonás desde el principio: Él había preparado a un gran pez para que se tragara a Jonás, con el propósito de detenerle en su desobediencia y ayudarle a cumplir sus propósitos. Entonces Jonás, en aquella terrible prueba, dentro del vientre del gran pez, invocó a Dios, quien le oyó y ordenó al pez que le vomitara en tierra seca:

“Me echaste a lo profundo, en medio de los mares, y me rodeó la corriente. Todas tus ondas y tus olas pasaron sobre mí. Entonces dije: *desechado soy de delante de tus ojos, mas aún veré tu santo templo (...)* Cuando mi alma desfallecía en mí, me acordé de Jehová, y mi oración llegó hasta ti en tu santo templo» (Jon. 2:3, 4 y 7).

Y qué decir
acerca de
Jonás,
el hombre
que oró
desde el
vientre de
un gran pez.
En aquella
terrible
prueba,
dentro del
vientre del
gran pez,
invocó a
Dios,
quien le oyó
y ordenó al
pez que le
vomitara en
tierra seca.
Y al igual
que los otros
santos,
Jonás unió
su oración a
un voto:
“Mas yo con
voz de
alabanza te
ofreceré
sacrificios;
pagaré lo
que prometí,
la salvación
es de
Jehová”
(Jon. 2:9).

Al citar los santos del Antiguo Testamento que se destacaron por sus hábitos en la oración, no podemos olvidar a David. Para él la oración era un santo hábito: “Tarde y mañana y a mediodía oraré y clamaré” (Sal. 55:17). En efecto, para el dulce salmista de Israel la oración no era una ocupación extraña, sino la manera de acceso a Dios que empleaba frecuentemente.

Y al igual que los otros santos, Jonás unió su oración a un voto:

“Mas yo con voz de alabanza te ofreceré sacrificios; pagaré lo que prometí, la salvación es de Jehová” (Jon. 2:9).

Pero la oración fue la fuerza poderosa que hizo que Dios ordenara al pez que vomitara a Jonás, a pesar de estar éste en medio de su camino de desobediencia y pecado. ¡Nada es demasiado difícil para la oración, puesto que nada es demasiado difícil para Dios! Es más, aquella oración de Jonás desde el vientre del gran pez y sus poderosos resultados constituyen un tipo en el Antiguo Testamento del poder de Dios en la resurrección del Señor Jesucristo. Nuestro Señor mismo puso su sello de verdad sobre esta relación entre la oración de Jonás y su resurrección (Mt. 12:39-41).

Al citar los santos del Antiguo Testamento que se destacaron por sus hábitos en la oración, no podemos olvidar a David. Para él la oración era un santo hábito:

“Tarde y mañana y a mediodía oraré y clamaré” (Sal. 55:17).

En efecto, para el dulce salmista de Israel la oración no era una ocupación extraña, sino la manera de acceso a Dios que empleaba frecuentemente. No es de maravillarse, pues, que leamos palabras de David tales como:

“Tú oyes la oración; a ti vendrá toda carne” (Sal. 65:2).

De hecho, todo el libro de los salmos tiene a la oración como figura central, y a medida que recorremos este precioso libro, encontramos oraciones que surgen de muy distintos estados de ánimo y en muy diversas circunstancias del salmista. No debemos pasar por alto, por ejemplo, la oración penitencial de David cuando el profeta Natán, por mandamiento expreso de Dios, descubrió delante suyo sus dos grandes pecados: adulterio y asesinato. Inmediatamente, el rey reconoció su maldad y confesó que había pecado. Además, como una demostración de su profunda congoja y su genuino arrepentimiento, escribió las palabras del Salmo 51, en las cuales están incluidas la confesión de sus pecados, su profunda humillación y la oración pidiendo a Dios restauración. Y es que David sabía dónde encontrar a un Dios perdonador, y fue recibido de nuevo a la comunión y a la restauración de su salvación por medio de una sincera, ferviente y penitente oración. Así sucede con todos los pecadores perdonados y restaurados...

Finalmente, cuando el hijo suyo y el de Betsabé enfermó de muerte a causa de su propio pecado, el cual dio ocasión a que los enemigos de Dios blasfemarán, el rey oró y ayunó para que el bebé se recobrara. Sin embargo, pese a que no recibió respuesta y su hijo murió, David no permitió que su fe en Dios y su comunión por medio de la oración afectara en lo más mínimo. Por eso, Dios lo bendijo más adelante dándole un nuevo hijo de Betsabé; quien, entre todos sus descendientes, sería el elegido como sucesor al trono: Salomón; sin duda, otro de los grandes hombres de oración del gran catálogo del Antiguo Testamento.

Así, ya al comienzo de su reinado, encontramos a Salomón en actitud de oración. El joven e inexperto rey fue a Gabaón para ofrecer sacrificio; y mientras estaba allí, el Señor se le apareció en una visión en la noche, diciéndole:

“Pide lo que quieras que Yo te dé” (1 R. 3:5).

¿Y cuál fue el pedido de Salomón?

“Ahora pues, Jehová, Dios mío, Tú me has puesto a mí tu siervo por rey en lugar de David mi padre; y yo soy joven, y no sé cómo entrar ni salir (...) Da, pues, a tu siervo corazón entendido para juzgar a tu pueblo, y para discernir entre lo bueno y lo malo; porque ¿quién podrá gobernar éste, tu pueblo, tan grande?” (1 R. 3:7, 9).

No es de maravillarse, pues, lo que está registrado en la Escritura como resultado de dicha oración:

“Y agradó delante del Señor que Salomón pidiese esto. Y le dijo Dios: *Porque has demandado esto, y no pediste para ti muchos días, ni pediste para ti riquezas ni pediste la vida de tus enemigos, sino que demandaste para tu inteligencia para oír juicio, he aquí que lo he hecho conforme a tus palabras; he aquí que te he dado corazón sabio y entendido, tanto que no ha habido antes de ti otro como tú, ni después de ti se levantará otro como tú. Y aun también te he dado las cosas que no pediste, riquezas y gloria, de tal manera que entre los reyes ninguno haya como tú en todos tus días*” (1 R. 3:10-13).

¡Qué modelo de oración! ¡Qué autodeprecación y sencillez! ¡Cómo especificó lo que deseaba, y cuánto más recibió de lo que pidió! Observemos también la memorable oración de Salomón en ocasión de la dedicación del Templo, registrada en 2 Crónicas 6; posiblemente, ésta sea la oración más larga registrada en la Palabra de Dios. Este hombre sabio no podía permitir que se pusieran los cimientos de la casa de Dios sin respaldar tan magnífica

Sin duda, otro de los grandes hombres de oración del gran catálogo del Antiguo Testamento fue Salomón. ¡Qué modelos de oración! ¡Qué autodeprecación y sencillez! ¡Cómo especificó lo que deseaba, y cuánto más recibió de lo que pidió!

¡Cuánto necesitamos hoy aprender y enseñar el arte de la oración! La más sencilla de todas las artes y la más poderosa de todas las fuerzas está en peligro de ser olvidada y abandonada. Los hombres del Antiguo Testamento oraban bien porque eran hombres sencillos y vivían en tiempos cuando la existencia estaba libre de las complicaciones de nuestra época. Ellos eran como niños y, por lo tanto, tenían la fe de un niño.

obra con oración; y dice la Escritura que “cuando Salomón acabó de orar, descendió fuego de los Cielos, y consumió el holocausto y las víctimas; y la gloria de Jehová llenó la casa” (2 Cr. 7:1). De esta manera, Dios testificó su aceptación por el templo y por Salomón.

Es cierto, no obstante, que este rey cometió grandes errores en su reinado que perjudicaron profundamente al pueblo de Dios y su pureza, pero, con todo, nunca dejó de acercarse al Padre celestial en actitud de súplica y de arrepentimiento, como un hijo pródigo que regresa humildemente a la casa paterna. Tal era el conocimiento de Dios y de su misericordia que tenía Salomón, y su confianza en la oración sincera e importuna.

La lista de estos santos del Antiguo Testamento que se entregaron a la oración es todavía muy larga. Nombres como el de Isaías, el gran profeta evangélico, o el de Jeremías, el profeta que tanto lloró por su pueblo, no deben ser dejados de lado en ella...

Y en todos estos casos se manifiesta el poder de Dios para liberar a los suyos. ¡Nada más simple que lo que la oración puede hacer cuando sencillamente hablamos con Dios! ¡Nada más claro que el hecho de que Dios oye y responde la oración! Ésta era la fe de los santos del Antiguo Testamento.

¡Cuánto necesitamos hoy aprender y enseñar el arte de la oración! La más sencilla de todas las artes y la más poderosa de todas las fuerzas está en peligro de ser olvidada y abandonada. Los hombres del Antiguo Testamento oraban bien porque eran hombres sencillos y vivían en tiempos cuando la existencia estaba libre de las complicaciones de nuestra época. Ellos eran como niños y, por lo tanto, tenían la fe de un niño.

Que los que amamos la lectura del Antiguo Testamento podamos tener en mente este tema de la oración, y lleguemos también a darnos cuenta del lugar prominente que ocupó en las vidas de aquellos grandes hombres de Dios. Finalmente, podemos exclamar como Robert Hall:

“¡La oración de fe es el único poder en el universo al cual el gran Jehová se rinde! ¡La oración es el remedio soberano!”

2

Abraham, el patriarca de la oración

¡Cuán preciosos eran aquellos hombres y mujeres que se levantaban en las primeras horas de la mañana para buscar a Dios! ¡Qué fe aquella que se sumergía en los mismos Cielos para rescatar de allí los preciosos tesoros y enriquecer con ellos al Cuerpo de Cristo así como al mundo entero!

HOMER W. HODGE

Abraham, el amigo de Dios, es una poderosa ilustración de uno de los santos del Antiguo Testamento que creían fuertemente en el poder y en los resultados de la oración. En la simplicidad de la dispensación patriarcal, aprendemos el valor de la oración y, al mismo tiempo, descubrimos su antigüedad. La oración alcanza las primeras épocas del hombre sobre la Tierra. Vemos cómo su energía es absolutamente requerida tanto en las más simples dispensaciones como en las más complejas, dentro de la gracia de Dios. Cuando estudiamos el carácter de Abraham, vemos que después de su llamado para ir a una tierra desconocida, en medio de su viaje se detenía para pasar la noche, levantaba un altar y allí invocaba el Nombre del Señor. Este hombre de fe y oración fue uno de los primeros en levantar un altar familiar, alrededor del cual reunía a los suyos en adoración, alabanza y oración.

Cuando las revelaciones de Dios se hicieron más claras y completas, la vida de oración de Abraham aumentó. Fue precisamente en una de esas ocasiones, cuando Abraham cayó sobre su rostro y Dios habló con él.

En otra ocasión, encontramos a este hombre, llamado “el padre de los fieles”, sobre su rostro ante Dios, asombrado ante la promesa del Todopoderoso de darle un hijo a una edad tan avanzada.

¡Y qué historia tan notable es la de Abraham intercediendo por la perversa ciudad de Sodoma, el hogar de su sobrino Lot! El destino de Sodoma dependió por unos momentos de la oración de Abraham; y por poco fue casi totalmente cambiado por la humildad e insistencia en la

En la simplicidad de la dispensación patriarcal, aprendemos el valor de la oración y, al mismo tiempo, descubrimos su antigüedad. La oración alcanza las primeras épocas del hombre sobre la Tierra. Vemos cómo su energía es absolutamente requerida tanto en las más simples dispensaciones como en las más complejas, dentro de la gracia de Dios.

La dispensación de Abraham fue bendecida por la oración. Por dondequiera que él iba en su peregrinaje, la oración era su compañía inseparable. Junto al altar de sacrificio estaba el altar de la oración, y muy temprano por la mañana se levantaba para buscar a Dios con todo su corazón.

oración de este hombre de fe. Y es que para salvar Sodoma, Abraham no tenía ningún otro recurso que la oración. Tal vez, si Abraham hubiera orado una vez más para que Dios perdonara aquella ciudad por un solo hombre justo, Lot, el Todopoderoso habría contestado la petición de su siervo.

Notemos otro acontecimiento en la vida de Abraham, el cual denota que era un verdadero hombre de oración y que sabía lo que significaba tener confianza en su Dios: Abraham había estado viajando hasta llegar a Gerar; temiendo que Abimelec pudiera matarle y quitarle a su esposa, decidió engañar a Abimelec diciendo que Sara era su hermana. Pero Dios apareció a Abimelec en un sueño y le previno que no tocara a Sara, diciéndole que no era la hermana de Abraham, sino su mujer. Entonces dijo a Abimelec:

“Ahora, pues, devuelve la mujer a su marido; porque es profeta, y orará por ti, ofrecerá sacrificios, y vivirás” (Gn. 20:7).

Y de este modo nos dice la Escritura que concluyó aquel incidente:

“Entonces Abraham oró a Dios; y Dios sanó a Abimelec y a su mujer, y a sus siervas, y tuvieron hijos. Porque Jehová había cerrado completamente toda matriz de la casa de Abimelec, a causa de Sara, mujer de Abraham” (Gn. 20:17 y 18).

Este caso tiene semejanza con la experiencia final de las pruebas de Job, cuando sus amigos, sin poder entender los planes de Dios para con su siervo, le acusaron falsamente de estar sufriendo todas esas calamidades a causa de su propio pecado. Dios dijo a estos amigos de Job:

“Ahora, pues, tomaos siete becerros y siete carneros, e id a mi siervo Job, y ofreced holocausto por vosotros, y mi siervo Job orará por vosotros; porque, de cierto, a él atenderé para no trataros afrentosamente, por cuanto no habéis hablado de mí con rectitud, como mi siervo Job. Fueron, pues, Elifaz temanita, Bildad suhita y Zofar naamanita, e hicieron como Jehová les dijo; y Jehová aceptó la oración de Job. Y quitó Jehová la aflicción de Job, cuando él hubo orado por sus amigos; y aumentó al doble todas las cosas que habían sido de Job” (Job 42:8-10).

Esto es, por cuanto Dios conocía a Job como un hombre de oración, envió a sus tres amigos para que él orara

por ellos, de modo que se cumplieran sus planes y sus propósitos.

La misma regla tuvo Abraham en su vida; a saber, estar de continuo delante del Padre en oración. Y la dispensación de Abraham fue bendecida por la oración. Por dondequiera que él iba en su peregrinaje, la oración era su compañía inseparable. Junto al altar de sacrificio estaba el altar de la oración, y muy temprano por la mañana se levantaba para buscar a Dios con todo su corazón.

Aun el destino de Ismael fue cambiado por la oración de Abraham (véase Gn. 21: 11 y 12). He aquí la historia y el ejemplo de un patriarca de la oración...

3

**Moisés,
el poderoso intercesor**

He aquí el secreto de la oración contestada: la familiaridad para con Dios, que da consistencia y potencia a la oración. En otras palabras, aquellos que verdaderamente conocen a Dios son los más ricos y poderosos en la oración.

La oración de intercesión es un poderoso medio de gracia. Martyn observa que en tiempos de aridez y depresión interior, a menudo podía encontrar un verdadero avivamiento en el hecho de orar por los demás por su conversión, santificación o prosperidad en la obra del Señor. Sus tratos con Dios para con ellos acerca de estos dones y las respectivas bendiciones eran para él mismo un canal divino a través del cual recibía una renovación interior y una nueva visión de la obra.

HANDLEY CARR GLYN MOULE

Tanto en la vida de Abraham como en la de Moisés, vemos reiterado el principio de la influencia que la oración tiene sobre el Dios Todopoderoso. Más fuerte que todas las demás leyes y que cualquier otro decreto, es esta declaración:

“Clama a Mí, y Yo te responderé” (Jer. 33:3)

Moisés vivía cerca de Dios y sabía cómo tener confianza y acceso a Él, lo que hacía que su necesidad de oración fuese aún más indispensable, obvia y poderosa. He aquí el secreto de la oración contestada: la familiaridad para con Dios, que da consistencia y potencia a la oración. En otras palabras, aquellos que verdaderamente conocen a Dios son los más ricos y poderosos en la oración. Por el contrario, la frialdad en las relaciones con el Señor, hace que la oración sea escasa y débil. Mientras que la oración fervorosa e importuna se une con los propósitos de Dios y asegura el cumplimiento de los mismos.

¡Cuántas veces la oración de intercesión libró a muchas almas de la ira de Dios a causa de sus pecados! Israel como nación se hubiera encontrado con su justa destrucción y su destino fatal después de su apostasía y adoración del becerro de oro, si no hubiera sido por la interposición y la importunidad de Moisés durante cuarenta días y cuarenta noches de oración.

El carácter y el efecto de la oración de Moisés fue sencillamente maravilloso. Los sublimes momentos de comunión con Dios en el momento de dar la Ley no obraron una transfiguración tan notable en su carácter como aquellos cuarenta incansables días en oración con Él. Fue precisamente cuando volvió de aquella larga lucha en oración que su rostro brillaba como nunca. Igualmente, nuestros montes de transfiguración y el brillo celestial reflejado en nuestro carácter y en nuestra conducta surgen de las horas y días de constante lucha en oración.

Ninguna misión fue más majestuosa en propósito y resultados que aquella de Moisés. Fue una labor difícil, diligente y llena de responsabilidad. En ella se nos enseña el sublime ministerio y regla de oro de la oración; la cual no sólo es el medio de sostén del Cielo hacia la Tierra, sino que también es la vía que Dios tiene para derramar su compasión y longanimidad. Sí, la oración es un medio para detener la ira de Dios, la forma en que la misericordia se manifiesta contra el juicio.

Moisés mismo y su misión fueron originados en la oración. Así está registrado en la Escritura:

“Cuando Jacob hubo entrado en Egipto, y vuestros padres clamaron a Jehová, Éste envió a Moisés y a Aarón, los cuales sacaron a vuestros padres de Egipto, y los hicieron habitar en este lugar” (1 S. 12:8).

Éste fue el comienzo del gran movimiento de liberación de los hebreos del cautiverio egipcio. Y es que los grandes movimientos de Dios fueron grandemente influenciados por la oración de sus fieles. Porque la oración trata directamente con Dios, si bien a su vez asegura otros fines, ya sean colaterales o incidentales. Pero su trato principal es con el Todopoderoso. Él se complace en basar sus acciones sobre las oraciones de sus santos.

Moisés no hubiera podido gobernar al pueblo de Israel y llevar a cabo los planes divinos sin elevar de continuo el incienso precioso de la oración. O sea, la obra de Dios no puede hacerse sin ese fuego y fragancia que suben hasta su presencia.

Todo lo dicho sirve para clarificar que las oraciones de Moisés tuvieron frecuentemente el cometido de mitigar la ira de Dios. Por cuatro veces, Faraón solicitó las oraciones de Moisés para apaciguar su temor con respecto a la ira de Dios...

Los grandes movimientos de Dios fueron grandemente influenciados por la oración de sus fieles. Porque la oración trata directamente con Dios, si bien a su vez asegura otros fines, ya sean colaterales o incidentales. Pero su trato principal es con el Todopoderoso. Él se complace en basar sus acciones sobre las oraciones de sus santos.

Cuanto más haya de la Providencia en un movimiento, más oración habrá también.

“Dijo Faraón: *Yo os dejaré ir para que ofrezcáis sacrificios a Jehová vuestro Dios en el desierto, con tal que no vayáis más lejos; orad por mí*” (Éx. 8:28).

“Entonces salieron Moisés y Aarón de la presencia de Faraón. Y clamó Moisés a Jehová tocante a las ranas que había mandado a Faraón. E hizo Jehová conforme a la palabra de Moisés, y murieron las ranas de las casas, de los cortijos y de los campos” (Éx. 8:12 y 13).

Cuando la terrible plaga de las moscas había corrompido toda la tierra, nuevamente Faraón clamó a Moisés:

“Entonces Moisés salió de la presencia de Faraón, y oró a Jehová” (Éx. 8:30).

Igualmente, la plaga del granizo hizo que Faraón volviera a apelar a Moisés, buscando el favor de Dios:

“Entonces Faraón envió a llamar a Moisés y a Aarón, y les dijo: *He pecado esta vez; Jehová es justo, y yo y mi pueblo impíos. Orad a Jehová para que cesen los truenos de Dios y el granizo, y yo os dejaré ir y no os detendré más.* Y le respondió Moisés: *Tan pronto salga yo de la ciudad, extenderé mis manos a Jehová, y los truenos cesarán y no habrá más granizo; para que sepas que de Jehová es la Tierra...* Y salido Moisés de la presencia de Faraón, fuera de la ciudad, extendió sus manos a Jehová y cesaron los truenos y el granizo, y la lluvia no cayó más sobre la tierra” (Éx. 9:27-29, 33).

Aunque Moisés vivió bajo la ley, no dudó en apelar a la gracia de Dios por medio de la oración.

Hubieron, no obstante, condiciones extremas en las cuales Moisés se vio reducido y que la oración no pudo eludir, pero no hay contrariedad demasiado extrema que pueda impedir actuar a Dios, cuando la oración le hace intervenir directamente en el asunto.

La misión de Moisés era un cometido divino: fue ordenada, planeada y dirigida por Dios. Cuanto más haya de la Providencia en un movimiento, más oración habrá también. La “regla de oro” de la oración de Moisés por su pueblo ilustra la necesidad del valor y la persistencia en la oración. Sin embargo, a veces no llegamos a darnos cuenta hasta qué punto las oraciones de un santo pueden ejercer influencia sobre el Señor; pero para tener una clara idea, leamos las mismas palabras de la Escritura:

“Entonces volvió Moisés a Jehová, y dijo: *Te ruego, pues este pueblo ha cometido un gran pecado, porque se hicieron*

dioses de oro, que perdones ahora su pecado; y si no, ráeme ahora de tu Libro que has escrito. Y Jehová respondió a Moisés: *Al que pecare contra Mí, a éste raeré Yo de mi Libro. Ve, pues, ahora, lleva a este pueblo a donde te he dicho; he aquí mi ángel irá delante de ti...*” (Éx. 32:31-34).

Otro momento en el cual Moisés tuvo que interceder en favor de Israel lo encontramos en la rebelión de Coré; ocasión que provocó la ira de Dios contra toda la congregación de Israel, porque había simpatizado con los rebeldes.

Nuevamente Moisés aparece en el escenario de la acción, y con él Aarón, su hermano, uniéndosele en su intercesión por los pecadores que estaban contra Dios y contra la autoridad delegada por Él. Este incidente nos muestra que en una circunstancia de tal seriedad como ésta, Moisés sabía a quién recurrir y tenía la esperanza de que Dios quitaría su maldición y perdonaría a Israel. He aquí el relato bíblico sobre el particular:

“Y Jehová habló a Moisés y a Aarón, diciendo: *Apartaos de entre esta congregación, y los consumiré en un momento.* Y ellos se postraron sobre sus rostros, y dijeron: *Dios, Dios de los espíritus de toda carne, ¿no es un solo hombre el que pecó? ¿Por qué airarte contra toda la congregación?*” (Nm. 16:20-22).

La presunción, el orgullo y la rebelión de Miriam, la hermana de Moisés, que contaba con la presencia y el consentimiento de Aarón, hizo asimismo que Moisés tuviera que interceder delante de Dios. Ésta, a causa de su pecado, enfermó de lepra. Pero Moisés intercedió en forma tierna y fervorosa por su hermana, la cual había ofendido a Dios de manera muy grave, y su oración la sanó de aquella enfermedad incurable. El relato es sumamente interesante, y dice así:

“Entonces la ira de Jehová se encendió contra ellos y se fue. Y la nube se apartó del tabernáculo, y he aquí que María estaba leprosa como la nieve; y miró Aarón a María, y he aquí que estaba leprosa. Y dijo Aarón a Moisés: *¡Ah!, señor mío, no pongas ahora sobre nosotros este pecado; porque locamente hemos actuado, y hemos pecado. No quede ella ahora como el que nace muerto, que al salir del vientre de su madre, tiene ya medio consumida su carne.* Entonces Moisés clamó a Jehová, diciendo: *Te ruego, oh Dios, que la sanes ahora.* Respondió Jehová a Moisés: *Pues si su padre hubiera escu-*

La “regla de oro” de la oración de Moisés por su pueblo ilustra la necesidad del valor y la persistencia en la oración.

El salmo 90 es una oración digna de estudiarse detenidamente; sin duda, ha bendecido la tumba de muchos santos que hoy duermen.

pido en su rostro, ¿no se avergonzaría por siete días? Sea echada fuera del campamento por siete días, y después volverá a la congregación” (Nm. 12:9-14).

También, las murmuraciones de los hijos de Israel proporcionaron las condiciones para traer en acción las poderosas fuerzas de la oración. En esta ocasión, Moisés se destacó en su elevado oficio de intercesor ante Dios en favor de sus hermanos. Fue en Mara, donde las aguas eran amargas, que la gente murmuró contra Dios y Moisés tuvo la necesidad de clamar otra vez delante del Señor. He aquí el relato de la Escritura:

“Y llegaron a Mara, y no pudieron beber las aguas de Mara, porque eran amargas; por eso le pusieron el nombre de *Mara*. Entonces el pueblo murmuró contra Moisés, y dijo: *¿Qué hemos de beber?* Y Moisés clamó a Jehová, y Jehová le mostró un árbol; y lo echó en las aguas, y las aguas se endulzaron. Allí les dio estatutos y ordenanzas, y allí los probó” (Éx. 15:23-25).

¡Cuántos lugares amargos de esta Tierra han sido endulzados por la oración!

Sólo lo sabremos en los registros de la eternidad misma.

Nuevamente en Tabera el pueblo se quejó y murmuró, y Dios se enojó con ellos en gran manera, de modo que Moisés volvió a interceder por ellos...

“Aconteció que el pueblo se quejó a oídos de Jehová; y lo oyó Jehová, y ardió su ira y se encendió en ellos fuego. Entonces el pueblo clamó a Moisés, y Moisés oró a Jehová, y el fuego se extinguió” (Nm. 11:1, 2).

Y Moisés consiguió lo que pidió: su oración fue específica y la respuesta de Dios también... De hecho, siempre que oró, fue oído por el Dios Todopoderoso, y siempre recibió la respuesta adecuada.

Solamente una vez la respuesta no tuvo un carácter afirmativo: había pedido entrar en la tierra de Canaán; la respuesta le vino, pero no en la forma en que él la había pedido: se le dio una visión de la Tierra Prometida, pero no se le permitió cruzar el Jordán para entrar en ella. Fue ésta, acaso, una oración semejante a la de Pablo cuando oró tres veces para que su aguijón en la carne le fuera removido, pero Dios no se lo quitó; sin embargo, le dio gracia suficiente como para hacer de aquel aguijón una verdadera bendición (véase 2 Co. 12:7-9).

Aunque el salmo 90 está incorporado dentro de la sección que se conoce como los *salmos de David*, fue comprobado de algún modo por los antiguos rabinos que su autor había sido Moisés; y este escrito inspirado nos da un ejemplo de la oración que elevó este hombre de Dios, quien entregó la Ley al pueblo. Es, pues, una oración digna de estudiarse detenidamente; sin duda, ha bendecido la tumba de muchos santos que hoy duermen. Detengámonos pausadamente en el color y el sabor de sus palabras, y hagámoslas nuestras:

“Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría (...) Sea la luz de Jehová nuestro Dios sobre nosotros, y la obra de nuestras manos confirma sobre nosotros; sí, la obra de nuestras manos confirma” (Sal. 90:12, 17).

4

Elías, el profeta que oraba

Orar como Elías oró y obtener los resultados que él obtuvo es la necesidad apremiante de nuestros días.

Dejen que mi vida se consuma para Dios. Después de todo, cualquiera que sea el derrotero que Dios señale, la oración es lo mas grandioso. ¡Oh, que pueda yo ser un hombre de oración!

HENRY MARTYN

Elías es en forma preeminente el decano de los profetas. Suyos son la corona, el trono y el cetro. Sus vestiduras resplandecen con fuego celestial. Su naturaleza, brava y heroica, parece ser diferente a la del resto de la humanidad; pero, sin embargo, el Nuevo Testamento nos dice que fue un hombre semejante a nosotros. ¡Qué poder admirable hay en la oración del profeta Elías! Él era “un hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses” (Stg. 5:17).

En lugar de colocarle fuera de la esfera de la humanidad, a causa de los maravillosos resultados de sus oraciones, este personaje aparece en la Escritura como un ejemplo para ser imitado por todos los creyentes. Orar como Elías oró y obtener los resultados que él obtuvo es la necesidad apremiante de nuestros días.

Elías había aprendido muy bien la lección en cuanto a la oración. En los lugares secretos, las montañas o los valles, pasaba largo tiempo a solas con Dios, intercediendo contra la devastadora idolatría de la gente hacia Acab. Y sus poderosas oraciones obtuvieron finalmente la victoria.

Este poderoso intercesor había estado hablando con Jehová acerca de la venganza, cosa muy común en aquellos tiempos; sería revestido con fuego, el símbolo de la justicia y lo que además caracterizaba al mensajero de la ira de Dios. ¡Cuán valientemente se presenta ante aquel temible rey y le declara el mensaje conseguido en respuesta a su ferviente oración para que no lloviese!

“Entonces Elías tisbita, que era de los moradores de Galaad, dijo a Acab: *Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, si no es por mi palabra*” (1 R. 17:1).

El secreto de esta oración y los rasgos prominentes del carácter del profeta se descubren en estas palabras: «en cuya presencia estoy». Esto nos recuerda las palabras de Gabriel a Zacarías al anunciarle la llegada de un hijo, cuando tanto él como su mujer eran de edad tan avanzada: “... Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios” (Lc. 1:19).

¡Qué fuerzas tan omnipotentes pueden ordenar sobre los poderes de la misma naturaleza! Una fuerza capaz de fecundar un útero estéril, o de originar una terrible sequía... ¿Y qué hombre se atrevió a pronunciar semejante sentencia? Elías es su nombre, y las palabras “Jehová es mi Dios” atestiguan acerca la veracidad de su sentencia. Así, la gran sequía atestiguó acerca del poder de su oración, y probó su firmeza, pasión y fortaleza, que pudo *detener las nubes cargadas de lluvia*.

Pero, sobre todo, la oración de Elías no era algo protocolario, oficial o de puro fanatismo. Todo el hombre, Elías, con sus fuerzas y bravura desplegadas se volcaba por entero a la oración. Para él era el medio de proyectar a Dios en toda su fuerza sobre este mundo, con el propósito de vindicar su Nombre, establecer sus leyes y defender a sus siervos. Elías oraba poniendo en perfecta combinación todas las energías espirituales. Sus oraciones eran fuertes, insistentes e irresistibles en sus elementos de poder (la oración débil no asegura buenos resultados, ni trae gloria a Dios ni a los hombres). Había aprendido nuevas y elevadas lecciones acerca de la oración estando a solas con Dios en el arroyo de Cherit.

Sin duda, que mientras que Acab le estaba buscando por todas partes, él estaba en estrecha comunión con Dios. Después de un tiempo, fue a Sarepta, donde Dios ordenó a una viuda que lo sostuviera. Elías fue a aquel hogar por su propio bien, pero también en beneficio de aquella pobre mujer. A saber, mientras que aquella mujer proveyóle de alimento, él a su vez la proveyó de abundantes provisiones. Más aún, las oraciones de Elías hicieron más por aquella viuda pobre de lo que su hospitalidad había hecho por Elías. He aquí el interesante relato de la Escritura:

“Después de estas cosas, aconteció que cayó enfermo el hijo del ama de la casa; y la enfermedad fue tan grave que no quedó en él aliento. Y ella dijo a Elías: *¿Qué tengo*

Elías oraba poniendo en perfecta combinación todas las energías espirituales. Había aprendido nuevas y elevadas lecciones acerca de la oración estando a solas con Dios en el arroyo de Cherit.

La oración de Elías entró en regiones espirituales donde nunca había entrado antes: las temibles, poderosas y misteriosas regiones de la muerte fueron invadidas por la presencia y las demandas de la oración de fe.

Yo contigo, varón de Dios? ¿Has venido a mí para traer a memoria mis iniquidades y para hacer morir a mi hijo? Él le dijo: Dame acá a tu hijo. Entonces, él lo tomó de su regazo, y lo llevó al aposento donde él estaba, y lo puso sobre su cama. Y clamando a Jehová, dijo: Jehová, Dios mío, ¿aun a la viuda en cuya casa estoy hospedado has afligido, haciéndole morir su hijo? Y se tendió sobre el niño tres veces, y clamó a Jehová y dijo: Jehová, Dios mío, te ruego que hagas volver el alma de este niño a él. Y Jehová oyó la voz de Elías, y el alma del niño volvió a él, y revivió. Tomando luego Elías al niño, lo trajo del aposento a la casa, y lo dio a su madre; y le dijo Elías: Mira, tu hijo vive. Entonces la mujer dijo a Elías: Ahora conozco que tú eres varón de Dios y que la Palabra de Jehová es verdad en tu boca» (1 R. 17:17-24).

¡Con qué seguridad y confianza en Dios Elías enfrentó esta situación! Podemos observar que, según el relato bíblico, no existe la menor duda ni vacilación en ninguna de sus acciones ni en su fe en el Todopoderoso: Elías llevó al niño muerto a su propia habitación y allí trató el asunto a solas con Dios: el niño había sido llevado por Dios, Quien rige el reino de la vida y la muerte...

Esto es, la oración de Elías entró en regiones espirituales donde nunca había entrado antes: las temibles, poderosas y misteriosas regiones de la muerte fueron invadidas por la presencia y las demandas de la oración de fe.

Asimismo, la prueba que Elías hizo en el Monte Carmelo, ante la presencia del rey apóstata y frente a una nación y un sumo sacerdote idólatra, es una sublime exhibición de fe y oración. En aquella lucha, los profetas de Baal tuvieron un fracaso completo: ningún fuego del Cielo descendió para responder a sus gritos desesperados. Luego Elías, con gran quietud de espíritu y una firme confianza, convocó al pueblo de Israel, reparó el altar de Dios, el del sacrificio y la oración, y puso todas las piezas del buey en su debido lugar; llenó toda la zanja con agua, y luego pronunció una oración, notable por su claridad, sencillez y fe. Veamos el registro de la misma Escritura:

“Cuando llegó la hora de ofrecer el holocausto, se acercó el profeta Elías y dijo: *Jehová, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, sea hoy manifiesto que Tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo, y que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas. Respóndeme, Jehová, respóndeme, para que conozca este pueblo que Tú, oh Jehová, eres el Dios, y que Tú vuelves*

a ti el corazón de ellos. Entonces cayó fuego de Jehová, y consumió el holocausto, la leña, las piedras y el polvo, y aún lamió el agua que estaba en la zanja. Viéndolo todo el pueblo, se postraron y dijeron: ¡Jehová es Dios, Jehová es Dios!» (1 R. 18:36-39).

Así, Elías, como en ocasiones anteriores, trató directamente con Dios. Y es que la verdadera oración siempre trata con Dios... Esta oración de Elías era para determinar la existencia del Dios verdadero, y la respuesta venida directamente de lo Alto puso el sello final al asunto, además de exponer las credenciales de la divina misión de Elías y la evidencia de los tratos de la Providencia para con los hombres. Si tuviéramos más del espíritu de oración que tenía Elías, las maravillas que hoy consideramos como tales dejarían paso a cosas aún mucho mayores. Pero todo tiene un carácter discreto y débil, porque este es también el carácter de nuestras propias oraciones.

Finalmente, el Señor dijo a Elías:

“Ve, muéstrate a Acab, y Yo haré llover sobre la faz de la Tierra” (1 R. 18:1).

Y tras recibir la orden divina, Elías actuó diligentemente y se mostró ante Acab. El pueblo había vuelto las espaldas a Dios; el día llegaba a su fin. No había habido ninguna clase de lluvia. Pero Elías no se cruzó de brazos creyendo que la promesa había fallado. He aquí lo que hizo:

“Entonces Elías dijo a Acab: *Sube, come y bebe; porque ya se oye el rumor de una gran lluvia. Acab subió a comer y a beber. Y Elías subió a la cumbre del Carmelo, y postrándose en tierra, puso su rostro entre las rodillas. Y dijo a su criado: Sube ahora, y mira hacia el mar. Y él subió, y miró, y dijo: No hay nada. Y él se lo volvió a decir siete veces. A la séptima vez, dijo: Yo veo una pequeña nube como la palma de la mano de un hombre, que sube del mar. Y él dijo: Ve a decirle a Acab: ‘Unce tu carro y descende, para que la lluvia no te ataje’. Y aconteció, estando en esto, que los cielos se oscurecieron con nubes y viento, y hubo una gran lluvia. Y subiendo Acab, vino a Jizreel. Y la mano de Jehová estuvo sobre Elías, el cual ciñó sus lomos y corrió delante de Acab hasta llegar a Jezreel”* (1 R. 18:41-46).

Vemos cómo la oración importuna de Elías y la promesa hecha por Dios trajeron la lluvia: pues la oración siempre lleva la promesa a su bendito cumplimiento. Sí,

Si tuviéramos más del espíritu de oración que tenía Elías, las maravillas que hoy consideramos como tales dejarían paso a cosas aún mucho mayores. Pero todo tiene un carácter discreto y débil, porque este es también el carácter de nuestras propias oraciones.

La misma prueba de Dios y de su existencia es que Él contesta la oración, pero son necesarias la fe y la oración de Elías para afirmar esta respuesta.

es necesaria la oración persistente y perseverante para dar a la promesa sus más vastos y notables resultados. Elías tenía la respuesta en aquella nube, tan pequeña como la mano de un hombre, y tenía la seguridad de su cumplimiento aun antes de que descendiera la lluvia.

¡Qué poder tan maravilloso invistió a Elías en esta ocasión! No es de maravillarse que Eliseo, al ver a Elías en el carro que le conduciría a los Cielos, exclamara:

“¡Padre mío, Padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo!” (2 R. 2:12).

La oración de Elías pone en vergüenza nuestra débil fe; su oración hacía que sucedieran las cosas queridas y esperadas. Vindicaba la existencia y el Nombre de Dios, traía convicción a las conciencias adormecidas y probaba que Jehová era todavía el Dios de toda la nación. Como consecuencia de la oración del profeta, la nación se volvió a Dios y los enemigos fueron puestos en vergüenza y en derrota.

¿Dónde están en nuestros tiempos aquellos hombres de oración que hagan elevar el santo incienso como lo hizo Elías? En esta época necesitamos hombres dentro de la Iglesia de Cristo que con sus propias oraciones puedan añadir fuerza, llama y poder a las oraciones de Elías. Pero, ¿cuál era el secreto de este gran profeta de Israel? Elías no intervenía en ningún asunto sin antes orar por ello, y Dios estaba con él en todo su poder, por cuanto aquel era también poderoso en sus oraciones. Frente a los profetas de Baal, el profeta vindicó y honró el Nombre de su Señor.

¿Está vivo Dios? ¿Es acaso la Biblia la auténtica revelación suya? ¡Cuán a menudo en nuestros días se levantan estas preguntas! ¡Y cómo necesitarían ser respondidas con poder por cada uno de nosotros, sus hijos! Una adecuada respuesta formada en la oración es lo más convincente que podemos dar al mundo. ¿Dónde está, entonces, el problema? Ciertamente, no en Dios, sino en nuestra pobre y escasa oración. La misma prueba de Dios y de su existencia es que Él contesta la oración, pero son necesarias la fe y la oración de Elías para afirmar esta respuesta. ¿Dónde están los Elías en la Iglesia de hoy? ¿Dónde están los hombres inflamados de fe para orar como él oró?

Los resultados que obtuvo Elías podrían ser nuestros si en nuestra época tuviésemos más hombres de oración como el profeta. ¡Cuántas oraciones de nuestros días no son más que meras fórmulas que sólo contienen palabras dichas prácticamente al azar! Muchas de estas oraciones no merecerían llamarse como tales, pues no llegan a ninguna parte, no tienen ningún valor y carecen completamente de resultados. Los requisitos para la verdadera oración son, al contrario, los de una religión vital, escritural y personal. No existe ninguna posibilidad de éxito en la oración, si no oramos con sencillez, verdad y realidad. La oración sin sentido, ¡cuán común, popular, vana y engañosa es!

Ojalá que todos nosotros, los creyentes, tomemos plena conciencia de este poder en la oración, y que los santos y pecadores, ángeles y potestades del mal, vean y sientan sus poderosas fuerzas. Porque la oración de un solo hombre tiene poder e influencia y prevalece junto a Dios.

La oración de un solo hombre tiene poder e influencia y prevalece junto a Dios.

5

Ezequías, el rey que oraba

El rey Ezequías de Judá es un ejemplo e ilustración de un verdadero anciano de oración en la Iglesia de Dios.

Uno puede formar un hábito de estudio hasta que la voluntad parezca estar en reposo y sólo trabaje el intelecto. Pero esto no sucede con la verdadera oración. Si los sentimientos son perezosos, fríos, indiferentes, si el intelecto no está proveyendo material para revestir la petición con imaginación y fervor, la oración será una mera evaporación de ejercicio intelectual y un esfuerzo —si es que se puede llamar así—, que no vale la pena.

HOMER W. HODGE

La gran forma religiosa bajo el rey Ezequías y el profeta Isaías estuvo completamente impregnada con oración en sus varias etapas. El rey Ezequías de Judá es un ejemplo e ilustración de un verdadero anciano de oración en la Iglesia de Dios. Él tenía fortaleza e inteligencia, sabiduría y piedad. Era un estadista, un general, un poeta y un reformador religioso. Su vida nos asombra, no solamente por su inteligencia y fortaleza, sino principalmente por su piedad, la cual le acompañaba en todas las circunstancias de su vida. La declaración en cuanto a su persona, “e hizo lo recto ante los ojos de Jehová”, nos sorprende si consideramos sus antecedentes y el medio ambiente que le rodeaba...

¿De dónde había venido? ¿Bajo qué circunstancias pasó su niñez? ¿Quiénes habían sido sus padres y cuál su carácter religioso? La mundanalidad, la tibieza de corazón y por último la apostasía fueron los elementos que marcaron el reino de su padre, abuelo y bisabuelo. Así pues, el ambiente en el que creció estuvo muy lejos de ser favorable a la santidad y la fe en Dios. Sin embargo, hubo una cosa que le favoreció: Isaías era su amigo y consejero cuando asumió el trono de Judá. ¡Cuánto valor hay en un gobernador o rey que escoge a un consejero sabio! ¡Y con qué amor oró Ezequías por aquellos que debían preparar sus corazones para sacrificar la Pascua a Jehová! He aquí un breve relato de la oración de Ezequías y de sus resultados:

“Porque había muchos en la congregación que no estaban santificados y, por eso, los levitas sacrificaban la pascua por todos los que no se habían purificado, para santificarlos a Jehová. Porque una gran multitud del pueblo de Efraín y Manasés, y de Isacar y Zabulón, no se habían purificado y comieron la Pascua no conforme a lo que está escrito. Mas Ezequías oró por ellos, diciendo: *Jehová, que es bueno, sea propicio a todo aquel que ha preparado su corazón para buscar a Dios, a Jehová el Dios de sus padres, aunque no esté purificado según los ritos de purificación del santuario.* Y oyó Jehová a Ezequías, y sanó al pueblo” (2 Cr. 30:17-20).

De modo que el Señor oyó su oración, y aunque se había violado la ley más sagrada de la Pascua, Dios perdonó a aquella gente en respuesta a la oración de su siervo.

La fortaleza y el fundamento de su fe y oración se encuentran también en las palabras dirigidas a su ejército; son palabras memorables y mucho más poderosas que los mismos ejércitos de Senaquerib:

“Esforzaos y animaos; no temáis, ni tengáis miedo del rey de Asiria, ni de toda la multitud que con él viene; porque más hay con nosotros que con él. Con él está el brazo de carne, mas con nosotros está Jehová nuestro Dios para ayudarnos y pelear nuestras batallas. Y el pueblo tuvo confianza en las palabras de Ezequías rey de Judá” (2 Cr. 327 y 8).

Y es que su defensa contra los poderosos enemigos de Dios era la oración. Esto es, sus enemigos fueron destruidos por sus oraciones, aun cuando sus propios ejércitos carecían de poder. Porque el pueblo de Dios siempre habitaba seguro cuando sus príncipes eran hombres de oración...

Una prueba muy severa vino sobre aquella gente en los días de Ezequías, cuando Judá estaba oprimida por los Asirios, y la derrota y el cautiverio parecían inminentes e inevitables: el rey de Asiria envió una comisión para desafiar y blasfemar el Nombre de Dios y para insultar al rey Ezequías en público. Notad lo que Ezequías hizo de inmediato:

“Cuando el rey Ezequías lo oyó, rasgó sus vestidos y se cubrió de cilicio, y entró en la casa de Jehová” (2 R. 19:1).

Vemos cómo su primera impresión fue volverse a Dios yendo a la “casa de oración”. Sí, Dios estaba en sus

La defensa de Ezequías contra los poderosos enemigos de Dios era la oración. Esto es, sus enemigos fueron destruidos por sus oraciones, aun cuando sus propios ejércitos carecían de poder. Porque el pueblo de Dios siempre habitaba seguro cuando sus príncipes eran hombres de oración.

Las oraciones unidas del rey Ezequías y del profeta Isaías fueron, en definitiva, las fuerzas poderosas que trajeron la liberación del pueblo de Dios y la destrucción de sus enemigos.

pensamientos en forma permanente, y la oración era el primer recurso al que echaba mano. Sabía que, en una emergencia de tal envergadura, debía apelar al Señor para buscar liberación de parte de estos enemigos blasfemos de Dios y de su pueblo. De modo que envió mensajeros a Isaías para que se le uniera en oración.

Y en ese preciso momento, las fuerzas del rey de Asiria, que amenazaban a Ezequías, fueron desviadas de un ataque inmediato a la ciudad de Jerusalén. Sin embargo, el rey de Asiria, envió a Ezequías una carta llena de difamación y blasfemia. Siendo por segunda vez insultado por las fuerzas de este rey ateo, Ezequías regresó a la casa del Señor, la «casa de oración». ¿Dónde podría ir, y a quién más podría recurrir, si no al Dios de Israel?

“Y tomó Ezequías las cartas de mano de los embajadores; y después que las hubo leído, subió a la casa de Jehová, y las extendió Ezequías delante de Jehová. Y oró Ezequías delante de Jehová, diciendo: *Jehová, Dios de Israel, que moras entre los querubines, sólo Tú eres Dios de todos los reinos de la Tierra; Tú hiciste el Cielo y la Tierra. Inclina, oh Jehová, tu oído, y oye; abre, Oh Jehová, tus ojos, y mira; y oye las palabras de Senaquerib, que ha enviado a blasfemar al Dios viviente (...) Ahora, pues, oh Jehová Dios nuestro, sálvanos, te ruego, de su mano, para que sepan todos los reinos de la Tierra que sólo Tú, Jehová, eres Dios*” (2 R. 19:14-16, 19).

Entonces llegó la respuesta, rápida, y el maravilloso resultado de la súplica de este hombre de oración: en primer lugar, Isaías dio al rey la completa seguridad de que no tenía por qué temer: Dios había oído la oración y le daría una gran liberación. Luego, en el segundo ataque, el ángel del Señor eliminó a 185.000 asirios. De este modo, el rey fue vindicado, Dios fue honrado y su pueblo puesto a salvo.

Las oraciones unidas del rey Ezequías y del profeta Isaías fueron, en definitiva, las fuerzas poderosas que trajeron la liberación del pueblo de Dios y la destrucción de sus enemigos. ¡Hasta las huestes celestiales, con sus potentísimos recursos, obraron como aliados suyos!

Ezequías era, pues, un verdadero hombre de oración que había destruido la idolatría y reformado su reino. La oración fue su arma más valiosa contra sus enemigos.

Pero llegó una ocasión en la cual tuvo que usar esta eficacia contra los mismos decretos de Dios... A saber,

Ezequías enfermó gravemente, y Dios le envió a su propio amigo y consejero, el profeta Isaías, para advertirle de que su fin estaba próximo y que, por lo tanto, debía poner en orden todos sus asuntos:

“En aquellos días, Ezequías cayó enfermo de muerte. Y vino a él el profeta Isaías hijo de Amoz, y le dijo: *Jehová dice así: ‘Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás’*” (2 R. 20:1).

Ezequías nunca se había encontrado en una condición tan seria frente a un decreto tan directo y definido de Dios. Dicho decreto anunciaba su muerte. ¿Qué podría hacer cambiar eso? ¿Acaso la oración cambia los propósitos de Dios? ¿Puede apartar de la muerte a alguien que haya sido destinado a morir? ¿Puede salvar a un hombre de una enfermedad incurable? Éstas eran las preguntas a las cuales la fe de aquel gran rey tenía que responder. Pero su fe no pareció apartarse de él ni por un momento; ni siquiera ante las palabras del profeta enviado. De inmediato, este piadoso rey se entregó a la oración:

“Entonces, él volvió su rostro a la pared, y oró a Jehová y dijo: *Te ruego, oh Jehová, te ruego que hagas memoria de que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y que he hecho las cosas que te agradan*. Y lloró Ezequías con gran lloro” (2 R. 20:2 y 3).

Esta oración del rey no fue para exhibir su justicia ante Dios, sino para recordarle su fidelidad, así como Cristo lo hizo muchos años después:

“Padre, Yo te he glorificado en la Tierra” (Jn. 17:4).

Seguía también la línea de aquella oración de David en el salmo 26:1:

“Júzgame, oh Jehová porque yo en mi integridad he andado; he confiado asimismo en Jehová, sin titubear”.

Por consiguiente, ésta no era una prueba de oración para Ezequías, ni tampoco una cura de fe, sino una prueba para la Providencia: si la sanidad había de venir, había de ser de Dios...

Apenas Ezequías terminó su oración, Isaías recibió otro mensaje para el rey; esta vez, mucho más agradable y reconfortante:

“Y antes de que Isaías saliese hasta la mitad del patio, vino Palabra de Jehová a Isaías, diciendo: *Vuelve, y di a Ezequías, príncipe de mi pueblo: ‘Así dice Jehová, el Dios de David tu padre, Yo he oído tu oración, y he visto tus lágrimas*.

Esta oración del rey Ezequías no fue para exhibir su justicia ante Dios, sino para recordarle su fidelidad, así como Cristo lo hizo muchos años después: “Padre, Yo te he glorificado en la Tierra”.

A veces sucede que Dios cambia de decisión; Él tiene derecho a hacerlo, y sus razones son razones de peso.

He aquí que Yo te sano; al tercer día subirás a la casa de Jehová. Y añadiré a tus días quince años, y te libraré a ti y a esta ciudad de manos del rey de Asiria; y ampararé esta ciudad por amor a Mí mismo y por amor a David, mi siervo” (2 R. 20:4-6).

A veces sucede que Dios cambia de decisión; Él tiene derecho a hacerlo, y sus razones son razones de peso: “Yo he oído tu oración, y he visto tus lágrimas; he aquí que Yo te sano...”.

Ezequías deseaba vivir; pero, ¿qué podía cambiar el decreto de Dios? Nada sino la energía de la fe. El corazón de Ezequías estaba quebrantado y sus lágrimas añadieron fuerza y volumen a su oración. El rogó con poderosos motivos y fuertes argumentos; y Dios oyó la oración de Ezequías, vio sus lágrimas y cambió su decreto. Ezequías sanó y vivió para alabar a Dios y ser un ejemplo viviente del poder de la oración eficaz.

La poderosa fuerza de la oración había hecho que Dios cambiara su edicto concerniente a Ezequías. ¿Qué es lo que la oración no puede hacer?

Pero aún hizo más: el rey había orado solamente por su vida y, en cambio, Dios le dio vida y, en adición, la promesa de protección y seguridad de sus enemigos.

También el profeta Isaías tuvo algo que ver con la recuperación de su amigo Ezequías; pues su oración se convirtió en la habilidad de un médico:

“Y dijo Isaías: Tomad masa de higos. Y tomándola, la pusieron sobre la llaga, y sanó” (2 R. 20:7).

En contestación a la oración, muy a menudo Dios hace uso de remedios que, si bien no curan una enfermedad mortal, constituyen un medio de probar la fe. Todavía, empero, habría de hacerse más oración...

“Y Ezequías había dicho a Isaías: ¿Qué señal tendré de que Jehová me sanará y de que subiré a la casa de Jehová al tercer día?. Respondió Isaías: Esta señal tendrás de Jehová, de que hará Jehová esto que ha dicho: ¿Avanzará la sombra diez grados, o retrocederá diez grados? Y Ezequías respondió: Fácil cosa es que la sombra decline diez grados; pero no que la sombra vuelva atrás diez grados. Entonces el profeta Isaías clamó a Jehová; e hizo volver la sombra por los grados que había descendido en el reloj de Acáz, diez grados atrás” (2 R. 20:8-11).

Finalmente, Ezequías coronó la respuesta a su oración con acción de gracias. ¡Ésta es la fragancia de las dulces

especias y la melodía del arpa que un alma agradecida eleva a su Señor!

Resumiendo, tengamos en mente cuatro cosas: que Dios oye la oración, le presta la debida atención, la responde y otorga liberación por medio de ella.

He aquí la oración nacida en el fuego de un gran deseo y continuada a través de una profunda agonía, conflicto y oposición al éxito. ¿No son nuestros anhelos lo suficientemente fuertes e intensos como para dar vida a los poderosos conflictos de la oración? ¿No son acaso lo suficientemente absorbentes como para detener cualquier negocio o interés mundano, y hacer que elevemos desde muy temprano, en la mañana, nuestras oraciones a Dios para sacar las victorias de las mismas fauces del infierno? Necesitamos hombres como Ezequías e Isaías, que se unan a la oración y obtengan las fuerzas, las bendiciones y los ilimitados recursos que ella ofrece.

Tengamos en mente cuatro cosas: que Dios oye la oración, le presta la debida atención, la responde y otorga liberación por medio de ella.

6

**Esdras,
el reformador que oraba**

En todas las edades, Dios requiere que su pueblo y su Iglesia vivan separados del mundo con una separación tal que llegue a producir antagonismo.

Antes de la guerra grande, había muchos signos de un nuevo interés en la oración y una nueva esperanza derivada de su ejercicio. Casi todo el mundo sabe cómo estos signos se multiplicaron. Ésta fue, al menos, una cosa buena que nos dejó la guerra. ¡No perdamos nuestra oportunidad! La oración no es un ejercicio fácil; requiere valor, exposición y entrenamiento. Nunca antes hubo un tiempo en el cual los hombres y las mujeres estuvieran más ansiosos de que se les enseñara a orar. La oración es nuestra arma más poderosa, y si hemos de usarla como Dios quiere, debemos poner todo de nuestra parte para ejercitarla continuamente.

JAMES HASTINGS

Esdras, sacerdote y uno de los más grandes reformadores de Dios, aparece en el Antiguo Testamento como un hombre de oración; alguien que hace uso de ella para sobreponerse a las dificultades y traer las promesas de lo Alto a su cumplimiento final.

A saber, Esdras volvió de Babilonia bajo el gobierno del Rey de Babilonia, quien en forma muy extraña se había inclinado hacia él y le había favorecido de muchas maneras. Sólo había estado en Jerusalén por unos pocos días, cuando le llegó la terrible noticia de que el pueblo de Dios no se había separado de la gente de aquel país, y estaban cometiendo las mismas abominaciones que aquellas naciones paganas. Lo peor era que los príncipes y gobernadores de Israel habían sido los primeros en traspasar la ley de Dios...

Esdras tenía, pues, que enfrentarse con su pueblo enredado en la mundanalidad, lo que constituía un asunto muy serio.

En todas las edades, Dios requiere que su pueblo y su Iglesia vivan separados del mundo con una separación tal que llegue a producir antagonismo. Y para conseguir este fin, Él puso a Israel en la Tierra Prometida, y la separó de otras naciones por medio de montañas, desiertos y

mares; además de encargarles muy seriamente que no formarían ninguna relación marital, social o comercial con las naciones vecinas.

Pero Esdras, al regresar de Babilonia, encontró la Iglesia de Jerusalén paralizada y postrada a consecuencia de la violación de este principio. Ellos se habían casado los unos con los otros, mezclándose además en negocios con las naciones gentiles. El pueblo entero estaba involucrado en esta desobediencia: sacerdotes, levitas, príncipes... Todo parecía estar en contra del restablecimiento y la recuperación de la Iglesia. Y Esdras no podía predicarles, porque toda la ciudad se volvería contra él y le echarían fuera. Ante todo esto, ¿qué se podía hacer?

Lo primero digno de notar en cuanto a este hombre de Dios era que él vio la situación y se dio cuenta de la seriedad que revestía; no era un optimista de ojos cerrados de los que nunca ven nada erróneo en la Iglesia. Tampoco minimizó la enormidad de sus delitos ni buscó paliar la magnitud de sus pecados. Nuestra Iglesia de hoy necesita líderes que sigan la línea de Esdras, quien no fue ciego en sus apreciaciones ni se negó a ver las cosas y reconocerlas en su gravedad.

Es muy natural que, al ver a su pueblo en este estado, Esdras se sintiera sumamente consternado. La triste condición de las cosas le causaron tal pena, que rasgó sus vestiduras, se mesó los cabellos y se sentó aturdido. Fue precisamente en ese hondo estado de pena que se entregó a la oración, confesando los pecados del pueblo y pidiendo perdón y misericordia de parte de Dios. ¿A quién más podría haber acudido en una situación así, si no al Todopoderoso?

Así que Esdras, asombrado y entristecido por la mala conducta del pueblo, comenzó a ayunar y a orar (la oración y el ayuno siempre acarrear resultados muy especiales). Oró con un corazón quebrantado, postrado en el suelo y llorando. Comenzó, pues, su gran obra por medio de la oración y consiguió resultados verdaderamente extraordinarios:

“Mientras oraba Esdras y hacía confesión, llorando y postrándose delante de la casa de Dios, se juntó a él una muy grande multitud de Israel, hombres, mujeres y niños; y lloraba el pueblo amargamente” (Esd. 10:1).

Sucedió que aquellas oraciones sencillas, pero perseverantes, lograron su propósito: un gran arrepentimiento

Nuestra Iglesia de hoy necesita líderes que sigan la línea de Esdras, quien no fue ciego en sus apreciaciones ni se negó a ver las cosas y reconocerlas en su gravedad.

general siguió a la oración de Esdras, y así ocurrió una extraordinaria reforma en Israel; sus gemidos y su oración fueron los grandes factores que intervinieron para que el milagro ocurriera.

Tan absoluto fue el avivamiento que se desencadenó que, como evidencia de su autenticidad, los líderes de Israel vinieron a Esdras con estas palabras:

“Nosotros hemos pecado contra nuestro Dios, pues tomamos mujeres extranjeras de los pueblos de la Tierra; mas a pesar de esto, aún hay esperanza para Israel. Ahora, pues, hagamos pacto con nuestro Dios de que despediremos a todas las mujeres y los nacidos de ellas, según el consejo de mi señor y de los que temen el mandamiento de nuestro Dios; y hágase conforme a la ley. Levántate, porque ésta es tu obligación, y nosotros estaremos contigo; esfuérzate, y pon mano a la obra” (Esd. 10:2-4).

Nuevamente, y definitivamente, debemos decir, no obstante, que la oración tiene que ver sólo con Dios. Cualquiera que haya sido la influencia que la oración de Esdras tuviera sobre él mismo y sobre la situación en general fue porque Dios movió su brazo para ejecutar el cambio.

7

Nehemías, el constructor que oraba

Lo importante en un siervo de Dios no son sus habilidades naturales o su eficaz oratoria ante los hombres. Estamos seguros de que la gran verdad es la siguiente: la verdadera médula espiritual del ministro de Dios es la oración, y nadie podrá llegar a ser un verdadero hombre de oración a menos que esté dispuesto a pagar el precio de la aplicación. Aún hoy estoy convencido de que la diferencia entre los santos como Wesley, Fletcher, Edwards, Braidnerd, Bramwell, Bounds y nosotros mismos es la energía, perseverancia e invencible determinación de tener éxito o sucumbir en el intento. ¡Que el Señor nos ayude!

HOMER W. HODGE

Para
Nehemías,
la oración
pasó a ser
parte
esencial de
su diario
vivir.

Al enumerar los santos de oración del Antiguo Testamento, no podemos dejar fuera a Nehemías, pues está al mismo nivel que los demás que acabamos de considerar. En la historia de la reconstrucción de Jerusalén después del cautiverio, Nehemías juega un papel predominante y, durante todos aquellos años, la oración pasó a ser parte esencial de su diario vivir. Nehemías estaba cautivo en Babilonia y tenía una importante posición en el palacio del rey, donde era el copero. Debía haber tenido suficientes méritos para hacer que el rey tomara a un hebreo cautivo como él y lo colocara en un oficio tal, donde tenía a su cuidado la misma vida del rey, siendo responsable por el vino que el soberano bebía.

Y fue mientras Nehemías estaba en Babilonia, en el palacio del rey, que un día sus hermanos vinieron desde Jerusalén y le dieron información sobre la ciudad. Los informes decían que los muros habían sido derribados, los portones quemados a fuego y el remanente que había quedado allí al principio del cautiverio estaba en gran reproche y aflicción. He aquí el efecto de estas tristes noticias en este hombre:

Esta oración de Nehemías es todo un modelo a seguir e imitar: comienza con adoración, hace confesión de los pecados de su nación, reclama las promesas de Dios, menciona las misericordias anteriores y pide perdón.

“Cuando oí estas palabras, me senté y lloré, e hice duelo por algunos días; y ayuné y oré delante del Dios de los Cielos” (Neh. 1:4).

He aquí también un hombre cuyo corazón estaba en su tierra natal lejos de donde vivía. Sí, Nehemías amaba Israel y estaba preocupado por el bienestar de Sión. Profundamente disgustado y entristecido por la información traída de sus hermanos acerca de Jerusalén, se puso a orar y a ayunar. ¡Cuán pocos son los hombres de hoy día que lloran a causa de las maldades y abominaciones de nuestra época! ¡Qué pocos son aquellos que, viendo las desolaciones de Sión, están lo suficientemente interesados y preocupados por el bienestar de la Iglesia como para ponerse a orar y ayunar!

Nehemías se lamentaba de Sión, y en este estado de consternación, hizo lo mismo que los otros santos de la Escritura: presentó el problema ante Dios, haciendo de él un motivo de súplica. Esta oración, registrada por Nehemías en el primer capítulo, es todo un modelo a seguir e imitar: comienza con adoración, hace confesión de los pecados de su nación, reclama las promesas de Dios, menciona las misericordias anteriores y pide perdón. Luego, con la vista puesta en el futuro –pues ya tenía planeado pedirle permiso al rey para visitar Jerusalén–, le oímos orar por algo muy especial:

“Te ruego, oh Jehová, esté ahora atento tu oído a la oración de tu siervo y a la oración de tus siervos, quienes desean reverenciar tu Nombre. Concede ahora buen éxito a tu siervo y dale gracia delante de aquel varón. Porque Yo servía de copero al rey” (Neh. 1:11).

Parecería muy sensato orar por su pueblo y su ciudad, pero no por un rey pagano que no estaba interesado en el estado de esa ciudad y sus habitantes en una tierra cautiva. Pero Nehemías creía en un Dios que podía tocar aun la mente de un gobernante ateo y moverle favorablemente hacia el pedido de su siervo.

Además, Nehemías se presentó ante la presencia del rey, y Dios usó su expresión triste para atraer la atención de Artajerjes y ganar su consentimiento. El rey preguntó cuál era la causa de su tristeza y, como respuesta a la petición de Nehemías, no sólo le permitió ir a Jerusalén, sino que le proveyó con todo lo necesario para el viaje y para el éxito de su empresa.

¡Así fue cómo la intensa y persistente oración de Nehemías prevaleció! Y es que Dios, en respuesta a la oración, puede afectar la mente y el parecer de un gobernador ateo...

El caso de Ester es paralelo al de Nehemías, pues ella también convocó a su pueblo a ayunar y orar antes de presentarse delante del rey. Como resultado, el rey se mostró favorable a Ester y le extendió su cetro de oro (véase Est. 4:15 y 16; 5:1 y 2).

Pero Nehemías no dejó de orar, ni aún después de haber tenido éxito en su petición. Al construir el muro de Jerusalén, se encontró con una gran oposición de parte de Sambalat y Tobías, quienes ridiculizaron los esfuerzos de la gente para reconstruir los muros caídos de la ciudad. Sin desanimarse ni amedrentarse por estas críticas y burlas, Nehemías continuó con su obra para la causa de Dios, haciendo también de ello un motivo de oración:

“Oye, oh Dios nuestro, que somos objeto de su menosprecio, y vuelve el baldón de ellos sobre su cabeza, y entrégalos por despojo en la tierra de su cautiverio” (Neh. 4:4).

Y continuando el relato, leemos:

“Entonces, oramos a nuestro Dios, y por causa de ellos pusimos guarda contra ellos de día y de noche” (Neh. 4:9).

En todos sus relatos, vemos que la oración era parte inseparable de la vida de Nehemías. Incluso después de que los muros fueron reparados, estos mismos enemigos se opusieron a su labor, pero Nehemías continuo orando. He aquí el registro de sus oraciones:

“Ahora, pues, oh Dios fortalece Tú mis manos” (Neh. 6:9).

Y cuando Sambalat y Tobías mandaron un emisario para estorbar y atemorizar a Nehemías, le encontramos repeliendo este nuevo ataque volviéndose a Dios en oración:

“Acuérdate, Dios mío, de Tobías y de Sambalat, conforme a estas cosas que hicieron; también acuérdate de Nohadías, profetisa, y de los otros profetas que procuraban infundirme miedo” (Neh. 6:14).

Dios, de nuevo, respondió a su fiel siervo y desarmó los consejos y planes de estos malvados oponentes de Israel.

Dios, en respuesta a la oración, puede afectar la mente y el parecer de un gobernador ateo.

La oración ayuda a construir iglesias y a levantar las paredes del sitio de adoración. Además, derrota a los oponentes de aquellos que prosiguen con seriedad las empresas de Dios, e influye de forma sumamente favorable sobre las mentes de quienes no están conectados con el Cuerpo de Cristo, atrayéndolos hacia las cosas espirituales.

En otra ocasión, Nehemías descubrió, para su gran asombro, que no se les había entregado su porción a los Levitas y que, como resultado de ello, la casa de Dios estaba abandonada. Tomó, entonces, los pasos necesarios para asegurarse de que se ofrendara como era debido y de que la casa de Dios fuera abierta a todos los servicios, y nombró tesoreros para que se encargasen de estos asuntos especiales. A continuación, oró de la siguiente manera:

“Acuérdate de mí, oh Dios, en orden a esto, y no borres mis misericordias que hice en la casa de mi Dios, y en su servicio” (Neh. 13:14).

No pensemos que acaso esta oración fue semejante a la que hizo el fariseo de la parábola de nuestro Señor Jesucristo cuando fue al templo a orar para destacar su justicia delante de Dios (Lc. 18:9-14). Al contrario, ésta es una oración que sigue la línea de aquella de Ezequías, quien le recordó a Dios su fidelidad a Él y la sinceridad de su corazón andando en sus caminos (2 R. 20:2 y 3).

Una vez más, Nehemías encontró gran maldad entre el pueblo de Dios... Además de descubrir el mal que hizo que la casa de Dios se cerrara, halló que se quebrantaba el día de reposo, y no solamente tuvo que aconsejar y corregir al pueblo, sino que tuvo que hacerse el firme propósito de ejercer su autoridad si ellos no cesaban en su costumbre de comprar y vender en el día de Sábado. Nehemías también clausuró esta parte de su obra con oración, y he aquí el registro de la misma que nos da la Escritura:

“Y dije a los levitas que se purificasen y viniesen a guardar las puertas, para santificar el día de reposo. También por esto acuérdate de mí, Dios mío, y perdóname según la grandeza de tu misericordia” (Neh. 13:22).

Por último, como reformador, descubrió otra gran maldad entre la gente: se habían casado con los hombres y mujeres de Asdod, Amón y Moab. Contendiendo con ellos y reprendiéndoles, Nehemías hizo que el pueblo tomara medidas para modificar correctamente estos arreglos; y oró de este modo:

“Acuérdate de ellos, Dios mío, contra los que contaminan el sacerdocio y el pacto del sacerdocio y de los levitas»” (Neh. 13:29).

Igualmente, habiéndolos limpiado de toda contaminación con los extranjeros, señaló a los sacerdotes y levitas y oró al Señor:

“Acuérdate de mí, Dios mío, para bien” (Neh. 13:31).

¡Qué dichosa la iglesia cuyos líderes son hombres de oración! ¡Qué feliz la congregación que tiene líderes capaces de poner sus fundamentos sobre la oración! Porque la oración ayuda a construir iglesias y a levantar las paredes del sitio de adoración. Además, derrota a los oponentes de aquellos que prosiguen con seriedad las empresas de Dios, e influye de forma sumamente favorable sobre las mentes de quienes no están conectados con el Cuerpo de Cristo, atrayéndolos hacia las cosas espirituales. Finalmente, ayuda a los que van tras la causa de Dios y tienen a su cargo esparcir el testimonio cristiano por este mundo.

8

Samuel, el hijo de oración

Un ambiente de oración siempre contribuirá a fijar la imagen de una vida santa y consagrada en la mente infantil, moldeando a la vez su carácter y determinando su destino.

Jerónimo, uno de los padres romanos de la Iglesia, dejó de lado sus varios compromisos y se dedicó a cumplir el llamado de Dios; esto es, traducir las Sagradas Escrituras. Su congregación era más grande que muchas de las de nuestros días, pero él dijo a su gente: "Ahora es menester que las Escrituras sean traducidas; deben buscar ustedes otro ministro. Yo estoy comprometido en esta labor y no volveré hasta que la haya acabado". Entonces se fue fuera de la ciudad y trabajó hasta que terminó la Vulgata Latina, la cual permanecerá en tanto el mundo permanezca. De modo que nosotros también debemos decir a nuestros amigos: "Debo alejarme para buscar a Dios y orar". Y aunque no escribamos "vulgatas latinas", nuestro trabajo tendrá carácter de inmortal. ¡Dad gloria a Dios!

C. H. SPURGEON

Ya hemos estudiado cómo Samuel fue concebido y traído a este mundo por la oración importuna de su madre. Ana era una mujer de oración, cuyo corazón estaba lleno del deseo ferviente de tener un hijo. Su oración, al igual que aquella oración nocturna de Jacob, estuvo acompañada de un solemne voto:

"... yo lo dedicaré a Jehová todos los días de su vida" (1 S. 1:11).

Y en respeto y cumplimiento a ese voto, esta madre puso a su hijo en contacto directo con el ministro del santuario y bajo la influencia de la casa de oración. No hay, pues, de qué asombrarse, cuando leemos que este niño se convirtió en un hombre de oración: un ambiente tal siempre contribuirá a fijar la imagen de una vida santa y consagrada en la mente infantil, moldeando a la vez su carácter y determinando su destino.

Sí, Samuel estaba en un sitio favorable para oír a Dios cuando le hablara. Gracias a ello, resultó muy natural que, al oír el tercer llamado del Cielo y ser instruido por Elí en cuanto a reconocer la voz de Dios, este niño respondiera tan prontamente:

"Habla, porque tu siervo oye" (1 S. 3:10).

Si hubiera nacido de una madre diferente y hubiese sido colocado en un medio distinto y con otras influencias, posiblemente Samuel no hubiera demostrado tanta obediencia y sumisión, la cual le llevó a rendir toda su vida a Dios. Y es que una madre sin esa piedad y fidelidad y un hogar sin esa santidad nunca hubieran podido educar a un niño como Samuel...

Si nacieran más niños de madres que oran, y fuesen criados en un ambiente santo y en contacto con la casa de Dios y con hombres y mujeres de oración, el resultado serían jóvenes dispuestos y preparados para oír el llamado divino y responder prontamente a él, consagrando sus vidas. ¿Deseamos tener hombres de oración en nuestras iglesias? Entonces, debemos tener madres que sepan orar, hogares donde la oración sea un ejercicio y una disciplina constante y ambientes que impregnen la mente de los niños en este santo ejercicio. Porque los líderes como Samuel vienen de madres y de hogares donde se consagra tiempo y se da importancia a la oración.

Durante muchos años, Israel estuvo bajo el yugo de los filisteos y el arca en casa de Abinadab, cuyo hijo, Eleazar, fue señalado para mantener este sagrado testimonio de Dios. La gente había caído en idolatría y Samuel estaba perturbado a causa de la condición religiosa de la nación. El arca estaba ausente, y el pueblo daba sus espaldas a Dios. Por eso, haciendo un urgente llamado para que abandonaran sus ídolos, Samuel les exhortó a que se prepararan y dispusieran sus corazones para servir a Dios, prometiéndoles que Él les liberaría de manos de los filisteos. Su predicación ante el pueblo, aunque sencilla, les causó una profunda impresión y trajo frutos muy positivos:

"Entonces los hijos de Israel quitaron a los Baales y a Astarot, y sirvieron sólo a Jehová" (1 S. 7:4).

Pero esto no era suficiente: la oración debía ir acompañada de una reforma. De modo que Samuel, fiel a sus convicciones acerca de la oración, le dijo al pueblo:

"Reunid a todo Israel en Mizpa, y yo oraré por vosotros a Jehová" (1 S. 7:5).

Mientras Samuel estaba ofreciendo oración por estos malvados israelitas, los filisteos se acercaron en lucha contra la nación; pero el Señor intervino en el momen-

Los líderes como Samuel vienen de madres y de hogares donde se consagra tiempo y se da importancia a la oración.

El verdadero avivamiento debe comenzar en el hogar. to crítico y derrotó por completo a estos enemigos de Israel:

“Y aconteció que mientras Samuel sacrificaba el holocausto, los filisteos llegaron para pelear con los hijos de Israel. Mas Jehová tronó aquel día con gran estruendo sobre los filisteos, y los atemorizó y fueron vencidos delante de Israel” (1 S. 7:10).

Afortunadamente, la nación contaba con un hombre que sabía cómo y cuándo orar y tener influencia sobre Dios. Pero la oración de Samuel no acabó aquí: él juzgó a Israel todos los días de su vida, y de año en año tuvo ocasión de ir en circuito a Bethel, Gilgal y Mizpa. Luego volvió a su hogar en Rama, donde residía, “y edificó allí un altar a Jehová”. He aquí un altar de sacrificio y a su vez de oración. Aunque éste era un lugar para el beneficio de la comunidad donde vivía, no debemos pasar por alto que también debió de haber sido un altar familiar, un sitio donde se ofrecía el sacrificio por el pecado y donde al mismo tiempo su casa se reunía para la adoración, la alabanza y la oración. Su hogar era, pues, un sitio diferente, donde el padre y la madre invocaban el Nombre del Señor, separando su casa de los hogares idólatras y mundanos que le rodeaban.

He aquí un ejemplo de un verdadero hogar religioso. ¡Bendito aquel hogar que tiene un altar de oración, donde a diario se elevan acciones de gracias al Cielo y se reciben los favores y las misericordias de Dios!

Pero además de ser un sumo sacerdote consagrado a la oración, un líder y un maestro, Samuel era un padre sabio. Y cualquiera que conozca y esté consciente de la situación moral y espiritual de nuestros días sabrá cuánta necesidad tenemos de padres y madres consagrados a la oración. De hecho, es por ausencia de ellos que comienza el decaimiento de la vida religiosa de la familia y luego de toda la comunidad. El verdadero avivamiento debe comenzar en el hogar.

Siguiendo con la historia, ésta nos dice que la nación de Israel llegó a un punto de verdadera crisis: la gente deseaba un Reino con un rey humano, y no quería aceptar a Dios como su rey, como siempre antes lo había sido. Así que vinieron a Samuel con osadía y le dijeron:

“... constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones” (1 S. 8:5).

Esto desagradó a este hombre de Dios, quien era celoso del Nombre y el honor de su Señor. ¿Quién no hubiese sido sorprendido y a su vez disgustado ante semejante petición? Sin embargo, el Señor vino a él con palabras reconfortantes, diciéndole que no habían rechazado a hombre, sino a Dios...

“Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a Mí me han desechado, para que no reine sobre ellos” (1 S. 8:7).

No obstante, Dios debía mostrar de forma definitiva su disgusto por lo que el pueblo había solicitado, aun cuando hubiese accedido a su petición. Pues era necesario que aprendieran que el Señor todavía existía y que trataba con su pueblo de la manera que Él quería. Las oraciones de Samuel contribuyeron entonces para que una vez más se llevaran a cabo los propósitos de Dios. Samuel, pues, reunió a la gente y les advirtió acerca de lo que el Señor haría delante de sus ojos. Entonces invocó a Dios, quien en respuesta envió una tremenda tormenta de truenos y lluvia que aterró a todo el pueblo, y les hizo saber su gran pecado al pedir un rey humano. Tan asustados estaban todos, que llamaron a Samuel para que orara por ellos y les salvara de lo que parecía ser la destrucción total. Y Samuel oró y Dios le respondió, haciendo cesar los truenos y la lluvia.

Otro incidente en la vida de Samuel, referente a la oración se relaciona con el rey Saúl. Éste tenía la orden de destruir a todos los amalecitas con todas sus posesiones. Pero Saúl, desobedeciendo las instrucciones divinas, perdonó la vida al rey Agag y también preservó lo mejor del ganado, argumentando que el pueblo así lo había querido. Dios dio entonces a Samuel el siguiente mensaje:

“Me pesa haber puesto por rey a Saúl, porque se ha vuelto de en pos de mí, y no ha cumplido mis Palabras” (1 S. 15:11).

Y dice el mismo versículo que “se apesadumbró Samuel, y clamó a Jehová toda aquella noche”. Una declaración tal era suficiente para producir honda pena en el alma de un hombre como Samuel, quien amaba a su nación y era sincero para con Dios –la tristeza del alma sobre los males que sufre la Iglesia siempre llevará a los hombres de Dios a caer sobre sus rodillas–; el asunto era demasiado serio para que no interviniese de inmediato la

Debemos orar por los asuntos de gobierno de nuestras naciones. La Escritura nos ordena llevar a los líderes que rigen nuestros países delante de la presencia de la Providencia. Así se cometerían muchos menos errores e injusticias de parte de políticos, presidentes, reyes y gobernadores.

oración. Tan turbada estaba el alma de Samuel, que oró toda la noche por ello. No podía cerrar sus ojos indiferente y dejarlo pasar sin hablar con Dios sobre ello, pues todo el futuro y el bienestar de Israel estaba pendiente como de una cuerda floja.

¡Cuánto más no se entregaría ahora a la oración, cuando estaba a punto de producirse una total revolución en la forma de gobierno de un rey humano –no solicitado por Dios, sino por los hombres–, que se había interpuesto en la voluntad divina para complacer al ingrato pueblo de Israel! Debemos orar por los asuntos de gobierno de nuestras naciones. La Escritura nos ordena llevar a los líderes que rigen nuestros países delante de la presencia de la Providencia. Así se cometerían muchos menos errores e injusticias de parte de políticos, presidentes, reyes y gobernadores.

Un maravilloso factor histórico lo constituye el hecho de que los hombres de oración han sido siempre hombres de poder. Deseo convencerlos acerca de esto. Algunos de vosotros, si estáis hablando sobre el tema con algún compañero de trabajo, preguntadle por qué es que los hombres de poder en el mundo han sido hombres de oración. Tomad solamente un ejemplo: ¿dónde fueron ellos para encontrar palabras de esperanza en los días desesperados? Fueron a la reunión de oración; pues es allí donde se encuentran aquellos horizontes llenos de esperanza y de fe...

WINNINIGTON INGRAM

Daniel es otro ejemplo de joven exiliado que no olvidó a su Señor en tierra extranjera; lejos de la casa de Dios y de los servicios religiosos, y privado de muchos privilegios de su fe, Daniel estaba decidido a ser fiel a Dios bajo las condiciones más desfavorables. Y demostró así, de manera concluyente, que se puede ser un siervo fiel aunque el medio que nos rodee sea pagano e impío. Pues existe una gran ayuda, de la cual nadie puede ser privado: a saber, las oraciones privadas.

Vemos, pues, cómo este joven se propuso en su corazón no contaminarse con la comida del rey ni tomar su vino; deseaba mantenerse apartado y ajeno de todo aquello que proviniera de ese medio impío que le rodeaba. Pero el camino por el cual debía atravesar Daniel era cualquier cosa menos un lecho de rosas. Esto es, debía tratar con el tirano e irracional rey Nabucodonosor, quien lo sometería a pruebas muy duras...

Este rey tuvo un sueño muy extraño, cuyos detalles se fueron de su memoria, pero el hecho en sí permaneció. Tan turbado estaba a causa de ese sueño, que llamó a todos los astrólogos y magos de la corte para que lo interpretaran. La respuesta que éstos le dieron fue que era humanamente imposible descubrir un sueño como ése y que tal vez si el rey se lo contaba, ellos podrían llegar a entender-

9

Daniel, el cautivo que oraba

Demostró de manera concluyente, que se puede ser un siervo fiel aunque el medio que nos rodee sea pagano e impío. Pues existe una gran ayuda, de la cual nadie puede ser privado: a saber, las oraciones privadas.

Los asuntos más intrincados encontrarán su respuesta solamente en la cámara secreta de la oración; donde Dios, a veces, emplea inteligencias angélicas para llevar información como respuestas a las oraciones de sus santos. Sí, los ángeles tienen mucho que ver con la oración y están en estrecho contacto con los hombres y las mujeres que oran.

lo. Esto enfureció de tan gran manera a Nabucodonosor, que promulgó un edicto de muerte contra todos los sabios de Babilonia, entre los cuales incluía a Daniel y a sus tres amigos hebreos.

Pero Daniel apareció en el escenario de los hechos, y ante su sugerencia se detuvo la ejecución del edicto. Entonces, llamó de inmediato a sus tres compañeros y les pidió que se le unieran en oración para que Dios le revelara el sueño. En respuesta a esta oración unida, la Biblia nos registra lo siguiente:

“Entonces el secreto fue revelado a Daniel en visión de noche, por lo cual bendijo Daniel al Dios del Cielo” (Dn. 2:19).

Acto seguido, Daniel explicó al rey su sueño y la correspondiente interpretación; y, como resultado final, Nabucodonosor llegó al conocimiento del Dios hebreo y elevó a Daniel y sus tres compañeros a altas posiciones dentro del reino.

A partir de aquel suceso, se convirtió en un favorito de la corte, al punto que el nuevo rey, Darío de Persia, quiso ponerlo sobre su reino por encima de los demás gobernadores y *sátrapas* (lo cual fue el detonante de la envidia de aquellos). Dichos *sátrapas* decidieron tender una trampa al joven hebreo. Así, convencieron a Darío a que promulgase un edicto que prohibiese durante treinta días adorar a otra divinidad que no fuera el propio rey. Aduchado por la idea, el rey firmó dicho edicto; pero pronto se arrepintió cuando supo que su consejero favorito, Daniel había desobedecido y que, por tanto, él debería cumplir la sentencia de muerte contra aquel.

Y no es que Daniel fuera un provocador, sino que simplemente realizaba lo que tenía por costumbre: su oración privada a Dios...

“Cuando Daniel supo que el edicto había sido firmado, entró en su casa, y abiertas las ventanas de su cámara que daban hacia Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes” (Dn. 6:10).

Este joven de Dios aceptó su destino con resignación, confiando en que, si no estaba de Dios, no encontraría la muerte en el foso de los leones. Con esta certeza, pues, penetró en el temible lugar; y allí, oró.

¿Cuál fue el resultado de su oración? Justamente como se esperaba: Dios envió a un ángel que cerró la boca de los leones, de manera que ni un solo cabello de su cabeza fue tocado, y consiguió así una liberación total. Sin duda, este desenlace no sólo tapó la boca de los leones, sino también la de sus enemigos y la del propio rey, quienes descubrieron cuán poderoso es Jehová.

Años después, Daniel recibió una visión en la que aparecían un carnero y un macho cabrío. Pero como no comprendía su significado profundo, continuó con su método habitual y se entregó a la oración para resolver el problema:

“Y aconteció que mientras yo, Daniel, consideraba la visión y procuraba comprenderla, he aquí se puso delante de mí uno con apariencia de hombre. Y oí una voz de hombre entre las riberas del Ulai, que gritó y dijo: *Gabriel, enseña a éste la visión*. Vino luego cerca de donde yo estaba; y con su venida me asombré, y me postré sobre mi rostro. Pero él me dijo: *Entiende, hijo de hombre, porque la visión es para el tiempo del fin*” (Dn. 8:15-17).

En efecto, gracias a su oración, el arcángel Gabriel vino a él para hacerle entender todo el significado de esa notable visión. Y es que los asuntos más intrincados encontrarán su respuesta solamente en la cámara secreta de la oración; donde Dios, a veces, emplea inteligencias angélicas para llevar información como respuestas a las oraciones de sus santos. Sí, los ángeles tienen mucho que ver con la oración y están en estrecho contacto con los hombres y las mujeres que oran.

En otro tiempo, sucedió también que mientras Daniel estaba estudiando los registros de la nación, descubrió que ya tocaba a su fin el tiempo de los setenta años de cautividad; de modo que una vez más dispuso su corazón para orar:

“Y volví mi rostro a Dios, el Señor, buscándole en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza. Y oré a Jehová mi Dios e hice confesión...” (Dn. 9:3 y 4).

La Escritura nos da luego el registro de la oración de Daniel; tan llena de significado, tan sencilla pero ferviente en espíritu, y tan directa en su confesión y pedidos. Y, de nuevo, precisamente mientras estaba orando, el arcángel Gabriel, quien parecía tener un interés muy directo en las oraciones de este hombre de Dios, le entregó la

Los ángeles de Dios están mucho más cerca nuestro, cuando oramos, de lo que podemos imaginar.

Es evidente el hecho de que algunas fuerzas o espíritus invisibles operan para impedir que recibamos respuestas a nuestras oraciones.

información tan deseada y valiosa. Definitivamente, los ángeles de Dios están mucho más cerca nuestro, cuando oramos, de lo que podemos imaginar. Es decir, Dios emplea estas gloriosas inteligencias celestiales en la bendita tarea de escuchar y responder las oraciones de los hombres; especialmente cuando éstas tienen que ver con el bienestar presente y futuro de su pueblo.

Veamos un incidente más en la vida de oración de este hombre de Dios cautivo en Babilonia; Daniel recibió otra revelación, pero en esta oportunidad el tiempo de su cumplimiento estaba en un futuro lejano:

“En aquellos días, yo, Daniel, estuve afligido por espacio de tres semanas. No comí manjar delicado, ni entró en mi boca carne ni vino, ni me ungué con unguento, hasta que se cumplieron las tres semanas” (Dn. 10:2).

Fue entonces cuando tuvo una experiencia muy extraña, y otra revelación aún más singular le fue traída por un ser angélico. Vale la pena que prestemos atención al relato bíblico:

“Y he aquí una mano me tocó, e hizo que me pusiese sobre mis rodillas y sobre las palmas de mis manos. Y me dijo: *Daniel, varón muy amado, está atento a las palabras que te hablaré, y ponte en pie; porque a ti he sido enviado ahora.* Mientras hablaba esto conmigo, me puse en pie temblando. Entonces me dijo: *Daniel, no temas; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras, yo he venido. Mas el príncipe del Reino de Persia se me opuso durante veintiún días; pero he aquí Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme, y quedé allí con los reyes de Persia*” (Dn. 10:10-13).

Lo que todo esto significa es algo difícil de comprender, pero tenemos evidencias suficientes como para creer que los ángeles en el Cielo están profundamente interesados en nuestra oración y son enviados para traernos las respuestas a nuestras oraciones. Más aún, es evidente el hecho de que algunas fuerzas o espíritus invisibles operan para impedir que recibamos dichas respuestas. No se dice con claridad quién era este “príncipe de Persia” que estorbó a este ser angélico, pero tenemos revelación suficiente para saber que hubo una lucha en las esferas celestiales entre estos espíritus enviados por Dios para llevar su res-

puesta y los espíritus malignos que trataban de estorbarlos y derrotarlos.

Este pasaje arroja además algo de luz sobre una de las causas posibles de que las respuestas a nuestras oraciones sean demoradas. A saber, por tres semanas Daniel gimió y oró, y por veintiún días el ángel designado tuvo lucha con el «príncipe del reino de Persia». Sin embargo, un elemento muy positivo fue el que Daniel tuviera determinación y perseverancia durante las tres semanas de conflicto entre los buenos y malos espíritus. Bueno sería también para nosotros si no nos diéramos por vencidos en nuestras oraciones cuando Dios parece tardarse en respondernos. El orar lleva tiempo, y también el obtener la respuesta...

En otras palabras, las demoras a nuestras oraciones no son negativas; no recibir una respuesta inmediata no es una evidencia de que Dios no oiga nuestras súplicas. No sólo es necesario valor y persistencia para orar exitosamente, sino también se necesita mucha paciencia:

“Guarda a Jehová; esfuérzate, y aliéntese tu corazón; sí, espera en Jehová” (Sal. 27:14).

Las demoras a nuestras oraciones no son negativas; no recibir una respuesta inmediata no es una evidencia de que Dios no oiga nuestras súplicas. No sólo es necesario valor y persistencia para orar exitosamente, sino también se necesita mucha paciencia.

10

Cantos de oración
en el Nuevo Testamento

Pablo es el apóstol del que más testimonio documentativo tenemos de sus oraciones, en sus diversos usos, funciones y contenidos: oraciones importunas, concertadas, intercesoras, de acción de gracias, de alabanza, de súplica...

Fletcher de Madeley, un gran y antiguo maestro, acostumbraba a dar conferencias a los jóvenes estudiantes de teología. Era uno de los compañeros de Wesley y un hombre realmente santo. Cuando daba una conferencia sobre alguno de los grandes temas de la Palabra de Dios, tal como la plenitud del Espíritu Santo, cerraba sus discursos diciendo: "Ésta es la teoría; ahora bien, aquellos que deseen practicarlo, ¿subirían conmigo ahora mismo a mi habitación?" Y una y otra vez cerraban sus libros e iban con él a su habitación, donde aquella hora de teoría era seguida de una o dos horas de oración.

HUBERT BROOKE

Sin duda, los mejores modelos de oración registrados en los evangelios –y de hecho, en toda la Biblia– son los que pronunció nuestro Señor Jesucristo (y que ya hemos estudiado en capítulos anteriores). Su influencia sirvió para que sus discípulos aprendieran y se ejercitaran en este acto sagrado de comunión con el Padre. También las epístolas neotestamentarias hacen gala de oraciones escritas por apóstoles como Pedro, Santiago y, especialmente, Pablo. A este último dedicamos nuestro estudio; precisamente, por ser el apóstol del que más testimonio documentativo tenemos de sus oraciones, en sus diversos usos, funciones y contenidos: oraciones importunas, concertadas, intercesoras, de acción de gracias, de alabanza, de súplica...

Pero, antes de analizar categóricamente sus oraciones, hagamos un seguimiento de la propia vida –una vida de oración– de este hombre de Dios.

Quien estudie la vida de Pablo, sus oraciones y sus enseñanzas, encontrará que cubre un área sumamente amplia y diversificada. Pareciera que estos grandes hombres como Wesley, Brainerd, Lutero, y sus santos sucesores en las cosas espirituales, no eran culpados de fanatismo cuando ordenaban todas las cosas por medio de la oración,

ya fueran grandes o pequeñas, seculares o religiosas, naturales o espirituales. Pues, en ello, no hacían más que seguir el gran ejemplo y autoridad del apóstol Pablo. Y es que buscar a Dios en oración, tener comunión con Él y anhelar el Espíritu Santo, siendo siempre un vencedor de la cruz como Pablo lo fue, todo esto hace que el creyente sea un verdadero líder de Dios.

Esta clase de vida enriquece, absorbe, compromete, llena de poder y asegura los mejores dones. Esto es, los dones de Pablo fueron excelentes, pero su oración fue lo mejor de todo, lo que aseguró el ejercicio eficaz de dichos dones.

Sin embargo, esta oración paulina cuesta bastante, porque significa la muerte del *yo*, de la carne y del mundo. Por el contrario, aquella oración que no cuesta nada, tampoco consigue nada.

La estima que el apóstol tenía por la oración se observa en el hecho de que no esperó dar pruebas convincentes de su ministerio por medio de las maravillosas condiciones y resultados de su conversión, o de su comisión apostólica, sellada con autoridad divina, sino que lo hizo por medio de su ferviente, constante y perseverante oración. Fue así que Pablo realizó su obra y coronó su labor.

Tampoco utilizó su elevada posición en la Iglesia para disfrutar y gozarse de ella como de un lujo. No la utilizó como un puesto oficial o como una oportunidad para destacarse, sino como un sitio de responsabilidad ante el cual derramar su vida constantemente en oración a Dios.

Más aún, Pablo comenzó su gran carrera para Cristo en la escuela de la oración. De hecho, el gran argumento de Dios para convencer a Ananías de que debía recibir a Saulo fue: "He aquí, él ora" (Hch. 9:11). Y Ananías le dirigió las siguientes palabras:

"... Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Y al momento le cayeron de los ojos como escamas, y recibió al instante la vista; y levantándose, fue bautizado" (Hch. 9:17 y 18).

Recordemos la historia: después del trascendental encuentro de este perseguidor de cristianos con Jesús, en el camino a Damasco, durante tres días, Saulo estuvo sin vista, y no comió ni bebió. En cambio, estuvo orando sin tregua...

Los grandes hombres como Wesley, Braidner, Lutero, y sus santos sucesores en las cosas espirituales, no eran culpados de fanatismo cuando ordenaban todas las cosas por medio de la oración, ya fueran grandes o pequeñas, seculares o religiosas, naturales o espirituales. Pues, en ello, no hacían más que seguir el gran ejemplo y autoridad del apóstol Pablo.

Estar de rodillas en actitud de oración era también algo muy familiar en la vida de Pablo. Su corazón se humillaba con frecuencia delante de Dios. Ésta es la actitud correcta de un hombre ante su Padre Celestial, de un pecador ante el Salvador, y de un mendigo ante su Benefactor.

Sí, la religión de Pablo nació en aquellos tres días de lucha en oración mientras estaba en casa de Ananías. Allí recibió un ímpetu divino que nunca le abandonó y que le llevó hasta las mismas puertas de la ciudad eterna. Esa experiencia le condujo a la disciplina de la oración incesante, llevándole a las más elevadas altitudes espirituales y produciendo los más positivos resultados. Y vivió el resto de su vida en la misma atmósfera de la oración. La oración era, pues, para Pablo algo más que un hábito: se entregaba por completo a ella, puesto que significaba la sustancia y la misma médula de su ser y su vida religiosa:

“Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el Evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones” (Ro. 1:9).

Pablo estaba totalmente familiarizado con el hábito de la oración, pero no oraba solamente por mero hábito —el hombre es un ser que siempre corre el peligro de hacer las cosas simplemente por costumbre o rutina—; tenía, además, la profunda convicción de que orar era un deber grande y solemne, un privilegio real, una fuerza poderosísima y un factor indispensable para el ensanchamiento del Reino de Dios sobre esta Tierra.

Después de su discurso y varias recomendaciones a los ancianos de Efeso, de camino a Jerusalén, y habiéndose demorado un poco en su viaje, el libro de los Hechos nos registra el siguiente suceso:

“Cuando hubo dicho estas cosas, se puso de rodillas, y oró con todos ellos” (Hch. 20:36).

Estar de rodillas en actitud de oración era también algo muy familiar en la vida de Pablo. Su corazón se humillaba con frecuencia delante de Dios. Ésta es la actitud correcta de un hombre ante su Padre Celestial, de un pecador ante el Salvador, y de un mendigo ante su Benefactor.

Asimismo, el primer viaje misionero de Pablo fue proyectado por medio de la oración. ¡No podía ser de otro modo! Fue mediante oración y ayuno que recibió el llamado al campo misionero. Y por los mismos medios, la Iglesia en Antioquía fue movida a enviar a Pablo y Bernabé:

“Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón, el que se llamaba Níger, Lucio de Cirene, Manaén, el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo. Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: *Apartadme a*

Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado. Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron” (Hch. 13:1-3).

He aquí un modelo para todos los misioneros. En esta ocasión, fue el mismo Espíritu Santo quien dirigió a una iglesia obediente que oraba y llevaba el liderazgo divino. Lógicamente, esta situación acarreó los mejores resultados para la misión que emprendieron estos dos hombres de Dios. Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que ninguna iglesia en la cual Pablo actuó como figura prominente fue una iglesia que descuidara la oración:

“... confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: *Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el Reino de Dios. Y constituyeron ancianos en cada iglesia, y habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor, en quien habían creído”* (Hch. 14:22 y 23).

Luego, en obediencia a una visión celestial, Pablo fue a Europa y llegó a Filipos. Allí no había sinagoga, y sólo vivían unos pocos judíos. Sin embargo, algunas mujeres piadosas se reunían para orar, y Pablo no tardó en dirigirse al lugar “donde solía hacerse la oración”: unas pocas mujeres de oración fueron suficientes para que se extendiera ante Pablo todo un campo de labor misionera. Lidia fue la primera convertida y su conversión ocurrió precisamente en aquella reunión de oración (véase Hch. 16:11-15).

Fue también mientras se encaminaba a ese lugar que Pablo realizó el milagro de echar fuera el demonio de adivinación de una pobre chica poseída, usada por sus amos para ganancia propia. Como consecuencia, los magistrados ordenaron que Pablo y Silas fueran azotados y puestos en lo más profundo de la cárcel. Pero el resultado final fue que el mismo carcelero y toda su casa fueron salvos.

En este último incidente, vemos a Pablo dentro de la tenebrosa prisión a altas horas de la noche. Había sido azotado duramente y sus ropas estaban cubiertas de sangre. Sus pies estaban apesados y todo su cuerpo se estremecía de dolor. Pero aun en esta circunstancia le encontramos orando junto con Silas, su compañero, ambos llenos de gozo y paz:

“Pero a medianoche, orando Pablo y Silas, cantaban himnos a Dios; y los presos los oían” (Hch. 16:25).

El primer viaje misionero de Pablo fue proyectado por medio de la oración.

¡Qué maravilla! Ante las oraciones del apóstol, las puertas de la prisión se abrían y la tierra se sacudía en terremotos. Las autoridades podían impedir que Pablo predicara, pero no podían impedir que orara a su Dios. Y el Evangelio se abría camino tanto por medio de la predicación de Pablo como a través de sus oraciones.

Y es que el apóstol Pablo no admitía el desánimo ni el desaliento...

“Entonces, de repente, sobrevino un gran terremoto, y los cimientos de la cárcel se sacudieron. Al instante se abrieron todas las puertas, y las cadenas de todos se soltaron. Despertando el carcelero, y viendo abiertas las puertas de la cárcel, sacó la espada y se iba a matar, pensando que los presos habían huido. Mas Pablo clamó a gran voz, diciendo: *No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí*” (Hch. 16:26-28).

¡Qué maravilla! Ante las oraciones del apóstol, las puertas de la prisión se abrían y la tierra se sacudía en terremotos. Las autoridades podían impedir que Pablo predicara, pero no podían impedir que orara a su Dios. Y el Evangelio se abría camino tanto por medio de la predicación de Pablo como a través de sus oraciones. ¡Cuán profundo era su gozo en el Señor, que expresaba en forma tan espontánea, con alabanzas y oraciones, bajo condiciones tan desfavorables y deprimentes! La oración le acercaba a un contacto y una comunión total con Dios, lo cual hacía que todas las cosas se volvieran radiantes:

“... gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre” (Hch. 5:41).

Porque la oración endulza y santifica todas las cosas. Es decir, el santo que ora será también un santo que sufra, pero que a la vez eleva constantemente alabanzas a Dios.

Volviendo a la poderosa intervención del Señor en aquella experiencia de Pablo en la cárcel, comprobamos que la Providencia había abierto la puerta de la cárcel y las cadenas que sujetaban las manos del apóstol, no sólo para otorgarle la libertad, sino para dar la libertad definitiva del pecado a aquel carcelero.

Las “aperturas” providenciales que hace Dios son, también, a menudo, para probar nuestra habilidad o capacidad de quedarnos donde estamos antes de marcharnos.

William Law, en su obra *Vida Devota*, escribió:

“Cuando comencéis a hacer vuestras peticiones, usad tales expresiones variadas de los atributos de Dios, para que puedan hacerlos sensibles a la grandeza y poder de la naturaleza Divina”.

Así, nuestra comunión con Dios, si es que queremos que alcance su fruto, debería comenzar con los elementos

primarios de adoración y alabanza. Es como una planta que, además de ser regada, necesita ser mimada para crecer en toda su hermosura.

Hay otras dos ocasiones con magníficos resultados, donde si bien no se aclara explícitamente que Pablo estuviera orando, se hace evidente que la clave de tales consecuencias fue la oración...

La primera ocasión ocurrió cuando Pablo salió de Filipos y vino a Troas, donde estuvo siete días: en el primer día de la semana, cuando los discípulos se reunieron para partir el pan, Pablo les predicó esperando partir a la mañana siguiente, y continuó su predicación hasta tarde en la noche.

Allí, cerca en una ventana, estaba sentado un joven llamado Eutico, quien se durmió y cayó al suelo y fue levantado muerto. Pablo se dirigió entonces al lugar donde el joven había caído y, abrazándolo, dijo a la multitud que no se turbara, pues aún había vida en su cuerpo. Luego volvió a la habitación de arriba, donde había estado predicando y habló con los discípulos hasta que amaneció. En seguida, el joven fue traído vivo y toda la multitud fue grandemente confortada.

La conclusión natural sin que se declare el hecho en especial, es que Pablo oró por Eutico mientras lo abrazaba, y su oración fue contestada con el rápido restablecimiento del chico (Hch. 20:10-12).

La segunda ocasión sucedió en medio de la tormenta que sacudía a la embarcación en la que Pablo era conducido a Roma. Ni el sol ni las estrellas habían aparecido en muchos días, y toda esperanza de poder salvarse parecía haberse desvanecido. Después de muchos días de abstinencia, Pablo se puso de pie en medio de aquellos que viajaban y habló en forma particular a aquellos de la tripulación diciendo:

“Habría sido por cierto conveniente, oh varones, haberme oído, y no zarpar de Creta tan sólo para recibir este perjuicio y pérdida. Pero ahora os exhorto a tener buen ánimo, pues no habrá ninguna pérdida de vida entre vosotros, sino solamente de la nave. Porque esta noche ha estado conmigo el ángel del Dios de quien soy y a quien sirvo, diciendo: *Pablo, no temas; es necesario que comparescas ante César; y he aquí, Dios te ha concedido a todos los que navegan contigo*. Por tanto, oh varones, tened buen ánimo;

Y es que la oración endulza y santifica todas las cosas. Es decir, el santo que ora será también un santo que sufra, pero que a la vez eleva constantemente alabanzas a Dios.

¡Cuán grande era el amor que Pablo sentía por sus hermanos y que manifestaba en sus oraciones!
 ¡Y cuán grande era el afecto que los hermanos sentían por Pablo!

porque yo confío en Dios, que sera así como se me ha dicho" (Hch. 27:21-25).

No se necesita una investigación muy a fondo para imaginarse el hecho de que Pablo debió de haber estado orando cuando el ángel se le apareció con el mensaje de aliento y la respuesta en cuanto a su seguridad personal y la de todos los que viajaban con él. Tan seguro, debió postrarse de rodillas ante Dios, como tenía por costumbre.

Luego, cuando alcanzaron tierra en la isla de Malta, sucedieron dos incidentes de lo más interesantes y significativos de su vida: mientras hacían una fogata para calentarse y secar sus ropas, una víbora venenosa salió de entre los leños y se prendió a la mano de Pablo. Los nativos del lugar pensaron que se trataba de una retribución o castigo por algo malo que el apóstol hubiera hecho, pero pronto, al darse cuenta de que nada le sucedía, pensaron que estaban ante alguna clase de Dios.

Y en la misma isla de Malta, estaba el padre de Publio, quien padecía de una fiebre muy mala, y se acercaba a su fin. Así, Pablo fue hasta donde estaba y, poniendo sus manos sobre él, oró a Dios. E inmediatamente, la enfermedad fue reprendida y el hombre sanó. Cuando los nativos de la isla vieron lo sucedido, trajeron a otros enfermos al apóstol, los cuales fueron también sanados.

También retomando la época en que Pablo estaba en Efeso, camino a Jerusalén, le encontramos haciendo una escala en Tiro, donde se detuvo por algunos días. Allí encontró a algunos discípulos, quienes le rogaban que no fuera a Jerusalén, diciéndole a través del Espíritu que debería renunciar a la idea de ir a esa ciudad. Pero Pablo se mantuvo firme en su propósito inicial. Esto es lo que nos dice el relato bíblico:

"Cumplidos aquellos días, salimos, acompañándonos todos, con sus mujeres e hijos, hasta fuera de la ciudad; y puestos de rodillas en la playa, oramos" (Hch. 21:5).

¡Qué hermosa escena la de aquellos creyentes orando en la playa! La nave estaba lista para partir; pero antes, las oraciones debían de cimentar sus efectos y bendecir aquella partida. ¡Cuán grande era el afecto que los hermanos sentían por Pablo! Nunca aquel mar volvió a ser testigo de una escena tan conmovedora: Pablo sobre sus rodillas, en la arena de aquella orilla, invocando la bendición de

Dios sobre los hombres, mujeres y niños que le acompañaban en la despedida.

Finalmente, Pablo fue a Jerusalén:

"Y me aconteció, vuelto a Jerusalén, que orando en el templo me sobrevino un éxtasis. Y le vi que me decía: *Date prisa, y sal prontamente de Jerusalén; porque no recibirán tu testimonio acerca de Mí. Yo dije: Señor, ellos saben que Yo encarcelaba y azotaba en todas las sinagogas a los que creían en Ti; y cuando se derramaba la sangre de Esteban tu testigo, yo mismo también estaba presente, y consentía en su muerte y guardaba las ropas de los que le mataban. Pero me dijo: Ve, porque Yo te enviaré lejos a los gentiles*" (Hch. 22:17-21).

¡Qué distinto este hombre que escribe, *Pablo*, al perseguidor de romanos *Saulo*! Siendo la misma persona, su corazón había cambiado. Y es que había sido renovado por el Espíritu Santo y convertido a la causa del Evangelio de Cristo, por el único e irresistible método de la comunión con el Padre a través de la oración. Sí, la conversión de este gran apóstol es el mejor argumento para defender las maravillas que la oración es capaz de realizar en favor de los que se arrodillan y la practican con espíritu contrito.

Finalmente, la conversión del gran apóstol Pablo es el mejor argumento para defender las maravillas que la oración es capaz de realizar en favor de los que se arrodillan y la practican con espíritu contrito.

11

**Pablo,
el maestro de la oración**

Resulta difícil clasificar las oraciones de Pablo. Su forma de orar es tan comprensiva, discursiva y exacta, que no puede ordenarse de forma sistemática. Pablo enseña mucho acerca de la oración, reforzando especialmente el deber y la necesidad de la oración en la Iglesia.

Nuestro concepto sobre la ley de la oración es el siguiente: la oración de un cristiano es un acuerdo entre la voluntad, las emociones, la conciencia y el intelecto. Estos operan en armonía, mientras que el cuerpo co-opera bajo ciertas condiciones, de modo que la oración sea lo suficientemente larga para sostener un «alto voltaje» espiritual y asegurar notables resultados de un carácter sobrenatural.

HOMER W. HODGE

Resulta difícil clasificar las oraciones de Pablo. Su forma de orar es tan comprensiva, discursiva y exacta, que no puede ordenarse de forma sistemática. Pablo enseña mucho acerca de la oración, reforzando especialmente el deber y la necesidad de la oración en la Iglesia (ya hemos visto cómo el testimonio de su vida da base y fuerza a todas sus enseñanzas). Esto es, no sólo se daba a sí mismo a la oración, sino que urgía a los hermanos a entregarse a esta práctica de vital importancia; enseñando a su vez que la importunidad y la persistencia son elementos capitales para conseguir la victoria:

“Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias” (Col. 4:2).

“Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos” (Ef. 6:18).

“Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda” (1 Ti. 2:8).

Estas palabras, y otras tantas más al respecto, constituyen la clave de sus enseñanzas...

Pablo era un líder que gozaba de un reconocimiento y aceptación universal. En su ministerio, tenía el poder unido de muchas fuerzas: su misma conversión, tan conspicua y radical, era un arma perfecta en la lucha agresiva y defensiva; su llamado al apostolado era claro, luminoso y convincente. Pero estas fuerzas no eran las energías divinas que trajeron maravillosos resultados a

su ministerio. El curso de la vida de Pablo fue marcado y modelado, sobre todo, por la oración más que por ninguna otra cosa.

No es de sorprenderse, entonces, que diera tal prominencia a la oración en su predicación y en sus escritos. Así como la oración era el principal ejercicio de su vida personal, también asumía la posición más elevada dentro de su enseñanzas. Y su ejemplo de oración añadía fuerza y validez a sus enseñanzas, pues tanto éstas como su práctica corrían en líneas paralelas.

Es más, si Pablo fue el principal de entre los apóstoles, era porque la oración había contribuido a tal fin. Por lo tanto, era el mejor calificado para ser todo un maestro de la oración. Podía enseñar a los demás lo que era orar de verdad y lo que la oración podía conseguir; y era precisamente por esta razón que exhortaba de continuo a la gente a que no abandonaran esta práctica.

También, aquel que hoy desee enseñar a la gente a orar debe darse primeramente él mismo por entero a la oración.

Porque en la proporción que los predicadores practiquen la oración en sus vidas privadas, podrán enseñarla a aquellos a quienes predicán (lamentablemente, en la Iglesia de nuestros días se hallan muy pocos predicadores que sazonen con abundancia de oración cada uno de sus sermones).

Si la fuerza personal, la energía de una voluntad de hierro, las profundas convicciones, la cultura y los talentos o el llamado Divino pudieran dirigir la Iglesia de Dios sin necesidad de la oración, entonces, por lógica, ésta sería innecesaria. Si la profunda piedad y la consagración, o la inflamada lealtad hacia el Señor pudieran existir sin la oración devota, entonces, Pablo no tendría por qué haber hecho uso de ella. Pero el gran apóstol, favorecido con muchos dones y talentos, sentía la continua necesidad de orar, tanto él mismo, como toda la Iglesia alrededor del mundo.

¡Cuán estruendosa, persistente y emotiva era la preocupación de Pablo hacia quienes hablaba o escribía! Según lo que el apóstol deseaba enseñar, ésta debía ser la verdad primordial para toda la Iglesia; a saber, primero de todo y antes de todas las cosas, la Iglesia de Cristo debía ser una Iglesia que orara por todos los hombres.

Aquel que hoy desee enseñar a la gente a orar debe darse primeramente él mismo por entero a la oración.

La Iglesia no debe estar ansiosa por nada, sino que en todo asunto y sobre cada caso en particular debe elevar oraciones a Dios. Y es que no hay nada demasiado pequeño acerca de lo cual orar, ni tampoco nada demasiado grande como para que el Señor no lo pueda solucionar.

Y encargó a los filipenses a este efecto: "Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias" (Fil. 4:6).

Esto es, la Iglesia no debe estar ansiosa por nada, sino que en todo asunto y sobre cada caso en particular debe elevar oraciones a Dios. Y es que no hay nada demasiado pequeño acerca de lo cual orar, ni tampoco nada demasiado grande como para que el Señor no lo pueda solucionar.

Pablo lo declara como una verdad vital y esencial cuando escribe a la iglesia de Tesalónica:

"Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque ésta es la voluntad de Dios para con vosotros, en Cristo Jesús" (1 Ts. 5:16-18).

En efecto, la Iglesia debe entregarse de continuo al santo ejercicio de la oración, pues ésta es la voluntad de Dios para el Cuerpo de Cristo aquí en la Tierra.

La vida de oración de Pablo y la urgencia con la cual exhortaba a la Iglesia a la práctica de la misma son, en definitiva, las más convincentes pruebas de la absoluta necesidad de la oración como una gran fuerza moral en el mundo, además de ser un factor indispensable e inalienable en el progreso de la dispersión del Evangelio y el desarrollo de la piedad personal.

De hecho, para Pablo no podía existir una iglesia victoriosa sin oración, ni un líder capaz de llevar adelante una congregación sin tener como práctica primordial de su vida privada este santo ejercicio.

Pablo hablaba también de orar en cualquier lugar, en todas las cosas, en cada circunstancia y constantemente; esos eran para él los usos divinos y la misma naturaleza de la oración.

Una de sus expresiones más dignas de estudio es esta: "... constantes en la oración" (Ro. 12:12).

La palabra significa "permanecer, ser fiel en la oración, mantenerse firme en ella hasta el fin, prestarle atención devoción y constancia".

Es de destacar, además, que en muchas citas de Pablo, y en algunas versiones, aparece la expresión más intensa del término "oración", que es la "súplica", la cual se refiere a la "forma personal, persistente e incansable de orar" que Pablo requiere de los santos.

El apóstol amaba mucho a Timoteo, que tenía muchas afinidades con él. Pablo encontraba en Timoteo esos elementos que le capacitaban para ser su sucesor espiritual; por lo menos, el depositario y líder de las grandes fuerzas y principios espirituales, tan esenciales para el establecimiento y la prosperidad de la Iglesia. Estas verdades primarias y vitales eran las que el gran apóstol buscaba grabar en su joven discípulo, y confiaba en que éste las guardaría por el resto de sus días. De manera que entregó a Timoteo este depósito de oración para todas las edades:

"Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad. Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo (...) Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda" (1 Ti. 2:1-6, 8).

Estas palabras a Timoteo fueron, sin duda, palabras divinamente inspiradas, por cuanto Pablo escribía bajo la superintendencia directa del Espíritu Santo, quien le preservaba de todo error y le sugería las verdades que luego el apóstol enseñaba. Sus epístolas son parte de la Palabra de Dios, inspiradas y auténticas, llenas de autoridad divina. De modo que la oración, así como Pablo la enseñó, es la genuina doctrina que el Todopoderoso dio a su Iglesia para que la acepte, la crea y la practique. Esta sección de las Santas Escrituras es, pues, mucho más que meramente sugestiva, y va más allá de ser un simple bosquejo de la oración. Es tan instructiva y clara en cuanto a cómo deberíamos orar, y tan poderosa acerca de las razones por las cuáles debemos hacerlo, que hemos de fijarla con toda firmeza en nuestras mentes y nuestros corazones.

Así, la oración es la más importante de todas las cosas sobre la Tierra; todo lo demás debe ser retirado para darle primacía. La diferencia entre la derrota o la victoria radica en este punto: si ponemos primero la oración, entonces

La oración, así como Pablo la enseñó, es la genuina doctrina que el Todopoderoso dio a su Iglesia para que la acepte, la crea y la practique.

Hay algunas condiciones que dan origen a la oración —son como la tierra que hace germinar y perfeccionar la simiente—; las grandes tormentas de la vida, en medio de las cuales nos encontramos impotentes y sin poder lograr alivio alguno son, por ejemplo, condiciones providenciales para la oración.

pondremos también a Dios en primer lugar, en cuyo caso la victoria está asegurada.

Pero las enseñanzas de Pablo nos muestran, además, que la oración es esencialmente algo que pertenece a la naturaleza interior. Es nuestro espíritu el que ora dentro de nosotros. De manera que atendamos a las instrucciones del apóstol Pablo:

“Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda” (1 Ti. 2:8).

Las “iras” y “contendias” a que aquí hace referencia el apóstol existen en todos los estados de pasiones, deseos y sentimientos del ser humano, y se inflaman ante la más mínima provocación. Guardémonos bien de ellas, porque los hombres no pueden orar mientras estos sentimientos naturales se cultiven en su interior. La “ira” deprime, estorba y finalmente suprime la oración.

La palabra “sin” significa “aparte de”, o “sin hacer uso de”. El corazón natural, no renovado, no tiene parte en la oración, puesto que la naturaleza de la oración es mucho más profunda que la misma naturaleza humana. En otras palabras, no podemos orar por naturaleza propia e innata, aunque ésta sea de carácter dulce y amable. Sólo la oración es la verdadera prueba del carácter santo.

Más aún, la fidelidad y veracidad en nuestras relaciones son a menudo evidenciadas por nuestra vida de oración. Hay algunas condiciones que dan origen a la oración —son como la tierra que hace germinar y perfeccionar la simiente—; las grandes tormentas de la vida, en medio de las cuales nos encontramos impotentes y sin poder lograr alivio alguno son, por ejemplo, condiciones providenciales para la oración. He aquí, a modo de ilustración, la descripción que hace Pablo de ciertas viudas:

“Mas la que en verdad es viuda y ha quedado sola, espera en Dios, y es diligente en súplicas y oraciones noche y día. Pero la que se entrega a los placeres, viviendo está muerta” (1 Ti. 5:5 y 6).

Hay un notable contraste entre estas dos clases de mujeres descritas por el apóstol: una de ellas se entrega a la oración día y noche; la otra vive en los placeres y está espiritualmente muerta. De manera que Pablo describe a una verdadera viuda como una mujer entregada totalmente a la oración; sus oraciones, nacidas de su fe y desolación,

son una fuerza muy poderosa, la cual se eleva a Dios de día y de noche.

En la destacada oración de Efesios 3, Pablo ora por alcanzar grandes alturas dentro de la experiencia cristiana. El apóstol dobla sus rodillas ante Dios en el Nombre del Señor Jesucristo, para que estos creyentes de Éfeso puedan ir en su experiencia mucho más allá de los límites de la santidad pasada:

“Para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios” (Ef. 3:19).

Y escribiendo a los filipenses, Pablo les habló en estos términos:

“Algunos, a la verdad, predicán a Cristo por envidia y contienda; pero otros de buena voluntad. Los unos anuncian a Cristo por contención, no sinceramente, pensando añadir aflicción a mis prisiones; pero los otros por amor, sabiendo que estoy puesto para la defensa del Evangelio. ¿Qué pues? Que no obstante, de todas maneras, o por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré aún. Porque sé que por vuestra oración y la suministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación, conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado; antes bien, con toda confianza, como siempre, ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte” (Fil. 1:15-20).

Es decir, el escenario y la vergüenza serían evitados por medio de las oraciones, y Cristo habría de ser magnificado *en y a través* de la vida de Pablo, ya sea que éste viviera o muriera...

Asimismo, Pablo da instrucciones generales a los colosenses en cuanto a la oración, y en forma aguda y específica en lo referente al aspecto personal:

“Perseverad en oración, velando en ella con acción de gracias; orando también al mismo tiempo por nosotros, para que el Señor nos abra puerta por la Palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Cristo, por el cual también estoy preso” (Col. 4:2 y 3).

Finalmente, a Pablo se le atribuye el escrito de la *Epístola a los Hebreos*, en la cual tenemos referencias en cuanto al carácter de las oraciones de nuestro Señor Jesucristo:

“Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía li-

El escenario y la vergüenza serían evitados por medio de las oraciones, y Cristo habría de ser magnificado *en y a través* de la vida de Pablo, ya sea que éste viviera o muriera.

El sacrificio en la oración es predecesor del sacrificio personal. Por consiguiente, hemos de morir en nuestra cámara secreta antes de que podamos morir en la cruz.

brar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente” (He. 5:7).

¡Qué tonos más profundos hay en sus palabras! ¡Cuán sublime es el carácter de las oraciones de nuestro Señor! La oración de nuestro Señor surgía de las más poderosas fuerzas de su ser; sus oraciones eran sacrificios, que Él ofrecía antes de ofrecerse a Sí mismo en la cruz por los pecados de la humanidad. Y es que el sacrificio en la oración es predecesor del sacrificio personal. Por consiguiente, hemos de morir en nuestra cámara secreta antes de que podamos morir en la cruz.

12

Pablo, el maestro de la oración (continuación)

Se cuenta que cierto día, en 1888, Frank Crossley se había despedido de sus amigos, el general Booth y su esposa, en la estación de tren. Pero antes de que el tren partiera, Crossley les entregó una carta en la cual les daba los detalles de un voto que había decidido hacer en favor del Ejército de Salvación. Cuando llegó a su casa se puso a orar. “Mientras estaba orando... –explicó él posteriormente– vino sobre mí el más extraordinario sentimiento de gozo. Dicho sentimiento no se localizaba exactamente en mi mente, ni en mi corazón; era algo profundo que sentía, como si una mano me tocara sobre mi pecho y me llenara de un éxtasis que jamás había sentido antes. Inmediatamente me di cuenta de que éste era el gozo del Señor”. Frank Crossley pensó, entonces, que en el mismo momento en el que los Booths habían estado leyendo su carta en el tren, él estuvo experimentando ese sentimiento de gozo inefable, como respuesta a las oraciones de sus amigos. Y poco después se enteró de que, efectivamente, el matrimonio había comenzado a orar por él ni bien dejaron la estación ferroviaria de Manchester. De modo que este siervo de Dios dio un paso adelante en su vida cristiana, y nunca se volvió atrás...

Pablo no sólo oraba por sí mismo, sino que continuamente intercedía por los demás.

EDWARD SHILLITO

Hemos visto cómo Pablo oraba muchísimo, y a su vez enseñaba la importancia de la oración a todos aquellos con quienes trataba. Pero Pablo no sólo oraba por sí mismo, sino que continuamente intercedía por los demás. A la iglesia de Roma escribió de esta manera:

“Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el Evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones” (Ro. 1:9).

Comienza así esta notable epístola en el espíritu de oración, y la acaba con estas solemnes palabras:

¡Oh, si en nuestros días, tan llenos de tibieza e indiferencia, tuviéramos una legión de predicadores que se entregaran a la oración por sus iglesias así como Pablo lo hizo por aquellas a quienes ministraba en sus días! Se necesitan hombres de oración e igualmente predicadores que se entreguen sin descanso a este santo ejercicio.

“Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios” (Ro. 15:30).

Esto no es todo; en el mismo corazón de la misma escribe:

“Gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración” (Ro. 12:12).

También, en su primera epístola a los tesalonicenses, leemos lo siguiente:

“Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones, acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo [...] Orando de noche y de día con gran insistencia, para que veamos vuestro rostro, y completemos lo que falte a vuestra fe. Mas el mismo Dios y Padre nuestro, y nuestro Señor Jesucristo dirijan nuestro camino a vosotros. Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, como también lo hacemos nosotros para con vosotros, para que sean afirmados vuestros corazones, irrepreensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos” (1 Ts. 1:2 y 3; 3:10-13).

Y termina orando por la santificación de aquellos creyentes:

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irrepreensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts. 5:23).

¡Cómo oraba el apóstol por esos primeros cristianos!

“Por lo cual, asimismo, oramos siempre por vosotros” (2 Ts. 1:11).

“... no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones” (Ef. 1:16).

“... de que sin cesar me acuerdo de ti en mis oraciones, noche y día” (2 Ti. 1:3).

Estaban en su mente y en su corazón, y él intercedía por ellos día y noche. ¡Oh, si en nuestros días, tan llenos de tibieza e indiferencia, tuviéramos una legión de predicadores que se entregaran a la oración por sus iglesias así como Pablo lo hizo por aquellas a quienes ministraba en sus días! Se necesitan hombres de oración e igualmente

predicadores que se entreguen sin descanso a este santo ejercicio.

Al final de aquella notable oración de Efesios 3, Pablo declara que Dios es “poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos”. Y es que el apóstol no limitaba el poder de Dios, sino que oraba de modo que pudiera sacar el máximo de provecho y bendición para su Iglesia.

Sus oraciones carecían por completo de elemento egoísta:

“Rogando que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros. Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados” (Ro. 1: 10 y 11).

El objeto de este deseo de visitar Roma no era por una gratificación personal, o por el placer de hacer un viaje, sino que deseaba poder impartir algún don espiritual a aquellos hermanos para que fueran confirmados en sus vidas para el Señor. Por medio de dicha visita, el apóstol podía establecerles en aquellos puntos en los cuales debían de ser arraigados en la fe, el amor y las bases que forman el carácter de una vida cristiana.

En resumen, tanto la oración personal como la intercesión ocupaban un elevado lugar en la vida cristiana de Pablo. Y no sólo Pablo sino también sus compañeros elevaban oraciones por los santos dondequiera que éstos estuvieran:

“... no cesamos de orar por vosotros” (Col. 1:9).

Pero el principal de los apóstoles necesitaba también de las oraciones intercesoras por él. No se avergonzaba de solicitar oraciones para sí, pues sabía que era el medio para sostenerse firme en su vida consagrada y en su ministerio.

Así, en su epístola a los hebreos, basa su petición sobre dos razones: su honestidad y su ansiedad de visitarles. Esto es, el hecho de que aquellos hermanos oraran por él sería un poderoso agente para facilitarles una visita del apóstol en la cual pudiera ministrarles (la oración pone a Dios en el compromiso de hacer por nosotros las cosas que ponemos en sus manos).

Sí, Pablo pedía frecuentemente a los hermanos que oraran por él. Juzgamos el valor de una cosa por la frecuencia con la que pedimos por ella, y si esto es verdadero, las oraciones de los santos a favor de Pablo eran de

Tanto la oración personal como la intercesión ocupaban un elevado lugar en la vida cristiana de Pablo. Y no sólo Pablo sino también sus compañeros elevaban oraciones por los santos dondequiera que éstos estuvieran.

El principal de los apóstoles necesitaba también de las oraciones intercesoras por él. No se avergonzaba de solicitar oraciones para sí, pues sabía que era el medio para sostenerse firme en su vida consagrada y en su ministerio.

primordial importancia. Por la urgencia y reiteración con que el apóstol pedía a los hermanos oraciones por él, estaba demostrando el gran valor de la oración como un medio exclusivo de la gracia. Pablo no tenía una necesidad más apremiante que la oración, y no habían para él valores tan apreciados y apreciables como las oraciones de los fieles. Notemos lo que nos dice en su epístola a los romanos:

“Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios” (Ro. 15:30).

Las oraciones de los hermanos en favor de Pablo eran de alto valor porque significaban una gran ayuda. Los grandes ayudadores son hombres y mujeres de oración. Nada puede ayudarnos tanto en nuestras necesidades como las oraciones eficaces; pueden suplir las más grandes carencias y librarnos de los peligros más inminentes. La fe de Pablo, como él mismo escribe a los corintios, había sido probada de una manera muy especial y las oraciones de los hermanos le habían sido de gran ayuda y fortaleza.

Por medio de las oraciones de los santos de Filipos en favor suyo, la vergüenza fue quitada, la autoridad santa tomó su debido lugar y la vida y la muerte fueron hechas gloriosas:

“Porque sé que por vuestra oración y la suministraré del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación, conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado; antes bien, con toda confianza, como siempre, ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte” (Fil. 1: 19 y 20).

¡Qué cosas tan maravillosas Dios ha hecho a favor de sus santos a través de las oraciones de los demás! Los verdaderos hermanos podemos ayudarnos los unos a los otros –en medio de la envidia y la detracción y de peligros entre los falsos hermanos–, a través de las oraciones más que por ningún otro medio a nuestro alcance.

Igualmente, instó a los cristianos de Roma a orar por él para que fuera librado de los “hombres rebeldes que estaban en Judea” (Ro. 15:31). Porque la oración es una defensa y protección contra la malignidad y las maquinaciones de los hombres perversos.

Pablo no sólo tenía enemigos rebeldes e incrédulos con quienes contender; muchos cristianos, especialmente en Jerusalén, tenían prejuicios contra él, siendo capaces hasta de rechazar o de poner en tela de juicio cualquier ministerio o servicio que viniera de sus propias manos. Y estos hermanos de Roma a quienes Pablo solicita oración debían orar por él para su seguridad personal y para la obra del Señor.

Sí, por medio de las oraciones, los enemigos serían quitados del camino, y los prejuicios en los corazones de aquellos hombres justos desaparecerían. El camino de Pablo hacia Jerusalén estaría guardado de peligros y dificultades, y el éxito de su misión para la gloria de Dios sería asegurado. Todos estos fines tan beneficiosos y extraordinarios fueron conseguidos por medio de la oración. Si todos los sucesores apostólicos hubieran orado como Pablo lo hizo, la historia de la Iglesia hubiera sido un testimonio brillante ante los ojos de todo el mundo.

¡Qué llenos de fervor están sus pedidos, y qué tiernas y amorosas son sus súplicas! ¡Cuán alto y conmovedor es el motivo de la más elevada y verdadera forma de oración por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu! Pablo estuvo realmente involucrado en la gran batalla de la oración, una batalla en la que intervienen los elementos más importantes e imperativos. Se consagró por entero a ella, teniendo en vista al Señor Jesucristo como su gran capitán.

Cada hombre o mujer de Dios que ora verdaderamente tiene poderosos enemigos que buscan oponerse a toda costa. Es por eso que Pablo dejó lo “que era de niño” (1 Co. 13:11): debía orar con poder o no hacerlo... El infierno debía sentir el golpe potente de su oración. Por tanto, la fortaleza y el valor eran elementos o requisitos indispensables para obtener la victoria, en vez de peticiones débiles y tibias. Las fuerzas más bravas y las más elevadas cualidades del soldado cristiano son, pues, indispensables para llevar adelante la oración que gane la batalla. La trompeta celestial sigue sonando hasta hoy, llamándonos a una entrega sin reservas para la oración fervorosa y persistente.

Contemplemos también la petición de Pablo hecha a la iglesia de Éfeso:

“Orando en todo tiempo, con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y

Pablo estuvo realmente involucrado en la gran batalla de la oración, una batalla en la que intervienen los elementos más importantes e imperativos. Se consagró por entero a ella, teniendo en vista al Señor Jesucristo como su gran capitán.

Hay hoy muchas cadenas que pueden esclavizar al predicador: su misma ternura puede hacerle débil, sus relaciones personales con la gente tienden a ponerle ataduras y a quitarle o restringirle la libertad desde el púlpito. Por eso, los creyentes de hoy también tenemos el deber y la obligación de orar por nuestros predicadores, para que sean revestidos de valor y de santa osadía.

súplica por todos los santos; y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del Evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; que con denuedo hable de Él, como debo hablar" (Ef. 6:18-20).

Pablo, que había trabajado y orado «día y noche» por esta iglesia, y después de describirles una vívida figura del soldado cristiano y de la armadura de Dios, les da el solemne encargo de que oraran especialmente por él y por su ministerio.

Deseaba que ellos intercedieran por él para adquirir osadía o autoridad santa. Ninguna cualidad parece ser tan importante como ésta para aquel que desea ser un buen predicador: esa cualidad que no se atemoriza de las consecuencias, sino que con libertad sale al encuentro de las crisis, enfrenta los peligros presentes y cumple valientemente con el deber. Era una de las más marcadas características de los predicadores apostólicos que estaban dispuestos a enfrentarse tanto al vulgo como a las autoridades de su tiempo, sin temer las consecuencias o reacciones de la gente.

Los profetas de la antigüedad eran acusados muchas veces de no tener miedo delante de los hombres. Ellos declaraban la verdad de Dios sin timidez, duda o compromiso. Su fervor, convicción y sinceridad, por el poder del Espíritu Santo, hacían que sus bocas se abrieran para declarar la Verdad sin ningún tipo de limitaciones. Hay hoy muchas cadenas que pueden esclavizar al predicador: su misma ternura puede hacerle débil, sus relaciones personales con la gente tienden a ponerle ataduras y a quitarle o restringirle la libertad desde el púlpito. Por eso, los creyentes de hoy también tenemos el deber y la obligación de orar por nuestros predicadores, para que sean revestidos de valor y de santa osadía.

La mansedumbre y la humildad son virtudes muy apreciables en el predicador, pero no tienen por qué ser incompatibles con el valor. Al contrario, se complementan, ya que la cualidad del valor ha de obrar en forma tan delicada como la actitud de una madre para con su bebé, pero tan temeraria como un león delante de su enemigo.

Resumiendo, ¿qué fuerza misteriosa y poderosa podría añadir valor a la predicación apostólica y dar total

libertad a esos labios para predicar la única Verdad? Sólo la oración es capaz de traer este milagro de los Cielos sobre los hijos de Dios. ¿Qué fuerza puede dominar y afectar la maldad de forma tal que sus mismos resultados sean torcidos en cosas buenas? Tenemos la respuesta en las palabras de Pablo:

"El cual nos libró, y nos libra, y en quien esperamos que aun nos libraré de tan grande muerte; cooperando también vosotros a favor nuestro con la oración, para que por muchas personas sean dadas gracias a favor nuestro por el don concedido a nosotros por medio de muchos" (2 Co. 1:10 y 11).

Y es que Pablo amaba al Señor, pero no dejaba sus promesas a un lado, para que los resultados se llevaran a cabo por sí solos. De manera que escribió a los corintios para que orasen por él, puesto que las oraciones de aquellos hermanos contribuirían en gran manera para que las promesas de Dios se cumplieran rápida y fielmente. Semejante petición hizo a los colosenses:

"Orando también al mismo tiempo por nosotros, para que el Señor nos abra puerta para la Palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Cristo, por el cual también estoy preso, para que lo manifieste como debo hablar" (Col. 4:3 y 4).

Al igual que hiciera en su pedido a los efesios, Pablo desea que Dios le conceda claridad en sus palabras y términos, sin confusión de pensamientos, para predicar el Evangelio fielmente. ¡Feliz aquel predicador que tenga personas que le respalden en oración! ¡Qué clase de petición más apropiada para ser hecha hoy día por un predicador a su congregación! ¡Cuán necesarias son para nuestros predicadores de hoy las cosas que Pablo pedía para sí! La oración a favor del predicador es, ante los ojos de Dios, de tanto valor como las mismas oraciones de dicho predicador.

Hay dos cosas que operan como factores de primera importancia en la obra de todo predicador: primero, cuando ora constante, ferviente y persistentemente por aquellos a quienes les predica; y en segundo lugar, cuando esos que disfrutan de su ministerio oran por el predicador. De este modo, tanto el siervo de Dios como la congregación reciben bendiciones del Cielo como respuesta a su mutua oración.

La oración a favor del predicador es, ante los ojos de Dios, de tanto valor como las mismas oraciones de dicho predicador.

El punto más importante hacia donde Pablo dirigía su objetivo era su oficio y trabajo como ministro del Evangelio. Su lengua debía ser desatada en la predicación, sus labios abiertos sin impedimentos y su mente librada de cualquier estorbo. El objetivo era que ni siquiera él mismo pudiera llegar a ser un estorbo de la Palabra que predicaba.

A la iglesia de Tesalónica, Pablo envió este claro y definido mensaje:

“Por lo demás, hermanos, orad por nosotros, para que la Palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo fue entre vosotros, y para que seamos librados de hombres perversos y malos; porque no es de todos la fe” (2 Ts. 3:1 y 2).

Esto implica que cada cosa que se interponga entre la Palabra de Dios e impida que ésta “corra” habrá de ser desalojada del camino en forma inmediata. La bendita Palabra ha de correr y ser glorificada. Y lo peor es que los impedimentos pueden encontrarse en el mismo predicador, en la iglesia a la cual ministra, o bien en los pecadores que le rodean. Dicho de otra manera, la Palabra corre y es glorificada cuando tiene acceso libre a aquellos a quienes es predicada, y cuando los pecadores son convictos de pecado y son inducidos a orar por sí mismos, para solicitar el perdón y la misericordia del Altísimo. También es glorificada cuando los santos son instruidos en su experiencia cristiana, corregidos de errores de doctrina y práctica y guiados a buscar las cosas más elevadas y a orar por las profundas experiencias de la vida de fe.

Notemos, sin embargo, que no se trata de que el predicador sea glorificado por el gran éxito traído por la Palabra, ni de que la gente le elogie a causa de sus maravillosos sermones, su gran elocuencia o sus dones. El predicador ha de ser situado en el fondo de toda esta obra de glorificación, aunque él mismo haya sido el objeto de las oraciones de su congregación.

No sólo el apóstol pedía oraciones por su persona, aunque bien sabemos que las necesitaba, pero el punto más importante hacia donde dirigía su objetivo era su oficio y trabajo como ministro del Evangelio. Su lengua debía ser desatada en la predicación, sus labios abiertos sin impedimentos y su mente librada de cualquier estorbo. El objetivo era que ni siquiera él mismo pudiera llegar a ser un estorbo de la Palabra que predicaba. De la misma forma, todos los otros impedimentos externos debían ser quitados y puestos fuera de la órbita de su ministerio. Era necesario correr para poder alcanzar la meta y, por consiguiente, el prometido galardón. La Palabra de Dios había de alcanzar las mentes y los corazones de aquella gente y glorificarse en su salvación.

Con todas estas cosas por delante, Pablo envía su solemne petición de oración a los hermanos de Tesalónica. La oración de aquellos verdaderos cristianos ayudaría grandemente a que la Palabra de Dios corriera y se extendiera sin impedimentos.

También, en Hebreos 13:18, Pablo abre su corazón y pide solícitamente a sus hermanos que oren por él:

“Orad por nosotros; pues confiamos en que tenemos buena conciencia, deseando conducirnos bien en todo”.

En esta petición observamos que la conciencia de Pablo y su integridad de corazón afloran como una verdad básica perteneciente a su carácter cristiano. Así, las oraciones que nosotros hagamos a favor de los siervos de Dios, encontrarán como consecuencia, una integridad, ejecución y administración honesta de los resultados de esas mismas oraciones.

Miremos, igualmente, la relación de Pablo con Filemón; el apóstol esperaba ansiosamente poder visitarle algún día, y dio por sentado que Filemón estaba orando por ello (ya que este hombre había sido convertido bajo su ministerio, es lógico pensar que había aprendido las lecciones paulinas en cuanto a la oración). Además, asumió que las oraciones de Filemón le abrirían el camino de su visita, quitando los obstáculos y haciendo posible que ambos pudieran reunirse. De modo que solicitó a Filemón que preparase alojamiento para él, añadiendo lo siguiente:

“Prepárame también alojamiento; porque espero que por vuestras oraciones os será concedido” (Flm. v. 22).

Tal era la fe que el apóstol depositaba en la oración...

El apóstol era, definitivamente, un convencido del gran alcance de las súplicas elevadas debidamente a Dios. Y no es que la oración en sí fuera para él una fuerza talismánica, ni un *fetiché*, pero sí que sabía que ésta es la que mueve el brazo de Dios para hacer infinidad de obras. Dicho de otra manera, la oración no tiene un encanto mágico en sí misma, pero es poderosa porque alcanza y consigue la audiencia del Dios Todopoderoso.

En la actualidad, no solamente necesitamos orar como lo hizo Pablo, en forma personal, sino también nos es necesario valor y sinceridad a la hora de pedir a los hermanos que nos sostengan y ayuden en nuestras luchas

La oración no tiene un encanto mágico en sí misma, pero es poderosa porque alcanza y consigue la audiencia del Dios Todopoderoso.

y conflictos por medio de sus oraciones. Finalmente, contamos con la gran e incomparable promesa de que "a los que aman a Dios todas las cosas les ayudan a bien..." (Ro. 8:28).

SEGUNDA PARTE

LA REALIDAD DE LA VIDA ETERNA

Introducción Segunda Parte

La vida eterna, nuestra garantía

Junto a los principios de que consistimos, y de las acciones que brotan de nosotros, la consideración de las cosas a nuestro alrededor y el curso natural de las variaciones en la criatura harán que veamos la resurrección, todavía, más altamente probable. Cada período de veinticuatro horas nos enseña, pues, esto: que hay siempre una revolución que equivale a una resurrección. El día muere en la noche y es enterrado en el silencio y la oscuridad; a la mañana siguiente aparece de nuevo y revive, abriendo la tumba de oscuridad, naciendo de la noche muerta. Ésta es una resurrección diurna.

Como el día muere en la noche, lo mismo hace el verano en el invierno; la savia se dice que desciende a la raíz y allí permanece enterrada en el suelo; la tierra la cubre de nieve o escarcha y pasa a ser un sepulcro general. Pero cuando reaparece la primavera, todo renace; las plantas y las flores asoman de sus tumbas, vuelven a avivarse, crecen y florecen. Ésta es una resurrección anual.

El trigo del cual nos alimentamos y cuya carencia significa hambre, sin embargo, es echado en el suelo y enterrado allí, con el propósito de que se corrompa y, después, reviva y se multiplique. Igualmente, nuestros cuerpos son alimentados por medio de este experimento de modo constante, y continuamos esta vida por medio de una sucesión constante de resurrecciones. Así que todas las cosas son rehechas por la corrupción, son preservadas si perecen, son reavivadas si mueren.

¿Podemos pensar, entonces, que el hombre, señor de todas estas cosas que mueren y vuelven a la vida por él, va a ser detenido por la muerte y no volverá a vivir otra vez? ¿Es imaginable que Dios restaure todas las cosas del hombre y no restaure al hombre mismo? Si no hubiera otras consideraciones que los principios

de la naturaleza humana, de la libertad y de la remunerabilidad de las acciones y de las revoluciones y resurrecciones naturales de otras criaturas, éstos ya serían suficiente para hacer la resurrección de nuestros cuerpos altamente probable.

OBISPO PEARSON

La Biblia afirma que el Cielo es un lugar, cuyo argumento principal se centra y fija en Jesús, quien, con cuerpo de hombre que llevó en la Tierra, tiene ahora asignado un lugar, un lugar elevado, que se encuentra en el Cielo.

Es un hecho el que la muerte no lo termina todo, que no puede terminarlo todo; que el hombre ha de existir por toda la eternidad, que el futuro ha de traerle bienaventuranza inefable.

Este hecho puede tener muchos símbolos, pero esto no basta ni es lo más importante... Sino que el Cielo es un lugar real, un país, un clima, un hogar establecido por afinidades sagradas, para que el hombre resucitado pueda vivir una vida eterna. De la región de la mente lo traemos al mundo de la realidad, un mundo que podemos tocar: la garantía divina establece este hecho sin lugar a dudas.

Hay quienes dicen que el Cielo podría ser sólo un estado, tratarse de algo aéreo, volátil. Pero la Biblia afirma que es un lugar, cuyo argumento principal se centra y fija en Jesús, quien, con cuerpo de hombre que llevó en la Tierra, tiene ahora asignado un lugar, un lugar elevado, que se encuentra en el Cielo...

“Por lo cual, Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le otorgó el Nombre que es sobre todo Nombre, para que en el Nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los Cielos, en la Tierra, y debajo de la Tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios, Padre” (Fil. 2:9-11).

“La cual ejerció en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, por encima de todo principado, autoridad, poder y señorío, y de todo Nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo” (Ef. 1:20-23).

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado en el Hijo, a quien designó heredero de todo, por medio del cual hizo también el universo; el cual siendo el resplandor de su gloria y la fiel

representación de su ser real, y el que sostiene todas las cosas con la Palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (He. 1:1-3).

Éstas son las figuras de la exaltación y localización de Cristo: son figuras de un lugar. Y la gran noticia es que Jesús nos quiere con Él, que veamos y participemos de su gloria. Pues su ocupación no es estar sentado en un trono y recibir honor, sino preparar un lugar para nosotros:

“Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde Yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado” (Jn. 17:24).

El Cielo, en la Biblia, está representado como un lugar en contraste con la Tierra. Esto es, la Tierra es un lugar, pero es inestable, pasajero e inseguro; un lugar de peregrinaje, el camino que sigue el peregrino, la tienda en que se resguarda. El Cielo, en cambio, es una ciudad, un hogar permanente, planeado por Dios, edificado por Dios, cuyos fundamentos son tan estables como su Trono... ¡Qué contraste más marcado entre la Tierra y el Cielo!

“Por la fe, Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber dónde iba. Por la fe, habitó como extranjero en la Tierra prometida como en Tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo artífice y constructor es Dios” (He. 11:8-10).

“Porque no tenemos aquí una ciudad permanente, sino que buscamos la que está por venir” (He. 13:14).

El apóstol Pedro ve el Cielo como un lugar, una herencia que hemos de alcanzar, una posesión que nos está esperando. Apenas puede decirse que se halle menos extasiado por la visión, localización y certidumbre de la misma, que Pablo:

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Quien según su gran misericordia, nos hizo renacer para una esperanza viva, mediante la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los Cielos para vosotros” (1 P. 1:3 y 4).

Así, no se trata de un estado impalpable, sin localización, o meramente de un nombre. Muy al contrario, es localizado, nombrado y descrito de modo definitivo.

El Cielo es una ciudad, un hogar permanente, planeado por Dios, edificado por Dios, cuyos fundamentos son tan estables como su Trono... ¡Qué contraste más marcado entre la Tierra y el Cielo!

El futuro de los santos no será algo impalpable y transitorio, sino definido, limitado, real como el alma y el cuerpo son reales. Su posesión estará firmada, sellada y registrada para una vida eterna.

Igualmente, Juan nos muestra el Cielo de modo gráfico y lo localiza. El cuadro nos encanta, consuela y vigoriza:

“Después de esto miré, y vi una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones tribus, pueblos y lenguas, que estaban de pie delante del trono y en la presencia del Cordero, cubiertos de ropas blancas, y con palmas en las manos y clamaban a gran voz, diciendo: *La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero.* Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono y adoraron a Dios, diciendo: *La bendición, la gloria, la sabiduría, la acción de gracias, el honor, el poder y la fortaleza sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén.* Entonces, uno de los ancianos tomó la palabra, diciéndome: *Éstos que están cubiertos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido?* Yo le dije: *Señor, tú lo sabes.* Y él me dijo: *Éstos son los que han venido procedentes de grande tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su santuario; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. Ya no tendrán hambre ni sed y el sol no caerá más sobre ellos, ni ardor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos”* (Ap. 7:9-17).

Finalmente, el futuro de los santos no será algo impalpable y transitorio, sino definido, limitado, real como el alma y el cuerpo son reales. Y los resucitados glorificados no serán visitantes como peregrinos, transeúntes, sino que estarán establecidos de modo permanente, con un título y escritura, por toda la eternidad. Su posesión estará firmada, sellada y registrada para una vida eterna. Habrán pasado a poseer el lugar. Y este derecho es nuestro ya antes de que llegemos allí; pues ya, ahora, nuestros nombres están grabados, indicando nuestra propiedad permanente, en la ciudad celestial.

LIBRO I

LA REALIDAD DE LA RESURRECCIÓN

La inmortalidad y la resurrección

Incluso los escépticos más ilustres no tienen mejor objetivo que el desplegar sus poderes para confundir y oscurecer la verdad; los esfuerzos más felices de su escepticismo, de la mejor manera en que pueden ser descritos, son como brillantes muestras de libertinaje mental.

SIR JAMES MACKINTOSH

Todo el sistema de Jesucristo está basado en la inmortalidad del hombre: no en la idea o la suposición de la inmortalidad del alma, sino de la inmortalidad del hombre. Esto es, todo el hombre, en su naturaleza dual o trina, ha de vivir para siempre. El espíritu o departamento más elevado desafía a la muerte; el cuerpo ha de volver de las ruinas y de la cárcel de la muerte y ser resucitado a la vida. El hombre inmortal, todo el hombre –alma, cuerpo y espíritu–, ésta es la clave y el punto esencial de la redención de Cristo.

Así, la naturaleza inmortal del alma ha sido enseñada en las filosofías de la Tierra, paganas y cristianas, pero la resurrección del cuerpo es una doctrina distintivamente cristiana. Pertenece a la revelación de la Palabra de Dios. ¡Se halla en la Biblia y en ninguna otra parte! La naturaleza puede tener ecos, remedos, analogías, figuras, pero en ninguna parte se halla la doctrina afirmada plenamente, plenamente asegurada, sino en las Escrituras que contienen la voluntad de Dios revelada.

Sin embargo, la doctrina de la resurrección del cuerpo no es una mera inferencia de una afirmación bíblica: es, además, una declaración directa, la piedra clave del arco y la de la esquina de los edificadores (véase Mt. 21:42; Mr. 12:10; Lc. 20:17; 1 P. 2:7).

Más aún, no es una magnífica idea que ocurrió después del Evangelio, sino que Jesús y la resurrección son el Evangelio.

La fe no puede apelar a la razón o a la perfección de las cosas; la apelación es a la Palabra de Dios, y todo lo que hay en ella lo acepta como verdadero. Es decir, la fe

Todo el sistema de Jesucristo está basado en la inmortalidad del hombre: no en la idea o la suposición de la inmortalidad del alma, sino de la inmortalidad del hombre. Esto es, todo el hombre, en su naturaleza dual o trina, ha de vivir para siempre.

La resurrección no es una magnífica idea que ocurrió después del Evangelio, sino que Jesús y la resurrección son el Evangelio.

acepta la Biblia como la Palabra y voluntad de Dios y descansa sobre su Verdad sin hacer preguntas y sin buscar otra evidencia, pues acepta la Palabra de Dios como evidencia indudable de cualquier hecho; y se goza en el hecho, tan verdadero, porque Dios lo afirma en su Palabra.

Es cierto, empero, que muchos de los hechos revelados en la Biblia reciben credibilidad de nuestra razón como propios y sensatos; mientras que otros van más allá del alcance de la razón, la cual no tiene ni visión ni analogía para medirlos.

La resurrección del cuerpo humano, su regreso a la vida, después de la destrucción, corrupción y olvido de la tumba es, pues, uno de estos hechos sobrenaturales. Y ha sido la pregunta ansiosa y acompañada de lágrimas de todas las edades...

¿Pueden acaso vivir los muertos? ¿Hay alguna fuerza que pueda vencer a la muerte? ¿Hay alguna esperanza de victoria más allá de la tumba? La razón no tiene respuesta a la pregunta, ni tampoco esperanza para el que la hace.

No obstante, hay también otras dos preguntas que avivan y satisfacen la fe en la resurrección del cuerpo; éstas son de promesa, de amor y de anhelo... ¿Ha prometido Dios levantar el cuerpo después de la muerte? ¿Puede ejecutar esta promesa específica?

En otras palabras, el cuerpo es una parte separada y muy importante para el hombre. Es la parte que se ve, se conoce, se maneja, se describe como naturaleza humana; en definitiva, la parte exterior por medio de la cual el hombre entra en contacto, simpatía y acción con el mundo que le rodea (aunque también, evidentemente, conspicua). ¿Resucitará, entonces, este cuerpo de entre los muertos, donde fue depositado en medio de lágrimas y *adioses*?

El mundo pagano suspiraba en el vacío y en la desesperación. "Las flores... *-decían ellos-* mueren en el invierno, pero con el calor de la primavera vuelven a la vida. El día declina en la oscuridad y la noche, pero vuelve a levantarse otra vez en pleno día; el sol se pone, pero al recorrer su órbita volverá a aparecer; las lunas menguan, pero luego crecen y alcanzan plenitud y brillo... En cambio, los amados son eclipsados, perdidos en la oscuridad de la muerte, sin primavera, ni mañana, ni un nuevo despertar".

Por el contrario, el cristianismo acalla estos suspiros, llena el vacío y vence a la desesperación. Ilumina la oscuridad de la tumba con la estrella matutina de la esperanza y derrama el brillo del día de la resurrección sobre la noche de la tumba. La fe lanza el siguiente interrogante a la incredulidad, la duda y la desesperación: "¿Por qué ha de considerarse imposible que Dios pueda levantar a los muertos? ¿Hay algo demasiado difícil para Dios?" La fe declara: "Todos los que duermen en sus tumbas oirán la voz del Hijo de Dios, y saldrán".

Sí, la fe pone el brillo de una esperanza inmortal en medio del cementerio de nuestra aflicción, y dice a cada losa: "Yo soy la resurrección y la vida"; clama a cada deudo en luto: "Los muertos vivirán".

Por tanto, el cristianismo no es agnosticismo, sino fe, seguridad y conocimiento. No es negativo, sino positivo; no es racionalismo, sino fe en la revelación de Dios. "Creo en la resurrección del cuerpo" es un punto fundamental y permanente de nuestro credo.

La fe pone el brillo de una esperanza inmortal en medio del cementerio de nuestra aflicción, y dice a cada losa: "Yo soy la resurrección y la vida"; clama a cada deudo en luto: "Los muertos vivirán".

2

La muerte y la resurrección

No podía haber redención del hombre sin una invasión de los reinos de la muerte; igual que no hay luz del sol en la humanidad, mientras las nubes y la noche de la muerte cuelguen espesas, ni asomará la primavera con sus flores mientras el invierno de muerte sople su cierzo y extienda su escarcha.

Se nos informa que tanto Moisés como Elías aparecieron también en gloria; una gloria algo similar podemos suponer, aunque muy inferior, a la gloria de la cual estaba revestido Cristo. Como Él, estaban vestidos probablemente con vestiduras de singular blancura y esplendor; y la forma de sus rostros podría haber sido algo cambiada y hecha más resplandeciente y más ilustre. Ahora bien, esto sería una representación del estado glorificado de los santos en el Cielo. Se dio particular testimonio en el monte de dos de sus principales doctrinas: de una resurrección general y de un día de retribución.

OBISPO PORTEUS

En la Persona de Jesús, sus actos y enseñanzas, la muerte tiene un lugar conspicuo y esencial. ¡No podía ser de otra manera! La muerte tiene un reino imperioso sobre la raza que Jesucristo vino a redimir.

De hecho, no podía haber redención del hombre sin una invasión de los reinos de la muerte; igual que no hay luz del sol en la humanidad, mientras las nubes y la noche de la muerte cuelguen espesas, ni asomará la primavera con sus flores mientras el invierno de muerte sople su cierzo y extienda su escarcha. Una época frívola como ésta, que de modo temerario pisa el borde del agnosticismo y el suicidio, puede no sentirse afectada por la muerte, su misterio y su temor; pero una época seria abrirá sus ojos y se enfrentará con la muerte de modo sobrio en oración. Reconocerá y lamentará su dominio, como rey del terror, plaga y sarpullido de la Tierra. El Emancipador, pues, ha de romper los grilletes y cadenas que nos esclavizan. Respecto a su venida y a sí mismo, el profeta de antaño declaró:

“De la mano del Seol los redimiré, los libraré de la muerte. Oh muerte, Yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol, la compasión será escondida de mi vista” (Os. 13:14).

Sí, Jesucristo vino a enfrentarse con la muerte, a luchar con ella, a dismantelar su imperio, a quitar la corona a su rey hasta que cada uno de los prisioneros grite:

“¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Co. 15:55).

Dicho de otra manera, Jesús tiene en su persona la muerte de la muerte.

Más aún, al levantar a los muertos, Jesús nos declara en el acto un hecho claro e indudable: su capacidad de levantar a los muertos; y nos muestra la posibilidad y anima la esperanza de la resurrección...

“Aconteció después que Él iba a una ciudad llamada Naín, y marchaban juntamente con Él bastantes de sus discípulos y una gran multitud. Cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, y ella era viuda, y estaba con ella un grupo considerable de la ciudad. Cuando el Señor la vio, fue movido a compasión sobre ella, y le dijo: *No llores*. Él se acercó y tocó la camilla mortuoria, y los que lo llevaban se detuvieron, y Él dijo: *Joven, a ti te digo, ¡levántate!*. Entonces, el muerto se incorporó y comenzó a hablar, y Él se lo dio a su madre. El temor se apoderó de todos y glorificaban a Dios, diciendo: *Un gran profeta ha surgido entre nosotros; Dios ha visitado a su pueblo*» (Lc. 7:11-16).

¿No hay acaso en este cuadro la doctrina de la resurrección de los muertos? Y no se trata de una profecía, sino de una promesa de que la muerte en todas sus formas será vencida. Pues... ¿puede vivir Cristo y reinar la muerte?

En su camino a casa de Jairo para curar a su hija, y mientras se detuvo un poco para curar a una mujer con flujo de sangre, el Maestro recibió el mensaje de que la niña había muerto. Entonces, dice la Escritura, que algunos se acercaron a Jairo y le aconsejaron:

“Tu hija ha muerto; ¿por qué molestas aún al Maestro?” (Mr. 5:35).

Pero Jesús, no haciendo caso de lo que se hablaba, expresó al dirigente de la sinagoga:

“No temas, cree solamente” (Mr. 5:36).

Y no permitió que nadie le acompañase, excepto Pedro, Jacobo y Juan, el hermano de Jacobo. Así, llegaron a la casa del dirigente de la sinagoga, y allí observó el

Jesús tiene en su persona la muerte de la muerte.

La actitud de Jesús hacia la muerte fue de oposición total y cerrada. De modo resolutivo declaró: "Si un hombre guarda mis Palabras, no verá la muerte".

alboroto de los que lloraban y daban grandes alaridos; y entrando, les dijo:

"¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no está muerta, sino que duerme" (Mr. 5:39).

Y continúa el relato:

"Y se reían de Él. Pero Él, después de echar fuera a todos, toma consigo al padre de la niña y a la madre, y a los que estaban con Él, y entró a donde estaba la niña. Y tomando la mano de la niña, le dijo 'Talita cumi', que traducido significa 'muchacha, a ti te digo, levántate'. Y en seguida se levantó la muchacha, y se puso a caminar, pues tenía doce años. Al instante, quedaron fuera de sí, llenos de asombro. Él les dio órdenes estrictas de que nadie se enterara de esto, y dijo que le dieran a la niña algo de comer" (Mr. 5:40-43).

Sin embargo, todos estos milagros no sólo constituyen una prueba de la divinidad de la misión de Jesús, sino que, repetimos, son proféticos y proclamatorios a la raza humana de que un día será libre del más fiero de sus enemigos: la muerte.

Y además de estos actos, que son heraldos de la liberación de los encarcelados en la prisión de la muerte, Jesús enseñó en lenguaje expreso la resurrección de los muertos. En efecto, su actitud hacia la muerte fue de oposición total y cerrada. De modo resolutivo declaró:

"Si un hombre guarda mis Palabras, no verá la muerte" (Jn. 8:51).

Y en presencia de una muerte que había desolado el hogar de un amigo y llenado de aflicción todos los corazones, expresó:

"Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en Mí no morirá para siempre" (Jn. 11:25 y 26).

Asimismo, dió testimonio de la riqueza y gloria de su triunfo sobre la muerte:

"Yo soy el Primero y el Último, y el que vive y estuve muerto; mas he aquí que estoy vivo por los siglos de los siglos. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades" (Ap. 1:17 y 18).

Pablo, en su epístola a los hebreos, afirma esta misma gran verdad: que en el Señor Jesucristo, su Persona y su Obra, están alojadas las fuerzas poderosas que han de traer libertad universal de la muerte:

"Así que, por cuanto los hijos han llegado a tener en común una carne y una sangre, Él también participó igualmente de lo mismo, para, por medio de la muerte, destruir el poder que tenía el imperio de la muerte –esto es, al diablo– y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda su vida sujetos a servidumbre" (He. 2:14 y 15).

Jesús, finalmente, vino como representante de la vida y para dar vida; para que el hombre pudiera tener vida y tenerla en abundancia: una vida no ensombrecida por la muerte, una vida en que la muerte fuera una desconocida...

3

Cristo y la resurrección

Al frente, como fundamento sólido de la resurrección del cuerpo, está la resurrección de Jesucristo. Su resurrección, sobre todas las demás, abre las puertas de la tumba y deja entrar luz que crea esperanza.

El presente y el futuro, a la vez, están atados en nuestra creencia en la resurrección y ascensión del Señor. Y el presente sería penoso y el futuro nublado y sombrío si nuestra creencia en que el Señor resucitó y ascendió fuera incierta, parcial y precaria [...] Nunca hubo una edad en que fuera más necesario proclamar los sucesos que no sólo implican, sino que prácticamente prueban, la resurrección del cuerpo, y que no sólo sugieren, sino que confirman la enseñanza de la Iglesia con referencia al futuro estado. La evidente tendencia de las especulaciones de nuestro tiempo es disimular, modificar o negar este hecho.

OBISPO ELLICOTT

Al frente, como fundamento sólido de la resurrección del cuerpo, está la resurrección de Jesucristo. Su resurrección, sobre todas las demás, abre las puertas de la tumba y deja entrar luz que crea esperanza:

“Id y decid a sus discípulos que ha resucitado” (Mt. 28:7).

Este anuncio del ángel lleva la seguridad y el resplandor a los reinos terrestres de la duda y de la muerte.

“La resurrección de Cristo es la causa de nuestra resurrección... —como dice Pearson en *El Credo*— por una causalidad doble: como causa ejemplar y causa eficiente; como causa eficiente, en referencia a que nuestro Salvador, por su resurrección y en ella, había obtenido poder y derecho para levantar a todos los muertos:

Porque así como todos mueren en Adán, también en Cristo recibirán la vida (1 Co. 15:22).

Y como causa ejemplar, conforme a que todos los santos de Dios se levantarán según la semejanza y conformidad de la resurrección de Cristo:

Porque si hemos sido hechos como Él en semejanza de su muerte, seremos también como Él en semejanza de su resurrección (Ro. 6:5).

Él cambiará nuestros cuerpos corruptos para que sean hechos semejantes a su cuerpo glorioso. Del mismo

modo que llevamos la imagen de la Tierra, llevaremos la imagen de lo celeste. Ésta es la gran esperanza del cristiano, que Cristo levantándose de los muertos obtuvo el poder y pasó a ser el modelo de la resurrección:

Despiértate y canta, tú que yaces en el polvo, porque tu rocío es como rocío de hierba y la tierra devolverá a sus muertos (Is. 26:19)“.

Así, las Escrituras unen estos dos hechos, la resurrección de Jesucristo de los muertos y la resurrección del cuerpo del hombre de la tumba. Los terribles resultados de su posible fallo en resucitar, el abatimiento y pavor de un Cristo no resucitado, los pinta con vivos colores un conocido escritor inspirado:

“Pero, si se predica de Cristo que resucitó de los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación; vana es también vuestra fe. Y somos hallados falsos testigos de Dios; porque hemos testificado en contra de Dios que Él resucitó a Cristo, al cual no resucitó, si en verdad los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces, también los que durmieron en Cristo han perecido. Si solamente en esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, somos los más dignos de lástima de todos los hombres. Ahora bien, Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. Porque, ya que la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; después los que son de Cristo, en su venida” (1 Co. 15:12-23).

Y otra vez, Pablo expresa la misma idea:

“... sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros [...] Y si el Espíritu de Aquel que levantó de los muertos a Jesús habita en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu, que habita en vosotros. Sabiendo que Aquel que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con

Ésta es la gran esperanza del cristiano, que Cristo levantándose de los muertos obtuvo el poder y pasó a ser el modelo de la resurrección.

La resurrección de Jesucristo fue necesaria para establecer la verdad de su misión y poner el sello de poder que todo lo vence sobre su Evangelio. A saber, su muerte cubrió la Ley y concilió la justicia divina; su resurrección proclamó la libertad por todos los reinos de los muertos y se llevó a la muerte en cadenas.

Jesús y nos presentará juntamente con vosotros" (2 Co. 4:14; Ro. 8:11).

Las Escrituras dan, pues, evidencia amplia y constante de que la fe de la resurrección del cuerpo está en la fe de que Jesucristo murió y resucitó otra vez. Es decir, si su carne se corrompió en el sepulcro de José de Arimatea, entonces nuestra esperanza de salir de la tumba se ha corrompido también; si su cuerpo pasó a formar parte del polvo de Palestina, entonces nuestra fe es toda fantasía, y la resurrección inerte y muerta como el mismo polvo.

Todas las pruebas simples e invencibles de la resurrección de Jesucristo son confirmaciones profundas, verdades eternas, como la Escritura, de que nuestros cuerpos, a la llamada de Jesucristo, se sacudirán al reproche y romperán las cadenas férreas de la muerte. La resurrección de Jesús es el hecho que lo comenta y lo afirma: por ella fue demostrado que Él era el Hijo de Dios.

Es también un complemento apropiado y necesario a su advenimiento y a su crucifixión, ya que enlaza en un todo con los hechos de su vida maravillosa y pone su sello de verdad sobre ellos. Es la piedra angular del arco de la verdad, la corona del sistema, el milagro de todos los milagros. Salva la crucifixión de su escarnio. Pone divinidad y gloria sobre la cruz. En otras palabras, la resurrección de Jesucristo fue necesaria para establecer la verdad de su misión y poner el sello de poder que todo lo vence sobre su Evangelio. A saber, su muerte cubrió la Ley y concilió la justicia divina; su resurrección proclamó la libertad por todos los reinos de los muertos y se llevó a la muerte en cadenas.

El lector más superficial del Nuevo Testamento no puede dejar de darse cuenta de la posición excepcional que tiene la resurrección de Cristo en el cristianismo: es lo que crea esperanzas nuevas y brillantes, fe más firme y rica y una experiencia más profunda y exaltada. Es, de hecho, el punto saliente de la predicación neotestamentaria. *Jesús y la resurrección* es el resumen del tema de su mensaje.

La resurrección de Jesucristo es el nacimiento de una vida inmortal, gloriosa, nueva, en los reinos nocturnos de la muerte; el orto de un nuevo sol en los terrores de la oscuridad y la noche. Es la apertura de una brillante y

noble ruta al Cielo que había estado cerrada y sellada sin la menor esperanza.

Es, asimismo, un puente sobre el abismo que nos separa del mundo de los muertos. El grito triunfante de Pedro planta la flor de la inmortalidad y la vida en cada tumba donde la fe ha obrado esta obra maravillosa:

"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien, según su gran misericordia, nos hizo renacer para una esperanza viva, mediante la resurrección de Jesucristo de los muertos; para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los Cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser revelada en el último tiempo, en la cual vosotros os alegráis" (1 P. 1:1-6).

La esperanza presta su brillo a la noche de la tumba, y llena de gozo inmortal el corazón en el que ha tenido lugar la resurrección de Jesús. Hemos salido de la tumba porque Jesús salió de su tumba. Nuestras tumbas quedarán vacías de nuestros cuerpos, porque la tumba de José quedó vacía en la mañana del día tercero. Hay, en definitiva, una relación inevitable, insuperable, entre la resurrección de Jesucristo y la resurrección de nuestros cuerpos.

La resurrección de Cristo es la seguridad y tipo de la nuestra: su cuerpo que murió, Él mismo y no otro, es el que se levantó. Igualmente, nuestros cuerpos, los que llevamos ahora, los mismos que ponemos en la tumba, serán levantados y formados en cuerpos gloriosos.

La resurrección de Cristo es la seguridad y tipo de la nuestra: su cuerpo que murió, Él mismo y no otro, es el que se levantó. Igualmente, nuestros cuerpos, los que llevamos ahora, los mismos que ponemos en la tumba, serán levantados y formados en cuerpos gloriosos.

4

Cristo y la resurrección (continuación)

El punto culminante de la voluntad divina es levantar a los muertos por medio de Jesucristo:

El poder de Dios hace posible que haya resurrección y las Escrituras dan la seguridad de que habrá resurrección.

MATTHEW HENRY

Jesús presentó la doctrina de la resurrección de los muertos con familiaridad y naturalidad; aunque también con gran autoridad:

“Porque he descendido del Cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del Padre, que me envió: que de todo lo que me ha dado, no pierda Yo nada, sino que lo resucite en el último día” (Jn. 6:38 y 39).

Así, sitúa la resurrección como el propósito declarado de Dios; es decir, el punto culminante de la voluntad divina es levantar a los muertos por medio de Jesucristo:

“Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en Él, tenga vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día” (Jn. 6:40).

Otra vez, el Hijo repite la expresión y declara que esta es su misión:

“Nadie puede venir a Mí, si el Padre que me envió no lo atrae; y Yo le resucitaré en el último día” (Jn. 6:44).

De nuevo vuelve a hacer esta importante afirmación:

“El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y Yo le resucitaré en el último día” (Jn. 6:54).

Insistimos en el hecho de que Cristo es vida:

“El que guarda mis Palabras nunca verá la muerte” (Jn. 8:51).

“Yo soy el primero y el último; y el que vivo y estuve muerto; mas he aquí que estoy vivo por los siglos de los siglos. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades” (Ap. 1: 17 y 18).

“He venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia” (Jn. 10:10).

Sí, Jesucristo es la fuente de energía inmortal y, por su carácter, es el enemigo y destructor de la muerte. Siendo

igual al Padre –y como Él, eterno–, vierte sobre este mundo la vida plena del Padre:

“Porque el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que Él hace; y le mostrará mayores obras que estas para que vosotros os admiréis. Porque como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere. Pues ni aun el Padre juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió. De cierto, de cierto os digo: el que oye mi Palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, sino que ha pasado de la muerte a la vida. De cierto, de cierto os digo: llega la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan vivirán. Porque, como el Padre tiene vida en Sí mismo, así también le ha dado al Hijo el tener vida en Sí mismo; y también le dio autoridad de ejecutar juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre. No os asombréis de esto; porque va a llegar la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Jn. 5:20-29).

Viendo el asombro de sus discípulos, el Maestro les declara aún una maravilla mayor: que cuando Él venga en la gloria de su Padre, con sus santos ángeles, dará su galardón a cada uno conforme a sus obras; y para que esto sea posible, todos tendrán que salir de sus tumbas...

La transfiguración de Jesús es uno de los hechos típicos de la resurrección del cuerpo; es una profecía clara y un augurio del futuro del cuerpo fuera del poder destructor de la muerte. Esto es, Moisés y Elías aparecieron en aquella hora con cuerpos renovados como primicias de la gloria de la resurrección.

En efecto, habrá un día, un día glorioso en la historia del mundo, en el que el tiempo dejará de ser, y la eternidad, la eternidad sin cambio, empezará una nueva historia para el hombre. Pablo lo llama “el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios” (2 Ts. 1:5); el día en que los muertos, “grandes y pequeños” (Ap. 20:12), se presentarán delante de Dios. En aquel día, los muertos serán resucitados de los magníficos panteones urbanos, o de los silenciosos y olvidados camposantos de aldea,

La transfiguración de Jesús es uno de los hechos típicos de la resurrección del cuerpo; es una profecía clara y un augurio del futuro del cuerpo fuera del poder destructor de la muerte.

Las afirmaciones de Jesús son directas con respecto a la resurrección de los muertos.

desde las profundidades del océano, en cuevas y abismos, o en el Hades, cuyas ondas y fuegos nos hablan de nuevos horrores. Éste es el día en que Cristo resucitará a los muertos suyos; cuando su último enemigo, la muerte, será destruida.

¡El último día! ¡Día de poder y gloria de Dios! ¡Día de renombre y gloria para Jesucristo y de infinito consuelo para todos sus santos! Pero también día de terror y de alarma para el incrédulo e impenitente; día de su condenación eterna...

¡Todos los sucesos de esta vida han de tener referencia a la hora de la resurrección! ¡Cuán digna y generosa, cuán llena de gravedad será una vida que informa todas sus acciones a la luz de la resurrección y del día del juicio!

“Pero Yo os digo, que cualquier palabra necia que hablan los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado” (Mt. 12:36 y 37).

“Serás recompensado en la resurrección de los justos”, este es un hecho asegurado. ¡La verdad de todas las verdades! Mantengamos nuestra mirada puesta en esta gran hora. Rijamos nuestras acciones por sus reglas de justicia, rectitud y verdad. Esperemos el galardón llevando un ministerio santo, humilde y generoso hacia los afligidos y menesterosos de la Tierra:

“Cuando hagas comida o cena no llores a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos; no sea que ellos a su vez te vuelvan a convidar y tengas ya tu recompensa. Antes bien, cuando hagas banquete llama a los pobres, los mancos los cojos y los ciegos; y serás dichoso porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos” (Lc. 14:12-14).

Las afirmaciones de Jesús son directas con respecto a la resurrección de los muertos. La resurrección de los muertos era una creencia aceptada en las doctrinas y enseñanzas populares de los judíos, bien conocida y enseñada constantemente en las escuelas de pensamiento y doctrina de los fariseos, enraizada en las enseñanzas del Antiguo Testamento y en las escuelas de tradición ortodoxa. De hecho, sólo los saduceos no creían en la resurrección. Éstos hicieron a Cristo una pregunta a fin de refutar tal doctrina. En su respuesta, el Señor afirmó el hecho en

oposición a los saduceos y elevó la doctrina por encima de los puntos de vista bajos y carnales de los fariseos; también afirmó que la resurrección es fundamental a la naturaleza de Dios y que pertenece a las enseñanzas de Moisés:

“Acercándose entonces algunos de los saduceos, los cuales sostienen que no hay resurrección, le preguntaron, diciendo: *Maestro, Moisés nos escribió: ‘Si el hermano de alguno muere teniendo mujer, y no deja hijos, que su hermano la tome por esposa, y levante descendencia a su hermano’.* Hubo, pues, siete hermanos; y el primero tomó esposa, y murió sin hijos. Y la tomó el segundo, el cual también murió sin hijos. La tomó el tercero, y así todos los siete, y murieron sin dejar descendencia. Por último, murió también la mujer. En la resurrección, pues, ¿de cuál de ellos será mujer, ya que los siete la tuvieron por mujer?. Y Jesús les dijo: *Los hijos de este siglo se casan y se dan en casamiento; pero los que sean tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan, ni se dan en casamiento. Porque tampoco pueden ya morir, pues son como ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección. Pero, que los muertos resucitan, aun Moisés lo enseñó en el pasaje de la zarza, cuando llama al Señor, ‘Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob’.* Porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para Él todos viven” (Lc. 20:27-38).

He aquí una ocasión importante, donde se vierte luz sobre la doctrina de la resurrección para los que se oponen a ella (sin duda, esta pregunta había sido hecha antes a los fariseos y los había confundido). Nuestro Señor afirma también, en contra de los saduceos, la existencia de los ángeles y nos revela la semejanza de nuestro estado futuro glorificado al estado presente de ellos. Los libros de Moisés eran la última y gran apelación en favor de la doctrina.

¡De qué modo tan claro y sublime declara nuestro Señor la resurrección del cuerpo a partir de la relación de Dios con los patriarcas del pacto, tal como se muestra en la llamada de Moisés para la liberación de una esclavitud tan horrible y oscura como la muerte! La liberación de Israel de la esclavitud de Egipto era el tipo y profecía de la gloria de la resurrección del dominio y tiranía de la muerte. Éste es un gran testimonio en contra del llamado sueño del alma en un estado intermedio. La carga de la ley

La liberación de Israel de la esclavitud de Egipto era el tipo y profecía de la gloria de la resurrección del dominio y tiranía de la muerte.

Resucitar a los muertos es uno de los grandes hechos distintivos, gloriosos y magníficos del Evangelio, su gloria, su corona y su sello de divinidad.

–“Yo soy el Señor, tu Dios” (Éx. 20:2)– contiene la simiente de la inmortalidad y la esperanza de la resurrección...

Esta sublime lección sobre la gran doctrina de la resurrección del cuerpo, a partir de la llamada de Moisés, despliega, además, la Verdad libre de las manchas y servidumbre de la carne: la resurrección, la vida celestial, ha de ser una nueva vida basada en nuevas relaciones. Las instituciones de la familia terrestre no serán reavivadas en la vida resucitada. En el presente estado del hombre, el matrimonio es un estado natural y ordenado. Pero los que son dignos de obtener la resurrección de vida ya no están bajo la ordenación del matrimonio, porque ya no pueden morir otra vez. En otras palabras, no tendrán necesidad de sucesión ni renovación, sino que vivirán para siempre.

Resumiendo, resucitar a los muertos es uno de los grandes hechos distintivos, gloriosos y magníficos del Evangelio, su gloria, su corona y su sello de divinidad. Si los muertos no se levantan, su cetro se desvanece, sus profecías fallan, su resplandor se empaña, su música se vuelve discordante. La resurrección es para el mundo el origen de toda visión de belleza, la Mano del Señor. Hace cesar los suspiros, consuela al afligido, corrobora al débil, ilumina con fuegos de inmortalidad y de vida eterna la oscuridad de la tumba; es un puente sobre el abismo de la muerte, para la eterna reunión, el espíritu y el cuerpo, en el Cielo. Jesucristo tenía en su Persona el poder de la resurrección. Más aún, era la encarnación de la resurrección.

Pablo y la resurrección

Pablo llama a esto la manifestación de los hijos de Dios, aludiendo al hecho de que los hijos son traídos a la luz cuando nacen. Esto ha de tener su cumplimiento más elevado en la resurrección, cuando surgirán a la vida desde la tumba. Ellos mismos, por tanto, se juntan a la creación que los circunda, gimiendo dentro de sí también; aguardando la más gloriosa, última y perfecta manifestación de los hijos de Dios, cuando resurgirán de la tumba.

JONATHAN EDWARDS

El Santo Espíritu inspira la naturaleza y llena al hombre con la gloriosa esperanza de la resurrección.

Cuán clara y fuerte es la afirmación sobre el Espíritu Santo en nosotros, cuyo revestimiento es la garantía y la verdad de la resurrección, así como las arras del Cielo:

“Pero si el Espíritu de Aquel que levantó a Jesús de entre los muertos está en vosotros, Aquel que levantó a Cristo de entre los muertos vivificará vuestros cuerpos mortales por el Espíritu que está en vosotros” (Ro. 8:11).

El Santo Espíritu inspira la naturaleza y llena al hombre con la gloriosa esperanza de la resurrección. Ésta es la profecía, poesía y flor del sistema de Cristo:

“Porque el anhelo ardiente de la creación es aguardar la revelación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sometida a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sometió, en esperanza de que también la creación misma será liberada de la servidumbre de la corrupción, a la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo esto, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvos, pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguien ve, ¿a qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, mediante la paciencia lo aguardamos” (Ro. 8:19-25).

Cuanto más poder del Espíritu tenemos en nosotros, más profunda y segura es la convicción de su resurrección;

La doctrina de la resurrección de los muertos fue subrayada por Pablo, quien la resaltó como la suma y esencia del Evangelio.

y cuanto más rica, dulce y segura es la consciencia de nuestra salvación por la esperanza, más profunda la certeza de la adopción de estos cuerpos en la gloriosa familia del hogar celestial.

La enseñanza apostólica y la predicación amplió la doctrina de la resurrección desde la resurrección personal de Jesús al hecho universal de la resurrección de los muertos. A saber, de la misma manera que Jesús había resucitado de los muertos, lo mismo todos los muertos resucitarían. Esta creencia era, pues, predicada y creída por todas partes como uno de los hechos primarios y fundamentales del Evangelio. Aparece en puntos aislados y también doctrinalmente. Está allí para dar poder a la existencia, fuerza a la exhortación y los mandatos:

“Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo; y Dios que levantó al Señor, también a nosotros nos resucitará mediante su poder” (1 Co. 6:13 y 14).

La doctrina de la resurrección de los muertos fue subrayada por Pablo, quien la resaltó como la suma y esencia del Evangelio.

Así, en Atenas, la ciudad escéptica, cultivada y orgullosa, el apóstol declaró este gran hecho:

“Mientras Pablo los esperaba en Atenas, su espíritu se indignaba al contemplar la ciudad entregada a la idolatría. Así que discutía en la sinagoga con los judíos y con los temerosos de Dios y en la plaza, cada día, con los que allí se encontraban. Y algunos filósofos de los epicúreos y de los estoicos disputaban con él; y unos decían: *¿Qué querrá decir ese charlatán?* Y otros: *Parece que es predicador de divinidades extraña.* Porque les predicaba el Evangelio de Jesús y de la resurrección” (Hch. 17:16-18).

¿Cuál fue aquella “extraña” predicación de Pablo? Leámosla:

“Por tanto, Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día, en el cual va a juzgar a todo el mundo con justicia, por Aquel varón a quien designó, dando fe a todos de haberle levantado de los muertos. Pero, cuando oyeron lo de la resurrección de los muertos, unos se burlaban y otros decían: *Ya te oiremos acerca de esto otra vez*” (Hch. 17:30 y 32).

Y ante el consejo judío, declaró:

“De esta esperanza y resurrección de los muertos soy llamado a declarar” (Hch. 23:6).

Igualmente, su discurso delante del gobernador romano Félix fue una defensa personal, pero afirmada, de la doctrina de la resurrección:

“Pero esto te confieso: que según el camino que ellos llaman *secta*, así doy culto al Dios de mis padres, creyendo todas las cosas que están escritas en la ley y en los profetas; teniendo esperanza en Dios, la cual ellos mismos también abrigan, de que ha de haber resurrección de los muertos, tanto de justos como de injustos” (Hch. 24:14 y 15).

En el mismo discurso, vuelve al tema:

“O que digan estos mismos si hallaron en mí algún delito, cuando comparecí ante el sanedrín, a no ser este solo grito que lancé estando en medio de ellos: *Acerca de la resurrección de los muertos soy juzgado hoy por vosotros*” (Hch. 24:20 y 21).

También afirmó delante de Agripa que la doctrina de la resurrección de los muertos era la gran promesa de Dios a los padres, la promesa que les daba esperanza a ellos y esperanza y fuerza a él; y luego le dejó atónito con la siguiente pregunta:

“¿Se juzga entre vosotros como cosa increíble el que Dios resucite a los muertos?” (Hch. 26:8).

Algunos miembros de la iglesia de Corinto habían caído en el error respecto a la resurrección de los muertos. Por eso Pablo, en su epístola a aquella iglesia, se dedicó a refutar sus errores y a establecer la verdadera doctrina, desde todos los puntos de vista:

“Porque ya que la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; después, los que son de Cristo, en su vida. Después el fin, cuando entregue el Reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo principado, toda autoridad y potencia. Porque es preciso que Él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el último enemigo que será suprimido es la muerte. Porque todas las cosas las sometió debajo de sus pies. Y cuando dice que todas las cosas han sido sometidas a Él, claramente se exceptúa Aquel que sometió a Él todas las cosas. Y cuando todas

El discurso de Pablo delante del gobernador romano Félix fue una defensa personal, pero afirmada, de la doctrina de la resurrección.

Nuestra fe exige que seamos alimentados de nuevo con la certeza de la resurrección. Ésta tiene que ser para nosotros lo que fue para los apóstoles: el resumen, el tema y el poder de su predicación; el alimento de nuestra fe, la comida de nuestras almas, la nutrición de una fe gigante, la inspiración de una oración poderosa.

las cosas le estén sometidas, entonces también el Hijo mismo se someterá al que le sometió a Él todas las cosas, para que Dios sea todo en ellos» (1 Co. 15:21-28).

Pablo declaró también:

“En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al final de la trompeta, porque se tocará la trompeta, los muertos serán resucitados incorruptibles y nosotros seremos transformados. Porque es menester que esto corruptible sea vestido de incorrupción, y esto mortal sea vestido de inmortalidad” (1 Co. 15:52 y 53).

Y en otros capítulos escribió:

“Pero teníamos la sentencia de muerte sobre nosotros, para que no confiáramos en nosotros mismos, sino en Dios que levanta a los muertos” (2 Co. 1:9).

Dijo otra vez:

“Pero teniendo el mismo espíritu de fe conforme a lo que está escrito, creí, por lo cual hablé, nosotros también creemos, por lo cual también hablamos, sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús a nosotros también nos resucitará con Jesús y nos presentará juntamente con vosotros” (2 Co. 4:13 y 14).

Las siguientes declaraciones, majestuosas, consoladoras y luminosas, fueron hechas a los tesalonicenses:

“Y no queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los demás que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en Él. Por lo cual os decimos esto por Palabra del Señor: que nosotros, los que vivamos, los que hayamos quedado hasta la venida del Señor no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del Cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivamos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para salir al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por lo tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras” (1 Ts. 4: 13-18).

¡Qué hermoso lugar ocupa la resurrección de los muertos en la predicación apostólica! ¡Qué consuelo y qué solaz hay en ella! ¡Cuán a menudo es repetida, reforzada para nuestra edificación y refrigerio! ¡Qué rico mensaje fue el que recibió la Iglesia Primitiva!

Hoy también necesitamos tener estos hechos fundamentales presentados en nuestras iglesias, como la sangre necesita el hierro que la haga roja y fuerte y portadora de vida. Nuestra fe exige que seamos alimentados de nuevo por ellos. Tienen que ser para nosotros lo que fueron para los apóstoles: el resumen, el tema y el poder de su predicación; el alimento de nuestra fe, la comida de nuestras almas, la nutrición de una fe gigante, la inspiración de una oración poderosa...

“Qué bendita esperanza, la nuestra; mientras aquí en la Tierra transitamos, gustamos ya anticipadamente los suaves placeres celestiales. Sentimos cerca la resurrección. Nuestra vida está escondida en Cristo, y nuestros vasos, arcilla terrenal, llenos, a rebosar, de su hermosa presencia”.

En definitiva, estos hechos deben ser para nosotros lo que fueron para los primeros cristianos: su credo, su experiencia y su servicio.

6

El juicio y la resurrección

La resurrección del cuerpo será universal y personal, colectiva y particular, de todos, buenos y malos o, en el lenguaje de la Biblia, "una resurrección de justos y de injustos", que tendrá lugar en el último día y de modo general.

Hablando de modo figurado, cuando Cristo fue descendido de la cruz, descendió primero "en las partes inferiores de la Tierra" y llegó al reino de la muerte. De un golpe de su potente espada, destruyó los bastiones y fundamentos del templo de la muerte. Con otro golpe aplastó su corona, capturó sus llaves e hizo polvo todo el trono e imperio de su majestad, el diablo. Lo lanzó al lago de fuego proclamando: "Yo soy el que vivo y había muerto; he aquí que vivo para siempre y tengo las llaves del infierno y de la muerte". Encadenó a Satán y a la muerte, y dirigiéndose al Hades, hizo cautiva a la cautividad, mientras las huestes celestiales prorrumpián: "Ha prevalecido, ha prevalecido. Vencerá". Salió de la tumba y permaneció cuarenta días con sus amigos y luego ascendió al Cielo, "desde donde esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo, el cual transfigurará el cuerpo de nuestro estado de humillación, conformándolo al cuerpo de su gloria".

HOMER W. HODGE

La resurrección del cuerpo será universal y personal, colectiva y particular, de todos, buenos y malos o, en el lenguaje de la Biblia, "una resurrección de justos y de injustos", que tendrá lugar en el último día y de modo general. Jesucristo habla muy claro en su afirmación en cuanto al tiempo. Declara su suprema lealtad al Padre y afirma:

"He venido del Cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me envió" (Jn. 6:38).

Luego afirma la voluntad de su Padre con respecto a la resurrección:

"Y ésta es la voluntad del que me envió, que todo el que ve al Hijo y crea en Él tenga vida eterna; y Yo le resucitaré en el último día" (Jn. 6:39).

Con qué gran solemnidad declara otra vez que la voluntad del Padre y su propia voluntad y propósito es levantar a todos los creyentes de entre los muertos en el último día:

Y lo combina con la afirmación de que el Padre los atrae, y que los atraídos serán resucitados "en el último día":

"Nadie puede venir a Mí, si el Padre que me envió no le atrae; y Yo le resucitaré en el último día" (Jn. 6:44).

De nuevo repite que la corona de gloria será la resurrección en el último día:

"El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día" (Jn. 6:54).

Ésta fue la verdad aceptada de la resurrección afirmada por Marta en su gran aflicción por la muerte de su hermano Lázaro:

"Yo sé que resucitará en la resurrección del último día" (Jn. 11:24).

Otra vez, Jesús relaciona la resurrección con el juicio:

"El que rechaza y no recibe mis Palabras, tiene quien le juzgue: la Palabra que Yo he hablado, ésta le juzgará en el último día" (Jn. 12:48).

Ambos hechos tremendos, el juicio y la resurrección, están unidos, en efecto, en la Palabra de Dios. Constituyen, sin duda, una gran unidad en su importancia, suceso y significado. Pedro dijo respecto a Cristo:

"Pero ellos darán cuenta al que está preparado para juzgar a vivos y muertos" (1 P. 4:5).

Asimismo, Pablo, en su solemne encargo a Timoteo, declaró que "el Señor juzgará a los vivos y a los muertos, al aparecer en su Reino" (2 Ti. 4:1).

También, a los corintios les afirmó lo siguiente:

"Por lo cual, anhelamos ausentes o presentes serle agradables. Porque todos nosotros debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno recoja según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo" (2 Co. 5: 9 y 10).

Así, no puede haber duda en las sencillas enseñanzas de Jesús y sus apóstoles de que estos dos hechos, la resurrección y el juicio, van unidos.

A los santos se les recuerda de modo especial que deben aparecer ante el tribunal de Cristo por las cosas que hayan hecho en el cuerpo. Pablo, por ejemplo, procurando que mostremos compasión y amor en nuestros juicios, interroga y recuerda a los cristianos:

Ambos hechos tremendos, el juicio y la resurrección, están unidos, en efecto, en la Palabra de Dios. Constituyen, sin duda, una gran unidad en su importancia, suceso y significado.

Con referencia al hecho del juicio general, así como a la venida de nuestro Señor, la resurrección de los muertos es considerada como precedente y se da por un hecho.

“Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo” (Ro. 14:10).

“Así que no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual sacará a luz también lo oculto de las tinieblas y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de parte de Dios” (1 Co. 4:5).

Además, para curar los corazones quebrantados, confirmar su fe y evitar el lamento excesivo por los muertos, de nuevo el apóstol exclamó:

“Y no queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los demás que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en Él. Por lo cual, os decimos esto por Palabra del Señor: que nosotros, los que vivamos, los que hayamos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del Cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivamos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para salir al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras» (1 Ts. 4:13-18).

Con referencia al hecho del juicio general, así como a la venida de nuestro Señor, la resurrección de los muertos es considerada como precedente y se da por un hecho. Esto se declara en la parábola de los talentos, en la que el Señor regresa para pasar cuentas con sus siervos. Dicho propósito había sido declarado y establecido desde el principio:

“De éstos también profetizó Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: *He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares*” (Jud. 1:14).

Tenemos también la inimitable descripción de su venida hecha por Cristo, en Mateo 25:

“Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con Él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de Él todas las naciones y separará a los unos de los otros, como

separa el pastor las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda” (Mt. 25:31-33).

Este doble propósito es establecido ante los inquietos tesalonicenses, a los cuales se intima a que descansen y cobren aliento en el hecho de que el Salvador vendrá otra vez al mundo, y su venida será para ellos el fin de su aflicción, dolor y temor:

“Y a vosotros, que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando sea revelado el Señor Jesús desde el Cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios ni obedecen el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la Presencia del Señor y de la gloria de su potencia, cuando venga para ser glorificado en aquel día en sus santos y ser admirado por todos los que creyeron” (2 Ts. 1:7-10).

“Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante de Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él. Y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Ésta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego” (Ap. 20:12-15).

“Por tanto, Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual va a juzgar al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos” (Hch. 17:30 y 31).

Todos estos pasajes del juicio se constituyen promesas de la resurrección de los muertos. La Biblia es explícita sobre este punto: no da vagas analogías o sueños poéticos, sino afirmaciones claras declarando los hechos.

Repetimos, la resurrección será general, todos resucitarán al mismo tiempo, como declara Pablo. Es, igualmente, uno de los hechos incondicionales de Dios; tendrá lugar en todos, por más que no hayan creído en ella: hombres, mujeres y niños.

Con respecto a este hecho alarmante y consolador de la resurrección, el que nosotros no lo creamos no invalida la verdad de Dios: es inevitable e irresistible. Dios, que no puede mentir, lo ha prometido, y Jesús ha sellado la promesa con su resurrección.

Sí,
la
resurrección
de los
muertos es
uno de los
hechos
culminantes
y más
emocionantes
de la venida
de Jesús;
los muertos
han de ser
levantados y
Jesucristo
viene a
hacerlo.

Con respecto a este hecho alarmante y consolador, el que nosotros no lo creamos no invalida la verdad de Dios: es inevitable e irresistible. Dios, que no puede mentir, lo ha prometido, y Jesús ha sellado la promesa con su resurrección.

Familiarizarnos más con esta realidad nos dará ánimo en los conflictos de la fe, consuelo a los tristes que carecen de todo otro consuelo y una dulce esperanza en la muerte.

Es indudable, por desgracia, que estos hechos vigorizantes de la Biblia no se nos dan como alimento, como un dulce sacramento; no entran en nuestra sangre como si fuera hierro, pues si así fuera, no seríamos llevados de acá para allá por toda la clase de vientos de doctrina y no seríamos presa de las tentaciones. En cambio, esta doctrina daría gozo a nuestros corazones, inspiraría nuestras esperanzas y nos elevaría por encima de las debilidades, desafiando todo ataque.

Suscribimos la doctrina de las palabras del credo—"Creo en la resurrección de la carne"—, que fue enseñada ya por Dios a Moisés en la zarza ardiente; confirmada por el profeta y el apóstol, simbolizada y asegurada en la resurrección de Jesucristo. Y la aceptamos, no porque entendamos su método, sino porque Dios lo ha declarado en su Santa Palabra.

Sí, la resurrección de los muertos es uno de los hechos culminantes y más emocionantes de la venida de Jesús; los muertos han de ser levantados y Jesucristo viene a hacerlo. Este suceso es demasiado importante y glorioso para delegarlo aun a los ángeles más grandes y poderosos. Él Señor en persona viene, con un grito de triunfo y una llamada de autoridad a los Cielos y a la Tierra. Sonará la trompeta del arcángel y los muertos serán levantados primero, esto es, antes de que el Señor atienda ningún otro asunto.

Es más, los vivos ni son notados ni se les dice nada hasta que los muertos hayan sido despertados para gozar de sus honores. Abrazados en amor, seremos luego todos arrebatados por el Señor en el aire, y estaremos siempre con Él. ¡Amén, así sea!

7

La teología y la resurrección

¿Cómo pueden el polvo y las cenizas aspirar a ascender al Cielo de los Cielos, si no podemos sentir con toda la plenitud de convicción que Aquel que fue hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne ha entrado en estos Reinos antes que nosotros, y ha tomado nuestra misma naturaleza glorificada y hermosa a la diestra del Padre Eterno?

OBISPO ELLICOTT

Hay dirigentes eclesiásticos que siguen sin adherirse a la doctrina de la resurrección literal y que, en cambio, han adoptado la "idea moderna", esencialmente racionalista, la cual no tiene respeto especial por la revelación, ni gran reverencia por la autoridad. Ésta afirma tener su punto de partida en la Biblia, pero tergiversa sus hechos y principios. Esto es, puede pasar por una doctrina bíblica, pero destroza la doctrina, le quita las entrañas, la deja vacía, sin contenido, un mero "nombre". Nadie que conozca este asunto puede ignorar el hecho de que este racionalismo, amparándose en ideas modernas, afecta los fundamentos de granito de la Verdad de Dios.

Hay doctrinas que la sabiduría y la fe de la Iglesia habían solidificado en dogmas axiomáticos, pero que son cambiados por un proceso de transformación del pensamiento moderno, de tal forma que no queda nada esencial de la doctrina original. Esta forma nueva ha cambiado no sólo la apariencia externa, sino también el corazón de las preciosas verdades.

Sorprende lo extendidas que están algunas ideas falsas sobre Cristo, su expiación, la resurrección de los muertos y el juicio eterno. Estos puntos de vista perniciosos se encuentran en la literatura, los comentarios y la exposición bíblica; adornados con garbo atractivo, se encuentran en tantos sitios, que se introducen en nuestro pensamiento antes de que nos demos cuenta de ello. Se suma además el agravante de que tenemos un conocimiento superficial de la Biblia, que nos impide distinguir el fraude.

Sorprende lo extendidas que están algunas ideas falsas sobre Cristo, su expiación, la resurrección de los muertos y el juicio eterno.

Estas “ideas modernas” no son modernas, por más que se autoproclamen como tal... Son casi tan viejas como el cristianismo y tan heterodoxas hoy como antes.

Son endosadas así opiniones que habían sido antes rechazadas por el cuerpo básico de creyentes como no escriturales.

Las corrientes cristianas ortodoxas, purificadas, profundizadas y robustecidas por la piedad confluyente de las edades, han podido, pues, perderse y empozoñarse entre los bajíos y arenales de lo que en siglos pretéritos ya había aparecido como herejías de la peor clase. Y es que estas “ideas modernas” no son modernas, por más que se autoproclamen como tal...

Son casi tan viejas como el cristianismo y tan heterodoxas hoy como antes. Es más, no nos opondríamos a ellas porque fueran nuevas, ni las rechazaríamos porque fueran viejas, llenas de canas, sino porque no son bíblicas. Lo viejo o lo nuevo ha de ser medido por este *standard* infalible; y sea nuevo o viejo, si está en desacuerdo con la Biblia, será *anatema*, y el que la acepta participa en pecado.

Sin embargo, antes de definir estas ideas de la teología «moderna», deberíamos definir la verdadera idea bíblica acerca de la resurrección. A saber, la idea bíblica de la resurrección es el hecho de una resurrección literal del cuerpo; es decir, la Biblia declara que nuestros cuerpos son parte de nosotros, que están incluidos en el plan restaurador de la gracia, que son partícipes, con el espíritu, en este curso terreno de fe o desobediencia y que comparten sus honores o reproche en el futuro eterno. El nombre bíblico para la doctrina es “resurrección”, que significa “levantarse otra vez después de una caída” (“levantarse de una cosa que ha caído”, no “levantar otra cosa”).

Hemos visto también cómo la doctrina de la resurrección está implicada en la doctrina general del juicio; pues no podría presentarse un nuevo cuerpo a juicio, porque no sería responsable de nada: es el cuerpo antiguo que fue testigo y partícipe en las transacciones vitales el que ha de presentarse a juicio. Y se dice que el juicio es de los vivos y de los muertos:

“Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su Reino, que prediques la Palabra, que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina” (2 Ti. 4:1 y 2).

No en vano, la restauración de los mismos cuerpos que ponemos en la tumba es la doctrina de la que está impregnada la Biblia desde el principio hasta el final. Todas sus verdades están saturadas de esta gran doctrina consoladora, llena de encanto, de esperanza invencible, que ha sido el sostén de mártires y santos, que ha apagado el ardor de sus fieras hogueras, que ha vivificado su fe, enjugado sus lágrimas, aliviado la amargura de la muerte y les ha permitido triunfar sobre la muerte.

Esta doctrina, que es aceptable a la razón como a la fe, al parecer, ha de ser abandonada por la teología moderna y para el cristiano vigoroso tiene el mismo valor práctico que una de las fábulas de Esopo.

Sí, la resurrección del cuerpo –del mismo cuerpo que ponemos en la tumba– es la piedra angular de todo el sistema cristiano.

Pero contra esta doctrina la incredulidad ha lanzado denodados asaltos. De hecho, el primer descarrío de la fe cristiana fue la negación de la resurrección. No hay ninguna doctrina de todo el sistema de Cristo que ponga a prueba de modo tan severo la autenticidad y solidez de la fe como la creencia en este hecho cardinal. Satán, generalmente, consigue abrir la primera brecha en este punto.

Empezar a ceder, pues, en este punto destruye los fundamentos. Richard Watson, cuyas *Instituciones teológicas* han sido la escuela de los pastores metodistas durante un centenar de años, trata el asunto de la resurrección del cuerpo de manera magistral, con la fuerza de un filósofo, la simplicidad y franqueza de la fe de un niño y la lealtad estricta a la Verdad de Dios:

“En este estado glorioso y feliz, aunque intermedio, los espíritus fuera del cuerpo de los justos permanecerán en gozo y felicidad con Cristo, hasta el día del juicio general, cuando habrá otro despliegue de los efectos de gracia de nuestra redención por Cristo en la forma de la gloriosa resurrección de sus cuerpos a una vida inmortal; distinguiéndose de esta forma de los malos, cuya resurrección será para vergüenza y reproche para siempre, o lo que se puede llamar de modo enfático, una *muerte inmortal*”.

La restauración de los mismos cuerpos que ponemos en la tumba es la doctrina de la que está impregnada la Biblia desde el principio hasta el final. Todas sus verdades están saturadas de esta gran doctrina consoladora, llena de encanto, de esperanza invencible, que ha sido el sostén de mártires y santos, que ha apagado el ardor de sus fieras hogueras, que ha vivificado su fe, enjugado sus lágrimas, aliviado la amargura de la muerte y les ha permitido triunfar sobre la muerte.

8

La teología y la resurrección (continuación)

Hay que admitir que la resurrección de los muertos es un gran misterio que no puede ser descubierto a menos que ocurra el hecho mismo. El apóstol pone en boca del infiel la pregunta: "¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué clase de cuerpo vendrán?"; y él contesta de modo expeditivo: "Insensato, lo que tú siembras, no es vivificado, si no muere antes. Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo, ya sea de trigo o de otra cosa. Pero Dios le da un cuerpo como Él quiso, y a cada semilla su propio cuerpo». Esta perspectiva gloriosa abierta por esta doctrina no pierde nada por el hecho de que sobrepase nuestra comprensión. Al contrario, su profundidad sólo sirve para incrementar nuestro asombro y aumentar nuestra gratitud. El apóstol, en su apología delante de Félix, lo resume todo en un esfuerzo de poder divino. ¿Por qué hemos de pensar que sea increíble que Dios levante a los muertos? Si verdaderamente el Evangelio intentara enseñarnos la teoría del hecho, sería justo objetar que está más allá de nuestra comprensión. Si al contrario, nos revela meramente los hechos y estos hechos tienen una aplicación práctica e inmediata en nuestros corazones y vidas, todas las objeciones debidas a la dificultad de su comprensión son fútiles, porque Dios no intenta aclararnos ningún misterio, sino dejarnos ver hasta tanto como sea propio para rectificar la conciencia y purificar el corazón.

ROBERT HALL

No aparece ningún punto de discusión de importancia sobre este tema en los que admiten la Verdad de la Escritura, excepto en la forma en que hay que entender la doctrina de la resurrección del cuerpo: o bien, si es una resurrección de la substancia del cuerpo, o bien, de una parte pequeña e indestructible del mismo. La última teoría fue adoptada con el fin de evitar algunas supuestas dificultades.

Sin embargo, no puede dejar de impresionar al lector imparcial del Nuevo Testamento que la doctrina de la resurrección se enseñe en el mismo sin ninguna de estas sutiles distinciones. Al contrario, se ha presentado como una obra milagrosa, y representa al mismo cuerpo que fue depositado en la tumba como objeto de este cambio desde la muerte a la vida, por el poder de Cristo.

Incluso en el Antiguo Testamento ya aparecía esta idea de la resurrección por boca del profeta Isaías, a quien se le ha llamado el *profeta evangélico* porque vio estas gloriosas doctrinas de tiempos posteriores al suyo de modo tan claro:

"Tus muertos vivirán; sus cadáveres resucitarán. ¡Despertad y cantad, moradores del polvo! Porque tu rocío es cual rocío de hortalizas, y la tierra dará sus muertos" (Is. 26:19).

Hemos visto, además, cómo nuestro Señor fue levantado en el mismo cuerpo en el que había muerto, y su resurrección es presentada constantemente como un modelo de la nuestra. El apóstol Pablo lo expresa así:

"El cual cambiará el cuerpo de nuestra bajeza para que sea hecho conforme a su cuerpo glorioso" (Fil. 3:21).

El único pasaje de la Escritura que parece favorecer la noción de que nuestro cuerpo inmortal pueda aparecer de un germen indestructible es 1 Corintios 15:35-38, donde se dice:

"Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué clase de cuerpo vendrán? Insensato, lo que tú siembras no se vivifica, si no muere antes. Y lo que tú siembras no es el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo, ya sea de trigo o de otra cosa; pero Dios le da un cuerpo como Él quiso, y cada semilla su propio cuerpo".

No obstante, si la intención del apóstol al presentar este punto de vista aquí hubiera sido contrarrestar las objeciones a la doctrina de la resurrección que resultan de las dificultades para concebir cómo el mismo cuerpo, en el sentido popular, puede ser levantado en substancia, en este caso, podríamos esperar que para corregir esta objeción siguiera declarando que esta resurrección del mismo cuerpo no era la doctrina cristiana, sino que era de alguna fracción sólo, quizás pequeña como un germen de semilla, de la cual el cuerpo sería desarrollado y perfeccionado en el día de la resurrección.

La resurrección se ha presentado como una obra milagrosa, y representa al mismo cuerpo que fue depositado en la tumba como objeto de este cambio desde la muerte a la vida, por el poder de Cristo.

La verdadera razón por la que muchos cristianos de aquella época negaban o dudaban seriamente de la resurrección del cuerpo, explicándolo de modo figurativo, era la influencia de la noción prevaleciente en algunas escuelas filosóficas de entonces de que el cuerpo era la prisión del alma, y que la mayor liberación que el hombre podía experimentar era ser librado eternamente de su relación con la materia.

Lo que hace el apóstol, en cambio, es recordar inmediatamente al que objeta las diferencias que hay entre los cuerpos materiales que existen ahora: entre la planta y su semilla, entre una planta y otra, en la carne de las personas, animales, peces, pájaros, entre los cuerpos celestiales y los terrenales, entre las grandes luminarias del Cielo y las pequeñas... Sigue luego afirmando la diferencia no entre el germen del cuerpo levantado y el cuerpo recibido en la resurrección, sino entre el cuerpo mismo, entendido de modo popular, que muere, y el cuerpo que será levantado:

“Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción” (1 Co. 15:42).

Lo cual no sería verdad del supuesto “germen incorruptible” de la hipótesis; y puede afirmarse sólo del mismo cuerpo, considerado en substancia, y en su presente estado corruptible.

Además, la pregunta hecha por el objetor —“¿Cómo son resucitados los muertos?”— no se refiere al modo en que se efectúa la resurrección, o sea, al proceso o manera en que las cosas han de ser efectuadas (como los defensores de la hipótesis del germen parecen suponer). Esto se ve en la respuesta del apóstol, el cual sigue inmediatamente afirmando, no de qué manera la resurrección ha de ser efectuada, sino cuál será el estado o condición del cuerpo resurrecto; que no es una respuesta en absoluto a la pregunta, por lo menos considerada en aquel sentido.

La primera de las dos preguntas, en el pasaje mencionado, se refiere a la posibilidad de la resurrección: “¿cómo resucitarán los muertos?”; la segunda, a la clase de cuerpo que recibirán, suponiendo que se acepte el hecho. Las dos preguntas, sin embargo, implican una negación del hecho, o por lo menos expresan una fuerte duda respecto al mismo: el que objeta no puede concebir que se pueda restaurar el cuerpo y, en casi afirmativo, sin que esto no dé lugar a un mal o imperfección en el hombre.

La verdadera razón por la que muchos cristianos de aquella época negaban o dudaban seriamente de la resurrección del cuerpo, explicándolo de modo figurativo, era la influencia de la noción prevaleciente en algunas escuelas filosóficas de entonces de que el cuerpo era la prisión del alma, y que la mayor liberación que el hombre podía experimentar era ser librado eternamente de su relación

con la materia. De ahí las primeras sectas filosóficas en la historia de la Iglesia Primitiva: los agnósticos, los marcionitas y otros, los cuales negaban la resurrección basándose en los mismos puntos que los filósofos y pensaban que ésta se oponía a la perfección que esperaban gozar en el otro mundo.

Incluso en la iglesia de Corinto se introdujeron estas corrientes:

“¿Cómo dicen algunos de entre vosotros que no hay resurrección de los muertos?” (1 Co 15:12).

Finalmente, el ejemplo que pone Pablo con referencia al grano de trigo que se disuelve y pudre puede ser entendido para demostrar que el suceso no tiene que ser inconcebible, dada la omnipotencia de Dios, como lo demuestra la diaria Providencia de cosas tan maravillosas e increíbles. En realidad, ningún cristiano, entonces o ahora, puede poner en duda la Omnipotencia de Dios. A lo que se aludía, entonces, era a la contrariedad existente en la época acerca de la doctrina de la reunión del alma y el cuerpo y las altas esperanzas que tenían en una vida futura.

Volviendo al ejemplo presentado por Pablo, diremos que el grano echado en el suelo, aunque muere y es corrompido, y es el grano que se siembra, no es el cuerpo que ha de salir en su forma y calidad, sino que es el grano desnudo. Empero aparece luego en forma de planta, en forma perfecta, a pesar de haberse originado de la misma materia del grano inicial imperfecto. Lo mismo diremos de la carne de los animales, pájaros, peces y del hombre: vemos en ellas un grado diferente de cualidad y perfección. Igualmente ocurre con los cuerpos celestiales, que son de la misma materia que los cuerpos terrenales; y las espléndidas luminarias de los Cielos son en sustancia lo mismo que las inferiores, aunque su resplandor sea muy otro. Con ello el apóstol alcanza su conclusión, para mostrar que la doctrina de nuestra reunión con el cuerpo no implica imperfección alguna en sí; es decir, no hay nada contrario en ella a nuestras esperanzas de liberación de la carga de esta carne; pues Cristo impartirá altas y glorificadas cualidades a la materia, lo cual es una demostración visible de la pureza, el esplendor y la energía que hay en algunas de las cosas materiales de este mundo con respecto a algunas otras cosas también materiales.

De ahí las primeras sectas filosóficas en la historia de la Iglesia Primitiva: los agnósticos, los marcionitas y otros, los cuales negaban la resurrección basándose en los mismos puntos que los filósofos y pensaban que ésta se oponía a la perfección que esperaban gozar en el otro mundo.

El apóstol se limita completamente a la posibilidad de la resurrección del cuerpo en un estado glorificado y refinado. Se abstiene, no obstante, de hacer referencia alguna al modo en que esto será efectuado, pues considera que este punto no es lo que interesa al objetor y que esto es del todo incomprensible para el pensamiento humano, y es totalmente milagroso.

Después de dar estos ejemplos, Pablo añade: "Así también es la resurrección de los muertos: se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonor, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder, se siembra en cuerpo natural, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual. Así también está escrito: *Fue hecho el primer Adán alma viviente, el postrer Adán, espíritu vivificante*. Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del Cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial" (1 Co. 15:42-49).

Tan decidido está el apóstol en desvanecer todas esas confusiones respecto a la resurrección del cuerpo, que previene al verdadero cristiano sobre este punto de la manera más explícita:

"Pero esto digo, hermanos, que la carne y la sangre no pueden heredar el Reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción" (1 Co. 15:50).

Y por tanto, no quiere que nadie afirme o suponga que esta idea se halla en sus argumentos, ya que él no enseña esta doctrina. Esto también se confirma al mostrar que, en cuanto a los santos que están todavía vivos en el momento de la segunda venida de Cristo, ellos también serán transformados, "y esto corruptible será revestido de incorrupción, y esto mortal será revestido de inmortalidad" (1 Co. 15:52 y 53).

De modo que en la discusión, el apóstol se limita completamente a la posibilidad de la resurrección del cuerpo en un estado glorificado y refinado.

Se abstiene, no obstante, de hacer referencia alguna al modo en que esto será efectuado, pues considera que este punto no es lo que interesa al objetor y que esto es del todo incomprensible para el pensamiento humano, y es totalmente milagroso. Queda claro que cuando habla del cuerpo como objeto de este maravilloso "cambio", se refiere popularmente como al mismo cuerpo en cuanto a sustancia, cualesquiera que sean las cualidades o figuras que les sean impresas. Sin duda experimentará grandes cambios generales (cómo de corrupción pasará a incorrupción, de

mortalidad a inmortalidad); grandes cambios de una clase particular también tendrán lugar (como el ser librado de deformidades y defectos y otras variedades accidentales, producidas por climas, dolencias, trabajo, enfermedades hereditarias...). Se nos dice también por parte del Señor que "en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino que serán como los ángeles de Dios" (Mt. 22:30; Mr. 12:25); y esto implica un cierto cambio en su estructura.

Podemos colegir de la declaración del apóstol que, aunque hay órganos y funciones estrictamente materiales —como el estómago, ahora adaptado a satisfacer el apetito—, estos son aspectos que no tendrán aplicación en la nueva forma.

Pero, aunque estos cambios serán muy importantes, la forma humana estará retenida en su perfección, según el modelo del glorioso cuerpo de nuestro Señor; y la sustancia de la materia de la cual está compuesta no será alterada intrínsecamente. Ésta es la doctrina manifiesta en las Escrituras.

Swedenborg sostenía que hay en el cuerpo humano un organismo espiritual, y que este organismo espiritual se levanta al morir, de modo que el alma no ha sido todavía revestida del tabernáculo inmortal. Se trata de una forma moderna de la doctrina de la resurrección del cuerpo. En pocas palabras, una de las formas modernas de la doctrina de la resurrección de la carne, en cuanto a que esta doctrina es defendida en alguna forma inteligente, es que el espíritu tiene en la otra vida un organismo espiritual y que éste tiene alguna forma de relación, aunque no esté bien comprendida, con el organismo material que posea en la Tierra.

En definitiva, no hay nada que indique más claramente nuestra defeción y descarrío que los puntos de vista actuales sobre la resurrección, que hallamos entre predicadores, maestros y cristianos en general. Muchos sustituyen la doctrina de Jesús por filosofías e imaginaciones. Respiramos nuestras opiniones religiosas en la atmósfera corrupta del racionalismo, en vez de hacerlo en la Biblia.

Hemos dejado a Isaías y David por Emerson o George Eliot; Pablo y Pedro no cuentan mucho. Hemos renunciado a nuestra fe en aras de la filosofía, hemos reducido la

Respiramos nuestras opiniones religiosas en la atmósfera corrupta del racionalismo, en vez de hacerlo en la Biblia.

Jesús mostró sus manos y sus pies a sus discípulos: una resurrección literal del cuerpo traspasado, magullado, sangriento. He aquí la autoridad firme y la esperanza de nuestra resurrección. Seremos levantados de los muertos no por medio de un germen, no por rehabilitación, no por nueva creación, sino con el mismo cuerpo que cuando caímos: transfigurados, refinados, glorificados. ¡Ésta es la resurrección de los muertos!

revelación a la razón, nos hemos considerado no sólo más avisados, sino mejores que nuestros padres. Insistimos, pues, que la menor desviación de la doctrina bíblica de la resurrección en el levantamiento del cuerpo es un descarrío con respecto a la Biblia, que disminuye la tenacidad y fuerza de nuestra fe personal.

“Creo en la resurrección de la carne” debería ser, pues, el credo universal del cristianismo; tal y como resume acertadamente el obispo Pearson:

“Por tanto, no podemos exponer este artículo de otra manera que afirmando que los cuerpos con los que hemos vivido y muerto vivirán otra vez después de la muerte y que la misma carne que está corrompida será restaurada. Toda alteración necesaria que se haga al cuerpo no será de su naturaleza, sino de su condición, no de la substancia, sino de sus cualidades; lo cual es una explicación conforme al lenguaje de la Escritura, de los principios de la religión, de la profesión constante de la Iglesia, en contra de los *origenistas* de antaño y los *socinianos* más tarde”.

Y entre las señales y cambios del momento de la muerte y de la resurrección de Cristo, se halla la siguiente afirmación:

“Y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido se levantaron; y saliendo de sus sepulcros después de la resurrección de Él, entraron en la ciudad y se aparecieron a muchos” (Mt. 27:52 y 53).

Las tumbas se abrieron, los cuerpos que dormían se levantaron y salieron de las tumbas. No hay nada más explícito y claro que esta resurrección literal, el retorno a la vida de los cuerpos puestos en la tumba. Éstas son las primicias de la resurrección de Cristo y la promesa y símbolo de la nuestra.

A sus discípulos les dijo:

“Mirad mis manos y mis pies, que soy Yo mismo, tocad y ved” (Lc. 24:39).

Sí, les mostró sus manos y sus pies: una resurrección literal del cuerpo traspasado, magullado, sangriento. He aquí la autoridad firme y la esperanza de nuestra resurrección. Seremos levantados de los muertos no por medio de un germen, no por rehabilitación, no por nueva creación,

sino con el mismo cuerpo que cuando caímos: transfigurados, refinados, glorificados. ¡Ésta es la resurrección de los muertos!

Pablo presenta la doctrina en una forma muy completa y llena de consuelo:

“Y no queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los demás que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron con Él” (1 Ts. 4:13 y 14).

No hay cambio o dilución aquí para poder acomodar al filósofo de hoy; no hay capitulación ante la alta crítica y el saduceísmo. Es una afirmación tierna y firme, a la vez que una verdad divina y preciosa.

¿Quiénes son los que duermen en Cristo? Lo sabemos muy bien. Aquellos cuyas manos doblamos con lágrimas, cuya frente besamos, pusimos a descansar, y cuyos nombres escribimos en sus tumbas con palabras de esperanza y resurrección. Cantamos al despedirnos de sus cuerpos: «El dormir en Jesús es cesar el trabajo». Pusimos en el mármol de la losa: “¡Duerme en Jesús! ¡Bendito sueño, recostado en brazos de amor!”

No vimos sus espíritus y no pudimos seguirlos en su vuelo hacia el Cielo, pero transportamos sus cuerpos, con el corazón partido, a su último descanso terreno. Y Cristo nos los devolverá de sus tumbas y podremos abrazarlos otra vez. Éste es un hecho misterioso, es cierto; pero Dios, el Hijo de Dios, la Palabra de Dios nos presenta y nos resuelve el misterio. La fe se aferra a Dios, la fe se aferra a la Palabra de Dios, la fe se aferra al Hijo de Dios. La fe, fe todopoderosa, ve a Dios, a su Hijo y su Palabra, se ríe del misterio y de los imposibles y exclama: “¡Será como Tú has dicho!”.

No vimos los espíritus de nuestros muertos en Cristo y no pudimos seguirlos en su vuelo hacia el Cielo, pero transportamos sus cuerpos, con el corazón partido, a su último descanso terreno. Y Cristo nos los devolverá de sus tumbas y podremos abrazarlos otra vez. Éste es un hecho misterioso, es cierto; pero Dios, el Hijo de Dios, la Palabra de Dios nos presenta y nos resuelve el misterio. La fe se aferra a Dios, se aferra a la Palabra de Dios, se aferra al Hijo de Dios. La fe todopoderosa ve a Dios, a su Hijo y su Palabra.

9

La filosofía y la resurrección

La filosofía tiene la doctrina de la resurrección como algo irrisorio y despreciable, irracional e imposible.

Suponiendo que el agente vivo que cada hombre se considera ahora a sí mismo es un solo ser, no es más difícil concebir que podamos más tarde animar este mismo cuerpo u otro nuevo modificado y organizado, que concebir el que ahora podemos animar a un cuerpo como el que tenemos ahora.

OBISPO BUTLER

La filosofía tiene la doctrina de la resurrección como algo irrisorio y despreciable, irracional e imposible. La noción de un germen incorruptible, o de un *stamen*, original e inmutable, a partir del cual brotará en la mañana de la resurrección un nuevo cuerpo glorioso, parece que fue sacada de las especulaciones de algunos rabinos judíos que hablaban de una supuesta parte del armazón humano llamada "luz", a la cual se adscribían propiedades maravillosas. De este germen iba a salir el cuerpo. Sin embargo, en los primeros padres no se ha hallado referencia alguna a esta opinión en sus defensas de la doctrina de la resurrección de los muertos. Al contrario, insistieron de tal forma en probar la posibilidad de la reunión de las partes esparcidas del cuerpo que esto muestra de modo suficiente que la teoría del germen no había aparecido entre líderes cristianos, por lo menos para armonizar la doctrina de la resurrección con la filosofía.

Así, Justino Mártir, en un fragmento suyo respecto a la resurrección, expresa respuestas a la objeción de que es imposible que la carne después de la corrupción y perfecta disolución de todas sus partes pueda volver a ser unida, y defiende que "si el cuerpo no es levantado completamente con todas sus partes integrantes, esto sería un argumento en contra del poder de Dios". Y aunque algunos de los judíos adoptaron la noción de la *germinación* o "brotar del cuerpo a partir de algún fragmento indestructible", con todo, la mayoría de los rabinos ortodoxos defendían la resurrección del mismo cuerpo.

Maimónides, por ejemplo, escribió:

"Los hombres, de la misma manera en que han vivido con el mismo cuerpo, serán restaurados a la vida por Dios, y serán enviados a la vida con la misma identidad [...] Nada puede propiamente ser llamado *resurrección de los muertos*, si no es el retorno de la misma alma al mismo cuerpo del que se había separado".

Esta teoría, bajo sus varias formas, sea adoptada por judíos o por cristianos, está calculada, sin duda, para hacer la doctrina de la resurrección de los muertos menos difícil de concebir, y más aceptable a las mentes filosóficas. Pero, como muchos otros intentos de este mismo tipo, rebaja las doctrinas sobrenaturales de la revelación al nivel de nuestras concepciones y no resuelve ninguna de las dificultades originales e implica otras que aún son causa de mayor perplejidad.

Porque si esta hipótesis es presentada para eliminar la dificultad de concebir cómo pueden ser preservadas las partículas esparcidas y evitar que pasen a formar parte integral de otros cuerpos, se supone aquí, también, que es necesario el cuidado constante de la Providencia a fin de mantener la incorruptibilidad de estos gérmenes, o "stamina", individuales y también el que constantemente evite que sean asimilados por otros.

Ahora bien, si estamos dispuestos a conceder que tales gérmenes tienen esta cualidad original, también podemos fácilmente suponer que esto les corresponda a cada una de las partículas que componen nuestro cuerpo humano. De modo que, aunque sean usadas como comida de otros, no sean asimiladas y en ninguna circunstancia pasen a formar parte de otro cuerpo humano. Pero si estos gérmenes no tienen esta cualidad en su naturaleza original, no hay nada que pueda prevenirlo, excepto la operación de Dios, que está presente en todas sus obras y que siempre está actuando para asegurar la ejecución de sus propósitos. Si éste es el punto de vista adoptado, no hay entonces que forzar mucho nuestra credulidad para aceptar que su infinito poder y sabiduría es capaz de asegurar que lo que le ocurre a unos millares de partículas de materia les ocurra a millones, cualquiera que sea la relación numérica entre unos u otros casos.

El punto esencial de la cuestión de cómo evitar que una partícula pase a formar parte de dos cuerpos —como en el caso de comer un hombre un animal, que a su vez

Esta teoría de la germinación, bajo sus varias formas, sea adoptada por judíos o por cristianos, está calculada, sin duda, para hacer la doctrina de la resurrección de los muertos menos difícil de concebir, y más aceptable a las mentes filosóficas. Pero, como muchos otros intentos de este mismo tipo, rebaja las doctrinas sobrenaturales de la revelación al nivel de nuestras concepciones y no resuelve ninguna de las dificultades originales e implica otras que son causa de mayor perplejidad.

No hay nuevos argumentos, ni son fuertes los que existen, en contra de la resurrección del cuerpo más potentes que los que fueron presentados a nuestros padres, y ellos pudieron hacerles frente con resolución y fe firme.

se ha comido a un hombre— es la posibilidad de que el propósito final del Todopoderoso sea frustrado por una operación de la naturaleza. No obstante, suponer que Él no pueda prevenir esto es suponer, o afirmar, que Él no tiene cuidado del curso que siguen sus propios planes.

Por otra parte, aceptar que Él cuida de que esto no tenga lugar no es más difícil de explicar que el control de la aparición equivalente de recién nacidos en uno y otro sexo en números aproximadamente iguales (lo cual, como sabemos, es un hecho natural).

Por consiguiente, estas teorías no ofrecen ninguna ayuda a resolver la única dificultad real implicada por la doctrina, sino que dejan todo el caso todavía para ser depositado totalmente en manos del poder omnipotente de Dios. Más aún, presentan una objeción fatal para ellas mismas, pues están en plena oposición a la doctrina de las Escrituras: si un dedo no puede decirse que es «el cuerpo», con mucha menos razón puede llamarse «cuerpo» a estas minúsculas partículas.

Añadamos que, si la parte preservada o germen no muere, entonces no hay resurrección de la muerte, sino una especie de “suspensión” de la vida; la vida queda como latente, pero no destruida.

Asimismo, si se defiende la idea de las *stamina* de Leibnitz, entonces el cuerpo, dentro del cual el alma entra en el momento de la resurrección, procede de la materia que se ha agregado alrededor de esta minúscula *stamina* y, por tanto, tenemos una creación y no una resurrección.

Finalmente, si los cuerpos han de ser formados por medio de la adición de una gran masa de materia nueva, como es el caso de estas dos sugerencias, entonces la resurrección de los muertos es hecha idéntica a la noción pagana de la “metempsicosis”; y si Pablo en Atenas predicó no a *Jesús y la resurrección*, sino a *Jesús y una transigración a un nuevo cuerpo*, no hay manera de entender por qué los que le escuchaban se burlaron de él, puesto que la doctrina habría recibido la sanción de buen número de sus propias autoridades filosóficas.

Se ha presentado otra objeción a la resurrección del cuerpo a partir de los cambios de la substancia durante la vida. A saber, algunos objetan que los cuerpos que han pecado, o ejecutado acciones dignas de galardón, no son en la inmensa mayoría de casos los mismos que deberían

ser premiados o castigados. La respuesta a esto es que, considerado el cambio frecuente y total de la sustancia del cuerpo, esto no afecta a la doctrina de la Escritura que dice que el cuerpo que se deposita en la tumba es el que será levantado. Consideramos también que los premios y castigos tienen su relación con el cuerpo no ya como sujeto, sino como instrumento de castigo y premio. En otras palabras, sólo es el alma la que percibe el placer o el dolor, la que sufre o goza y, por tanto, es ella la única que es premiada o castigada.

Este cambio en la materia personal presentada en la objeción no afecta nuestra responsabilidad, pues la identidad del individuo racional, como dice Locke, consiste en la consciencia personal:

“Por ello es que cada cual es para sí mismo lo que llama *yo*, sin considerar si este *yo* es continuado en la misma o en otras sustancias. Es por el mismo *yo* que reflexiona en una acción hecha años atrás, que esta acción fue ejecutada”.

Dicho de otra manera, si hubiera algún valor en esta objeción, afectaría a los procesos de justicia criminal en todos los casos de ofensas cometidas en un tiempo razonable antes del momento en que son juzgadas. Y esto contradeciría el sentido común, estando en contra de la común consciencia y experiencia de la humanidad.

Concluyendo, no hay nuevos argumentos, ni son fuertes los que existen, en contra de la resurrección del cuerpo más potentes que los que fueron presentados a nuestros padres, y ellos pudieron hacerles frente con resolución y fe firme. ¿Por qué hoy, pues, es mantenida esta doctrina de la resurrección del cuerpo tan débilmente y con tantas excusas por la Iglesia? No hay otra respuesta a la pregunta que admitir el decaimiento de la fe espiritual, que tan potente brillaba en aquellos hombres que hicieron de sus tiempos una gran era espiritual. Éstos no pasaban el tiempo inventando métodos y excusas para hacer fácil a Dios lo que Él ha prometido hacer y no ha hecho todavía. Según nuestros métodos modernos de “chapeucear” con todo, acabamos reduciendo el sistema cristiano a una filosofía secular y echamos a Dios de las doctrinas.

Una resurrección sin Dios es el punto hacia el cual el pensamiento moderno está avanzando progresivamente. Ya es hora de que dejemos de diluir la Verdad divina para

Los hombres de Dios no pasaban el tiempo inventando métodos y excusas para hacer fácil a Dios lo que Él ha prometido hacer y no ha hecho todavía. Según nuestros métodos modernos de “chapeucear” con todo, acabamos reduciendo el sistema cristiano a una filosofía secular y echamos a Dios de las doctrinas.

contestar los propósitos de nuestra falta de fe y nuestra mala filosofía. Es un negocio pobre para los predicadores destruir y menoscabar la revelación a fin de satisfacer las limitaciones y la ceguera de la razón, siguiendo el juego a los filósofos.

Que la razón use todos sus poderes santos para descubrir lo que dice Dios, y aprendamos en silencio, reverencia y humildad las obras del Creador; aprendamos también a obedecer la revelación, pero no nos sentemos nunca a enjuiciar su Verdad, su exactitud y sus hechos. No nos corresponde a nosotros hacerlo...

Así, lo único que nos resta decir es aquello que pronunció el obispo Horne:

“Si conocierais el poder de Dios, sabrías que puede hacerlo; y si conocierais las Escrituras, sabrías que lo hará”.

10

Un sermón de Wesley acerca de la resurrección

La resurrección de los santos es llamada la manifestación de los hijos de Dios, la gloriosa libertad de los hijos de Dios, la adopción, la redención de nuestros cuerpos. Es el gran jubileo de la Iglesia, y aun de la creación. Hasta entonces, la primera, y también la segunda, están sometidas a cierto grado de servidumbre, y también sujetas a los efectos del pecado. Pero entonces se cumplirá la promesa de Cristo: “Los resucitaré en el último día”; y la liberación de los santos será la señal de la liberación de la creación.

ANDREW FULLER

John Wesley, que fue el líder indiscutible del gran movimiento Metodista, se adhirió a la doctrina de la resurrección de un modo inflexible y escritural.

John Wesley, que fue el líder indiscutible del gran movimiento Metodista, se adhirió a la doctrina de la resurrección de un modo inflexible y escritural. A continuación transcribimos un sermón suyo basado en 1ª Corintios 15:

“El apóstol, después de haber afirmado al principio de este capítulo la verdad de la resurrección de nuestro Salvador, añade:

Pero si se predica de Cristo que resucitó de los muertos, ¿cómo dicen algunos de entre vosotros que no hay resurrección de muertos?” (1 Co. 15:12).

No es posible dudar de que Dios puede levantar a alguien de los muertos; puesto que tenéis el perfecto y claro ejemplo de que esto ocurrió en nuestro Señor, que había muerto y ahora estaba vivo; y el mismo poder que levantó a Cristo ha de poder avivar nuestros cuerpos inmortales.

Pero, alguno se preguntará: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué clase de cuerpo vendrán? ¿Cómo pueden ser estas cosas? ¿Cómo es posible que estos cuerpos puedan ser levantados otra vez y unidos a sus almas? Cuerpos que hace miles de años fueron enterrados en la tierra o absorbidos por el mar o devorados por el fuego, que han sido pulverizados y esparcidos por la superficie de la Tierra en el curso del tiempo. Éstos han sufrido infinidad de cambios, han fertilizado el suelo, han sido pasto de otras criaturas y alimento...

Es posible para Dios conservar y preservar sin mezcla con otros cuerpos las partículas de polvo que constituyen nuestro cuerpo, y que pueden ser juntadas de nuevo, a pesar de lo dispersas que se encuentran; que Dios puede dar a este polvo disperso de nuevo la forma del mismo cuerpo de antes y que cuando ha formado este cuerpo puede darle vida con la misma alma que lo había habitado antes.

¿Cómo es posible, por ejemplo, que los miembros que formaron el cuerpo de Abraham vuelvan a ser puestos en orden, sin ser mezclados con el polvo de otros cuerpos, y vuelvan a ocupar cada uno el lugar que había ocupado antes, a fin de rehacer el mismo cuerpo cuando el alma lo abandonó?

Ezequiel se halló en visión en un valle lleno de huesos secos, y hubo un ruido, e inmediatamente una conmoción; y los huesos se juntaron, cada hueso en su sitio. Y había tendones sobre ellos, y la carne subió y la piel cubrió por encima de ellos... Y entró el espíritu en ellos, y vivieron, y se pusieron en pie (Ez. 37:7, 8 y 10).

Es posible que esto sea una visión; pero esto, y mucho más, será lo que ocurrirá: que nuestros huesos, después que hayan sido transformados en polvo volverán a ser de nuevo hombres vivos; que todas las pequeñas partes de las que estaban hechos nuestros cuerpos volverán a reunirse, al recibir la orden, y cada una volverá a su lugar hasta que al final el conjunto vuelva a ser hecho de modo perfecto.

Que esto haya de ocurrir es algo tan increíble que no tenemos la más ínfima comprensión de cómo puede ser posible. Y podemos observar que los gentiles se quedaban atónitos ante este artículo de la fe cristiana. Fue una de las últimas doctrinas que los paganos aceptaron y aún hoy día es la objeción máxima al cristianismo. Por ello, es apropiado mencionar algunas de las razones sobre las que se funda este artículo de nuestra fe.

En primer lugar, la simple noción de *resurrección* requiere que el mismo cuerpo que ha muerto sea el que se levante otra vez (no se puede decir de nada que ha sido levantado a menos que sea lo mismo). Si Dios da a nuestras almas en el último día un cuerpo nuevo, este cuerpo no puede ser llamado la *resurrección de la carne*, porque esta palabra implica la reaparición de lo que había sido antes. Hay muchos puntos de la Escritura que lo declaran:

Es menester que esto corruptible sea vestido de incorruptión, y esto mortal sea vertido de inmortalidad (1 Co. 15:53).

Ahora bien, por *esto mortal y corruptible* sólo puede indicarse el cuerpo que ahora llevamos y que algún día yacerá en el polvo.

En segundo lugar, la mención que las Escrituras hace de los lugares en que los muertos se levantarán muestra

que el mismo cuerpo muerto será el que se levantará. Así, leemos en Daniel:

Los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, algunos para vida eterna y otros para vergüenza y confusión perpetua (Dn. 12:2).

Podemos, asimismo, observar que la misma frase *dormir y despertar* implica que cuando nos levantemos de los muertos, nuestro cuerpo será el mismo que era antes, como lo es el que se despierta al que se durmió.

Así, vuelve a afirmar el Señor:

No os asombréis de esto; porque va a llegar la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación (Jn. 5: 28 y 29).

Ahora bien, si no es el mismo cuerpo el que se levanta otra vez, ¿qué necesidad hay de que sean abiertas las tumbas al fin del mundo? Las tumbas no pueden dar más cuerpos que los que estaban en ellos. Si no hemos de levantarnos con los mismos cuerpos, entonces, no hay motivo para que las tumbas sean abiertas. A esto sólo tenemos que añadir lo que señaló Pablo:

El Señor cambiará este cuerpo de bajeza, para que sea transformado en un cuerpo glorioso.

Este cuerpo de bajeza no es otro que el que tenemos ahora y que debe ser restaurado a la vida otra vez.

Voy a mostrar que en todo esto no hay nada increíble o imposible, por medio de las siguientes afirmaciones: que es posible para Dios conservar y preservar sin mezcla con otros cuerpos las partículas de polvo que constituyen nuestro cuerpo, y que pueden ser juntadas de nuevo, a pesar de lo dispersas que se encuentren; que Dios puede dar a este polvo disperso de nuevo la forma del mismo cuerpo de antes y que cuando ha formado este cuerpo puede darle vida con la misma alma que lo había habitado antes.

Sí, Dios puede distinguir y conservar sin mezcla de otros cuerpos el polvo particular en el cual se disuelven nuestros cuerpos al morir y volverlo luego a juntar por disperso que se encuentre. Y es que Dios es infinito en su poder y conocimiento. Él conoce el número de las estrellas y las llama por sus nombres, y lo mismo la arena del mar... ¿Es acaso del todo imposible que pueda distinguir las partículas de polvo de las que está formado el cuerpo de

Dios es infinito en su poder y conocimiento. Él conoce el número de las estrellas y las llama por sus nombres, y lo mismo la arena del mar.

Todas las partes del cuerpo del hombre, aunque estén disueltas y para nosotros esparcidas al azar sobre la superficie de la Tierra pueden ser colocadas y dispuestas cuidadosamente por Dios, otra vez en su propio orden. Ahora están preservadas en las aguas, en el fuego, en los pájaros, en las bestias, hasta que al sonar la trompeta final sean llamadas otra vez a su habitación primera.

los hombres y diferenciar a quién pertenece a pesar de los variados cambios que han sufrido? ¿Por qué hay que considerar extraño que, quien nos formó al principio, y cuyos ojos vieron nuestra sustancia cuando aún éramos imperfectos, del cual no estábamos escondidos cuando éramos hechos en secreto, pueda conocer cada una de las partes de nuestro cuerpo y cada una de las partículas de que está compuesto?

El artesano conoce cada una de las partes del reloj que compone; y si lo descompone, con todas sus partes en desorden y confusión, luego puede volver a juntarlas como si cada una tuviera su marca particular. Conoce su uso, y las pone cada cual en su lugar, en el mismo orden y disposición de antes. ¿Podemos pensar que el Todopoderoso artífice del mundo, cuya obra suya somos, no es capaz de distinguir lo que hace el artesano? Todas las partes del cuerpo del hombre, aunque estén disueltas y para nosotros esparcidas al azar sobre la superficie de la Tierra pueden ser colocadas y dispuestas cuidadosamente por Dios, otra vez en su propio orden. Ahora están preservadas en las aguas, en el fuego, en los pájaros, en las bestias, hasta que al sonar la trompeta final sean llamadas otra vez a su habitación primera.

No obstante, hay quien pensará que es posible que algunos cuerpos humanos hayan sido formados por la misma materia. Porque los cuerpos de hombres son con frecuencia devorados por animales. Y estos a su vez pueden ser comidos por otros hombres. Además, hay naciones que se alimentan de carne humana; por tanto, usan parte de los cuerpos de otros para formar los suyos propios. Y si lo que fue parte del cuerpo de un hombre pasa luego a formar parte de otro, ¿cómo pueden los dos levantarse el último día y ser todavía el mismo cuerpo que era antes?

A esto se puede fácilmente replicar argumentando que sólo una parte mínima de lo que se come se transforma en nutrición; la mayor parte de esta materia sigue el curso natural. De modo que no es imposible en absoluto para Dios, que vigila y gobierna el curso de todas las cosas, que ordene las cosas de tal forma que la parte de un hombre nunca vaya a constituir nutrición de otro; o si ocurre, que esta sea soltada luego, antes de que ocurra su muerte, de modo que esté en capacidad de ser devuelta al que la poseyó en el último día.

Asimismo, Dios puede dar forma a este polvo, juntarlo otra vez y formar el mismo cuerpo de antes. Y esto es posible, como lo fue el que Dios hiciera a Adán del polvo de la tierra. Por tanto, siendo polvo los cuerpos de los hombres después de la muerte, no es diferente de lo que eran antes; y el mismo poder que al principio los hizo del polvo puede volverlos a formar cuando se hayan vuelto polvo otra vez, como hizo al principio.

Además, esto no es más asombroso que el hecho de que se forme un cuerpo humano en la matriz, lo cual es una experiencia diaria, y que es un ejemplo tan asombroso del poder divino como pueda serlo la resurrección. Y si no fuera algo tan corriente verlo, es dudoso que pudiéramos convencer a alguien de que esto ocurre: de la unión de dos células se forma el cuerpo de un hombre, con sus nervios y huesos, su carne y venas, sangre y otras partes de que consiste.

Cuando Dios haya levantado este cuerpo, lo vivificará con la misma alma que lo había habitado antes. Y no podemos pretender que esto sea imposible de hacer, porque ya lo había hecho antes: nuestro mismo Salvador había muerto, resucitó y apareció vivo a sus discípulos y a otros que habían vivido con Él durante muchos años, y estaban plenamente convencidos de que era la misma persona que había muerto en la cruz.

Hemos mostrado, pues, cómo la resurrección del mismo cuerpo no es imposible para Dios; que Él es capaz de hacer lo que ha prometido, con el *gran poder con el que tiene sujetadas todas las cosas a Sí*. Aunque no podemos decir exactamente la manera en que lo hará, esto no debería debilitar en lo más mínimo nuestra fe en este importante artículo de doctrina. Basta con que Aquel para el cual todas las cosas son posibles dé la orden, y todos seremos levantados.

Que los que se burlan traten de aclarar las cosas maravillosas que incesantemente ocurren en este mundo antes de presentar dificultades para explicar la resurrección. ¿Pueden decirme cómo son formados nuestros cuerpos? ¿Pueden trazar los pasos por los que esta gloriosa estructura es creada? ¿Cómo fue hecha la primera gota de sangre y de dónde procede el cuerpo, las venas y las arterias que lo conforman? ¿O con qué medios fueron hechos los nervios y sus fibras? ¿Cómo se distingue el cerebro de otras

Cuando Dios haya levantado este cuerpo, lo vivificará con la misma alma que lo había habitado antes.

El cambio que tendrá lugar en nuestros cuerpos en la resurrección, según el relato de las Escrituras, consistirá principalmente en estas cuatro cosas: que nuestros cuerpos serán levantados inmortales e incorruptibles, en gloria, en poder y en cuerpos espirituales. Esto es, el cuerpo que tendremos al resucitar será inmortal e incorruptible.

partes del cuerpo y se llena con los espíritus que mueven y animan el total? ¿Cómo fue protegido y estructurado el cuerpo con huesos y tendones, cubierto con carne y piel, estando la carne dividida en sus varios músculos? Hay que contestar a estas preguntas antes de empezar a crear dificultades con referencia a su resurrección, las cuales, en definitiva, no pueden ser contestadas sin recurrir al poder y sabiduría infinitas de una *Primera Causa*; y siendo así, basta con decir que el mismo poder y sabiduría va a reanimar, una vez haya sido convertida en polvo, la maravillosa estructura, y que no hay razón alguna para dudar de que esto pueda ocurrir porque algunas circunstancias pertinentes al proceso no puedan ser explicadas o comprendidas perfectamente por nosotros ahora".

Después, John Wesley muestra el cambio entre las cualidades de los cuerpos glorificados y los mortales de los santos de Dios...

"El cambio que tendrá lugar en nuestros cuerpos en la resurrección, según el relato de las Escrituras, consistirá principalmente en estas cuatro cosas: que nuestros cuerpos serán levantados inmortales e incorruptibles, en gloria, en poder y en cuerpos espirituales. Esto es, el cuerpo que tendremos al resucitar será inmortal e incorruptible. Ahora bien, estas palabras, *inmortal e incorruptible*, no sólo significan que no moriremos más (porque en este sentido los condenados son inmortales e incorruptibles), sino que seremos perfectamente libres de todos los males corporales que el pecado trajo a este mundo; que nuestros cuerpos no estarán sujetos a dolor, enfermedad o ningún otro de los inconvenientes a los que estamos expuestos diariamente: esto es lo que la Escritura llama *la redención de nuestros cuerpos*. Si tuviéramos que sufrir otra vez y estar sujetos a todas las vicisitudes y penalidades con las que nos vemos forzados a luchar ahora, ninguna persona prudente, si tuviera oportunidad de escoger, las aceptaría otra vez; o sea, que es posible que prefiriera quedar en la tumba a volver a ser atado a lo terreno. *La resurrección a otro para volver a dormir*, como diría un pagano, ya que sería más bien una redención a la muerte que una resurrección a la vida...

Lo mejor que podemos decir de esta casa de la Tierra es que es un edificio ruinoso, y no tardará mucho en desmoronarse en polvo; que no es nuestra casa (porque es-

peramos otra eterna, en los Cielos); que no siempre estaremos confinados aquí, sino que dentro de poco seremos librados de la servidumbre de corrupción, de esta pesada carga de la carne, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. ¡Qué frágiles son estos cuerpos nuestros! ¡Y cuán fácilmente se descomponen! ¡Qué tropel de enfermedades y dolores son las que lo acosan constantemente! ¡Y cómo nos perturba la mente la menor dolencia! Si una de las partes de nuestro cuerpo, que son numerosas, se altera, el hombre entero sufre. Qué tormento resulta de una fractura, una dislocación o un esguince. Además, incluso cuando los cuerpos están en forma, es necesario proveer para su sustento, preservarlos en salud, conservarles presentables, dándoles rendimiento para que pueda usarlos el alma. Y si algo de tiempo libre nos queda del trabajo, nos es necesario usarlo para refrigerio a fin de empezar más trabajo. Pero, nuestra esperanza y consuelo es que pronto seremos librados de todo ello:

Dios limpiará toda lágrima de los ojos de ellos, y no habrá más muerte, ni dolor, ni clamor, ni habrá más dolor; porque las primeras cosas son pasadas (Ap. 21:4).

¡Oh, cuándo llegaremos a esta Tierra feliz, en que no se oirán quejas, donde gozaremos de salud ininterrumpida lo mismo del cuerpo que del alma, y nunca más estaremos expuestos a estos inconvenientes que perturban nuestro peregrinaje!

Una vez hayamos pasado de muerte a vida, seremos aliviados de la carga y cuidado de nuestros cuerpos que ahora exige una parte tan importante de nuestro tiempo. Seremos librados de todas aquellas labores pesadas y engorrosas que ahora tenemos que hacer para mantenernos. La ropa de luz con la que seremos vestidos en la resurrección de los justos no tendrá necesidad de cuidados. Pero entonces, nos dice nuestro Señor, aquellos que sean considerados dignos de llegar a este mundo, ni se casarán ni serán dados en casamiento, ni morirán, sino que serán como los ángeles. Ésta es la felicidad perfecta que los hombres buenos gozarán en el otro mundo: una mente libre de toda tribulación y un cuerpo libre de dolor y enfermedad. Así que nuestros cuerpos mortales serán levantados inmortales. No sólo serán preservados de la muerte, sino que su naturaleza será cambiada por completo y no retendrá ni la menor partícula de mortalidad.

Ésta es la felicidad perfecta que los hombres buenos gozarán en el otro mundo: una mente libre de toda tribulación y un cuerpo libre de dolor y enfermedad. Así que nuestros cuerpos mortales serán levantados inmortales. No sólo serán preservados de la muerte, sino que su naturaleza será cambiada por completo y no retendrá ni la menor partícula de mortalidad.

Tal excelencia de nuestros cuerpos celestiales, probablemente será debida en gran parte a la felicidad de nuestras almas. Pues el gozo indecible que sentiremos irradiará a través de nuestros cuerpos y brillará a través de nuestras facciones.

También nuestros cuerpos serán levantados en gloria:
Entonces los justos resplandecerán como el sol en el Reino de mi Padre (Mt. 13:43).

Una semejanza a esto la tenemos en el resplandor del rostro de Moisés cuando conversó con Dios en el monte; su rostro brillaba tanto que los hijos de Israel tuvieron miedo de acercarse a Él y le arrojaron un velo para cubrirle. Asimismo, la extraordinaria majestad del rostro de Esteban parecía un anticipo de su gloria:
Todos los que estaban sentados en el consejo mirándole fijamente vieron que su rostro era como el rostro de un ángel (Hch. 6:15).

Si brillaba ya así en la Tierra, ¿cómo brillará en el otro mundo, cuando su cuerpo y el cuerpo de los santos será hecho semejante al glorioso cuerpo de Cristo? De hecho, ¡cuán glorioso es el cuerpo de Cristo! Podemos imaginarlo a partir de la transfiguración... Pedro, cuando vio esto, cuando vio el rostro del Señor brillando como el sol y su vestido resplandeciendo como la nieve, se enajenó de gozo y admiración y no sabía lo que decía. Igualmente, cuando nuestro Señor les dejó ver algo de su gloria, los discípulos pensaron que no podían desear nada mejor que estar siempre en aquella luz pura y gozar de aquella vista:

Es bueno para nosotros estar aquí; hagamos tres pabellones (Mr. 9:5).

Si pensaban que eran felices sólo con estar con aquellos cuerpos celestiales y contemplarlos con sus ojos, ¡cuánto más felices serán cuando habiten en aquellas gloriosas mansiones y sean vestidos también de ese resplandor!

Tal excelencia de nuestros cuerpos celestiales, probablemente será debida en gran parte a la felicidad de nuestras almas. Pues el gozo indecible que sentiremos irradiará a través de nuestros cuerpos y brillará a través de nuestras facciones. Incluso en esta vida el gozo del alma ilumina nuestros rostros. Dijo el sabio Salomón:

La sabiduría del hombre hace brillar su faz (Ec. 8:1).

Esto es, la virtud, al refinar el corazón del hombre, le hace parecer más alegre y resuelto.

Y por supuesto, nuestros cuerpos serán levantados en poder, lo cual expresa la vivacidad de nuestros cuerpos celestiales, la agilidad de sus movimientos, que los harán obedientes y útiles instrumentos del alma. En este estado,

nuestros cuerpos no son mejores que los grilletes que confinan y restringen la libertad. El cuerpo corruptible presiona sobre el alma y el tabernáculo terrestre pesa sobre la mente. Nuestros cuerpos inactivos, inertes, perezosos son incapaces de obedecer con frecuencia las órdenes del alma. Pero, en la otra vida, *los que esperan en el Señor verán renovado su vigor; se remontarán sobre alas de águilas, correrán y no se cansarán, andarán y no se fatigarán* (Is. 40:31).

La velocidad de su movimiento será como el fuego que devora el rastrojo, como la altura del águila, porque recibirán al Señor en el aire cuando venga a juzgar y se remontarán con Él a las alturas. Este cuerpo terrestre es lento y pesado en todos sus movimientos y pronto se cansa de la acción. Pero nuestros cuerpos celestiales serán como fueron, tan activos y ágiles como son nuestros pensamientos...

Finalmente, nuestros cuerpos servirán exclusivamente para fines espirituales. A saber, nuestros espíritus ahora están forzados a servir a nuestros cuerpos y atender a sus actividades, y en gran parte dependen de ellos en muchas de sus acciones. Pero nuestros cuerpos resucitados servirán totalmente a nuestros espíritus y ministrarán y dependerán de ellos. Del mismo modo que por un cuerpo natural entendemos lo que es adecuado a este mundo sensible, bajo, o sea, para este estado terrenal, un cuerpo espiritual es el adecuado al estado espiritual, a un mundo invisible, al mundo de los ángeles. Y verdaderamente, ésta es la diferencia principal entre un cuerpo mortal y otro glorificado.

Esta carne es el enemigo más peligroso que tenemos; por tanto, negamos y renunciamos a ella en nuestro bautismo. ¿Por qué? Porque constantemente nos tienta para el mal; nos vemos entrampados en todos los sentidos y todas las concupiscencias y apetitos del mismo son desordenados. Es ingobernable y con frecuencia se revela contra la razón. Ésta es la razón por la que la ley de nuestros miembros está en guerra en contra de la ley de nuestra mente: cuando el espíritu está dispuesto, la carne está débil. Los mejores hombres están, pues, forzados a conservarlo bajo tutela y a usarlo con mano dura, para que no los traicione y les cause menoscabo. ¡Y cómo nos estorba en todas nuestras devociones! ¡Cuán pronto cansa a nuestras mentes cuando se emplea en las cosas santas!

Nuestros cuerpos servirán exclusivamente para fines espirituales. A saber, nuestros espíritus ahora están forzados a servir a nuestros cuerpos y atender a sus actividades, y en gran parte dependen de ellos en muchas de sus acciones. Pero nuestros cuerpos resucitados servirán totalmente a nuestros espíritus y ministrarán y dependerán de ellos.

Un alma totalmente ocupada en las cosas del cuerpo terreno, sensual, no está equipada para las gloriosas mansiones celestiales; está tan unida a los placeres del cuerpo que no puede gozar sin ellos, y no es capaz ni apta para otros, aunque sea infinitamente preferible a ellos.

¡Cuán fácilmente, con encantos y placeres, nos distrae de los más nobles ejercicios!

Pero, cuando hayamos conseguido la resurrección de la vida, nuestros cuerpos serán espiritualizados, purificados y refinados de sus características terrenales. Serán instrumentos adecuados para el alma en todas sus divinas y celestiales ocupaciones; y no nos cansaremos de cantar alabanzas a Dios por las edades sin fin.

En resumen, con lo poco que hemos podido concebir del mismo, se ve bastante claro que un cuerpo glorificado es infinitamente más excelente y deseable que este cuerpo de baja...

John Wesley concluye sus inferencias prácticas:

“De lo que hemos dicho, podemos aprender la mejor manera de prepararnos para vivir en nuestros cuerpos celestiales, y que esta manera es limpiándonos más y más de nuestras afecciones terrenales, y desacostumbrando nuestro cuerpo de todos los placeres que son peculiares al mismo. Deberíamos empezar en esta vida a deshacer el nudo entre nuestras almas y la carne mortal; a refinar nuestras afecciones y a levantarlas de las cosas de abajo a las cosas de arriba; a tomar nuestros pensamientos y desconectarlos de las cosas presentes y de los sentidos, y acostumbrarnos a pensar en las cosas futuras e invisibles. De modo que nuestras almas, cuando partan de este cuerpo terreno, puedan estar preparadas para el celestial, habiendo de antemano saboreado los deleites espirituales y estando acostumbrados hasta cierto grado a las cosas que encontraremos entonces.

Por el contrario, un alma totalmente ocupada en las cosas del cuerpo terreno, sensual, no está equipada para las gloriosas mansiones celestiales; está tan unida a los placeres del cuerpo que no puede gozar sin ellos, y no es capaz ni apta para otros, aunque sea infinitamente preferible a ellos.

Más todavía, los que siguen las inclinaciones de sus apetitos carnales son tan inadecuados para los goces celestiales que considerarían una gran desgracia el ser revestidos de un cuerpo espiritual. Sería como vestir a un mendigo con las vestiduras de un rey. Estos cuerpos gloriosos no les vendrían bien, no sabrían qué hacer con ellos; se los quitarían y se volverían a poner sus harapos.

Pero, cuando estamos lavados de la culpa de nuestros pecados y limpiados de la suciedad de la carne y del espíritu por la fe en el Señor Jesucristo, entonces anhelamos ser disueltos y pasar a estar con nuestro exaltado Señor. Siempre estaremos dispuestos a levantar el vuelo para el otro mundo, donde al fin tendremos un cuerpo apropiado para nuestros apetitos espirituales.

No obstante, hay que puntualizar que aunque todos los hijos de Dios tendrán cuerpo gloriosos, con todo, la gloria de los mismos no será igualada:

Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en gloria. Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción (1 Co. 15: 41 y 42).

Esto es, todos brillaremos como estrellas, pero habrá algunos que por su diligencia constante en hacer bien habrán conseguido un grado más elevado de pureza que otros y estos resplandecerán más. Aparecerán como estrellas más gloriosas. Es cierto, en efecto, que los cuerpos más celestiales serán dados a las almas más celestiales; de modo que no deja de ser esto un estímulo para que hagamos los mayores progresos que podamos en el conocimiento y amor de Dios, puesto cuanto más nos hayamos desentendido de las cosas de la Tierra ahora, más gloriosos serán nuestros cuerpos en la resurrección.

¡Que esta consideración nos ocupe pacientemente a sobrellevar todas las tribulaciones que se nos presenten en esta vida presente! El tiempo de nuestra redención eterna se acerca. Hay que resistir algo más, y todas las lágrimas serán enjugadas de nuestros ojos y nunca más suspiraremos ni sentiremos dolor o aflicción. ¡Y cuán pronto olvidaremos todo lo que hemos sufrido en este tabernáculo terrenal, una vez hayamos sido revestidos en la nueva casa que tenemos arriba! Estamos ahora como en el viaje hacia el hogar, y hemos de esperar luchas y dificultades; pero no tardará mucho nuestro viaje en llegar a su fin, y entonces seremos recompensados; estaremos en aquel sosegado puerto, al abrigo de las tempestades y los peligros, en la casa del Padre, sin exponernos a los inconvenientes de ahora en esta *tienda de campaña*.

No nos perdamos toda esta felicidad por carecer de un poco de paciencia; resistamos hasta el fin, y recibiremos

Quando estamos lavados de la culpa de nuestros pecados y limpiados de la suciedad de la carne y del espíritu por la fe en el Señor Jesucristo, entonces anhelamos ser disueltos y pasar a estar con nuestro exaltado Señor. Siempre estaremos dispuestos a levantar el vuelo para el otro mundo, donde al fin tendremos un cuerpo apropiado para nuestros apetitos espirituales.

Fortifiquémonos también, de modo especial, contra el temor a la muerte; ya que ésta no tiene armas y no puede dañarnos.

una recompensa abundante por todas las incomodidades y tribulaciones del peregrinaje: tendremos paz y descanso para siempre.

Fortifiquémonos también, de modo especial, contra el temor a la muerte; ya que ésta no tiene armas y no puede dañarnos.

Sí, nos separará del cuerpo durante un rato, pero más adelante vamos a recibirlo otra vez, más glorioso. Como dijo Dios una vez a Jacob:

No temas ir a Egipto (...) porque Yo iré contigo y Yo te haré volver (Gn. 46:3 y 4).

Y esto podría decir a todos los que son nacidos de Dios:

No temas ir a la tumba; descansa tu cabeza en el polvo, porque Dios ciertamente te hará levantar otra vez de una manera mucho más gloriosa.

Sólo se nos recomienda:

Estad firmes e inmovibles, abundando siempre en la obra del Señor (1 Co. 15:58).

Y dejad que la muerte destruya esta vuestra casa de barro; puesto que Dios la volverá a edificar, pero mucho más hermosa, fuerte y útil".

Vemos, pues, cómo este apóstol y fundador del metodismo defendió la doctrina bíblica de la resurrección como un hecho vital y fundamental. Es más, si no hubiera presentado el hecho de la resurrección del cuerpo con tenacidad, no habría podido ser un apóstol de Dios ni el fundador del Metodismo.

La glorificación y la resurrección

El que vio por primera vez el pequeño envoltorio del que pendía el cuerpo de un insecto nunca habría predicho que, en unas pocas semanas o quizás días u horas, iba a aparecer de él una elegante mariposa. Y el que contempla con una mente filosófica esta curiosa transformación y sabe que dos años antes de que el insecto se remonte por el aire, cuando todavía está viviendo en el agua, ya tiene un rudimento de alas, no puede negar que el cuerpo de un muerto pueda, en algún día futuro, volver a ser revestido de vigor y actividad y vuela a las regiones para las cuales alguna organización latente le haya preparado de modo peculiar.

Dr. GREGORY

Es evidente que este cuerpo presente, no en sustancia, pero sí en cualidades y capacidad, no es adecuado a las condiciones distintas y más elevadas y a los empleos a los que será destinado en la vida celestial. Puede que esto no sea tan evidente, pero tiene que ser verdad también que si la revelación dada sobre este punto nos diera toda clase de detalles, no podría ser comprendida, de manera que los datos que se nos dan son sólo explícitos de un modo general: que los cuerpos han de ser cambiados.

Se nos dice con insistencia que estos cuerpos en sus presentes características no son apropiados para las nuevas relaciones; que la carne y la sangre no pueden heredar este perfecto estado ni adaptarse a sus exigencias. Hay toda clase de teorías, nunca satisfactorias y en general sin provecho con respecto a estos misterios divinos. La Biblia es la única guía de confianza. No tenemos por qué tratar de averiguar los misterios de la Palabra de Dios o sus maravillas, sino buscar y conocer la verdad tal como nos es revelada en su enseñanza sin errores, fantasías, opiniones de hombres o filosofías. La verdad divina es todo lo que necesitamos...

Dios nos revela dos hechos distintos respecto a los propósitos suyos referentes a nuestros cuerpos: el primero,

No tenemos por qué tratar de averiguar los misterios de la Palabra de Dios o sus maravillas, sino buscar y conocer la verdad tal como nos es revelada en su enseñanza sin errores, fantasías, opiniones de hombres o filosofías.

Dios nos revela dos hechos distintos respecto a los propósitos suyos referentes a nuestros cuerpos: el primero es que se levantarán de la tumba, y el segundo se refiere a que el cuerpo será glorificado.

Esto es, el cuerpo es la creación original de Dios; una maravilla de su creación. Es sagrada para Dios. Es cierto que hecho a partir del polvo, pero el polvo fue santificado, según los propósitos divinos.

Además, es sagrado para Dios porque es su templo: “¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros?” (1 Co. 6:19).

Así, el cuerpo dedicado como templo está consagrado a Dios. Nuestros cuerpos son propiedad de Dios, su templo. En Romanos 8, tenemos esta afirmación explícita: “Y si el Espíritu de Aquel que levantó de los muertos a Jesús habita en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos morales por medio de su Espíritu que habita en vosotros” (Ro. 8:11).

Y en la *Primera Epístola a los Tesalonicenses* tenemos una oración que tiene estrecha relación con este punto: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts. 5:23).

En otras palabras, el cuerpo ha de ser santificado, puesto aparte en todos sus usos y miembros para Dios, sellado como propiedad suya; y en este caso preservado irreprochable para la venida de nuestro Señor, sin ningún motivo digno de censura; puro, libre de reproche.

No obstante, ¿quién ha de guardar al espíritu? Dios. ¿Y quién ha de guardar el cuerpo? Dios; guardarlo hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo. Sí, el Padre ha de guardar el cuerpo, lo mismo que guarda el espíritu. De modo que Dios guardará el polvo durmiente del cuerpo del creyente hasta que vuelva Jesús y entonces lo traerá. El alma, el espíritu, el cuerpo, todo guardado por el poder de Dios hasta que Jesús vuelva.

El cuerpo es también sagrado para Dios porque Él revistió con uno a su Hijo: Jesús llevó este cuerpo en la Tierra, y lo lleva ahora en el Cielo. Por consiguiente, el cuerpo participa de la obra redentora de Jesús. Deben glorificarlo y Él lo glorificará.

Tal regeneración vendrá por la resurrección. Y es que Dios santificó y ennobleció el cuerpo apareciendo en

cuerpo a los patriarcas y los profetas. Le hizo este divino honor y lo revistió de inmortalidad cuando vistió a su Hijo en un cuerpo de carne. Finalmente, dio a este cuerpo el triunfo cuando lo levantó de los muertos en la persona de su Hijo. Entonces, será cambiado para adaptarlo a los nuevos goces, empleos, objetivos y ventajas de la vida celestial.

Este cambio tan maravilloso puede ser comparado a la regeneración de nuestras almas. La sustancia no será cambiada, la identidad y semejanza no será destruida, pero tendrá lugar en él una maravillosa transformación en cuanto a las condiciones, relaciones y apetencias del alma. El hombre es el mismo, y con todo es un nuevo hombre:

“Las viejas cosas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas” (2 Co. 5:17).

Este cambio que tiene lugar en el cuerpo puede ser comparado al cambio que tiene lugar en la Tierra cuando después del frío invierno aparece la hermosura de la primavera, donde parece otro mundo... ¡Qué maravilla! Dios, que obra estas maravillas de regeneración en el alma y estos portentos en la naturaleza despertará estos cuerpos muertos de su sueño y los regenerará en algo glorioso, mucho más sublime de lo que podemos contemplar con nuestros ojos en la primavera.

No tenemos una idea adecuada del cambio: la imaginación no tiene fundamento sobre el cual construir y nuestro lenguaje corriente y las imágenes de que disponemos son pobres y vulgares para levantarse a la altura de este hecho misterioso y emocionante. Por su parte, la Biblia nos da sólo un modelo y algunos detalles; o sea, el modelo es el cuerpo glorioso de Cristo, un modelo que no hemos visto, cuyo retrato es mostrado en el *monte de la transfiguración*, pero nosotros quedamos cegados y aturridos por su gloria. Igualmente, en la *Primera Epístola a los Corintios*, en el capítulo 15, tenemos un bosquejo de lo que le pasará a nuestros cuerpos: allí se nos dice que el cuerpo cambiará poderosamente, no por un aumento de tamaño, sino por los elementos de fuerza, resistencia y energía. En otras palabras, no tendrá la tendencia, adquirida o inherente, al decaimiento o degeneración; sino que su vigor nunca será alterado. La muerte habrá sido absorbida en la vida. El cuerpo, nos enseña la Biblia, saldrá de la tumba

El cuerpo es también sagrado para Dios porque Él revistió con uno a su Hijo: Jesús llevó este cuerpo en la Tierra, y ahora en el Cielo. Por tanto, el cuerpo participa de la obra redentora de Jesús. Deben glorificarlo y Él lo glorificará. Este cambio tan maravilloso del cuerpo puede ser comparado a la regeneración de nuestras almas. La sustancia no será cambiada, la identidad y semejanza no será destruida, pero tendrá lugar en él una maravillosa transformación en cuanto a las condiciones, relaciones y apetencias del alma.

Este cambio maravilloso está simplemente basado en el poder de Dios, quien de la misma sustancia y materia puede haber cosas distintas.

con fuerza inmortal: nunca sufrirá cansancio, lágrimas, degeneración o muerte; en cambio, estará dispuesto a los diferentes y elevados usos de la vida celestial.

Dicha transformación no será por etapas o progresión, no habrá evolución, sino que será en un momento, "en un abrir y cerrar de ojos, al sonar la trompeta final". Es decir, tendrá lugar por el poder inmediato de Dios. Ésta es nuestra fe: la resurrección del cuerpo por el poder de Dios. En esta fe vivimos, enterramos a nuestros muertos a la luz de esta esperanza, y dormiremos nosotros mismos con esta bendita esperanza como nuestra sábana mortuoria.

Otro dato a señalar es que los cambios del cuerpo no serán en la forma o la materia sustancial. Así, Cristo tenía la misma forma y sustancia después de la resurrección que antes pero era más refinado, glorioso. Y es que el cambio maravilloso está simplemente basado en el poder de Dios, quien de la misma sustancia y materia puede haber cosas distintas. Muchos errores, graves y perniciosos han tenido lugar como resultado del fallo en discriminar entre estos dos: la resurrección del cuerpo y su milagroso cambio. De hecho, el error entre algunos corintios sobre la resurrección fue la idea moderna de que el cuerpo, terreno, opaco, bajo y carnal en su naturaleza y apetitos, era impropio para la vida celestial y, por tanto, no resucitaría. Sin embargo, la Biblia nos dice que será cambiado y refinado en sustancia, no que haya de ser nuevo, sino cambiado para hacerse cargo de las condiciones cambiadas. A modo de ilustración, diremos que un esposo construye una casa amplia y bien equipada cuando se casa y su familia es pequeña; pero cuando la familia crece y las condiciones cambian, teniendo medios más amplios, sin tener que edificar una nueva casa, la amplía y la mejora.

Pablo declara la capacidad de cambiar el cuerpo refiriéndose a la naturaleza de la semilla: el labrador siembra la simiente desnuda; luego, Dios puede tomar este grano de trigo y alterarlo para que se transforme en un tallo y una espiga; o sea, el cuerpo que el Creador quiera darle. Dicho de otra manera, Dios toma la sustancia -carne- y la transforma en algo de un orden más elevado: carne de persona; o la cambia en una sustancia de una estructura más baja, carne de animal, carne de pez, de pájaro, mostrando con ello su poder infinito de diversificar la misma

sustancia. De modo que la capacidad de Dios se extiende a hacer de un mismo material cuerpos celestiales para uso celestial, y cuerpos materiales para uso material.

No sólo se extiende el poder ilimitado de Dios a diversificar la misma carne en varias clases, ni le permite su poder hacer de la misma sustancia cuerpos para usos inferiores y usos superiores; sino que su poder le capacita además para hacerlos distintos en su gloria (como el sol, la luna y las estrellas, todo de la misma sustancia y forma, pero diferente en gloria, por su poder). Asimismo, puede cambiar los elementos de este cuerpo, haciéndolo glorioso. Por ello, Pablo replica al corintio heterodoxo, que pregunta en espíritu de duda: "¿Cómo pueden ser resucitados los muertos? ¿Y con qué cuerpo vendrán?" (1 Co. 15:35). Resucitados, dice el apóstol, por el poder de Dios, y cambiados para corresponder a las exigencias de la vida resurrecta.

Tenemos también la clara y luminosa afirmación de *Filipenses*:

"Porque nuestra ciudadanía está en los Cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transfigurará el cuerpo de nuestro estado de humillación, conformándolo al cuerpo de la gloria suya, en virtud del poder que tiene también para someter a sí mismo todas las cosas»" (Fil. 3:20 y 21).

Finalmente, el momento del cambio será cuando tenga lugar la segunda venida del Señor Jesucristo:

"Porque el Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del Cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero" (1 Ts. 4:16).

Y el Señor Jesucristo formará nuevos cuerpos a partir del presente cuerpo de humillación, el cuerpo viejo. El modelo para la formación de nuestros cuerpos será su propio cuerpo glorioso, excelente e insuperable en todos los aspectos.

Repetimos una vez más que tenemos en la transfiguración de Jesús un anticipo de su glorioso cuerpo. Como dice el arzobispo Trench:

"La transfiguración ha sido contemplada por la Iglesia como la profecía de la gloria que los santos tendrán en la resurrección. Tal como fue el cuerpo de Cristo en el monte, así será el cuerpo nuestro en la otra vida. En numerosos pasajes tenemos indicaciones del carácter lumi-

No sólo se extiende el poder ilimitado de Dios a diversificar la misma carne en varias clases, ni le permite su poder hacer de la misma sustancia cuerpos para usos inferiores y usos superiores; sino que su poder le capacita además para hacerlos distintos en su gloria (como el sol, la luna y las estrellas, todo de la misma sustancia y forma, pero diferente en gloria, por su poder).

Tenemos en la transfiguración de Jesús un anticipo de su glorioso cuerpo. Estos son los dos hechos gloriosos que aguardan a estos cuerpos: que serán levantados de los muertos por el poder de Dios cuando suene la trompeta del arcángel, pero también que el cuerpo será levantado y experimentará un cambio que lo hará apropiado para la gloriosa vida de resurrección.

noso de los cuerpos glorificados de los redimidos. Todas estas escrituras indican la conformidad gloriosa de nuestros cuerpos entonces, con todo lo que era su cuerpo en aquella ocasión, que se nos mostraba como las primicias de la nueva creación".

Repetimos esta trascendental idea, el modelo de nuestra resurrección lo hallamos en el cuerpo glorificado de Cristo. Esto no sólo lo suponemos, es que se afirma claramente en la Biblia:

"Así también está escrito: *Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante*. Mas no es primero lo espiritual, sino lo natural; después, lo espiritual. El primer hombre, sacado de la tierra, es terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, el del Cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos llevado la imagen del terrenal, llevaremos también la imagen del celestial" (1 Co. 15:45-49).

La Biblia declara que estos cuerpos han de ser cambiados, no que otros cuerpos serán hechos o desarrollados; sino que estos cuerpos de bajeza, estos cuerpos terrenales, serán cambiados y formados según el cuerpo glorioso de Cristo. Fue el mismo cuerpo de Cristo, aquel cuerpo traspasado y muerto en la cruz y que durmió en la tumba de José, el que fue hecho glorioso.

Estos son los dos hechos gloriosos que aguardan a estos cuerpos: que serán levantados de los muertos por el poder de Dios cuando suene la trompeta del arcángel, pero también que el cuerpo será levantado y experimentará un cambio que lo hará apropiado para la gloriosa vida de resurrección:

"Se siembra en deshonor, resucitará en gloria" (1 Co. 15:43).

Enterramos a los muertos demacrados, para que sean tratados ignominiosamente por la podredumbre y los gusanos. Pero estos cuerpos, ahora humillados, cubiertos de llagas y sufrimiento, sin duda, serán luminosos y atractivos, formados con simetría y perfectos en forma:

"Los sabios resplandecerán como el firmamento; y los que vuelven a otros a la justicia, serán como las estrellas, para siempre" (Dn. 12:3).

Sobre este aspecto, el propio Jesús afirmó:

"Resplandecerán como el sol en el Reino de su Padre" (Mt. 13:43).

Ésta será la hora de nuestro triunfo final; el último enemigo, la muerte, será destruido, y no quedarán trazas de la destrucción del pecado. Entonces tendremos la prueba de lo que dice el apóstol y sus resultados:

"Pues tengo por cierto que los sufrimientos del tiempo presente no son dignos de comparación con la gloria que nos será revelada" (Ro. 8:18).

Y por el poder de Dios, las cosas monótonas y pesadas de esta vida adquirirán el brillo de una joya; las aflicciones leves del momento obrarán para nosotros un grande y eterno peso de gloria. Pero, sobre todo, no veremos las cosas de lo Alto a través del cristal enturbiado de esta Tierra, sino cara a cara, como en una visión desvelada y en la plenitud del conocimiento y de la luz...

"Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido [...] Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" (1 Co. 13:12; 2 Co. 3:18).

Conoceremos cómo somos conocidos y comprendemos las cosas que el Señor tiene preparadas para los que le aman.

La venida de Jesús será la hora de nuestro triunfo final; el último enemigo, la muerte, será destruido, y no quedarán trazas de la destrucción del pecado.

12

La segunda venida de Cristo y la resurrección

La resurrección cambiará toda nuestra debilidad corporal en poder. Entonces serviremos a Dios día y noche, con el flujo de un vigor sostenido, sin dolor ni cansancio.

Una estrella que cae no es aniquilada, sino que aparecerá otra vez como una franja de luz. Oh, bendita muerte, este puente de oro puesto por Cristo, mi Señor, entre la orilla de barro del tiempo y la orilla celeste de cristal. Tu sol ya ha descendido mucho; procura no estar lejos del cobijo de la noche. Uno a uno, vamos a salir de este gran mercado hasta que la ciudad quede vacía y los dos grandes recintos o cobijos, el Cielo y el infierno, queden llenos. ¡Oh, triplemente bienaventurados los que se aferran a Cristo con lágrimas y oraciones! [...] Me gozo en la gloria que ha de ser revelada, por-que no es incierta la gloria que esperamos. Nuestra esperanza no depende de un hilo deshebrado, sino del firme sable de nuestra ancla amarrada en el juramento y promesa de Aquel que es la Verdad eterna. Nuestra salvación fue asegurada por la misma mano de Dios, con la propia fuerza de Cristo; asegurada por la inmutable naturaleza divina. Rellenémonos del lastre de la gracia para que el viento no nos lleve de acá para allá.

SAMUEL RUTHERFORD

Hemos visto cómo la resurrección cambiará toda nuestra debilidad corporal en poder. La energía será una de nuestras características predominantes: energía no afectada por el trabajo, el clima, la enfermedad o la muerte; energía sin disminución ni restricciones. Entonces, no habrá cese en el curso de la vida y ánimo, y no habrá necesidad de descanso, sueño, refrigerio o recreo para recuperarse; tampoco habrá desmayo ni fatiga a causa de la tensión más severa o de las más exigentes obligaciones; sino que serviremos a Dios día y noche, con el flujo de un vigor sostenido, sin dolor ni cansancio.

Sabemos que el apóstol Pablo empezó el capítulo 15 de su primera epístola a los corintios refutando los errores sobre la doctrina de la resurrección, pero continuó poniendo la doctrina en su más sublime y hermosa luz, acabando con estas gloriosas palabras:

“Hay un cuerpo natural, y hay un cuerpo espiritual. Así está escrito: *Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante.* Mas no es primero lo espiritual, sino lo natural; después, lo espiritual. El primer hombre, sacado de la tierra, es terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del Cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales, y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos llevado la imagen del terrenal, llevaremos también la imagen del celestial. Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el Reino de Dios ni la corrupción hereda la incorrupción. He aquí, os digo un misterio: no todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es menester que esto corruptible sea vestido de incorrupción y esto mortal se haya vestido de inmortalidad; entonces se cumplirá la Palabra que está escrita: *Sorbida es la muerte con victoria.* ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh sepulcro, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado y el poder del pecado, la ley. Pero gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo. Así que, hermanos míos, amados, sed firmes y constantes, abundando en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es vano” (1 Co. 15:44-58).

En esta hora, los cuerpos de los muertos, serán rescatados en todas sus partículas de la tumba y serán cambiados en incorrupción, y el triunfo será completo. Entonces, y sólo entonces, nuestro canto de victoria resonará y se cumplirá la profecía. Este gran cambio incluye también a los que estén vivos cuando Cristo regrese. Esto es, aunque no hayan muerto, serán cambiados; a saber, serán hechos igual a Cristo. En un momento, más rápido que el pensamiento, la obra será realizada: el cambio, no en sustancia, sino en cualidad.

El futuro del hombre será divinamente glorioso y divinamente ilustre. Compartirá el lugar de Jesús, y donde esté Él estarán sus seguidores. Ésta fue su enseñanza específica:

“Voy a preparar un lugar para vosotros. Y si fuere y os preparare lugar, volveré otra vez, y os recibiré a Mí

En esta hora, los cuerpos de los muertos, serán rescatados en todas sus partículas de la tumba y serán cambiados en incorrupción, y el triunfo será completo. Entonces, y sólo entonces, nuestro canto de victoria resonará y se cumplirá la profecía.

Jesús tiene el lugar de mayor dignidad, de máximo honor en el universo. Dios le ha dado sin ninguna sombra de duda o limitación un Nombre que es sobre todo Nombre; un lugar que es sobre todo lugar. Jesús lo llama "paraíso", un lugar de inefable belleza, adornado por Dios y abundando en adornos divinos, que fascina los ojos y enajena el corazón. Y la Palabra divina dice que Jesús pastoreará a los bienaventurados en esta Tierra.

mismo; para que donde Yo esté, vosotros estéis también" (Jn. 14:2 y 3).

Igualmente, dijo:

"Padre, a los que me has dado, quiero que dónde Yo esté ellos estén conmigo; que vean la gloria que me has dado" (Jn. 14:24).

La afirmación de Apocalipsis es, asimismo, clara, firme y exaltada:

"Al que venciere, Yo le daré que se siente en mi trono, como Yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono" (Ap. 3:21).

Jesús tiene el lugar de mayor dignidad, de máximo honor en el universo. Dios le ha dado sin ninguna sombra de duda o limitación un Nombre que es sobre todo Nombre; un lugar que es sobre todo lugar. Jesús lo llama "paraíso", un lugar de inefable belleza, adornado por Dios y abundando en adornos divinos, que fascina los ojos y enajena el corazón. Y la Palabra divina dice que Jesús pastoreará a los bienaventurados en esta Tierra. Sí, con Jesús estarán, y Jesús estará por ellos. En otras palabras, el honor, la gloria y la dignidad concedidos a Él serán nuestros ¡Seremos coherederos con Él de la gran herencia de Dios!

Estoy plenamente persuadido de que esto es una Verdad infalible y necesaria: que ha sido designado que los hombres mueran una vez, así como que los hombres se levanten de la muerte, que sus almas separadas de su cuerpos estén en las manos de Dios y vivan y que sus cuerpos disueltos en el polvo o esparcidos en cenizas sean recogidos y reunidos a sus almas. Que la misma carne que vivió antes será vivificada y que el mismo cuerpo que cayó será resucitado –todos y cada uno– y que esta resurrección será universal, no exceptuándose a ningún hombre. Finalmente, que ninguna carne quedará en el sepulcro y que todos los justos serán resucitados a resurrección de vida, y todos los injustos a resurrección de condenación; que todo esto tendrá lugar el último día, cuando suene la trompeta final. Y esto, creo Yo, es la resurrección del cuerpo...

¡Con qué aclamaciones los santos, levantados de entre los muertos, vitorearemos al Redentor! ¡Cómo resonarán en los Cielos nuestras alabanzas para siempre! "Gracias sean dadas a Dios" será nuestro cántico; y los ángeles se juntarán al coro y declararán su asentimiento con un fer-

LIBRO II

LA GLORIA DEL CIELO

1

El cielo, un hogar

Que los otros se afanen por su casa terrena que devoran las llamas, que las aguas inundan. Mi hogar se encuentra firme, a resguardo, seguro, en la mansión celeste junto al trono divino. Cuando perezca el mundo y se vuelva un vacío, las estrellas declinen, el sol y la luna se apaguen y la naturaleza halle término y fin, esta mansión celeste seguirá siendo mía...

WILLIAM HUNTER

La epístola a los hebreos, hablando de los santos del Antiguo Testamento, dice:

“Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, saludándolo y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la Tierra. Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria” (He. 11:13 y 14).

He aquí lo que es el Cielo: nuestra patria. En otras palabras, aquí somos extranjeros, peregrinos, advenedizos. Por tanto, el estado de ánimo de un extranjero, la soledad y nostalgia de un peregrino es lo que debemos sentir. Y el corazón suspira como si estuviéramos desterrados, no naturales de estos contornos, porque somos nacidos del Cielo y buscamos la patria celestial...

Sí, el Cielo debería llenar nuestros corazones, nuestras manos y nuestro carácter de tal forma que todos los que nos vieran se dieran cuenta de que pertenecemos a un clima mejor que éste. La misma atmósfera de este mundo deberíamos considerarla como nociva, insípida, aburrida. El Cielo es nuestra patria nativa, y la hora de morir es para nosotros la hora de nacer. El Cielo debería, pues, despertar nuestro deseo y, como un imán, atraernos hacia arriba.

Solamente el deber, el deber inexorable, nos retiene... Conocí a una joven que decía que no había vivido ni un minuto, desde hacía varios años, en el que hubiera deseado continuar viviendo un solo momento más en la Tierra, excepto para hacer el bien, vivir para Dios y lo que pudiera redundar en su gloria. Así también, Pablo fue llevado a un punto en el que tuvo que decidir entre el deseo de

El Cielo debería llenar nuestros corazones, nuestras manos y nuestro carácter de tal forma que todos los que nos vieran se dieran cuenta de que pertenecemos a un clima mejor que éste.

En ninguna parte de esta Tierra podremos hallarnos en casa de modo más profundo, satisfactorio y feliz como en el Cielo.

estar con Cristo en el Cielo y el deber de permanecer en la Tierra cumpliendo su misión:

“Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia. Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambos lados me siento apremiado, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros. Y confiado en esto, sé que quedaré y permaneceré con todos vosotros, para vuestro provecho y gozo de la fe” (Fil. 1:21-25).

En efecto, el deber aparta el deseo y nos enseña a esperar hasta el glorioso momento del placer celestial.

Volvamos a Hebreos 11, y descubramos cómo aquellos antiguos creyentes se sentían como peregrinos y extranjeros en esta Tierra, suspirando por el Cielo. ¡Ay, de los corazones que estén establecidos aquí! El Cielo será extraño para ellos, una tierra distante, alejada.

Escribiendo a los corintios sobre la actitud del cristiano respecto al Cielo, Pablo expresó lo siguiente:

“Preferimos estar ausentes del cuerpo y habitar en la Presencia del Señor” (2 Co. 5:8).

Fijémonos en el verbo usado por el apóstol: “habitar”; a saber, “residir en un hogar”. He aquí uno de los símbolos del Cielo más atractivos, dulces y firmes: el Cielo es nuestra propia casa, nuestro hogar, nuestra patria. Tenemos los pies cansados y el corazón dolido, pero allí encontramos descanso y consuelo, pues allí somos bienvenidos.

Más aún, en ninguna parte de esta Tierra podremos hallarnos en casa de modo más profundo, satisfactorio y feliz como en el Cielo. Y no sólo cuando lleguemos allá, sino ya en el camino nos sentimos entrelazados y unidos al mundo celestial.

Se dice que un predicador escocés, después de visitar un *hogar para pastores*, hizo el siguiente comentario:

“El edificio es demasiado cómodo. No creo que los pastores debieran residir en un lugar que sea tan hermoso”.

La idea es que debemos guardarnos de cualquier cosa que nos atraiga demasiado y nos ate a esta Tierra, porque lo que nos atrae a la Tierra nos hace sentir menos atraídos hacia el Cielo. Es decir, el corazón que se satisface con los amores terrenos suspira menos por los celestiales. Recordémoslo, el Cielo es nuestro hogar, nuestra mansión:

“Porque sabemos que cuando nuestra casa terrenal se deshaga, tenemos un hogar en los Cielos no hecho con las manos, sino eterno” (2 Co. 5:1).

Y es que las casas terrenales, por hermosas y costosas que sean, y bien construidas que estén, están sujetas a desmoronarse a la larga; llevan en sí, en sus mismos fundamentos, la marca de la fragilidad, la temporalidad y la muerte. Mientras que las casas del Cielo son construidas por Dios y son permanentes e incorruptibles como su constructor.

Pablo afirma otra vez esta seguridad y confianza en la realidad del Cielo como un lugar palpable, nuestro hogar:

“Así que vivimos siempre animados, y sabiendo que, entre tanto que habitamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor” (2 Co. 5:6).

Él mismo fue llevado al paraíso, al tercer Cielo (véase 2 Co. 12:2).

De hecho, en toda la Biblia se da por sentado que el Cielo es un lugar estable, permanente, atrayente, en contraste con la cambiante condición de nuestro peregrinaje en la Tierra. Y si la descripción del Apocalipsis de Juan es equivalente a los aspectos materiales del Cielo, se trata de un lugar de belleza exquisita e incomparable, incorruptible, sin mancha e inmarcesible.

Esteban, por ejemplo, el primer mártir y un hombre lleno de fe y del Espíritu Santo, en presencia de una muerte cruel por la masa amotinada, tuvo una visión del Cielo:

“Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el Cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba de pie a la diestra de Dios, y dijo: *He aquí, veo los Cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está de pie a la diestra de Dios*. Entonces ellos gritando a grandes voces se taparon los oídos y arremetieron a una contra él. Y echándole fuera de la ciudad, comenzaron a apedrearle; y los testigos pusieron sus ropas a los pies de un joven que se llamaba Saulo. Y apedreaban a Esteban mientras él invocaba y decía: *Señor Jesús, recibe mi espíritu*. Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: *Señor, no les tomes en cuenta este pecado*. Y habiendo dicho esto, se durmió» (Hch. 7:55-60).¹

Las casas terrenales, por hermosas y costosas que sean, y bien construidas que estén, están sujetas a desmoronarse a la larga; llevan en sí, en sus mismos fundamentos, la marca de la fragilidad, la temporalidad y la muerte. Mientras que las casas del Cielo son construidas por Dios y son permanentes e incorruptibles como su constructor.

1. La expresión “se durmió” es la figura que se aplica al cuerpo. Esteban vio el Cielo estando todavía su cuerpo despierto. Vio algo objetivo. ¿Cómo pudo verlo? Esto no resulta comprensible dentro del

Podemos saber muchas cosas del Cielo por medio de Jesús: De modo sencillo y en un lenguaje familiar, Jesús nos dio cuenta de que el Cielo es un lugar. ¿Qué fueron aquellas palabras que pronunció en la memorable conversación con Nicodemo, sino un contraste entre los dos lugares, el Cielo y la Tierra, dándonos con ello su identificación y la localización del lugar?

Él vino del Cielo, sufrió para el Cielo, vivió en el Cielo, regresó al Cielo; procedía del Cielo, respiraba la atmósfera espiritual del Cielo, hablaba el lenguaje del Cielo, estaba deseoso de regresar al Cielo. “Si os he dicho cosas de la Tierra, y no creéis, ¿cómo creeréis si os digo las del Cielo? Y nadie ha subido al Cielo, sino el que descendió del Cielo; el Hijo del Hombre, que está en el Cielo” (Jn. 3:12 y 13).

Podemos, pues, saber muchas cosas del Cielo por medio de Él: vino del Cielo, sufrió para el Cielo, vivió en el Cielo, regresó al Cielo; procedía del Cielo, respiraba la atmósfera espiritual del Cielo, hablaba el lenguaje del Cielo, estaba deseoso de regresar al Cielo. Podemos, pues, saber muchas cosas del Cielo por medio de Él: vino del Cielo, sufrió para el Cielo, vivió en el Cielo, regresó al Cielo; procedía del Cielo, respiraba la atmósfera espiritual del Cielo, hablaba el lenguaje del Cielo, estaba deseoso de regresar al Cielo. No tiene, entonces, que extrañarnos que podamos oír de sus labios muchas cosas sobre el Cielo:

“Y les dijo: Vosotros sois de abajo, Yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, Yo no soy de este mundo” (Jn. 8:23).

También su sermón del monte, sin duda, el comienzo de su predicación, principió con el tema del Cielo:

“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mt. 5:3).

Aquí, Jesús nos enseña que dejemos brillar nuestra luz para glorificar a nuestro Padre que está en el Cielo y que, a menos que nuestra justicia sea superior a la de los escribas y fariseos, no podremos entrar en el Reino de los Cielos. De modo que empieza su divina misión, su carrera maravillosa y su primera predicación saturado con la idea de los principios del Cielo:

“Arrepentíos, porque el Reino de los Cielos se ha acercado” (Mt. 4:17).

cuadro de leyes físicas que conocemos; es uno de los misterios de Dios no conocidos todavía por la ciencia humana. Pero es tan real y positivo como lo es para nosotros hoy día la televisión, la cual habría sido un misterio incomprensible para nuestros antepasados que desconocían un aspecto importante del universo de Dios, como son las leyes de la electrónica...

Probablemente existe alguna otra gama de leyes ultrafísicas que relacionan el mundo espiritual con el mundo físico, desconocido todavía por los hombres, pues no podemos pretender que la ciencia humana tenga ya la última palabra acerca de los secretos y misterios de la naturaleza, que son los misterios de Dios.

Igualmente, la sexta bienaventuranza se refiere al mismo concepto:

“Bienaventurados los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios” (Mt. 5:8).

Esto incluye y halla su completa realización en el Cielo: el ver a Dios, el verle en todo, en cada lágrima que enturbia sus ojos o que parte su corazón, esto es el Cielo, el Cielo que ha empezado ya en la Tierra...

“Pero ahora vemos mediante espejo, borrosamente, mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré tan cabalmente como fui conocido” (1 Co. 13:12).

Además, nos dice:

“Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mt. 5:9).

Y añade:

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mt. 5:10).

Finalmente, se despiden con esta bienaventuranza:

“Bienaventurados seréis cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros mintiendo. Gozáos y alegráos, porque vuestro galardón es grande en los Cielos; porque así persiguieron a los profetas que os precedieron” (Mt. 5:11 y 12).

En definitiva, cuando el Señor hizo su primer llamado al discipulado, estimuló y alentó esta llamada con el consuelo y la esperanza del Cielo. Y es que el Cielo es el mismo fundamento del sistema de Jesús, su primer pensamiento, su esperanza más clara. No quiere que esto salga de su mente, que su Padre está en el Cielo, un lugar definido, localizado y que ellos, que son sus hijos, han de mostrar su carácter, imitar su conducta y compartir el Cielo. Nos repite una y otra vez que el Cielo es su hogar y que el Carácter del Padre debe ser reflejado en el carácter de los hijos; puesto que el hogar del Padre ha de ser el hogar de los hijos:

“Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero Yo os digo: amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y persiguen; para que así lleguéis a ser hijos de vuestro Padre que está en los Cielos, que hace salir su sol sobre

Quando el Señor hizo su primer llamado al discipulado, estimuló y alentó esta llamada con el consuelo y la esperanza del Cielo. Y es que el Cielo es el mismo fundamento del sistema de Jesús, su primer pensamiento, su esperanza más clara.

El Cielo es malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. un lugar Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa –o lo que es tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? lo mismo, Y si saludáis a vuestros hermanos sólo, ¿qué hacéis de un hogar es más? ¿No lo hacen también los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los siempre un lugar– Cielos es perfecto» (Mt. 5:43-48).² que nos atrae, Jesús conserva el lugar, el ser, el orden y la belleza del que arrastra Cielo siempre delante de nosotros y nos lo presenta diciéndonos: “Sed como Dios; Él es vuestro Padre, y los hijos nuestro corazón, deben ser como el Padre. El Cielo es su hogar: haced alrededor del cual se vuestro semejante al suyo”. centran nuestros recuerdos. Sin embargo, a pesar de su deseo expresado, la Tierra no es un lugar seguro: hay en ella ladrones, y los tesoros desaparecen...

“No alleguéis tesoros en la Tierra, donde la polilla y el orín corroen, y donde los ladrones horadan y hurtan; sino alleguéis tesoros en el Cielo, donde ni la polilla ni el orín corroen, y donde los ladrones no horadan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón. La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que hay en ti es tinieblas, ¿cuán grandes no serán las mismas tinieblas?” (Mt. 6:19-23).

Sólo en el Cielo reina la seguridad absoluta. Allí no hay ladrones, ni polilla, ni nada es destruido por la herrumbre; todo permanece pulido y brillante para siempre. ¡Cuán clara es la necesidad de obedecer el consejo de Jesucristo para tener esta seguridad!

2. Es muy curiosa esta expresión plural –“Cielos”– en labios de Cristo; sobre todo cuando habla del Cielo en relación a Dios, el Ser infinito y omnipotente, expresión transmitida por unos testigos de sus enseñanzas que ignoraban humanamente muchas cosas que nosotros hoy sabemos acerca del universo. Ellos ignoraban completamente la existencia de un universo múltiple con millares de estrellas. Los planetas que hoy conocemos eran para ellos simples focos de luz procedentes de un Cielo único. Hablaban del Reino de los Cielos en plural, sin duda, por inspiración divina.

Para los antiguos, el Cielo era un lugar elevado sobre la Tierra, como el piso superior de este mundo. El Reino de los Cielos constituía, en labios de los apóstoles, una expresión superior a los conocimientos y cultura de su tiempo, pero bien natural y conocida por Aquel que había venido de arriba...

¡Cuán énfasis hace sobre el Cielo el divino Maestro! Jesús quiere que nuestros corazones estén allí. ¡Tienen que estar allí, si es que hemos de llegar allí, algún día! No nos dividamos, pues, entre el Cielo y la Tierra:

“Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se adherirá al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mt. 6:24).

Y Jesús calma nuestros corazones y establece nuestra confianza –cosa que es imposible cuando nos dejamos absorber por las necesidades del mundo–, diciéndonos:

“Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mt. 6:33).

Porque el Cielo es un lugar –o lo que es lo mismo, un hogar es siempre un lugar– que nos atrae, que arrastra nuestro corazón, alrededor del cual se centran nuestros recuerdos. Y todos estos pasajes y otros semejantes demuestran que el Cielo ocupa un espacio definido y real.

Es lógico, sabemos que tendremos cuerpos después de la resurrección, transfigurados según el modelo del glorioso cuerpo de Cristo; pero éstos requerirán casas donde habitar. De ahí que el Cielo sea un lugar tangible, con casas: nuestro hogar y el hogar del Padre...

“¡Jerusalén, hogar feliz, sagrado para mí!

Mis penas, ¿cuándo cambiaré por gozo y paz en ti?

Y ¿cuándo, oh casa de mi Dios, tus atrios pisaré?

Y ¿cuándo allí, mi Salvador, tu gloria cantaré?

Profetas con los ángeles adoran a Jesús; apóstoles y mártires ya gozan de tu luz.

Y yo también pronto iré mi canto a entonar, la gracia de mi sumo Rey con ellos a alabar.

Jerusalén, hogar feliz, morada para mí,

todas mis penas cesarán en gozo y paz en ti».

Sabemos que tendremos cuerpos después de la resurrección, transfigurados según el modelo del glorioso cuerpo de Cristo; pero éstos requerirán casas donde habitar. De ahí que el Cielo sea un lugar tangible, con casas: nuestro hogar y el hogar del Padre.

2

El Cielo, una ciudad

En todo el Antiguo y el Nuevo Testamento se nos dan tipos y sombras, preceptos y promesas de que los santos heredarán el Cielo después de la muerte. No hay verdad establecida de modo más claro y más necesaria al hombre, más de acuerdo con el carácter de Dios y conforme a su gloria, que la verdad y la doctrina del Cielo.

Se le llama un "reino" por su inmensidad, y una "ciudad" por su gran hermosura y su población. Está lleno de habitantes de todas las naciones y también de muchos ángeles. Hay en el Cielo un número incontable de justos, todos los que han muerto desde los días de Abel. Y allí acudirán todos los que mueran en Cristo hasta el fin del mundo, y después del juicio final permanecerán allí para siempre revestidos de cuerpos gloriosos. ¡Cuán feliz será vivir con tales personas!

JEREMIAS TAYLOR

En todo el Antiguo y el Nuevo Testamento se nos dan tipos y sombras, preceptos y promesas de que los santos heredarán el Cielo después de la muerte. No hay verdad establecida de modo más claro y más necesaria al hombre, más de acuerdo con el carácter de Dios y conforme a su gloria, que la verdad y la doctrina del Cielo; un Cielo eterno, no contaminado, de bienaventuranza, perfecto, por los siglos de los siglos sin fin, ésta es una doctrina que enaltece al hombre y honra a Dios.

Y dicha Verdad se basa en el advenimiento, la Persona y la obra de Jesucristo, por el cual fueron hechos los Cielos. Sí, Cristo es nuestro camino hacia el Cielo...

Repetimos, hay muchas lecciones en la Biblia que declaran en palabras, figuras e imágenes el hecho real del Cielo, el cual está más allá de esta vida, pues está localizado en otro punto... La línea limítrofe, la muerte, tiene que ser cruzada para que sus puertas se nos puedan abrir y podamos entrar a poseer la Tierra.

Pero entre las muchas ilustraciones que hay acerca de la naturaleza del Cielo, la de una ciudad es la más visible; ya que parece darnos una idea clara y plena de esa tierra desconocida mejor que cualquier otra. Esto es, una ciudad está llena de vida y bullicio; sus escenas nos dan una idea de vida mejor que cualquier otra. Igualmente, el Cielo es una ciudad de vida, una vida ilimitada, sin condiciones, ni tiempo, o restringida por el ambiente, o por la muerte,

como ocurre en esta Tierra, sin lágrimas ni pena, vida sin cesar, sin marchitarse, eterna...

Una ciudad es también una imagen de unión. De ahí que la vida allí sea íntima y próxima, por necesidad. En la Tierra hay desunión y separación, inclusive geográfica. Pero en el Cielo no hay distancias: el mar y las montañas no existen.

Es, asimismo, una ciudad de amor, donde el afecto y el anhelo se hallan activos, sin cesar. Así, los amados de la Tierra han puesto su amor más íntimo en el Cielo y lo que hay allí, y los ángeles hacen de él el objeto de su amor.

Hay amigos allí que han encontrado su hogar en esa ciudad... A lo largo de los siglos, los pies cansados de los santos de esta Tierra han hallado descanso de sus peregrinajes en esa ciudad amada. Nadie sale de ella; el amor los ciñe a todos. "La ciudad de nuestro Dios" (Sal. 48:1), dijo el salmista, no sólo porque Dios hizo los planes y puso los fundamentos, la construyó, la equipó y la terminó, sino porque Él mismo vive en ella y toda la vida allí está dirigida por Él; vida en su plenitud de significado, vigor y brillantez. Sí, Dios es su vida, Dios es su hacedor y su constructor. ¡Ningún arcángel podría haberla hecho tan gloriosa! Únicamente, el Dios Creador, que dio origen al universo, construye ahora esta ciudad soberbia como morada de sus elegidos de la Tierra.

La noche no proyecta su sombra sobre la ciudad celestial, pues Dios es más inmediato, más personal, más glorioso allí- si puede decirse la expresión- que en cualquier otra parte. Y la vida allí halla en Él su fuente inmediata, y es vida en su plenitud, dulce, graciosa, atractiva y libre de cualquier cosa que pudiera mancharla o restringirla en su perfección sin fin. Una ciudad gloriosa, construida por Dios para sus habitantes gloriosos, ¿quién puede imaginarse su magnificencia? ¿Quién puede concebir la gloria de sus habitantes bienaventurados?

Es también una ciudad amurallada, es decir "protegida", y sus murallas son de piedras preciosas.

Finalmente, es llamada la *Nueva Jerusalén Celestial*, no sólo para distinguirla y contraponerla a la vieja Jerusalén terrenal, sino también para designar su frescura y su carácter novedoso y permanente, en la cual no habrá decaimiento ni palidecerá su gloria. Así, la Jerusalén terrenal era el centro de las esperanzas del pueblo judío cuyos

Entre las muchas ilustraciones que hay acerca de la naturaleza del Cielo, la de una ciudad es la más visible; ya que parece darnos una idea clara y plena de esa tierra desconocida mejor que cualquier otra.

Esta ciudad es llamada la Nueva Jerusalén Celestial, no sólo para distinguirla y contraponerla a la vieja Jerusalén terrenal, sino también para designar su frescura y su carácter novedoso y permanente, en la cual no habrá decaimiento ni palidecerá su gloria.

corazones estaban centrados en ella. Más aún, no había cánticos cuando estaban alejados de ella, sino tristeza y destierro. Incluso sus oraciones eran pronunciadas con las ventanas abiertas mirando a Jerusalén. El judío hallará, pues, plena compensación por la pérdida de su Jerusalén terrenal en esta nueva ciudad, que durará eternamente, sin que decaiga su ilustre renombre o gloria.

Todo esto son símbolos de lo que la Jerusalén celestial debiera representar para nosotros:

“¡Si te olvido, oh Jerusalén, que mi mano derecha olvide su destreza! Si no te recuerdo, que mi lengua se pegue a mi paladar; si no prefiero a Jerusalén sobre todos mis goces” (Sal. 137:5 y 6).

En efecto, el Cielo ha de ser para nosotros máspreciado de lo que lo fue Jerusalén para los judíos. Porque en este mundo “gemimos, deseando ser revestidos de nuestra morada que es en los Cielos” (2 Co. 5:2).

Hay muchas cosas terrenas que, sin embargo, por circunstancias o por designio, moldean nuestras vidas en la Tierra, pero nuestras vidas celestiales serán formadas por las condiciones del Cielo y serán divinas. Y si bien la Tierra no será olvidada del todo, apenas recordaremos las cosas pasadas. Y es que las cosas de la Tierra serán apartadas de nuestra atención y de nuestro pensamiento a causa de la grandeza y magnificencia de la gloria del Cielo. Hasta las relaciones más estimadas y las más agradables serán demasiado pobres para que acudan a nuestra mente en el Cielo:

“Vi un Cielo nuevo y una Tierra nueva; porque el primer Cielo y la primera Tierra desaparecieron, y el mar ya no existe más. Y yo, Juan, vi la santa ciudad, la Nueva Jerusalén, descender del Cielo, de junto a Dios, dispuesta como una novia ataviada para su esposo. Y oí una gran voz procedente del Cielo que decía: *He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y Él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.* Y el que estaba sentado en el trono dijo: *He aquí, Yo hago nuevas todas las cosas.* Y me dijo: *Escribe, porque estas palabras son fieles y verdaderas*” (Ap. 21:1-5).

Sí, todas las cosas serán hechas nuevas: no habrá marcas de la edad, ni cosas viejas que hayan sido refor-

madadas, sino nuevo mundo, nueva vida, nueva historia, nuevo ambiente, nuevas condiciones y nuevo destino. A saber, los sueños del mundo, las pinturas famosas, la poesía, las novelas, la música, todas estas cosas incapaces de darnos la menor idea de este mundo maravilloso, quedarán reducidas a la nada ante las melodías, la belleza y los encantos del Cielo.

Una mente y una memoria transfigurada, un amor y un pensamiento purificado, un cuerpo transfigurado, brillando como el sol en el esplendor del medio día, sin eclipses y sin temor de la noche, un Cielo y una Tierra transfigurados, ésta será la herencia eterna de los santos.

El atavío nupcial, éstos son los emblemas de la belleza perfecta, de gusto y gozo perfectos, ésta es la luna de miel de los Cielos.

Y al igual que en el Antiguo Testamento, Dios residía en su tabernáculo terrenal, al lado del pueblo hebreo, en el Cielo, la Nueva Jerusalén será su tabernáculo donde habitar con nosotros, quienes recibiremos su Ser y sus bendiciones directamente de Él, sin necesidad de intermediarios:

“Y no vi en ella santuario; porque el Señor Dios Todopoderoso es el santuario de ella, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera” (Ap. 21:22 y 23).

¡Qué gran noticia! Dios habitando cara a cara con nosotros... Que así sea; amén.

Y al igual que en el Antiguo Testamento, Dios residía en su tabernáculo terrenal, al lado del pueblo hebreo, en el Cielo, la Nueva Jerusalén será su tabernáculo donde habitar con nosotros, quienes recibiremos su Ser y sus bendiciones directamente de Él, sin necesidad de intermediarios.

3

El Cielo, una ciudad (continuación)

Una ciudad es un símbolo de vida en su magnificencia y en su gloria. Y el Cielo será la realización de esto. Sin duda, en esta figura se encuentra la simpatía, el amor y la comunión que habrá en abundancia allí.

Ama el Cielo. Pon tu corazón en él. Mira hacia arriba, visita el país nuevo y mira la hermosa ciudad, y el trono blanco y el Cordero; corre, porque ya es tarde.

SAMUEL RUTHERFORD

El término "ciudad" es un tipo familiar de vida y lugares celestes, pues la ciudad es un centro de poder y de vida. Hemos visto cómo el Cielo es una gran ciudad: todos los principios y hechos de los cuales es exponente el término "ciudad" hallan su expresión allí. Una ciudad de oro y joyas significa la hermosura incomparable de este país y su vida. Las joyas están en los fundamentos de sus paredes, y el oro es la sustancia de que está hecho su suelo. Los materiales más costosos en la Tierra son las cosas más comunes en el Cielo. Es una gran ciudad, la capital de Dios, refulgente con la gloria de su presencia.

Se usa también la palabra "ciudad" como referencia al origen de la palabra: "plenitud, multitud". Porque el Cielo estará lleno: "una multitud innumerable, que ningún hombre podía contar" (Ap. 7:9) se hallará dentro de sus paredes; no esparcida aquí y allá, sino llenando sus arterias y sus callejuelas.

El camino para llegar al Cielo es, no obstante, estrecho, y la puerta es también estrecha, y pocos los que van por él; pero cada comunidad, cada generación ha contribuido con unos pocos que se atreven a ser únicos, a luchar y avanzar solos. Y al final el número total será muy grande. Si tú y yo perdemos esta Tierra feliz, otros seguirán el camino que deberíamos haber seguido nosotros y tomarán la corona que nosotros habremos perdido...

Una ciudad, pues, es un símbolo de vida en su magnificencia y en su gloria. Y el Cielo será la realización de esto. Sin duda, en esta figura se encuentra la simpatía, el amor y la comunión que habrá en abundancia allí.

Hemos estudiado también que será una ciudad permanente; no el mesón para el peregrino, sino un hogar

perpetuo. Lo transitorio y efímero de la naturaleza de las cosas sociales en esta Tierra es bien conocido: la poesía y la imaginación nos hablan de ello. Es una parte de la triste experiencia de la vida que las cosas de esta Tierra son mudables, como la flor se marchita y los goces más preciados desaparecen. En cambio, el Cielo será permanente.

Se habló igualmente de una ciudad preparada, lista equipada, completa. No hay bosques silvestres, no hay labor sin cesar para construir ni tierra que remover; sino que todo está preparado, cuidado con gusto, amueblado para nuestra comodidad y dispuesto.

Pero además de todo lo dicho, y sobre todo, es una ciudad pura, sin mácula en su carácter, pues nada impuro puede penetrar en ella. Todo brilla como el diamante. En otras palabras, es tan grande en su bondad y luz, en su poder y atracción como en su hermosura y grandeza. Y es que aún más importante para nosotros que su grandeza es su santidad.

No obstante, el adjetivo "santa" no es fácil de definir con certeza y claridad. Etimológicamente significa "separada para Dios, dedicada a Él". También podríamos añadirle como sinónimo "pura". Esto es, en el Cielo la atmósfera es pura y clara y brilla como el cristal. Una ciudad cuya luz es, en su pureza, su brillo y su permanencia, una emanación de Dios y del Cordero:

"Vino entonces a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete últimas plagas, y habló conmigo, diciendo: *Ven acá; yo te mostraré la novia, la esposa del Cordero.* Y me llevó en espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del Cielo, de junto a Dios, teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspé, diáfana como cristal. Tenía un muro grande y alto con doce puertas, doce ángeles y nombres inscritos, que son los de las doce tribus de Israel" (Ap. 21:9-12).

En este pasaje observamos que fue necesaria la luz y poder del Espíritu y la elevación y perspectiva sublime de la cima de una montaña para ver esta ciudad en su inagotable magnificencia y los encantos insuperables de su gloria siempre creciente. ¡Qué grandeza la de esta visión, el éxtasis del espíritu, la maravilla de la ciudad y la inspiración y sublimidad de la montaña! Todo ello

Sobre todo, es una ciudad pura, sin mácula en su carácter, pues nada impuro puede penetrar en ella. Todo brilla como el diamante. En otras palabras, es tan grande en su bondad y luz, en su poder y atracción como en su hermosura y grandeza. Y es que aún más importante para nosotros que su grandeza es su santidad.

Dios está allí, la gloria de Dios, la revelación más brillante y gloriosa de su gloria increada. No ya Dios, solamente, sino la preeminente e incomprensible manifestación de todo lo que en gloria y majestad significa Dios. Sí, la revelación de Dios es esta gloria, luz, bienaventuranza y esplendor; una luz más preciosa que la del diamante mejor tallado, más puro y más brillante que el sol.

contribuyó a enaltecer la visión y, a pesar de ello, no puede darnos sino una lejana semejanza de la realidad. Es un cuadro de hermosura exquisita, pero no pasa de ser una imagen; porque la vida, la realidad, la substancia es algo imposible de imaginar...

“Teniendo la gloria de Dios”, ¿qué significa esto? ¿Quién es capaz de imaginarlo? Dios está allí, se nos dice, la gloria de Dios, la revelación más brillante y gloriosa de su gloria increada. No ya Dios, solamente, sino la preeminente e incomprensible manifestación de todo lo que en gloria y majestad significa Dios. Sí, la revelación de Dios es esta gloria, luz, bienaventuranza y esplendor; una luz más preciosa que la del diamante mejor tallado, más puro y más brillante que el sol.

Las murallas y las puertas hallan asimismo su expresión en Isaías:

“a tus muros llamarás *salvación* y a tus puertas *alabanza*” (Is. 60:18).
Tenemos, en efecto, una ciudad fuerte:
“Dios te dará salvación por muros y baluartes” (Is. 26:1).

Los muros representan la fuerza y el poder de la salvación de la vida celestial. Tan evidentes y poderosas son las fuerzas de su salvación en el Cielo que Juan exclama de modo espontáneo y sin restricciones:

“Después de esto miré, y vi una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones, tribus, pueblos y lenguas que estaban de pie delante del Cordero, cubiertos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: *La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono y al Cordero*. Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono y adoraron a Dios, diciendo: *La bendición, la gloria, la sabiduría, la acción de gracias, el honor, el poder y la fortaleza sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos, amén*” (Ap. 7:9-12).

Acerca de los muros, el apóstol añade:

“Y el muro de la ciudad tenía doce fundamentos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero (...) El material de su muro era de jaspe; pero la ciudad era de oro puro, semejante al cristal puro; y los

cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda clase de piedras preciosas” (Ap. 21:14, 18 y 19).

Así, los muros no estaban sólo para proteger, ya que las joyas realzan su hermosura. Y es que la vida celestial será una vida protegida, dentro de la fuerza y hermosura, sugerida por murallas y piedras preciosas. No tendremos, pues, por qué salir de allí:

“Al que venza, Yo le haré columna en el santuario de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre el Nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad de mi Dios, la Nueva Jerusalén, la cual descende del Cielo, de mi Dios, y mi Nombre nuevo” (Ap. 3:12).³

Porque los motivos e influencias que nos retendrán en el Cielo serán tan fuertes como sus murallas, más que el hierro y tan resplandecientes como el jaspe; fuerte, pero rico, variado, brillante, hermoso como las joyas que adornan sus paredes.

Observamos, además, otro detalle: que el material con el que estaban constituidas las paredes de los muros era jaspe; piedra utilizada también para describir el aspecto del mismo Dios:

“Y al instante estuve en espíritu; y he aquí, un trono estaba colocado en el Cielo y uno sentado en el trono, y el que estaba sentado era semejante en aspecto a piedra de jaspe y de sardio” (Ap. 4:2 y 3).

He aquí la semejanza entre Dios y su santa ciudad...

Otro aspecto a destacar es que la ciudad es de oro puro, transparente y reflejando toda clase de belleza, muy superior a las riquezas y pureza del oro terrenal.

Rescapulemos: los muros son de jaspe, los fundamentos de joyas de toda clase de colores y valor, las puertas de perlas y la ciudad de oro puro transparente. Todas estas figuras, valores y belleza son exhaustivas. ¿Qué hay que

3. La expresión “nunca más saldrá de allí” indica que nunca más perderá su derecho a la ciudadanía bendita de habitante de la ciudad celeste; no implica una reclusión forzosa como en una cárcel. Quizás podríamos citar aquí la declaración de Apocalipsis. 22:3:

“... sus siervos le servirán”.

Si el Cielo es un lugar en el universo de Dios, como declara Juan en los capítulos 1 y 2 de este libro, es propio que se cumpla la declaración de Jesús en la *parábola del Buen Pastor* —“entrará y saldrá” (Jn. 10:9)—, aplicada al servicio del Ser Infinito, en un universo casi infinito, para nuestra humana concepción; teniendo siempre como centro de toda actividad la ciudadanía celestial.

El material con el que estaban constituidas las paredes de los muros era jaspe; piedra utilizada también para describir el aspecto del mismo Dios. He aquí la semejanza entre Dios y su santa ciudad.

Aquellos que
habitarán allí
tendrán,
en definitiva,
un carácter
precioso
simbolizado
por los doce
fundamentos
de joyas.
La ciudad
brilla como
el diamante
y los que en
ella residen
serán puros
y perfectos.

pueda sobrepasar a esto? No hay valores en la Tierra que se le puedan comparar en hermosura. Todas las posibilidades del vocabulario de los ángeles y de los hombres han sido agotadas, pero con esto sólo describimos el exterior. Lo que hay en el interior en cuanto a belleza y bondad es imposible captarlo con palabras. Los diamantes, el oro y las joyas carecen de valor para describir a sus seres purificados, su vida y aquello en que se ocupan.

Aquellos que habitarán allí tendrán, en definitiva, un carácter precioso simbolizado por los doce fundamentos de joyas. La ciudad brilla como el diamante y los que en ella residen serán puros y perfectos.

El suelo mismo, pisado por sus pies, es como un espejo que refleja a los santos que se pasean por sus calles; sus formas perfectas de hermosura indescriptible se reflejan en el oro purísimo, como símbolo de la santidad y pureza heredada de cada uno de sus habitantes...

"A tus muros llamarás *salvación* y a tus puertas *alabanza*", volvemos a leer en la descripción profética de Isaías acerca de la Nueva Jerusalén. Las puertas eran para los israelitas el lugar de consejo, sabiduría y poder, pues allí se reunían los ancianos gobernantes para efectuar sus deliberaciones y juicios. De la ciudad celestial se nos dice que cada una de sus doce puertas es una perla. Todas iguales para darnos idea de la unidad, pureza y valor de aquellos que entran en ellas.

Se tratará, además, de una vida llena de vigor, como un río, profundo, inagotable, ancho:

"Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella y sus siervos le servirán" (Ap. 22:1-3).

Un río poderoso que fluye procedente del trono de Dios, lo cual nos enseña que su poder y autoridad no tendrán límites.

Este trono no está separado del Cordero, porque el Hijo de Dios y su sacrificio expiatorio están unidos con el trono para hacer más profunda la corriente de vida celestial. Tengamos presente esto, que en el mundo celestial, en

medio de su vida feliz y el número inmenso de sus habitantes, la fuente de su visión y la lección más profunda será siempre el Cordero que ha sido inmolado. Y la melodía celestial prosigue sin cesar:

"Y cantaban un cántico nuevo, diciendo: *Digno eres de tomar el Libro y de abrir sus sellos; porque fuiste inmolado, y con tu sangre nos compraste para Dios, de todo linaje, lengua, pueblo y nación; y nos hiciste para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la Tierra.* Y vi y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes y de los ancianos; y su número era millones de millones, y millares de millares, que decían a gran voz: *El Cordero que ha sido inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la alabanza*" (Ap. 5:9-12).

El Cordero que «fue inmolado desde la fundación del mundo» (1 P. 1:19, 20).⁴

Finalmente, cada nueva avenida al gozo, cada nuevo descubrimiento será el despliegue del maravilloso misterio, gloria ilimitada y poder inagotable del Cordero, el Cristo crucificado, así como de Dios en su trono.

Sí, todo en el Cielo contribuirá a dar nuevo vigor, expansión y gloria a esta vida. De hecho, el Árbol de la Vida dará su fruto sin cesar, con energía y frescor en las nuevas cosechas, y sus hojas darán salud y vigor. Porque la maldición ya ha cesado de tener fuerza; los efectos nefastos de la caída de Adán han sido suprimidos. Ya no hay huellas de los pasos falsos dados por el primer hombre. Todo gemido en la creación dejará de ser.

Ya no existirá más el poder del pecado heredado o cometido, sino el poder de Dios con su energía benigna y creadora, y el poder de la cruz para redimir, renovar y perfeccionar lo que habrá allí. Todo será melodía y alabanza, sin una nota discordante. Servicio y adoración en sus formas más elevadas será lo que caracterizará al Cielo.

Cada nueva
avenida
al gozo,
cada nuevo
descubrimiento
será el
despliegue
del
maravilloso
misterio,
gloria
ilimitada y
poder
inagotable
del Cordero,
el Cristo
crucificado,
así como de
Dios en
su trono.

4. He aquí una nueva revelación del inimaginable plan de Dios de redimir una humanidad pecadora desde antes de la comisión del primer pecado. La caída del hombre no le cogió a Dios por sorpresa, pues Dios conoce el porvenir. Así, tenía ya preparado un plan de redención para la humanidad caída, que dejaría atónitos a todos los seres morales del universo cuando fuese cumplido (véase 1 P. 1:18-20).

Conocer a Dios, saber más y más de Él será el empleo y la bienaventuranza del Cielo.

Y los habitantes del Cielo tendrán una visión perfecta de Dios, la cual será melodía, estudio y búsqueda de los espíritus glorificados. En efecto, conocer a Dios, saber más y más de Él será el empleo y la bienaventuranza del Cielo.

Recordemos que «estarán sellados con su Nombre en sus frentes» (Ap. 14:1), que es el asiento de la inteligencia, un signo de posesión y la marca distintiva de lealtad y consagración a Dios. Así, sin necesidad de un sacerdote, sacramento o ceremonia ritual, será colocado en ellos y recibirán, directamente, en persona de Él su porción del tesoro en cada momento de su vida eterna.

¿Basta esta visión de Juan para transportarnos y extasiarnos? Entonces, el Cielo es el lugar en el que nuestra sed será satisfecha, y nuestra visión de Él resultará perfecta, gloriosa e inefable...

“Te veré, ciudad hermosa del Cielo, que en ser es una, que de amor y paz rebosa, y a tu claridad gloriosa no suceden sol ni luna. Mas el Padre y el Cordero, por quien todo se gobierna, son tu norte y tu lucero, y tu sol más verdadero de fulgor y luz eterna. Y beberé —¡Oh, maravilla!— de aquel río cristalino que mana allí, de la silla del cordero sin mancilla y del Padre de continuo”.

4

El Cielo, un reino

Dirijo mis pasos hacia Jerusalén, con un canto en los labios; aunque estoy en la carne todavía aquí, mi esperanza y mi amor, mi corazón y mi alma están ya allí. Es allí que se encuentra mi amado Salvador, mi Sumo Sacerdote, y desde allí me extiende sus manos taladradas y a su seno me lleva...

CHARLES WESLEY

¡Con qué sublime veracidad declara la Biblia que el Cielo es superior de modo inefable a la Tierra y la vida allí más elevada que la de aquí! El Cielo viste a los santos y los transporta a una vida perdurable y sin dolor. Hay en ella ausencia total de mal. ¡Cuán glorioso será ser poseído por esta Verdad y elevado por encima de la vida terrena, con sus miserias y sus males persistentes! ¡El hogar celestial, una corona de gloria, un gozo inexpresable!

“Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán y verán su rostro y su Nombre estará en sus frentes. No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz de sol, porque el Señor Dios los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos” (Ap. 22:3-5).

Nos damos cuenta de las dificultades de la interpretación del Apocalipsis de Juan: hay variedad de símbolos y paradojas. Pero, cualquiera que sea la interpretación, hay algo que no se puede desmentir y es la hermosura de la descripción de la Jerusalén celestial en sus últimos capítulos, que, si no es la descripción literal del Cielo, es un modelo del mismo.

Como el tabernáculo de Moisés era una pauta del Cielo, asimismo el Cielo real, el tercer Cielo en el cual habita Dios en su gloria cubierta por el velo, nos es representado por Juan, como en una maqueta para que podamos comprender lo que es la realidad. Dicho tabernáculo fue mostrado sólo a Moisés en el monte, pero el modelo terrenal del mismo estaba formado según el original del Cielo, y los judíos que estudiaban y seguían la pauta entendían los principios y sustancia del original. Asimismo,

Nos damos cuenta de las dificultades de la interpretación del

Apocalipsis de Juan: hay variedad de símbolos y paradojas.

Pero, cualquiera que sea la interpretación, hay algo que no se puede

desmentir y es la hermosura de la descripción de la

Jerusalén celestial en sus últimos capítulos,

que, si no es la descripción literal del

Cielo, es un modelo del mismo.

El Cielo hay que ganarlo como se gana un reino. Esto es, hay que luchar para conseguir el Cielo como se lucha por un reino.

nosotros estudiamos este cuadro de la ciudad celestial para saber lo que es el Cielo.

¡Qué magnificencia y esplendor hay en un Reino! ¡Cuánta ambición despierta su posesión! ¡Qué estímulo para un noble esfuerzo! Y es que el Cielo hay que ganarlo como se gana un reino. Esto es, hay que luchar para conseguir el Cielo como se lucha por un reino. No es de extrañar, pues, que la obra de gracia en el corazón del hombre se llame un reino de la gracia. Estas son las palabras con que Jesús honra a aquellos que están a su derecha en el día del juicio:

“Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino, preparado para vosotros” (Mt. 25:34).

“Para que seáis dignos de Dios, el cual os ha llamado a su Reino y a su gloria” (1 Ts. 2:12), advierte Pablo. He aquí una combinación magnífica: ¡Reino y gloria! “Ricos en la fe y herederos del Reino” (Stg. 2:5), dice Santiago. “... tengáis entrada abundantemente en el Reino eterno de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo» (2 P. 1:11), declara Pedro.

La vida futura es equiparada también a estar sentado en un trono:

“Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como Yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono” (Ap. 3:21).

O a obtener una corona:

“Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona” (Ap. 3:11).

Ésta es una corona incorruptible, una corona cuya gloria no se marchita nunca. Pedro declara:

“Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, recibiréis la corona incorruptible de gloria” (1 P. 5:4).

Y éste era el efecto que hacía esta corona incorruptible en el principal de los apóstoles:

“¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos ciertamente corren, pero uno sólo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, en todo ejerce el dominio propio; ellos, en verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera golpeo, no como quien golpea al aire, sino que trato severamente a mi cuerpo y lo pongo

en servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo venga a ser reprobado” (1 Co. 9:24-27).

Pablo habla de los Juegos Olímpicos y sus corredores y del esfuerzo y sacrificio que exige su entrenamiento:

“Lo hacen por obtener una corona corruptible; pero vosotros una incorruptible” (1 Co. 9:25).

Y afirma muy cerca ya de su muerte:

“Por lo demás, me está preparada una corona de justicia, la cual el Señor, juez justo, me dará en aquel día; y no sólo a mí, sino a todos los que aman su venida” (2 Ti. 4:8).

“Una corona de justicia”, concedida sólo según las exigencias de una rectitud inflexible. Y, por supuesto, una corona de vida...

“Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de la vida, que el Señor ha prometido a los que le aman” (Stg. 1:12).

¡Cuán grande era el estímulo que causaba en los atletas griegos esa corona corruptible! ¡Cuán grandes e imponentes son los galardones de la eternidad! La corona ya no pertenece sólo a cabezas de reyes, conquistadores o héroes, sino a aquellos que vencen, los cuales entran en el Reino de la vida.

En Apocalipsis tenemos además una declaración respecto a una herencia:

“El que venza heredará todas las cosas, y Yo seré su Dios, y él será mi hijo” (Ap. 21:7).

Igualmente, en *Colosenses* tenemos una combinación de *galardón* y de *herencia*:

“Sabiendo que del Señor recibiréis el premio de la herencia; porque servís al Señor Jesucristo” (Col. 3:24).

Así, el Cielo es llamado también herencia:

“Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo” (Gá. 4:6 y 7).

De nuevo, Pedro tiene una afirmación magnífica sobre la herencia futura de los santos en el Cielo:

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien, según su gran misericordia, nos hizo renacer para una esperanza viva, mediante la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los Cielos

¡Cuán grande era el estímulo que causaba en los atletas griegos esa corona corruptible! ¡Cuán grandes e imponentes son los galardones de la eternidad! La corona ya no pertenece sólo a cabezas de reyes, conquistadores o héroes, sino a aquellos que vencen, los cuales entran en el Reino de la vida.

Esta diversidad y riqueza de expresión en cuanto al carácter del Cielo, y la forma cómo lo alcanzamos, constituye el mayor premio de todos; un don inefable e indescriptible. De ahí que el estimulante del Cielo haya producido los mayores santos, los más grandes héroes y conquistadores y los trabajadores más denodados.

para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser revelada en el último tiempo" (1 P. 1:3-5).

Dicha herencia es presentada como un *don*:

"... el don de Dios es vida eterna" (Ro. 6:23).

Y es que esta diversidad y riqueza de expresión en cuanto al carácter del Cielo, y la forma cómo lo alcanzamos, constituye el mayor premio de todos; un don inefable e indescriptible. De ahí que el estimulante del Cielo haya producido los mayores santos, los más grandes héroes y conquistadores y los trabajadores más denodados.

¡Cuán potentes son las fuerzas estimulantes que despierta el Cielo! No podríamos prescindir de ellas; esto es, cuando las tenemos en nuestra mente y corazón como las debemos tener, en la convicción más profunda, en la fe más ardiente, en la lealtad más interesada. Tales fuerzas celestiales dan fuerza a nuestra flaqueza, elevan nuestra depresión, iluminan nuestra oscuridad, siempre nos llaman a la pureza y a la nobleza y nos despiertan para la justicia.

Sí, el más poderoso avivador de nuestra fe es el Cielo. El único fundamento seguro y sólido de nuestra esperanza es el Cielo; la única solución de los misterios de la Tierra, el único enderezador de los entuertos terrenales, la única cura para la mundanalidad...

Necesitamos, pues, una infusión de Cielo en nuestra fe y esperanza para hacernos sentir nostalgia de este bienaventurado lugar, el cual nos pertenece y nos espera como herederos de Dios. ¡Qué gloriosa herencia! ¡Qué maravillosa perspectiva!

"Es la voz de Dios que te llama,
llama tu nombre, te toca a ti;
y con su mano te entrega el premio
por el que tanto has suspirado.
Este premio lleno de gloria,
que brillará permanente,
ante el cual la corona de los reyes
no es nada más que polvo vil.
Bendito Salvador, ya mi carrera
he terminado: ¡Gloria a ti!
Mi galardón yo deposito
y mis honores a tus pies".

Felipe Doddridge

5

El Cielo, un paraíso

Si hubiera felicidad aquí, el Cielo no sería Cielo. Dudo que un hijo de Dios debiera tener tristeza en ningún momento en su corazón, considerando lo que el Señor ha preparado para él. No considero que haya nada que valga la pena adquirir, sino el Cielo [...] Sigue y no desmayes. Hay algo que te pertenece en el Cielo, además de tu glorioso Salvador; y tienes que echar mano de ello. El hilo del tiempo es ya más corto, aunque sólo sea en una pulgada. Tú has dado tu promesa; sobre ella ya se han estampado los sellos. Tienes que crecer, te harás mayor que esta vieja cáscara, vivirás y triunfarás y reinarás; serás más que vencedor. Porque tu Capitán, que te dirige, es más que vencedor y Él te hará participe de sus conquistas y victorias.

SAMUEL RUTHERFORD

La Biblia pone nuestra ciudadanía en el Cielo; al mismo tiempo parece como si nos expatriara de la Tierra y nos hiciera estar suspirando como desterrados de nuestro país nativo, con la nostalgia y soledad de los peregrinos y de los extranjeros. Sí, la Biblia pone en todos los verdaderos cristianos una actitud de gemir por el Cielo, como si estuvieran corriendo el último trecho de la carrera. Para ellos es la única vida, la verdadera vida, vivir en el Cielo y para el Cielo; ésta es nuestra patria, nuestro hogar...

"Mas nuestra ciudadanía está en los Cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo" (Fil. 3:20).

Allí están nuestras leyes...

El término "Cielo" significa un lugar de exaltación y de gloria. Dios reside allí; allí está su inmediata Presencia. Y se le llama "el tercer Cielo" por su elevación y supremacía, en contraste con los cielos inferiores. Este término ha sido plenamente aceptado en nuestro tiempo por las personas piadosas como la designación del lugar al cual Jesús ha ido y donde está preparando una morada para nosotros. Por ello, el Cielo es un lugar, un país muy querido al corazón del cristiano.

La Biblia pone nuestra ciudadanía en el Cielo; al mismo tiempo parece como si nos expatriara de la Tierra y nos hiciera estar suspirando como desterrados de nuestro país nativo, con la nostalgia y soledad de los peregrinos y de los extranjeros.

El primero era el *paraíso del hombre*, mientras que el segundo es el *paraíso de Dios*; o sea, el hombre era quien habitaba el primer paraíso, y en el segundo es Dios... ¡El Creador mismo reside en él!

“Cielo”, ¡cuán rápido palpita el corazón y cómo se agrandan los ojos al oír mencionar esta palabra! El ojo de la fe mantiene la visión enfocada, y a él se eleva la oración. Nuestro Padre reside allí, Jesús vino del Cielo para su gran misión y el Espíritu Santo vino del Cielo. También los cuerpos de Enoc, de Elías y de Cristo están allí, y quizás los cuerpos de los santos que salieron de sus tumbas cuando Jesús fue levantado de los muertos. Además, los espíritus de todos los santos que han muerto están allí. No es de extrañar, pues, que sea un lugar santo y feliz: hay allí una innumerable compañía de seres seguros, bienaventurados, sin lágrimas, inmortales...

¡Cómo debería el Cielo atraer nuestros corazones y elevarnos sobre la Tierra! ¡Cómo debería llenar nuestros pensamientos e iluminar nuestras esperanzas! El Cielo debería suavizar nuestras penas, alejar nuestros temores, eliminar las preocupaciones y hacernos inmunes a los males de esta vida.

Jesús mismo levantó sus ojos y su corazón al Cielo, hablando con su Padre y sostenido por la vista y el gozo, y gracias a ello pudo “resistir la cruz y despreciar la vergüenza” (He. 12:2).

Hemos estudiado cómo el Cielo es nuestro hogar, una ciudad, una herencia y un reino... Pero también es importante que constatemos que al Cielo también se le llama “paraíso”. Así, Pablo dijo que “fue llevado al paraíso”, al paraíso de Dios, un lugar de hermosura como era el recinto en que moraron nuestros primeros padres, con otro nombre: Edén. Y este nombre es transferido a la morada de los santos en el Cielo, que se llama “Paraíso de Dios”. A saber, el primer paraíso fue hecho para el hombre, con los árboles que daban alimento y eran agradables a la vista. Allí reinaba la pureza, la inocencia y la hermosura. Dichas características las tendrá también el segundo paraíso, y en mayor proporción; porque en el primer paraíso, “el Señor Dios plantó un jardín” (Gn. 2:8), pero en el segundo paraíso, Dios ha preparado una ciudad para sus hijos. He aquí el contraste y progreso de jardín a ciudad...

Además, el primero era el *paraíso del hombre*, mientras que el segundo es el *paraíso de Dios*; o sea, el hombre era quien habitaba el primer paraíso, y en el segundo es Dios... ¡El Creador mismo reside en él!

La palabra “paraíso” es usada por Pablo como equivalente a “tercer Cielo”, la morada de Dios. Del mismo modo, es usada en Apocalipsis:

“Y al que venciere Yo le daré a comer del Árbol de la Vida que crece en medio del paraíso de Dios” (Ap. 2:7).

Este paraíso implica el bienestar común y la felicidad de todos los que están allí y esto significa que no hay favoritismos de raza, casta o clase.

Es un lugar separado, distinguido, destacado, distinto y marcado, de gran hermosura, la morada de Dios y de los seres angélicos, al que los verdaderos cristianos serán llevados después de la muerte. Es un lugar de rara belleza y pureza, y los pecadores pueden ir allí si han sido lavados por la sangre del Cordero.

Pero, especialmente, esta palabra fue usada por el Señor, en aquel terrible momento de la cruz, y dirigida, sorprendentemente, a un miserable ladrón que colgaba también de un madero:

“De cierto te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc. 23:43).

¡Cuán íntima fue la unión, cuán infinita la condescendencia de Jesús al querer defender y compartir su gloria y su gozo con aquel ladrón!

Sí, el cristiano tiene su ciudadanía en el Cielo; su lealtad es para Dios, para el Cielo. Las leyes del Cielo le atan y le obligan. El mejor ciudadano del Cielo es, pues, el mejor ciudadano de la Tierra. Está sometido a las mayores obligaciones de obediencia, de virtud y de gobierno. ¡Cómo nos exalta el ser ciudadanos de un país divino! “Soy ciudadano romano”, estas eran las palabras que en los tiempos pasados llevaban consigo poder, dignidad, honor y seguridad. “Soy ciudadano de Cielo”, es nuestra carta de recomendación a los ojos de los hombres y de los seres angélicos... ¡Qué dignidad, qué nobleza, qué pureza es representada por esta ciudadanía!

“¡Oh Paraíso! ¡Oh, paraíso! No quiero pecar más; quiero ser puro en la Tierra como he de serlo más allá.

¡Oh Paraíso! ¡Oh, paraíso!, tengo ya anhelo por ver el lugar especial que mi Señor me ha preparado allá.

Señor Jesús, oh Rey del paraíso, guárdame en tu amor y guíame a tu Edén feliz, lugar de paz perfecta”.

El cristiano tiene su ciudadanía en el Cielo; su lealtad es para Dios, para el Cielo. Las leyes del Cielo le atan y le obligan. El mejor ciudadano del Cielo es, pues, el mejor ciudadano de la Tierra.

6

El Cielo y la vida eterna

La Biblia hace mucho uso del término "vida" como la idea central y fundamental del Cielo, sus goces, actividades y carácter. El término es casi demasiado literal para que pueda ser tenido por un símbolo. Es un símbolo muy comprensivo en todo caso, y su proximidad a lo literal aumenta su valor.

Pablo sintió en las profundidades de su alma que la vida del cristiano, subsistiendo por la fe ahora, sólo puede hacerse en la esperanza del futuro. Si no tiene delante esta vista del futuro, toda la vida cristiana aparece ante sus ojos como un esfuerzo sin objetivo, persecución de fantasmas, la burla de una ilusión. Porque la vida de otros hombres se dirige a objetivos más elevados o más humildes, que son conseguidos en sus pesquisas intelectuales o en la satisfacción de los sentidos, los cuales pueden conseguirse en la Tierra. Pero la vida de los cristianos con todos sus conflictos, esfuerzos y renunciaciones se refiere a un objetivo ilusorio si no se realiza en la vida eterna del futuro.

JOHANNA W. NEANDER

La Biblia hace mucho uso del término "vida" como la idea central y fundamental del Cielo, sus goces, actividades y carácter. El término es casi demasiado literal para que pueda ser tenido por un símbolo. Es un símbolo muy comprensivo en todo caso, y su proximidad a lo literal aumenta su valor.

El Nuevo Testamento abunda en el uso de este símbolo: es la suma y resultado del Evangelio. Esto es, la fe planta la semilla de la vida eterna en el corazón, y germina y crece en el corazón fiel en medio de sus luchas durante todos los años de esta vida, pero encuentra su despliegue eterno y su expansión plena en el Cielo:

"Vida eterna a los que, perseverando en hacer bien, buscan gloria y honra e inmortalidad" (Ro. 2:7).

"Para que así como el pecado reinó en la muerte, así también la gracia reine por medio de la justicia para vida eterna, mediante Jesucristo, nuestro Señor" (Ro. 5:21)

"Reinar para vida", ¿qué es esto?

"Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna. Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Ro. 6:22 y 23).

Pablo, al dar la razón por la que los verdaderos cristianos gimen para poder entrar en el Cielo, explicó esto: "Porque nosotros que estamos en este tabernáculo gemimos con pesadumbre, por cuanto no queremos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida" (2 Co. 5:4).

Y a Timoteo le dijo:

"Echa mano de la vida eterna, a la cual has sido llamado" (1 Ti. 6:12).

Igualmente, a los ricos exhortó de esta manera:

"Que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, prontos a compartir; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la que realmente es vida eterna" (1 Ti. 6: 18 y 19)

También, Santiago designó el Cielo como "la corona de vida" (Stg. 1:12).

La afirmación de los apóstoles y de Cristo sobre este símbolo de la vida del Cielo, la vida eterna, implica que es una liberación para siempre de la muerte y es opuesta a ella. En otras palabras, en el término "vida" se concentra todo lo bueno que el hombre puede desear y gozar. El Cielo es la posesión, en el sentido más elevado, de la primera y última bendición del hombre, que se dice muy bien que es la esencia de toda felicidad. Y la vida es el estado y riqueza del Cielo, la vida inmortal, sin decaimiento, sin disminución: vida más profunda, amplia, dulce... Por ello, su Libro es el *libro de la vida*, su corona, la *corona de vida*, su río, el *río de vida*, su árbol, el *árbol de vida* y su agua, el *agua de vida*...

De ahí la famosa pregunta que el joven rico le hizo a Jesús:

"¿Qué haré para poseer la vida eterna?" (Lc. 18:18).

Porque la vida mortal se encuentra limitada por la cuna, que es un símbolo de impotencia y de necesidad, y al otro extremo, por la muerte que es la personificación de todo lo que es oscuro, penoso, tétrico. Debilitados por la enfermedad y por el dolor, en luchas y decepciones y sufrimientos, nos agarramos, sin embargo, a ella para no perderla. Pero la vida eterna implica, en cambio, las glorias inmarcesibles del Cielo. ¡Qué inconmensurables riquezas! ¡Qué éxtasis glorioso! No hay descripción que pueda hacerle justicia. Los acordes más gloriosos de la música humana serían una disfonía horribosa en la

La vida mortal se encuentra limitada por la cuna, que es un símbolo de impotencia y de necesidad, y al otro extremo, por la muerte que es la personificación de todo lo que es oscuro, penoso, tétrico.

El Cielo será la búsqueda de la vida, el uso de la vida, el goce de la vida, el aumento de la vida. Y la vida en el Cielo será un éxtasis indecible. Todo contribuirá a hacer la vida más gloriosa.

música celestial. Todos los soles del verano tiritarían como el hielo de enero contrastado con el esplendor de ese día sin noche. ¿Qué es la vida eterna? ¿Quién puede imaginársela? Se halla en el Cielo. Es lo que espera a los santos cuando dejen esta Tierra y entren por las puertas de la ciudad celestial.

Y se nos dice que Jesús conducirá a los moradores del hogar celestial a "fuentes de aguas vivas" (Is. 49:10; Ap. 21:6). Ésta es la vida que satisface al alma y que bendice: un continuo despliegue de vida, que mana como una fuente de modo perenne. También leemos que Cristo alimentará esta vida en "ricos pastos" (Is. 25:8; Ap. 7:17; 21:4) y que "Dios enjugará toda lágrima de sus ojos" (Ez. 34:14; Is. 49:9).

El Cielo será, pues, la búsqueda de la vida, el uso de la vida, el goce de la vida, el aumento de la vida. Y la vida en el Cielo será un éxtasis indecible. Todo contribuirá a hacer la vida más gloriosa.

¿Qué más dichos de Jesús acerca de la vida eterna tenemos? A saber, en la notable conversación que mantuvo con Nicodemo, la posición a la cual el Señor afirmó que elevaría a todo aquel que crea en Él es denominada *la vida eterna*:

"Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también tiene que ser levantado el Hijo del Hombre, para que todo aquel que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn. 3:14-16).

Y de nuevo, en el capítulo 4, la gloria eterna es designada como la vida eterna y es la cosecha de nuestro trabajar en sembrar con paciencia en esta vida:

"Y el que siega recibe salario y recoge fruto para vida eterna, para que el que siembra se regocije juntamente con el que siega" (Jn. 4:36).

Asimismo, la resurrección es para vida:

"No os asombréis de esto; porque va a llegar la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación" (Jn. 5:28 y 29).

Las maravillosas palabras que Jesús dijo a Marta son también la declaración de la misma gran Verdad de que la gloria que coronará la vida futura es la vida eterna:

"Jesús le dijo: *Tu hermano resucitará*. Marta le dijo: *Ya sé que resucitará en la resurrección, en el último día*. Le dijo Jesús: *Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque haya muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en Mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?* Le dijo: *Sí, Señor; Yo he creído que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo*" (Jn. 11:23-27).

Dijo también Jesús:

"El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo la guardará para vida eterna" (Jn. 12:25).

Llegamos a la magnífica y consoladora promesa que el Señor dio a sus discípulos en la última conversación que sostuvo con ellos antes de su muerte, cuando la sombra del Getsemaní y del Calvario ya se proyectaba sobre Él:

"No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en Mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no, ya os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez, y os tomaré conmigo, para que donde Yo estoy, vosotros también estéis" (Jn. 14:1-3).

En efecto, el Cielo será el alivio de todas las tribulaciones de esta vida. Todas las aflicciones cesarán, y las tribulaciones se acabarán y las lágrimas serán enjugadas en el Cielo. Porque, Jesús, en su afirmación, hace del Cielo un lugar:

"¡En la casa del Padre hay muchas moradas!"

Allí sus santos morarán en una bienaventuranza sin mezcla ni contaminación. Podemos ver, pues, no sólo el decreto de Dios de tenernos a nosotros en la casa de su Padre, sino también el deseo de su corazón—"Donde Yo estoy, vosotros estéis también"—, un anuncio de nuestra unión eterna en felicidad, honor y poder. Esto se ve con máxima claridad en su *oración sacerdotal*:

"Padre, que todos los que me has dado estén donde Yo estoy, que vean mi gloria, que Tú me has dado" (Jn. 17:24).

Es decir, no ya meras especulaciones sobre la gloria, sino participación y contemplación de la misma. Que el

El Cielo será el alivio de todas las tribulaciones de esta vida. Todas las aflicciones cesarán, y las tribulaciones se acabarán y las lágrimas serán enjugadas en el Cielo.

Lo que Jesús ha hecho por nosotros en ésta su venida a este mundo, su humillación y sus sufrimientos son los verdaderos espejos de las cosas indescriptibles que hará por nosotros en el otro mundo; y más aún, ya que su poder es ilimitado y las condiciones serán mucho más favorables allá.

Señor Jesús nos quiera con Él no es un mero sentimiento, sino un decreto eterno y operante: “quiero”; su corazón y su autoridad están en ello...

“Deseo partir y estar con Cristo, lo que es mucho mejor” (Fil. 1:23), dice Pablo. Pues estar en el Cielo, es estar con Cristo, “en el hogar con el Señor”.

Que Jesús ha ido al Cielo para estar en la Presencia de Dios en favor nuestro es verdad, y también lo es que el misterio y ministerio de su muerte, gloria y riqueza de su intercesión, el que esté preparando un lugar para nosotros y nos prepare a nosotros para este lugar.

Sí, Cristo está exaltado en el Cielo a la diestra del trono de Dios (el cual es símbolo de poder, y la diestra es símbolo de honor, gloria y majestad). De modo que Jesús está exaltado en el lugar más elevado en el Cielo, tal y como declara el apóstol:

“La supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, conforme a la eficacia de su fuerza, la cual ejercitó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, por encima de todo principado, autoridad, poder y señorío, y de todo Nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia, la cual es su Cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo” (Ef. 1:19-23).

En definitiva, la posición más elevada de gloria legal es suya, y nosotros podemos participar de ella estando con Él. ¡Qué magnificencia con la que Dios corona y exalta a Jesucristo! Es la misma magnificencia con la que el Hijo dispensa a sus redimidos las riquezas inagotables del Cielo.

Resumiendo, lo que Jesús ha hecho por nosotros en ésta su venida a este mundo, su humillación y sus sufrimientos son los verdaderos espejos de las cosas indescriptibles que hará por nosotros en el otro mundo; y más aún, ya que su poder es ilimitado y las condiciones serán mucho más favorables allá.

Nos es imposible decir exactamente cuáles serán estas bendiciones, pero podemos estar seguros de que serán maravillosas. Así, Samuel Rutherford, mientras estaba en la cárcel, usó sus grandes dones de amor transformados en poesía para hablar de la hermosura de Cristo:

“Nunca había creído hasta ese momento que hubiera tanto para hallar en Cristo en tal lado de la muerte y del Cielo. ¡Oh, qué éxtasis de gozo celeste será el estar allí, cuando ya aquí espigamos semejantes consuelos!”

Si Jesús significó tanto para Samuel Rutherford, mientras estaba en la cárcel en este mundo, ¿cuánto más para los que están en el Cielo? ¡Qué bellezas inefables debe haber en el despliegue del Carácter de Jesús ante los glorificados! No se puede afirmar con bastante énfasis el deber que tenemos de amar el Cielo por causa del Señor. Definitivamente, tenemos que amar el Cielo porque Jesús está allí. En último término, hemos de estar llenos de gozo cuando llegue la hora de ir allá, porque será la hora de ver a Jesús, la hora de conocerlo en Persona, de disfrutarlo para siempre, la hora en que estaremos para siempre con Él...

Definitivamente, tenemos que amar el Cielo porque Jesús está allí. En último término, hemos de estar llenos de gozo cuando llegue la hora de ir allá, porque será la hora de ver a Jesús, la hora de conocerlo en Persona, de disfrutarlo para siempre, la hora en que estaremos para siempre con Él.

7

El Cielo y el Espíritu Santo

El Espíritu Santo en nosotros es la garantía del Cielo.

Esta garantía es la seguridad y el anticipo, y esto es lo que es el Espíritu Santo;

nos pone en el corazón, de modo constante, firme y renovado, los hechos del Cielo, el sabor del Cielo, su poder, la ambición y el anhelo.

El ojo de la carne no es capaz de ver, ni el oído de oír, ni el corazón de entender el Cielo y su glorias. Pero el ojo, el oído y el corazón pueden conseguirlo, una vez allá. De otro modo, ¿cómo podríamos gozar de estas cosas en el Cielo? Cuanto más perfecta es la vista, más nos deleitamos en un objeto hermoso. Cuanto más perfecto el apetito, más sabroso el alimento; cuanto más musical el oído, más placentera la melodía, y cuanto más perfecta el alma, más gozo en este goce y más gloriosas estas glorias.

RICHARD BAXTER

Se dice que el Espíritu Santo en nosotros es la *garantía del Cielo*. Esta garantía es la seguridad y el anticipo, y esto es lo que es el Espíritu Santo; nos pone en el corazón, de modo constante, firme y renovado, los hechos del Cielo, el sabor del Cielo, su poder, la ambición y el anhelo:

“En Él, también vosotros, habiendo oído la Palabra de Verdad, el Evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído, fuisteis sellados también en Él con el Espíritu Santo de la promesa, el cual es las arras de nuestra herencia con miras a la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria” (Ef. 1:13 y 14).

“Y el que nos consolida con vosotros en Cristo, y el que nos ungió es Dios, el cual también nos ha sellado y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones” (2 Co. 1:21 y 22).

¿Qué significan estos dos grandes textos? Esto es, nos presentan el ministerio y la obra del Espíritu Santo, en cuanto forma en nosotros el hecho y la experiencia del Cielo, y crea el deseo de lo celeste, los anhelos de la vida allí, en todo momento.

Más aún, la música y la esperanza del Cielo llenarían y endulzarían nuestras vidas si viviéramos en pleno poder de Espíritu. ¡Qué gozo indecible y qué plenitud de gloria iluminaría nuestras vidas en nuestros últimos días! Y es que el poder del Espíritu establece nuestra fe y aviva nuestros sentimiento respecto al Cielo. Sí, por la poderosa

obra del Espíritu, el Cielo pasa a ser un hecho seguro, sublime y glorioso.

En otras palabras, el poder del Espíritu Santo nos pone en tensión para la buena obra, nos hace sentir sed del Cielo; nos da una visión tal, que las otras visiones palidecen y se vuelven oscuras y nos ofrece notas de su armonía, ante las que la música terrena es una discordancia. Finalmente, el poder del Espíritu nos ata al Cielo, porque Jesús está allí. Estamos, pues, atados en amor, pensando y deleitándonos, porque Jesús es su centro y su gloria.

¡Con cuánta insistencia y poder usa el Espíritu Santo el Cielo, con sus glorias para activar a los santos a actuar, a despertar de la muerte, a enfervorizarlos en su amor! Además, el mismo Santo Espíritu, que nos es dado, constituye la marca de posesión y seguridad de Dios en nosotros; es su autoridad puesta sobre nosotros; algo que se da por adelantado, como garantía de que se va a cumplir un contrato en su debido tiempo. Así, por medio del Espíritu Santo, Dios nos da por anticipado a conocer el Cielo, y el plazo anticipado de esto, podríamos decir, es el Espíritu Santo.

Éste pone el Cielo en nosotros cuando entra en nosotros, y todos nuestros gustos, luchas, deseos y anhelos por el Cielo son creación de su poder y pruebas seguras de su Presencia. Por eso, si no hay en nosotros ambiente sobre el Cielo, no se espera y anhela, es que no tenemos el Espíritu Santo. Pues Dios nos hace aptos para su Reino por medio del Espíritu Santo, plantando en nosotros la mente y la imagen celestial. Dicho de otro modo, el revestimiento del Espíritu de Dios nos hace menos aptos para la Tierra y más para el Cielo.

Pablo, por medio del Espíritu, hizo mucho énfasis acerca de este tema del Cielo. A mitad de su carrera, atado a la vida y la Tierra por su esfuerzo persistente, hizo una pausa, para que sus actividades incesantes no le atasen demasiado a la Tierra, y nos dio constancia de su lealtad al Cielo y a Jesús, porque en su opinión, y en toda evaluación apropiada, son una misma cosa:

“Deseando partir y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor” (Fil. 1:23).

Vemos, pues, que se hallaba indeciso, aunque creía que era mejor estar con Él. Lo encontramos siempre en dirección al Cielo:

Dios nos hace aptos para su Reino por medio del Espíritu Santo, plantando en nosotros la mente y la imagen celestial. Dicho de otro modo, el revestimiento del Espíritu de Dios nos hace menos aptos para la Tierra y más para el Cielo.

Es esta idea, esta esperanza, este hecho del Cielo el que forma el carácter del cristiano y madura en él una hermosura y una perfección que no son de esta Tierra.

“Olvidando lo que queda atrás, y avanzando siempre a lo que está delante, corro para alcanzar el premio de la soberana vocación de Dios, en Cristo Jesús” (Fil. 3:13 y 14).

Estaba siempre «tratando severamente a su cuerpo, y poniéndolo en servidumbre» a fin de no perder la corona incorruptible. Y al final de su buena batalla, de su carrera terminada, con la fe conservada, el Cielo se encontraba a plena vista, y la corona brillando más que nunca bajo el hacha de Nerón.

Pero tales exigencias estimulantes de entrar en la vida eterna no podrían ser más vívidas e imperiosas que expresadas con las palabras de Jesucristo:

“Y si tu mano te es ocasión de caer, córtala; porque mejor te es entrar en la vida manco que teniendo las dos manos ir al infierno, al fuego eterno” (Mt. 5:30; Mr. 9:43).

El Señor considera el Cielo como un galardón:

“Grande es vuestro galardón en los Cielos” (Mt. 5:12; Lc. 6:23).

“He aquí, Yo vengo presto; y mi galardón conmigo, que daré a cada uno según sea su obra” (Ap. 22:12).

El significado es el de pagar salario por un trabajo hecho, “porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles; y entonces, Él recompensará a cada uno conforme a sus obras” (véase Mt. 25:31-46).

Es esta idea, esta esperanza, este hecho del Cielo el que forma el carácter del cristiano y madura en él una hermosura y una perfección que no son de esta Tierra.

“No me importa ruja feroz tempestad,
la furia del viento, o la ira del mar;
no temo los naufragios, pues conmigo llevo
a Jesús, mi refugio, mi guía, mi paz.
Mientras Tú estés cerca, oh Señor, de mí,
viviré contento, moriré feliz;
seguro, aunque todo perezca alrededor,
que he de hallar mil mundos contigo después”.

Felipe Doddridge

8

Gracias que hacen apto para el Cielo

El alma es renovada en el Reino de la gloria. El cuerpo será formado según el cuerpo glorioso de Jesucristo, y los dos estarán unidos en un lazo indestructible, más claro e indestructible que la luna, más brillante que el sol, y más resplandeciente que todas las esferas celestiales. Por haber vencido y triunfado en la Iglesia militante, el santo está ahora sentado con Jesús en su trono. ¡Aleluya! El Señor Dios Omnipotente reina. Y sus hijos reinan con Él para siempre [...] El impío no puede entrar en el Cielo y, si estuviera en el Cielo, no disfrutaría allí, porque no le corresponde ni encaja en él. La naturaleza de los residentes debe ser apropiada al lugar de residencia... Hay comunión entre los demonios en el infierno y aquellos que son de naturaleza diabólica, y sabemos que los santos habitantes del Cielo son hermanos de las almas santas.

ADAM CLARKE

El apóstol Pedro nos ofrece un catálogo de gracias que nos habilitan para el Cielo.

El apóstol Pedro nos ofrece un catálogo de gracias que nos habilitan para el Cielo:

“Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe, virtud, a la virtud, conocimiento, al conocimiento, dominio propio, al dominio propio, paciencia, a la paciencia, piedad, a la piedad, afecto fraternal y al afecto fraternal, amor” (2 P. 1:5-7).

El apóstol ya se había referido anteriormente a la maravillosa provisión que Dios ha hecho para nuestra salvación:

“Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de Aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia” (2 P. 1:3 y 4).

Sobre el fundamento de la fe, con toda diligencia, hay que subir una estructura espiritual: hay que añadir la virtud.

Tenemos en esta afirmación un sumario de lo que Dios ha presentado delante de nosotros y también una afirmación de lo que debería ser nuestra respuesta; a saber, entre todas las cosas que se refieren al Cielo, la diligencia es una virtud necesaria.

Recapitulemos: perseverar en un esfuerzo sostenido, la pereza y el desánimo, la indulgencia, que nos entorpece en cada aspecto de la acción de la Tierra, son particularmente peligrosas en el esfuerzo de llegar al Cielo. No ir en serio respecto al Cielo es igualmente un delito; pero, además, en el mismo umbral del camino hacia el Cielo, nos vemos confrontados al hecho de que aquel que quiera ganar la vida eterna deberá comprometerse profundamente y expresar esta seriedad por medio del esfuerzo más diligente y tenaz. A esta lucha por el Cielo, cada competidor debe traer diligencia desde el principio, pues en todo el camino hasta los portales celestes no habrá ni un momento en que le será posible aflojar. Esta diligencia debe ser puesta en acción para conseguir la perfección en todas las gracias que nos habilitan para el Cielo.

Y la fe es la primera de las piedras del fundamento, ya que edifica sobre Jesucristo. Pero, un fundamento no servirá de nada si no se construye ninguna casa encima; al final acabará desintegrándose: la nieve, la lluvia, el rocío, las heladas, el aire, el sol o el viento disolverán el mejor cemento si no se construye una casa encima. Por tanto, sobre el fundamento de la fe, con toda diligencia, hay que subir una estructura espiritual: hay que añadir la virtud...

Pero, ¿qué es "virtud"? La virtud es un don eminente, una combinación de todas las virtudes o por lo menos de muchas de ellas. En el texto de Pedro, podría considerarse sinónimo de "fortaleza".

A la virtud, le sigue el conocimiento, que es comprensión e inteligencia general, el conocimiento de Jesús y de las cosas divinas que instruyen.

Después, el dominio propio, o templanza, que implica conocernos a nosotros mismos.

La paciencia es también importante y se combina con estas otras gracias para perfeccionar en nosotros el carácter cristiano y habilitarnos para la vida celestial. En esta noble palabra hay siempre un fondo de virilidad. Es la paciencia valerosa con la cual el cristiano lucha contra los

varios obstáculos, persecuciones y tentaciones que sufre en su conflicto con su ser interior y el mundo externo; es esta nobleza y resistencia que nunca desmaya, que nunca acusa a Dios de modo insensato y que no se apresura a tomar venganza del hombre.

Finalmente, la perfección, que es asemejarse a Dios, nos trae a los corredores celestes, a una atmósfera celestial. No ya simplemente virtud, conocimiento, dominio propio y paciencia, que son hechos, principios y restricciones pero que son según la manera de ser de la persona; estamos mirando hacia el Cielo en busca de una pauta a la que conformar nuestra conducta y carácter. El corredor oye que la ley le habla en las palabras suaves del Evangelio: "Sed santos, porque Yo soy santo" (1 P. 1:16).

Es Dios el que habla, y la lucha por el Cielo alcanza su punto culminante cuando empieza a ser una lucha para ser como Dios. Entonces, le atan relaciones más elevadas que las de la Tierra, deberes más importantes que los que tiene con los hombres. Se levanta hacia Dios. Está luchando por una imagen perfecta de Dios, que pueda reflejar a la Persona Divina.

El corredor del Cielo ha estado puesto en contacto con la familia divina, y su relación con Dios le da una nueva relación con el hombre. El amor, que es el grado sumo de la piedad, rige el círculo de su familia con Dios. Se ha establecido una hermandad, que es la familia de Dios, la hermandad del Cielo. El amor fraternal es, pues, una de las semillas de nuestra conversión a Dios; uno de los elementos de la vida celestial. Más aún, la hermandad de la Tierra es el tipo de la hermandad del Cielo.

Amplíemos, empero, esta lista de virtudes con otra de gracias, igualmente necesarias para alcanzar el Cielo...

La gracia tiene muchas de las virtudes naturales, las pule y las abrillanta. Aunque no las transforma de un modo exacto, las bruñe y las refina, y adorna a la humanidad con una riqueza que no es enteramente suya. Pero la gracia ha de tener sus características instintivas que la separen de los otros sistemas y la eleven por encima de todos ellos. Debe ser original y sin rival en su superior excelencia.

Es por ello que Pablo, en *Romanos 12*, nos hace una presentación maestra del lado práctico de la piedad, su lado más hermoso, porque en ninguna forma es la reli-

La perfección, que es asemejarse a Dios, nos trae a los corredores celestes, a una atmósfera celestial. No ya simplemente virtud, conocimiento, dominio propio y paciencia, que son hechos, principios y restricciones pero que son según la manera de ser de la persona; estamos mirando hacia el Cielo en busca de una pauta a la que conformar nuestra conducta y carácter.

La gracia tiene muchas de las virtudes naturales, las pule y las abrillanta. Aunque no las transforma de un modo exacto, las bruñe y las refina, y adorna a la humanidad con una riqueza que no es enteramente suya. Pero la gracia ha de tener sus características instintivas que la separen de los otros sistemas y la eleven por encima de todos ellos. Debe ser original y sin rival en su superior excelencia.

gión más hermosa que cuando está en acción. Y la gracia que las corona todas es establecida por Pablo con estas palabras:

«Amaos entrañablemente los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honor, dando la preferencia los unos a los otros» (Ro. 12:10).

Esta gracia es costosa, como las más preciosas joyas, rara y que se puede conseguir sólo con gran coste. ¿Dónde puede ser hallada? ¿Quién nos da ejemplo de ella? Tales joyas pueden ser halladas fácilmente en la Palabra de Dios; adornan cada una de sus páginas. Pero transferirlas a la vida práctica entre los que pertenecemos a una raza tarada es un punto que presenta grandes dificultades. Para trasplantar estas delicadas plantas, de modo que florezcan y esparzan su fragancia en suelo extraño, se requiere un trabajo muy delicado y difícil. Es necesario tener algo por encima de las virtudes groseras que florecen del suelo de la humanidad. No estamos excluidos de las gracias ordinarias. Cuesta poco conseguirlas. Pero éstas son diamantes de aguas superiores...

“Dando la preferencia los unos a los otros”, ésta puede ser, por ejemplo, muy bien la gracia capital. Es generoso poner a otros junto a nosotros, a nuestro lado, pero poner a otros antes que a nosotros es algo divino. No podemos alcanzarlo por nuestros medios, pero la fe dice:

“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Fil. 4:13).

La capacidad de morir al *yo* es una virtud que gana el Cielo. Pablo escribió:

“Muerdo cada día” (1 Co. 15:31).

Quería que su morir fuera una pauta perfecta de Cristo; «ser conformado a su muerte” (Fil. 3:10):

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, sino que vive Cristo en mí; y la vida que vivo en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se dio a sí mismo por mí” (Gá. 2:20).

Otra vez, el apóstol expresó lo siguiente:

“Pero no permita Dios que me gloríe, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo es crucificado en mí y yo al mundo” (Gá. 6:14).

Sí, de camino al Cielo, hay que ir llevando la cruz, la cual es señal genuina de que estamos en el camino del Cielo. Esto es, como Jesús llevó la cruz, también debemos llevarla nosotros si somos sus verdaderos discípulos.

Como Jesús murió en la cruz para salvarnos del pecado, también debemos morir nosotros al pecado, al *yo* y al mundo. Ésta es una muerte dolorosa, pero la muerte que trae la corona. Como el Señor fue a la diestra del Padre desde la cruz, nosotros hemos de ir a su diestra por el camino de la cruz. No hay vergüenza en la cruz si ha de haber los gozos de la corona. Entonces, si no hay la humillación de la cruz, no hay la elevación del trono:

“Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con Él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de Él” (Ro. 6:8 y 9).

Los resultados del profundo e incomparable argumento de Pablo sobre la resurrección del cuerpo y la transfiguración para el Reino celestial se refieren también a otro tipo de gracias a cultivar:

“Por tanto, hermanos, estad firmes, incommovibles, abundando siempre en toda buena obra del Señor, puesto que sabéis que vuestra labor no es en vano en el Señor” (1 Co. 15:58).

La perseverancia, manifestada en la oración importuna, es decididamente una gracia que gana el Cielo; el persistir en ser lo que se es, es estar en algo constantemente.

Esto hay que dejarlo bien claro y establecido, firme, persistente e incommovible.

Del rey Roboam, se dijo:

“... hizo lo malo porque no puso en su corazón el buscar al Señor” (2 Cr. 12:14).

Así, el desmayo del corazón, el ceder, el cansancio, son condiciones fatales para el ascenso al Cielo:

“No nos cansemos, pues, de hacer bien, porque a su tiempo segaremos, si no hubiéremos desmayado” (Gá. 6:9).

Y la inestabilidad tampoco echa mano del Cielo:

“El que duda es semejante a la ola del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, ese hombre, que recibirá cosa alguna del Señor. El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos [...] Mi corazón está firme, oh Dios, mi corazón esta firme” (Stg. 1:6-8; Sal. 57:7).

Esto es, su corazón está asentado, puesto, incommovible para el Cielo. Y es que nadie puede llegar al Cielo si su corazón no está ya allí. Es necesaria, por consiguiente,

De camino al Cielo hay que ir llevando la cruz, la cual es señal genuina de que estamos en el camino del Cielo. Esto es, como Jesús llevó la cruz, también debemos llevarla nosotros si somos sus verdaderos discípulos.

Para conseguir el Cielo después, hemos de alcanzar estas gracias aquí. Y es que el Cielo crece en el suelo del corazón preparado por Dios. Busquemos, entonces, el Cielo por medio de estas virtudes celestiales.

fuerza para ganar el Cielo. Hay mucho en esta vida para desalentarse y mucho para desanimarse; pero persistir en la voluntad requiere fortaleza y valor perseverante.

Con toda esta lista de virtudes y gracias, es como si Dios nos hablara así:

“Tú con diligencia te has procurado estas gracias, y Yo te proporcionaré el Cielo. Tú procúrate estas gracias en abundancia, y Yo te proporcionaré una abundante entrada en el Cielo”.

De modo que para conseguir el Cielo después, por necesidad, hemos de alcanzar estas gracias aquí. Y es que el Cielo crece en el suelo del corazón preparado por Dios. Busquemos, entonces, el Cielo por medio de estas virtudes celestiales:

“Porque si estas cosas están en vosotros y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en orden al conocimiento de nuestro señor Jesucristo” (2 P. 1:8).

De hecho, el perdón pasado no cuenta casi, si no “añadimos” a este paso inicial los pasos sucesivos que marcan el camino del Cielo:

“Pero el que carece de estas cosas, tiene la vista muy corta, es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados” (2 P. 1:9).

Otra vez, el apóstol Pedro nos llama a la diligencia, a seguir adelante y a añadir estas gracias a la suma de las que ya hemos conseguido, como única salvaguarda contra la apostasía:

“Por lo cual, hermanos, sed tanto más diligentes en afianzar vuestro llamamiento y vuestra elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás” (2 P. 1:10).

Luego viene el golpe maestro que nos muestra el significado de toda esta diligencia y esfuerzo:

“Porque de esta manera os será otorgada amplia entrada en el Reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 P. 1:11).

El doctor Adoniram Judson Gordon escribió desde Birmania a un amigo en América:

“Recuerda, te ruego, la palabra de Brainerd; no creas que es bastante vivir como los cristianos comunes. Es verdad, te van a llamar *poco caritativo* y *criticón*, pero ¿cuál es el valor de la opinión de los pobres gusanos del polvo, para que nos tenga que estorbar en el ejercicio de nuestro deber? Recuerda que la otra expresión de este santo varón

era: *El tiempo no es más que un instante, la vida un vapor y los goces burbujas vacías y ráfagas de viento. Permíteme pedirte que no te contentes con la religión común prevaleciente ahora”.*

Es decir, hay que elevarse sobre la religión común y corriente que ofende, que despierta oposición, que enciende los fuegos de una persecución no aparatosa, pero sí penosa. No hay persona que haga mucho por Dios, no hay persona que busque el Cielo de modo real, sincero y con éxito que no se levante por encima de la piedad corriente, causando perturbación y molestia a quienes están espiritualmente fríos.

Así, el apóstol Pablo le encargó a Timoteo:

“Sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna” (1 Ti. 6:11 y 12).

Porque el Cielo se gana al ganar las virtudes celestiales. Por ello, la búsqueda con tesón de las gracias que constituyen el Cielo es el único modo de llegar al Cielo, buscándolo con ardor y con ganas de alcanzar el premio. Sí, madurar y perfeccionar estas gracias es estar preparado para el Cielo...

“Que los cuidados de este mundo, penas, combates y aflicciones, sigan su curso, con tal que llegar pueda de Dios al seguro aprisco. Y allí mi alma nadará en el sosiego de la celeste calma y nunca más vendrán olas furiosas a asaltar mi dulce paz y mi serenidad”.

Porque el Cielo se gana al ganar las virtudes celestiales. Por ello, la búsqueda con tesón de las gracias que constituyen el Cielo es el único modo de llegar al Cielo, buscándolo con ardor y con ganas de alcanzar el premio. Sí, madurar y perfeccionar estas gracias es estar preparado para el Cielo.

9

El conocimiento y el Cielo

El Cielo es un "estado", un estado de elevación, exaltación y libertad. Y será, sobre todo, un estado de conocimiento perfecto.

Dios nos conoce perfectamente aquí, pero nosotros le conoceremos a Él y todas las cosas, perfectamente, allí.

Feliz seré, y para siempre, si después de la muerte puedo oír la melodía de aquellos himnos y aleluyas que los ciudadanos del Reino celestial y las huestes de espíritus bienaventurados cantan en alabanza al rey eterno. Esta es la música dulce y armoniosa que oyó Juan que cantaban los habitantes del Cielo: "¡Que todo el mundo te bendiga, oh Señor! A Ti sea todo honor y dominio en todos los mundos. Amén".

JEREMIAS TAYLOR

Sabemos que el Cielo es un lugar tangible, un espacio real; sin embargo, sea cual sea su aspecto externo, agradable al oído, fascinador al ojo, al tacto o al sabor, hermosas las escenas y sonidos, deleitosa su felicidad, no son estas cosas la fuente principal de su atracción. Pues el Cielo es un "estado", un estado de elevación, exaltación y libertad. Y será, sobre todo, un estado de conocimiento perfecto. Se ha dejado gran parte de lo viejo, gastado y cansino atrás, y mucho será nuevo, extraño, maravilloso. Entonces, conoceremos como ahora somos conocidos. En otras palabras, Dios nos conoce perfectamente aquí, pero nosotros le conoceremos a Él y todas las cosas, perfectamente, allí...

"Porque en parte conocemos y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte quedará fuera de uso. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; mas cuando me hice hombre, dejé a un lado lo que era de niño. Pues ahora vemos mediante espejo, borrosamente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré tan cabalmente como fui conocido» (1 Co. 13:9-12).

¿Cuáles serán los beneficios indecibles de un estado en que conozcamos todas las cosas perfectamente? No habrá profundidad ni altura, anchura o longitud en el Cielo, en la Tierra o en el infierno que no esté abierto a nuestro conocimiento en ese exaltado y perfecto estado en que todos los misterios habrán desaparecido.

Así también, la actitud del cristiano respecto al Cielo debe ser una actitud de conocimiento:

"Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshace, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha con manos, eterna, en los Cielos" (2 Co. 5:1).

Implica la aprehensión inteligente de las virtudes divinas y la convicción plena de su importancia. Este conocimiento se consigue en la Santa Biblia y por la luz del Espíritu de Dios. Hemos de buscar, asimismo, el Espíritu de revelación en el conocimiento de Jesús. Esto es, hemos de conocer más y más a Jesús; hemos de conocerle más a Él y al poder de su resurrección, porque el conocimiento es poder, fuerza y luz.

Por consiguiente, debemos estar plenamente convencidos de las Verdades de la religión y hemos de tener un conocimiento personal de lo que enseñan las Escrituras y una comprensión inteligente de los hechos y verdades de la Biblia. La luz y la sabiduría en el hombre interior, todo ello, ha de ser añadido día tras día, como lecciones para el día de la graduación en los Cielos.

Con respecto a la muerte, por ejemplo, el cristiano está exactamente en la misma situación que los demás: su cuerpo es como las frágiles tiendas de los árabes, heredero de la muerte y sujeto a descomposición. Pero el cristiano sabe que «si su morada terrestre se deshace, tiene una casa no hecha de manos en los Cielos» (2 Co. 5:1).

Se trata de un conocimiento real del Cielo, no de meros deseos, o esperanzas, o algo que tratemos de adivinar, sino conocimiento seguro, hechos comunicados y adquiridos. Es más, Dios se ha asegurado bien de que tengamos conocimiento y seguridad sobre el Cielo: «el mismo Espíritu da testimonio» (Ro. 8:16) de nuestra adopción y herencia.

En cuanto al gran hecho de que nuestros nombres están escritos en el Libro de la Vida tampoco se nos ha dejado en la ignorancia. Y es que Dios nos sella con el Espíritu Santo que es la garantía o arras de la promesa del Cielo y su anticipo, lo mismo que un testigo, el cual da testimonio. El verdadero cristiano no es, pues, un agnóstico: sabe algunas cosas...

El Cielo en esta vida no es para él una realidad completa, pero lo es hasta cierto punto, tanto como lo será cuando pise el suelo de oro de la ciudad Celestial. La fe

Debemos estar plenamente convencidos de las Verdades de la religión y hemos de tener un conocimiento personal de lo que enseñan las Escrituras y una comprensión inteligente de los hechos y verdades de la Biblia.

En cuanto al gran hecho de que nuestros nombres están escritos en el Libro de la Vida tampoco se nos ha dejado en la ignorancia. Y es que Dios nos sella con el Espíritu Santo que es la garantía o arras de la promesa del Cielo y su anticipo, lo mismo que un testigo, el cual da testimonio. El verdadero cristiano no es, pues, un agnóstico: sabe algunas cosas.

le trae la misma sustancia de las cosas que espera, y esta esperanza ilumina el presente con su luz y le corrobora con su fuerza, saturando y endulzando su vida. Tal conocimiento de su hogar en el Cielo desafía a la muerte, al cambio y a la desgracia. Nuestro palacio al otro lado del río nos atrae sin que sintamos nostalgia por nuestra barraca de arcilla.

Finalmente, el que no ha anticipado la realidad del gozo celeste tiene muy poco de Dios, y nada de la dulzura de la fe. ¿Somos echados de acá para allá en nuestra incertidumbre por lo que respecta a nuestro hogar allí arriba? ¿No se trata de una seguridad bendita? Sí, lo sabemos: la Palabra de Dios nos lo dice; el Espíritu de Dios ha hablado a nuestros corazones y ha dejado en ellos su imagen y su dulzura. Hemos estado examinando las Escrituras de posesión que están firmadas y selladas. La casa está construida, el terreno acotado, todo está descrito de modo claro en la Biblia...

“¡Oh, quien en ti morara, la Celestial Sión, del redimido patria y alcázar de mi Dios!
Allí sin inquietudes sería mi canción
un *aleluya* eterno al Rey, mi Salvador.
¡Oh, quién allá morara, si yo en su alrededor
tuviera ya tendido mi blanco pabellón!
A su agradable sombra disfrutaría yo
la gloria de la gracia, del Rey, mi Salvador”.

10

La templanza y el Cielo

Aférrate a Cristo. No permitas que esta parte tuya de arcilla domine tu alma. Esta parte pertenece a los bastardos, y tú eres hijo de Dios. Por tanto, busca tu herencia. Envía tu corazón para contemplar tu morada y sus habitaciones en la Nueva Ciudad. Fuera los que gritan: “¡Viva el mundo, y abajo la conciencia y el Cielo!”

SAMUEL RUTHERFORD

En Romanos 6 hallamos una afirmación que es vital para el conocimiento del Cielo:

“Mas ahora, que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna” (Ro. 6:22).

En ella constatamos una doble acción: por un lado, hay la emancipación del pecado y, por el otro, la servidumbre a Dios. Esto es, una actitud de repulsión, de libertad completa del pecado, y una actitud de servidumbre total a Dios. Las dos cosas llevan fruto de santidad si se encuentran en un corazón donde reine Dios, y del cual ha sido excluido el pecado. Pero a este estado y a este carácter celestial se pertenece o se llega sólo por herencia, o por derecho. De hecho, son las dos luchas que marcan la verdadera vida celestial: el ser libertados del pecado y estar totalmente consagrados a Dios.

No obstante, ¿cuán libre se puede ser del pecado? ¿Hasta qué punto podemos agradar a Dios? He aquí dos preguntas que con frecuencia dejaron perplejos a los varones más santos, quienes pasaron muchas horas y gastaron mucho esfuerzo tratando de responder y fijar los límites por medios teóricos y afirmaciones verbales (a pesar de que las Escrituras hacen declaraciones muy tajantes sobre este punto). El santo Boardman de Birmania, por ejemplo, escribió lo siguiente:

“Hallo al leer los escritos de los apóstoles, cuando se dirigen a sus hermanos cristianos, que les hablan como personas que están muertas en sus pecados, enterradas con Cristo en la muerte. Están muertos y sus vidas están

En todo cristiano debe haber una actitud de servidumbre total a Dios. Las dos cosas llevan fruto de santidad si se encuentran en un corazón donde reine Dios, y del cual ha sido excluido el pecado.

Podemos alcanzar la emancipación del pecado más completa y la servidumbre a Dios más perfecta con las plenas posibilidades de la gracia de Dios, de la sangre de Cristo, del poder del Espíritu Santo y de la fe.

escondidas con Cristo, en Dios. Han crucificado la carne con sus apetitos y deseos; su viejo hombre ha sido crucificado con Cristo. Están muertos para el pecado como resultado, y están libres del pecado; es decir, dejan de pecar. Ya que, habiendo nacido de Dios, no pecan, no pueden pecar: han vencido al mundo, el mundo está crucificado en ellos y ellos al mundo”.

Ahora bien, estas cosas son mencionadas no como si fueran deseables, sino como si ya hubieran sido obtenidas:

«Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu [...] Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado» (Gá. 5: 24 y 25; Ro. 6:6).

De una cosa podemos estar seguros, y es que la experiencia y la actitud sobre lo que puede lograr el cristiano, establecida en el Nuevo Testamento, está abierta a todo cristiano en cualquier edad y clima. Los libros sobre la santidad pueden darnos muy poca luz y las teorías pueden confundirnos, pero con la Biblia abierta delante y en oración y con la luz y poder crecientes del Espíritu Santo podemos contestar tales interrogantes según una experiencia personal, conservando la afirmación divina delante de nuestra mente:

“Habéis sido librados del pecado y hechos siervos de Dios” (Ro. 6:18).

O sea, que podemos alcanzar la emancipación del pecado más completa y la servidumbre a Dios más perfecta con las plenas posibilidades de la gracia de Dios, de la sangre de Cristo, del poder del Espíritu Santo y de la fe.

Vemos también que Dios es «capaz de obrar en mucho mayor grado de todo lo que le pedimos o pensamos» (Ef. 3:20), que “todas las cosas son posibles para aquel que cree” (Mr. 9:23), y que “el que a su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por nosotros, ¿cómo no nos va a dar en abundancia todas las cosas?” (Ro. 8:32). Sí, Dios nos ha dado todas las cosas:

“... llenos de toda la plenitud de Dios [...] y abundando en toda buena obra” (Ef. 3:19; 1 Co. 15:58).

Más aún, Dios puede perfeccionarnos en toda buena obra para hacer su voluntad, obrando en nosotros lo que

es agradable a su vista y hacernos que andemos perfectos y completamente en todo en la voluntad divina (véase Col. 1:10 y 2 P. 3:11). En definitiva, todas estas afirmaciones escriturales referentes a las posibilidades de la gracia contestan de modo pleno la pregunta de cuán libres somos de pecar y hasta qué punto estamos consagrados a Dios.

Tal *fruto para santidad* es un requisito necesario para el Cielo:

“Sin la santidad nadie verá al Señor” (He. 12:14).

En otras palabras, la santidad es una condición imperativa estricta para el Cielo. Y es que un Dios santo, un Jesús santo y un Cielo santo exigen la santidad entre los hombres y entre los santos:

“Todo aquel que lucha en todo ejercita el dominio propio; ellos en verdad para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que yo, de esta manera, corro, no como a la ventura; de esta manera golpeo, no como quien golpea al aire, sino que trato severamente a mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo proclamado a otros, yo mismo venga a ser reprobado” (1 Co. 9:25-27).

La virtud destacada en este versículo es la templanza, el dominio propio. A saber, el dominio propio es llevar fruto de sabiduría celestial; el genio y las pasiones, los apetitos y los deseos, todo ello debe ser contenido y mantenido bajo su rienda. Hablamos de dominio propio para el Señor, entrenado en la escuela de la vida diaria para el Cielo; ésta es la idea.

Así, Pablo subraya la necesidad de la templanza en lo que se refiere al atleta que pasa mucho tiempo entrenándose y que se niega a sí mismo aquellas cosas que le eran agradables, y que acostumbraba a permitirse. Dicho entrenamiento de autocontrol no sólo debe ser ejercido en los dominios de la naturaleza del hombre, sino que también los apetitos del cuerpo del cristiano han de sentir la mano firme de la templanza. Porque para mantenernos como cristianos genuinos es necesario el ejercicio diario. Más aún, sin este nivel elevado de superación y logro, corremos el peligro de ser reprobados, pues el cuerpo es el adversario considerado como el objetivo de las tentaciones de Satán, especialmente el del consentimiento propio.

La santidad es una condición imperativa estricta para el Cielo. Y es que un Dios santo, un Jesús santo y un Cielo santo exigen la santidad entre los hombres y entre los santos.

El dominio propio es llevar fruto de sabiduría celestial; el genio y las pasiones, los apetitos y los deseos, todo ello debe ser contenido y mantenido bajo su rienda. Hablamos de dominio propio para el Señor, entrenado en la escuela de la vida diaria para el Cielo; ésta es la idea.

En cambio, por medio del dominio propio, el orgullo, la obstinación y el egocentrismo son reprimidos y quebrantados. La carne y el espíritu han de ser traídos bajo la ley de esta carrera celestial. Nadie escapa de esta ley:

“Y también el que lucha como atleta no es coronado si no lucha de acuerdo con las normas” (2 Ti. 2:5).

En efecto, la ley de los competidores celestiales es un dominio propio estricto. Sin él, todo éxito aparente en la carrera celestial es rechazado y descalificado...

“¡Camaradas! En los Cielos ved la enseña ya.

Hay refuerzos, nuestro el triunfo, no dudéis, será.

Estad firmes; Yo voy pronto, clama el Salvador.

Sí, estaremos por tu gracia firmes, con vigor”.

11

El amor y el Cielo

En el Cielo viviremos en nuestro propio elemento. Somos ahora como el pez en un vaso de agua, con sólo la suficiente para mantenernos en vida. ¿Qué es estar en el océano? Tenemos poco aire y apenas podemos respirar aquí, pero ¿qué serán las suaves brisas del Monte de Sión? Aquí tenemos algún rayo de sol que ilumina nuestra oscuridad y nos evita quedar helados; pero allí viviremos en la luz y bañados en el calor del Sol.

RICHARD BAXTER

Cristo hace del amor el centro de su código moral y el cumplimiento de toda la profecía. Se le llama la Ley real, el cumplimiento de toda la Ley, el lazo de perfección, la prueba del discipulado, la primera de las gracias y el escudo en el día del juicio.

El apóstol Santiago dijo:

“Dichoso el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de la vida, que el Señor ha prometido a los que le aman” (Stg. 1:12).

Esto es, la gran condición de este gran galardón, la corona de la vida, es el amor. Sería, no obstante, imposible evaluar en exceso la importancia del amor...

Cristo hace del amor el centro de su código moral y el cumplimiento de toda la profecía. Se le llama la Ley real, el cumplimiento de toda la Ley, el lazo de perfección, la prueba del discipulado, la primera de las gracias y el escudo en el día del juicio. En 1ª Corintios 13 se nos pinta con colores maravillosos, pero que raramente transferimos a la vida práctica...

¿Qué es, pues, el amor?

Empecemos puntualizando lo que no es: el amor no es fe, aunque es el único medio a través del cual obra la fe; no es esperanza, aunque forma la sustancia que la esperanza colorea y abrillanta. Es lo más común y lo más raro; con frecuencia lo tenemos en los labios, pero pocas veces en el corazón. Resulta fácil hablar de él, pero difícil ponerlo por obra. Tiene pasión, pero no envidia, ni celos; está vestido de humildad, de modo que ni la vanidad ni el orgullo pueden hinchar su corazón ni hablar por sus labios. La conducta inapropiada nunca enturbia su belleza, ni echa reproche o sospechas sobre su fidelidad.

El amor es el principio regenerador implantado en el corazón del hombre por el Espíritu Santo, y su perfección es el fin por el cual ha de laborar con esfuerzo incesante y oración persistente.

En el amor, el *yo* cede su cetro y solamente reclama sus derechos con moderación y mansedumbre. Nunca provoca o irrita, no insulta ni causa ira o amargura. No es sospechoso ni hace entuerto alguno. Se entristece cuando triunfa el mal, pero se goza con los éxitos del bien. Es semejante a Dios en su estar exento de prisas y excitación; es paciente, sufrido y se resiste al mal, pero sigue al bien y rebosa amabilidad, utilidad, bondad. Tiene resistencia para soportar, credulidad para lo bueno y está lleno de esperanza y ánimo para lo mejor; aguardando con paciencia, sereno y dulce cuando la fe, la fortaleza y la esperanza casi han fallado.

Éste es el retrato bíblico del amor divino y los principios sobre los que Dios se propone reconstruir la naturaleza humana; principios sublimes, a través de los cuales el Creador quiere empezar y completar su hermoso y costoso edificio y hacer su Cielo.

De hecho, la religión misma está atada a este principio; todo lo demás es extraño o falso (véase Stg. 1:27).

He aquí el decálogo revisado y completado, el Sinaí del Calvario, la Ley del Evangelio y el sumario de la vida y de la muerte:

“Amaos los unos a los otros” (Ro. 12:10).

El amor es, entonces, el principio regenerador implantado en el corazón del hombre por el Espíritu Santo, y su perfección es el fin por el cual ha de laborar con esfuerzo incesante y oración persistente.

Este amor a Jesús implantado en el corazón renovado ha apartado las ataduras a las cosas de la Tierra y ha pasado a ser la fuerza animadora y la corona de nuestras vidas terrenas:

“... para que donde Yo estoy, vosotros también estéis” (Jn. 14:3).

Por consiguiente, amar a Jesús es desear estar con Él y obedecerle, no con debilidad o a regañadientes:

“Si me amáis guardad mis mandamientos. Si guardáis mis mandamientos, estaréis en mi amor” (Jn. 14:15).

Y es que cuando ponemos a Jesús en el centro de nuestros corazones y de nuestras vidas, tenemos la certeza del Cielo asegurada. Y el Señor, así, se convierte en el autor de todos nuestros impulsos, deseos, y acciones:

“Todo lo que hagáis de palabra o de obra, hacedlo en el Nombre del Señor Jesús” (Col. 3:17).

Definitivamente, Jesús y el Cielo están entrelazados: amarle con pasión y devoción es haber empezado el Cielo, continuar en el Cielo y acabar en el Cielo. Pablo escribió:

“Estoy a punto de ser ofrecido, y el tiempo de mi partida se ha acercado. He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está preparada una corona de justicia que el Señor, el Juez justo, me dará en aquel día; y no sólo a mí, sino a todos los que aman su venida” (Stg. 4:6-8).

Dicha corona no es sólo personal, sino universal, únicamente limitada por el hecho de que “amen” su venida. Pues no se trata simplemente de amar la Persona de Jesús, sino de amar el gran hecho de que Él culminará la gloria de su misión, que es su venida. Y amar su venida es, asimismo, la prueba de que amamos su Persona...

En otras palabras, amamos el hecho porque amamos su identidad. No se nos encarga que amemos ninguna teoría u opinión sobre la forma o el tiempo de su venida, sino la realidad del acontecimiento en sí. ¡Que venga, cuando quiera, como quiera y para el propósito que quiera!

Que nosotros igualmente amamos su retorno inminente, porque le amamos a Él. ¡Sí, ven Señor Jesús, y trae tu Cielo contigo!

“¿No te amo, mi rey y Salvador?

Si no te amo a Ti, ya no debo amar nada.

Mi corazón ha de estar muerto

si tu amor no puede conmoverlo.

Tú sabes bien, Señor, que yo te amo.

Pero quiero elevarme

más allá de la esfera de los goces del mundo,

¡y amarte más aún!”

No se trata simplemente de amar la Persona de Jesús, sino de amar el gran hecho de que Él culminará la gloria de su misión, que es su venida. Y amar su venida es, asimismo, la prueba de que amamos su Persona.

12

El deseo y el Cielo

La actitud del cristiano respecto al Cielo se caracteriza por el deseo.

La salvación es lo único necesario. Este ídolo de arcilla, el mundo, no debe inquietarnos; no es un bocado para ti, sino para los bastardos hambrientos. Tú procura la salvación. Tu señor, Cristo, ganó el Cielo en reñida lucha. Es un castillo sitiado y debe ser tomado por asalto. ¡Oh, este mundo que piensa que el Cielo está al alcance, a la esquina y que la piedad puede descansar en mullida cama, hasta que llegue al Cielo! Pero esto no es verdad.

SAMUEL RUTHERFORD

La actitud del cristiano respecto al Cielo se caracteriza por el deseo. Pablo lo explicó de este modo:

“Estoy dispuesto a partir y a estar con Cristo, lo que es mucho mejor” (Fil. 1:23).

Así, la actitud de Pablo era poner su corazón, su anhelo y su deseo en Jesús, para estar con Él.

Sabemos que Dios dio a Jesús la llave de todo y Él, a su vez, lo entrega todo a sus seguidores; esto debería ser suficiente para inflamar nuestro deseo. No podemos avanzar hacia el Cielo con el corazón frío, con el propósito tibio o la resolución frígida:

“Porque también gemimos en esta morada, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial; si es que somos hallados vestidos y no desnudos” (2 Co. 5:2 y 3).

He aquí la clase de deseo que, como una llama, debe ser avivado a cada paso de nuestro camino:

“Porque, asimismo, los que estamos en este tabernáculo gemimos con pesadumbre, por cuanto no queremos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida” (2 Co. 5:4).

Y es que el conocimiento de la existencia del Cielo implica un deseo tan lleno de luz, de expectativas, de anhelos, que vivir en la Tierra se convierte en una carga. Sí, el Cielo es tan atractivo a la visión sin nubes de la fe, tan brillante y sereno bajo los tintes rosados de una esperanza inmortal, que las cargas presentes pasan a ser intolerables.

Estar en vida, entonces, equivale a vivir en un cementerio, tener un hogar que se desmorona, que muere. Todo anuncia la muerte, respira la muerte y está muriendo...

El deseo del Cielo está, pues, encandilado por la fuente de vida, y el alma desea sumergirse en su río y, por fin, en el océano incommensurable.

En otras palabras, la actitud respecto al Cielo es el deseo de *vida por la vida*, o vida contra la muerte. Estamos impacientes por la vida eterna, la vida que no está en ninguna otra parte, sino en el Cielo. Cansados de la muerte, aspiramos a la vida, viviendo y suspirando por el Cielo.

Pero este gemir por el Cielo no es natural, sino que, de nuevo, el Espíritu Santo cambia la naturaleza y nos conforma para el hogar celestial:

“Mas el que nos dispuso para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu” (2 Co. 5:5).

En efecto, Dios nos ha conformado para esta vida celestial; nos ha implantado estos deseos celestiales. Y cuando nos hallamos así listos para el Cielo, mirándolo y deseándolo, éstas son las marcas de la mano divina, el resultado de su obra de gracia en nuestro corazón, a fin de que no nos esforcemos por las cosas que perecen en esta Tierra. Por el contrario, si los guardas de Dios no son valientes, con ojos de lince, vigilantes, la religión se contagiará de estos tiempos materialistas y pensará menos en el Cielo.

Para el verdadero cristiano, el Cielo no es un mero sentimiento, poesía o tierra de ensueño, sino un granito sólido y real, en fuerza, en atracción, en dulzura y en influencia. Más aún, los cristianos no se sienten más felices con Dios, y Dios nunca es más bueno para sus santos que cuando esta tendencia celestial está claramente marcada. Pues no sólo ha hecho Dios esta obra, el moldearnos según su Imagen, sino que la verdadera obra de Dios en nosotros nos da un anticipo y una garantía del mundo celestial. Por eso, cuando el sabor al Cielo se embota, y el ojo ya no mira hacia arriba, entonces el resplandor divino se desvanece del espíritu y la obra de Dios es detenida en el alma; la vida espiritual pulsa débilmente y el amor celestial se muere de frío en el corazón.

Tal clase de deseo nos hace estar en tensión para llegar al Cielo, con todo su poder aplicado a la carrera:

Dios nos ha conformado para esta vida celestial; nos ha implantado estos deseos celestiales. Y cuando nos hallamos así listos para el Cielo, mirándolo y deseándolo, éstas son las marcas de la mano divina, el resultado de su obra de gracia en nuestro corazón, a fin de que no nos esforcemos por las cosas que perecen en esta Tierra.

Tal clase de deseo nos hace estar en tensión para llegar al Cielo, con todo su poder aplicado a la carrera.

“¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos ciertamente corren, pero uno sólo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, en todo ejercita el dominio propio; ellos, en verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera golpeo, no como quien golpea al aire, sino que trato severamente a mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo venga a ser reprobado” (1 Co. 9:24-27).

Pablo en esta declaración hace uso del atleta griego, en su agotador esfuerzo por ganar la corona corruptible, como una ilustración predilecta, un ejemplo para estimular al cristiano para el Cielo. A saber, el atleta sólo mira el premio; no hay en él recurso particular de energía que no ponga a contribución para lograr su fin. Asimismo, debemos hacer nosotros, los que corremos hacia el Cielo: dar todo nuestro potencial en el empeño.

Jesús trató de grabar esta idea a la multitud en respuesta a una pregunta que le hicieron:

“Entonces le dijo uno de ellos: *¿Señor, son pocos los que se salvan?* Y Él les contestó: *Esforzaos para entrar por la puerta estrecha; porque muchos, a la verdad, procurarán entrar por ella, pero no podrán*” (Lc. 13:22 y 23).

“Esforzarse” es el significado de una raíz griega que forma la palabra «agonía» en nuestra lengua, lo cual da idea de la intensidad del esfuerzo, que incluye todo cuanto hay en el hombre de un modo denodado y apasionado.

También, en Hebreos 12 tenemos una vívida y pintoresca declaración de esta misma verdad: que el Cielo es ganado sólo por medio de un intenso y persistente esfuerzo, que pone a contribución toda la energía posible...

“Por tanto, nosotros, también, teniendo en derredor nuestra tan gran nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de Él soportó la cruz, menospreciando el oprobio, y está sentado a la diestra del trono de Dios” (Stg. 12:1 y 2).

En todas las páginas de la Escritura no se halla una apelación más enérgica a que nos lancemos a la carrera con todas nuestras posibilidades. Todo lo que estorba debe ser

puesto de lado, tirado; lo único que cuenta es poder correr desembarazado, libre. ¡El Cielo es el premio! ¡Una corona incorruptible es el galardón! La inmortalidad y la vida eterna dependen, en definitiva, de nuestro empeño por llegar a la meta.⁵

Pablo encarga a Timoteo que esté siempre en tensión para la carrera (de hecho, los pastores y predicadores que no mantengan esta tensión no serán capaces de hacer ver a su grey la necesidad de hacerlo). Desea que Timoteo esté dispuesto a “pelear la buena batalla de la fe”. La palabra “pelear” es aquí la misma de antes: “un esfuerzo supremo, como de agonía”.

La inmortalidad y la vida eterna dependen, en definitiva, de nuestro empeño por llegar a la meta.

5. El autor de este comentario, así como el autor del libro de *Hebreos*, no olvida por supuesto, la obra perfecta y completa de Jesucristo, que nos abre todas las posibilidades y ventajas del Cielo, sobre la base de la fe (véase He. 7:22-28). Pero toda la enseñanza del Nuevo Testamento tiende al propósito de hacernos dignos del Cielo.

El dogma del *purgatorio* no es bíblico, pero los antiguos artífices del catolicismo romano fueron perturbados a causa de esta aparente paradoja del Cristianismo...

“Hay millones de personas –dicen los católicos– que no son suficientemente buenas para merecer el Cielo, ni suficientemente malas para el infierno; es necesario un tercer lugar de purificación”.

De este modo, los jerarcas de la Iglesia de Roma inventaron el *purgatorio*, según la severa y antibíblica imaginación teológica predominante en su época.

La Reforma vino a combatir el dogma del *purgatorio* y, sobre todo, los abusos a que había dado lugar en la Edad Media; pero muchos consideran que falló por el lado opuesto de proclamar una salvación demasiado fácil. No es así, en realidad, en los verdaderos creyentes, pues la fe es generadora de buenas obras, como explica tan claramente Martín Lutero en su libro *La libertad cristiana*.

Pero quizás hemos fallado los cristianos evangélicos al no descubrir el verdadero concepto del mismo Cielo (¿No podría ser que, conservando todas las revelaciones bíblicas en cuanto a sus condiciones básicas de felicidad y bienestar, fuese el Cielo, particularmente en el período que llamamos «estado intermedio» de los fallecidos, una escuela de preparación moral para aquellos que han puesto una fe sincera en la obra redentora de Jesucristo? ¿Y que cuanto más nos esforcemos en esta vida por el camino de la santificación, llegaremos salvos por Jesucristo a un grado más avanzado de esta escuela superior, a fin de poder ser usados mejor por el Señor en sus inescrutables propósitos para cada uno de nosotros, por los siglos de la eternidad?).

Nos falta mucho –a unos más, a otros menos– para llegar al estado perfecto del día de la resurrección (véase Ef. 5:27 y 1 Jn. 3:2 y 3).

Las palabras de Jesús en Juan 17:24-26 parecen indicar, o por lo menos favorecer, este más evangélico concepto del Cielo que la antigua idea medieval de un *purgatorio* de fuego para purificar a los que en esta vida hemos confiado de veras en su obra redentora; pero todavía somos imperfectos al llegar al momento de la muerte.

Pablo se propone ganar el Cielo, no por su maravillosa conversión, no por su alto apostolado, sino por poner toda su vida para el Cielo.

En su epístola a los filipenses tenemos una visión vívida del espíritu de Pablo en este *sprint* hacia el Cielo:

“A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a Él en su muerte, por si de algún modo consigo llegar a la resurrección de entre los muertos. No que lo haya alcanzado ya, ni que ya haya conseguido la perfección total; sino que prosigo, por ver si logro darle alcance, puesto que yo también fui alcanzado por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no considero haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta, para conseguir el premio del supremo llamamiento de Dios, en Cristo Jesús. Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos; y si en algo sentís de un modo diferente, también esto os lo revelará Dios” (Fil. 3: 10-15).

Y es que Pablo se propone ganar el Cielo, no por su maravillosa conversión, no por su alto apostolado, sino por poner toda su vida para el Cielo. Y en su carrera al Cielo, con toda su energía y su naturaleza y el ardor e intensidad de su carácter, pronunció:

“... olvidando lo que queda atrás” (Fil. 3:13).

O lo que es lo mismo, su deseo de seguir adelante:

“... extendiéndome a lo que está delante” (ídem).

¡Qué interés, el de Pablo, qué esfuerzo, qué perseverancia y qué tesón invencible!⁶

Pablo, el gran apóstol, estaba corriendo con todas sus fuerzas, porque no podía permitirse perder el Cielo... Sin duda, es éste un gran ejemplo a seguir por todos nosotros; ya lo dijo él mismo:

“Sed imitadores de mí, como Yo de Cristo” (Fil. 3:17).

“A la luz, a la luz,
al encuentro de Jesús,
por Él arde mi deseo.

¡Oh! Qué gozo cuando veo
quien por mí sufrió la cruz.
Pronto haz, pronto haz,
dulce Príncipe de paz,
que con todos los salvados,
por tu sangre rescatados,
yo contemple allí tu faz.
¡Dulce son, dulce son,
de los ángeles canción!
Si sus alas yo tuviera,
volaría a aquella esfera,
a los montes de Sión.
¿Qué será, qué será,
cuando en Salem entre ya,
do las calles brillan de oro,
me reciba el santo coro?
¡Cuánto gozo espero allá!
¡Sumo bien, sumo bien,
celestial Jerusalén!
Fuentes, árboles de vida,
arpas dan la bienvenida:
llévanos, Dios, a tu Edén”.

6. El contraste que ofrecen los escritos del apóstol Pablo entre Romanos 3:8 y las vehementes exhortaciones de todas sus epístolas, incluyendo los capítulos 12-16 de la misma epístola a los romanos, tiende al mismo concepto sugerido en la nota anterior. La entrada en el Cielo, o sea la condición de *salvos por gracia*, depende enteramente de la obra completa y perfecta de Jesucristo. La posición en el Cielo será empero el resultado de nuestro propio esfuerzo, bendecido y apoyado por la acción del Espíritu Santo en nosotros, para obtener un alto grado de santificación (véase Mt. 5:8 y Fil. 3:12).

13

**La tribulación,
la paciencia y el Cielo**

Sea de donde sea que vengan las persecuciones, son el medio para la pureza y la madurez. Por ellas, el pueblo de Dios es purificado y perfeccionado.

Es necesaria paciencia por nuestra parte para esperar a que el fruto del verano del Cielo esté maduro para nosotros. Está en capítulo; pero hay mucho que hacer antes que venga el día de la cosecha. Y nosotros creemos que lo pasamos mal, y no nos gusta; viene la tempestad y nos mojamos los pies... Nos gustaría llevar con nosotros otro Cielo, o dos veranos cada año. Pero esto no puede ser; basta con uno. Cristo mismo sólo tuvo uno, ¿por qué deberíamos tener dos nosotros?

SAMUEL RUTHERFORD

El odio y la persecución lanzada contra los seguidores de Dios es como un cuchillo que corta en el corazón de los santos y hace de cada uno un "varón de dolores, experimentado en quebrantos" (Is. 53:3). La religión que se centra sobre el Cielo es recibida con aspavientos incluso por los mismos religiosos:

"Si el mundo os aborrece, sabed que a Mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que Yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que Yo os he dicho. El siervo no es mayor que su señor; si a Mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán" (Jn. 15:18-20).

Pero, sea de donde sea que vengan estas persecuciones, son el medio para la pureza y la madurez. Por ellas, el pueblo de Dios es purificado y perfeccionado. No hemos, pues, de afligirnos ni impacientarnos por su causa. Tampoco luchar contra ellas, ni murmurar, sino resistirlas y sobrellevarlas con dulzura y gozo, tal y como dijo Santiago:

"Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna" (Stg. 1:2-4).

Éste es el proceso a seguir. Y Pablo nos presenta el mismo enfoque: pone a Jesucristo delante, y nuestra relación con Él en cuanto a justificación y paz venturosa resultante de la fe. Esta fe nos da un acceso más libre a Él y una visión más clara y firme, ofreciéndonos una plena visión del Cielo y de la presencia de Cristo:

"Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, y la paciencia, carácter probado, y el carácter probado, esperanza" (Ro. 5:3 y 4).

Así, todo principio santo, todo resultado precioso y todo sentimiento fragante que nos es dado por la fe en Jesús es intensificado por la tribulación ("Nos gloriamos en las tribulaciones").

También Pedro se levantó con entusiasmo y entonó un himno de bienaventuranza ante este tema:

"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien según su gran misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, mediante la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada, inmarcesible, reservada en los Cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser revelada en el último tiempo. En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, seáis afligidos en diversas tentaciones, para que la prueba de vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual perece, aunque se pruebe con fuego, se halle que resulta en alabanza, gloria y honra en la revelación de Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto; en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso" (1 P. 1:3-8).

Aquí está todo: Dios el Padre, Jesucristo y la resurrección, el Espíritu y la santificación, la esperanza, el Cielo, el amor y las tribulaciones. Y es que las tribulaciones clarifican, refinan, depuran y hacen al fin resonar himnos de alabanza, honor y gloria; han dado una mayor claridad a la visión del Cielo, perfeccionado la fe, purificado el amor e inflamado el gozo hasta llenarse de gloria indecible.

Sin embargo, "tener todo como gozo" no implica resignarse; sino que gloriarse en las tribulaciones significa "gloriarse con la perspectiva del Cielo", cuya expectativa es la gracia que corona los momentos de fe robusta. De este

Aquí está todo: Dios el Padre, Jesucristo y la resurrección, el Espíritu y la santificación, la esperanza, el Cielo, el amor y las tribulaciones. Y es que las tribulaciones clarifican, refinan, depuran y hacen al fin resonar himnos de alabanza, honor y gloria; han dado una mayor claridad a la visión del Cielo, perfeccionado la fe, purificado el amor e inflamado el gozo hasta llenarse de gloria indecible.

Las tribulaciones obran un eterno peso de gloria porque “no ponemos la mira en las cosas que se ven, sino en las que no se ven”; los ojos están apartados de la Tierra y puestos en el Cielo. De ahí que, cuando los ojos están puestos en la Tierra, las cosas terrenales nos preocupen y distraigan y nos hagan perder de vista el Cielo y todo el bien inconmensurable e impercedero que procede de las tribulaciones.

modo, gloriarse en las tribulaciones es inseparable a saborear la esperanza de la gloria del Cielo.

De ahí nacen las bienaventuranzas de nuestro Señor y son ampliadas en forma de gozo celestial:

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados seréis cuando por mi causa os vituperen y os persigan y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los Cielos; porque así persiguieron a los profetas que os precedieron” (Mt. 5:10-12).

Oigamos, ahora, a Pablo:

“Por lo cual, no desmayamos; sino que, aunque este nuestro hombre exterior va decayendo, el interior, no obstante, se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea nos produce, en una medida que sobrepasa toda medida, un eterno peso de gloria; no poniendo nosotros la mira en las cosas que se ven, sino en las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas” (2 Co. 4:16-18).

Pablo usa, además, expresiones que se resisten a dar importancia al dolor y a la persecución:

“Por tanto, me huelgo en la debilidad, en los reproches, en las necesidades, en las persecuciones, en las tribulaciones por amor de Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Co. 12:10).

Añadamos, de nuevo, otras palabras de Cristo:

“Gozaos y alegraos, porque grande es vuestro galardón en los Cielos” (Mt. 5:12).

Dicho de otra manera, las tribulaciones obran un eterno peso de gloria porque “no ponemos la mira en las cosas que se ven, sino en las que no se ven”; los ojos están apartados de la Tierra y puestos en el Cielo. De ahí que, cuando los ojos están puestos en la Tierra, las cosas terrenales nos preocupen y distraigan y nos hagan perder de vista el Cielo y todo el bien inconmensurable e impercedero que procede de las tribulaciones.

Finalmente, Pablo lo resume todo y pasa juicio entre los sufrimientos de esta vida y la gloria de la venidera:

“Porque los sufrimientos que padecemos en este tiempo presente no son comparables con la gloria que ha de ser revelada en nosotros” (Ro. 8:18).

Los santos de antaño tenían en tan alta estima las cosas celestiales y en tan baja estima las terrenales, que su pobreza aumentaba por contraste las riquezas celestiales:

“Con gozo desecharon sus bienes, sabiendo que tenían en los Cielos mucha mejor porción” (He. 10:34).

Igualmente, Pedro une las dos ideas, el sufrimiento y el Cielo, y afirma que es un principio común que hemos de tener en cuenta:

“Amados, no os sorprendáis de la hoguera que ha prendido en medio de vosotros para probaros, como si os aconteciese alguna cosa extraña, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría. Si sois vituperados por el Nombre de Cristo, sois dichosos, porque el Espíritu de gloria y de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, de parte de ellos es blasfemado, pero en cuanto a vosotros es glorificado” (1 P. 4:12-14).

Nuevamente Pedro, cuando habla del diablo, declara la universalidad de la aflicción donde quiera que haya santos:

“Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo. Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, Él mismo os perfecciona, afiance, fortalezca y establezca» (1 P. 5:8-10).

Se nos dice que el Cielo es la gloria eterna de Dios. Estas son palabras incomprensibles en la Tierra; ya que la gloria de la Tierra, por grande que sea, no puede ser comparable a la gloria eterna. ¿Cómo podría ser medida? ¿Con qué palabras la definiríamos? No obstante, es a esto a lo que somos llamados: a la gloria de Dios. ¡Despertemos en nosotros una ambición digna de la gloria de Dios! ¡Despertemos, pues, una esperanza también ilimitada, la cual no se nos revelará hasta que hayamos sufrido por un tiempo! ¡Oh, pues, feliz sufrimiento! ¡Oh, período corto de dolor! Cuando lo contrastamos con la gloria eterna de Dios, en la que las tribulaciones son sólo un preámbulo.

Pero resulta curioso observar que el proceso purificador viene a través de las persecuciones de las manos de

Pedro une las dos ideas, el sufrimiento y el Cielo, y afirma que es un principio común que hemos de tener en cuenta.

La paciencia se define como la gracia de resistir, permanecer, estar fijo, perseverar; es paciente el que no se aparta de su propósito y su lealtad a la fe y la piedad, incluso en medio de las más grandes pruebas y sufrimientos. Sí, la paciencia es una virtud cardinal en el carácter cristiano.

los impíos y de los demonios y, aun con todo, Dios tiene el control, y los resultados del proceso están en su manos. No hay nada fuera de su poder, no hay nada de lo que no tenga control para el bien de sus hijos. "Todas las cosas", sean procedentes de hombres malos o del demonio o de las propias equivocaciones de hombres buenos, sabemos que "cooperan para bien de aquellos que aman a Dios, que son llamados conforme a su propósito" (Ro. 8:28). En definitiva, no hay nada en la naturaleza de la persecución y la aflicción que pueda impedir a Dios ayudar a sus fieles elegidos hasta el momento de su glorificación.

Y la paciencia es una de las virtudes cristianas fundamentales en las cuales hemos de aprender para la vida celestial. Pablo, escribiendo a los romanos, lo expresó de este modo:

"A aquellos que con paciencia siguen haciendo bien, buscan la gloria y el honor y la inmortalidad y la vida eterna" (Ro. 2:7).

"En vuestra paciencia ganaréis vuestras almas" (Lc. 21:19).

Pero, ¿cómo definir la paciencia? La paciencia se define como la gracia de resistir, permanecer, estar fijo, perseverar; es paciente el que no se aparta de su propósito y su lealtad a la fe y la piedad, incluso en medio de las más grandes pruebas y sufrimientos. Sí, la paciencia es una virtud cardinal en el carácter cristiano. Por todo ello, es imposible exagerar su importancia: es una columna de fuerza, un adorno de belleza, firme y dulce, que no sucumbe bajo el sufrimiento, ni se venga de las injusticias, sino que es valiente y se opone a la cobardía y al desespero, no teniendo nada que ver con la ira o la venganza; muy al contrario, expresa suavidad cuando sangra y es magullada. Nos da, en definitiva, un sumario del Evangelio de poder y de gracia. Sin embargo, tal hermosa virtud nace y se perfecciona en el horrible campo de la tribulación:

"Nos gloriamos en la tribulación también, sabiendo que la tribulación obra paciencia" (Ro. 5:3).

Así, en Santiago hallamos esta notable amonestación:

"Tened por sumo gozo cuando os habléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna" (Stg. 1:2-4).

A saber, Dios hace nuestro fruto perfecto al perfeccionar nuestro carácter, y el carácter es perfeccionado por la prueba... ¡Cuán necesaria es, por consiguiente, la paciencia para ganar el Cielo! Se nos dice de modo claro:

"Porque la paciencia os es necesaria para que, después de haber hecho la voluntad de Dios, podáis recibir las promesas" (He. 10:36).

"Corramos con paciencia la carrera que nos es propuesta" (He. 12:1).

Job, sin duda, es una ilustración de la paciencia porque se aferró a Dios, sin variación o sombra de vacilación en todas sus pruebas:

"El Señor dio, el Señor quitó. Sea el Nombre del Señor alabado" (Job 1:21).

He aquí una actitud de paciencia serena y dulce:

"Aunque me matare, en Él esperaré" (Job. 13:15).

Éste es el lenguaje de la paciencia que resiste y que persevera.

Muchos creen, empero, que las personas fuertes son impacientes e impetuosas, y que sólo los débiles se resignan... ¡Qué equivocados están aquellos que piensan así! Desconocen que aquellos que son dominados por arrebatos son verdaderos esclavos de sus pasiones y los más dignos de lástima, por cuanto su impaciencia les acarreará frecuentes frustraciones y debilitará su naturaleza.

La paciencia es, finalmente, necesaria para dar fruto; esto es, los que están dispuestos para ser cosechados para la cosecha celestial «conservan la Palabra y producen fruto con paciencia» (Lc. 8:15).

Quizás esta gracia parezca un esperar indolente y perezoso, pero no es así:

"... no perezosos, sino seguidores de aquellos que por la fe heredaron las promesas" (He. 6:12).

Y es que la paciencia del cristiano es quieta, silenciosa, pero nunca perezosa. El Cielo es, pues, para el espíritu paciente, la posesión de los que esperan gozosos en la tribulación. ¿Ha tomado posesión de nosotros ya la paciencia?

«Tu vía, oh Dios, no la mía,
aunque estrecha, seguir quiero;
guíame, pues, bondadoso,
al camino verdadero.
Sin tu luz ando en tinieblas

La paciencia del cristiano es quieta, silenciosa, pero nunca perezosa. El Cielo es, pues, para el espíritu paciente, la posesión de los que esperan gozosos en la tribulación.

y equivocaré el camino;
 para dar luz a mis pasos,
 brille tu esplendor divino.
 Sé que no merezco nada,
 mas Tú conoces mi anhelo;
 mi voluntad es servirte,
 mientras more acá en el suelo.
 Si en tribulación me pones,
 en tribulación amarte;
 si me cerca la alegría,
 en la alegría alabarte.
 Si del vicio al falso halago
 dudoso mi pie flaquea,
 ven, mi Dios, a socorrerme,
 mi sostén tu gracia sea.
 Y en Ti puesta mi esperanza,
 siendo fiel hasta la muerte,
 la corona de la vida
 sé que me darás en suerte”.

14

La esperanza y el Cielo

Arranca las estacas de tu tienda, ciñe tus lomos y prosigue adelante; se acerca el fin de tu peregrinaje y te has de presentar ante tu Dios.

CLAUDIO L. CHILTON

No es el mero hecho del Cielo de lo que tratamos ahora, sino la gracia cristiana del Cielo, que es la esperanza (se engendran muchas ideas falsas sobre la creencia de un hecho muy simple; esta creencia es estéril y engañosa si del hecho no se establece un principio. Esto es, si los meros hechos de la historia del Evangelio no pasan a ser el abono y estímulo para el crecimiento de las gracias del Espíritu, es que están muertas o moribundas. Los hechos del Evangelio, tal como existen en las páginas de la historia, incluso cuando las páginas son inspiradas, no salvan; tienen que pasar a ser nuestra experiencia y volverse carne y sangre de nuestra vida espiritual. Así, el hecho del Cielo debe ser creído, pues el Cielo real existe, glorioso y permanente, pero este hecho del Cielo tiene que pasar a ser nuestra experiencia, y entonces de esta experiencia nace la esperanza, hermana gemela en belleza, inteligencia, hermosura y bondad, de la fe y del amor).

La esperanza es un poderoso principio espiritual; es tan fuerte que el apóstol centra en ella todas las fuerzas de salvación:

“Porque en esperanza fuimos salvos” (Ro. 8:24).

Y es que por medio de ella entran en juego las fuerzas enérgicas que salvan. Más aún, estas fuerzas están baldadas e impotentes sin la esperanza. Sabemos que el Cielo nutre todos los principios de una piedad profunda y consciente; es decir, el cristiano trabaja mejor, sufre mejor, crece mejor cuando tiene el Cielo a plena vista delante de sus ojos. Es esto lo que da a la esperanza su madurez, su riqueza y su poder. He aquí por qué sólo el santo que va en busca del Cielo, con todo el ardor y resplandor de la esperanza, es verdaderamente salvo, mientras la duda y el temor huyen ante una salvación semejante.

La
 esperanza
 es un
 poderoso
 principio
 espiritual;
 por medio
 de ella
 entran en
 juego las
 fuerzas
 enérgicas
 que salvan.

La verdadera esperanza del cristiano se ve sólo por medio de los ojos del corazón; los ojos del corazón y la luz celestial con los cuales se ve el Cielo.

Además, por sus características, esta esperanza celestial se distingue de todas las otras esperanzas que perecen; a saber, en primer lugar es paciente: la esperanza puede esperar, sin perder nada de su brillo; espera con serenidad y dulzura, espera sin un murmullo de desasosiego. Es la "paciencia de la esperanza", que le añade brillantez y dulzura:

'Pero si esperamos lo que no vemos, entonces esperamos con paciencia'" (Ro. 8:25).

En segundo lugar, se la llama "buena" esperanza, unida a la consolación eterna. ¿Qué puede haber mejor que una esperanza que trae consolación eterna, una fuente de perpetuo gozo?

Se la llama también esperanza «viva». Pedro nos dice que esta esperanza viva procede de la tumba de Jesucristo, o sea, es vitalizada e inmortalizada por la resurrección de Jesucristo de los muertos, "para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible" (1 P. 1:4). Nuestra esperanza se funda, pues, en la vida imperecedera de Jesucristo.

Igualmente, se la llama "bendita" esperanza; bendita y feliz, ya que tiene en sí todas las bienaventuranzas y todas las cualidades que producen felicidad. Sí, nos hace felices, con una felicidad inefable y perenne...

Pero la verdadera esperanza del cristiano se ve sólo por medio de los ojos del corazón; los ojos del corazón y la luz celestial con los cuales se ve el Cielo:

«Los ojos de vuestro corazón iluminado, para saber cuál es la esperanza de vuestra vocación» (Ef. 1:18).

Nuestros ojos naturales y la luz de la Tierra no nos muestran "la vocación", ni tienen la visión de las "riquezas de la gloria de esta herencia", en la cual la esperanza vive y se alimenta.

Añadamos también que la esperanza, aunque florece con las aflicciones de la vida, se forma, sin embargo, de las gracias más suaves y tiernas: combina la mansedumbre con el temor; no es arrogante, ni muestra desparpajo, sino que es reverente, dulce, tímida y reservada. Persevera, persiste, es firme en su espera hasta que llega el momento de su fruición, y evita el descontento, la depresión y la debilidad.

En definitiva, la esperanza es uno de los tres grandes elementos del carácter cristiano. Y, por supuesto, se

encuentra unida a la fe y al amor a fin de dar perfección, establecer la reputación cristiana, y despertar el agradecimiento, porque es tan evidente y robusta:

"Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones, y acordándonos sin cesar, delante del Dios y Padre nuestro, de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo" (1 Ts. 1:2 y 3).

En otras palabras, mientras que la fe se exhibe en obras y actividad y el amor se muestra en un obrar exhaustivo, la esperanza lo anima todo, lo soporta todo, declarando que es hermana de las otras gracias, con su paciente espera. Asimismo, la resistencia potente de la esperanza sostiene la fe y el amor; da a las dos su ánimo que no desmaya. Son, finalmente, inseparables en la vida cristiana:

"Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor; estos tres, pero el mayor de ellos es el amor" (1 Co. 13:13).

Recapitulemos: la fe apropia la gracia de Dios en los hechos de la salvación, el amor es el espíritu que anima nuestra vida cristiana y la esperanza echa mano del futuro como perteneciente al Señor y a los suyos. El Reino de Dios, pasado, presente y futuro, se refleja así en la fe, el amor y la esperanza. ¡Cuán plenamente la esperanza satura todo el sistema del Evangelio! ¡Cuán esencial es al carácter cristiano! ¡Cuán necesaria es en las luchas cristianas!

«Pablo, apóstol de Jesucristo, por mandato de Dios, nuestro Salvador, y del Señor Jesucristo, nuestra esperanza» (1 Ti. 1:1).

En este pasaje, la esperanza se centra en nuestro Señor Jesucristo. Él es nuestra esperanza y nuestro centro; dependemos enteramente de Él...

Sin embargo, esta esperanza de un Cristo glorioso, de un Cielo glorioso y un futuro eterno y glorioso no es un producto de la naturaleza del hombre, ni ha nacido en su imaginación desesperada, ni es tampoco un producto resultante de un espíritu animoso y optimista, sino que es un don espiritual, una gracia en germen y en fruto:

"Y el Dios de la esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en la esperanza por el poder del Espíritu Santo" (Ro. 15:13).

La esperanza es uno de los tres grandes elementos del carácter cristiano. Y, por supuesto, se encuentra unida a la fe y al amor a fin de dar perfección, establecer la reputación cristiana, y despertar el agradecimiento, porque es tan evidente y robusta.

Donde está
Cristo,
hay esta
esperanza
que brota
con lozanía,
pero fuera
de Cristo
todo es
muerte,
esterilidad y
desesperación.

Y es que la esperanza tiene su fuente y su ser en Dios: fundada por la fe en Dios, inunda el alma de gozo y paz; aumentada por la presencia del Espíritu Santo obrando en nosotros, abunda más y más a medida que somos llenados de la plenitud de Dios. Todo el plan de la salvación, su misterio y la gloria de sus riquezas son resumidos por Pablo:

“Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Col. 1:27).

Esto es, donde está Cristo, hay esta esperanza que brota con lozanía, pero fuera de Cristo todo es muerte, esterilidad y desesperación.

Otro aspecto a destacar es que la esperanza del Cielo no es una mera emoción. No es espasmódica o caprichosa, sino persistente y firme. Arde segura, a menudo con brillante luz. Tampoco es un accidente, un mero acompañamiento o un incidente en la vida religiosa, sino algo vital, fundamental y orgánico. Es parte del ser de la piedad vital como un principio esencial. Reside en el Lugar Santísimo, y es el Sumo Sacerdote del santuario interior del alma. Santifica al Señor Dios y permanece donde Él permanece:

“Santificad a Dios, el Señor, en vuestros corazones y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 P. 3:15).

“Aquel que sufra con el Maestro aquí,
cuando ante su trono se presente,
hallará sitio preparado a su lado;
el premio de la fe está asegurado
y todo aquel que lleve aquí la cruz
hasta el fin recibirá allí la corona.
Esperanza bendita, nos inspiras
y nuestro ánimo elevas decaído,
das vida aun a los muertos:
pronto terminarán nuestros conflictos
y al fin contigo ascender podremos
para reinar triunfantes a su lado.
Esperando, pues, la corona inmortal
la cruz sigo llevando,
y en este mundo con ella deambulando
y ante el dolor y el trabajo sonrío;

rápido pasa el tiempo
hasta que llegue mi Libertador,
seque mis lágrimas y me enjugue la frente
y consigo me lleve al celestial hogar”.

Charles Wesley

15

El gozo y el Cielo

El Cielo hace la redención plena, la compra completa, la posesión perfecta y la garantía segura. Incluso aquí tenemos un anticipo del Cielo; a saber, el Cielo es gozo sin atenuantes eternos, y aquí tenemos la presencia del Espíritu Santo, que es gozo indecible y plenitud de gloria.

Luego se extendió el rumor de que Valiente por la Verdad había recibido un llamamiento por el mismo correo, y como prenda de que el aviso era verdad, "su cántaro se quebró junto a la fuente". Comprendiendo esto, dijo a sus amigos: "Ahora voy a casa de mi Pa-dre y, aunque con mucha dificultad he llegado hasta aquí, ya no me pesan los trabajos y molestias que el viaje me ha ocasionado. Dejo mi espada a aquel que me sucediere en la peregrinación, y mi valor y pericia a quien pueda lograrlas". El día de su partida muchos le acompañaron a la ribera. Entrando en el río exclamó: "Oh muerte, ¿dónde está tu aguijón?" Y luego, sumergiéndose en las aguas: "Oh sepulcro, ¿dónde está tu victoria?" Con estos acentos de triunfo alcanzó la otra orilla y fue recibido a son de trompeta.

JOHN BUNYAN

El Cielo hace la redención plena, la compra completa, la posesión perfecta y la garantía segura. Incluso aquí tenemos un anticipo del Cielo; a saber, el Cielo es gozo sin atenuantes eternos, y aquí tenemos la presencia del Espíritu Santo, que es gozo indecible y plenitud de gloria. Sí, incluso aquí "nos regocijamos siempre" (Fil. 4:4), en todo momento. Esto es, gozarnos es la orden en la Tierra y lo natural en el Cielo. Es cierto que el Cielo es el lugar y el estado del perfecto descanso, pero incluso aquí, por medio del Espíritu Santo, reina la paz, nuestra paz, que fluye como un río...

"La paz de Dios que sobrepuja todo entendimiento y guarda nuestros corazones y mentes en Cristo Jesús" (Fil. 4:7).

Éste es el tipo y el comienzo de la paz del Cielo; el Reino de Dios en este mundo es "justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo" (Ro. 14:17) (y el Reino de Dios en el otro mundo no es si no la perfección de la justicia, la paz y el gozo). "La redención de la posesión comprada", como decían antiguas versiones:

"Hasta la redención de la posesión ya adquirida" (Ef. 1:14).

Sabemos que la presencia de Dios en nosotros es debida al Espíritu Santo, no por fuerza o imposición, sino porque nosotros nos ofrecemos para ser llenos, poseídos, controlados, ser de Dios. Él ha de tener autoridad ilimitada sobre nosotros y control sin atenuantes: ésta es la ley de Dios aquí, precursor y arras de su Reino en un mundo mejor; es decir, el Cielo nos dará posesión plena de Dios, y el Cielo dará a Dios posesión plena de nosotros, pero el Cielo es solamente para aquellos que son ya la posesión de Dios aquí.

La Palabra de Dios nos revela otro Reino en el que no habrá lugar para la pobreza, la desgracia o el crimen, donde la muerte no marca a los que pertenecen al mismo, donde no hay marcas en las personas, ni hay destierros: el Cielo, el cual está hecho y poblado de los desterrados de esta Tierra, los que se hallan fuera de la ley en cuanto al mundo...

"Otros experimentaron vituperios y azotes y, a más de esto, prisiones y cárceles. Fueron apedreados, serrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos con pieles de ovejas y de cabras, menesterosos, atribulados, maltratados, de los cuales el mundo no era digno; errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la Tierra" (He. 11:36-38).

¡Maravillosa gracia la que ha hecho santos e inmortales a los que el mundo difamó y desterró! ¡Maravillosa asociación y compañía para nuestro Señor, todos los santos, pordioseros, escoria y desecho de la Tierra, que aprendieron con su mendigar el secreto de la fe y que tienen el corazón en el Cielo! ¡Cómo son rectificadas las evaluaciones falsas, las reputaciones poco honrosas, los premios falsos de la Tierra, que son revocados en el Cielo de Cristo!

En la parábola del rico y Lázaro (Lc. 16:20-25), Jesús nos enseña mucho del Cielo, así como nos da alarmantes y tristes lecciones sobre el infierno: todos podrían ir al Cielo, pero no todos van al Cielo... También que el Cielo no está sometido a la influencia social y financiera de este mundo. Así, Lázaro, el mendigo de la parábola, no tiene dinero, ni amigos, ni influencia social; se ha visto en una

El Cielo nos dará posesión plena de Dios, y el Cielo dará a Dios posesión plena de nosotros, pero el Cielo es solamente para aquellos que son ya la posesión de Dios aquí.

Podemos apreciar mejor los goces por medio de declaraciones de carácter negativo que positivo, al citar los males de que escaparemos: no habrá enfermedad, no habrá dolor, no habrá aflicción, ni nubes, ni noche, ni cansancio, ni amargura, ni angustia, ni penitencia, ni remordimiento, ni tumbas, ni suspiros, ni lágrimas, ni lamentos o tristezas, ni corazones partidos, ni escenas de lechos de muerte... No habrá cadáveres, ni ataúdes, ni tumbas en esta Tierra de bienaventuranza. Nadie se reunirá en un entierro para llorar, ni habrá gente afligida.

de las posiciones más denigrantes, apartado de los demás, sin amigos que le lloren el día de su entierro. Pero, en cambio, el Cielo recibe a Lázaro en una sociedad de más categoría. Allí, los ángeles le sirven y entabla amistad con Abraham, el “amigo de Dios” de la más elevada categoría social.

La palabra favorita en la Biblia para calificar al Cielo es “gloria”, que significa “esplendor, brillo, magnificencia, excelencia, preeminencia, dignidad, majestad en el sentido de perfección absoluta, un estado exaltado, glorioso de bienaventuranza”. Pero también al Cielo se lo relaciona con el gozo, pues el estado del Cielo será de una felicidad suprema, sin que nada ensombrezca, mezcle dolor o cause pena. Todo lo contrario, habrá gozo inefable, sin temor, ansiedad o aflicción.

Desconocemos cuáles serán nuestras actividades y nuestra vocación en el Cielo, pero se nos anuncia que no habrá cansancio, ni indiferencia (seguramente, nuestras ocupaciones y distracciones resultarán demasiado intensas e interesantes para que no sean gozosas). El gozo allí es del orden más elevado, no intermitente, no sueños de visionario, sino misiones y encargos concretos que llenarán de satisfacción la mente y el espíritu:

“... sus siervos le servirán y verán su rostro, y su Nombre estará en sus frentes” (Ap. 22:3 y 4).

Podemos apreciar mejor los goces por medio de declaraciones de carácter negativo que positivo, al mencionar los males de que escaparemos: no habrá enfermedad, no habrá dolor, no habrá aflicción, ni nubes, ni noche, ni cansancio, ni amargura, ni angustia, ni penitencia, ni remordimiento, ni tumbas, ni suspiros, ni lágrimas, ni lamentos o tristezas, ni corazones partidos, ni escenas de lechos de muerte... No habrá cadáveres, ni ataúdes, ni tumbas en esta Tierra de bienaventuranza. Nadie se reunirá en un entierro para llorar, ni habrá personas afligidas pasando por sus calles.

Pero no sólo habrá ausencia de todas estas cosas, que por sí harían del Cielo un lugar deleitoso, sino que habrán cosas positivas, “plenitud de gozo y placeres para siempre”.

“¡Allí do nunca los *ayes* llegan, ni tristes cargas pueden pesar, o todo es gozo, luz y paz bella,

está mi patria, mi dulce hogar!
Allí do nunca los salmos cesan
ni se marchita el gozo jamás,
y son las fuentes de aguas vivas,
está mi patria, mi bello hogar!”

Gran parte del gozo profundo y positivo del Cielo procederá de reanudar afectos interrumpidos y amistades tronchadas en la Tierra. Veremos a nuestros amigos y nos asociaremos con ellos en lazos más firmes y más santos, porque habremos sido compañeros en las lágrimas y los pesares de la Tierra. De hecho, la asociación, el juntarse en el Cielo, se destaca de modo conspicuo e intenso: sus multitudes, la ciudad, todo expresa asociación; y, sin duda, aunque no habrá círculos egoístas y exclusivos, habrá algunos más selectos, más íntimos, dentro de los grandes. Pablo modera nuestra pena y modifica nuestra aflicción para los muertos con estas palabras:

“Y no queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los demás, que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron con Él. Por lo cual, os decimos esto por Palabra del Señor: que nosotros, los que vivamos, los que hayamos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del Cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivamos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes, para salir al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras” (1 Ts. 4:13-18).

¿Qué quiere decir Pablo? Que no hemos de llorar desesperados sobre las tumbas de nuestros amados que nos han dejado. ¿Por qué? Porque tenemos la esperanza de reunirnos otra vez con ellos; y con ellos, nos reuniremos con el Señor para siempre...

Sí, los veremos otra vez y les reconoceremos; estaremos con ellos sin interrupción... Estos son los puntos de consuelo de las palabras del apóstol. ¿No es acaso esta noticia el mayor motivo de gozo aquí en la Tierra? Los atractivos del Cielo son muchos todos, los cuales deberían

Este gozo presente en Cristo Jesús no se marchita por el contacto con la muerte, sino que perdura, mil veces mayor, en el Cielo.

Existe otro motivo aún mayor para gozarnos, que abraza nuestros corazones, y es el ver cara a cara a nuestro amado Salvador y Redentor, con las manos todavía horadadas pero relucientes de gloria, y escuchar de sus labios:

“Bien, buen siervo y fiel, sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor”.

arrancarnos de las cosas vanas y perecederas del mundo. Pero añadida a estas cosas gloriosas que deberían atraernos como un imán al Cielo está la bendita esperanza de una reunión gloriosa con los amados que nos dejaron y que han ido allá antes que nosotros.

¡Y les reconoceremos! Porque si Moisés y Elías fueron reconocidos en el *monte de la transfiguración* (véase Mt. 17:1-13; Mr. 9:2-13; Lc. 9:28-36), si Esteban conoció al Señor cuando le apedreaban (Hch. 7:55-60), si el rico reconoció a Lázaro y a Abraham cuando miró de lejos el Cielo, si no perdemos nuestra identidad en el Cielo y si somos en el Cielo las mismas personas que éramos en la Tierra –con las mismas peculiaridades y nuestra constitución física y moral–, si nuestra memoria no pierde su virtud y ejerce sus funciones, no tenemos entonces por qué dudar de que nos reconoceremos en aquel país, donde no hay muerte, ni llanto, ni dolor, ni separaciones, “porque las primeras cosas son pasadas” (Ap. 21:4).

¿Qué bien de la Tierra puede compararse a éste? La muerte nos puede robar todas las coronas de gozo excepto ésta. En otras palabras, el oro, la fama, el honor, el poder, los éxitos terrenales, todo ha de callar ante la presencia de la muerte, que se lo lleva todo y nos priva de todo; sólo Jesucristo puede darnos el triunfo sobre la muerte, pues Él es el que tiene las llaves de la muerte. Y este gozo presente en Cristo Jesús no se marchita por el contacto con la muerte, sino que perdura, mil veces mayor, en el Cielo.

Sin embargo, si desbordante es este gozo y nos parece que no hay otro que pueda comparársele, no obstante, existe otro motivo aún mayor para gozarnos, que abraza nuestros corazones, y es el ver cara a cara a nuestro amado Salvador y Redentor, con las manos todavía horadadas pero relucientes de gloria, y escuchar de sus labios:

“Bien, buen siervo y fiel, sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor” (Mt. 25:21).

«Ven, prosigamos el peregrinaje
con vigor renovado;
y aseguremos nuestro sitio en el Cielo:

del Cielo hemos nacido, aunque andemos por esta Tierra. No es éste el lugar al que pertenecemos. Somos aquí advenedizos, peregrinos, extraños. Cuando llamó Jesús, lo abandonamos todo, y aún ahora estamos renunciando a todo goce, por amor a Jesús. No sentimos nostalgia por el suelo, lo único que queremos es correr y llegar cuanto antes a nuestra patria, el Cielo”.

Charles Wesley

Índice de conceptos teológicos

DIOS

-Su naturaleza:

- Su gloria, 650, 654, 659, 661, 697
- Su imagen, 651
- Su presencia, 650, 654, 659, 661, 666, 707

-Sus atributos:

- Su compasión, 335, 339
- Su misericordia, 301, 302
- Su Nombre, 52-54, 82-85, 129, 173, 174, 463, 464
- Su omnipotencia, 53, 54, 99, 100, 127-132, 223, 232, 233, 272, 273, 275-282, 608-618, 628-631
- Su providencia, 340-345, 347-341
- Su voluntad, 52-54, 64, 65, 73-76, 82-84, 92-95, 103-107, 162, 170, 171, 276-281, 412, 413, 417-419, 429, 430, 432, 433

-Sus obras, 39-47

- Su disciplina, 307-312
- Sus promesas, 48-52, 114, 162, 163, 205-214, 218, 219, 234, 263-265, 267, 268, 427-429

JESUCRISTO

-Su naturaleza:

- Divina, 574-577, 582-586
- Humana, 60-66

-Su vida:

- Como abogado, 108-110, 403, 404, 666, 654
- Como sacerdote, 85-89, 379, 653, 654, 704

-Sus obras, 644

- Enseñanzas, 55-59, 67-72, 227, 228,

- 263, 264, 266, 267, 336-339, 355-359, 391-393, 404, 406, 633, 634, 640-643, 660, 661, 663, 664, 685-687, 690, 696

- Milagros, 45-47, 59, 77, 78, 229, 231, 260, 268-274, 368-372, 389, 390, 400, 575-577
- Parábolas, 57, 291-293, 388, 389, 398, 399, 594, 595, 707, 708

ESPÍRITU SANTO

- Sus obras, 76, 102-107, 108-110, 143, 144, 587, 588

- Bautismo del espíritu o nuevo nacimiento, 333, 334, 382
- Su dispensación, 107-111, 265, 276-282, 668-670, 679
- Unción divina, 96-101, 289, 300, 447, 448, 450, 472-476

- Dones y gracias, 100, 170, 261, 262, 319-322, 357, 366, 412, 539, 671-678

- Amor, 409-411, 673, 674, 685-687, 702, 703

- Conocimiento, 672, 678-680
- Deseo, 378-383, 688-693
- Diligencia, 672, 676
- Fe, 47, 61, 62, 169, 170, 205, 218, 219, 229, 230-234, 270-276, 355-366, 400, 401, 419, 508-513, 607, 672, 702, 703

- Gozo, 238, 239, 314, 315, 695-400, 706-711

- Paciencia, 314, 672, 673, 698-700
- Paz, 149, 236-239

- Templanza y dominio propio, 672, 683, 684

ÁNGELES

- Su naturaleza, 585
- Sus obras, 282, 294, 534-537, 634

DEMONIOS

- Sus obras, 275, 420, 425, 536, 537, 556, 557
- Satanás, 90, 93, 196, 257, 310, 348, 462

HOMBRE

- Su naturaleza:
 - Alma, 226, 227, 613-624, 627
 - Corazón, 40, 74, 75, 210, 469-471, 702
 - Cuerpo, 226-230, 572, 598-607, 613-631,
 - Espíritu, 621, 622, 626
 - Integridad, 285-290, 571
 - Mente, 74, 75, 470, 471
- Su estado:
 - Inmortalidad del alma, 571-573, 618, 619
 - Muerte, 279, 280, 574-577, 624, 627, 628, 631, 633, 663, 708-710

IGLESIA

- Su fundación, 88, 89
- Su estructura y gobierno:
 - Disciplina, 245-250
 - Liderazgo, 142-145, 151-155, 199-201, 250, 254-256, 319-333, 439, 440, 477-482, 486-488, 521, 522, 538-562
- Su liturgia y formas de culto:
 - Adoración, 40, 41, 124, 125, 127-132, 277, 296-300, 441, 442, 653
 - Alabanza y acción de gracias, 301-305, 373-377
 - Cantos, 303-305
- Predicación cristiana, 111, 363, 364, 381, 382, 407, 408,

437-440, 442-455,
469-476, 485, 547-562,
587-591, 613-624

-Su misión:

- Avivamiento, 156-160, 188-194, 240-244, 514-527
- Evangelización, 62-64, 96-101, 111-115, 119-121, 127-132, 145, 215-221, 234, 256, 167, 168, 337-339, 424-425, 437-440, 527
- Misiones, 195-201, 465-468, 540-545

BIBLIA

- Su autoridad, 350, 351
- Su inspiración, 431, 432
- Su interpretación:
 - Personajes bíblicos:
 - Ana, 223, 256, 528, 529
 - Abraham, 122, 206, 232, 499-501
 - Daniel, 233, 533-537
 - David, 346, 496, 497
 - Elías, 207, 233, 345, 508-513
 - Esdras, 246, 247, 443, 520-522
 - Esther, 525
 - Ezequías, 123, 233, 514-519
 - Isaac, 206, 207
 - Isaías, 399
 - Jacob, 224, 225, 492
 - Jeremías, 243, 244
 - Jeroboam, 242, 243
 - Job, 122, 309-311, 347-349, 500, 501
 - Johanán, 243
 - Jonás, 122, 123, 495, 496
 - José, 349
 - Josías, 442, 443
 - Josué, 492, 493
 - Moisés, 123, 232, 241, 242, 350, 401, 502-507
 - Nehemías, 523-527
 - Pablo, 272, 420-425, 480-482, 538-562, 588-591, 688-692

-Pedro, 79, 80, 271, 272, 356, 357, 362

- Salomón, 222, 497, 498
- Samuel, 223, 224, 528-532
- Sansón, 272, 493-495
- Sedequías, 243, 244
- Tipos y figuras:
 - Armadura, 420-425
 - Arras y Garantía, 668-670, 679, 707
 - Ciudad y Nueva Jerusalén, 644-654
 - Corona, 656, 657, 685, 687
 - Cruz, 674, 675
 - Éxodo, 585
 - Herencia y Galardón, 657, 658, 685

- Hogar, 637-643
- Jesús, 578-582, 626-630
- Paraíso y Edén, 660, 661
- Reino, 656-658
- Soldado, 420-425
- Tabernáculo, 647, 655, 656
- Transfiguración, 583
- Trono, 656
- Vida, 662-664

- Estudio bíblico, 252-257, 426-434, 444, 679, 680
- Religión y doctrinas, 115, 200, 220, 221, 235-237, 268, 296-300, 330-334, 462, 463, 571-634, 677, 686

VIDA CRISTIANA

- Discipulado:
 - Carácter, 80, 81, 315, 403-408, 438-440, 652, 670, 673, 694-704
 - Comunión, 133-140
 - Conducta, 171, 172, 403-408
 - Confianza, 367-372
 - Conformidad, 93, 94, 103
 - Consagración, 324-329
 - Devoción, 105, 296-300, 463, 464, 483-485
- Ejemplo y testimonio, 139, 407, 408, 438-440
- Esperanza, 316, 702-705
- Fervor, 164, 384-386
- Gratitud, 301-305
- Humildad, 59, 291-295, 674, 675
- Mayordomía, 196-198
- Obediencia, 171, 409-415, 417-419
- Perseverancia, 101, 157, 393, 396, 397, 398-402, 675, 676
- Pruebas, 169, 170
- Reverencia y respeto, 71, 72
- Sumisión, 92-95, 207, 208
- Tribulación, 64, 65, 93, 94, 222-225, 306-317, 342-345, 347-351, 665, 694-700
- Valor y firmeza, 558, 562, 672, 677
- Vigilancia, 42, 43, 157, 166-170, 423-425
- Educación familiar:
 - Hijos, 44, 78, 79, 528-530
 - Matrimonio, 586
- Oración, 39-562
 - Tipos de oración:
 - Confesión, 254
 - Oración concertada, 245-250, 481, 482, 516-519
 - Oración contestada, 125, 126, 137, 161-164, 175-187, 258-268
 - Oración hueca, 172-174, 446-448
 - Oración importuna, 112, 113, 141, 387-402
 - Oración intercesora, 77-81, 85-90, 106-109, 119-126, 146-150, 200, 201, 240-244, 335-339, 477-482, 499-507, 521, 522, 529-532, 553-562
 - Oración matutina, 252-257
 - Oración modelo, 60-64, 67-72, 77-95, 467, 491-562
 - Oración privada, 59, 75, 76, 158, 159, 251-257, 440, 456-459, 533-537
 - Súplica, 42, 373-377, 379, 380

-Hombres de oración, 122-126,
240-244, 437-562

-Adam Clarke, 130

-Adoniram Judson Gordon, 200

-Arzobispo Leighton, 457

-Bonnell, 157-159

-Coronel Gardiner, 157

-Charles Gordon Finney, 194

-Charles Haddon Spurgeon, 132

-Charles Simeon, 456

-D. L. Moody, 176, 186, 200,
201, 252

-D. W. Whittle, 134, 135

-David Brainerd, 465-468

-David Livingstone, 138, 139, 200

-Dickerson, 179

-Doddridge, 157

-Edward Payson, 457, 458

-George Muller, 134, 135, 274

-Henry Martyn, 200

-Horace Bushnell, 138

-J. Wilbur Chapman, 177, 200

-James G. de Mongolia, 139

-John B. Gough, 178, 179

-John Fletcher Hurts, 457

-John Hudson Taylor, 180-182,
200

-John Wesley, 134, 281, 282, 456

-Jonathan Edwards, 465, 466

-Joseph Alleine, 457

-Marqués de Renty, 458

-Martín Lutero, 135, 136

-Obispo Asbury, 457

-Obispo Ken, 457

-Obispo Warne, 177, 178

-Parkes Cadman, 138

-Richard Baxter, 193, 194

-Robert M. McCheyne, 253-255,
457

-Samuel D. Gordon, 182-185

-Samuel Rutherford, 138, 457,
666, 667

-Thomas Nicholson, 191-193

-William Bramwell, 136, 458

-William Burt, 185

-William Taylor, 200

-William Wilberforce, 156, 157

-Salud y sanidad, 613-624

SALVACIÓN Y REDENCIÓN

-Arrepentimiento, 213, 214, 406, 414,
415

-Conversión, 539, 545, 546

-Glorificación, 618-624, 626-631

-Gracia, 431-434, 681-683

-Justificación, 623

-Perdón, 146, 147

-Perfección, 93, 94, 649-654, 670, 673,
694-500, 502, 503

-Purificación, 154-156, 649-654

-Regeneración, 403-407, 412-415,
626-631, 686

-Santificación, 88, 142-145, 154-156,
318-323, 325-329, 416,
462, 550, 551, 626, 649,
681-683

-Vida eterna:

-Cielo, 66, 316, 623, 632-634,
637-711

-Resurrección, 571-634

TEMAS CONTROVERSIALES

-Creación, 72, 608-618, 626-631,
644, 645

-Pecado, 78, 87, 631, 681-683

-Ley:

-Mandamientos, 409-414, 417, 418,
686

-Antiguo y Nuevo Pacto, 70, 71

ESCATOLOGÍA

-Juicio, 200, 273, 592-594, 598

-Segunda venida, 65, 189, 274, 277,
479, 583, 584, 594-596,
604, 630, 631, 633, 634,
687

Índice de Citas de Autores

ALEXANDER WHITE, D.D., 39, 77, 90, 330, 335, 384

ANÓNIMO, 360, 395, 398

ARZOBISPO TAIT DE CANTERBURY, 454

ARZOBISPO TRENCH, 102, 629, 630

BAKER, JOHN W., 73

BAXTER, RICHARD, 111, 668, 685

BEHEMEN, JACOB, 378

BERRIDGE, 469

BINNEY, AMOS, 235

BOARDMAN DE BIRMANIA, 681, 682

BRAINERD, DAVID: 290, 387, 467

BROOKE, HUBERT, 538

BROWNE, THOMAS, 140

BUNYAN, JOHN, 706

CECIL, RICHARD, 141, 462, 472

CLARKE, ADAM, 82, 347, 671

COLERIDGE, 296

CROMWELL, OLIVER, 126

CRYSOSTOMO, 122

CHADWICK, SAMUEL, 108, 226

CHILTON, CLAUDIO L., 44, 48, 701

DEÁN HOLE, 269

DIXON, A. C., 60, 355

EDWARDS, JONATHAN, 439, 480, 587

FENELÓN, 131, 275

FISH, C. H., 175

FOSTER, JOHN, 130

FROST, HENRY W., 231

FULLER, ANDREW, 613

GILMOUR DE MONGOLIA, JAMES, 127

GOETHE, 161

GOODWIN, THOMAS, 67, 215, 340

GORDON, ADONIRAM JUDSON, 125, 331, 385, 399, 458, 676 y 677

GOTTHOLD, 324

GREGORY, 625

HALL, ROBERT, 146, 498, 600

HASTINGS, JAMES, 520

HAWES, JOEL, 485

HENRY, MATTHEW, 582

HENRY, PHILIP, 55

HERMANDAD DE CAREY, SERAMPORE, 449

HERMANO LAWRENCE, 85, 119

HILDERSAM, 306

HODGE, HOMER W., 31, 222, 313, 403, 499, 514, 523, 546, 592

HORST, WILLIAM, 367

HUNTER, WILLIAM, 637
 INGRAM, WINNINIGTON, 533
 JACKSON, STONEWALL, 139
 KNOX, ALEJANDRO, 472, 473
 LA VIDA DE DAVID BRAINERD, 420
 LAW, WILLIAM, 542
 LEA'S INQUISITION, 441
 LIDDON, CANON, 456, 459
 LINDSAY, THOMAS MARTIN, 188, 189
 LOCKE, 611
 LUTERO, MARTÍN, 126, 253, 254, 274, 413, 470
 MACKINTOSH, SIR JAMES, 571
 MACLEAN, J. KENNEDY, 188
 MAIMÓNIDES, 609
 MÁRTIR, JUSTINO, 608
 MARTYN, HENRY, 251, 484, 508
 McINTYRE, D. M., 301
 MORGAN, G. H., 96
 MORRISON, H. C., 491
 MOULE, HANDLEY CARR GLYN, 502
 MULLER, GEORGE, 252, 253
 MURRAY McCHEYNE, ROBERT, 253-255, 437, 460, 486
 NEANDER, JOHANNA W., 662
 NEWTON, JOHN, 291
 OBISPO BUTLER, 608
 OBISPO ELLICOTT, 578, 597
 OBISPO HORNE, 612
 OBISPO PEARSON, 578, 579, 606, 565, 566
 OBISPO PORTEUS, 574
 PATON, JOHN G., 191
 PAYSON, EDWARD, 130, 131, 445
 QUESNEL, 245
 RUTHERFORD, SAMUEL, 318, 465, 632, 648, 659, 681, 688, 694
 SHILLITO, EDWARD, 553
 SHOUP, F. F., 431
 SPEER, ROBERT E., 285
 SPURGEON, CHARLES HADDON, 151, 166, 209, 240, 392, 450, 452, 473, 528
 STANLEY, HENRY M., 263
 STRUTHERS, J. O., 258
 TAYLOR, JEREMIAS, 644, 678
 TAYLOR, JOHN HUDSON, 266
 TRUMBULL, H. CLAY, 245
 WATSON, RICHARD, 599
 WESLEY, CHARLES, 655
 WESLEY, JOHN, 205, 320, 321, 373, 409, 416, 426, 470, 477, 483, 613-624
 WHITE, ALEXANDER, 125, 126
 WILBERFORCE, WILLIAM, 484
 WILBUR CHAPMAN, J., 190
 WILLIAM, JAMES, 139

Índice Escritural

Génesis			Deuteronomio	
	2:8	660		5:29 409
	18:13, 14	232		8:3 63
	18:14	274		9:14 23
	18:27	293		
	20:7	500	Josué	
	20:17, 18	122, 500		10:12 492
	21:11, 12	501		
	22:15, 18	206	Jueces	
	25:21	206		10:13 163
	28:16,	492		10:16 63
	28:20-22	492		15:14-19 494
	32:26	173, 388, 493		15:18, 19 272
	32:28	493		16:25-30 494, 495
	45:5, 7, 8	349		
	46:3-4	624	1 Samuel	
				1:11 528
Éxodo				1:15 43, 105
	4:10-12	232		3:10 529
	8:12-13	504		3:18 308, 347
	8:28	504		7:4 529
	8:30	504		7:9 223
	9:27-29, 33	504		7:10 530
	14:13	350		7:12 223
	14:15	350		8:5 530
	15:23-25	506		8:7 531
	17:8-16	482		12:8 503
	20:2	586		12:23 224
	32:31-34	504, 505		15:11 531
Levítico			2 Samuel	
	20:7, 8	326		12:16, 18 267
Números			1 Reyes	
	11:1, 2	504		3:5 497
	11:23	232		3:7, 9 497
	12:9-14	505, 506		3:10-13 497
	16:20-22	505		9: 2, 3 222
	21:5	241		13:2 242
	21:7	241, 242		13:6 242

14:12	242	Ester	
17:1	483, 508		4:15, 16 525
17:17-24	509, 510		5:1, 2 525
17:24	260		
18:1	207, 511	Job	
18:36-39	510, 511		1:21 311, 348, 699
18:37	259		1:22 309, 348
18:41-46	511		2:9 348
18:44	207		2:10 348
			5:17-19 316
2 Reyes			13:15 343, 699
2:12	512		14:1 306
19:1	515		42:8 122
19:14-16, 19	516		42:8-10 500
20:1	517		42:10 122
20:2, 3	517, 526		
20:4-6	517, 518	Salmos	
20:7	518		2:7-9 121
20:8-11	518		2:8 49, 56, 128, 164, 165
			2:8, 9 127, 392
2 Crónicas			19:12-14 431
7:1	498		21:1, 2 385
12:14	675		25:9 289
16:9	386, 439		26:1 517
30:17-20	514, 515		27:4 383
32:7, 8	515		27:14 537
34:21	442, 443		34:6 312
			34:7 342
Esdras			37:3 237
10:1	521		37:5 237
10:2-4	522		38:9 385
			38:13-15 347
Nehemías			42:1 384
1:4	524		48:1 645
1:11	524		50:15 223, 308
4:4	525		55:17 374, 496
4:9	525		57:7 675
6:9	525		58:3 318
6:14	525		65:1 304
8:1-3	443		65:2 496
8:8	442		72:15 51, 196
13:14	526		81:10 215
13:22	526		90:12, 17 507
13:29	526		91:1, 2 49
13:31	527		91:11, 12 343

91:14, 15	312		49:9 664
92:1	231		49:10 664
102:25	233		53:3 471, 694
104:34	302		55:6, 7 147, 213
116:1	302		56:7 277
116:1, 2	266		58:9 171, 405
116:2	302		60:18 650
119:2	288		62:1 198
119:10	288		62:2 199
119:18	432		62:6, 7 199
119:34	288		63:5 201
119:71, 75	309		64:7 427
119:103	433		65:17, 18 277
126:3	302		65:24 277
131:2, 3	293		66:1-3 155
137:5, 6	646		
138:2	63	Jeremías	
139:8-10	279		11:14 406
145:8	337		21:2 243 y 244
148:8	273		29:10 211
			29:12, 13 211
			29:13 43
Proverbios			33:3 50, 129, 164, 223, 264, 502
3:34	292		42:2, 3 243
23:26	471		
		Eclesiastés	
			8:1 620
		Isaías	
			1:13 155
			1:15 405
			1:19 410
			25:8 664
			26:1 650
			26:3 359
			26:19 579, 601
			27:5 427
			38:1 123
			38:3 123
			38:5 123 y 124
			40:2 307
			40:31 299, 621
			43:1-3 312
			43:18, 19 233
			45:11 50
			45:12 128

12:2	615
12:3	630
Oseas	
12:3, 4	224
13:14	574
Joel	
12:12-19	278
Jonás	
1:2	495
1:17	122, 123
2:1, 10	122, 123
2:1-10	53
2:3, 4, 7	495
2:9	496
3:4	52
3:10	123
Malaquías	
3:6	274
3:10	210, 268
Mateo	
4:17	640
5:3	45, 59, 281, 640
5:6	378
5:8	344, 641, 693
5:9, 10	641
5:10-12	696
5:11, 12	641
5:12	670, 696
5:21-24	59
5:23, 24	34
5:30	670
5:43-48	641, 642
6:5-8	387
6:6	49, 59
6:9	32
6:9-13	82
6:10	199
6:11	227
6:19-23	642
6:24	643
6:25	344

6:25-34	227
6:27	309
6:33	643
6:34	236, 310, 359
7:7	97, 121, 265, 266, 390
7:7, 8	101
7:8	266, 390, 428
7:11	49, 90, 100
7:16	322
7:21	412
7:21-23	417
7:22, 23	63, 294
8:3	371
8:8	271
8:10	271
8:13	371
8:27	187
9:27	400
9:27	214
15:22	214
20:30	214
9:28-30	357
9:29	276
9:29, 30	370
9:36	336
9:36	337
14:14	337
5:32	337
9:36-38	211, 337
9:38	51, 62, 143, 482
10:29-31	342
11:28-30	77
11:30	411
12:36, 37	584
12:39-41	496
13:43	620, 630
13:58	270
14:23	75
15:28	389, 397
16:16-19	79
16:27	332
17:1-13	710
17:17-21	370
18:15-20	245
18:19, 20	58

21:22	56, 229
21:42	571
22:30	605
22:37	288
24:20	65
24:36, 42	65
25:14-30	333
25:21	710
25:31-33	594, 595
25:31-46	670
25:34	656
26:39	162
26:41	172, 337, 406
26:53, 54	95
27:46	81
27:52, 53	606
28:7	578
Marcos	
1:35	67, 452
1:40	357
2:18-20	56
5:35	575
5:36	370, 575
5:39	576
5:40-43	576
6:5, 6	270
6:34	337
8:2	337
10:41	337
7:29, 30	371
8:22-25	46
9:2-13	710
9:5	620
9:22	231, 372
9:23	219, 230, 231, 372, 682
9:28, 29	61
9:43	670
10:13-16	78
10:46-52	46, 400
10:47	214
10:52	371
11:17	441
11:22	359
11:22-24	62

11:24	108, 356, 360
12:10	571
12:25	605
12:30	288
14:33, 34	91
14:36	74, 266
14:38	64, 172, 334, 406
Lucas	
1:6	327
1:13	211
1:19	509
1:73-75	327
3:21, 22	69
4:4	428
4:16	434
5:24	371
6:12	387
6:12	452
6:23	670
6:46	414
7:11-16	575
7:48	371
8:15	699
8:18	437
8:48	370
8:50	370
9:16	77
9:18	79
9:28-31	80
9:28-36	710
10:2	482
10:21	102
10:21, 22	73
10:27	288
11:1	60
11:2	32
11:2-4	82, 387
11:5-8	389, 400
11:5-9	55
11:9	265, 262, 386
11:10	266, 390
11:13	100
12:6	343
12: 6, 7	342
12:22	344

12:25 309
 13:22, 23 690
 14:12-14 584
 16:11 333
 16:20-25 707
 17:14 372
 18:1 33, 70, 142, 251,
 384, 388, 420, 482
 18:1-8 169
 18:2-8 388
 18:7 57, 485
 18:8 231, 356
 18:9-14 526
 18:13 292
 18:14 292
 18:18 663
 18:38 214
 19:11-27 333
 19:46 127
 20:17 571
 20:27-38 585
 21:19 699
 21:34 406
 21:34-36 69
 22: 31, 32 79, 356
 22:39-46 91
 22:40 406
 22:40-44 288
 23:34 81
 23:43 661
 23:46 81
 24:39 606
 24:49 212, 265

Juan

1:41 343
 3:12, 13 640
 3:14-16 664
 4:36 664
 5:28, 29 615, 664
 5:20-29 583
 6:15 76
 6:38 592
 6:38, 39 582
 6:39 592
 6:40 582

6:44 582, 593
 6:54 582, 593
 6:69 57
 7:17 114, 216
 7:38 113
 8:23 640
 8:29 409
 8:51 576, 582
 9:1-41 45
 9:25 46, 114
 10:9 652
 10:10 582
 10:11 471
 11:23-27 665
 11:24 368, 593
 11:25, 26 576
 11:25-27 369
 11:41 71, 78, 32
 11:41, 42 260, 271
 12:25 665
 12:27 337
 12:27-30 81
 12:48 593
 13:7 344
 13:13 332
 14:1 368
 14:1-3 665
 14:2, 3 632 y 634
 14:3 686
 14:10-14 64
 14:12 428 y 429, 487
 14:12-14 358
 14:13 260, 429
 14:13 129
 15:16 129
 16:23 129
 14:15 686
 14:15, 16 410
 14:16 97
 14-17 65
 14:18 308
 14:21 409
 14:24 634
 14:30 90
 15:7 62, 92, 214, 260,
 426, 429

15:10 409, 412
 15:14-16 219
 15:16 63, 106
 15:18, 19 88
 15:18-20 694
 16:20 110
 16:23 63
 16:23, 24 219, 263
 16:33 313
 17:1 32
 17:1-26 83, 85-89
 17:4 517
 17:24 665, 567
 17:24, 26 332
 17:24-26 691
 18:11 162

Hechos

1:13, 14 111
 1:14 212
 2:17-21 278, 279
 4:31 98, 265
 5:41 542
 6:3, 4 67
 6:4 477
 6:15 620
 7:55-60 639, 710
 8:2 296
 9:6 308
 9:11 213, 539
 9:17, 18 539
 9:40 271
 10:2 296
 12:6-19 228
 13:1-3 540, 541
 13:2 99
 14:22 313
 14:22, 23 541
 16:11-15 541
 16:25 541
 16:26-28 542
 16:31 364
 17:16-18 588
 17:30, 31 595
 17:30-32 588
 20:10-12 543

20:36 540
 21:5 544
 22:17-21 545
 23:6 589
 24:14, 15 589
 24:20, 21 589
 26:8 589
 26:17 212
 27:21-25 532, 544
 28:7, 8 272
 28:9 272

Romanos

1:9 543, 553
 1:10, 11 555
 2:7 662, 698
 3:8 693
 3:10 333
 5:3 698
 5:3, 4 695
 5:3-5 314
 5:21 662
 6:5 578
 6:6 682
 6:8, 9 675
 6:18 682
 6:22 681
 6:22, 23 662
 6:23 658
 7:12 412
 8:3, 4 412
 8:11 579, 580, 587, 626
 8:16 679
 8:18 313, 631, 696
 8:19-25 587
 8:24 701
 8:25 702
 8:26 52, 102
 8:26, 27 103
 8:27 105
 8:28 307, 317, 342, 348,
 562, 698
 8:32 50, 234, 682
 8:38, 39 342
 9:1-3 339
 10:1 339

10:12, 13	146
10:17	427
12:1	302, 333
12:10	674, 686
12:12	314, 548, 554
12-16	693
14:10	594
14:17	706
15:13	703
15:30	289, 386, 481, 554, 556
15:30, 31	212, 247 y 248, 422
15:31	556

1 Corintios

2:9-16	99
2:10	104
2:12	104
4:5	594
5:13	249
6:13, 14	588
6:19	624
6:20	324
9:24-27	654, 657, 689, 691
9:25	653
9:25-27	683
10:13	306
10:31	298
13	685
13:9-12	678
13:11	557
13:12	631, 641
13:13	703
15:12	603, 609
15:12-23	579
15:21-28	589 y 590
15:22	578
15:31	674
15:35	601, 629
15:41, 42	623
15:42	602
15:42-49	604
15:43	630
15:44-58	633
15:45-49	630
15:50	604

2 Corintios

15:52, 53	590, 604
15:53	614
15:55	575
15:58	624, 675, 682
1:9	590
1:10, 11	559
1:11	204, 481
1:21, 22	668
2:16	445
3:4-6	445
3:18	641
4:13	590
4:14	579, 580, 590
4:16-18	696
4:17	310, 314, 350
5:1	639, 679
5:2	646
5:2, 3	688
5:4	663, 688
5:5	689
5:6	639
5:7	364
5:8	638
5:9, 10	593
5:17	627
10:12, 13	331
11:23-33	310
12:2	639
12:7-9	267, 506
12:10	696

Gálatas

2:20	674
4:6, 7	657
5:24, 25	682
6:1	247
6:7	323
6:9	675
6:14	674

Efesios

1:13, 14	668
1:14	707
1:16	554

1:18	702
1:19-23	664
1:20-23	566
2:8	364
3:16	113
3:17-19	113
3:19	51, 462, 477, 551, 682
3:20	50, 99, 164, 231, 236, 682
4:13	462
5:16	407
5:27	691
6:10, 11, 13	421, 418
6:18	105, 106, 546 420, 422, 423
6:18, 19	420, 422, 423, 481
6:18-20	557

Filipenses

1:19, 20	556
1:15-20	551
1:21-25	638
1:23	666, 669, 688
2:3	291
2:6-8	32, 292
2:9-11	566
2:12	331
2:13	333
2:14-16	328
3:10	674
3:10-15	692
3:12-14	332
3:13	692
3:13, 14	670
3:17	692
3:20	659
3:20, 21	629
3:21	601
4:4	706
4:4, 5	238 y 239
4:6	47, 220, 227, 228, 32 342, 363, 374, 548
4:6, 7	236-238
4:7	363, 375, 706
4:10, 11	228

Colosenses

4:13	674
4:19	66, 228
1:9	430, 555
1:10	683
1:27	704
1:29	100
2:1	145
3:12	291
3:15, 16	303
3:16	426
3:17	686
3:24	657
4:2	304, 424, 546
4:2, 3	551
4:3	217
4:3, 4	481, 559
4:12	113, 167, 386, 462, 478

1 Tesalonicenses

1:2, 3	703
1:2, 3	554
2:12	656
3:10	167, 477, 483
3:10-13	554
4:13, 14	607
4:13-18	590, 594, 709
4:16	629
5:16-18	52, 238, 304, 548
5:17	276, 479
5:23	87, 286, 554, 626
5:25	481

2 Tesalonicenses

1:5	583
1:7-10	595
1:11	554
3:1	217, 437
3:1, 2	248, 481, 560
3:6	249

1 Timoteo

1:1	699
2:1	42, 148, 32

2:1-3, 8 152
 2:1-6, 8 549 y 550
 2:2 70
 2:5 684
 2:8 142, 147, 171, 407,
 415, 416, 482, 546
 5:5, 6 550
 6:11, 12 677
 6:12 663
 6:17 219
 6:18, 19 663

2 Timoteo

1:3 554
 2:21 322
 4:1 593
 4:1, 2 598
 4:7 422
 4:8 657

Tito

1:2 218
 2:14 404
 3:5 404

Filemón

22 481, 561

Hebreos

1:1-3 567
 2:9 33
 2:10 94
 2:14, 15 577
 3:12 363
 4:12 474
 4:16 50
 5:2 338
 5:7 56, 72, 149 y 150,
 32, 288, 451, 551,
 552
 6:1 334
 6:12 699
 7:22-28 691
 7:25 31
 7:26 416
 10:23 218

10:25 433
 10:34 697
 10:35 363
 10:36 699
 11:1 361
 11:6 364, 366
 11:8-10 567
 11:11 218
 11:13 71
 11: 13, 14 637
 11:32 361
 11:32-34 163 y 164
 11:32-35 229 y 230
 11:33-35 144
 11:36-38 707
 12 690
 12:1 699
 12:2 660
 12:5-8 315
 12:6 307
 12:9-11 315
 12:14 323, 683
 13:8 269
 13:14 567
 13:18 561

Santiago

1:2-4 694, 698
 1:5 32
 1:5-7 365
 1:6-8 675
 1:12 657, 661, 685
 1:21 432
 1:27 686
 2:5 656
 2:6 336
 2:10 410
 4:3 97, 132, 172, 259
 4:6-8 687
 5:11 348
 5:13, 14 228
 5:13-17 375
 5:14-18 180
 5:16 74, 99, 124, 125,
 164, 218, 273, 381,
 395, 406, 417

5:17 508
 12:1, 2 692

1 Pedro

1:1-6 581
 1:3, 4 567
 1:3-5 657 y 658
 1:3-8 695
 1:4 702
 1:7 363
 1:15, 16 318
 1:16 673
 1:18-20 654
 1:19, 20 653
 1:23 432
 2:2 379, 432
 2:7 571
 2:21 45, 319
 3:15 704
 4:5 593
 4:12-14 697
 5:4 656
 5:7 238
 5:8 424
 5:8-10 697
 5:10 314

2 Pedro

1:3, 4 671
 1:4 205
 1:5-7 671
 1:5-8 357
 1:8 676
 1:9 676
 1:11 656, 676
 3:9 53, 151
 3:11 683

1 Juan

1:9 259
 3:2, 3 691
 3:8 318
 3:22 171, 406, 411, 429
 4:16 471
 5:14, 15 32, 103
 5:15 95

3 Juan

1 y 2 227

Judas

1:14 594

Apocalipsis

1:17, 18 576, 582
 2:2 249
 2:7 661
 2:14, 15 249
 3:11 656
 3:16, 17 381
 3:21 634, 656
 4:2, 3 647
 4:6 42
 4:8 298
 5:8 51
 5:9-12 653
 7:9 648
 7:9-12 650
 7:9-17 568
 7:13-17 316
 7:17; 21:4 664
 8 51
 8:3, 5 164
 8:3-5 280
 14:1 654
 15:3 412
 20:12 583
 20:12-15 594
 21:1-5 646
 21:4 619, 710
 21:6 664
 21:7 657
 21:9-12 648
 21:14 650, 651
 21:18, 19 650, 651
 21:22, 23 647
 22:1-3 652
 22:3 652
 22:3, 4 708
 22:3-5 655
 22:12 670